

HISTORIA

DE

SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT

BARONESA DE CHANTAL

Fundadora de la Orden de la Visitación de Santa María,
llamada vulgarmente de Religiosas Salesas,

Y DEL

ORIGEN DE ESTE SANTO INSTITUTO

ESCRITA EN FRANCÉS

POR EL SR. D. EM. BOUGAUD

VICARIO GENERAL Y ARCEDIANO DE ORLEANS

y traducida al castellano por una Religiosa del Segundo Monasterio
de la Visitación de esta corte.



CUARTA EDICIÓN, CORREGIDA

TOMO SEGUNDO

MADRID
IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, núm. 1.

1897



B. Mairra, g^{ra} 1897.

LA VENERABLE MADRE DE CHANTAL

A LA EDAD DE SESENTAY CINCO AÑOS

*copia del retrato original hecho en París en 1636 y conservado en el segundo monasterio
de la Visitación de París*



VIDA
DE
SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT
DE CHANTAL
Y ORIGEN DE LA ORDEN DE LA VISITACIÓN

CAPÍTULO XIX

Siendo madre según la gracia, no deja Santa Juana Francisca de serlo según la naturaleza.—Sus hijos y sus nietos.

UN acontecimiento terrible, la muerte del joven Barón de Thorens y la de su esposa María Amada de Chantal, que no pudo sobrevivirle y murió de dolor, interrumpió de repente el pacífico trabajo de la composición de las Reglas de la Visitación, desgarró el corazón de San Francisco de Sales, y traspasó sobre todo el de la venerable Madre de Chantal, poniendo su vida en peligro, y llevándola tan cerca del sepulcro que tuvo que recibir los Sacramentos, haciendo ver á los que hubieran podido dudar de ello, la vehemencia con que había amado siempre á sus hijos y la pasión con que seguía amándolos en el claustro.

Permítasenos, pues, desviar un instante nuestras miradas de la naciente Visitación, y fijarlas en los hijos y nietos de la Santa Madre de Chantal, pasando así de su vida pública á su vida privada para buscar y encontrar á la madre en la religiosa y la fundadora.

Recordemos primero el estado de la familia de la señora de Chantal en el momento de abandonar ésta el mundo. De seis hijos con que Dios había bendecido su matrimonio, no le quedaban más que tres, dos hijas y un hijo, que era el primogénito. María Amada, la mayor de las dos hijas, se había casado muy moza con el Barón de Thorens, que era también muy joven y hermano de San Francisco de Sales. Vivía en el castillo de Thorens, á tres leguas de Annecy; venía muy á menudo al convento á ver á su madre, y permanecía en él siempre que su joven esposo, coronel de un regimiento en Saboya, tenía que ausentarse por el servicio de su príncipe, lo que sucedía muy á menudo. La hija segunda de la señora de Chantal jamás dejaba á su madre, y podemos mirarla como la primera y más antigua educanda de la Visitación. Tenía á San Francisco de Sales por director (1) y á su santa madre por maestra, y como el convento de Annecy aún no tenía clausura, salía con frecuencia, ya para oír á San Francisco de Sales cuando predicaba en las iglesias (2), ya para visitar á las familias nobles de la ciudad, donde era muy bien acogida, ya más frecuentemente para ir á casa de su hermana, la de Thorens, en cuyo castillo pasaba los meses de vacaciones y siempre que su santa madre se ausentaba.

En cuanto á Celso Benigno, al salir de Dijón la señora de Chantal se le había confiado al Presidente Fremiot, encargado de su educación hacía largo tiempo, y muerto el Presidente, le había enviado al célebre colegio de Godrans para que acabase allí sus estudios, concluidos los cuales le trasladó á la corte, en la que había sido bien recibido por el recuerdo de su padre el Barón de Chantal, y donde sus talentos y defectos principiaban á colocarle en una posición original, tan brillante como peligrosa.

(1) Carta sin fecha. Es la 573 en las primeras ediciones.

(2) Carta del 8 de Diciembre de 1612.

Tal era la situación de los tres hijos de la señora de Chantal. La fortuna les sonreía. María Amada, ricamente dotada cuando su matrimonio, era Baronesa de Thorens. La magnífica tierra de Bourbilly, destinada para viudedad de la señora de Chantal, aumentada por la muerte del Presidente con el rico señorío de Thotes, y después de la del anciano Barón con la tierra de Sauvigny, formaba, junto con el título de Barón de Chantal, la opulenta legítima de Celso Benigno. En cuanto á Francisca, se la reservaba para su dote el castillo de Monthelón con sus vastas dependencias, y ya estaba en posesión de este título. Y como estos tres hijos eran aún menores, la Madre de Chantal, al dejarles todos sus bienes, y aun su misma viudedad, se reservó su administración. Dos veces, en 1611 y 1612, no titubeó en salir del claustro para ir á recoger en Borgoña las herencias destinadas á sus hijos; y con sus inteligentes cuidados, dobló esta tierna madre en algunos años la fortuna de aquellas prendas de su corazón.

Con esto queda probado que la señora de Chantal había cumplido admirablemente sus deberes de madre. Los acontecimientos que van á suceder, probarán que supo cumplirlos hasta el fin. En 1617, época á que nos ha llevado el curso de esta historia, María Amada, casada en 1609, vivía en la más santa y dulce unión con el Barón de Thorens, é iba á ser madre por primera vez, cuando habiendo estallado la guerra entre Francia y España, recibió el Barón la orden de marchar con el regimiento que mandaba al Piamonte.

Hay en la vida presentimientos singulares. Nunca se habían separado estos jóvenes esposos sin derramar muchas lágrimas; pero esta vez la aflicción fué extraordinaria é inundó sus corazones, sin que les fuese posible contenerla ni moderarla.

María Amada acompañó á su joven esposo un largo trecho de camino, no pudiendo desasirse de sus brazos;

y cuando ya fué preciso hacerlo, «llorando tanto uno y otro que hicieron llorar á cuantos fueron testigos de su despedida, siendo tanta la violencia de su dolor, que ellos mismos se admiraban de poderla sufrir.» Cristianos ambos, su última palabra fué una promesa de servir mejor á Dios en lo sucesivo, y trabajar con nuevo ardor en practicar la virtud si el Señor les concedía la gracia de que el Barón de Thorens volviese sano y salvo del ejército. Fué preciso separarlos, porque no podían desprenderse el uno de los brazos del otro; y cuando el Sr. de Thorens partió á todo galope para ocultar sus tristes sollozos, «esta hermosa tortolilla desolada se retiró, según su costumbre, al lado de su buena madre, teniendo siempre desde entonces arrasados sus ojos en lágrimas, que no podía contener (1).

No hacía más que tres semanas que el joven Barón de Thorens había partido, cuando de repente, y antes que se hubiera disparado un tiro, se supo que había caído enfermo en cuanto llegó, y que se desesperaba de poder salvar su vida. «¡Oh Dios mío! mi querido amigo—escribe San Francisco de Sales al Sr. de Blonay á la primera noticia de esta desgracia,—*dimitte me ut plangam paululum dolorem meum* (2). ¡Ah! espero á cada instante la noticia de la muerte de mi hermano de Thorens, que marchó de aquí hace tres semanas, y el día de la Trinidad estaba en Turín desahuciado de los médicos y sin ninguna esperanza de vida. Ya empieza á correrse en Chambéry la noticia de que ha muerto, y con esto podéis juzgar si necesitaré quince días para consolar á su pobre viuda y tranquilizar un poco mi corazón, hondamente conmovido.»

Al otro día, en efecto, llegó un correo que traía la

(1) *Vida de las primeras Madres de la Visitación*, María Amada de Chantal, pág. 80. Véase una pequeña *Vida* manuscrita de María Amada, en los archivos de Annecy.

(2) Dejadme que lllore un poco mi dolor. (Job., X, 20.)

fatal noticia. Aunque el Santo estaba preparado, se conmovió profundamente, «se dió algunas palmadas en el muslo, y lloró á todo llorar; sin embargo, no sucumbió á su dolor, sino juntando las manos y levantando los ojos al cielo, pronunció tranquilamente estas palabras, entrecortadas por sollozos y suspiros: *St, st, Dios mío, puesto que lo habéis querido; añadiendo estas otras, de que se había servido en la muerte de su madre: He callado y no he abierto la boca, porque vos sois quien lo habéis hecho*» (1).

Lo que aumentaba la pena de San Francisco de Sales era el pensamiento de que María Amada, tan joven, tan amante de su esposo, de solos diecinueve años, y próxima á ser madre por primera vez, iba á morir de dolor con un golpe tan terrible como inesperado. No había dicho aún más que una palabra de la enfermedad del Barón de Thorens, y sólo á la Madre de Chantal, y la emoción que ésta había sentido le hizo conocer demasiado para qué escenas debía preparar su corazón cuando llegara la hora de anunciar semejante noticia á la joven Baronesa. «¡Oh! pensad, mi muy querida hija—escribe á la Madre Favre, encomendándose á sus fervorosas oraciones,—pensad hasta qué punto me toca esta aflicción, y ved cuánto se redobra con la de su joven esposa María Amada y de nuestra Madre, á quien debo quitar mañana la poca esperanza que abrigaba desde que tuvo las primeras noticias de este suceso (2).»

Después que fortificó su alma con una larga y fervorosa oración, el Santo fué, en efecto, al monasterio, y no llamó sino á la Madre de Chantal. Al oír ésta la primer palabra, se estremeció todo su cuerpo, y cayó en un profundo silencio. Temblaba de tal modo pensando que tenía que anunciar á su hija semejante des-

(1) *La vida del bienaventurado Francisco de Sales*, por Carlos Augusto de Sales. Un vol. en 4.º, Lyon, 1694; pág. 497.

(2) Carta del 29 de Mayo de 1617.

gracia, que, por más esfuerzos que hizo para vencerse, no pudo resolverse á cumplir con este deber, y así fué menester que el Santo se encargase de ello; y como, según su costumbre, María Amada debía confesarse al otro día, se convino en que se la comunicaría en aquel acto, y se le ocultaría hasta entonces.

Sin embargo, María Amada había notado que habían llamado á su madre al locutorio, y sin saber por qué, sintió de repente una opresión de corazón que la estremeció. Lo largo de la conversación aumentó sus temores, y esperó á su madre para ver qué semblante traía. Pero esta mujer fuerte tuvo tal imperio sobre sí misma, que aunque tenía el corazón deshecho nada pudo conocer su hija.

Solamente, hablando con esta hija querida, dijo algunas palabras en la conversación, como por casualidad, respeto al amor de Dios y al abandono en su voluntad, para prepararla poco á poco á recibir al día siguiente la triste noticia con más valor y sumisión.

Al otro día, en efecto, después que María Amada se confesó, y el siervo de Dios, con sus dulces palabras, preparó su espíritu: «Y bien, hija mía—le dijo;—¿no somos de Dios enteramente?—¡Oh! Ilmo. Señor — dijo la penitente,—sí, de todo punto.—Y ¿no estamos prontos á recibir de su mano santísima todo lo que guste enviarnos?—Sí, Ilmo. Sr. y Padre mío; pero ¡ay!—dijo con un profundo suspiro.—¡Vos queréis decirme que mi querido esposo ha muerto!» El Santo no respondió sino con sus lágrimas, y María Amada, rompiendo en lágrimas y sollozos, «¡ay Dios mío, Dios mío!—exclamó:—¿es verdad? ¿Me habéis quitado á mi querido esposo? ¡Ay, ay de mí! ¿Qué queréis que haga?»

La Madre de Chantal estaba á la puerta. A los gritos de su hija entró para consolarla á su vez y sostenerla. Pero había contado con una fuerza de que no era capaz; al ver á su hija sollozando y próxima á desma-

yarse, sintió que el corazón se le partía, y dando un grito perdió el sentido y cayó en el suelo desmayada.

Imagínese cuán conmovedora sería semejante escena. La madre y la hija, traspasadas de dolor, habían perdido el conocimiento, y el Santo Obispo estaba de rodillas inundado en llanto y ahogado por los sollozos.

En cuanto pasó el primer momento de dolor, y la fortaleza cristiana venció el ímpetu de aquél, el Santo Obispo fué á la capilla y dijo la Misa por el querido difunto. María Amada la oyó desde la sacristía, para que pudiese con más libertad dar curso á sus lágrimas. Con el rostro bañado en llanto, pero sin perder nada de su angelical aspecto, con su dulce voz, dejaba escapar de cuando en cuando algunas palabras que traspasaban el corazón de los que la oían: «¡Ay, Dios mío, único y verdadero bien mío! ¿Qué habéis hecho? ¡Ah, qué herida tan profunda! ¡Oh Dios mío, amparadme; vuestra mano, que me ha herido, es la sola que puede curarme!»

Algunas veces, cruzando las manos y levantando los ojos al cielo, decía en alta voz sin conocerlo: «Salvador mío, vos sois quien me habíais dado este querido esposo, ¿por qué, pues, me lo habéis quitado, cuando su presencia, lejos de separarme de vuestra Majestad, me unía á vos más íntimamente? No obstante, Dios mío, soy vuestra, y quiero serlo más cada día: cortad, rajad, haced lo que gustéis; pero dadme fuerzas para soportar el peso de vuestra mano. ¡Oh Dios mío, yo no era digna de tener un esposo como él! ¡Ay! tengo necesidad de un socorro extraordinario, porque mi dolor es un dolor de muerte.»

Cuando llegó el momento de comulgar, su madre, que no la había dejado un instante, la llevó al coro, y en la santa Mesa, la joven viuda hizo en secreto voto de castidad; y habiendo recibido la Sagrada Eucaristía, se entregó total é irrevocablemente al amor de nuestro Señor.

Desde este momento estuvo más tranquila, con las manos juntas, levantando dulcemente sus ojos hacia el cielo, y dejando correr de ellos arroyos continuos de lágrimas, sin movimiento ninguno, como las caudalosas aguas que corren sin ruido.

Algunas veces, sin embargo, se entreabrían sus labios, y se la oía pronunciar estas palabras: «¡Oh Jesús, amor mío, hágase tu voluntad en la vida y en la muerte! ¡Oh Jesús, toda soy tuya! ¡Oh pasión y muerte de mi Salvador, os amo y reverencio! ¡Jesús mío, os abrazo y elijo por mi esposo!»

Desde entonces no se secaron sus lágrimas. En vano se le rogó moderase su dolor, y se conservase para el hijo que llevaba en su seno. ¿Quién es dueño de sí mismo en semejantes ocasiones? Vistió un luto muy severo, no quiso llevar ningún adorno, principió á vestirse sola, á servirse á sí misma, aumentó sus ejercicios de devoción, y se dió más completamente á Dios.

Tres meses se pasaron en esta alternativa de amor y de dolor, al cabo de los cuales le sobrevino un parto prematuro con tal violencia, que fué imposible sacarla del convento; y después de algunas horas de terribles dolores dió á luz un hijo, que no vivió sino algunos instantes. La Madre de Chantal le recibió en sus brazos, le bautizó en seguida y le vió morir en sus manos. La joven y desolada madre, olvidando sus dolores, se informó de su hijo; y habiéndola respondido su santa madre que tenía un ángel en el cielo: «¡Ay!—dijo la moribunda—¿ha vivido tan poco este pobre niño que está ya entre los ángeles?» Y levantando los ojos al cielo: «¡Oh Dios mío!—dijo con un acento de viva fe y de sumisión á la divina voluntad;—si esta criatura hubiese vivido, hubiera yo debido conservarme para él; ahora soy toda vuestra, enteramente vuestra.»

Dictó su testamento con el más perfecto conocimiento, y arreglados sus negocios temporales, hizo ver

las grandes y puras luces con que se disponía á presentarse delante de Dios. Apenas contaba diecinueve años, sufría terribles dolores, y estaba casi agonizando; y no obstante, se la veía con ánimo tranquilo y una paz y serenidad enteramente divinas.

A las ocho de la noche juzgó el médico que la enferma estaba de mucho peligro, y que apenas viviría tres ó cuatro horas, por lo que la Madre de Chantal avisó á San Francisco de Sales, rogándole viniese al monasterio. Acudió al momento acompañado de algunos eclesiásticos, que se conmovieron profundamente, y se deshicieron en llanto, viendo el fervor de la santa agonizante.

Se confesó, y recibió el santo Viático con maravillosos sentimientos de piedad; después, juntando las manos, dijo á su buena madre: «¿Me atrevería yo á pedir una gracia?» La Santa, que sabía cuán tiernamente había amado á su marido, imaginando que desearía ser enterrada á su lado: «Hija mía—le respondió,—dí lo que quieres, y si es posible se tratará de hacerlo.—Madre mía—dijo entonces la moribunda—os pido con toda humildad la gracia de tomar el hábito de la Visitación.» Y volviendo sus ojos hacia el Santo Obispo: «Ilmo. señor—dijo,—confieso que soy indigna de esta gracia.» A estas palabras los sollozos se oyen en todo el cuarto, los ojos del Santo Obispo se inundan de lágrimas, y la venerable Madre de Chantal, de pie á la cabecera de aquel lecho de muerte, no pudo ya contener los gemidos que le arranca su dolor.

Al momento ponen á la moribunda un hábito de novicia, y como el peligro era cada vez más inminente, el siervo de Dios le preguntó si deseaba recibir la Extremaunción. «¡Oh, sí, con todo mi corazón, Ilustrísimo Señor—respondió,—no había pensado en pedirla. ¿He cometido falta en no haberlo hecho?» El Santo Obispo la aseguró de lo contrario, y la moribunda re-

cibió el último Sacramento con ánimo sereno, siguiendo todas las ceremonias y respondiendo á todas las oraciones. «Ilmo. Señor—dijo después,—me habéis dado el hábito de novicia, y en mi corazón tengo hechos mil veces los votos de religión. ¿No tendría yo el consuelo de hacerlos verbal y solemnemente?» San Francisco de Sales consintió en ello. «¡Dios mío! ¡Qué gracia—decía la joven moribunda,—ser á un tiempo novicia y profesal! Querida madre mía, ¡cuán abundante es la misericordia divina con vuestra pobre é indigna hija.» Pronunció en voz alta los santos votos, y el bienaventurado la puso el velo negro y la cruz de plata, pero no hubo necesidad de cubrirla con el paño mortuario para recordarla que debía morir al mundo y á sí misma. El lecho en que estaba tendida se lo decía bastante.

Nos es preciso renunciar á pintar el estado de la santa Madre de Chantal en este momento supremo. Era madre, y si hay alguna cosa inefable aquí abajo, es el grito del dolor materno. San Francisco de Sales, que temía que este dolor, contenido en algunos instantes, pero que estallaba en otros de un modo desgarrador, hiciese mal á la moribunda, rogó á la Santa se contuviese un poco. La joven agonizante lo oyó, y mirando tiernamente á su madre, como para consolarla: «Esta madre querida ¡oh! la quiero mucho más de lo que puedo expresar.» Y después: «¡Oh madre mía, cuánto sufrí! ¡Dios mío! ¡Qué terribles son mis dolores! Pero ¿qué son, comparados con los de Jesús en la Cruz?»

Viéndola el siervo de Dios tan acosada por los dolores, y conociendo por otra parte la grandeza de esta hermosa alma, le propuso hacer un acto heroico y extraordinario de virtud. «¿Os conformaríais gustosa, querida hija mía—le dijo,—en permanecer padeciendo así hasta el fin del mundo si tal fuera la voluntad de Dios?—Sí, Ilmo. Señor—respondió con vehemencia,—no solamente en estos dolores, sino en los que guste en-

viarme. ¿No soy toda suya sin reserva ni excepción?» Después quedó en silencio. Sus ojos se cerraron, y sus labios se entreabrieron. Difícil hubiera sido decir si dormía ó estaba en contemplación. En su frente principiaba á levantarse como una especie de claridad inefable, como la del día cuando amanece. Su rostro se transfiguraba insensiblemente, y al verla así nadié hubiera creído que estaba tan próxima á la muerte. Se parecía mucho más á lo que va á florecer que á lo que se va á marchitar.

En fin, á las dos de la noche abrió los ojos, y dijo con entereza: «¡Ah! esta es la muerte, es preciso partir; se apodera de mi corazón, pero mi Jesús se apoderó antes de él, y siempre será su único dueño.» Y pronunciando tres veces el nombre de Jesús, al acabar de pronunciarle la tercera expiró, con los ojos levantados al cielo, el 6 de Septiembre de 1617, á la edad de diecinueve años, dos meses y seis días.

El bienaventurado Obispo, que era hacía mucho tiempo el director de María Amada, «la asistió hasta el último instante, cerrándole por fin uno de sus ojos, mientras su buena madre tuvo el valor de cerrarle el otro (1);» después de lo cual, no pudiendo contener su dolor, agobiada por tantas y tan grandes angustias, cayó la Santa desmayada.

Mientras que la Madre de Chantal, al volver de su desmayo, quedaba aniquilada por el golpe que le había herido, San Francisco de Sales, saliendo del convento, mandaba poner su coche y se alejaba de la ciudad. «Sus criados se figuraban—dice el Ilmo. Sr. Camús—que iba á su castillo de Sales, el cual dista sólo tres leguas de Annecy, para distraerse y consolarse. Pero cuando supieron que venía á verme, le recordaron la aflicción extraordinaria en que quedaba la madre de la difunta,

(1) *Esíritu de San Francisco de Sales*, t. I, pág. 132.

y que tenía necesidad de consuelo.—No conocéis ni mi afecto ni mi dolor—les respondió,—si creéis está más afligida que yo. Conozco bien toda la fortaleza de su espíritu y la debilidad del mío. ¿Qué consuelo podría yo prestarla, cuando lo necesito aún más que ella? Permittedme, pues, que le vaya á buscar donde pienso encontrarle.—Me vino, pues, á ver—continúa el Ilmo. señor Camús,—y me contó la historia de esta santa muerte, precedida de tan piadosa vida, con tantas lágrimas, que pensé deshacerme con él en sentido llanto. Apreciaba mucho, y según Dios, las insignes virtudes de la madre, pero tenía tan alta idea de la perfección sobrenatural que Dios había derramado en el alma de la hija, que hablaba de María Amada como si hablase de un ángel más bien que de una criatura mortal (1).»

A su vuelta de Belley, fué inmediatamente al convento. La Madre de Chantal estaba anonadada. Para aumento de su pena, una duda angustiosa torturaba su corazón. Había bautizado, en momentos apurados, á su nieto moribundo. ¿Lo había hecho bien? ¿Se había servido de agua? ¿Había pronunciado con exactitud las palabras sacramentales? Registraba su memoria en todos sentidos, pero le era imposible recordar exactamente lo que había pasado, y entonces arroyos de lágrimas inundaban sus ojos, pensando que por su imprudencia y precipitación sería quizá la causa de que aquella alma no viese jamás á Dios y se quejase eternamente contra ella. Al instante que vió á San Francisco de Sales se echó á sus pies, llorando y confesando su culpa. «¡Oh padre mío, padre mío! ¡Que sea yo la causa de que un alma no vea nunca á Dios! ¡Que sea yo causa de tal desgracia!» El bienaventurado, cuya mirada era tan penetrante, conoció al punto el origen y carácter de esta tentación. «Madre mía—la dijo,—¿de qué proviene

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, t. I, pág. 132.

esto? De que os miráis y os consideráis á vos misma.» Brilló la luz. La Madre de Chantal comprendió que sentía menos el daño que la parte que en él tenía, y que de este modo había en su turbación mucho amor propio mezclado con el amor de Dios. Se humilló, y desapareciendo la turbación de su espíritu, recordó claramente que había cumplido con exactitud y fervor las santas ceremonias prescritas por la Iglesia.

En este día se verificó el entierro de María Amada, que estaba aún tendida en su fúnebre lecho, más hermosa que cuando estaba viva, y rodeada de una porción de gentes que deseaban tocar al cuerpo rosarios y medallas, pidiendo licencia al Santo Obispo para poder invocarla. Parecía, en efecto, un ángel. Se la enterró con su hábito de religiosa, la cruz de plata sobre su pecho y una corona de rosas blancas en la cabeza (1).

En cuanto volvió á su casa después de tales trastornos, San Francisco de Sales escribió á la Madre Favre,

(1) Al salir de la ceremonia, San Francisco de Sales escribió en el libro de defunciones del convento el proceso verbal que sigue:

«María Amada de Rabutín, hija de nuestra Madre y viuda de Bernardo de Sales, Barón de dicho lugar y de Thorens, después de mil y mil deseos de ser recibida en esta Congregación, habiendo caído enferma sorprendida por un repentino accidente en esta casa; con una resignación sin igual, una rara dulzura y profunda humildad; con un espíritu completamente tranquilo; con palabras distintas, suaves y claras; después de haberse confesado y recibido la absolución sacramental, pidió el hábito de la Visitación, que le fué concedido por la gran devoción que había manifestado; y habiendo recibido la santa Extremaunción, pidió hacer los sagrados votos; y habiéndosele también concedido, los hizo con valor sin igual, expirando tres horas después, sin dejar de pronunciar suavísima y devotamente hasta su último suspiro la palabra ¡Viva Jesús! Fué admitida al hábito y á la profesión por su Obispo, hermano de su difunto esposo, y por su madre, superiora de la Congregación, y por todas sus Hermanas, que estuvieron presentes á su amable y devota muerte el 6 de Septiembre de 1617; porque en este día fué acometida del accidente mortal, á las ocho de la noche, á las nueve recibió el hábito, á las diez profesó, y entre la una y las dos de la madrugada del día 7 del dicho mes, que era víspera de la Natividad de Nuestra Señora, pasó á mejor vida, dejando un grande ejemplo de devoción y un consuelo espiritual incomparable á los que, sintiendo por

á la cual deseaba enterar pronto de las maravillas de esta santa muerte. «Ya imaginaréis, querida hija mía, cuánto hemos sufrido en estos días. Ya no era aquella señora de Thorens que habéis conocido, aunque era tan amable, sino una señora de Thorens enteramente dedicada á Dios, enteramente elevada, con el designio de no vivir sino para Dios, llena de luces en las cosas espirituales y en el conocimiento de Dios y de sí misma; tal, en fin, que podíamos esperar que pasado algún tiempo sería otra Madre como la nuestra y suya.

»Nada os diré de su muy santa muerte. Entre los que la presenciaron hubo algunos que al día siguiente vinieron á pedirme licencia para invocarla, y otros que quisieron renovar sus buenos propósitos, conmovidos con el espectáculo de una muerte llena de dolores acerbos, y salpicados con las dulces palabras de *¡Viva Jesús! Señor Jesús, ¡llevadme á Vos! ¡Oh pasión y muerte de mi Salvador! Yo os abrazo; y esto pronunciado con una dulzura maravillosa*» (1).

Y en otra parte: «¡Dios mío: ¿qué fin ha tenido? Verdaderamente el más santo, el más dulce y más amable que se puede imaginar. Yo la quería con un cariño mucho mayor que el fraternal; pero así ha querido el Señor que sea, y así debe ser. ¡Bendito sea su santo nombre! Amén (2).»

Mientras que San Francisco de Sales aliviaba su corazón desahogando su dolor, la venerable Madre de Chantal sucumbía al suyo. Desde la muerte de su hija había caído en ese silencio en que la veremos siempre en iguales circunstancias, y que hacía temer por su

otra parte su muerte, vieron y admiraron las piadosas circunstancias de la misma.—*Francisco*, Obispo de Ginebra, que confesó, dió el Viático y la Extremaunción, y admitió los votos de esta amada Hermana difunta, á la edad de diecinueve años, dos meses y seis días.—*Hermana Juana Francisca Fremiot.*»

(1) Carta del 14 de Septiembre de 1617.

(2) Carta del mes de Octubre de 1617.

vida. Iba á la recreación, pero sin hablar una palabra; hilaba su rueca absorta y extraña á cuanto se decía. Mientras duraba este estado, era tan parca para escribir como para hablar. Por la única carta que escribió á San Francisco de Sales, y que vamos á copiar porque tiene una belleza incomparable, se reprendió ella misma de haberla escrito, como de una falta de resignación.

«La paz de Nuestro Señor con su eterna bendición esté siempre en medio de vuestro corazón, mi verdadero y muy querido Padre. Estoy un poco aliviada de mis males del corazón, y mi alma está llena de dulzura y suavidad en la sumisión á la voluntad divina, la cual deseo cada vez más ver reinar soberanamente en nuestra santa unidad.

»Pero, Dios mío, no obstante esto, veo y siento cuán verdaderamente era esta niña la hija perfectamente amada de mi corazón, y cómo lo será siempre y con justicia, según me parece. Es un alivio sin igual para mí en esta pena el sentir este amor donde lo habéis colocado como una gota preciosa en el Océano.

»Yo me consuelo también con deciros esto, mi único y tan buen Padre; ¡alabado sea Dios! Y digo este alabado sea Dios de todo mi corazón, en paz, con dulzura y con un reconocimiento grande por la gracia que Dios nos ha hecho; sí, alabado sea Dios por habernos dado tal hija y habérsela llevado para sí tan felizmente.

»Me parece que debería privarme de hablar tanto de nuestra querida niña, porque el contento que de ello tengo, me deja siempre mucho enternecimiento. Padre mío, único Padre mío, y cuanto sabéis sois para mí. Me servirá como un confortante el haberos dicho todo esto (1).»

Así es como esta enérgica mujer contenía su dolor, y en lugar de los gritos del águila herida que se cree-

(1) Carta sin fecha, pero que es de Septiembre de 1617.

ría habían de salir de sus labios, no se oyen sino los dulces y humildes gemidos de la paloma, que aún se reprende. Pero como no se violenta impunemente á la naturaleza, al cabo de seis semanas de luchas interiores y de heroicos esfuerzos para contener la pena que la abrumaba, y ocultarla á lo menos á las miradas de todos, cayó enferma de peligro. El origen de esta enfermedad, causada por el dolor materno, está atestiguado por todos los contemporáneos, no solamente por las religiosas de la Visitación y San Francisco de Sales, sino por el mismo Bussy-Rabutin. «Algunas semanas—dice—después de la muerte de la señora de Thorens, la Madre de Chantal enfermó de tanta gravedad á causa de los esfuerzos que hizo para vencer su dolor, que estuvo á los últimos (1).» En efecto, fué preciso administrarle los Santos Sacramentos. San Francisco de Sales entró en el monasterio, confesó á la moribunda, le dió el Santo Viático y la Extremaunción, y arrodillándose al pie de su cama, con todas las Hermanas presentes esperó su último suspiro. La Santa parecía sufrir horribilmente, más aún en el alma que en el cuerpo; y sus ojos, fijos con vehemencia en una imagen de Jesucristo que el Santo había hecho poner á los pies de su cama, indicaban á un tiempo la lucha interior que sufría la moribunda, y su ardiente fe. De repente el bienaventurado Obispo se sintió inspirado para hacer un voto á San Carlos Borromeo, á quien acababan de canonizar. Se trajeron reliquias de este Santo, y con mucho trabajo se pusieron algunas partículas en los labios de la agonizante. En el momento, dando un gran suspiro que se creyó el último: «Padre mío—dijo—no moriré.—No, hija mía—le respondió el Santo,—viviréis eternamente por la misericordia de Dios.—Siento—replicó la enferma—que estoy curada, y me encuentro muy bien, gracias á Dios y á su San-

(1) *Vida compendiada de la Madre de Chantal.*

to.» Estaba curada, en efecto, y en pocos días recobró sus fuerzas, sin quedarle aquella languidez que ordinariamente tenía en sus convalecencias. «Verdad es—dicen las antiguas Memorias—que el que la había sanado, no hace curas imperfectas.»

Tal fué la Madre de Chantal en los días terribles de la muerte de su hija mayor: ella no la deja un instante; permanece de pie á su lado hasta que exhala el último suspiro; tiene, es verdad, ánimo para cerrar sus ojos, pero se desmaya de dolor después de haber cumplido este triste deber; trata, en fin, de calmarse, de contenerse, de encerrar en su pecho la tristeza que la oprime, pero cae enferma y muere de pena, digámoslo así, porque sólo por un milagro sana y vuelve á la vida. Ante un infortunio tan grande, soportado con tanta grandeza de alma, el espectador se detiene mudo y arrebatado de admiración, recordando el oportunísimo dicho de San Francisco de Sales, que resume todas estas escenas: «Nada ha faltado á su dolor: ha sido profundísimo; nada á su resignación: ha sido sublime (1).»

Descansemos un poco de estos espectáculos dolorosos, estudiando á la señora de Chantal en los cuidados á que se entregaba por los dos hijos que aún le quedaban; viendo crecer bajo la mano y mirada de esta mujer vigilante la hermosa juventud de Francisca, y la no menos bella, pero más agitada, de Celso Benigno.

Francisca, como ya hemos dicho, no dejaba nunca á su madre. Cuando se leen las cartas de San Francisco de Sales, se ve á cada instante, por una palabrita, por un pequeño saludo en la despedida, aparecer de repente la figura risueña de la joven Francisca al lado de la de la Santa. «Un saludo cordial á nuestras hermanas, y también á la señorita de Chantal, porque ¿no es

(1) *Vida compendiada*, pág. 17.

acaso mi muy querida hija? (1).» Y otro día: «Mandadme á nuestra querida hija Francisca, á quien confesaré esta tarde (2).» Y en otra parte: «He visto en el sermón á nuestra querida hija Francisca, pero no me atreví á preguntarla si seguía bien mi amada Madre, porque había muchas personas que hubiesen podido oirme. Encargo, pues, á esta esquelita os pregunte cómo estáis de salud, y á nuestra muy querida hija, que os cuente algo del sermón que he predicado animosa y apasionadamente» (3).

Cuando se pregunta á los monumentos contemporáneos, se ve el mismo espectáculo. Siempre y en todas partes aparece Francisca al lado de su madre. Juega con las novicias, entre las cuales hay muchas de su edad, y las disipa un poco con sus pájaros y sus ardillas (4). Se pasea bajo los árboles del jardín, unas veces con la Hermana María Amada de Blonay, otras con la Hermana Claudia Inés de la Roche, y con más frecuencia, acompañada de la Hermana Paula Jerónima de Monthouz, que parece estuvo especialmente encargada de su educación (5). Hace su oración con las Hermanas, y hasta de sus maceraciones y penitencias quiere participar (6). En el refectorio tiene su lugar junto á su madre, y en el dormitorio, sus celdas están la una al lado de la otra. ¡Ay! antes de la muerte de la joven Baronesa de Thorens, al lado de estas dos celdas había otra para María Amada, á fin de que cuando venía al convento, las dos queridas niñas durmiesen, por decirlo así, bajo las alas de su madre. «Todas las mañanas —

(1) Carta del 9 de Febrero de 1617.

(2) Carta sin fecha, que debe ser de 1613. Es la DLXXIII de la primera edición de las *Cartas*.

(3) Carta del 4 de Diciembre de 1612.

(4) *Memorias de la Madre María Adriana Fichel*.

(5) *La Casita de la Galería*. Vida de algunas superiores. La Hermana Paula Jerónima de Monthouz.

(6) *La Casita de la Galería*, pág. 7.

dice la Madre de Chaugy—esta amable hija (María Amada), cuando tocaban á la oración, se ponía en el umbral de su puerta para dar los buenos días á su querida madre. Pero como era en el tiempo en que está prohibido hablar, la Santa, sin decirle una sola palabra, se los devolvía en silencio con una cariñosa mirada y una pequeña inclinación de cabeza (1). Francisca hacía lo mismo. «Todas las mañanas—nos dice un antiguo manuscrito—se levantaba muy temprano é iba saltando al antecoro, para recibir á su madre, que bajaba á la oración. La bienaventurada, con un aire afectuoso, la acariciaba un poco y le daba en silencio su bendición, con lo cual se iba la niña contenta y satisfecha (2).

Y no sólo no deja Francisca á su madre, sino que cuando ésta se ve obligada á salir de viaje, lleva consigo á su hija. En 1611, cuando su viaje á Borgoña, Francisca va en la misma litera que la bienaventurada. Lo mismo sucede en 1618, cuando la Santa salió á fundar el monasterio de Grenoble. Algunos meses después, al punto que la Santa iba á marchar á Bourges, cayó Francisca mala de repente. A pesar de esto, como la enfermedad no era grave, la Santa quiso resueltamente llevarla, y ya estaba la niña en el carruaje cuando San Francisco de Sales se opuso á su partida. «Nuestro buen Sr. Miguel—escribe á la Madre de Chatel—os dará noticias nuestras, y del sentimiento de Francisca y del mío porque no ha podido acompañarme; gracias á Dios no hay peligro alguno, pero ya sabéis que después de sus enfermedades queda por mucho tiempo débil y delicada, y por esto no hemos podido aguardarla. Pero Dios mediante, el Sr. de Var la traerá á Lyon en cuanto

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 435.

(2) *Compendio de la vida y de las virtudes de María Francisca de Rabutin de Chantal*, publicado por Mr. Migne. *Obras completas de San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal*, t. VII, pág. 453.

pueda ponerse en camino, y desde allí la haremos pasar á Moulins, adonde enviaremos á buscarla (1). » Obligada á dejar á su hija enferma, la Madre de Chantal la cobija, por decirlo así, con su mirada del corazón; á cada parada tiene algo que decir de su hija ó para su hija. Al llegar á Bourges, el 26 de Noviembre, y no encontrando noticias de ella en esta ciudad, se llena de inquietud. «Mi querida Hermana — escribe á la Madre Favre,—tengo tan pocas noticias vuestras y de Annecy, que temo haya sucedido algo á mi hija Francisca (2). » Algunos días después, sabiendo que su hija había llegado á Lyon, vuelve á escribir á la Madre Favre: «No sé si habrán ido ya á buscar á Francisca, y lo deseo, porque os estará molestando. Adiós: memorias á mis queridas hijas, y á Francisca, si aún está en esa, que no deje de escribirme (3). » Al mismo tiempo escribe á Moulins á la Madre de Brechard para que no se dilate la llegada de su hija. «Acepto vuestra oferta de enviar á buscar á Francisca á Lyon... Mi sobrino de Neufchezes irá por ella á vuestra casa, si ha llegado ya. Estas incomodidades se habrían evitado si no me hubieran disuadido de traérmela, porque la pobre criatura estaba subiendo al coche para venir aquí, cuando la hicieron quedarse. Imaginad su pena (4). » Y todo concluye, como siempre, con esta palabra que encontraremos siempre al fin de todas sus cartas: «Adiós, no olvidéis á mis hijos en vuestras oraciones (5). »

Educada así por la Madre de Chantal, dirigida por San Francisco de Sales, amada de todas las primeras Madres de la Visitación, acariciada por todas las jóvenes novicias, llegó Francisca á los diecisiete años, y fué

(1) *Cartas de la Madre de Chantal*. Edición Migne, pág. 977.

(2) Id., pág. 978.

(3) Id., pág. 981.

(4) Id., pág. 984.

(5) Id., pág. 1071.

preciso empezar á ocuparse seriamente en su porvenir.

La Madre de Chantal, como ya hemos dicho, hubiera querido fuese religiosa, y el fervor de Francisca en 1611, 1612 y 1613, hizo esperar por un instante que se realizarían estos deseos. Pero adelantando en edad, no sintió inclinación alguna al claustro, y San Francisco de Sales, que era su director, se encargó de decir á la Madre de Chantal, que puesto que su hija no tenía afición á la vida religiosa, era ya tiempo de que se la hiciese ver el mundo. Como el monasterio de Annecy no tenía aún clausura, y por otra parte, las diversiones y fiestas mundanas no se verificaban por la noche en aquella época, fué fácil que Francisca se presentase en el mundo sin dejar de vivir en el convento. Entonces se vió claramente cuán peligroso es el mundo. Esta joven que había sido educada tan cristianamente, y cuyo fervor era tal que á los quince años y padeciendo tercianas, esperaba el día que no la tocaba la calentura y mandaba á buscar ortigas para tomar la disciplina; que al entrar en el mundo estaba dirigida por San Francisco de Sales, y continuaba viviendo con su santa Madre de Chantal; esta misma niña, apenas aparece en el mundo cuando se distrae y afloja en su primitivo fervor. «Fué muy bien recibida en el mundo—dicen las *Memorias* contemporáneas—para no corresponderle con agrado.» En efecto; así como sus buenas cualidades de cuerpo y alma la hicieron sobresalir entre las señoritas más distinguidas, así también su talento vivo, su carácter alegre, su gusto fino y exquisito para todas las diversiones, hicieron que buscase éstas con mucho afán, y aunque guardó con la más exquisita reserva su honor y su virtud, olvidó, no obstante, las prácticas de devoción, en las que se entibió mucho. Nuestro Santo Fundador le manifestó su sentimiento como padre, pero conoció muy pronto que no era tiempo de exigir de esta joven los frutos maduros de

una virtud que daría después, y, tratándola según su presente debilidad, le dijo una vez que por lo menos le rogaba rezase todos los días un *Ave María* de buena gana y con devoción. Esta recomendación fué acogida con tanto gusto, que no faltó á ella ni un solo día de su vida. Ella misma ha contado mil rasgos parecidos de la benignidad de este Santo, como el de darla alfileres para prender su pañuelo cuando llevaba la garganta muy descubierta. Otras veces, notando los vanos y superfluos adornos que llevaba, «Francisca, Francisca—le decía,—estoy seguro de que no ha sido vuestra madre la que os ha vestido así.» Era verdad, porque al salir del convento se iba á la casa de cualquier persona conocida, y añadía á su traje cuanto el mundo exigía, y no le hubiera permitido, ni permitía, una madre muerta para el mundo (1).»

Viéndola con tales disposiciones, era preciso pensar en casarla. La venerable Madre de Chantal, y aun el mismo Santo Obispo, principiaron á dar pasos con este fin. La primera tentativa se hizo en 1618. Se trataba de un caballero noble de Saboya, rico y piadoso, empleado honoríficamente en la servidumbre del Duque de Nemours, del Sr. de Foras. San Francisco de Sales, que le quería mucho, le presentó en 1619, cuando su viaje á París, á Celso Benigno, y muy pronto una íntima amistad unió á estos dos jóvenes, de un mismo país y de igual carácter. «El Sr. de Foras vino esta mañana á verme—escribe el Santo Obispo á la venerable Madre,—me dijo que había estado el día anterior con el señor de Chantal, de quien había recibido demostraciones de un afecto verdaderamente fraternal. No digo esto por nada, pero se lo digo á mi querida Madre; si yo tuviera una hermana digna del Sr. de Foras y 50.000 escudos

(1) *Memorias* en 4.º, inéditas, que pertenecen al primer monasterio de Annecy, y contienen la *Vida de la señora de Toulangeon y la de la señora de Grignan*, pág. 209.

que darle, lo haría de todo mi corazón. Cuanto más le trato, más le quiero (1).»

Aunque el Santo Obispo «no dice esto por nada,» la venerable Madre de Chantal lo comprendió y empezó á tratarse de un matrimonio entre el Sr. de Foras y Francisca. Como en esta época se encontraba la Santa en la fundación del monasterio de Bourges, como veremos en el capítulo siguiente, y Francisca estaba en Borgoña en casa de una de sus parientas (2), hubo dificultades y dilaciones. «El buen Sr. de Foras — escribe San Francisco de Sales con fecha 3 de Enero de 1619 — está un poco malo, y con mucha pena sobre el asunto de su pretensión.

Y el 9 del mismo mes: «Lo que siente el Sr. de Foras es no saber adónde ir para obtener el resultado final de su pretensión ó matrimonio, puesto que la señorita de Chantal no está en vuestra compañía, y no estando juntas, ni una ni otra haréis nada. En segundo lugar, no sé si el Sr. de Chantal será gustoso, pero de esto éi mismo podrá enterarse (3). En tercer lugar, tampoco sabe qué dote se la dará, ni si se hará liquidación de bienes, ó si la recibirá del Sr. de Chantal. En cuanto á mí, yo explico estas cosas á mi modo, no entendiendo nada de las ceremonias, términos y maneras con que se

(1) Esta carta que se publicó en un número del *Amigo de la Religión*, del mes de Octubre de 1859, no está dirigida, como pensaba el Abate Keller, á la Madre Favre, sino á la Madre de Chantal. El Arzobispo, de quien en ella se habla, no es el Arzobispo de Lyon, sino el de Bourges. La Santa estaba entonces en esta ciudad disponiéndose para ir á Paris, adonde acababa de llegar San Francisco de Sales, y en donde trataba del difícil negocio de la fundación de un monasterio. La carta fué, pues, escrita del 4 de Noviembre de 1618, al 6 de Abril de 1619.

(2) Esto es lo que dice Bussy Rabutin. Quién era esta parienta y en qué punto de la Borgoña residía, no lo hemos podido averiguar.

(3) Se trata de Celso Benigno, el mayor de la familia, representante de su difunto padre, y como tal, consultado siempre en el asunto del matrimonio de su hermana.

trata un negocio en que no entendí nunca, gracias á Dios, y os aseguro que el pobre muchacho no es en esto más docto que yo; pero lo es mucho en bondad, piedad y toda clase de virtudes, y le parece que aunque no se case con la señorita de Chantal, lo cual, no obstante, desea mucho, no dejará de ser hijo vuestro» (1).

Este proyecto no se realizó, no sabemos por qué, pues todos los parientes eran gustosos (2); y al año siguiente vemos á San Francisco de Sales ocupado de nuevo en este asunto y sin mejor resultado. «Si me escribís—dice á la Santa el 20 de Febrero de 1620—que la señorita de Chantal no se ha casado ni se trata de ello, veríamos de anudar de nuevo relaciones al efecto, ó con el sobrino del Sr. de Andelot, si vuelve pronto de Italia, donde está con su tío, ó con el señor de Ballon, si no se casa con la señorita de Charmoyssi, á quien hace la certe entre gran número de rivales» (3).

Mientras que San Francisco de Sales se ocupaba activamente en Saboya en este proyecto, la Madre de Chantal, que había ido á Paris por asuntos de que hablaremos después, trabajaba también en casar á Francisca, pero con mejor éxito. Entre los que pretendían la mano de su hija escogió al señor Conde de Toulon-geon, caballero de muy distinguida familia, que había brillado mucho en el sitio de Suze y de la Rochela, «hombre de mucho mérito—dice Bussy Rabutin,—que hubiera ido muy lejos en el camino de la fortuna con sólo haber vivido un poco más» (4). Aunque joven aún, tenía mucha más edad que Francisca; pero esta falta estaba compensada con tantas ventajas, que ni la san-

(1) *Carta inédita de San Francisco de Sales.* (Archivos de la Visitación.)

(2) *Carta de la santa Madre de Chantal,* del 27 de Febrero de 1619.

(3) *Carta inédita también.* (Archivos de Annecy.)

(4) Genealogía manuscrita.

ta Madre de Chantal, ni aun Celso Benigno, que se hallaba entonces en su compañía, titubearon ni un solo instante (1). La venerable Madre escribió al instante á su hija, y entregó su carta al Sr. de Toulangeon, que iba á Borgoña, donde estaba Francisca. Se leerá con gusto esta carta, llena de autoridad y de buen juicio, como las que las madres sabían todavía escribir en el siglo XVII. «Hija mía querida: el Sr. de Toulangeon, que tiene ocho ó diez días libres, quiere aprovecharlos—dice—para saber por ti misma si no te parece demasiado moreno, pues en cuanto á su carácter espera que no te desagradará. Por lo que á mí toca, te diré claramente que no sólo no encuentro nada que oponer al partido que se te ofrece, sino que no deseo más; y nuestro Señor me da en esta ocasión tanto contento, que no me acuerdo haberlo tenido nunca igual por cosa alguna de la tierra. Su nacimiento y sus riquezas no son lo que llama mi atención en su persona, sino su alma, su carácter, su franqueza, su juicio, su probidad y su reputación. En fin, bendigamos á Dios, mi querida Francisca, en esta ocasión, y démosle gracias por el beneficio que te concede. Pero hija mía, disponte en agradecimiento á este beneficio, á servir y amar á Dios con más fidelidad que nunca, y que nada te impida seguir frecuentando los Sacramentos y ejercitarte en la práctica de la humildad y dulzura. Ten por guía de todas tus acciones, palabras y pensamientos el libro la *Filotea*, y caminarás bien. No te dejes llevar de las pequeñeces y vanidades en trajes y vestidos. Vas á entrar en la abundancia de riquezas; pero querida hija mía, acuérdate de que debemos usar de los bienes que Dios nos da sin apegarnos á ellos, y que del mismo modo debemos mirar todo lo que el mundo estima. Que de aquí en adelante toda tu ambición, todos tus cuidados, sean el

(1) Carta de la santa Madre de Chantal, del 12 de Marzo de 1620.

adornarte de una gran modestia y de una juiciosa conducta en el estado que vas á tomar. Ciertamente estoy contentísima de que este matrimonio se haya arreglado entre tus parientes y tu madre, sin que hayas tenido parte en ello, pues así es como se portan las jóvenes juiciosas; y yo, hija mía, quiero ser siempre tu consejera. Por lo demás, tu hermano, que es buen juez en estos asuntos, está muy contento con este matrimonio. El señor de Toulangeon, es verdad, tiene quince años más que tú; pero, hija mía, serás más feliz con él que si te casaras con un joven aturdido, loco y libertino, como lo son la mayor parte de los jóvenes del día. Te casarás con un hombre que es muy diferente; que no es jugador ni tiene vicio ninguno; que ha pasado su vida en la corte y en la guerra, y siempre con mucho honor, y que goza de grandes rentas del Rey. No tendrías el buen juicio con que te creo, si no le recibieses cordial y francamente; hazlo, pues, hija mía, y cree que Dios ha querido favorecerte (1).»

Francisca hizo lo que su madre deseaba, y aceptó de su mano la del Conde de Toulangeon: todos los parientes aplaudieron este enlace, y ya no se trató entre las dos nobles familias sino de boda, fiestas, adornos, pedrerías, trajes elegantes, y, en una palabra, de todas esas cosas frívolas que preceden al matrimonio, y que muchas veces hacen olvidar su gravedad. En medio de este ruido mundano será grato oír otra vez la voz de la Santa, que pocas veces habló más admirable y santamente en los negocios temporales.

«13 de Mayo de 1620.

» Mi muy querida hija:

» He bendecido á Dios, que tan felizmente te ha guiado en el principio de tu matrimonio; espero que su divina bondad te concederá una tranquilidad perfecta.

(1) Carta XCIII.

Te aseguro, queridita mía, que cuanto más conozco al Sr. de Toulangeon, más contenta estoy. No se puede encontrar, á mi parecer, un hombre más amable. Ha vuelto tan contento, que no puedo expresártelo, y todos tenemos motivo para estarlo. Verdaderamente, Francisca querida, me has dado mucho gusto mostrándome tan entera confianza; pero también es mucha verdad que he suplicado é importunado mucho á nuestro buen Dios para que me concediese verte felizmente colocada... Escribeme, como me tienes prometido, dándome cuenta de los afectos de tu corazón, y si Dios, como lo espero de su bondad, ha unido el tuyo al del Sr. de Toulangeon. Porque esto es lo que deseo sobre todo, y confío en que Dios habrá bendecido á los dos en esta primera entrevista. En cuanto á mí, queridita mía, te digo con toda verdad que encuentro muy á mi gusto al Sr. de Toulangeon, y que, como te lo escribí, le quiero más cordialmente que lo que puedo expresar. Por lo demás, todos nuestros parientes y amigos que lo saben están contentísimos.

»En cuanto á las sortijas, el Sr. de Toulangeon está sumamente ocupado en todas estas cosas, y quiere que me traigan muchas pedrerías de París para que se te compre todo cuanto queramos, y yo quisiera que tú no las comprases, porque te digo sencillamente, querida hija mía, que ninguna señora de la nobleza las lleva ya en esta corte, dejándolo para las mujeres de la clase media. Pero no puedo conseguir esto del Sr. de Toulangeon, que me ruega lo deje, siquiera en esta ocasión. Te envía perlas y pendientes, que es lo que llevan ahora las señoras, y también una caja de colorete con diamantes en la cubierta. ¡Señor y Dios mío! Querida hija mía, veo perfectamente que sois señora y dueña del corazón y de los bienes de nuestro querido y tan amable Sr. de Toulangeon, por lo cual debéis distribuirlos y manejarlos juiciosa y discretamente. Quiere

que envíes una medida para vestido; hazlo, hija mía, si bien no permitiré yo te mande más que uno, porque esto, entre las demás cosas, de ninguna manera es razonable. Puedes, si el Sr. de Toulangeon te ayuda, mandarte hacer otro; pero desearía nos mandases el dinero, y haríamos se te hiciese de moda, y de las telas que se estilan y se llevan en todas partes. Por lo demás, no te hagas vestido de boda; se ríen las señoras de aquí y de la corte de las que así lo hacen. Y también deseo con todo mi corazón que te cases sin ruido ni boato, y en esto quiero ser creída.

»El Sr. de Toulangeon me ha dicho que no quieres casarte en Mayo. ¡Oh, Dios mío! no lo hagas por escrúpulo, porque es una superstición, si bien creo que no se podrán arreglar tan pronto las cosas, aunque lo deseo mucho.

»En fin, cuanto más veo á este caballero más me gusta, y conozco lo que tú y yo debemos á Dios por el beneficio de habértelo dado. Dale una respuesta muy política y cordial, y trata franca y amigablemente con él, mostrándole un afecto recíproco, porque ya no es tiempo de cumplidos ceremoniosos. Francisca mía, quiero que ames verdaderamente á tu futuro, y que estés tan contenta como en realidad debes estarlo. En cuanto á mí, estoy muy contenta, y con razón. Adiós, querida hija de mi alma; escíbeme con el corazón.»

Y como si la Santa no hubiera recomendado bastante á su hija que fuese sencilla, añade en la postdata:

P. D. «Es menester no dejar al Sr. de Toulangeon que siga su inclinación de comprar tantas cosas, porque tiene tanto deseo de complacerte, que no te lo puedo expresar. Si ha existido una mujer feliz, lo eres tú seguramente; pero es menester, queridita mía, que la discreción esté de tu parte, y que le contengas en esto. Será mucho más útil que economices un poco, y emplees el dinero en cosas más útiles que en estas tonte-

rias y bagatelas. En cuanto á mí, deseo que mi Francisca no se deje llevar de esas niñerías, y no me darías gran reputación si no lo hicieras así, porque siendo hija mía estás más obligada á ser modesta y discreta. Mil memorias á todos los parientes. Adiós otra vez, mi querida Francisca; amemos mucho al que Dios nos ha dado» (1).

Todo estaba pronto para el matrimonio; cuando de repente ¡inestabilidad de las cosas humanas! cayó mala Francisca y estuvo á la muerte. Así se lo escribe la santa Madre de Chantal á la Madre de Brechard. «Mi hija ha estado á la muerte; estas son las cosas de la vida. Ya está buena, y se casará, Dios mediante, dentro de ocho días (2).

Se casó, en efecto, pocos días después, hacia el fin de Junio de 1620, según creo, porque no he podido averiguar la fecha exacta, ni en qué lugar se verificó la ceremonia. Ciertamente la bendición nupcial fué dada por San Francisco de Sales, y con ella atrajo sobre los esposos la felicidad que luego veremos disfrutó Francisca, y que fué tanta cuanta es posible en este mundo.

Mientras que la Madre de Chantal concluía con tan feliz éxito este importante negocio, proseguía otro tan serio como éste, pero más difícil, y que, sin embargo, logró concluir con tanta felicidad, á saber, el casamiento de su hijo el joven Barón de Chantal. Celso Benigno, como ya hemos dicho, era á un tiempo mismo, por sus cualidades y defectos, la alegría y el tormento de su madre. «En cuanto á vuestro Celso Benigno—escribe San Francisco de Sales á la Santa, devolviéndole una carta en que se trataba de su hijo,—guardaos de

(1) Esta carta, hasta ahora inédita, se encuentra en la nueva edición de las *Obras de San Francisco de Sales*, publicada por Mr. Migne, tomo VIII, pág. 1.103; pero la fecha está equivocada: es de 1620.

(2) Carta del 9 de Junio de 1620. Edición Migne, pág. 1.040.

saborear deliciosamente todo lo que en esa carta se dice tan bonitamente de él, porque es vuestro hijo. Dios le dará muchas y grandes perfecciones si escucha mis ruegos. Os envío, pues, la querida carta que me mandasteis, porque no quiero ser más tiempo depositario de un escrito que habla tan agradablemente de Celso Benigno (1).» Y en seguida de cartas semejantes, y al siguiente día de recibirlas, se sabía alguna calaverada, algún desafío en que, como siempre, se había portado con nobleza y valor. En la corte, donde estaba hacía algunos años, gozaba de un favor extraordinario. Tenía mucho talento, un carácter alegre y amigo de aventuras, bailaba muy bien, montaba perfectamente á caballo y manejaba tan admirablemente las armas—dice Bussy—que si no hubiese dado pruebas evidentes en el ejército de que era bizarro caballero, nadie hubiera podido juzgar si era valiente por estos combates particulares; tan segura era su victoria (2).» Amigo del Duque de Boutteville, del Duque d'Elbœuf, del señor de Noailles, del Príncipe de Chalais y de Toiras, que después llegó á mariscal de Francia, su vida brillante y disipada se pasaba en fiestas, desafíos y aventuras, que inquietaban y afligían á su madre.

En el momento en que la Madre de Chantal llegaba á París, Celso Benigno acababa de tener un desafío que había metido mucho ruido, y á pesar de las grandes protecciones que le defendían, estaba amenazado de un proceso criminal. La venerable Madre de Chantal se llenó de aflicción; todas sus cartas de aquella época llevan marcado este sentimiento. «Esto no es más que una palabra—escribe á la Madre de Chatel—para saludar amorosamente á vuestro querido corazón, y rogaros y suplicaros con todo afecto pidáis y hagáis que esas que-

(1) Esta carta está sacada de la parte compulsorial del *Proceso de canonización de la Santa Madre de Chantal*, fol. 130.

(2) *Genealogía*, manuscrita.

ridas Hermanas pidan á Dios con fervor y perseverancia por mi hijo. Haced que las más unidas á Dios lo tomen con afán, y vos muy particularmente. Es bueno y tiene buenas intenciones; pero la juventud lo arrastra. Creo que nuestro Señor le prepara alguna pesada cruz. Su infinita bondad haga que la reciba como debe (1).» Y á la Madre de Brechard: «Rogad por mí: estoy en la temporada de las grandes aflicciones por causa de mis hijos (2).» Y algún tiempo después á la Madre de Chantal: «He tenido muchas cruces, hija mía, y muy sensibles; he visto que tengo un corazón harto maternal. ¡Oh, Dios! Querida Hija mía, seamos de Dios sin reserva alguna (3).»

Para sustraer á Celso Benigno á estos peligros que atormentaban á la vez su corazón de madre y de Santa, y aunque en el año 1618 no tenía Celso Benigno más que veintiún años, vemos ya en esta época á la Santa dando pasos activos para tratar de casarle. Dos proyectos fracasaron, y no presentándose en el momento nada conveniente, la Santa creyó oportuno arrancar al menos á su hijo de aquella vida de París y de la corte, en donde perdía su alma, y con este fin, valiéndose de su autoridad de madre, le envió á Saboya á San Francisco de Sales, rogándole que si era posible le hiciese entrar al servicio del Duque de Nemours. «Haré cuanto pueda para ello—escribe San Francisco de Sales,—pero temo que no se le dará al principio ningún empleo importante. Será menester que le gane con su prudencia y virtud; aunque, Dios mediante, con esto le alcanzará después proporcionado á su clase. Le hablaré en la primera ocasión, y trataré de persuadirle que la dulzura y la política son mucho más honrosas por todos estilos que la violencia y la altanería, y que le servirán para ha-

(1) *Cartas de la Madre de Chantal*, edición Migne, pág. 970.

(2) *Idem*, pág. 984.

(3) *Idem*, pág. 985.

cer maravillas en su carrera. Ya sabéis, mi muy querida Madre, que la casa del Principe es un monasterio; que por nada en el mundo quiere tolerar desórdenes; y aunque al venir aquí trata de acomodarse á la libertad del país, quiere, no obstante, que sea una libertad virtuosa. Yo haré cuanto me sea posible por el hijo de mi muy querida Madre, el hermano de mi muy amada hermana; y por el sobrino del dignísimo tío que me escribe (1).»

Este proyecto no se realizó, fuese porque el joven Barón de Chantal, acostumbrado á las fiestas y diversiones de la corte de Francia, no hubiera podido decidirse á quedar en Saboya, ó por otras razones; lo cierto es que Celso Benigno volvió á París, donde estaba su madre, y al instante le vemos comprometido, no en un desafío, sino en uno de esos ataques imprevistos que eran tan frecuentes en el siglo XVII, y en el que verdaderamente no hizo más que defender á uno de sus amigos, á quien maltrataban. «Creo muy bien, querida Hermana mía—escribe la Santa en 12 de Marzo de 1620 á la Madre de Brechard,—que habréis sentido mucho lo que ha sucedido á mi hijo, porque tenéis un corazón tan afectuoso para mí, que siente como de rechazo, todo lo que me interesa. No os lo dije al escribiros, porque no me acordé, y porque Dios me hizo la gracia de no afectarme mucho con este acontecimiento, á pesar de que me lo dijeron sin miramiento ninguno. Pero, en efecto, fué una cosa inesperada, y en que cualquiera más juicioso que mi hijo no hubiera podido rehusar su ayuda y socorro á un amigo atacado de esa suerte. Así lo dicen, á lo menos, las gentes del siglo. No he dejado, sin embargo, de sentirlo mucho, pero sin ninguna mala resulta, y todo se ha compuesto. El buen caballero que los alguaciles querían llevarse, quedó muy mal herido,

(1) *Carta inédita.* (Archivos de Annecy.)

y aún no se ha curado; pero, gracias á Dios, todos los demás están bien; vuestras oraciones serán muy útiles á mi hijo, que tiene necesidad de ellas (1).»

Y algún tiempo después, al pie de una carta que escribía á la Madre de Chatel, añadía: «Os suplico, mi muy querida Hija, que hagáis que nuestras Hermanas tengan la caridad de rogar al Señor, con fervor y perseverancia, por mi hijo; que las más unidas á Dios lo hagan con ardor. Yo se lo pido con todo encarecimiento, y á vos muy particularmente (2).»

Con semejante vida, y aunque por otra parte Celso Benigno estuviera adornado de las mejores cualidades de espíritu y de corazón, se concibe fácilmente que hubiera dificultades para casarlo. Así fué preciso esperar tres años aún, al cabo de los cuales, después de activos y continuos pasos, consiguió la Santa encontrar un partido tan bueno como el que había proporcionado á Francisca, «al cual nada había que oponer; ni tampoco dejaba nada que desear.» En 1624 pidió para Celso Benigno la mano de María de Coulanges, hija de Felipe, Señor de la Tour Coulanges, consejero de Estado y secretario de Hacienda. Era una joven muy rica, amable, de muy sólida piedad, y sobre todo, dotada de una dulzura encantadora. La petición fué aceptada, y nuestra Santa bendijo á Dios, «que había concedido—decía—tan buena fortuna á su hijo.» «Es menester decir la verdad—añade Bussy Rabutín, en una frase en la que brilla su orgullo;—también era una buena fortuna para la señorita.

El Barón de Chantal, joven, buen mozo, primogénito de la casa de Rabutín, era uno de los más completos caballeros de su tiempo, ya por la viveza de su ingenio, ya por el valor brillante con que se distin-

(1) *Cartas de la Madre de Chantal*. Edición Migne, pág. 1022.

(2) *Idem*, pág. 1112.

guió en aquella época desgraciada, en que se adquiría gloria en los combates particulares (1).»

Llegado el día de la boda, las dos familias trabajaron mucho para alcanzar que la Madre de Chantal asistiese á ella. Sobre todo, Celso Benigno nada omitió para decidirla. Pero satisfecha con haber asegurado la felicidad de su hijo, no queriendo dar al mundo ni al claustro el ejemplo de que una religiosa, y fundadora de una Orden, asistiese á una ceremonia semejante, se negó absolutamente, contentándose con enviar al cielo los deseos de su corazón por la felicidad temporal y eterna de los nuevos esposos. «¡Oh Dios mío!—escribía á la señora de Coulanges,—con qué afecto voy á derramar mi corazón y mis pobres oraciones delante de la dulce misericordia de Nuestro Señor, á fin de que bendiga á nuestros queridos casados con sus más escogidas gracias, para que no tengan más que un corazón y un alma, y vivan larga y felizmente en el temor de Dios.»

Así, desde 1617 á 1624, en estos años fecundos que van á desarrollarse ante nuestros ojos, y mientras que vamos á ver á la Madre de Chantal recorrer una parte de la Francia, fundar las casas de Grenoble, de Bourges, de París, de Dijón; anudar y mantener relaciones con San Vicente de Paúl, el Cardenal de Berulle, el Padre de Condren, la Madre Angélica Arnauld; visitar á Port-Royal, á Maubuisson, á las Carmelitas, á las Penitentes; multiplicar, en fin, las buenas obras, la veremos también ocupándose en otra cosa que no han mencionado los historiadores, á saber: en casar á sus dos hijos, Celso Benigno y Francisca, haciendo esto con la perfección que en todo practicaba. «Admiro la providencia de Dios para con nosotros—escribía el joven Barón poco después de su matrimonio, á su buena madre,—aunque os hubierais quedado en el mundo, como deseá-

(1) *Vida compendiada*, pág. 21.

bamos, y hubierais tenido todo el cuidado que vuestro amor materno y vuestra sin igual prudencia hubiera podido inventar, no hubiera podido yo casarme mejor que lo estoy. Dios me ha concedido en mi matrimonio todas las ventajas que pueden desearse en mi clase, edad y carácter.»

Terminada esta obra, parece que la Santa hubiera podido creer habían concluido sus obligaciones respecto de sus hijos. Pero ¿se acaba alguna vez la tarea de una madre? No importa que los asuntos á que tiene que atender se multipliquen indefinidamente; no importa que el amor de Dios, desasiéndola de las cosas de la tierra, la transporte lejos de ella; en medio de sus más importantes ocupaciones de Fundadora, así como en las más elevadas regiones del desasimiento y de la muerte de sí misma, no olvida á sus hijos ni un solo instante. Participa de todos sus contentos, sufre todos sus dolores, se interesa en todos los acontecimientos de su vida y despliega, en fin, como iremos viendo en todas sus relaciones con ellos, tanta ternura, tan gran cariño, una abnegación tan rara, una solicitud tan activa, tan constante é infatigable, que si sus glorias como Fundadora no hubieran eclipsado todas sus demás glorias, y si las vírgenes consagradas á Dios y nacidas con su soplo no hubiesen solicitado el honor de tenerla por especial protectora, se la hubiera nombrado Patrona de las madres y de los huérfanos.





CAPÍTULO XX

La Visitación se erige en Orden religiosa bajo la regla de San Agustín.—Fundación de los monasterios de Moulins, de Grenoble, de Bourges y de París. — La Madre Angélica Arnauld de Port-Royal pide entrar en la Visitación.

1617-1620

MIENTRAS tanto, la Visitación principiaba á organizarse y fundirse. Las Constituciones estaban compuestas: la autorización para erigir la Congregación en Orden religiosa bajo la regla de San Agustín, pedida á Su Santidad por San Francisco de Sales, y que había sido apoyada por el Cardenal Belarmino, se esperaba de un día á otro. Dos monasterios florecían ya: el primero en Annecy, bajo el gobierno de la misma Madre de Chantal; el segundo en Lyon, bajo el de la Madre Favre; el tercero se fundaba en Moulins por los cuidados de la Madre de Brechard, y se preparaba en Grenoble la fundación del cuarto.

Hemos dicho que en el mes de Julio de 1616 había recibido San Francisco de Sales cartas muy urgentes, en las cuales el Arzobispo de Lyon, administrador de la diócesis de Autun, á la que pertenecía Moulins, el Mariscal de Saint-Géran (1), gobernador del Borbonés, el

(1) Juan Francisco de la Guiche, Conde de la Palisse, señor de San Geran, Caballero de las Ordenes del Rey, Mariscal de Francia y Gobernador del Borbonés.

Alcalde y Regidores de Moulins le pedían el establecimiento en esta ciudad de una casa de la Visitación; que en estas cartas le suplicaban enviase á la misma Madre de Chantal para fundar el monasterio; que San Francisco de Sales, no queriendo negar nada á las vivas instancias de personas **tan elevadas**, **había dispuesto todas las cosas para principiar la fundación**; pero no pudiendo enviar á la Madre de Chantal, entonces muy delicada y ocupada en la redacción de las reglas, había decidido fuese en su lugar la Madre de Brechard. Esta partió, en efecto, de Annecy hacia el 10 de Agosto, y después de haber pasado un día en Chambéry, otro en Grenoble, y dos ó tres en Lyon, llegó á Moulins el 20 de Agosto, acompañada de tres Hermanas profesas de Annecy. Había sido recibida con política, pero friamente, porque el pueblo y los nobles que esperaban á la Madre de Chantal, cuya reputación era entonces muy grande, se desanimaron viendo llegar una religiosa tan desconocida, que ni su nombre se sabía. Así que, después de algunas visitas de curiosidad y política, las Hermanas se vieron abandonadas, y en tal miseria, que aun el pan faltaba á menudo en el refectorio. Al cabo de un año, cuando era preciso pagar el arrendamiento de la casa que habían alquilado, no les fué posible hacerlo, y la señora de Gouffier, su protectora, se vió precisada á ir á suplicar á su tía la señora de Boysson y á la señora de Anlezy, su hermana, que empeñasen sus joyas, sin lo cual hubieran echado á las religiosas de su casa.

Felizmente, las virtudes de las Hermanas eran mayores que estas pruebas. Poco á poco las personas que visitaban el locutorio de la Visitación, conocieron que la Madre de Brechard era una mujer de santidad eminente; que la Hermana Juana María de la Cruz, de edad apenas de diecisiete años, era un angel de inocencia y de candor, y que la Hermana Gabriela Bally poseía una rara humildad con un adorable recogimiento.

De repente se pasó de la frialdad al entusiasmo, y ya no se habló en toda la ciudad sino de las maravillosas virtudes que brillaban en la pobre casa de la Visitación. Los recursos y las novicias vinieron, y una sobre todo, de la más alta nobleza del país, llamada Elena de Chastelluz.

La juventud de Elena había sido singular: Hija menor de una gran casa, se la había encerrado, siendo aún muy niña, en una rica Abadía, que gobernaba una de sus tías, con la esperanza de que algún día la sucediese en el cargo. Pero esta tía murió cuando Elena sólo contaba siete ú ocho años, y fué menester se encargase interinamente del gobierno de la Comunidad una de las religiosas, la cual, en cuanto gustó las delicias del mundo, ya no quiso renunciar á él. De aquí nació en ella una aversión oculta, pero profunda, hacia Elena, suscitándola mil persecuciones, á fin de que se disgustase del claustro. Las afrentas é injurias llegaron á un punto, que el Conde de Chastelluz se vió obligado á sacar á su hija por una temporada. Volvió ésta, por consiguiente, á la casa paterna, y se fué á vivir en compañía de su hermana la Condesa de Roussillón. Era hacia el año 1608. *La Introducción á la vida devota*, que acababa de publicarse, cayó en sus manos y dejó encantada á Elena. Su corazón era muy puro, y si aún no había dado fruto, era porque nadie le había cultivado. Aquel libro admirable cambió todas sus ideas, y desde este instante empezó una vida nueva en el mundo.

No obstante, juzgando el Conde de Chastelluz que la ausencia habría endulzado el espíritu de la Abadesa interina, y viendo que Elena crecía en edad y piedad, deseó que volviese á su Abadía. Llevó consigo el precioso librito que la tenía encantada, le prestó á las monjas, sobre todo á las más jóvenes, que le devoraron, y todas principiaron á inflamarse con el vivísimo deseo de la perfección religiosa.

¿Quién creería que semejante influencia pudiese despertar los celos de la Abadesa? Los excitó, no obstante, y más fuertes que nunca. Esta criatura altiva y ambiciosa temió que Elena, que había sabido ganar así los corazones de las monjas, pensara en arrebatársela pronto su báculo, y para evitarlo redobló sus persecuciones, y por fin la echó del monasterio, acusándola de intrigas y cábalas con que turbaba la paz de la Comunidad.

Fué, pues, preciso volver segunda vez al mundo, y como la Condesa de Roussillón cayó por este tiempo gravemente enferma, Elena partió al instante á cuidarla.

Roussillón no dista más que tres leguas de Autun, y Monthelón está muy cerca. La señora de Chantal, que aún no era religiosa, y quería mucho á la señora de Roussillón, venía muy á menudo á visitar á su querida enferma. Vió al pie de la cama á nuestra Elena, de solos diecinueve años, piadosa, fervorosa, pero triste; errante del claustro al mundo y del mundo al claustro, incierta sobre su porvenir, no sabiendo lo que Dios quería de ella y próxima al desaliento. La tristeza de esta joven le interesó mucho. Descubrió en su corazón una llama heroica, y temiendo que este fuego divino se apagase y perdiese Jesucristo una esposa, se aplicó á despertar en su alma tan alta idea de su vocación, que Elena volvió tercera vez decidida á sufrirlo todo, á humillarse y á morir, primero que quitar á su Esposo una sola hora de las que le había consagrado. Pero los hombres eran los que habían colocado á Elena en esta abadía, en que Dios no la quería.

Uno ó dos años después nació la Visitación, y muy pronto la Madre de Brechard, atravesando la Borgoña, apareció en Moulins. Esto fué para Elena como la luz que se levanta en medio de la noche, y le hizo ver lo que Dios quería de ella. Quebrando, pues, un báculo

que á pesar de tantas intrigas no podía escapársele; abandonando una de las más ricas abadías del reino, entró en una casa pobre y desconocida, llevando á ella el brillo de un gran nombre, el apoyo de una familia poderosa, una rica dote, y sobre todo, una virtud y un talento de primer orden.

Es menester oír á la Madre de Brechard contarlo, escribiendo á la venerable Madre de Chantal. No sabe cómo encarecer la felicidad que ha venido á su casa. «La entrada de esta querida novicia me hace recordar la de San Bernardo en la Orden del Cister, la cual, hasta la venida de este ilustre novicio estaba olvidada, y con la admisión de este incomparable Santo se multiplicó como las estrellas del cielo. Esta querida novicia le es igual en nobleza. Además tiene un talento claro, sencillez, vivo, luminoso y penetrante; unas inclinaciones nobles, generosas y muy dispuestas á la virtud y piedad; un carácter dulce, detenido, modesto y afable; pero por lo demás, un corazón ardiente y lleno de vehemencia para el bien y la perfección. Preveo que no tendremos otro trabajo para gobernarla que el de moderar su fervor, temiendo no tropiece por querer correr mucho. (1)»

A esta primera gracia añadió Dios otra. Había en Orleans un santo sacerdote llamado el Sr. de la Coudre, que amando mucho á la Santísima Virgen, se había ofrecido á esta Reina de los ángeles para servirla toda su vida, y siempre había oído una voz interior que le decía: «Anda, y dedícate al servicio de mis hijas.» No comprendiendo el sentido de estas palabras, había ido á servir á las religiosas de la Magdalena, del Orden de Fontevrault, que se llenaron de grandísimo consuelo, porque era tenido generalmente por santo. Pero apenas

(1) *Las vidas de muchas superiores de la Orden de la Visitación: un volumen en 4.º, París 1693.— Vida de la Madre María Elena de Chasteilleux, pág. 215.*

estuvo en el convento de la Magdalena se sintió atacado de tan grandes penas é inquietudes, que no podía ni aun dormir, por lo cual, saliendo de allí, se encaminó á Moulins, sin saber por qué ni para cuánto tiempo, dejándose conducir por el espíritu que le impulsaba. En Moulins supo que hacía poco se había establecido un monasterio llamado de Santa María. Por devoción á la Madre de Dios fué á él á decir la Misa, y en el instante de doblar la rodilla sintió tan dulce serenidad en su corazón, que alumbrado de un rayo de luz se dijo á sí mismo: «Este es el lugar ¡oh María, mi celestial Princesa!, en donde queréis que vuestro esclavo se dedique á vuestro servicio perpetuo en la persona de vuestras hijas.» Después de la Misa llamó á la Superiora, á quien deseaba hablar, y conociendo ésta que venía de parte de Dios, le aceptó por confesor de la comunidad y sirvió á este monasterio de Moulins con admirable utilidad por espacio de dieciséis ó diecisiete años, conservándose en una vida muy santa y muy retirada, dando ejemplos extraordinarios de virtud y viviendo en una pobreza heroica, de suerte que si le querían dar alguna cosa la rehusaba graciosamente: «No os cuidéis de mí; la Señora á quien sirvo me da gajes de tanto valor, que por respeto no me atrevería á recibir otros; además, todos los días experimento que es menester muy poco para vivir y pasar este destierro como buen discípulo de Jesucristo (1).»

Mientras que de este modo se fundaba un monasterio en Moulins, se preparaba la fundación de otro en Grenoble. Había allí una noble dama llamada la señora Le Blanc, mujer del primer Presidente de Grenoble, hermosa, de talento, rica, con grandes dotes para agradar, y muy dada al mundo; en apariencia la mujer más

(1) *Fundación del tercer monasterio de la Visitación de Santa María, establecido en la ciudad de Moulins el 21 de Agosto de 1616. Manuscrito en folio inédito.*

feliz de Grenoble, y, no obstante, en la realidad, como todas las almas grandes que no pueden satisfacerse con las cosas perecederas, atormentada de un secreto disgusto en medio de las fiestas más espléndidas, y tan llena de fastidio, que cuando se paseaba por el campo suspiraba de envidia viendo á los pastores contentos y alegres cantar en medio de sus rebaños, y conocía que su vida, tan brillante exteriormente, «no era más que desdicha comparada con la de aquellos aldeanos, á quienes su humilde condición libraba de los grandes disgustos que ella tenía.» La santa Madre de Chantal fué en 1615 á fundar un monasterio en Lyon; la señora Le Blanc, como otras muchas, fué á visitarla, y después de algunas horas de conversación se sintió transformada. La vanidad del mundo le fué revelada, así como la imposibilidad de encontrar en él la felicidad. Renunció al lujo en los vestidos, llevándolos lo más sencillo que le permitía su clase; se dió á la oración; tomó la costumbre de ir todos los años al monasterio de la Visitación de Lyon, para hacer diez días de ejercicios, y concibió el proyecto de tener en Grenoble otro Monasterio de Santa María.

Para lograrlo, consiguió lo primero que San Francisco de Sales predicase en esta ciudad el Adviento de 1616 y la Cuaresma de 1617, y aprovechándose del entusiasmo que el Santo Obispo excitó en estas dos ocasiones, tomó en alquiler una casita, que amuebló según las reglas de la Visitación, y reunió todos los recursos necesarios para un establecimiento semejante.

Obligado de este modo, no pudo resistir más San Francisco de Sales, y mandó á la señora de Chantal viniese á reunirse con él, «para aprovechar—la escribía—los momentos de Dios.» «Todo el mundo—añadía—aplaude este designio; nuestra buena presidenta Le Blanc está llena de un santo ardor, y yo siento una esperanza muy dulce de que Dios bendecirá sus intencio-

nes, si somos tan felices que nos humillamos como debemos delante de Dios, que se digna glorificarse en nuestra pequeñez. Os ruego, mi muy querida Madre, que vayáis preparando poquito á poco á nuestras abejas para hacer una salida en cuanto haga buen tiempo, viniendo á trabajar en la nueva colmena, para la cual prepara el cielo mucho rocío» (1).

La Madre de Chantal llegó, en efecto, muy pronto, acompañada de la Hermana María Petra de Chatel, de cuatro ó cinco profesas del monasterio de Annecy, y de cuatro jóvenes de Grenoble que la señora Le Blanc había enviado á Saboya para sondear allí su vocación, y que habían tomado el hábito, viniendo ahora á ser los cimientos de la nueva casa. Se estableció ésta solemnemente el lunes 8 de Abril de 1618, por el Ilmo. de Calcedonia, coadjutor de Ginebra, en presencia de un gentío considerable.

La historia no cuenta ninguna acción memorable de la Madre de Chantal durante su estancia en Grenoble, la cual apenas duró una semana. Llamada de repente á la ciudad de Annecy para negocios muy importantes, partió antes de acabar el mes de Abril, después de haber recibido algunas novicias, y puesto por superiora á la Madre María Petra de Chatel, dejando el monasterio en tal estado de fervor que, según el testimonio de muchos siervos de Dios, era un horno de amor divino; y con tal popularidad, que á porfía colmaban á las Hermanas de atenciones y regalos, hasta el punto de que los domingos y días de fiesta, las señoras de la ciudad les enviaban la comida ya compuesta, á fin—decían—de que estuviesen todo el día, como Santa María Magdalena, á los pies del Salvador, sin distraerse con los quehaceres de Marta (2).

(1) Carta del 11 de Marzo de 1618.

(2) *Fundación del cuarto monasterio de la Visitación de Santa María, establecido en Grenoble en 8 de Abril de 1618. Manuscrito en folio.*

San Francisco de Sales no había esperado á la santa Madre de Chantal para dejar á Grenoble. Habiendo llegado él antes á la ciudad de Annecy, encontró allí cartas de Roma, y entre ellas el Breve tan largo tiempo esperado, por el cual el Papa Paulo V le autorizaba para erigir la Congregación de la Visitación en Orden religiosa, bajo la regla de San Agustín. En consecuencia, escribió á la Santa que apresurase su vuelta, porque era preciso estuviese allí en el momento en que por un acto solemne y soberano iba á dar la última mano á la obra en que trabajaban juntos hacia ocho años. De vuelta, pues, la Madre de Chantal, el bienaventurado leyó con ella las Constituciones, las examinó de nuevo, modificó algunas cosas, y después de cinco meses de un último y definitivo examen las aprobó, *mandando y estableciendo con nuestra autoridad — dice—ó más bien con la autoridad apostólica, á Nos delegada para este objeto, que estas Constituciones deben ser perpetua é inviolablemente observadas y guardadas.*

Ocho días después, el domingo 16 de Octubre de 1618, fué San Francisco de Sales al convento acompañado de su Vicario general, de su cabildo, del Sr. Miguel Favre, confesor de la comunidad, y de dos testigos canónicamente designados, y después de haber hecho leer el Breve de Paulo V, el Santo Obispo erigió solemnemente y en nombre del Soberano Pontífice, la Congregación de Santa María en Orden religiosa bajo la regla de San Agustín; declaró por la misma autoridad apostólica que todas las Hermanas y religiosas de la dicha Congregación deberían gozar de allí en adelante de todas las inmunidades, privilegios, indultos y concesiones de que gozan las demás Ordenes religiosas que viven bajo la misma regla; les mandó observar la clausura, según el decreto del Santo Concilio de Trento, con todas las leyes de la solemnidad de los votos, y como la Madre de Chantal y la Madre María Magdalena de Moux

tenían aún en el mundo algunas propiedades de que no habían podido deshacerse, fijó á las dos el término de seis meses para disponer de sus bienes y ponerse en estado de pronunciar los votos solemnes. Se levantó acta de esta ceremonia, y se inscribió en los registros del Obispado de Ginebra (1).

Así se arreglaron y fijaron para siempre las bases generales de la Orden de la Visitación. Mucho distaba seguramente este plan definitivo del primero que había concebido San Francisco de Sales, y que tanto tiempo había esperado la Madre de Chantal. Después de ocho años de ensayos, pruebas y multiplicadas reflexiones, contrariados por los acontecimientos, molestados por los hombres, ó más bien, conducidos sin saberlo por Aquel que impulsa á los hombres y dirige los acontecimientos, los dos Santos fundadores habían tenido que hacer precisamente lo contrario de lo que habían pensado. Así Dios, siempre dulce y siempre fuerte, hace su voluntad en la fundación de las Ordenes religiosas, como en el establecimiento de los grandes imperios, y los Santos como los conquistadores, no son en su mano sino meros instrumentos.

La santa Madre de Chantal partió para Bourges al otro día, que era el 17 de Octubre de 1618. Su hermano, el Ilmo. Sr. D. Andrés Fremiot, lo había preparado todo para erigir en esta ciudad un monasterio de la Visitación. Empezó su camino por Lyon, en donde se detuvo poco; pasó por Moulins, llenándose de alegría al ver la sencillez, el fervor y la humildad de las religiosas. No encontró que reformar sino una sola cosa, la demasiada frecuencia de maceraciones corporales, lo que era siempre de temer en donde estuviera la Madre de Brechard. De Moulins salió para Bourges en un coche que

(1) Véase al fin del volumen este documento transcrito de la copia auténtica, depositada y conservada en el archivo de Annecy.

le envió su hermano, acompañada de la Hermana Ana María Rosset, de la Hermana Ana Catalina de Beaumont, que venían de Annecy con la Santa, y de la Hermana Gabriela Bally, que había sacado de Moulins. El pueblo de Bourges, que amaba mucho á su Ilmo. señor de Fremiot, fué á recibir á su hermana con grande júbilo (1).

El día 4 de Noviembre, el Ilmo. Sr. Fremiot vino á celebrar la santa Misa en el nuevo monasterio, comprado y amueblado por él; expuso el Santísimo Sacramento, estableció la clausura, dejó mil quinientas libras para los primeros gastos del establecimiento, y colmó á las Hermanas de tantos bienes, que la Santa Madre, turbada con tanta abundancia, escribió á San Francisco de Sales contándole el apuro en que se hallaba. Ya se comprende la respuesta del Santo: nada pedir ni nada rehusar; servirse de todo sin afecto y sin escrúpulo, con libertad y desasimiento: esta es la suprema perfección. Por lo demás, tanto porque la voluntad de Dios era que estos principios tuviesen su prueba, como por la manera de ser de una época en que era más fácil mandar que ser obedecido, la pobreza se hizo sentir muy pronto. Tal era la negligencia de los criados del Arzobispo durante los tres primeros meses, en los cuales se había encargado de mantener á las Hermanas, que algunas veces faltaba el pan en la mesa. La Madre de Chantal, sin turbarse, llevaba á sus Hijas al refectorio á la hora señalada por la regla, exhortándolas á la confianza en Dios. Sucedió dos ó tres veces que precisamente al acabar el *Benedicite*, llamaban á la puerta, y algunas buenas mujeres que no era posible supiesen la necesidad del convento, traían un pan blanco y tierno para cada una de las Hermanas (2).

(1) *Fundación del quinto monasterio de la Visitación en la ciudad de Bourges el 4 de Noviembre de 1618. Manuscrito en folio.*

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy, pág. 169.*

La santa Madre de Chantal estuvo poco tiempo en Bourges. Se la esperaba en París, donde se entreveía la posibilidad de fundar una casa. San Francisco de Sales, que acababa de llegar con la comitiva del Príncipe Cardenal de Saboya, después de haber sondeado algún tiempo el terreno, escribió á la Santa que fuese prontamente para tratar de establecerse, «que era sólo un azar y menos aún que esto, pero que, sin embargo, lo emprendía bajo la protección de la Virgen Santísima y del glorioso San José.» La bienaventurada Madre de Chantal avisó al instante al Ilmo. Sr. de Fremiot, que opuso muchas dificultades, y dijo que no le daría coche, y prohibiría se le proporcionase ningún medio de transporte. La Santa, con un rostro sereno y grave, le respondió: «Ilmo. Sr.; la obediencia tiene buenas piernas. Iremos á pie, más bien que dejar de obedecer.» Admirando la virtud de su hermana, el Ilmo. Sr. de Bourges no resistió más, y la Santa, después de haber hecho venir de Moulins á la Hermana Juana María de la Cruz y á dos novicias, no llevando de Bourges más que una sola religiosa, la Hermana Ana Catalina de Beaumont, partió en la tarde del Viernes Santo, se detuvo en Orleans el día de la Pascua, y entró en París el 6 de Abril, día de Cuasimodo, en un coche de alquiler, no teniendo en su bolsillo más que diecinueve sueldos (1).

París no era entonces ni con mucho lo que es hoy; pero no obstante, era ya la gran ciudad del ruido y del movimiento, el campo de batalla donde el bien y el mal combatían de un modo formidable. El Cardenal de Berulle, el Padre de Condren, San Vicente de Paúl y una

(1) La Madre de Chantal escribió de su propia mano en el libro conventual del monasterio de París la historia de esta fundación. De este documento, el más auténtico que se puede desear, hemos sacado estos detalles. Los demás están sacados de la *Historia manuscrita de la fundación de París*, historia compuesta sobre las notas de la Madre de Beaumont, y revisada por la santa Madre de Chantal.

porción de Santos, luchaban heroicamente por el triunfo de la verdad y la virtud, cuando en 1619, San Francisco de Sales y la santa Madre de Chantal vinieron por un instante á juntar sus esfuerzos con los suyos, y á establecer en la gran capital del error y del mal, un nuevo hogar de abnegación y sacrificio.

Apenas apareció la Madre de Chantal en París, cuando se despertaron todas las pasiones. Todas las burlas que acogieron la obra naciente en Annecy en 1610, fueron oídas de nuevo en París en 1619; y lo que era más sensible, es que las mismas comunidades religiosas se conmovieron. Escuchemos á la Madre Angélica Arnaul de Port-Royal, escribiendo á la Madre de Chantal: «Hay personas que vienen aquí y me hablan de ese nuevo instituto con singular desprecio, creyendo que no se va á vuestras casas sino para vivir con toda comodidad. Y son personas dedicadas á la Iglesia, y aun religiosos los que así hablan. Me dicen que si abrazo este instituto, perderé la reputación que tengo. Yo les respondo con dulzura que vuestra regla está compuesta por el mayor Doctor de la Iglesia, San Agustín, y vuestras Constituciones por un grande y Santo Obispo, y que, por consiguiente, tienen que ser buenas. Después los escucho con humildad. Pero á uno que me aseguraba que todas las mañanas se preguntaba á cada religiosa lo que quería comer, le dije con energía que eso estaba muy distante de ser verdad (1).»

San Francisco de Sales nos revela el secreto de estos temores é inquietudes de las Comunidades religiosas. «¿Podriais creer—escribía á la Madre de Chantal—que siervos de Dios me han dicho hoy que la dulzura y piedad de nuestro Instituto eran tan del gusto de los franceses, que iban á quitar la gente á las otras casas

(1) *Carta de San Francisco de Sales*. Edición Blaise, tomo III, página 364.

religiosas, y que cuando se conociera á esa señora de Chantal ya no se querría ninguna otra cosa?» Por todas partes, pues, tanto los buenos como los malos, empezaron á intrigar con el Cardenal de Retz para impedir la fundación. Todos los días se presentaban nuevas proposiciones, tan inaceptables unas como otras. Se permitía á las Hermanas establecerse en París, «con la condición de dar quince mil escudos para ayuda de otro establecimiento.» «No serían recibidas á menos que no consintiesen en gobernar á los Andriettes y á las Hijas de Santa Magdalena, que son las Arrepentidas (1).» «Si no aceptáis estas condiciones—decía un religioso,—es preciso marcharse.—Y bien, Padre mío—le contestó la Madre de Chantal,—nos iremos más bien que abrir brecha en nuestro Instituto. Hemos venido por obediencia, y por obediencia nos iremos.» Y esto lo decía con tanta humildad, que el religioso, enternecido al oírla, la preguntó si había hecho voto de humildad. «Ojalá, Padre mío—le respondió sonriéndose,—que supiéramos practicar esta virtud como si fuera nuestro cuarto voto.» Esta borrasca duró como unas tres semanas, «después de la que—dice la Madre de Chantal,—volviendo el Cardenal de Retz de la corte, tomó papel y pluma, y escribió por sí mismo la autorización para establecernos en París, lo que un venerable religioso miró como milagro (2).»

El establecimiento se verificó al día siguiente, 1.º de Mayo de 1619. San Francisco de Sales presidió la ceremonia, predicó, estableció la clausura, y como no estaba sino de paso en París, encargó la dirección espiritual del monasterio al que todo París llamaba entonces el Sr. Vicente, y que la Iglesia y el mundo católico honran hoy con el célebre nombre de San Vicente de

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 157.

(2) Propias palabras de la Madre de Chantal.

Paúl. ¡Quién no admirará aquí las atenciones de la Providencia! ¡San Francisco de Sales iba á morir! No le quedaban más que tres años de vida, durante los cuales no le debía volver á ver la Madre de Chantal sino una sola vez, en los últimos días, de prisa, y sin poder abrirle su corazón. Y en el momento en que este guía tan dulce y tan sabio desaparece, le muestra con el dedo otro guía no menos dulce ni menos sabio, y se apaga, digámoslo así, al mostrársele. Así proporciona Dios los socorros á las necesidades; si llama á una sencilla mujer á la vocación más sublime, envía á sus ángeles en su ayuda, y les manda que la lleven en sus brazos.

A estas primeras tempestades se sucedieron muy pronto otras nuevas. Se empezaron á correr voces de que las Hermanas eran extraordinariamente ricas, y estos rumores, haciendo que se detuviesen las limosnas, pusieron el colmo á su pobreza, que era extremada. Todo les faltaba, aun lo más necesario. Para mayor desgracia, la peste se declaró en París, y no sólo la corte, sino casi todos los habitantes, excepto los pobres, salieron de allí. Esta gran ciudad parecía un desierto; la hierba crecía en las calles, y todas las personas que se habían interesado en la fundación se marcharon en su mayor parte, quedando sólo algunas, ocultas en sus casas. Solamente una señora muy piadosa, la presidenta Amelot, continuaba visitando á las Hermanas; pero cada vez que iba al locutorio salía con el corazón traspasado, y para consolarse iba á ver al Rdo. P. Binet, y le decía: «¡Ay! ¿qué va á ser de estas buenas siervas de Dios?—No tengáis cuidado, señora—la respondía este hombre de fe,—cuanto más humilladas veáis á las Hijas de Santa María, más las elevará Dios un día y las hará florecer.»

La peste cesó, pero sin disminuir la miseria del convento. La Madre de Chantal tenía que sentarse en

el suelo con sus Hijas, porque no tenían sillas; y en el invierno les era imposible tener leña, ni mantas durante las noches rigurosas de Diciembre y Enero. Como la casa era tan pequeña, muchas Hermanas tenían que dormir en los graneros, y se despertaban cubiertas de nieve en los haces de sarmientos que las servían de camas.

En circunstancias tan críticas, la Madre de Chantal recurría á Dios, su refugio constante. Todos los días, cuando se acercaba la hora de comer, iba á la iglesia, y puesta de rodillas rezaba un *Padrenuestro* para pedir al Padre de familias el pan cotidiano de que sus Hijas tenían necesidad. Así que llegaba algún socorro suspendía el *Padrenuestro*, diciendo á sus Hijas: «Que era una delicia no tener más que lo necesario, y esto poco y religioso; y que teniendo esto no se debía pedir la sobreabundancia, sino esperar lo que Dios gustase enviar.»

Mucho tiempo después, las Hermanas que tuvieron la dicha de soportar con la santa Madre de Chantal la pobreza y escasez de estos tiempos heroicos, aseguraban no haber pasado nunca días tan felices, por la grande y santa alegría de espíritu de la Madre de Chantal: «de suerte que por poco que tuviesen para vivir, vestir y acostarse, se tenían por dichosas.» Desasimiento admirable en jóvenes de alta clase, criadas hasta entonces con todas las delicadezas de una vida opulenta.

No era solamente el espíritu de pobreza, el valor y la alegría en la desnudez, lo que admiraba en la Madre de Chantal; practicaba otras muchas virtudes: el celo por la observancia de las reglas, la más rara humildad, el más puro amor. Un día, algunas Hermanas cometieron por distracción una ligera irreverencia delante del Santísimo Sacramento, y la Madre de Chantal, durante la comida, pidió perdón á Dios por las cul-

pables, les besó los pies y comió en el suelo. Otro día, habiéndose descuidado una Hermana en una pequeña observancia, la reprendió vivamente, le mandó tomar la disciplina, y la dijo que una religiosa que descuida la menor de sus reglas, ignora el valor de la sangre de Jesucristo. «Mirad, hija mía—decía un día á una de sus Hijas,—he tenido esta noche un pensamiento muy profundo. Yo me veía al borde del infierno, y con razón; porque ¿qué hago yo por Dios? Absolutamente nada.» El tono con que decía estas palabras es inexplicable.

Así como no hay almas á quien Dios predestine para mayores trabajos que á los fundadores de Ordenes, no hay otras tampoco á quienes forme con más amor y enriquezca con mayores dones naturales, ni con más virtudes amables y heroicas. Pero en cuanto es posible juzgar por el análisis de la vida de los diez ó doce personajes extraordinarios que tienen este título en la Iglesia, el rasgo que más caracteriza su fisonomía, el que la concluye y perfecciona, es el desasimiento que los libros santos llaman muerte de sí mismos. Escogidos para ser en manos de Dios sus instrumentos, no tienen ni deben tener más pretensiones ni más movimientos propios que los que tiene de suyo un instrumento. Cuanto menos cuentan consigo mismos, tanto más valen. En el momento que renuncian á sí mismos, y en la proporción en que renuncian, se apodera Dios de ellos, y encontrándolos flexibles, dóciles, prontos para todo, muertos á todo, hace en ellos y con ellos cosas grandes.

La venerable Madre de Chantal era una de estas criaturas privilegiadas; y así Dios, que la había aplicado durante muchos años á que adquiriese virtudes pequeñas, le inspiró de repente, en 1619, el deseo ardentísimo de poseer una virtud sólida. Era la segunda vez que sentía este impulso. Ya en 1616 durante la Semana Santa, había tenido un ardiente deseo de mo-

rir á todo, «de abandonarse, de consagrarse y sacrificarse entera é irrevocablemente á Dios, á fin de que hiciese de ella, en ella y por ella cuanto le agradase.» Habló de esto á San Francisco de Sales, y por su consejo escribió el Martes Santo un acto de abandono á Dios, por el cual juraba despojarse de todo, «no exceptuando ni reservando nada, sea lo que fuere,» y morir entera y absolutamente á sí misma.

Pero esto no era más que un preludio. En 1619, desde el 10 al 20 de Agosto, durante unos ejercicios, sintió de repente la necesidad de morir á sí misma, y de despojarse de todo, en un grado que jamás había conocido, y cuya primera vista la hizo estremecer. Escribió al instante á San Francisco de Sales, y con este motivo se cambiaron durante diez días entre los dos Santos las más hermosas cartas que escribieron en toda su vida: cartas elocuentes, valientes y llenas de un espíritu verdaderamente divino. Aquí es donde se debe estudiar la lengua que hablan los Santos, y hasta dónde puede llegar en ciertas almas generosas la muerte de sí mismas y el desasimiento de todo. «Dios mío, verdadero Padre mío—escribía la Santa,—¡qué adentro penetró la navaja! ¿Podré vivir mucho tiempo con este afecto? ¡Oh Jesús, Jesús mío, dignaos concederme la continuación de esta dicha!» Y prosigue: «¡Oh Dios, qué fácil nos es dejar lo que tenemos á nuestro alrededor! Pero dejar nuestra piel, nuestra carne, nuestros huesos y penetrar hasta el interior, hasta la medula, que es lo que hemos hecho, según me parece, es una cosa sumamente difícil é imposible á todo lo que no sea la gracia de Dios. A Él sólo, pues, es debida la gloria, la cual le sea dada, y para siempre jamás (1).»

Y San Francisco de Sales respondía: «¡Oh Jesús, y

(1) Véanse las cartas de San Francisco de Sales y de la Madre de Chantal, del 8, 9 y 10 de Agosto de 1619.

qué consuelos y qué bendiciones siente mi alma, sabiendo que la vuestra está enteramente desnuda delante de Dios!... El fin de la transfiguración, mi muy querida Madre, es no ver ya á Moisés ni á Elías, sino á Jesús. La gloria de la Esposa es estar á solas con su único Rey para decirle: *Mi amado es para mí, y yo soy para Él*. Es menester, pues, estar siempre despojada de todo, mi muy amada Madre.»

Y entrando con el entusiasmo propio de los Santos en este camino del desasimiento absoluto, y deseando establecer á la Madre de Chantal en la cima más elevada de la muerte de sí misma, añadía: «Mi muy amada Madre, decid desde hoy que renunciáis á todas las virtudes, no queriéndolas sino á medida y en el grado que Dios os las dé, y no queriendo tener cuidado de adquirirlas, sino según sea su voluntad concedéros las. No penséis ya ni en la amistad ni en la unidad que Dios ha formado entre nosotros, ni en vuestros hijos, ni en vuestra alma y corazón, en fin, en cosa ninguna, porque todo lo habéis entregado á Dios!... ¡Oh, y qué contento está mi corazón viéndoos en este estado, tan digno de ser deseado! (1).»

Mientras que la venerable Madre de Chantal adelantaba así en este camino, en el que la veremos dar todavía más de un paso heroico, el monasterio de París se fundaba, y una porción de jóvenes deseaban entrar en él como novicias. Casi todas pertenecían á ilustres familias, y la mayor parte habían sido llamadas al claustro por vocaciones extraordinarias; pero entre todas—dicen las antiguas *Memorias*,—la que dió un consuelo sin igual á nuestra única Madre, la que fué su verdadera Hija de gozo y alegría, y la bendición del monasterio de París, fué nuestra respetable Hermana Elena Angélica L'Huillier, sacada de la vida del mundo y

(1) Carta del 9 y 10 de Agosto de 1619.

traída á la religión con cuerdas dulces de amor. «Elena Angélica era de una noble casa, joven, rica, muy estimada en el mundo y muy dada á la vanidad y regalo; y de enmedio de todas estas seducciones, y cuando todo la sonreía—según decía después,—la cogió Dios con tal dulzura, que no sintió su mano sino cuando ya estaba presa.» El instrumento de esta pesca milagrosa fué, como siempre, el Santo Obispo de Ginebra. Confesó á la señorita de L'Huillier, que quiso hacer con él una confesión general, y le habló del miedo terrible que le inspiraba el claustro. El Santo le dijo que esperase y que no se apresurase; que tuviese por cierto que él por su parte no pondría en la balanza ni un grano de arena para determinarla á elegir entre el mundo y la religión. Si se hubiese tirado más de la cuerda, la joven mundana hubiera tal vez resistido; pero ni aun se le ocurrió semejante idea, sintiéndose guiada por mano tan dulce.

Y mientras tanto, Dios trabajaba en su obra. Poco á poco, el amor á las verdaderas y sólidas virtudes, y el disgusto del mundo, iban penetrando en lo íntimo del corazón de Elena. La voz interior del celestial Esposo resonaba incesantemente en su oído. «Todo pasa; yo solo soy eterno; ¿por qué tanto regatear? Menester es ser mía, cueste lo que costare.» Para acallar esta voz quiso hacer un ensayo de la vida religiosa, y entró en el monasterio con el pretexto de hacer ejercicios. Pero apenas vió cerrarse las rejas, cuando las repugnancias más terribles se apoderaron de su corazón. ¡Siempre pobre, siempre humillada, siempre tratada como una niña!... ¡Ella, que poseía libertad, opulencia, consideración, estimación! Tres semanas pasó enferma sin salir de su cuarto, revolviendo en su mente la elección entre tres cruces sin resolverse por ninguna; la cruz del matrimonio la parecía un infierno para el espíritu, la cruz de la religión un purgatorio verdadero para los

sentidos, y la cruz inaceptable era quedarse soltera en el mundo.

El día de la Visitación fué á la capilla del monasterio para cumplir sus devociones, y al encaminarse á ella la Madre de Chantal, á quien acababa de dar los buenos días, le entregó una carta de San Francisco de Sales. La tomó latiéndola fuertemente el corazón, sin decir una sola palabra y decidida á obedecer por más que le costase. Entró en la capilla, abrió la carta y en un abrir y cerrar de ojos lo vió y aceptó todo. «Esto es hecho — dijo á la señora de Villeneuve, su hermana, que leía con ella, — seré religiosa y no saldré nunca de aquí.» Y la señora de Villeneuve, que hasta entonces se había opuesto mucho á este proyecto, penetrada del mismo movimiento de la gracia, «tenéis razón, hermana mía — le dijo, — si no sois religiosa no encontraréis nunca reposo.»

La misma tarde, inundada con las lágrimas de su padre, del que se había despedido con tiernos ósculos, se echaba á ojos cerrados en los brazos de la obediencia.

Esta decisión de la señorita de L'Huiller hizo mucho ruido en París. Se criticó mucho al Sr. de L'Huiller, y se le persuadió á que fuese á sacar á su hija. Lo hizo, en efecto, pero vencido de nuevo por la constancia y firmeza de su Elena, después de dos horas y media de conversación y de un diluvio de lágrimas, le permitió seguir la voz de Dios.

La vocación de la señorita de L'Huiller fué una de las gracias grandes que concedió Dios al monasterio de París. Le llevó además de una rica dote y la protección de una poderosa familia, una virtud y un talento que la hicieron ser una de las columnas del Instituto naciente.

Entretanto, la Madre de Chantal, que había recibido cuarenta y cinco mil libras de la dote de la señorita

de L'Huiller, resolvió dar los pasos más activos para alcanzar las patentes del Rey y buscar una casa, porque la que las Hermanas ocupaban estaba en medio de dos garitos, y día y noche se oía el alboroto de los jugadores. Por otra parte, era muy pequeña atendido el número siempre creciente de novicias. Se alcanzaron las patentes por el crédito del Sr. de L'Huiller, muy influente en el parlamento; pero para encontrar una casa hubo inmensas dificultades; todos los días recorría la Santa todo París y á cada viaje inútil se arrojaba á los pies de Nuestro Señor para quejarse amorosamente. «Dios mío—decía—¿adónde queréis que vivan vuestras esposas?» De cuantas casas visitó una sola era conveniente; era una casa del Sr. de Zamet, calle de San Antonio, pero costaba cuarenta y ocho mil libras, suma enorme para aquel tiempo, y parecía ser demasiado hermosa para un monasterio. No obstante, no encontrándose otra, se consultó á San Francisco de Sales, que contestó: «La casa de los señores Zamet me parece demasiado hermosa; no obstante, á falta de una bastante buena, es preciso contentarse con una demasiado buena.» Se compró, pues, en cuarenta y ocho mil libras que se pagaron con el dote de la señorita de L'Huiller, y la venerable Madre de Chantal dijo, después de firmar el contrato, que había dado á Dios por esta casa más lágrimas que piezas de plata al dueño. Se gastaron, además, doce mil libras para componerla y arreglarla para monasterio, y la comunidad entró en él á mediados del año 1621.

Todos estos hechos, la estancia de San Francisco de Sales en París, el largo tiempo que estuvo allí la venerable Madre de Chantal, la vocación de la señorita de L'Huiller y la fundación de un monasterio de la Visitación tuvieron en París un eco profundo y excitaron un vivo entusiasmo entre las personas piadosas. Sin cesar se encontraban entonces en los locutorios de la Visita-

ción los personajes más eminentes en virtud. San Vicente de Paúl, que había aceptado la dirección del monasterio con título de superior, el ilustre Cardenal de Berulle, que conocía hacía largo tiempo á la señora de Chantal, y el cual desde el año 1604 había predicho el alto grado de virtud á que había de llegar algún día, y que viniendo una vez al locutorio salió profundamente conmovido, y decía en alta voz: «La Madre de Chantal es un alma de las más amantes que tiene Dios sobre la tierra.» El Padre de Condren, cuya doctrina era tan sublime que el Cardenal de Berulle escribía de rodillas cuanto le oía decir, á quien San Vicente no dejaba nunca sin exclamar: «Ningún hombre habló jamás como éste,» y de quien después de una hora de conversación en el locutorio dijo la Madre de Chantal estas palabras, que ya hemos citado: «Si nuestro bienaventurado Padre es capaz de instruir á los hombres, el Padre Condren es capaz de instruir á los ángeles.» El Sr. Andrés Duval, célebre doctor y profesor de la Sorbona, cuyo don principal era llevar la paz á las almas turbadas, y que encargado de la dirección de San Vicente de Paúl, de la señora de Acaria y de una porción de almas santas, no llamaba á San Francisco de Sales y á la Madre de Chantal sino *las dos maravillas de nuestra época*; el señor de Gallemand, escogido por Dios para iluminar á la señora de Acaria sobre su vocación de Carmelita, y para ayudar á la señora de Sainte Beuve á reformar las Ursulinas, el cual habiendo encontrado á la señora de Chantal en Dijón, trató de llevarla al Carmelo, y que no venía nunca al locutorio de la Visitación sin confesar su error, acusándose de haber querido estorbar la obra de Dios, y lo hacía con tanta humildad que las torneras no le llamaban sino el humilde Sr. de Gallemand. El Sr. de Renty y la señora Condesa de San Pol, cuyo nombre, bolsa y corazón se encuentran mezclados en todas las buenas obras de esta época; el Comendador de Sillery, que

fechaba su conversión desde el primer día que vió á la Madre de Chantal, y que vino á ser desde este momento el amigo, el consejero, el protector poderoso y tan afecto á la Visitación, que desde ahora el nombre de nuestro buen Comendador se encontrará en todas las cartas de la santa Madre de Chantal, y en todas las páginas de su historia; el Sr. de Marillac, el guarda sellos, más célebre aún por su piedad y buenas obras que por sus talentos, y que no quería tan absolutamente á las Carmelitas, que no se le viese muy á menudo en la Visitación; el Padre Binet, en fin, religioso de gran virtud, el cual no quiso abandonar á las religiosas durante la peste, y que, saliendo de una conversación con la Madre de Chantal, decía como fuera de sí: «La pureza de amor de esta Santa me arrebató completamente;» por último, una porción de sacerdotes y seglares, cuyos nombres encontraremos después, y que van á ser los auxiliares de la santa Madre de Chantal en la fundación de sus monasterios.

Los claustros mismos se conmovieron, y las religiosas más fervorosas escribieron á la venerable Madre, para entablar con ella una santa amistad, pedirla consejos y rogarla viniese á visitar sus monasterios y reanimar en ellos la observancia. Pero ninguna se prendó con más vivo entusiasmo de la Madre de Chantal, que la Madre Angélica de Arnauld; y la historia de las relaciones de la Fundadora de la Visitación y de la Abadesa de Port-Royal, es muy célebre para dejarla olvidada.

El mismo San Francisco de Sales había unido estas dos almas tan dignas, diríamos, una de otra, si la segunda no hubiera desmentido después las esperanzas que entonces hacía concebir. En el momento en que el Santo Obispo de Ginebra vino á París en 1619, la Madre Angélica estaba en el período más brillante de su vida. Abadesa á los catorce años, apenas llegó á los diecisiete

cuando emprendió la reforma de su abadía, y la consiguió con un éxito imposible de esperar. La casa era una escuela de fe, de regularidad y de fervor. Victoriosa de terribles dificultades, en medio de las cuales había desplegado un valor varonil; rodeada desde entonces de una gloria precoz, emprendía á los veintiocho años otra reforma más difícil aún, la de la abadía de Maubuisson. No menos ocupada, por otra parte, en reformarse á sí misma, naturalmente altiva, ansiosa de sacrificios, buscando directores, no escuchando más que á los que eran de su dictamen, y con razón, porque le tenía entonces bueno, y mucho mejor que lo general; inquieta, no obstante, con este método, porque era guiarse á sí misma,, apenas supo la llegada de San Francisco de Sales á París, cuando quiso verle. Lo consiguió en Maubuisson, y le sucedió lo que sucedía á todo el mundo: quedó encantada de él; pero lo más raro es que no la sedujo la dulzura del Santo, sino su firmeza. Era la primera vez que encontraba un hombre que se apoderaba de su alma, y que aplaudiendo sus proyectos, la gobernaba. Así fué grande su entusiasmo; le descubrió su corazón, hizo con él confesión general, le tuvo una vez nueve días seguidos en Maubuisson, le hizo volver cuantas veces pudo, y cuando se fué, principió una correspondencia que no se ha publicado con bastante cuidado, pero que junta con las cartas del Santo Obispo y de la Madre de Chantal, debe servir para eterna instrucción de directores (1). Es menester ver con qué arte tan profundo analiza el Santo Obispo aquel corazón extraordinario, atormentado con el afán de cosas grandes; aquella alma siempre inquieta por saber si pertenece á la clase de las almas elevadas ó viles; tan pronto llena de indignación á vista del mal, como propensa á la burla, á la

(1) Todos los documentos de esta correspondencia se encuentran fácilmente. En Annecy hay muchas cartas inéditas de San Francisco de Sales á la Madre Angélica.

zumba y á la cólera, entre las boberías, niñerías é imperfecciones femeninas de sus Hermanas, de suyo sumamente impresionables; tan ansiosa de sacrificios, tan impaciente de perfección. ¡Con qué dulzura va San Francisco de Sales calmando poco á poco en esta alma el fervor de penitencias corporales, de austeridades excesivas que la devora! ¡Cómo la enseña á emplear todas sus fuerzas en la corrección de sus defectos! ¡Con qué tacto la hace conocer que si Dios la ha llamado á una vocación extraordinaria, el camino por donde debe llegar á ella no es extraordinario; que sólo lo conseguirá por medio de una tranquila, dulce y fuerte humildad; que esta humildad, este desprecio de sí misma deben practicarse dulce, tranquila y suavemente, y principalmente con gozo y alegría! ¡Qué sensatez, en fin, para enseñarla á mantener en su alma la dulzura y la tranquilidad, haciéndosela practicar primero en los ejercicios diarios y comunes, haciendo todas sus acciones de andar, levantarse, sentarse, acostarse, comer, etc., etcétera, despacio y con sosiego! «Ya veréis—añade—cómo en tres ó cuatro años, si sois fiel en hacerlo así, arregláis enteramente esa viveza tan súbita (1).»

Algunos meses pasados bajo esta dirección, obraron un gran cambio en el alma de la Madre Angélica; la hicieron ver horizontes que ni aun sospechaba, y la prepararon á progresar maravillosamente. «Sieste Santo hombre—escribía después—se hubiese quedado en Francia, creo que hubiera sacado mucho provecho de su santa dirección.» ¡Ay! no debía quedarse, y de las manos del dulce y sabio Obispo de Ginebra iba á caer, impaciente y altiva, en las de un insensato é imprudente.

Si la Madre Angélica gustó tanto de San Francisco

(1) Cartas del 25 de Junio, del 12 de Septiembre y del 16 de Diciembre de 1619, y del 4 de Febrero y del 14 de Mayo de 1620.

de Sales, se enamoró completamente de la Madre de Chantal en cuanto la conoció. Esta incomparable mujer estaba formada, en efecto, para agradarla. Más joven que nuestra Santa, pues tenía diecinueve años menos que ella, la Madre Angélica la tomó por maestra y directora de su alma. Tenemos algunas cartas suyas dirigidas á la Madre de Chantal, que son verdaderas confesiones llenas de la más tierna humildad y en las que la confiesa su orgullo, su cólera imperiosa, su inclinación á la burla, al desprecio; la impaciencia y el ardor que no sabe contener, ni aun escribiendo á la Santa; una viveza exterior y una prontitud que hace que no ande, sino que corra, de lo cual, por otra parte, no se arrepiente, porque le ha parecido que esto no disgusta á la Santa; un cierto amor propio, que la hace sentir un dolor extremado en cuanto se la contradice; y, en fin, en cada página lo que llama su indiscreción y su arrogancia ordinaria: y en medio de estos defectos ¡ay! muy reales, pero que entonces combatía con energía, una voluntad tan fuerte, que no podía serlo más; una rectitud de alma, un candor, una sed de humildad y de obediencia, y mil rasgos, en fin, del más vivo entusiasmo por el bien (1).

Poco á poco, con el trato de los dos Santos fundadores, la Madre Angélica sintió nacer en su corazón un deseo, que por sí solo es bastante para dar testimonio de su grandeza de alma: era éste dejar su báculo de Abadesa, aquel báculo que sus tiernas manos llevaban con tanta gloria, y entrar como simple novicia en la Visitación.

Tuvo la primera idea de esto en 1619, y la confió al instante al santo Obispo de Ginebra, que sólo contestó con una sonrisa. Poco después le volvió á escribir, y

(1) *Cartas de la Madre Angélica á la Santa Madre de Chantal.* (Véanse en particular las de Septiembre y Noviembre de 1621.)

como tampoco respondía, insistió y multiplicó las cartas. San Francisco de Sales, disgustado con esta petición, eludió «cuanto pudo el responder.» En el fondo no quería; la encontraba dominante y demasiado imperiosa para su humilde Instituto (1).

No recibiendo por este lado más que respuestas evasivas, la Madre Angélica se dirigió á la Madre de Chantal, que la acogió con mucha deferencia. El entusiasmo que la Madre Angélica sentía por la Santa, lo tenía ésta, si me atrevo á decirlo así, por la joven Abadesa de Port-Royal. Le gustaba esta alma, grande como la suya, imperiosa, altiva como ella misma lo hubiera sido fácilmente, pero tan decidida á dominar su orgullo, y que no temiendo ningún sacrificio, aún muy joven y casi niña, había hecho ya tan grandes cosas por Dios. Acogió, pues, con gusto esta proposición de entrar en la Visitación, dió su consentimiento, y se encargó de apoyar la nueva petición que la Madre Angélica quería hacer á San Francisco de Sales.

«Mirad—le escribe, en efecto, el 11 de Noviembre de 1621—las cartas de esta querida hija de Port-Royal, cuyos deseos crecen con las contradicciones... Me dice que por no sé qué, de que no puede dar idea, conoce que Dios la quiere en la Visitación. Yo he tenido el mismo sentimiento. Pero por Dios, Padre mío, decidme francamente si éste es también el vuestro; porque con tal que nos habléis claramente, como que sois el único que tiene autoridad para hacerlo, habiéndose ella entregado enteramente á vuestra dirección, espero que todos los demás pensarán del mismo modo. Decidme solamente si pensáis es la voluntad de Dios que salga de allí, porque en cuanto á las dificultades, no hago

(1) No hablo al acaso, sino después de estudiar atenta y seriamente todos los documentos impresos y no impresos acerca de este asunto, cuyo voluminoso legajo existe en los archivos de la Visitación de Annecy.

caso de ellas. Dicen, y así me lo aseguraba ayer el Ilmo. Sr. Obispo de Nantes, que sus votos son nulos; con que no hay duda que, en buena conciencia, puede salir. No cabe, pues, sino saber qué será más útil á la gloria de Dios, si el que se quede allá contra todos sus sentimientos é impulsos interiores, unidos á la creencia firme que siente de la necesidad en que se halla del socorro de la obediencia (que es lo que encuentro más importante y de más consideración para ella), ó que venga aquí, donde parece podrá sacar más provecho para su alma. Yo no puedo menos de añadir, que pues Dios la hace apreciar tanto el espíritu de este Instituto, creo que será para sacar su gloria con ventaja de todo el Instituto; en fin, ha sido preciso que yo contente mi corazón, diciéndoos también lo que pienso en este asunto; y os suplico, mi verdadero Padre, que lo más pronto que os sea posible sepamos lo que os parece de esto» (1).

San Francisco de Sales, que se había visto apurado con las vivas instancias de la Madre Angélica, se halló mucho más viendo á la Madre de Chantal interesarse por ella. Sea que no quisiese contrariarla con una negativa absoluta, sea más bien que la intervención de una persona tan importante, y cuyo juicio estimaba tanto, le hiciese titubear, lo cierto es que resolvió dejar este negocio á la decisión del Papa. Escribió, pues, inmediatamente al P. Binet, que había unido sus instancias á las de la Santa, una carta muy curiosa, en que pinta muy al vivo sus verdaderos sentimientos. «Reverendo Padre: después de daros mil gracias por el trabajo que os habéis tomado en escribirme, os diré en respuesta, que estando en París no quise nunca acceder al deseo que la señora Abadesa de Port-Royal me manifestó de retirarse de la Orden en que tan útilmente ha vi-

(1) Esta carta es de los primeros días de Noviembre de 1621.

vido hasta ahora, y verdaderamente no traje á este país pensamiento alguno acerca de este asunto; pero he recibido carta sobre carta de dicha señora en que se esfuerza por convencerme con mil buenas razones á que apruebe sus pensamientos y deseos. Eludí cuanto pude el satisfacerla, y me mostré, no solamente frío, sino aun contrario á sus aspiraciones, hasta que al cabo de dieciocho meses, una persona de importancia, la Madre de Chantal, me escribió de un modo tal que no creí conveniente hacerme juez supremo en este negocio... Escribí, pues, á la Madre Angélica, que puesto que no se tranquilizaba con nada de lo que yo le había dicho, hiciese se solicitara lo que deseaba, y que si Su Santidad accedía á ello, habría una gran probabilidad de que su deseo era, en efecto, indicio de la voluntad de Dios; que si, por el contrario, Su Santidad no lo aprobaba, no había que pensar más que en humillarse y doblar su corazón» (1).

Salir de una Orden menos rígida para abrazar otra que lo es más, es cosa fácil, y á la que Roma se presta de buena gana; pero dejar una Orden más severa (que era el caso aquí) por otra de reglas más suaves, presenta muchas dificultades. La respuesta de la Santa Sede se hizo esperar. Durante este tiempo la Madre de Chantal salió de París, San Francisco de Sales murió, y para colmo de desgracia, en el momento en que perdía á sus dos guías, la Madre Angélica conocía al ilustrísimo Zamet, y por él, al Abate de San Ciryan. Hombre fatal, más orgulloso y de carácter más fuerte aún que la Madre Angélica, y á quien, por más que digan, faltaban todas las cualidades de un director, en lugar de moderar á la Madre Angélica, como lo había hecho San Francisco de Sales, la aguijoneó, añadió su vehemencia á la ya demasiado grande de su penitente, con-

(1) Carta del 11 de Noviembre de 1621.

fundió su espíritu con sus discusiones sobre la gracia, y arrojándola en la herejía, logró que llevase á ella la pasión de su alma, la exageración de su carácter, la terquedad de su sexo; y conservando en medio de estas ruinas algunos rayos de belleza moral, fué grande aun en medio de una herejía miserable y enfadosa, que no se había hecho para ella, viniendo á ser el tipo más completo de aquellas vírgenes, de quienes decía el Arzobispo de París que eran puras como ángeles y orgullosas como demonios. Muchos años fueron necesarios para efectuar esta transformación, cuyo relato no pertenece á nuestra historia, porque abrumada la Madre de Chantal con sus numerosas fundaciones, y arrastrada la Madre Angélica por otras influencias, ya no tuvieron entre sí ninguna relación, ó por lo menos fué de tan poca importancia, que no merece se fije en ella la historia, ni es bastante auténtica para ser aceptada por una seria crítica (1).

Concluiremos aquí la narración de las relaciones de la venerable Madre de Chantal con la Madre Angélica de Port Royal, y la finalizaremos proponiendo una cuestión que naturalmente ocurre. ¿Quién se engañaba de los dos, San Francisco de Sales, ó Santa Juana Francisca respecto á la Madre Angélica? ¿El que pensaba que no era propia para la Visitación, ó la que creía debía entrar en ella para provecho suyo y de todo el Instituto? Si la Madre Angélica hubiese, en efecto, tomado el hábito de la Visitación, ¿qué hubiera sucedido? Contendida por la Madre de Chantal, que la igualaba en firme-

(1) Los jansenistas han hecho grandes esfuerzos para demostrar que la Madre de Chantal había conservado las más íntimas relaciones con la Madre Angélica y el Abate de San Cyran, aun después de la prisión de éste en el castillo de Sincennes. Han publicado cartas y citado hechos que en el proceso de canonización de la Santa fueron objeto del más largo y minucioso examen. Habiendo tenido en las manos el legado de este asunto, he creído deber dejar su estudio para el fin de este volumen en una nota especial.

za y energía, que le era superior en santidad y experiencia; doblegada por las dulces reglas de la Visitación; asociada á los trabajos de la Madre de Brechard y de la Madre de Favre, tan á propósito para comprenderla y ser comprendidas de ella; desarrollándose con toda la energía de que era capaz en sentido del bien, la Madre Angélica de Port-Royal hubiera tenido una edad madura más brillante que su juventud, y preservada de todo peligro por la obediencia y por la humildad, hubiera llegado á ser, como era capaz, una segunda Madre de Chantal. O bien, lo que era muy posible, aquellos deseos de obediencia, sinceros, por otra parte, ¿no podrían ser en el fondo, y sin conocerlo la misma Madre Angélica, una pasajera ilusión de su espíritu cansado, por entonces, de mandar? Una vez en el claustro esta alma altiva, ¿no hubiera vuelto á su natural? ¿No hubiera roto todos los frenos, sacudido todo yugo, y cansada de obedecer, no hubiera quizá entristecido la vejez de la Madre de Chantal, y deshonorado los principios de la Visitación con una rebelión manifiesta? Inquieta y curiosa, ¿no hubiera tropezado con el jansenismo, que anduvo tan largo tiempo y con tanta insistencia alrededor de los monasterios de la Visitación? ¿No le hubiera introducido en la Orden y hubiera cambiado así en plomo vil el oro purísimo del naciente Instituto? Este es el *secreto de Dios*. Pero ¿qué cuestión es esta de la vocación, tan obscura y terrible, puesto que guías tan experimentados como San Francisco de Sales y la Madre de Chantal, pueden algunas veces no estar acordes?





CAPÍTULO XXI

Nuevas fundaciones.—La Madre de Chantal sale de París para ir á Lyon, y en el camino funda el monasterio de Dijón.—
Ultima entrevista de San Francisco de Sales y la Madre de Chantal.

1620 — 1622

Los monasterios de la Visitación principiaban á multiplicarse; y ora por las gracias de que colmaba á las fundadoras, ya por las pruebas y sufrimientos que enviaba á las Hermanas, manifestó Dios el amor con que miraba al Instituto naciente.

Había en Montferrand una señora joven, la Condesa de Dalet, emparentada con las familias más distinguidas de Auvernia. Acababa un día de comulgar y se había retirado á una capillita para dar gracias, cuando de repente quedó como arrebatada en éxtasis, y vió con admirable claridad la dicha de las almas que abrazan el estado de la vida religiosa. El éxtasis duró como una hora, al cabo de la cual se sintió toda abrasada de amor de Dios, disgustada de los placeres de la tierra, aspirando al retiro, al silencio, á la obediencia, á la pobreza, y tan mudada, que no se conocía á sí misma.

Nada la había preparado á este favor, porque aunque era cristiana, no sabía ni aun hacer oración. Nada tampoco pudo explicarla por qué ni para qué Dios la había favorecido con una visión tan clara de la feli-

za y energía, que le era superior en santidad y experiencia; doblegada por las dulces reglas de la Visitación; asociada á los trabajos de la Madre de Brechard y de la Madre de Favre, tan á propósito para comprenderla y ser comprendidas de ella; desarrollándose con toda la energía de que era capaz en sentido del bien, la Madre Angélica de Port-Royal hubiera tenido una edad madura más brillante que su juventud, y preservada de todo peligro por la obediencia y por la humildad, hubiera llegado á ser, como era capaz, una segunda Madre de Chantal. O bien, lo que era muy posible, aquellos deseos de obediencia, sinceros, por otra parte, ¿no podrían ser en el fondo, y sin conocerlo la misma Madre Angélica, una pasajera ilusión de su espíritu cansado, por entonces, de mandar? Una vez en el claustro esta alma altiva, ¿no hubiera vuelto á su natural? ¿No hubiera roto todos los frenos, sacudido todo yugo, y cansada de obedecer, no hubiera quizá entristecido la vejez de la Madre de Chantal, y deshonorado los principios de la Visitación con una rebelión manifiesta? Inquieta y curiosa, ¿no hubiera tropezado con el jansenismo, que anduvo tan largo tiempo y con tanta insistencia alrededor de los monasterios de la Visitación? ¿No le hubiera introducido en la Orden y hubiera cambiado así en plomo vil el oro purísimo del naciente Instituto? Este es el *secreto de Dios*. Pero ¿qué cuestión es esta de la vocación, tan obscura y terrible, puesto que guías tan experimentados como San Francisco de Sales y la Madre de Chantal, pueden algunas veces no estar acordes?





CAPÍTULO XXI

Nuevas fundaciones.—La Madre de Chantal sale de París para ir á Lyon, y en el camino funda el monasterio de Dijón.—Ultima entrevista de San Francisco de Sales y la Madre de Chantal.

1620 — 1622

Los monasterios de la Visitación principiaban á multiplicarse; y ora por las gracias de que colmaba á las fundadoras, ya por las pruebas y sufrimientos que enviaba á las Hermanas, manifestó Dios el amor con que miraba al Instituto naciente.

Había en Montferrand una señora joven, la Condesa de Dalet, emparentada con las familias más distinguidas de Auvernia. Acababa un día de comulgar y se había retirado á una capillita para dar gracias, cuando de repente quedó como arrebatada en éxtasis, y vió con admirable claridad la dicha de las almas que abrazan el estado de la vida religiosa. El éxtasis duró como una hora, al cabo de la cual se sintió toda abrasada de amor de Dios, disgustada de los placeres de la tierra, aspirando al retiro, al silencio, á la obediencia, á la pobreza, y tan mudada, que no se conocía á sí misma.

Nada la había preparado á este favor, porque aunque era cristiana, no sabía ni aun hacer oración. Nada tampoco pudo explicarla por qué ni para qué Dios la había favorecido con una visión tan clara de la feli-

ciudad de la vida religiosa, porque estaba casada hacia pocos años, y vivía sumamente feliz con su esposo; era madre de dos hijos y estaba embarazada del tercero, sin que jamás, ni aun cuando era soltera, hubiese pasado por su imaginación la idea de la vida religiosa. Tanto porque no conocía el valor de esta gracia, como por no alarmar á su familia, guardó el más profundo silencio sobre lo que le había pasado, empezando solamente á dedicarse á la oración, llegando á tenerla en muy alto grado, se entregó á la práctica de buenas obras, y para corresponder á lo que parece pedía la merced con que Dios le había favorecido, quiso ayudar de su bolsillo á los monasterios que se empezaban á fundar, y á las jóvenes pobres que deseaban entrar en ellos.

Dos años se habían pasado desde esta visión, que no había comprendido, cuando el 18 de Enero de 1620, el Conde de Dalet murió casi repentinamente, dejando en el más profundo dolor á su joven viuda, que acababa de dar á luz hacia sólo once días á su cuarto hijo. Para distraerla y consolarla un poco, hicieron que viniese á acompañarla su prima, la señorita de Blansac, á quien Dios visitaba de otro modo. Después de seis meses de un fervoroso noviciado, acababa de salir de las Carmelitas de Riom, y se veía obligada, por la debilidad de su salud á volver al mundo, que detestaba, y á renunciar á la vida religiosa, á la cual se sentía fuertemente inclinada. En el momento en que en el umbral del monasterio se separaba, anegada en lágrimas, de los brazos de las buenas Madres Carmelitas, la Priora le dió como recuerdo un librito recientemente impreso en Lyon, intitulado: *Constituciones para las Hermanas religiosas de la Visitación*. Las dos primas emplearon una parte de la noche en leer, ó más bien en devorar este librito; y encantadas de la sabiduría de sus reglas, de la belleza de su espíritu y de la perfección de esa vida

interior, que es su alma, se propusieron trabajar con todas sus fuerzas, á fin de establecer en Montferrand un monasterio de la Visitación. Al formar este propósito, la señora de Dalet no pensaba sino en consolar á su prima y facilitarle el medio de seguir su vocación, pues por su parte tenía ya hecha su elección. Si algún día (lo cual no se atrevía á esperar siendo madre de cuatro hijos) le daba Dios libertad para consagrarse á El, sería hija de Santa Teresa: este era su sueño dorado. Lejos estaba de pensar entonces que Dios la llamaba á ella misma á la Visitación, que entraría después de largos años y de inmensas pruebas, y que sería una de sus más puras glorias y de sus más firmes apoyos.

A la Madre Favre fué á quien San Francisco de Sales encargó la fundación de Montferrand. Llegó á esta ciudad el 7 de Junio de 1620, y tanto por su gran virtud como por la protección de la Condesa de Dalet, el monasterio se estableció sin obstáculos. «Toda la provincia está embalsamada con la virtud de la Madre Favre—escribía poco después la señora de Dalet,—y las mejores familias se tienen por felices en dar sus hijas á una Madre que es la admiración de todo el mundo.» San Francisco de Sales escribía por su parte á la Madre Favre: «En fin, mi muy querida hija, habéis sido acogida con alegría en Auvernia, país de buenos espíritus, y yo espero que en lo porvenir corresponderá la cosecha, y que Dios os concederá los hermosos y buenos frutos de vuestro trabajo. ¡Ah! cuánta alegría siente mi corazón viendo que mi buena Madre está en París, y que mi grande Hija está en Auvernia, cooperando las dos con el Espíritu Santo para un servicio tan digno y tan santo» (1).

Seis semanas después del establecimiento de este

(1) *Fundación inédita del monasterio de Montferrand.*

monasterio, el 21 de Julio, se fundaba otro en Nevers, pero con circunstancias bien diferentes.

Nada hacía presagiar entonces la tempestad que estalló á los principios de este monasterio. La señora Doña María Amada de Morville, esposa del Sr. de Tertre, que acababa de fallecer, era una joven viuda de veintidós años, que San Francisco de Sales había conocido en París, y que muy inclinada al mundo, estaba expuesta en él á los mayores peligros. Con las piadosas conversaciones del Santo, concibió la idea de retirarse á un monasterio en clase de bienhechora; y para separarla de la sociedad de París, á la cual tenía mucho afecto, y á ruego suyo, la envió el Santo Obispo al monasterio de Moulins, gobernado por la virtuosa Madre de Brechard. Fué recibida con todas las atenciones que merecía una persona recomendada por San Francisco de Sales; y algún tiempo después escribía ella á la Madre de Chantal, que en lugar de ser sólo bienhechora del monasterio, quería tomar el santo hábito y vivir en él como verdadera religiosa. Se trataba entonces de tener un monasterio de la Visitación en Nevers, y no había más dificultad que la falta de medios. San Francisco de Sales hizo proponer á la señora de Tertre, que llevaba en dote cuarenta mil libras á la Visitación de Moulins, que no le diese más que treinta mil, cantidad muy suficiente, sobre todo después de la profesión de la señorita de Chastelluz, y que reservase diez mil libras para Nevers. La señora de Tertre consintió en ello con grande alegría, y aun ofreció ser fundadora del nuevo monasterio, y al efecto tomar el santo hábito y profesar en él. No ponía más que una sola condición, y era que la Madre de Brechard fuese con ella. Ni San Francisco de Sales, ni la Madre de Chantal vieron en esto ninguna dificultad, y encargando á la Madre de Brechard fuese á hacer la nueva fundación, enviaron para reemplazarla en Moulins, y como superiora, una religiosa joven

aún, pero excelente, la Madre Paula Jerónima de Monthouz. Pero apenas se supieron en Moulins estas decisiones, no obstante ser tan sabias, cuando se suscitó una especie de motín. Los unos no querían que los bienes de la señora de Tertre fuesen á Nevers; los otros, y eran la mayor parte, contando entre ellos al Mariscal de Saint Gerand, á los regidores y á todo el municipio, no querían que la Madre de Brechard saliese de Moulins. En vano prometía ésta del modo más solemne estar de vuelta á los tres meses; tales eran los temores de perder una religiosa de tanta virtud, que los magistrados prohibieron á la Madre de Brechard salir de la ciudad, y para quitarle todo pretexto y toda probabilidad de marcharse, la misma fundadora fué arrestada en su castillo. Esta es la primera vez que en los anales de la Visitación se ve un hecho que se repitirá después muy á menudo. San Francisco de Sales se admiró y se regocijó, no tanto por el homenaje prestado á la virtud de una de sus Hijas, cuanto por la energía que ésta desplegó en tales circunstancias. Sin desconcertarse por estos obstáculos, la Madre de Brechard, después de haber pedido órdenes á los santos Fundadores, cambió en un momento su plan. En lugar suyo envió á la Madre Paula Jerónima, dándola por compañeras á la Hermana María Elena de Chastelluz y á la Hermana María Jacobina de Mussy, ambas muy estimadas en aquel país; las hizo salir secretamente á las tres de la mañana, y ya estaban muy lejos en el camino de Nevers, cuando ni aun lo sospechaban en Moulins.

Por desgracia, se esperaba en Nevers á la Madre de Brechard, que habia alcanzado una gran reputación, y cuando en lugar de ésta se vió á una Hermana joven, de quien no se conocía ni aun el nombre, el disgusto fué general. Como era pequeña de cuerpo y con un rostro muy joven, los señores de Nevers se quejaban de que les hubiesen enviado una niña para superiora de la

casa; le preguntaban sin cesar su edad, el tiempo que llevaba de profesión, haciéndole otras mil preguntas más ó menos irreverentes, no sólo para la Madre, sino para todo el Instituto. Todas las burlas que oímos en Annecy en 1612, y en París en 1619, sobre la blandura de la Visitación, resonaban alrededor del convento de Nevers. No había novicia ninguna, no tenían recursos para vivir, carecían de confesor, y sólo con mil trabajos lograban tener una Misa diaria; todo faltaba á un tiempo, excepto el fervor, la energía, la grandeza de alma; todas las cosas, en fin, que casi nunca faltaron en los principios de la Visitación.

Citaremos un rasgo que merece no ser olvidado aquí. Al ir á Nevers, la Madre Paula Jerónima había llevado los diez mil francos de la señora de Tertre; pero esta señora, que no los había dado sino creyendo que la Madre de Brechard iría á la fundación, viendo que ésta se quedaba en Moulins, y decidida á quedarse con ella, empezó á intrigar para que se los devolviesen. Los abogados á quienes se consultó, declararon que las reclamaciones de la señora de Tertre no tenían fundamento alguno; los amigos y bienhechores del monasterio insistían fuertemente para que no se hiciese caso, y todo el mundo aseguraba que se ganaría el pleito; las consiliarias, viendo el dictamen y la autoridad de todas estas personas, se inclinaban á llevar el asunto á los tribunales. Pero la Madre Paula Jerónima, penetrada del verdadero espíritu religioso, se postró de rodillas en medio de la Junta, y rogó á sus Hermanas, con los ojos llenos de lágrimas, que devolviesen los diez mil francos, y se entregasen confiadamente en manos de Dios. Se hizo así, y el monasterio quedó arruinado; la miseria que era grande, llegó á ser extremada. «Pero si esto no se hubiese hecho—decía la Madre Paula Jerónima,—desde el Capítulo me hubieran llevado infaliblemente al sepulcro, porque no hubiera podido sobrevivir al dolor

de ver despreciar las intenciones de nuestro Santo Fundador.» De este modo el espíritu de San Francisco de Sales principiaba á mostrarse en sus Hijas, revelándose en hechos que sin duda eran del agrado del Padre.

Mientras que desde Annecy dirigía el Santo por sí mismo las dos fundaciones de Montferrand y Nevers, desde París preparaba la Madre de Chantal la de Orleans. La idea de esta fundación se debía á la señora Condesa de San-Pol, de la casa de Longueville, cuyo esposo era Gobernador de Orleans.

En 1619, San Francisco de Sales había permanecido casi un mes en dicha ciudad, en medio de un entusiasmo tal, que cuando iba por las calles era preciso rodearle de alabarderos para que pudiera pasar entre el gentío que se agolpaba. La Condesa de San-Pol había tenido el honor de recibirle muchas veces en su casa, y se había sabido aprovechar para rogarle, le enviase algunas Hermanas del nuevo Instituto, á lo cual le había respondido el Santo: «Sí, sí, señora, pues que lo queréis, tendréis Hijas nuestras en vuestra hermosa ciudad de Orleans.» Animada con estas palabras, la Condesa de San-Pol empezó á dar pasos al efecto; pero desde luego empezó á ver levantarse dificultades que no había previsto. Nadie en Orleans quería nuevas religiosas; ni el Obispo, ni la municipalidad, ni el pueblo. Había tantos conventos en este país, que la erección de un nuevo monasterio parecía á todos una sobrecarga inútil. Felizmente una de las cualidades de la Condesa de San-Pol era un santo arrojo que Dios bendecía. Antes de haber desvanecido ni siquiera uno sólo de estos obstáculos, segura de que Dios bendeciría su empresa, escribió á San Francisco de Sales que preparase las Hermanas y las enviase á París, donde haría fuesen á buscarlas. El Santo consintió en ello, y eligió para esta obra, que parecía difícil, á la Madre Claudia Inés de la Roche, que aún no había sido empleada en ninguna fundación, y

que el Santo Obispo reservaba para alguna de importancia. Le dió para acompañarla á la Hermana Ana Margarita Clement, á quien se llamaba entonces la gran novicia, y que fué después tan célebre por sus luces divinas, y la puso al frente de una pequeña colonia de Hermanas, que debía ir dejando en Moulins, en Nevers y París, llevando las restantes á Orleans. En el instante en que esta pequeña colonia iba á partir, vino San Francisco de Sales al monasterio para despedirla, y antes de darle su bendición, hizo á las Hermanas una admirable plática sobre la esperanza, «que la Madre Claudia Inés de la Roche cuidó de conservar, así como la mayor parte de las otras pláticas de San Francisco de Sales (1).» Después, habiendo llegado la hora de la partida, como el Santo era tan amante de sus Hijas, que no se podía ver separado de ellas, subió á un altillo, las siguió con los ojos lo más lejos que le fué posible, y en el momento en que los coches que las llevaban desaparecieron, las envió su corazón con la última bendición (2).

Mientras tanto, la Condesa de San Pol no perdía el tiempo. Su esposo era Gobernador de Orleans, y por su mediación alcanzó el consentimiento de la municipalidad. En cuanto al Obispo, fué en persona á verle á París, le expuso la necesidad de la obra, su diferencia de las que existían, le manifestó los recursos reunidos para verificar la fundación, y viendo que aún titubeaba, le declaró que no le dejaría acostar sin que hubiese firmado la autorización que pedía. Lo hizo, por último, protestando, no obstante, que lo hubiera rehu-

(1) *Anales manuscritos de la Visitación de Orleans.* Noto la palabra con cuidado y alegría. Resulta que la Madre de la Roche fué quien recogió las pláticas llamadas *Entretenimientos de San Francisco de Sales.* Se sabía que el Santo no los había redactado, que habían sido escritos de memoria por las religiosas, pero se ignoraba quién llevaba la pluma: ahora ya no se duda; es la Madre de la Roche.

(2) El mismo manuscrito.

sado á cualquier otro no fuese una tan grande y santa princesa. La Condesa de San Pol volvió triunfante al convento, hizo apresurar los preparativos del viaje, y al día siguiente por la mañana muy temprano se pusieron las Hermanas en camino, dirigiéndose con toda prisa á Orleans para aprovecharse de la estancia del Conde de San Pol en la ciudad. Sin embargo, no estaba todo concluido. La Madre Claudia Inés de la Roche llegó á Orleans el 19 de Septiembre de 1620, y á pesar de tan altas protecciones, fué muy mal recibida. Los Vicarios generales, que ignoraban que el Ilmo. Sr. de L'Aubespine había concedido, en fin, su permiso, rehusaron bendecir la casa y establecer canónicamente la clausura. Apenas quisieron permitir que se dijese Misa en la casa secretamente, á puertas cerradas, y esto porque el día era muy festivo en la ciudad, por ser San Auberto, Obispo de Orleans. Un personaje eclesiástico las preguntó con dureza para qué servían. «Ocupais—añadió—el lugar de buen tendero que trabajara para la ciudad, y al mismo tiempo hiciera la guardia.» A lo que respondió sagazmente la Madre de la Roche: «Yo creo, Señor, que habláis de la guardia del corazón; y puedo aseguraros que no hay una de nuestras Hermanas que no esté vigilante y en guardia contra sus sentidos por temor de que sorprendan la fortaleza de su interior, y en cuanto al trabajo, si nos hacéis el favor de darnos labor para el servicio vuestro, veréis que no somos holgazanas.» Esta respuesta, que corrió por la ciudad, gustó mucho y la opinión varió prontamente. El Sr. Conde de San-Pol habló, y los señores Vicarios se vieron precisados á venir á decir solemnemente la Misa al monasterio. Mas no quisieron permitir que se cantase el *Tedéum*, pretendiendo que aún no era tiempo de dar gracias, pues que nada estaba hecho; que por complacer al Sr. Conde de San-Pol habían dicho la Misa en su presencia, y mandaron á la Superiora y á todas las Hermanas los siguiesen á

una habitación alta para recibir su bendición. Allí hicieron mil preguntas, á las que satisfizo la Madre de la Roche con la sagacidad y solidez que la distinguían, y, por último, la mandaron jurar obediencia al ilustrísimo Sr. Obispo de Orleans. «Nada nos es más agradable—respondió la Madre,—y tanto más cuanto que nosotras somos Hijas de nuestros Ilmos. Prelados, y por tanto, prometemos obediencia al Ilmo. Sr. Obispo de Orleans, en todo lo que sea conforme á nuestras reglas, Constituciones y costumbres.—¿Y para qué son todas estas conformidades?—dijeron los Vicarios.—Porque—respondió la Madre—yo nada puedo prometer al hombre que sea contra Dios; la observancia de nuestras reglas es la primera de nuestras obligaciones, y de tal modo es así, que mejor queremos morir que contravenir á ellas.—Sed, pues, benditas—dijeron los Vicarios generales,—y en nombre de su Ilma., nuestro Prelado, os recibimos en esta ciudad para que observéis esas queridas reglas que tan de veras apreciáis.»

Tal fué el principio del monasterio de la Visitación en Orleans; los hechos correspondieron á estos principios; las Hermanas no se murieron de hambre, pero si se exceptúa esta extremidad, sufrieron muchas veces, en 1620 y en 1621 todos los horrores de la pobreza. Hay cartas de la Madre de la Roche, en que se ve la grande estrechez á que se vió reducido á veces el monasterio de Orleans (1).

Hay que agregar á estas tres fundaciones la de Valence, que se hizo poco después, el 10 de Junio de 1621. La buena Hermana María de Valence, que tomó la iniciativa, dió á la Visitación naciente algo de aquella paz en que su bella alma estaba siempre inundada. En esta fundación no hubo obstáculos que vencer ni oposi-

(1) *Fundación inédita del noveno monasterio de la Visitación en la ciudad de Orleans*, pág. 160.

ciones que dominar. La buena Hermana María de Valence deseaba la fundación, y esto era más que suficiente para las cristianas poblaciones del Delfinado, que miraban á la buena María como á un ángel. A la vuelta de un viaje que hizo á Grenoble, en donde había visto á la Madre de Chantal á la cabeza de su fervoroso monasterio, concibió el proyecto y manifestó su deseo de establecer otro igual en Valence. Al momento se apresuraron, unos á traer dinero, otros á pedir ó conceder las autorizaciones necesarias, y el 10 de Junio de 1621, las Hermanas que llegaron de Annecy entraban en Valence en medio de un gran concurso, y se instalaron solemnemente. De los diferentes monasterios de la Visitación cuyas fundaciones hemos referido, este es el que parece haber sufrido menos pruebas, oposiciones y pobreza (1).

Mientras tanto, San Francisco de Sales, sabiendo que la casa de París estaba sólidamente establecida y viendo que en todas partes, y especialmente en Dijón, Belley y San Esteban-en-Forez se deseaban fundaciones del nuevo Instituto, creyó llegado el tiempo de que la Madre de Chantal saliese de París, donde su presencia no era ya necesaria y volviese á su monasterio de Annecy, que tanto sufría con su ausencia. La escribió, por consiguiente, que pasara á Orleans, Bourges y Nevers, acompañada de algunas Hermanas para ver en qué estado estaban aquellos monasterios; que hiciese al paso la fundación de Dijón y que viniera cuanto antes á reunirse con él en Saboya. En cuanto se supo esta noticia en París, muchas personas importantes escribieron al Santo Obispo para rogarle les dejase aún por algún tiempo á la Madre de Chantal. San Francisco de Sales, firme en su resolución, contestó, no obs-

(1) *Fundación del décimo monasterio de la Visitación, establecido en la ciudad de Valence, pág. 165.*

tante, con su acostumbrada gracia: «Si Dios hubiera dispuesto que él (San Francisco de Sales) y la Madre de Chantal, con todas las personas que en París la amaban, pudiesen vivir juntas, ¡oh qué cosa tan dulce sería! Pero ¡qué remedio! *Nuestras montañas echarían á perder á París si estuviesen dentro de él, y París ahogaría nuestros valles si estuviera situado en medio de ellos.* Sólo en la eternidad estaremos todos juntos.» Y no revocó la orden dada á la Madre de Chantal de venir á reunirse con él.

Esta no lo deseaba menos que el Santo. Pero circunstancias imprevistas dilataron su partida hasta principios del año 1622. Antes de salir pidió á San Vicente de Paúl que hiciese la visita del monasterio, el cual edificó á las Hermanas tanto como éstas le edificaron, sobre todo—decía—por el espíritu de devoción, mortificación y cordial unión que brillaba en todas las almas. Entonces renunció la Santa su autoridad en manos de éste, porque el tiempo de su superioridad iba á terminar, y por otra parte, se acercaba el momento de su partida, por lo que, reunidas canónicamente las Hermanas, eligieron por Superiora á la Madre Ana Catalina de Beaumont, que la Santa había traído de Annecy en su compañía, que había sido durante aquellos tres años asistente y maestra de novicias, y que poseyendo con una verdadera virtud mucha firmeza y un buen juicio, era una de las mejores Superiores que tenía entonces la Visitación. La Madre de Chantal le dejó la casa en muy buen estado, pagada y amueblada, con dos mil trescientas dieciocho libras de renta, diecinueve profesas y muchas buenas novicias. El 22 de Febrero, Rolando, mayordomo de San Francisco de Sales, enviado por el Santo Obispo para acompañar á las Hermanas, llegó á París, y fué preciso que Madre é Hijas se resignasen á tan dolorosa y temida separación.

Se nos han conservado las palabras que para despedida dijo la Madre de Chantal á sus Hijas reunidas en

capítulo. «Os ruego—les dijo,—mis queridas Hijas, que seáis muy humildes, bajas y pequeñas á vuestros ojos, estando muy contentas de que os tengan por tales, y os traten, por consiguiente, como tales. Las demás Ordenes tienen grande estimación de su Instituto; cada uno piensa que es el mayor; pero nosotras, por el contrario, debemos tenernos por las menores y más pequeñas, y lo somos verdaderamente, habiendo venido las últimas á la Iglesia de Dios... Acordaos de que la obediencia es la hija mayor de la humildad, y por lo tanto, os exhorto á ella con todo mi corazón. Obedeced en todas las cosas, mis muy queridas Hijas, á Dios en la observancia de vuestras reglas; á Dios en vuestros superiores; á Dios en la tranquila aceptación de los acontecimientos que la Providencia ordene. Y os suplico, amadas Hijas mías, que no olvidéis estas últimas palabras, porque si los hijos del mundo observan las que oyen decir á sus padres cuando mueren, ¿con cuánta mayor razón deberemos observar nosotras las que se nos dicen en la religión? No obstante, yo no me muero—añadió viendo que las Hermanas se enternecían,—pero ¡ojalá que la práctica de estas virtudes me haga morir, y á vosotras también, con una muerte que nos dará la vida eterna!»

La Santa trató de anudar el hilo de su discurso sobre la humildad y la obediencia, pero los sollozos la interrumpían á cada instante. «Mis queridas Hermanas—las dijo no atreviéndose ya á llamarlas Hijas,—mi partida no debe ya afligiros tanto, y sólo debéis decir á Dios: Vos nos la habíais dado, y nosotras os la devolvemos ahora. Vuestra es, Señor; serviros de ella aquí ó allí, y en todo y en todas partes, como os agrade; y y si fuese vuestra voluntad que os fuese á servir al cabo del mundo, y os agradase que la lleváramos nosotras mismas, lo haríamos de muy buena gana. Sí, Hermanas mías; es menester estar prontas á esto, y decir: «¡Oh Dios mío; os la devolvemos; y cuando gustéis dárnosla

de nuevo, diremos como ahora: ¡Bendito seáis! Adiós, pues, mis muy queridas Hijas; os ruego que seáis siempre pequeñas y humildes, que améis siempre el desprecio, la mortificación, el abatimiento de vosotras mismas, y todo lo que pueda haceros pequeñas á los ojos del mundo. Y ¡qué! Dios que es tan grande, se ha hecho pequeño por nuestro amor, y nosotras, que somos sus siervas, ¿no querremos hacernos pequeñas á imitación suya? Querido Salvador mío; os recomiendo estas almas que me habéis entregado, y pido humildemente perdón á vuestra Majestad de las faltas que he cometido en su servicio con mi mal ejemplo. Os suplico, Hermanas mías muy queridas, me perdonéis y pidáis á la divina Bondad por mi enmienda. Señor, vuestras son; bendecidlas con vuestra bendición eterna; yo las entrego en vuestras manos; guiadlas, Dios mío, según el orden de vuestra Providencia. Hacedlas muy obedientes á vuestro beneplácito, á sus reglas y Constituciones y á los mandatos de sus superiores, muy flexibles y condescendientes con sus iguales é inferiores, y muy amantes del menosprecio. Haced, Salvador mío amadísimo, que en todo lo que hagan traten de anonadarse á sí mismas, para glorificaros á vos. Sí, mis muy queridas Hijas, creedme: Dios quiere sacar su gloria de vuestra humildad. Vuestro brillo es no tenerlo; vuestra grandeza es vuestra pequeñez. Tratad de ser pequeñas á vuestros ojos, y procurad serlo también en la estimación del mundo. Santísima Virgen, Madre de mi Salvador y mi Señor, estas hijas son vuestras hijas; tomadlas bajo vuestra protección, presentadlas á vuestro querido Hijo, y proteged sus corazones para que le sean agradables. Adiós, hijas mías queridas; os dejo sin dejaros; os doy la bendición con todo mi corazón, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (1).

(1) El Sr. de Maupas (*Vida de la santa Madre de Chantal*, en 4.º, pá-

Dichas estas palabras, la venerable Madre de Chantal empezó á despedirse abrazando á todas las Hermanas; las lágrimas corrían de todos los ojos. «Aliviad vuestros corazones—decía,—aliviad vuestros corazones, pero estad firmes en los brazos de Dios y conformes con su beneplácito.» Todas las Hermanas la acompañaron hasta la puerta, donde esperaban dos carruajes. Llevaba en su compañía á la joven Hermana Gaspara Davise, que San Francisco de Sales había enviado recientemente de Annecy, y cuatro Hermanas de París, las más ricas y mejor dotadas, para darlas á los monasterios de Bourges y Nevers, que estaban muy pobres.

Al salir de París la venerable Madre de Chantal, fué primeramente á Maubuisson á pagar la visita prometida á la Madre Angélica, y ésta y sus religiosas la recibieron con muestras de la más viva alegría. Estuvo allí cuatro días; habló á todas las Hermanas en público y en secreto, y las excitó á proseguir animosamente la obra difícil de la reforma. Estas, llenas de entusiasmo y mirándola ya como una Santa, la hacían cambiar de servilleta á cada comida para conservarlas como reliquias, y habiéndola sangrado en el monasterio, empararon lienzos en su sangre.

Maubuisson está á muy corta distancia de Pontoise, adonde el sepulcro de la bienaventurada María de la Encarnación, que había muerto hacía cuatro años, atraía ya muchos peregrinos. La venerable Madre de Chantal no había conocido nunca á esta gran sierva de Dios, pero había oído hablar mucho á San Francisco de Sales, quien la había hecho participar de los senti-

gina 188), da la relación de esta despedida de la Madre de Chantal, pero arreglada, compuesta, desconocida y mucho menos tierna. Lo que hay menos coordinado en las palabras de la Santa, resultado de la emoción, le ha parecido contrario á las reglas del arte, y ha tratado de ponerlo en orden. No ha conocido que ganando en retórica ha perdido mucho en ternura: Nosotros hemos restablecido pura y sencillamente el texto primitivo, según un manuscrito contemporáneo.

mientos de admiración que le habían inspirado la humildad y pureza de esta alma privilegiada. Como Maubuisson no distaba sino pocas leguas de su sepulcro, quiso ir á él en peregrinación. Las Carmelitas la recibieron con tanta cordialidad, que le parecía—escribe—estar en una casa de Santa María. Por su parte, estas fervorosas religiosas decían en alta voz que creían tener en su casa á su Madre Santa Teresa.

Por ir á Pontoise á venerar las reliquias de la bienaventurada María de la Encarnación, la Madre de Chantal se alejó bastante de su camino; volvió, pues, atrás, y apresurando su viaje llegó á Orleans el 3 de Marzo de 1622. Allí se la esperaba con impaciencia, porque el monasterio, sostenido por la energía y virtud de la Madre de la Roche, se debilitaba, no obstante, á causa de grandes dificultades. La Madre de Chantal animó vivamente á las Hermanas á la perseverancia, las hizo ver el valor de los sufrimientos, sobre todo en los principios de un monasterio, y las dejó á todas llenas de generosidad y de deseos ardientes de sacrificarse por Dios. Aquí, como en Maubuisson, las Hermanas recogieron como reliquias todo lo que le había servido, y aun hoy día conservan una servilleta, un hábito y un velo que usó la venerable sierva de Dios. Visitó también á los principales de la ciudad, y se principiaron á ver desde luego los efectos del ascendiente y poder que tenía sobre las almas, y cuyas maravillosas pruebas nos dará la serie de esta historia. El mismo Obispo de Orleans, desengañado ya de sus preocupaciones, apenas pasaban dos ó tres días sin que fuese al monasterio, acusándose humildemente de haber desconocido largo tiempo la obra de Dios. La Madre de Chantal accedió antes de salir de Orleans á las instancias de las principales casas religiosas, porque en todas deseaban verla y hablarla. En el convento de las Benedictinas, en particular, le hicieron velar toda la noche estas piadosas religiosas por el

afán de hablarle de su interior, y aprender de esta venerable Madre las máximas religiosas que deseaban practicar.

Desde Orleans pasó la Madre de Chantal á Bourges. A las dificultades que resultan de la pobreza, dificultades que entonces eran comunes á casi todas las casas de la Visitación, se juntaba en Bourges otra nueva dificultad excesivamente rara, y con la que no se tropieza quizá dos veces en los primeros tiempos del Instituto. Era el gobierno de una Superiora incapaz, aunque fuese una santa verdadera: la Madre Ana María Rosset. Ya en 1619 San Francisco de Sales, de paso por Bourges, había notado el fervor de las religiosas y la incapacidad de la que las gobernaba, y se había apresurado á decirselo á la Madre de Chantal. «Para deciros la verdad—le escribe—encontré á la pequeña y pobre Madre Rosset tan debilitada de cuerpo y tan decaída, que me parece será necesario quitarle la carga que lleva encima. Esta pura paloma es más propia para vivir con su amado en el agujero de la piedra de una celda, que para tratar con los hombres. Todos admiran su virtud, pero á ninguno gusta su modo de gobernar.» Por consecuencia de esto, los dos Santos fundadores habían enviado inmediatamente á Bourges á una Hermana excelente, la Madre Francisca Gabriela Bally, con el encargo de ayudar y suplir en cuanto fuese posible á la superiora. Esta determinación, tomada á medias, no tuvo más éxito que el que generalmente tienen semejantes medidas. Apenas llegó la Madre de Chantal, comprendió la necesidad de obrar con más energía; declaró, pues, á la Madre de Rosset, que era necesario renunciarse una autoridad que no sabía desempeñar; mandó se hiciese elección, recayendo ésta en la Hermana Gabriela Bally, y descargada de la superioridad la Madre Rosset, le mandó partir al instante, y que fuese con la Hermana Gaspara Davise á esperarla en Borgoña, en Alonne, en casa de la señora

de Toulangeón. En circunstancias tan desagradables, la Madre Ana María Rosset no desmintió su gran reputación de virtud. No dijo una palabra ni dió la menor señal de disgusto. Sólo sintió un momento de tristeza, no cuando fué necesario dejar el mando, sino al separarse de sus queridas Hermanas de Bourges; y aun entonces, diciéndola la Madre de Chantal viva y severamente como acostumbraba con las almas fuertes: «Hija mía, despreciad todas estas cosas, y mirad á Dios solamente,» bajó su cabeza al instante, y se preparó á salir para Alonne (1).

La Santa, por su parte, salió para Nevers dejando el monasterio de Bourges lleno de fervor, con una excelente superiora, veinticinco profesas, buenas novicias, y con algo menos de pobreza (2), porque como hemos dicho, habla traído de París dos profesas muy ricas, que dió juntamente con su dote al monasterio de Bourges.

El monasterio de la Visitación de Nevers esperaba con impaciencia á la venerable Madre de Chantal, porque sentía más que ningún otro las duras necesidades de las cosas que principian. Pobreza, abandono, falta de novicias, desprecios y persecuciones aun de las mismas casas religiosas; nada faltaba á su corona de espinas. La Santa Madre se detuvo algunos días en Nevers, animó á sus hijas, les dijo en su varonil lenguaje lo que San Francisco de Sales les escribía en su estilo gracioso: que no se desanimasen, que no temiesen ni las burlas, ni las calumnias; que no respondiesen nada; que á la verdad, las religiosas que se burlaban de las Hijas de Santa María eran más que éstas; pero ¿acaso en el cielo desprecian los serafines á los ángeles? Que verdaderamente su Instituto era muy pequeño, pero que por

(1) *Lds vidas de muchas Madres superiores de la Orden de la Visitación.* Annecy, 1683, en 4.º, pág. 10.

(2) *Historia manuscrita de la Visitación de Bourges.—Vida de la Madre Ana María Rosset.*

esto mismo le aborrecía el diablo, porque este espíritu soberbio aborrece la pequeñez, que sirve á la humildad; en fin, que su Instituto era muy pobre, pero que Jesucristo había nacido en un pesebre y murió desnudo en una cruz, y que así tuviesen valor y confianza en Dios. La Madre de Chantal visitó en seguida á algunas de las personas notables de la ciudad, y por su gran reputación consiguió algún favor para la Visitación de Nevers, dejando á la virtud y al mérito de la Madre Paula Jerónima de Monthouz el cuidado de hacer lo demás.

De Nevers fué la Santa á Moulins, donde se detuvo poco, porque la casa florecía bajo el gobierno de la Madre de Brechard; y de allí se dirigió hacia Alonne, donde había citado á las Hermanas que San Francisco de Sales debía enviarla para fundar un monasterio en Dijón (1).

Cuando la Santa llegó á la villa de Alonne, Dios, que ama á los humildes, lo manifestó de un modo brillante. La buena Hermana Ana María Rosset, que fué tan humillada en Bourges, apenas llegó á la villa de Alonne cuando la colmó Dios de gracias extraordinarias. Un día en particular, orando en la capilla del castillo, fué de repente arrebatada en éxtasis; sus pies se levantaron del suelo, quedando suspendida á una altura bastante grande. Por casualidad la señora de Toulangeon estaba en la capilla; después de haberla contemplado con admiración, salió apresuradamente, corrió todo el castillo, llamó á sus criados, á sus parientes y renteros para que viesen el prodigio, teniendo todos tiempo para ello, porque el éxtasis duró dos horas enteras (2).

No se puede explicar la alegría con que la señora de Toulangeon recibió á la Santa Madre; se arrastró de ro-

(1) Carta del 23 de Abril de 1622.

(2) *Vida de las primeras Superiores*. La Madre Ana María Rosset, pág. 20.

dillas para recibirla, viendo ya una Santa en su Madre, á quien colmó de caricias. La bienaventurada pasó poco tiempo en el castillo de Alonne, y apenas llegaron las Hermanas de Annecy salió para Dijón, donde tenía prisa de llegar.

Dijón era su patria. Allí había sido regenerada por el santo bautismo, é iniciada, por una admirable y cristiana educación, en el conocimiento y amor de Jesucristo; allí había principiado, después de la muerte de su esposo, una vida de mayor recogimiento y de unión más íntima con Dios; allí había encontrado al Santo Obispo de Ginebra, había sentido nacer en su mente las ideas de una vocación superior, y había, en fin, grabado en su pecho el santo nombre de Jesús, dejando al mundo admirado con el heroísmo de sus sacrificios, y cumpliendo la palabra del divino Maestro: «Si alguno deja á su padre ó á su madre, á sus hermanos y hermanas, por amor mío, le daré el ciento doblado de hermanos y hermanas.» Y cuando ya Dios había cumplido su palabra, y la rodeaba un gran número de hijas y hermanas espirituales, ¿podía no desear volver á su patria á establecer en ella una casa de su Orden? Hacía diez años que lo deseaba y pedía á Dios esta gracia cada día; pero hacía diez años también que este proyecto encontraba en el Parlamento de Dijón invencibles obstáculos. Fuese por rencor al virtuoso Presidente, al cual no perdonó nunca el Parlamento su admirable conducta, fuese por otros motivos, los magistrados no querían consentir en que se estableciesen allí las Hijas de la Madre de Chantal. En vano el Presidente Odeberto, tan célebre en Dijón por su inagotable caridad, multiplicaba sus esfuerzos para disipar las preocupaciones de los magistrados sus cohermanos; en vano, á consecuencia de algunas muertes repentinas, que habían arrebatado á muchos magistrados muy opuestos á la erección del monasterio, había exclamado en pleno Parlamento: «Es inútil que el hom-

bre trate de oponerse á los designios de Dios; porque cuando Él quiere una cosa, cambia en medios los más fuertes obstáculos. Estas muertes repentinas que deploremos, lo dicen muy alto.» El Parlamento, no obstante, permaneció inflexible en su negativa.

Dios había decidido en sus eternos designios, que dos doncellas de humilde cuna y sin caudal, hicieran, á pesar del Parlamento, lo que éste hubiera debido tener á honra ejecutar. Maria Bertot era una humilde y piadosa joven, de quien Dios se había servido ya para fundar una casa de Ursulinas en Dijón: comunicó su proyecto á una de sus parientas, Clara Parise, hija de un procurador del Parlamento de Dijón, tan piadosa como ella y casi tan pobre; y las dos, con esa sencilla confianza de la juventud, ó mejor con esa invencible confianza de la fe, decidieron entre sí el establecimiento de la casa.

Rechazadas por el Parlamento marcharon á París, logrando penetrar hasta la presencia del rey Luis XIII, y alcanzaron una cédula real para la erección del monasterio. Disgustado el Parlamento con estos pasos, y á fin de eludir el registrar la real cédula, remitió las suplicantes á los abogados y procuradores del Rey, y éstos al alcalde y regidores de la ciudad, que animados del mismo espíritu de oposición, decidieron que antes de pasar adelante, deberían las suplicantes dar como fianza una suma de cuarenta mil libras. Las dos pobres jóvenes no tenían casi para vivir más que su aguja; esto se sabía, y se intentaba con esta medida echar tierra al negocio, mostrando, sin embargo el mayor respeto al decreto del Rey. Pero estas humildes doncellas, que habían encontrado en su fe el valor suficiente para llegar hasta el rey Luis XIII, no titubearon, y se comprometieron á pagar en poco tiempo la suma de cuarenta mil libras: contaban con Dios, y Dios no les faltó. Una santa viuda, la presidenta de Le Grand, vino en

su ayuda. «Y qué—exclamó,—sabiendo las condiciones que se ponían al nuevo establecimiento, ¿no sabrá ó no podrá Dios encontrar fianzas en esta ciudad? Pues bien, yo la daré.»

Todos estos obstáculos dilataban la venida de la Santa, y hacían que se la desease más y se le preparase un triunfo, que fué verdaderamente brillante. El pueblo, que tiene el sentimiento íntimo de las cosas grandes, fué en tropel á recibir á la Santa; los comerciantes y los artesanos cerraron sus tiendas, y hubo en las calles tales aclamaciones y tanta multitud de pueblo, que según la Madre de Chantal, «ni se sentía ni se oía rodar el carruaje. Parecía que estas buenas gentes le llevaban en brazos.» Así se tardó mucho tiempo en andar muy poco trecho, porque era imposible penetrar por entre la gente. Esta es la primera ovación solemne que recibió esta mujer ilustre, destinada á recibir otras muchas; y era justísimo que se la ofreciese en su propio país.

Al entrar en la casita alquilada por las señoritas Bertot y Parise para empezar la fundación, la Madre de Chantal dijo en alta voz: «Este nuevo monasterio está destinado á honrar la vida oculta de Jesús, María y José en la casa de Nazaret;» palabras que manifiestan los sentimientos de su alma durante esta ovación. Por la tarde, después que recibió á las autoridades de la ciudad, un inocente tropel de doscientos aldeanos de los alrededores de Dijón vino á dar la bienvenida á la Santa, la cual agradeció tantó su cordial sencillez, que hizo venir á las Hermanas á un gran patio y las mandó levantar el velo para recibir con más afabilidad esta nueva visita. Trató con mucho afecto á aquellas buenas gentes, y después que les dijo algunas santas palabras para exhortarles á vivir en el temor de Dios y á ganar el cielo trabajando en la tierra, los despidió, no sin que llevasen su bendición, porque se pusieron de

rodillas, y no quisieron levantarse hasta que se la dió (1).

La casa se bendijo al otro día por el Sr. Abate Fiot, Vicario general del Ilmo. Sr. Zamet, Obispo de Langres, á cuya diócesis pertenecía antes Dijón. La Madre de Chantal había traído consigo seis religiosas, para que fuesen los primeros elementos de la fundación; pero la Borgogna no debía tardar en enviarla nuevas Hijas. La primera fué Clara Parise, que tanto había trabajado para la fundación de la casa, y á quien la Santa tenía en tanta estimación, que recomendó á la maestra de novicias no le escasease las pruebas, porque era capaz de los mayores sacrificios. Su amiga María Bertot no entró con ella en la Visitación; Dios la condujo dos meses después á San Juan de Losne, en donde fundó un hospital para los pobres, que subsiste aún, muriendo allí santamente. La segunda novicia que recibió el velo de mano de la Madre de Chantal fué la venerable viuda, señora Presidenta Le Grand, de quien hemos hablado. Tenía setenta y cuatro años, pero su corazón era joven y lleno de amor divino. Nada era bastante bajo ni bastante humilde para ella; y los días que pasaba sin humillación y sin dolor, le parecían tan penosos, que se quejaba amorosamente á Dios. «¡Ay, Dios mío—decía—¿qué os he hecho yo para que no os hayáis dignado visitarme hoy?» A fin de satisfacer su piadosa ansia de humillaciones, se le había encargado el cuidado del jardín, y pasaba todo el día escardando y cogiendo las yerbas, que llevaba á las Hermanas domésticas con una humildad que las encantaba. El Ilmo. Sr. Zamet, conmovido al ver entre trabajos tan humildes á una mujer de tan alto rango en el mundo, le preguntó un día si no le fatigaban mucho tan penosos ejercicios. «¡Oh, Ilmo. Señor—respondió,—cuando veo á la Madre

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. II, cap. XIII.

de Chantal ocupada en las más bajas faenas, nada me cuesta!»

La reja del convento se cerró poco después detrás de una joven de un nacimiento no menos ilustre, la señorita Juana Margarita de Berbissey, parienta de la Santa. Tenía veinticuatro años, era noble, rica y de un brillante porvenir. Todo se lo dió á Dios. La Madre de Chantal decía hablando de esta joven: «Tenemos una pretendiente que es una perla de virtud.»

Así en Dijón como en Moulins, en París, en Grenoble y en Annecy, todas las vocaciones se presentaban con el mismo carácter. En todas partes era pisado el mundo en lo que tiene de más seductor; en todas partes vencida la naturaleza en lo que tiene de más imperioso; por todas partes introducido el sacrificio en el claustro, y en todas partes también, en estas casas tan pobres, se velan maravillas de abnegación, de humildad y de mortificación; almas que practicaban las virtudes más sublimes y se elevaban á los más altos grados de unión con Dios.

Hacia casi seis meses que la Madre de Chantal estaba en Dijón, cuando recibió una carta, en la que San Francisco de Sales le anunciaba que salía para la ciudad de Aviñón con la comitiva del Duque de Saboya, y le rogaba le esperase en Lyon, donde estaría algún tiempo á su vuelta. Con esta noticia, la santa Madre de Chantal hizo todos sus preparativos de viaje. Había reunido ya una docena de novicias, comprado y pagado en parte una grande y hermosa casa, amueblado los cuartos, construido la iglesia, el coro y la sacristía, principiado los locutorios, todo con sólo la ayuda de Dios, porque no quiso recibir ni aun cierta cantidad de dinero que le ofreció su hija, la señora de Toulangeon, y entró en Dijón con solas catorce libras, de sus ahorros en los gastos del camino. A su partida entregó la casa á la Madre Favre, á la que hizo venir expresa-

mente de Montferrand, y tranquila por este lado se puso en camino para Lyon el 28 de Octubre de 1622 (1).

Por su parte, once días después, el 9 de Noviembre, dejaba San Francisco de Sales su ciudad de Annecy, que no debía volver á ver. Estaba lleno de presentimientos de su próximo fin. La mañana de su partida fué á decir la Misa al convento de la Visitación é hizo una breve plática sobre estas palabras, que tanto le gustaban: «Nada pedir y nada rehusar; vivir sumisas y abandonadas;» y al marcharse: «Adiós, hijas mías—les dijo,—hasta la eternidad.—Ilmo. Señor—exclamaron las Hermanas llorando,—Dios haga que volváis pronto.—Y si le agradara que no volviese—replicó el Santo—¿sería menos amable?» Al salir de la casa encontró en el umbral de la puerta á la Hermana Ana Jacobina Coste, de rodillas é inundada en llanto. «Hija mía—le dijo,—he salido á viajar otras muchas veces, y nunca os he visto llorar á mi partida. ¿Por qué, pues, tanto llorar ahora?—¡Ah! Ilmo. Señor—respondió,—el corazón me dice que este viaje es el último, y que no nos volveremos á ver.—Y á mí—dijo San Francisco de Sales con un pensamiento profético de la muerte próxima de la Hermana Coste—el corazón me dice que si no vuelvo, nos volveremos á ver más pronto de lo que pensáis.»

Desde Annecy se fué el Santo á Belley, adonde dos meses antes, el 22 de Agosto de 1622, á petición del Ilmo. Sr. Camús, había enviado á la Madre María Magdalena de Mouxy con cinco religiosas, á fundar un monasterio, que era ya el *décimotercero* de la Orden. El Santo estuvo cuatro ó cinco días en Belley, durante los cuales fué todos los días á decir Misa en la capillita del monasterio. El primer día, estando en el altar, se le vió

(1) *Anales del monasterio de la Visitación de Dijón*, pág. 21.

como rodeado todo de luz, «de suerte que á los asistentes les parecía estar en el Paraíso.» Después de la Misa entró en el convento, que era estrecho y pequeño, y dijo que se bañaba de gozo viendo á sus palomas en tanta pequeñez y estrechura. Otra vez, al salir el Santo de la capilla, encontró á la señora de Roys, que llevaba de la mano una de sus nietas, de edad de cinco ó seis años, y el bienaventurado *motu proprio* se acercó, acarició á la niña, la llamó por su nombre, aunque nunca la había visto, y admirándose la madre, le dijo, haciendo la señal de la cruz en la frente de la niña y besándole después encima de esta señal sagrada: «¿Sabéis lo que hago? Marco á la pequeñita María para que sea un día hija de la Visitación;» lo que se verificó, en efecto, de un modo sorprendente.

Pero un acontecimiento más grande ha hecho célebre en la historia de la Visitación el corto tiempo que en esta época pasó San Francisco de Sales en Belley. La primera vez que entró en el monasterio, la Hermana Claudia Simpliciana empezó á sollozar fuertemente. Y preguntándola el Santo la causa de su pena: «¡Ay! Ilmo. Señor—respondió,—es que os vais á morir este año.» Era el 11 de Noviembre.

El grande Obispo, mirándola con una dulce alegría: «¿Qué decís, hija mía Simpliciana, que me moriré este año?

—Sí, Ilmo. Señor—respondió,—pero os suplico pidáis á Nuestro Señor y á su Santísima Madre que no suceda así.

—¡Oh, hija mía—replicó el siervo de Dios,—no me pidáis esto, porque no lo harla.

—Pues yo lo haré, y le pediré tanto á Nuestro Señor y á la Virgen Santísima, que lo dilatará por algunos años.

—No, hija mía, no lo hagáis, querida hija Simpliciana—le respondió el Santo con un tono casi suplican-

te.—¡Ay, querida hija! ¿no os alegrarías de que yo fuera á descansar? Mirad, estoy tan cansado, tan pesado, que ya no puedo conmigo. Además, ¿qué necesidad tenéis de mí? Tenéis vuestras Constituciones, en que todas las cosas están ya arregladas, y después os dejo á nuestra Madre de Chantal, la cual os bastará. Por último, es menester no poner sus esperanzas en los hombres, que son mortales, sino sólo en Dios, vivo siempre (1).»

Todas estas cosas se decían el 11 de Noviembre de 1622. El 28 de Diciembre del mismo año falleció el siervo de Dios.

De Belley fué el Santo á Lyon, donde apenas tuvo tiempo para ir á la Visitación; dijo la Misa, vió algunos minutos á la Madre de Chantal, la recomendó ir á visitar los monasterios de Saint-Etienne y de Montferrend mientras que él iba á la ciudad de Aviñón, prometiéndola hablarían despacio á su vuelta.

Desde Lyon á la ciudad de Aviñón no había más que un solo monasterio de la Visitación, el de Valence. San Francisco de Sales se detuvo allí algunos instantes al pasar para Aviñón, y algún tiempo más á su vuelta á Lyon. Disuadió á las Hermanas de que emprendiesen un pleito que las aconsejaban, para alcanzar de un vecino las cediese un jardín de que tenían gran necesidad. «Hijas mías—las dijo,—esperad á que ese buen hombre quiera vendéroslo: tiene más derecho para guardarlo que vosotras para comprarlo.» Decidió también la admisión á la toma de hábito de la señora de la Grenelle, que á pesar de sus *ochenta y cuatro* años solicitaba la felicidad de entrar religiosa, felicidad que se le había rehusado hasta entonces. «¿Y por qué?—dijo el Santo.—No hay edad que sea indigna de consagrarse á Dios.»

(1) *Fundación inédita del decimotercio monasterio de la Visitación, en la ciudad de Belley, pág. 174.—Vida de las primeras Madres de la Visitación. La Hermana Claudia Simpliciana Fardel, tomo II, pág. 36.*

En fin, antes de marcharse quiso visitar á la devota Hermana María de Valence, tan santa y tan querida en la Visitación. Como ni él ni sus criados sabían dónde vivía, fué preciso que una Hermana tornera les enseñase el camino. La buena criatura, que tenía entre manos alguna cosa que le urgía, echó al momento á andar, pero tan de prisa, que el Santo, que estaba cansado y ya pesado porque se acercaba el fin de su vida, no la podía seguir y le dijo: «Hija mía, vamos un poco más despacio, si gustáis.» Moderó un poco su paso por algún tiempo, pero olvidándolo en seguida se puso á correr como antes; lo que visto por el bienaventurado, miró dulcemente á la Hermana, y adelantando su paso modestamente: «Los que son guiados deben seguir»—dijo. Cuando llegaron á la puerta de la casa, la buena tornera se puso de rodillas; el Santo Prelado la bendijo por tres veces, y poniéndole la mano en la cabeza: «Un día—le dijo—tendréis el velo de la Congregación;» lo que, en efecto, se verificó (1).

Volvió á entrar en Lyon, y aunque gran número de personajes solicitaban el honor de alojarle en su casa, y el señor de Olier, intendente de la provincia, le ofrecía la mitad de la suya, prefirió un pequeño cuarto en la casa del jardinero de la Visitación, diciendo alegremente á los que le advertían las incomodidades de semejante alojamiento, «que tenía la gran ventaja de estar cerca de sus Hijas, y que por otra parte, nunca estaba mejor que cuando estaba poco bien.»

Entretanto, advertida la Madre de Chantal de la vuelta de San Francisco de Sales, se apresuraba á venir á Lyon. Había visitado rápidamente el monasterio de Saint-Etienne, que acababa de nacer, pues hacía un mes que se había fundado; se detuvo un poco más en Montferrand, que tenía dos años de existencia, y que

(1) *Fundación inédita de Valence*, pág. 166.

fundado por la Madre Favre y edificado con la alta virtud de la Condesa de Dabet, estaba lleno de fervor. Hizo allí sus ejercicios anuales, y sintió aumentarse el deseo que tenía de volver á ver á su Santo director, y tratar con él de una porción de cosas, tocantes á su alma y al bien de su Instituto.

San Francisco de Sales no lo deseaba menos ; pero era tanto el número de príncipes y de princesas que ambicionaban el honor de conferenciar con él, y la estancia en aquella ciudad de las dos cortes de Francia y de Saboya le imponían tales deberes, que la Santa apenas pudo hablarle. No obstante, apenas supo San Francisco de Sales que había llegado la bienaventurada, tomó sus medidas, y habiendo conseguido un poco de tiempo libre, fué al locutorio. Tres años hacía que no se habían visto, y Dios no quería concederles en la tierra sino algunas pocas horas de conversación. Al ver al Santo Obispo, quedó admirada la Madre de Chantal del cambio que encontró en él. Le pareció verle todo transformado en Dios, y el brillo exterior de su rostro que se advertía en él hacía ya muchos años, y era como una revelación del fuego del amor divino que le consumía, se había aumentado considerablemente; fuera porque tocando el Santo Obispo al fin de su carrera, y casi en vísperas de su muerte, tuviese ya, digámoslo así, en la frente como un reflejo radiante de la bienaventuranza que le esperaba, ó más bien porque después de tantos años de trabajos, hubiera, en fin, llegado á esa plenitud del hombre perfecto, á esa madurez del alma en Jesucristo que Dios no concede plenamente á los mayores Santos sino á su última hora.

«Madre mía—dijo el Santo Obispo,— tendremos algunas horas libres: ¿quién de los dos hablará primero?» La Santa, que era viva: «Seré yo si gustáis, Padre mío—dijo;—mi corazón tiene gran deseo de que le páseis revista.»

Notando el bienaventurado un poco de afán en el alma de una hija que deseaba ver perfecta, le dijo con una dulce gravedad : «¿Y qué, Madre mía, aún tenéis deseos vehementes y elección? Yo creía encontraros toda angélica.»

Y sabiendo muy bien que había cosas más urgentes de que tratar, que ocuparse en los asuntos de un alma que Dios dirigía por sí mismo: «Madre mía—le dijo,—en Annecy hablaremos de nosotros; ahora trataremos de concluir los negocios de nuestra pequeña Congregación. ¡Oh, y cuánto amo á nuestro pequeño Instituto, porque en él es Dios muy verdaderamente amado!» La Madre de Chantal, sin decir palabra, dobló los papeles que trataban de su conciencia y de lo que había pasado en su alma por espacio de tres años, y durante cuatro horas largas, estos dos grandes Santos arreglaron juntos cuanto debía servir para el establecimiento sólido de la Orden. El bienaventurado insistió mucho en la necesidad de no erigirla, como deseaban muchos altos personajes, en Congregación, sino dejar libre cada monasterio independiente de los demás, gobernado por los Obispos y la Santa Sede; que cuanto más oraba, tanto más conocía que ésta era la voluntad de Dios; que de este modo no habría ni menos estabilidad ni menos unidad, y sí más fervor. «Mirad—dijo por último,—nuestras hijas son hijas del clero, y el clero es la primera Orden religiosa.»

El sentimiento de veneración que á la Santa, inspiraba San Francisco de Sales era tan extraordinario, que no pudo acabar esta larga conversación sin que se la escapase un grito de admiración. «Padre mío—le dijo,—es indudable que un día os han de canonizar, y yo espero trabajar en ello.—Madre mía—la respondió el Santo con seriedad,—Dios podría hacer este milagro, pero aún no han nacido los que han de tratar de mi canonización.»

Estas fueron sus últimas palabras; no debían volverse á ver sino entre los resplandores de la eternidad. Al otro día muy temprano, la Madre de Chantal salía de Lyon para ir á la ciudad de Annecy, y quince días después fué atacado el Santo de un accidente de apoplejía.

Estos quince días de consuelo que negó Dios á la Madre de Chantal, fueron testigos á un tiempo de la transformación creciente del Santo Obispo, así como del amor profundo que profesaba á sus queridas Hijas.

El día de Navidad fué á decirles la santa Misa, y apareció en el altar como un serafín, con tal resplandor en el rostro, que la Madre de Blonay, que era Superiora, se atrevió á decirle por la rejita de la sacristía: «Ilmo. Señor, me ha parecido ver al Arcángel San Gabriel á vuestro lado en el momento en que entonabais el *Gloria in excelsis*.—Querida hija mía—respondió el Santo mirándola del modo más gracioso,—tengo el oído del corazón muy duro para las inspiraciones, y necesito que los ángeles me hablen al oído del cuerpo, hiriendo el sentido con su santa melodía.» Esta respuesta evasiva no satisfizo á la Madre de Blonay; insistió de nuevo, y el Santo respondió: «Verdaderamente que nunca he sentido mayor consuelo en el altar; el divino Niño ha estado en él visible é invisible. ¿Por qué no estarían los ángeles también? Pero no sabréis más, porque hay mucha gente á nuestro lado.»

Al otro día, antevíspera de su muerte, San Francisco de Sales volvió á decir la Misa á la Visitación, y por la tarde, al anochecer, hizo llamar á todas las Hermanas al locutorio, y las habló con extraordinaria efusión sobre esta admirable palabra, que había explicado también á las Hermanas de Annecy al dejarlas: «Nada pedir y nada rehusar, á imitación del Niño Jesús en el pesebre.» Hacía tres horas que hablaba, cuando sus criados, á quienes había encargado viniesen á buscarle á

las ocho, entraron en el locutorio con hachas encendidas. El Santo pareció admirarse de que viniesen tan pronto, diciendo que hubiera pasado muy bien la noche hablando de cosas santas con sus queridas Hijas; y no obstante, para imitar al Salvador, de quien acababa de hablar, y practicar la obediencia con los inferiores, se levantó, y despidiéndose de sus Hijas, les dijo las llevaba á todas en su corazón.

Fué igualmente á decirles la Misa el 27 de Diciembre, y les dió la Sagrada Comunión. La Madre de Blonay le pidió la confesase, y tuvo así la felicidad de ser la última penitente que recibió la absolución por ministerio de este gran director de las almas. En efecto, el mismo día, hacia las dos de la tarde, fué atacado el Santo de la apoplegia y parálisis de que murió.

Es imposible imaginar un espectáculo más tierno que el de este bienaventurado tendido en su lecho de dolor, sufriendo cruelmente, pero tan dulce, y aun tan gracioso, digámoslo así, con la muerte, como lo había sido durante su vida con todo el mundo; estaba con todos sus miembros paralizados, y como sepultado en un pesado sueño, del que los médicos apenas podían sacarle por medio de hierros hechos ascuas, siendo más fácil despertarle con el solo nombre de Jesús que con los más violentos remedios; de cuando en cuando salía de su letargo, y se le oían los acentos de su ardiente amor de Dios. Durante su agonía, que duró treinta horas, no se alteró ni un instante la serenidad de su rostro. Se notó también que este resplandor que en los últimos años de su vida iluminaba su rostro, se aumentaba cada instante, arrebatando á cuantos le contemplaban. En fin, viendo los asistentes que este largo martirio iba á concluir, se pusieron de rodillas para rezar las oraciones de los agonizantes, y al llegar á estas palabras: «*Omnes Sancti Innocentes, orate pro eo*, Santos Inocentes, rogad por él,» su hermosa alma salió de su cuerpo, y

«esta inocente prisionera fué á gozar de una libertad eterna (1).» Era el día de los Inocentes, 28 de Diciembre de 1622, á las siete de la tarde. El Santo entraba en sus cincuenta y seis años.

El mismo día y á la misma hora la Madre de Chantal, de rodillas en la capilla de la Visitación de Grenoble, ofrecía á Dios á su bienaventurado Padre, cuando oyó una voz muy distinta que le decía: «¡Ya no existe!» Conmovida aún por el estado de transformación en que acababa de verle, y no sospechando su muerte, «¡Dios mío!—exclamó—no; ¡oh no! ¡ya no existe, no vive! Vos solo sois quien existe y vive en él!» Largo tiempo se detuvo entusiasmada con este pensamiento. Verdaderamente, la idea de su muerte se presentó á su imaginación, pero no se fijó en ella y salió muy alegre de Grenoble para ir al monasterio de Belley.

Aquí fué donde supo la terrible noticia. El señor D. Miguel Favre, confesor de San Francisco de Sales y del monasterio de Annecy, y por consiguiente, suyo también, no creyó debérsela ocultar más tiempo. «Madre mía—le dijo,—es menester querer lo que Dios quiere, leed esta carta.» A estas palabras el corazón de la Santa latió fuertemente, y se volvió hacia Dios para aceptar cuantas penas le revelase este escrito; pero antes de leerlo comprendió el sentido de aquellas palabras: «¡Ya no existe!» Sus lágrimas empezaron á correr y continuaron todo el resto del día y toda la noche, hasta el otro día por la mañana después de la santa Comunión, pero con mucha dulzura, grande sumisión á la voluntad divina, y una certeza absoluta de la gloria del bienaventurado.

Un religioso que había venido á verla, encontrándola bañada en lágrimas, le dijo que la perfecta resignación debía secar el llanto. La Santa respondió: «¡Oh

(4) *Fundación inédita de Lyon*, pág. 64.

mi muy querido Padre! si yo supiese que mis lágrimas desagradaban á Dios, ni una sola vertería. » Y desde entonces, por efecto de aquella energía de voluntad que la caracterizaba, prohibió á sus ojos que llorasen; pero esta extremada violencia hizo se la hinchase el estómago con grandes dolores. Fué menester que interviniese el Sr. D. Miguel Favre, el que, poniéndole á la vista á Jesús llorando á Lázaro, le mandó dar libre curso á sus lágrimas.

A la noche fué á la recreación con las Hermanas, pero sin poder decir una palabra; después se retiró, se hizo leer un capítulo de la *Imitación*, se acostó, deseando quedarse sola con Nuestro Señor para llorar con libertad y consolarse con Él. Pero la Superiora mandó á la Hermana Claudia Simpliciana que no la dejase, y esta buena Hermana pasó toda la noche de rodillas delante de su cama, hablándola del bienaventurado y contándole la última conversación que había tenido con él y los términos con que le había profetizado su muerte cuando pasó por Belley. Al otro día muy de mañana partió la Santa para Annecy, adonde tenía prisa de llegar por ver y consolar á todas sus Hermanas y preparar todo para disponer á su bienaventurado Padre un sepulcro digno de él.

Mientras tanto, en Lyon invadía la muchedumbre el pequeño cuarto donde yacía muerto San Francisco de Sales. Venían á besarle los pies, se traían pañuelos para empaparlos en su sangre, estampas y rosarios para tocarlos al cuerpo, y por todas partes se decía en la ciudad que no debían desprenderse de un tesoro tan precioso, y puesto que Dios había querido que este grande Obispo exhalara en Lyon su último suspiro, era consiguiente también que fuese sepultado en él. Alarmados con estas voces el fiel Rolando y los individuos de la comitiva episcopal, trataron de apresurar los preparativos de su partida, y ya estaba colocado el

santo cuerpo en unas andas, que debían ser llevadas por dos mulas alquiladas á este fin, cuando el señor de Olier, intendente de la provincia, se opuso de repente á la partida.

Júzguese el sentimiento de la Madre de Chantal al saber esta noticia. Ya había escrito á la Madre de Blonay, Superiora de Lyon, una carta muy apremiante para suplicarle hiciese todos los esfuerzos posibles, á fin de que se trajesen al instante los restos preciosos del Santo á su ciudad de Annecy; y por primera vez en su vida concluía la carta con estas palabras: «Os lo suplico, y aun si me atrevo, os lo mando.» Se apresuró á escribir al Duque de Saboya, al Alcalde y á los Síndicos de Annecy; hizo ir al locutorio de la Visitación al Provisor de la diócesis y al Deán del cabildo; les enseñó el testamento del Santo, formal é irrevocable, y los decidió á marchar á Lyon, y en fin, á fuerza de pasos alcanzó se levantase la prohibición hecha por el Sr. Olier, y se volviese á Saboya el cuerpo del Santo.

El viaje parecía un triunfo. Aquellos restos preciosos fueron acogidos por todo el camino con las demostraciones de un respeto que llegaba hasta la veneración; y después de haber sido colmados de honores en todas las iglesias, y sobre todo en las de Annecy, fueron, por último, llevados á la capilla de la Visitación, donde Santa Juana Francisca y sus Hijas los recibieron con una emoción difícil de expresar. Se colocó el ataúd en el Santuario, junto á la reja del coro de las religiosas, y se le cubrió, no con un paño mortuario, sino con un velo blanco, en el cual estaban bordados con oro los santos nombres de Jesús y de María.

En la última entrevista que tuvo San Francisco de Sales con la Madre de Chantal, la dijo que en Annecy le daría cuenta de su conciencia. Deseando, pues, obedecer á su Santo Director después de su muerte, como en su vida lo había hecho, fué á ponerse de rodillas cerca

del sepulcro, y expuso á su bienaventurado Padre todo el estado de su alma. Sólo Dios sabe lo que pasó en esta sublime confidencia, y con qué inefables consuelos hizo el Santo Obispo conocer á la Madre de Chantal que la había oído; pero cuando la volvieron á ver las Hermanas, notaron que estaba radiante y como transfigurada.





CAPÍTULO XXII

La venerable Madre de Chantal queda sola á la cabeza de la Orden, y se muestra digna de esta sublime misión. Organización definitiva de la Orden.

1623—1624

LA PARTO conocía la venerable Madre de Chantal la gran responsabilidad que le imponía la muerte de San Francisco de Sales; pero contando sobre todo con Dios para llevarle, y confiando en las luces de su Santo director, á quien creía Santo y gozando ya de Dios, tomó su determinación, llevándola á debido efecto con aquella firmeza que le era peculiar. Continuar la obra del bienaventurado, defenderla contra todos los enemigos de fuera, protegerla contra los más peligrosos de dentro, haciendo respetar las reglas y desarrollando su espíritu de dulzura y fortaleza; impedir, propagándola, el que se debilitase: esto es lo que se juró á sí misma cumplir, después de la muerte de San Francisco de Sales.

«¡Viva Jesús! —escribía algunos días después á la Madre de Chastelluz—y que para siempre este santo nombre sea bendecido en nuestras tribulaciones, á fin de que la grandeza de nuestros dolores sea un perfume agradable para su Divina Majestad. ¡Oh hija mía, cuán grande y pesado es el golpe, pero cuán dulce y paternal

del sepulcro, y expuso á su bienaventurado Padre todo el estado de su alma. Sólo Dios sabe lo que pasó en esta sublime confidencia, y con qué inefables consuelos hizo el Santo Obispo conocer á la Madre de Chantal que la había oído; pero cuando la volvieron á ver las Hermanas, notaron que estaba radiante y como transfigurada.





CAPÍTULO XXII

La venerable Madre de Chantal queda sola á la cabeza de la Orden, y se muestra digna de esta sublime misión. Organización definitiva de la Orden.

1623—1624

LA PARTO conocía la venerable Madre de Chantal la gran responsabilidad que le imponía la muerte de San Francisco de Sales; pero contando sobre todo con Dios para llevarle, y confiando en las luces de su Santo director, á quien creía Santo y gozando ya de Dios, tomó su determinación, llevándola á debido efecto con aquella firmeza que le era peculiar. Continuar la obra del bienaventurado, defenderla contra todos los enemigos de fuera, protegerla contra los más peligrosos de dentro, haciendo respetar las reglas y desarrollando su espíritu de dulzura y fortaleza; impedir, propagándola, el que se debilitase: esto es lo que se juró á sí misma cumplir, después de la muerte de San Francisco de Sales.

«¡Viva Jesús! —escribía algunos días después á la Madre de Chastelluz—y que para siempre este santo nombre sea bendecido en nuestras tribulaciones, á fin de que la grandeza de nuestros dolores sea un perfume agradable para su Divina Majestad. ¡Oh hija mía, cuán grande y pesado es el golpe, pero cuán dulce y paternal

es la mano que lo ha dado! Por lo cual la beso y la amo con todo mi corazón, bajando mi cabeza y humillando todo mi corazón á su santísima voluntad, que amo y reverencio con todas mis fuerzas. No me queda qué desear en esta vida sino ver á nuestros monasterios en la entera, perfecta y amorosa observancia de todas las cosas que este bienaventurado y dulce Padre nos ha dejado. Es menester emprender esto, mi muy querida hija, y hacer que lo hagan todas nuestras queridas Hermanas; pero dulce y suavemente, porque, sobre todo, es menester que este espíritu de suavidad brille entre nosotras.»

Este fué, en efecto, el fin que se propuso la Madre de Chantal, y para acabar su historia necesitamos explicar con qué sabias y profundas combinaciones, por qué medios enérgicos, y sobre todo, con qué admirables virtudes llegó á alcanzarle.

Mucho había que hacer para ello. Ciertó que las bases generales del Instituto estaban ya trazadas, escritas las reglas y Constituciones, pero faltaban mil detalles, y en su consecuencia, se establecían en cada monasterio una porción de costumbres diferentes unas de otras, y que á la larga hubieran comprometido la unidad del Instituto. Sin duda que éste se hallaba, al parecer, sólidamente establecido, pues contaba ya trece casas; pero á excepción de tres ó cuatro, estas casas eran pobres, escasas de personal, mal asentadas aún, expuestas, por lo tanto, á perecer si por casualidad las faltaba de repente la firme dirección que hasta entonces las había sostenido. Verdad es que se preparaban muchas fundaciones; que más de veinte ciudades pedían Hijas de Santa Maria; pero precisamente este era un nuevo peligro, porque era muy de temer se debilitase y enervase la Orden, por decirlo así, extendiéndola demasiado y con tanta rapidez. Felizmente, Dios, que había dotado á la Madre de Chantal de talento, de buen

juicio y de un espíritu varonil, y que le había concedido el juntar á estos dones tan singulares una profunda experiencia y una santidad grande, iba á darle aún diecinueve años de una hermosa y fuerte vejez, tiempo más que suficiente á una mujer de su temple para evitar todos estos peligros é imprimir el sello de la perfección al Instituto naciente.

Estos diecinueve años, tan útiles para la Orden de la Visitación, no debían serlo menos para la gloria de la Santa. En efecto; no habiendo obrado hasta entonces sino por orden y bajo la dirección de San Francisco de Sales, y esto ocultándose todo lo posible para que sólo apareciese el Santo Obispo, la Madre de Chantal no había tenido ocasión de mostrar en todo su brillo los grandes talentos con que Dios la había dotado. Sola ahora, á la cabeza de sus trece casas, que aumentará hasta ochenta, vamos á verla desplegar todas las cualidades propias de los fundadores de Ordenes; unir más que nunca la fuerza á la dulzura, el ardor á la paciencia, la viveza y la seguridad de la mirada al vigor de la ejecución: un talento lleno de recursos al tacto más exquisito en la dirección de las almas; provocar unánimes aplausos, menos aún por sus cualidades extraordinarias que por sus virtudes sublimes; marchar de ovación en ovación, y siempre humilde en medio de sus triunfos; fuerte y magnánima más que nunca; creciendo todos los días en gracias y en méritos, entrar en la tercera fase de su existencia, y después de haber encantado al mundo en su juventud, después de haberle admirado por la virilidad de su edad madura, seducirle y arrancarle aplausos entusiastas por la fecundidad de su vejez.

Los primeros meses que siguieron á su llegada á An-necy, los empleó la Madre de Chantal en preparar á las sagradas reliquias de su Santo director un sepulcro digno de él; en recoger y poner en orden los papeles del

Santo Obispo, las cartas, los sermones, las obras inéditas y cuanto podía hacerle conocer mejor, y tal vez servir algún día para su canonización. En estas ocupaciones pasó hasta el mes de Mayo, época en la cual había resuelto ejecutar un acto que había de resonar profundamente en toda la Orden.

Se acercaba la Ascensión, que en aquel año caía el 25 de Mayo. Las reglas de la Visitación mandan que el sábado después de la Ascensión, las Superiores que hayan ejercido el cargo tres años seguidos, renuncien solemnemente á él, esperando que la comunidad las vuelva á elegir, si lo juzga conveniente, por otros tres años, que es lo que la regla permite, colocándose entretanto en el último lugar, á fin de aprender otra vez á practicar la obediencia. Pero hasta entonces no había querido San Francisco de Sales que la Santa se sometiese á esta regla, y desde que la Orden existía, siempre había estado en el cargo de Superiora, habiendo sido reelegida cada tres años sin haberle dejado nunca. Tal vez, si la Madre de Chantal no hubiese consultado más que á la prudencia, habría titubeado en mudar lo que hasta entonces se había hecho; los tiempos eran muy críticos, acababa de morir el Fundador, la obra estaba aún muy reciente, y parecía necesario que la autoridad, esta necesidad de las cosas que principian, quedase concentrada en las manos de la Fundadora. Pero la virtud tiene temeridades que el cielo bendice. Después de las más profundas y maduras reflexiones, la Madre de Chantal se decidió á someterse á este punto de la regla como á todos los demás.

En su consecuencia, el 27 de Mayo, estando todas las Hermanas solemnemente reunidas en la capilla, y en presencia del Prepósito, Sr. de Sales, que hacía las veces del Ilmo. Sr. D. Juan Francisco de Sales, la Madre de Chantal se puso de rodillas, y declaró que renunciaba toda su autoridad, conforme á lo que man-

dan las reglas de la Visitación. Esto fué como un rayo, porque nadie lo esperaba, ni el Superior ni las Hermanas. Pero la Santa hizo este acto con tanta firmeza y con aire tan resuelto, que nadie se atrevió á resistir. La dimisión fué aceptada, el gobierno entregado en manos de la Asistente, y la elección aplazada para el jueves siguiente, 1.º de Junio. Las Hermanas tenían cuatro días para tomar su determinación. La Madre de Chantal fué, conforme á la regla, á ponerse en el último lugar. «Nuestras Hermanas estaban más afligidas que lo que yo puedo expresar—escribe la Madre de la Croix;—en cuanto á mí, el velo de novicia me tenía en silencio; no hacía más que admirar á esta bendita Madre, que estaba más humilde que nadie en su último lugar, haciendo sus ceremonias de coro y rectorio conmigo, sentándose en los bancos de abajo en la recreación entre nosotras, recibiendo de rodillas las advertencias que se hacían á la mayor parte de las Hermanas, diciendo sus culpas, pidiendo sus pequeñas licencias de salir, ó de escribir y hablar, según sus necesidades, llevando la vista enteramente baja fuera de lo necesario, y no queriendo mezclarse en nada, sino en obedecer. Una vez la Hermana portera le trajo un paquete de cartas que le dirigían; pero habiendo visto la palabra Superiora, le dejó más pronto que si fuera fuego, diciendo que era menester entregarlo á la Hermana Asistente, encargada por entonces del gobierno de la comunidad» (1).

El día 1.º de Junio se reunió en la capilla toda la comunidad, y habiendo recogido los votos, resultó elegida *Superiora perpetua* la Madre de Chantal. Entonces llegó el turno á la Santa de quedarse muda y confusa; pero, sin embargo, no se desconcertó, renunció al ins-

(1) *Proceso de canonización*, manuscrito de la Madre de la Croix tomo II, pág. 510.

tante á esta elección, declarando que era nula y de ningún valor, contraria á las reglas y Constituciones de la Orden, y que jamás haría ninguna cosa en esté concepto. En vano protestaron las Hermanas antiguas que habían sabido por boca del mismo bienaventurado era su voluntad que mientras ella viviera fuese Superiora y Madre del monasterio de Annecy, rehusó enérgicamente, diciendo que si aún viviese el bienaventurado, le expondría tales razones, que alcanzaría no ser Superiora perpetua; fué menester resolverse y elegirla Superiora por sólo tres años.

Todos estos hechos, omitidos por la Madre de Chau-gy, consignados en muchas Memorias contemporáneas é inéditas, referidos incompleta é inexactamente por el Sr. de Maupas, por el Abate Marsollier y demás historiadores, los cuenta la misma Madre de Chantal en una carta que hemos tenido la felicidad de encontrar, y en la que brilla demasiado su humildad para que dejemos de manifestarla á nuestros lectores. Está dirigida á la Madre de Blonay. «Quisiera tener tiempo para deciros la sorpresa que dí á nuestras Hermanas cuando dejé el cargo. Yo no les había dicho ni una palabra, y creían que sólo se iba á proceder á la elección (1). Nunca se ha visto mayor admiración, pero yo me detuve en esto, y seguí mi regla. Luego tuvieron consejo entre sí sin decirme nada, y determinaron que, ya que habían cometido la falta de no oponerse á este acto, declararían en la elección que no admitían mi renuncia, y me elegirían por Superiora perpetuamente. Yo, que no sabía nada de esto, me quedé admirada cuando el Superior lo dijo en alta voz. Acepté el cargo, no perpetuamente, sino según la regla. Después traté de hacerlas conocer su falta, pero no hubo medio de

(1) Aquí se ve cómo se hacían las cosas cuando vivía San Francisco de Sales. De tres en tres años se elegía á la Madre de Chantal, pero no se la deponía del cargo.

persuadirlas que habían hecho mal; al contrario, estaban avergonzadas de no haberse opuesto en el momento: decían que yo no era Superiora como las demás, que me reconocían por esto y por lo otro, y otras mil bobadas; que no era la intención de Su Ilustrísima que yo fuese depuesta, sino elegida; que otros monasterios me querrían elegir por Superiora, lo cual no permitirían ellas jamás. En fin, si yo fuese su Fundadora ó persona de algún valer, no podrían decir más. Os suplico que penséis si debo hacer aún alguna cosa respecto á este asunto, á fin de que no se puedan sacar malas consecuencias para otros monasterios, porque por nada en el mundo se deben herir las reglas del Instituto» (1).

Apenas fué reelegida, viendo que tenía tres años para trabajar, y queriendo—como decía—que estos tres años hiciesen época en la Orden, la Madre de Chantal se decidió á emprender inmediatamente una obra muy difícil, pero sumamente importante, destinada á concluir la organización del Instituto que San Francisco de Sales no había tenido tiempo de terminar. Después de su muerte se halló entre sus papeles una multitud de notas y escritos, en latín y en francés, concernientes á la Visitación. Eran apuntes relativos á ciertas costumbres que las circunstancias habían hecho establecer en Annecy, y que el Santo quería reunir y coordinar para que se adoptasen en todas partes; fórmulas para los votos, y el borrador de un ceremonial para las tomas de hábito y profesiones, elecciones y modo de renunciar las Superiores á sus cargos; un calendario de las fiestas que habían de guardarse, especialmente

(1) *Proceso de canonización*, parte compulsorial, folio 271. Se ve que el señor de Maupas estaba mal informado cuando dice que el capítulo de Annecy, temiendo que la humildad de la Madre de Chantal la hiciese dejar el gobierno, la había, *antes de su llegada*, elegido Superiora perpetua. (*Vida de la Madre de Chantal*, pág. 200.) Las Hermanas no la eligieron Superiora perpetua sino en su presencia, y no pensaron en ello hasta después de su dimisión.

en la Visitación, y rúbricas para la recitación del Oficio divino; por último, una especie de manual de piedad para religiosas, es decir, de ejercicios de fe, elevaciones del corazón para cada uno de los actos del día; pero todo esto mezclado, sin orden ni concierto, como un trabajo incompleto y sin concluir. Había también entre estos papeles algunos de la Madre de Chantal, anotados al margen por el Santo Obispo; piedras esparcidas de un monumento que la muerte no había permitido acabar.

La Santa determinó revisar y coordinar todas estas notas; por lo primero que hizo por humildad, y también con el objeto de que esta obra tuviese la mayor autoridad posible, fué reunir en Annecy á las primeras religiosas de la Orden, las cuales, habiendo conocido más íntimamente á San Francisco de Sales, debían ser las más fieles intérpretes de su pensamiento. Las que pudieron venir á esta Junta, fueron: la Madre María Jacobina Favre, Superiora del monasterio de Dijón; la Madre de Brechard, Superiora de Riom; la Madre de Chatel, Superiora de Grenoble; la Madre de Beaumont, Superiora de París; la Madre de Mouxy, Superiora de Belley, y la Madre de Compays, Superiora de Montferand. También se unieron á éstas la Hermana María Margarita Michel, Asistente de Annecy, y la Hermana Adriana Fichet, Asistente de Chambéry, así como las cuatro consiliarias del monasterio de Annecy. De las primeras religiosas de la Visitación faltaban dos; la Madre de la Roche, que estaba enferma, y la Madre de Blonay que había sido imposible de arrebatar, ni aun por pocos días, á la veneración y al amor que le tenían los lyoneses. «Más fácil sería—decían ellos—que el sol cesase de lucir, que ver salir de Lyon á la Madre de Blonay.» La Madre de Chantal, que sabía la mucha fianza que San Francisco de Sales había tenido con su querida Hija, no pudo resolverse á dejar de oír su

dictamen; y aunque había tres días de jornada de Annecy á Lyon, y no había otro medio de comunicarse sino enviando un propio expresamente, no permitió se decidiese cuestión ninguna sin haber sabido por cartas el parecer de la Madre de Blonay. Se consultó también al Sr. D. Miguel Favre, que había sido tantos años confesor de San Francisco de Sales, y que lo era todavía de la Madre de Chantal y del monasterio de Annecy, así como al Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra, sin cuya aprobación y autoridad nada se quiso resolver.

Una sola seglar asistió á esta reunión, y fué la Condesa de Dalet. La Madre de Chantal, que la tenía por el talento más ilustrado, el juicio más sólido y el alma más pura y cándida que jamás había conocido, y que decía que si hubiese estado libre la hubiese tenido siempre en Annecy para aprovecharse de sus sabios consejos, encargó á la Madre de Compays, Superiora de Montferrand, que la trajese consigo. La señora de Dalet se mostró digna de semejante favor. Estaba entre todas estas Madres como si hubiese sido criada de ellas, y el resto del tiempo le pasaba de rodillas delante del sepulcro de San Francisco de Sales. Hubiera querido permanecer allí toda su vida, y si no hubiese tenido que atender á sus cuatro hijos pequeños, no se hubiera separado nunca de aquel lugar. «¡Ah!—decía—este venerable difunto tiene una palabra viva y eficaz para animar á las almas (1).»

La junta principió en el mes de Mayo, y la Madre de Chantal fué el alma de esta asamblea, pero no me atreveré á decir que la presidió. Estuvo entre las Hermanas con una humildad, una modestia y un olvido de sí misma, que á todas las tenía encantadas. Al discutirse cada punto, exponía las ideas y opiniones de San

(1) *Vida de las venerables Viudas Ana Teresa de Prechounet, Condesa de Dalet, cap. XII.*

Francisco de Sales, sin decir ni una sola palabra de sí misma, de sus pensamientos y su voluntad. Y rogándole las Hermanas que procediese como Superiora y fundadora: «No—decía,—pero toda vez que me lo permitis, estaré entre vosotras como la hermana mayor de la familia, que ha estado y comunicado con el Padre más tiempo que las otras.»

En cuanto se terminó de este modo la redacción del *Costumbrero* en capítulo solemne, y bajo la dirección de la Santa, ésta le tomó en sus manos y se dirigió á la capilla, seguida de todas las primeras religiosas de la Visitación que habían asistido al capítulo, y poniendo el cuadernito sobre el sepulcro de San Francisco de Sales, hizo que las Hermanas se pusiesen en oración, y rogó al Santo Fundador que borrarse toda idea, toda palabra que fuese contraria á sus intenciones. Un sentimiento inexplicable de paz inundó el corazón de todas las Hermanas, como si Dios les hubiese asegurado por sí mismo que todo lo que en él se había escrito era conforme á la voluntad de San Francisco de Sales, con lo cual se levantaron consoladas y gozosas.

El libro es, en efecto, del Santo Obispo; su dulce carácter brilla en todas sus páginas. No son sólo sus ideas, sino hasta el encanto mismo de sus expresiones; ese no sé qué de gracioso y balsámico que á él sólo pertenece. La Madre de Chantal, no obstante, lleva la pluma, y se ve en una porción de páginas un estilo muy diferente; el estilo firme, preciso, algo imperativo, exento enteramente de comparaciones, que es el verdadero estilo de la Santa, y del que daremos pronto algunos ejemplos.

Al salir de la capilla se juntó todo el capítulo, y se leyó el *Costumbrero* desde el principio hasta el fin en presencia de las Hermanas, y concluida la lectura no hubo más que una voz en la junta: «Esta es verdaderamente—decían—la dirección, documentos espirituales y costumbres que nos han sido dadas y dejadas por

nuestro bienaventurado Padre y Fundador, de feliz memoria, el Ilmo. Sr. Francisco de Sales. » Las Hermanas levantaron acta, á fin de hacerlo saber « á todas las que están y estuvieren en la Visitación », y la santa Madre de Chantal les envió el libro del *Costumbrero*, con una carta en que rogaba á todas las Hermanas, por el respeto que tenían á la memoria de San Francisco de Sales, que observasen estas costumbres del mismo modo que observaban las reglas y Constituciones (1).

Así concluyó y se arregló la legislación del nuevo Instituto. Está contenida en tres libros: *La regla de San Agustín*, traducida al francés por San Francisco de Sales; las *Constituciones*, formadas por el Santo Obispo para explicar esta regla y adaptarla al fin que se proponía, y por último, el *Costumbrero*, redactado por la Madre de Chantal y las primeras religiosas de la Visitación sobre las notas del Santo Fundador. Es una colección completa, y como ya hemos visto, una de las más notables legislaciones monásticas y de las más profundamente marcadas con ese espíritu de fortaleza y dulzura, de moderación y de buen sentido práctico que es el bien perfecto de todas las cosas.

Concluida esta obra, emprendió la Madre de Chantal otra que no era menos importante para lo porvenir de la Orden. Tomó la pluma y escribió el famoso *Comentario de las reglas de la Visitación*, conocido con el nombre de *Respuestas de nuestra santa Madre*. Decimos mal que le escribió, porque nunca escribió nada. Su genio práctico la inclinaba á los negocios y de ninguna manera á la escritura. No sabía ni aun hablar, cuando no se le proponían cuestiones ni preguntas (2); pero entonces

(1) *Costumbrero y directorio para las Hermanas religiosas de la Visitación de Santa Maria*. Se ha dado á luz recientemente una magnífica edición en 4.º, Annecy, 1850. A la cabeza está la carta de la Madre de Chantal. El acta capitular está en la pág. 249.

(2) «Hijas mías, nada tengo que deciros, si no me proponéis algunas

nadie lo hacía con más claridad, brevedad y sentido. Como las Hermanas lo sabían, tenían un especial gusto en preguntarle en las recreaciones y pedirle mil explicaciones acerca de todas las dificultades que podrían suscitarse en la observancia de las reglas del Instituto, y sin que lo supiese, había Hermanas que anotaban cuidadosamente todas sus respuestas. De este modo resultaron muchos cuadernos que recorrían todos los monasterios, y se aumentaban sin cesar.

Estos cuadernos, formados de contestaciones sueltas, eran por necesidad muy imperfectos. Había repeticiones y vacíos, faltaba el orden necesario, y era de desear y aun absolutamente preciso, que la santa Fundadora los viese y corrigiese; pero aquí estaba la dificultad: nadie se atrevía á enseñárselos, porque se temía que estos cuadernos, testimonios elocuentes de la veneración en que se la tenía, tuvieran la misma suerte que sus cartas anotadas por San Francisco de Sales, las cuales había echado al fuego. No obstante, era necesario hacerlo; las religiosas más antiguas, y sobre todo, la Madre Favre, dirigieron á la Santa tales súplicas, é hicieron valer tan fuertemente el interés del Orden, que por fin se decidió á revisarlos. Resultó un libro, al cual se le dejó el título sencillo, pero muy expresivo, que le habían dado las Hermanas: *Respuestas de lo que nuestra muy única Madre nos ha dicho en las recreaciones en este monasterio de Annecy, respondiendo á las preguntas que la hemos hecho acerca de nuestras reglas, Constituciones y costumbres*. Jamás título ninguno reveló mejor lo que es un libro.

En efecto, es como una explicación y comentario de

preguntas y cuestiones. Hijas mías, no soy gran predicadora, como sabéis; casi no sé hablar si no es cuando se me pregunta.» (Véanse los *Capítulos y entretenimientos inéditos*. Primer manuscrito en 4.º, pág. 72. Segundo manuscrito en 8.º, pág. 136. Archivos de la Visitación de Dijón.)

todas las reglas de la Visitación, una conversación familiar sobre el modo de entender cada punto de las Constituciones, con la solución de mil dificultades que pueden encontrarse diariamente. Todas las grandes cualidades de la Madre de Chantal brillan en este libro improvisado, por decirlo así, formado de mil conversaciones, pero por lo mismo, más sencillo y natural. Hay en él buen juicio, prudente moderación, apartamiento de toda exageración y exceso, y una amplitud de ideas enteramente admirables, junto con un perfecto conocimiento del corazón humano, de sus necesidades, de sus debilidades, de sus extrañas contradicciones, y una experiencia consumada de los caminos de Dios, y sobre todas estas cualidades un no sé qué de firme y resuelto, que es raro encontrar en tan alto grado. Se ve allí á un alma á quien nada acobardaría; buena en el fondo, muy sensible y amante, pero sin traspasar los límites del deber, y sin llegar jamás al quebrantamiento de las reglas. El lenguaje es sencillo, preciso, ligeramente imperativo, como ya he dicho, con cierta emoción dulcísima, que corre por todas sus páginas y templá la austeridad del mandato.

Se puede calcular en quinientas ó seiscientas el número de cuestiones prácticas resueltas en este libro; no todas son muy importantes, y aun hay algunas que podrían parecer fútiles, y no obstante, no titubeamos en decirlo: esta solución de muchas dificultades que pueden encontrarse en la observancia de las reglas, es una de las mayores gracias que ha hecho Dios á la Visitación. Y en efecto, ¿qué ha sucedido? Mientras que ciertas Ordenes religiosas se han fraccionado en muchas ramas, que otras han necesitado reformas multiplicadas para conservar su unión, ésta, sin Superiores generales, sin Visitadores, sin capítulos anuales, ha guardado en todas partes su misma fisonomía con el mismo fervor. Quien ha visto á una hija de San Francisco de

Sales, las ha visto á todas. Quien ha entrado en un Monasterio de la Visitación, los conoce á todos. En los Monasterios de la Visitación de Francia y de Italia, lo mismo que en los de Polonia ó América, no hay ni un solo ejercicio que se practique de distinto modo, ni una dificultad que no se resuelva lo mismo; y esto, no nos cansaremos de repetirlo, porque aquí está la maravilla, sin otros recursos que los libros de los Santos Fundadores, que á la verdad lo contienen todo.

Mucho había costado que la Madre de Chantal revísase las *Respuestas* recogidas sin noticia suya por las Hermanas, pero jamás se le pudo hacer consentir en que se imprimiesen. La sola idea de publicar un libro, repugnaba á su humildad (1). Fué preciso esperar á que estuviese depuesta, y entonces la Madre Favre envió las *Respuestas* á los impresores, pero con expresa recomendación de que no lo supiese la Madre de Chantal. Por desgracia, fueron vistos algunos ejemplares en casa del librero á quien se le habían dado para que los encuadernase, y la persona que los vió, creyendo que estaban de venta por orden de la Madre de Chantal, se lo comunicó al Ilmo. Sr. Juan Francisco de Sales, el cual, admirado y muy sentido, fué al instante al Monasterio de la Visitación. «Madre mía—dijo á la Santa con tono severo,—vengo á deciros una cosa que acabo de saber, y que me duele mucho.» La Santa se sobrecogió

(1) Véase lo que escribía la Madre Favre enviando el libro á los monasterios. «En cuanto á nuestra respetable Madre, hemos creído que no desaprobaba la libertad que nos hemos tomado de hacer imprimir este libro, porque lo ha sido con tanta fidelidad, que nadie le ha visto, y no se ha extraviado una sola hoja. Esta es también la humilde súplica que tenemos que haceros, queridas Hermanas mías: que tengáis la bondad de guardarle con tanto cuidado en vuestros monasterios, que no salga ningún ejemplar para que le vea persona alguna, sea quien fuere. Porque además de que son instrucciones que no son propias sino para nosotras, estoy segura de que la humildad de nuestra muy digna Madre, le haría sufrir extraordinariamente si viese impreso este libro durante su vida.»

con estas palabras, y mucho más cuando añadió su Ilma.: «Se me ha dicho que está en venta el libro de las *Respuestas* que habéis compuesto para aclarar las Constituciones de nuestro bienaventurado. A la verdad, no hace mucho honor al bienaventurado ni á vuestro Instituto, que se meta una mujer á explicar las Constituciones hechas por un hombre tan grande. ¡Todos creen que no hacéis nada sin consultar conmigo!» La Madre de Chantal estaba de pie escuchando esta reprensión con un aspecto humilde y confuso, y con las lágrimas en los ojos. Cuando acabó de hablar respondió humildemente: «¡Oh, Ilmo. Señor! ¿es posible esto?» Confesó luego que había respondido acerca de las reglas, así como de las Constituciones. «Ya sabéis, Ilmo. Señor, que las hijas nunca saben bastante. He contestado á las dificultades que me proponían, y habiendo las Hermanas escrito, sin que yo lo supiese, mis respuestas, quisieron luego que las revisase, así como nuestras Hermanas Superiores, y sobre todo mi hermana Favre, que me instó para que las corrigiese, lo que hice sencillamente y sólo por complacerlas. Viendo que guardaban este compendio, que estaba mal redactado y sin orden, le revisé y corregí con mucho trabajo, porque mis respuestas habían sido copiadas con una superfluidad de palabras, que ciertamente no había yo empleado.» Dicho esto, se retiró un poco detrás de la reja para limpiarse los ojos, porque lloraba, y casi no podía hablar de tan enternecida como estaba. «Vaya, pues bien, Madre mía—la dijo el Obispo,—es menester no enfadarse, sino consolarse.» A lo que respondió con una dulzura incomparable: «Ya sabéis, Ilmo. Señor, que los primeros movimientos no son nuestros: me curaré con Nuestro Señor. Esta es una buena abyección, y una de las mejores humillaciones que he recibido. Hágase la voluntad de Dios. Ya pondremos orden en esto prontamente.» Al salir del locutorio le dijo una Hermana para

consolarla: «Madre mía, estas no son más que vivezas de su ilustrísima.—¡Oh!—respondió—no es esto lo que me aflige, sino que mis respuestas se hayan visto fuera; no podía recibir mayor mortificación que ésta.» Y añadió: «Bien lo merece mi orgullo.» Al instante hizo sacar las *Respuestas* de casa del librero, y desde entonces quiso que ensayasen á encuadernarlas en el monasterio; para que jamás pudiesen verlas fuera (1).

- Mas no logró su intento, porque desaparecieron de cuando en cuando algunos ejemplares de los monasterios, en donde estaban guardados, y examinados por los más grandes Obispos del siglo XVII, leídos también y consultados por los Superiores confesores de los monasterios de la Visitación, fueron admirados por los Cardenales y Príncipes de la Iglesia, y aprobados en Roma con los términos del más vivo entusiasmo (2).

Si era importante concluir la publicación de las Constituciones y costumbres de la Orden, fijar el sentido preciso de las reglas, y disipar todas las obscuridades de los textos por medio de un comentario breve y claro, no lo era menos, y sí mucho más importante, hacer comprender bien su espíritu, su sentido oculto, y ese no sé qué encerrado bajo la letra, que es como su alma y su vida; siendo esto tanto más necesario, cuanto que las fundaciones eran cada día más numerosas, y que el monasterio de Annecy era un plantel de Superiores y fundadoras. Por esto la Madre de Chantal nada descuidaba con este fin; y sin hablar de los particulares avisos que daba á cada Hermana, de las conversaciones que sobre este asunto tenía en las recreaciones, del inmenso número de cartas que escribía á las Superiores, tenía cada sábado, conforme á la regla, un capítulo ó junta general de las Hermanas, durante

(1) *Memorias inéditas de la Hermana de Clermont Mont-Saint-Jean.* (Archivos de Annecy.)

(2) *Circulares*, tomo II, pág. 136.

el cual hablaba sin cesar del espíritu de la Visitación, ensayando, por decirlo así, el modo de encender el fuego divino en el alma de sus Hijas. Notas tomadas en secreto nos han conservado estas conversaciones, que la Madre de Chantal no revisó jamás, y que aún están inéditas (1).

Estas conversaciones en nada se parecen á los llamados entretenimientos de San Francisco de Sales. El lenguaje de la Santa es más conciso, más enérgico, algo incorrecto, sin adornos ni comparaciones, pero vivo, vehemente, muchas veces tierno y casi siempre elocuente. Citaré algunos ejemplos, menos para dar una idea del estilo de la Santa, que para hacer conocer más y más su grande y varonil espíritu, y hacer ver al mismo tiempo los pensamientos tan elevados con que se alimentaban entonces las Hijas de la Visitación.

Véase cómo les hablaba un día la Madre de Chantal de la necesidad de morir á sí mismas, y del vano deseo de agradar á las criaturas: «Me decís, queridas Hermanas mías, que nada es tan sensible como lo que toca al honor. ¡Ah, Jesús mío! ¿Cuál es el honor que debe tener una sierva de Dios sino la humillación y la abyección? Nada hay que me sea tan intolerable como el que una Hija de la Visitación quiera ocuparse en puntillos de honor. Porque ¿no es cosa monstruosa que deseemos otro honor que el que escogió Nuestro divino Maestro? Él hizo consistir su honor en los desprecios, oprobios y calumnias. Las personas vanas y necias del mundo ponen su honor en montar bien á caballo, en

(1) Se encuentran frecuentemente en los monasterios de la Visitación bellas copias de estas conversaciones y capítulos inéditos, hechas en el siglo XVII. Tenemos dos en nuestras manos: una pertenece á la Visitación de Dijón; la otra, más hermosa y más completa, pertenece al Sr. Conde de Juigne, que ha tenido la bondad de comunicárnosla. De estos dos manuscritos unidos y confrontados juntos, vamos á sacar las citas siguientes.

tirar al florete, bailar, jugar, saltar, en ser graciosos y oportunos en hablar. Y qué, ¿pondremos nosotras nuestro honor en tonterías, en tener empleos en el monasterio, en ser Superiora, Asistente, Directora, Provisora?...» Y después de haberles manifestado la vanidad de estos empleos les decía: «¡Ah, Hermanas mías! vale más, sin comparación, ser humilde Hermana doméstica, que dama de honor de la Emperatriz. Si yo tuviera que escoger, quisiera mejor el humilde velo blanco de una Hermana doméstica, y fregar toda mi vida los pucheros y escudillas del convento, que la rica corona de las mayores reinas de la tierra.—Sí—repetía insistiendo en lo mismo,—vale más lavar las marmitas en la casa de Dios, que enhebrar perlas en los palacios de las reinas del mundo; y valen mil veces más las lágrimas, mortificaciones y penitencias y la sujeción de la vida religiosa, que los honores, la libertad, y todos los placeres de que gozan las gentes del mundo. ¡Oh, cuán gloriosos serán los que hayan trabajado para servir á las esposas de Jesucristo! ¡Cómo resplandecerán los piés de las que se hayan cansado en esta obra! En el día del juicio dirá Dios á los que hayan servido á sus siervos y siervas: Lo que habéis hecho á los míos, á mí me lo habéis hecho; venid y os glorificaré. Pero á los amadores del mundo ¿qué les dirá? Apartaos de mí, autores de iniquidad, no os conozco. Entonces se verá á los pobres legos, Hermanos y Hermanas de las Religiones, sentados en los tronos más altos, y muchos Reyes y Reinas estarán en los infiernos, y si están en el cielo estarán bajo sus pies. Mirad, pues, si es digno de desprecio el estar empleada en cosas bajas y pequeñas. En verdad que si esto es despreciable, es muy de desear, y es una abyección muy gloriosa (1).»

Este es el estilo habitual de la Madre de Chantal en

(1) *Manuscrito de la Visitación de Dijón*, pág. 8.

sus *Capítulos*, y el asunto ordinario de sus conversaciones: la humildad, la obediencia, la muerte de sí misma y el despojo de todo lo que no es Dios. Rara vez salía de estos austeros pensamientos; y si por casualidad tocaba alguno de estos asuntos tan amables á que San Francisco era tan aficionado, á saber, la dulzura, la cordialidad ó la sencillez, lo hacía de otro modo que el Santo, expresándose con energía y vigor (1). No obstante, su lenguaje se dulcificaba algunas veces cuando pintaba á sus Hijas la dicha de su vocación, y la paz de que gozaban lejos de las vanas alegrías del mundo. «La casa de Dios—decía un día—es la Santa Iglesia; la habitación del Rey, la vida religiosa. Hace veintiún años que la divina bondad ha querido edificarse una nueva morada para hacernos reposar allí, y gozar en ella de su divina presencia y caricias celestiales. Mirad, Hermanas mías: cuando un Rey edifica en algún hermoso y antiguo castillo una nueva habitación, la enriquece con pinturas, dorados y todo lo más precioso, y hace un señalado favor á las personas que introduce en esa habitación, en la cual acostumbra á conversar á solas con la Reina, su muy amada esposa. Ciertamente nuestro Salvador, nuestro buen Jesús, nuestro adorable y amabilísimo Esposo, en este último siglo ha tenido el gusto de edificarse otra nueva habitación en su Real casa, y ésta es nuestro pequeño Instituto, del cual ha cuidado tan paternal y amorosamente. Nosotras no éramos, queridas Hijas mías, sino pobres, indignas y miserables criaturas; no obstante, Dios, por un exceso de bondad, nos ha hecho y escogido para reinas y esposas suyas. Nos ha traído á lo interior de su morada con cadenas de oro, de amor y suavidad. Sus delicias son estar con nosotras y colmarnos de favores (2).»

(1) Véase el capítulo donde se habla del amor propio y de los caprichos cuando se está enfermo. (*Manuscrito del Sr. Juigne, pág. 49.*)

(2) *Manuscrito de la Visitación, pág. 79.*

Y otro día, hablando sobre el mismo asunto, y queriendo hacer comprender á sus Hijas la paz de la vida religiosa lejos de un mundo cuyas miserias no sospechaban muchas de ellas, evocaba sus propios recuerdos y pintaba á grandes rasgos las desgracias de la época. «Me parece, queridas Hijas mías—les decía,—que vista la gran felicidad de nuestra vocación, no somos bastante agradecidas. Mirad, Hermanas mías, toda la cristiandad sufre, padece y se aflige, mientras que nosotras estamos aquí en nuestros claustros, donde ignoramos todas las desgracias que la guerra lleva hoy consigo á todas partes. Vivimos en paz y con santa alegría, como de ordinario, tranquilas y contentas en nuestras ocupaciones. Estamos exentas de los desórdenes de una casa; de los cuidados continuos y muchas veces afflictivos de los hijos; de las insolencias de los criados; de las exigencias y ruidos de los suegros y suegras; de la inquietud de los pleitos; de los temores de que maten al marido; exentas de ver que los soldados saqueen nuestras casas y fortuna, y quemen nuestras granjas; en fin, estamos fuera de mil y mil males largos de contar, y de los cuales nos ha eximido Dios para traernos á gozar de la paz de su casa y contarnos en el número de sus Hijas predilectas... ¿Y para qué pensáis que Dios ha hecho todo esto en favor nuestro? A fin de que le sirvamos en santidad y justicia todos los días de nuestra vida; á fin de que roguemos por su pueblo, por nuestros buenos hermanos cristianos, por el querido prójimo, que sufre tanto y tanto, que es intolerable el oír contar sus calamidades. Uno viene á decirnos que todos sus parientes han muerto de la peste; otro dice, estamos viendo acercarse la hora de ser completamente saqueados y entregados á merced de nuestros enemigos, y tanto más cuanto nuestros vecinos han sido muertos por ellos. Las doncellas son insultadas, las mujeres deshonradas y muertos sus maridos; las viudas y los huérfanos lloran

oprimidos de males, y de todo esto, vuelvo á repetir, nos han librado la bondad y dulce misericordia de Nuestro Señor... ¡Oh queridas Hermanas mías! digamos todas con sentimientos nacidos del corazón: «¿Qué volveremos al Señor por todos los bienes que nos ha hecho? (1)»

Otros capítulos hay por este estilo; pero no son, por decirlo así, sino digresiones de la Santa, la cual vuelve muy pronto á los asuntos que prefiere á todo, á saber: la humildad, la mortificación, la obediencia, el desasimiento de la propia voluntad, estas grandes y difíciles virtudes que son la base de la perfección en todas las Ordenes religiosas, pero que era necesario establecer muy particularmente en la Visitación, donde las mortificaciones corporales y las obras de abnegación no sostenían á las Hermanas como en el Carmelo y en las Hijas de la Caridad. Así, á pesar del temor de abusar de las citas, todavía voy á hacer dos, que llevan impreso el sello de una energía varonil.

«Habéis venido aquí—les decía un día en el capítulo—para uniros á vuestro Dios y separaros de todo lo que no es El. Habéis dejado el mundo, y vuestro celestial Esposo os hace subir y os lleva en pos de sí sobre el monte Calvario. Allí se deja desnudar, clavar y coronar de espinas, abreviar con hiel, ultrajar hasta el extremo y abrir el costado. En una palabra, mil y mil millones de cosas ásperas, duras y dolorosísimas para su sagrada humanidad. Pues, Hermanas mías, preciso es que hagáis lo mismo; porque, mirad, hay dos puntos en este asunto. Es menester que os aniquiléis á vosotras mismas; es decir, que trabajéis fiel y animosamente en vuestra perfección. Es menester después que dejéis hacer á los demás para que os desuellen, despojen y ha-

(1) *Manuscrito de la Visitación*, pág. 88.—*Manuscrito del Sr. de Juigne*, pág. 44. Este capítulo está incompleto en el segundo manuscrito.

gan de vosotras lo que quieran. Es menester que seáis flexibles para todo esto, porque si resistis no seréis verdaderas esposas de Jesucristo crucificado... Creedme, Hermanas mías; no exceptuéis nada, dádselo todo á Dios, arrojad de vosotras todo lo que le desagrada, despreciad al mundo y olvidadle de todo corazón. Sobre todo, es menester dejar el propio juicio, la propia voluntad, el amor propio; estas tres cosas son las que os costarán más trabajo, pero son las más necesarias. Es menester que os dejéis de tal modo en manos de los que os gobiernen, que os puedan torcer y retorcer á su gusto, como se hace con un pañuelo (1).»

Otro día, volviendo la Santa del refectorio, se arrojó delante del Santísimo Sacramento, y de repente se llenó de resplandor, y de una serenidad y firmeza extraordinaria, y en cuanto se sentó dejó escapar estas palabras llenas de fuerza y de una energía particular: « ¡ Ah ! Dios mío, ¿qué hacemos en esta vida, queridas Hermanas mías? Puedo aseguraros que nunca he comprendido tan claramente la belleza y bondad de la muerte como ahora. ¡Ay! ¿qué haremos aquí abajo, en este miserable valle de lágrimas, separadas de Dios, y en donde no se encuentra casi en nadie una sólida virtud? ¿Dónde hay una verdadera humildad, una verdadera sencillez, un alma enteramente abandonada á la divina Providencia? ¿Cuál es de entre todas nosotras la que querría vivir siempre humillada, abatida y despreciada? ¡Oh Dios mío! si es menester vivir aquí abajo, que sea para practicar todas las virtudes sólidas. Por esto me resuelvo, Hermanas mías muy queridas, á no lisonjear vuestras inclinaciones, sino á dominarlas, y á no contentar ni una sola de las que os conozca. ¡Ay Dios! nos portamos como niñas, y esto me disgusta mucho. Es menester que desde hoy las Hijas de la Visitación

(1) *Manuscrito de la Visitación*, pág. 22.

practiquemos las verdaderas, heroicas y grandes virtudes. Os aseguro que si ahora se hubiera de dar el primer paso para este Instituto, andaríamos de otro modo que hasta aquí, al menos si pensara como en la actualidad. Estoy absolutamente decidida á mortificaros, y á contrariar de veras vuestras inclinaciones. Sí, os lo aseguro delante de Dios, Hermanas mías; os mortificaré y humillaré, y obraré con más fortaleza de ánimo que hasta aquí, arrepintiéndome mucho de no haberlo hecho antes. Pero desde este momento no quiero más boberías. O romperse ó doblarse... Hermana mía (dirigiéndose á la maestra de novicias), mortificad bien á las Hermanitas del noviciado; y si hay algunas demasiado vivas que no pueden sufrir que se las mortifique, ¿sabéis el remedio? Pues no es otro que doblar, triplicar y retriplicar. Y vosotras, Hermanas novicias, si no queréis caer, estad firmes... Para concluir, os aseguro que os mortificaré á todas sin distinción alguna. Os he prometido contrariar fuerte y firmemente vuestras inclinaciones, y os aseguro que seré firme en cumplir este propósito; y quien no quiera que se la contrarién sus inclinaciones tenga cuidado de que yo no las conozca, porque cuantas vea, otras tantas combatiré, Dios mediante(1).»

Así hablaba la Madre de Chantal á sus Hijas. ¿Y á qué Hijas se quejaba, diciendo no había virtud entre ellas? A religiosas tales como la Madre Favre, la Madre de Brechard, la Madre de Chatel, la Madre de Blonay, la Madre de la Roche, enriquecidas la mayor parte con dones extraordinarios, y que derramaban por todas partes el buen olor de virtud que todos sus contemporáneos alabaron. Pero los Santos son así, y la diferencia que hay entre ellos y los mundanos consiste en que éstos creen siempre que hacen demás, mientras

(1) *Memorias del Sr. Juigne*, pág. 75. — *Manuscrito de la Visitación*, pág. 76.

que aquéllos nunca creen que hacen lo bastante; y cuando llegan á la vejez, como la Madre de Chantal, después de una vida admirable, se dan golpes de pecho, y declaran llorando que si volviesen á empezar obrarían de otro modo.

Una religiosa de este temple era imposible que tolerase la infracción de las reglas, ni los abusos que deshonraban entonces á tantas Ordenes religiosas. Antes de aceptar semejante situación quería que hiciesen todo género de sacrificios. «Oh, hijas mías—decía,—¡cuánto celo debéis tener para impedir esta desgracia! Sobre todo, vosotras que tenéis la honra de ser hijas de este monasterio de Annecy, y las que vengan después de vosotras, seréis Madres de las demás, porque, en fin, habéis sido las primeras que habéis recibido las primicias del espíritu. De suerte que si alguna de nuestras casas se relajase, aun cuando estuviese en el extremo del mundo, sería preciso que no solamente la Superiora de aquí, porque es poca cosa una criatura, sino también el capítulo y la Comunidad entera, escribiesen al Obispo de la diócesis y al monasterio de Annecy; y si esto no bastase, sería menester recurrir al Nuncio apostólico, y aun á Su Santidad mismo, sin dejar nada por hacer, aun cuando hubiera necesidad de vender el cáliz de la iglesia, si fuese preciso (1). ¡Ay! es menester dejarse crucificar por la conservación del Instituto.»

Lo que la Madre de Chantal recomendaba á sus Hijas con tanta elocuencia, se lo vamos á ver practicar de un modo admirable. Ni fatigas, ni gastos, ni viajes le costarán ni parecerán nada cuando se trate de impedir abusos, y desarraigarlos si han aparecido. Permítansenos citar dos ó tres ejemplos que son de esta misma época, y que muestran en toda su belleza el carácter de la Santa, su vigilancia, su celo, su firmeza á un

(1) *Capítulos*, pág. 112.

tiempo dulce y prudente, pero inflexible cuando se trataba de salvar los intereses de Dios y de las almas.

Una de las reglas más hermosas y sabias de la Visitación manda que después de seis años, á lo más, de superioridad, las Madres cesen en su cargo, á fin de que después de haber mandado aprendan de nuevo á obedecer. Pero tal era algunas veces la paz de una comunidad bajo el gobierno bendito de la Madre de Chatel ó de la Madre de Blonay, que cuando llegaba el momento de dejar el cargo, después de seis años de superioridad, las Hermanas no podían resignarse á cumplir con esta ley. Esto es lo que acababa de suceder en Grenoble, donde la Madre de Chatel, que había sido ya seis años Superiora, fué unánimemente reelegida sin atender á sus ruegos ni á sus lágrimas. Apenas la Madre de Chantal supo esta noticia, escribió una carta elocuentísima á las Hermanas de Grenoble para recordarles las intenciones de San Francisco de Sales, declarándoles que su elección era nula y que por lo tanto debían hacerla de nuevo. En vano las primeras Madres de la Visitación, reunidas entonces en Annecy con motivo de la junta de que hemos hablado al principio de este capítulo, rogaron á la Santa hiciese una excepción en favor de la Madre de Chatel; porque protestó que nada sería capaz de hacerle consentir en ello. Preveía con su grande y sólido talento, que lo que esta vez se concediese á la virtud, sería quizá solicitado por ambición; y queriendo cortar de raíz un daño tan peligroso, exigió que la elección de las Hermanas de Grenoble fuese declarada pública y solemnemente, en junta reunida al efecto, nula, contraria á las reglas del Instituto, y opuesta á las intenciones más formales de San Francisco de Sales. Además encargó á las primeras Madres que volvían de Francia, que dando un rodeo en su viaje, fueran á echarse á los pies del Obispo de Grenoble, y le rogasen que anulase la elección. No habiendo dado este paso el

resultado apetecido, la Santa, decidida á que se respetasen las reglas, marchó al instante á Grenoble. A su llegada encontró agitados los ánimos, y grandes maquinaciones preparadas por los parientes de las Hermanas, con el fin de mantener la elección. Pero hay en los Santos una gracia de persuasión, que no se conoce sino cuando se ha experimentado. En cuanto se presentó la Madre de Chantal todo se calmó. El mismo Obispo, que se había resistido á otras muchas personas, quedó tan encantado de la modestia y humildad de la Santa, que se rindió á la primera observación que le hizo. Díjola, «que nunca había pensado en abrir brecha en el Instituto, por lo que, si ella creía que la elección había de ser perjudicial á éste, tenía derecho para anularla como Madre universal. La Santa respondió «que ella no tenía ninguna autoridad, pero que rogaba á su ilustrísima, como Superior del monasterio, mandara que se hiciese nueva elección.» Lo que ordenó al momento el Señor Obispo.

Por lo demás, en estas circunstancias, la humildad de la Madre de Chatel no fué menos admirable que la firmeza de la Madre de Chantal. Asistió á la junta que invalidó su elección, y habló más alto y con más viveza que todas las Hermanas en favor de la entera observancia de las reglas; fué con las primeras Madres á echarse á los piés del Obispo de Grenoble, y las lágrimas que no cesó de verter mientras no se anuló la elección por aquél, mostraron lo mucho que amaba las reglas de la Visitación (1).

Un abuso de otra especie que se cometió en esta misma época en Moulins, fué reprimido por la Madre de Chantal con no menos energía y feliz éxito.

Ya recordará el lector aquellos diez mil francos

(1) *Fundación inédita de Grenoble*, pág. 97.—*Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 195.—*Vida de las primeras Madres de la Visitación*, tomo I.

dados por la señora de Tertre de Morville al monasterio de Nevers, reclamados por la misma después, y devueltos por la Madre de Monthouz con tan heroica abnegación. Dicha señora había entrado, por fin, en la Visitación de Moulins, había tomado el hábito y aun hecho sus votos, pero sin comprender lo que era la vida religiosa. Mundana bajo un hábito monástico, hacía pagar cruelmente al monasterio de Moulins las cuarenta mil libras que le había traído en dote. No contenta con haber cubierto con preciosa tapicería las paredes y el suelo de su celda, y haberla llenado de objetos de vanidad y de lujo, pasaba sus días en continuas conversaciones con personas seglares, y como el convento no estaba aun claustrado, convertía en locutorios las calles del jardín. Además, sorprendiendo la buena fe del Obispo de Autun, había conseguido para siete ú ocho de sus amigas licencia para entrar en el monasterio cuando quisiesen. ¿Qué iba á ser de la paz, del silencio, de la regularidad, esos huéspedes benditos de las casas religiosas? La Madre de Chastelluz rehusó abrir para este fin las puertas de la Visitación, por lo que la señora de Morville se encolerizó tanto contra ella, que la desacreditó con el Obispo, y la calumnió en el locutorio en presencia de los seglares; de suerte que el convento de Moulins, el tercero de la Orden, parecía un edificio ruinoso.

Júzguese del sentimiento de la Madre de Chantal al saber estas noticias. Al momento escribió al Obispo de Autun, rogándole que hiciera cesar el mal con su autoridad. «Y si para volver la paz al convento — decía — no se necesita más que entregar su dinero á nuestra buena Hermana la Fundadora para que viva en otra parte, ciertamente nos alegraremos, porque más queremos vivir pobremente observando nuestras reglas, que abundar en riquezas y vernos contrariadas y sin libertad para practicarlas.»

En seguida escribió carta sobre carta á la Madre de Chastelluz, quien, muy joven aún, y Superiora hacía un año solamente; inauguraba con tan terrible prueba la serie de gobiernos en varios monasterios, que debían hacer su nombre tan célebre en la Visitación. La Santa la sostiene, la anima, la dirige, y la inspira oportunamente la paciencia y la energía. «¡Oh, Hija mía muy querida! ¡Cuánto debéis estimar la situación en que os halláis! Aunque todo el mundo se levantara én contra vuestra, debéis manteneros firme en Dios y no perder un ápice de vuestra paz y conformidad con su voluntad divina. Tened valor y confianza; tras de esta tempestad vendrá la calma.» Y más adelante: «En verdad, querida Hija mía, somos demasiado buenas é indulgentes. Nuestro Santo Fundador decía muy bien que era menester sufrir las debilidades del prójimo, pero la malicia, el escándalo, el desorden de un monasterio ¡oh Dios mío! nunca dijo que se debieran aguantar. Esa pobre criatura vive á su modo, quiere ser servida, estar alojada como le parece, vestirse á su gusto y sin regularidad, no estar sujeta á nada y dominar. Si con todo esto el prójimo no se escandalizase, aún lo toleraríamos; pero me parece que estamos en el caso de hacerle entender con seriedad, que en conciencia no se pueden tolerar semejantes desórdenes. ¡Ay! esto nos enseña que debemos ser más avisadas en adelante.»

Y en otra carta: «Me es imposible ir á ayudaros á llevar vuestra cruz; pero ¡Dios mío, cuán pesada es! Enviadnos esa criatura que tanto ejercita vuestra paciencia, y nada respondáis á sus injuriosas palabras. Yo soy muy gustosa de que el querido Annecy haga este servicio á los demás monasterios en sus tribulaciones. ¡Dios mío, cuán terribles nos las ha proporcionado esa mujer! No le manifestéis desconfianza, amargura ni acritud por sus injuriosas palabras. ¡Ay, Hija mía! nunca son los hijos y amigos de Dios más grandes y

más honrados en su presencia que cuando el mundo los desprecia.»

Al mismo tiempo que alentaba de este modo á la Madre de Chastelluz, nada descuidaba la Madre de Chantal para despertar, si era posible, en la señora de Morville el sentimiento de su deber. Varias cartas muy apremiantes no dieron resultado alguno, y habiendo la fundadora despreciado públicamente las reglas, le escribió la Santa de nuevo: «Mi muy querida Hija: pues que habéis hecho ver á las Hermanas vuestras imperfecciones y miserias, no puedo ya callar y dejar de quejarme de vuestros desórdenes escandalosos en la casa. ¡Salvador mío amadísimo! permitidme que, penetrada de acerbo dolor, os dé como á mi Dios esta queja amorosa. ¿Cómo habéis permitido que haya sido admitida á la felicidad de tan santa vocación una criatura tan indigna de esta gracia? Si es por mis pecados y mis imprudencias, ¡ay Señor mío! heridme á mí, y conservad estas pobres queridas casas en paz y santa unión, porque ya sabéis que nada me es tan doloroso como el mal que las aflige. Mi muy querida Hija, yo quisiera lavar con mi sangre las llagas de vuestra alma y las que hacéis á esa casa; á lo menos que la abundancia de mis lágrimas pueda algo con vos, porque no puedo impedir el que mi corazón se deshaga al oír la relación de vuestra miseria. La dureza é inmortificación de vuestro corazón os han puesto en ese laberinto, y pienso en nuestra demasiada dulzura, que no ha sido sino con la esperanza de que, siendo vos cristiana, se os podría ganar por este medio; pero veo bien que esta felonía debe ser castigada. Creed que si yo estuviera á vuestro lado, me parece que, mediante la gracia de Dios, haría que os sometieseis, y no os dejaría sobreponeros como lo hacéis.»

Y algunos días después: «¡Dios mío, mi querida Hija, cuánto amor propio tenéis! ¡Cuánto estimáis vuestro

propio juicio, y cuán apegada estáis á la vanidad! Ya lo veis: aún os hablo como á mi querida Hija, porque os escribo con un afecto y ternura enteramente maternal. Pero ¿qué os he de decir, sino que el espíritu humano, los consejos y las invenciones de la carne os echan á perder? ¡Ay! ¿No queréis salir de ese mal camino y de todo ese fango, ó bien queréis hacer tres males perseverando en él? Primeramente, ofender á Dios, que es el mayor y más terrible mal que puede hacerse; manchar vuestra alma, y causar á la mía dolor sobre dolor. Me decís una palabra al fin de vuestra carta, que me ha dado una noche muy mala y un sueño muy interrumpido. Debo deciros la verdad: me hacéis verter muchas lágrimas. Me decís que obedeceréis en todo menos en unirnos á nuestra Hermana N. Hija mía, ¿qué palabras son éstas? ¿No sabéis que si no estáis unida con vuestro prójimo, tampoco lo estaréis con Dios? ¡Oh Jesús mío! ¡cuán sensible es esto para mí! ¿Qué os ha hecho nuestra Hermana N.? Ciertamente no lo sé. Según mi costumbre, he procurado enterarme bien de este negocio y casi siempre la encuentro inocente. Y aunque fuera culpable, ¿no sabéis que es menester amar á los que nos aborrecen, y bendecir á los que nos maldicen? Nunca, gracias á Dios, os he enseñado otra cosa... No escribo más por mi dolor de cabeza. Aprovechaos de esto, Hija mía, y creed que os lo digo con un corazón de madre. Hago que se ruegue mucho por vos, y yo misma ruego muchísimo, porque tengo lástima del estado en que os halláis. Pero abrigo la esperanza de que el Señor os pondrá todo sobre los ojos para que los abráis. Ya me entendéis.»

Cartas tan amantes y tan fuertes y oraciones tan santas, no debían ser infructuosas. La pobre Hermana empezaba á vislumbrar sus extravíos, y á dar alguna esperanza de enmienda. Es digno de ver cómo la Madre de Chantal la anima, la sostiene, la ilustra y la guía,

llevándola por fin á la conversión más sólida y completa. Penetrada de dolor á vista de sus extravíos, fué á echarse á los pies de la Madre de Chantelluz, pidiéndole perdón de sus faltas y confesando sus calumnias con tantas lágrimas, que la Superiora no sabía cómo consolarla. Corrió enseguida á cortarse el cabello, arrancó las tapicerías y alfombras de su cuarto, quitó los cuadros de valor, y pidió la gracia de volver al noviciado. Estuvo en él doce meses haciendo continua penitencia y una vida ejemplar, al cabo de los cuales quiso renovar su profesión públicamente. Todas las personas principales de la ciudad, invitadas por ella, la oyeron pedir perdón de su criminal conducta, y al fin de la ceremonia rompió en su presencia los papeles de sus privilegios de fundadora, considerándose muy feliz—decía—en poder ocupar el último lugar en una casa de la que había merecido ser echada. No vivió después de esto más que quince meses, durante los cuales no cesó de aumentarse su fervor, muriendo, en fin, en olor de santidad (1).

Mientras que la Madre de Chantal concluía este asunto, que tantos afanes le había costado y que le proporcionó luego tanto consuelo, supo una noticia que llenó su corazón de amargura. La Superiora de uno de los monasterios de la Visitación había violado la clausura. Había ido á las aguas de Bourbon, y á su vuelta se fué á descansar al campo, en casa de uno de sus hermanos. Se decía también, pero esto no se probó, que se había portado en los baños con tales exigencias y tanta ostentación, que los posaderos habían dicho que querían servir mejor á un gran señor «que á la señora Abadesa de Santa María,» que así es como se hacía llamar, decían.

(1) *Fundación inédita de Moulins*, pág. 69.—*Vidas de muchas Superiores*, etc. *La Madre Elena de Chantelluz*, pág. 262.—Casi todas las cartas de la Madre de Chantal, relativas á este negocio y al siguiente, y hay unas veinte, no se han publicado jamás.

Enferma entonces la Madre de Chantal, y no pudiendo ponerse en camino, escribió á la Superiora acusada para saber por ella misma la verdad. «En primer lugar, os aseguro, hija mía, que ninguna de vuestras Hermanas me ha escrito, y que no he sabido lo que ha pasado porque me lo hayan comunicado del vuestro, sino de otros nuestros monasterios. Enterados algunos de vuestra salida para ir á las aguas de Bourbon, me han referido algunas particularidades de vuestro viaje, que, sin son ciertas, ocasionarán un grande perjuicio y escándalo, no sólo á vuestras Hermanas, sino á toda la Orden, porque me han escrito diciendo que hablais ido con dos carruajes, y que en uno ibais vos con una Hermana, un Padre Mínimo, vuestro hermano y un médico; yendo en el otro tres religiosas con una tornera y otras personas seglares, y que en Bourbon vuestra casa estaba abierta indistintamente á todos. Si esto es así, mi muy querida Hija, decidmela verdad. En cuanto á lo de que estabais obligada, bajo pena de pecado mortal, á obedecer el mandato de ir á las aguas, os diré, hija mía, que este es un mandato arrancado, y no impuesto *motu proprio* por vuestro Ilmo. Prelado, el cual, ciertamente, no os hubiera mandado salir, si con la humildad y el respeto debidos le hubierais hecho las observaciones oportunas; y por esto, sin duda, dicen vuestras Hermanas que despreciáis al Bienaventurado y á mí, porque no habéis seguido sus intenciones y las mías, conforme á lo que digo en las *Respuestas*. Y, por último, si todo lo que se dice respecto á los paseos que habéis dado después de estar en Bourbon, y todo lo que se me indica es verdad, ciertamente, hija mía, tal conducta es enteramente contraria á la costumbre y espíritu de nuestro Instituto. Por tanto, espero saber la verdad.»

Y como la Superiora se quejase de sus religiosas, y fuese cierto que éstas, disgustadas con ella, habían

murmurado mucho, la Santa, con ese talento tan medido y moderado que nunca se alabará bastante, añade: «Por lo demás, vuestras Hermanas han hecho muy mal en haberse rebelado contra la obediencia, porque si tenían algo que decir, con humildad y caridad debían haberlo hecho saber á los que podían remediar el mal, y no quejarse ni murmurar por dentro y por fuera, lo cual está muy mal hecho; verdaderamente no se engañan cuando piensan que no son de mi gusto las murmuraciones; pero apruebo las humildes y caritativas advertencias, y no me parece mal que se hagan, siempre que sean justas.»

Y después de haber indicado el único remedio oportuno, á saber, que fuese allí un buen sacerdote con algunas religiosas de virtud, añade estas fuertes palabras, para hacer comprender á la Superiora culpable que no la engañaba con sus artificios: «Por lo demás, mi querida Hija—le dice,—no puedo dejar de manifestaros con mi ordinaria sinceridad, que me admiro de que vos, que mostráis tener tan particular confianza conmigo, deis golpes tan dolorosos al Instituto, sin decirme nada hasta que lo habéis hecho. Porque, por ejemplo, de vuestro viaje á Bretaña, del de los baños, y de esa fundación, para la cual habéis recibido ya dos jóvenes, nada he sabido hasta que todo ha estado hecho. No es esto porque quiera yo sujetaros á que me lo comuniquéis, sino para haceros ver que no soy tan tonta que no conozca que me preguntáis mi opinión en cosas muy pequeñas para entretenerme, y en las importantes, en que tal vez podría deciros algo que os fuese útil, obráis como os parece, y después me preguntáis... Perdonad, mi querida Hija, si os hablo así; no puedo dejar de decir la verdad á todas las del Instituto mientras me dure la vida: que se tome bien ó mal, no está en mi mano; hago lo que mi conciencia me dicta, y no porque quiera yo hacer de Madre sobre

todas las demás, sino porque me considero obligada á proceder así.»

La Superiora culpable respondió de una manera evasiva, y, siendo ya preciso proceder á la destitución canónica, la Santa fundadora, antes de dirigirse á la autoridad eclesiástica, que era la única que podía remediar estos males, resolvió hacer el último esfuerzo con la misma Superiora, para determinarla á hacer por sí misma la renuncia: «Os lo digo francamente—añadía al concluir su carta;—es del todo necesario que dejéis vuestro cargo para gloria de Dios, restauración de vuestra casa y buena fama del Instituto; y sería mucho más honroso para vos el que lo solicitaseis con vuestras instancias y ruegos, por lo cual os suplico lo hagáis así. De otro modo, lo hará vuestro Ilmo. señor Obispo.»

No recibiendo respuesta ninguna, la Santa escribió, en efecto, al Obispo, rogándole que pusiese remedio á tantos males, mandando cesar en su cargo á la que los causaba. La primera carta no dió resultado, porque el Obispo estaba muy prevenido en favor de la culpable. Pero la Santa volvió á escribirle una tras otra dos humildes cartas, concebidas en términos tan expresos y terminantes, y con detalles tan precisos, que por fin vió claro el Obispo, y reconoció, como lo escribió á la Santa, que esta Superiora no era de modo alguno capaz de gobernar, no teniendo cabeza para ello; y fué al monasterio decidido á obrar con energía. La Superiora fué canónicamente depuesta por haber infringido gravemente las reglas, y condenada á no ejercer jamás autoridad alguna en la Orden, y á vivir en ella perpetuamente deshonorada. Se le hizo también salir de aquel monasterio, al que había puesto á dos dedos de su ruina, y se la trasladó á otro diferente.

Para remediar enteramente tantos males, se tomó también la determinación de distribuir entre las casas

más fervorosas aquellas Hermanas sobre las cuales había tenido más influencia la culpable, reemplazándolas con religiosas de gran virtud, que devolvieron muy pronto la paz y el fervor al monasterio. Y como éste se hallaba gravado con numerosas deudas, la Santa escribió á todas las Casas de la Orden, rogándolas ayudasen á este pobre monasterio. Entonces se vió brillar de un modo admirable la unión íntima, la caridad y el desinterés de los monasterios de la Visitación. En aquellos años de peste y de escasez, cuyos horrores contaremos muy pronto, cuando cada Comunidad sufría hambre, por decirlo así, y que la misma Santa decía: «Hay tanta y tanta pobreza en nuestras Casas, que es una compasión,» se vió á los monasterios imponerse cargas enormes para aquellos tiempos, pagar deudas considerables, y algunos años después, esta Casa, arruinada en lo espiritual así como en lo temporal, era contada entre las más santas y florecientes de la Orden.

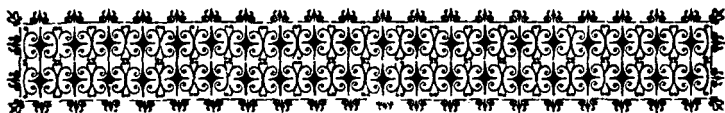
Por lo demás, la Superiora depuesta dió á todo el Instituto un ejemplo inmortal, del modo con que se deben expiar públicamente las faltas públicas. Durante los dos años y algunos meses que aún vivió abrumada de humillaciones, á las cuales se juntaron bien pronto grandes penas interiores y dolorosas enfermedades, no exhaló ni una palabra de queja: Jesucristo crucificado era todo su estudio. Sobre todo, los últimos meses de su vida los pasó ocupada en actos de la más viva contrición y fervorosa penitencia. Murió santamente á los treinta y seis años de edad no cumplidos, habiendo consolado á la Madre de Chantal y edificado tanto á sus Hermanas, que han olvidado sus faltas y conservado de ella hasta nuestros días una tierna memoria.

¿Y cómo consiguió la venerable Madre de Chantal reformar los abusos, curar las almas, y mantener la regularidad y el fervor? A fuerza de actividad, energía y dulzura, y sin haber tenido que valerse de su autoridad

ni una sola vez. « Yo no os digo esto por alardear de autoridad — escribía concluyendo la carta última acerca de este desgraciado asunto. — ¡Oh! no, queridas Hermanas mías, porque no la tengo ni la deseo, por la gracia de Dios, sino la que la santísima caridad me da como á vuestra Hermana mayor, que os ama, y os desea todos los bienes, y la perfección que deseo á mi propio corazón. »

Se ve por estas cartas, y por el modo de manejar estos negocios, lo que era la Madre de Chantal; muy fuerte y muy enérgica: este fué el lado más brillante de su carácter; pero moderada en su fortaleza y templando su energía con la humildad y la prudencia; pronta á morir y á dejarse crucificar, como decía, antes que tolerar un abuso ó la violación de una sola regla; pronta también á dar toda su sangre, todo su corazón, por iluminar, mover, convertir y atraer á todas las hijas de la Visitación que pudieran extraviarse. No tuvo, como Santo Domingo, ó San Francisco de Asís, la gloria de crear su Orden, ni como Santa Teresa, el dolor de reformarla; pero tuvo la humilde felicidad de cooperar á su fundación, y acabar de organizarla después de la muerte de San Francisco de Sales, de propagarla en todas las partes del mundo, de defenderla contra los mil peligros que asaltan á todas las obras nacies y de mantener en ella hasta el fin de su vida el fervor, la unión, la fecundidad, y en este concepto merece seguramente ser contada entre los más grandes personajes que la Iglesia venera con el nombre de fundadores de las Ordenes religiosas.





CAPÍTULO XXIII

La Orden de la Visitación se difunde por todas partes.—
Viaje de la Santa á Lorena.—Dios manifiesta más y más
la santidad de la venerable Fundadora.

1624-1626

ERA imposible que una Orden dirigida como la de la Visitación, en la que florecían tantas virtudes, en donde los abusos eran reprimidos tan enérgicamente, y que después de haber tenido por fundador á un Obispo de tan santa y amable memoria, tenía ahora por guía una mujer de virtud tan admirable, no se extendiese con gran rapidez. Así es que las fundaciones se propagaban por todas partes.

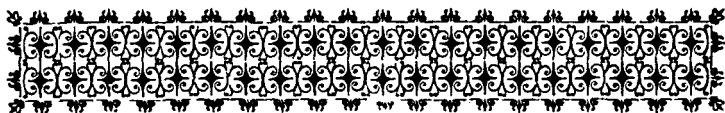
Véase ahora el orden que en ellas se seguía. Un poco antes de la partida, las Hermanas elegidas para ir á fundar una casa se ponían de rodillas en medio del Capítulo y juraban solemnemente vivir y morir en la observancia de las reglas, constituciones y costumbres del Instituto y hacerlas guardar inviolablemente. Se escribía esta protestación en el libro del Capítulo y todas la firmaban; después se daban las Hermanas el ósculo de despedida. Sin embargo, no se emprendía la marcha antes de haber obtenido el permiso del Prelado y de los magistrados del lugar adonde se iba á hacer la fundación (1). Si las Hermanas iban á caballo, como sucedía

(1) *Costumbres*, art. 2.º de las fundaciones, pág. 6.

ni una sola vez. « Yo no os digo esto por alardear de autoridad — escribía concluyendo la carta última acerca de este desgraciado asunto. — ¡Oh! no, queridas Hermanas mías, porqu ; no la tengo ni la deseo, por la gracia de Dios, sino la que la santísima caridad me da como á vuestra Hermana mayor, que os ama, y os desea todos los bienes, y la perfección que deseo á mi propio corazón. »

Se ve por estas cartas, y por el modo de manejar estos negocios, lo que era la Madre de Chantal; muy fuerte y muy enérgica: este fué el lado más brillante de su carácter; pero moderada en su fortaleza y templando su energía con la humildad y la prudencia; pronta á morir y á dejarse crucificar, como decía, antes que tolerar un abuso ó la violación de una sola regla; pronta también á dar toda su sangre, todo su corazón, por iluminar, mover, convertir y atraer á todas las hijas de la Visitación que pudieran extraviarse. No tuvo, como Santo Domingo, ó San Francisco de Asís, la gloria de crear su Orden, ni como Santa Teresa, el dolor de reformarla; pero tuvo la humilde felicidad de cooperar á su fundación, y acabar de organizarla después de la muerte de San Francisco de Sales, de propagarla en todas las partes del mundo, de defenderla contra los mil peligros que asaltan á todas las obras nacientes y de mantener en ella hasta el fin de su vida el fervor, la unión, la fecundidad, y en este concepto merece seguramente ser contada entre los más grandes personajes que la Iglesia venera con el nombre de fundadores de las Ordenes religiosas.





CAPÍTULO XXIII

La Orden de la Visitación se difunde por todas partes.—
Viaje de la Santa á Lorena.—Dios manifiesta más y más
la santidad de la venerable Fundadora.

1624-1626

ERA imposible que una Orden dirigida como la de la Visitación, en la que florecían tantas virtudes, en donde los abusos eran reprimidos tan enérgicamente, y que después de haber tenido por fundador á un Obispo de tan santa y amable memoria, tenía ahora por guía una mujer de virtud tan admirable, no se extendiese con gran rapidez. Así es que las fundaciones se propagaban por todas partes.

Véase ahora el orden que en ellas se seguía. Un poco antes de la partida, las Hermanas elegidas para ir á fundar una casa se ponían de rodillas en medio del Capítulo y juraban solemnemente vivir y morir en la observancia de las reglas, constituciones y costumbres del Instituto y hacerlas guardar inviolablemente. Se escribía esta protestación en el libro del Capítulo y todas la firmaban; después se daban las Hermanas el ósculo de despedida. Sin embargo, no se emprendía la marcha antes de haber obtenido el permiso del Prelado y de los magistrados del lugar adonde se iba á hacer la fundación (1). Si las Hermanas iban á caballo, como sucedía

(1) *Costumbres*, art. 2.º de las fundaciones, pág. 6.

ordinariamente, llevaban una mantilla ó un velito de estameña, que echaban un poco sobre los ojos y un pañuelo debajo del rostro (1). Si venían á buscarlas en carruaje, las personas que las acompañaban no debían ir en el mismo coche en que iban ellas, para que tuviesen libertad de hacer sus ejercicios como en el convento. Por la misma razón, cuando iban embarcadas hacían poner una pequeña separación en los camarotes de los buques. A su llegada se quitaban el velo que llevaban sobre sus hombros, y dirigiéndose á la iglesia cantaban allí el *Laudate Dominum*, en seguida iban en procesión á la casa que se les había preparado, después de lo cual «enviaban á ofrecer sus respetos y obediencia al ilustrísimo Sr. Obispo de la diócesis (2).»

La fundación de Marsella, la primera que se hizo después de la muerte de San Francisco de Sales, presentó muy pocas dificultades (11 de Mayo de 1623). Había sido preparada por el Santo Obispo, y él mismo había designado las Hermanas que habían de hacerla. La Provenza, que iba muy pronto á llenarse de monasterios de la Visitación, acogió á las primeras Hijas de San Francisco de Sales con una alegría mezclada de tristeza «como á reliquias vivas de uno de los más Santos Obispos que Dios había dado á su Iglesia (3).»

La Superiora era la Hermana Francisca Margarita Favrot. Cuando se le participó la elección que de ella se había hecho, corrió á echarse á los pies de la Superiora, toda bañada en lágrimas, rogándole no hiciese á la casa de Marsella el ultraje de enviarle una persona tan incapaz (4). Estos actos llenaban de alegría á la Madre

(1) *Pequeñas costumbres de este monasterio de la Visitación de Santa María de Annecy*, pág. 56.

(2) *Costumbrero*, id., pág. 6.

(3) Archivos de Annecy. Véase la *Fundación inédita de Marsella*.

(4) *Vidas de las venerables viudas*. La Madre Francisca Margarita Favrot, cap. III.

de Chantal. «¡Si supieseis—escribía después de esto—qué gran sierva de Dios es la Superiora que enviamos! Pero para obra semejante no podía ser otra cosa (1).»

La fundación de Riom, en Auvernia, que se hizo pocos meses después (8 de Diciembre de 1623), había sido preparada también por San Francisco de Sales; pero no se verificó por entonces, á causa de los grandes obstáculos que se suscitaron. Púsola en planta la Madre de Brechard poco después de la muerte del Santo, siendo preciso con este motivo referir algunos detalles para saber, por una parte, lo que era la Madre de Brechard, y por otra, lo que costaba algunas veces la fundación de un monasterio (2).

El obstáculo no era otro que la mala voluntad de los magistrados municipales, que con pretexto de no gravar con nuevas cargas á la ciudad, que era pobre, rehusaban dar ninguna autorización. En vano la señora de Chazerón, hija del Mariscal de Saint Geran, gobernador del Borbonés, y dama de honor de la Reina María de Médicis, daba una cantidad de dinero para la compra de la casa, y una pensión anual para el mantenimiento de las Hermanas. En vano el Obispo de Clermont, de quien dependía Riom, y el Sr. Demeurat, lugarteniente de la ciudad, ofrecían su concurso; nada podía vencer la oposición de los individuos del municipio. Fué menester que la Reina María de Médicis escribiese diciendo que le agradaría mucho se hiciera la fundación; pero viéndose entonces los magistrados obligados á conceder el permiso, impusieron las condiciones más onerosas, entre otras la de dar una fuerte fianza, y que la ciudad y los habitantes no hicieran gasto alguno con este motivo, esperando disgustar de este modo á las Hermanas para que abandonasen la

(1) *Carta á la Madre de Brechard*, en Riom, Junio, 1623.

(2) *Fundación inédita del monasterio décimoquinto de la Visitación en la ciudad de Riom*, pág. 177.

empresa. Pero no conocían á la Madre de Brechard. Noticiosa de que había sido concedida la autorización, aunque de mala gana, es verdad, y con muy duras condiciones, pero, en fin, concedida, partió al instante, llegó á Riom, envió á saludar á las autoridades, y principió á visitar la ciudad en busca de una casa á propósito. Estas, que no habían dado su consentimiento sino por fórmula, porque no se atrevían á negárselo á una Reina, respondieron fría y agriamente á la Madre de Brechard, notificándola depositase la fianza exigida antes de comprar la casa. La Madre de Brechard había tomado sus medidas, y recorriendo la ciudad, encontró muchas señoras que con gran gusto respondían por las Hijas de San Francisco de Sales. Reunida la fianza, compró una casa cerca del edificio del consistorio, y cuando principiaba á levantar las paredes de clausura, se presentó un alguacil á notificarla que suspendiese la obra, con el pretexto de que aquellas paredes quitaban la luz á las salas del palacio. La Madre de Brechard no titubea; vende al instante esta casa, y compra otra en un lugar retirado, á fin de quitar á los magistrados municipales hasta la posibilidad de un pleito. Creía haberlo conseguido, cuando de repente estalló una tempestad más furiosa que las anteriores, obligándola á salir de la ciudad. Entre las señoras que habían respondido por las religiosas, había una viuda, la Condesa de Dallet, á quien ya conocen nuestros lectores, madre de cuatro hijos menores. Los enemigos de las Hermanas se aprovecharon de esta circunstancia. Por consejo de un abogado cogen á los cuatro niños, los pasean por la ciudad y los presentan al Ayuntamiento, suplicando á los concejales sean padres de estos huérfanos, abandonados por una madre desnaturalizada, por servir á unas extranjeras. Ni una palabra de verdad había en esto, pero el pueblo se alborotó, sin saber por qué, como sucede de ordinario, y la Madre de Brechard se vió

precisada á salir de Riom y retirarse á Montferrand.

Se creyó que sería preciso desistir de la fundación, y este era el parecer de la Madre de Chantal. «Puesto que el Señor permite que los magistrados de Riom se opongan tanto y tan tenazmente á vuestro establecimiento en la ciudad, opino que haríais muy bien en retiraros dulce y humildemente.» Y aconsejaba á la Madre de Brechard llevase á las Hermanas á Lyon, desde donde sería fácil enviarlas á algunas de las ciudades que largo tiempo hacía solicitaban fundaciones (1).

Pero antes de tomar este partido, que repugnaba á su celo y que no exigía la obediencia, la Madre de Brechard quiso hacer el último esfuerzo. Volvió á Riom, entrando ocultamente al anochecer, y contra la opinión de los amigos de las religiosas, que creían se exponía á sufrir alguna afrenta. En efecto, apenas se supo que había vuelto, hubo un grande alboroto en la ciudad. En vano protestó la Madre de Brechard que sus intenciones eran pacíficas, que nunca se establecería sin el consentimiento de los magistrados, y que si había venido, era solamente porque creía que el asunto se trataría mejor personalmente que no de lejos. Esta respuesta no satisfizo á nadie, y se convocó apresuradamente al Ayuntamiento para que resolviera acerca del *peligro*. Se veía—dicen las antiguas *Memorias*—correr á las gentes por todas partes á la Casa Consistorial, tan dispuestas á arruinar el monasterio, como si de ello dependiera toda la felicidad de la Auvernia. No faltó tampoco quien gritase por las calles, como los judíos en otro tiempo contra Nuestro Señor: «Echad á esas religiosas, que se vayan de aquí.» Por esto decían algunas buenas almas «que las religiosas de la Visitación podían llamarse las esposas de Jesucristo crucificado.» La Junta acordó violentamente que se retirasen las religiosas de grado

(1) Carta del 17 de Septiembre de 1623.

ó por fuerza; «acuerdo que fué notificado á la Superiora por un regidor y un alguacil con palabras bastante agrias.» Aquélla contestó con humildad, pero con firmeza, que para hacerla partir inmediatamente bastaba una palabra de obediencia, y que en seguida iba á escribir á sus Superiores.

Estos acontecimientos tenían exaltado al pueblo. Vinieron á decir á la Madre de Brechard que se temía cometiesen alguna violencia aquella noche. El Sr. de la Lande, anciano venerable de sesenta años, lleno de abnegación, y que amaba mucho á las Hermanas, fué á buscar una alabarda, y declaró que pasaría la noche á la puerta del convento, donde nadie entraría sin pasar sobre su cuerpo, cosa que divirtió un poco á la Madre de Brechard y á sus Hijas. Y en efecto, algunos amigos del monasterio pasaron la noche en los locutorios, aunque inútilmente, porque nadie se movió. Al otro día volvieron los regidores, é intimaron á las religiosas la orden de partir inmediatamente, concediéndoles solamente el permiso de estar algunos días más en la ciudad, pero fuera del convento, para que pudiesen arreglar sus negocios. Otra persona que no hubiera sido la Madre de Brechard se habría desanimado, pero como trabajaba por Dios, nada era capaz de desalentarla. Además, casi todos los correos recibía carta de la Santa Fundadora, que deseaba consolarla, fortalecerla y dirigirla. «Mi pobre y muy querida Hermana: ¡quién no se llenará de dolor sabiendo los asaltos y combates que sostenéis! Es imposible que tarde ó temprano no sientan esos buenos magistrados grandes remordimientos de conciencia por trataros tan indignamente. Dios les perdone por su bondad, y á vos os dé gracia y valor para terminar ese desgraciado asunto con la dulzura y humildad que nuestro bienaventurado Padre hubiera practicado en semejante ocasión. Os ruego, pobre y muy querida Hermana mía, que le ten-

gáis á la vista en estas circunstancias... El no quería violentar á nadie, ni entrar en ninguna ciudad sino á gusto del pueblo, por lo cual, mi muy querida Hija, creo sería muy oportuno os retiraseis poco á poco, como ya os lo escribí» (1).

La Santa volvía siempre á este tema. Hubiera deseado que todo concluyese con una humilde retirada. La Madre de Brechard estaba decidida á ello, y la señora de Dalet lo tenía ya todo preparado para que se volviesen las Hermanas, cuando se vislumbró de repente un rayo de esperanza é hizo se dilatase la partida de las Hermanas.

Echadas éstas de su convento, se habían refugiado en una casa que les había ofrecido en su desgracia la señora de Montfand, madre de la Condesa de Dalet. Por casualidad, esta casa estaba contigua á la que habitaba el abogado que se había manifestado tan acérrimo enemigo de las Hermanas, y su despacho estaba situado de tal modo, que podía ver distintamente todo cuanto hacían las religiosas. El silencio que guardaban, su recogimiento, la recitación del Oficio en voz baja, porque no se atrevían á cantar temiendo las oyesen en la calle, y la regularidad de sus ejercicios impresionaron de tal modo á este abogado, que cambió su corazón y variaron sus ideas. Se hizo amigo de las Hermanas, y para reparar el mal que les había causado, trató de hacer que las devolvieran la autorización que las había quitado el Ayuntamiento. La reina María de Médicis, por su parte, escribió nuevas y muy urgentes cartas al Ilmo. Sr. Obispo de Clermont, al citado señor Demeurat, y á los señores concejales. Con esto se creyó que iba á quedar definitivamente arreglado el asunto de la fundación. Pero ¿qué puede lograrse tratando con

(1) *Archivos de la Visitación de Annecy*. Carta del 5 de Octubre de 1623.

gentes heridas en su amor propio? Todas estas cartas y todos estos pasos no tuvieron otro resultado que proporcionar nuevas humillaciones á la Madre de Brechard y á sus Hijas. La relación de todo esto hizo llorar á la santa Madre de Chantal. «¡Ay!—escribía entonces—¿es posible dejar de llorar sabiendo que mi pobre tan antigua y muy amada compañera sufre tantos trabajos, desprecios y contradicciones, y está tan abrumada por todas partes? ¡Oh querida Hija mía! creed que Dios quiere santificar con estas cruces vuestro corazón amado (1).»

Y después de haber escrito esta palabra de consuelo, marchó al instante á Riom (2), decidida á concluir este negocio ó á llevarse á sus religiosas. Llegó á dicha ciudad el 27 de Noviembre de 1623, y no se detuvo más que tres horas, continuando después su viaje á Montferrand; pero en tres horas concluyó el asunto que una Reina había intentado arreglar sin poderlo conseguir. Los regidores, visitados por la Santa, concedieron la autorización; sus palabras celestiales ganaron con su franqueza, sencillez y buena fe, lo que no habían logrado todos los pasos dados anteriormente. La ceremonia se dejó para el 8 de Diciembre, bien fuese para honrar el Misterio de la Inmaculada Concepción, uno de los que más veneraba la Santa, ó ya porque, teniendo ésta precisión de ir á Montferrand, no podía estar de vuelta en Riom hasta aquella fecha. Llegado este día, en la humilde casa de donde la Madre de Brechard había sido echada, delante de un altar, en el que resplandecían los brillantes de todas las señoritas de la ciudad, con gran contento de todo el mundo y del mismo Ayuntamiento, el Sr. Provisor leyó solemnemente el acta de fundación, se estableció la clausura y se dijo la Misa, después de

(1) *Vida de la Madre de Brechard.* Carta de Noviembre de 1623

(2) *Fundación inédita de Riom,* pág. 175.

la cual entonó la Santa el *Tedéum*, que continuaron las Hermanas con grande alegría (1).

Lo que había hecho venir á Montferrand á la Madre de Chantal era un asunto de no menos difícil manejo, y más importante aún para bien del Instituto, que la fundación del monasterio de Riom. Poco después de la gracia que Nuestro Señor había concedido á la Condesa de Dalet, elevándola á un alto grado de oración, y haciéndola conocer la felicidad de la vida religiosa, le concedió otro favor aún más precioso. Una mañana, era el 2 de Julio, día de la Visitación, acababa de comulgar, y de repente se sintió penetrada de un profundo recogimiento, pareciéndole que su espíritu la dejaba y se iba á un país muy distante. De repente vió á un venerable Obispo trabajando como albañil en edificar una nueva casa, en la que colocaba todas las cosas con un orden admirable. Quiso entrar en ella, pero no podía dar con la puerta, y estando con la ansiedad que esto le causaba, creyó oír una voz que la decía: «Ora y espera, ya la encontrarás un día.» Algunos meses después vió por primera vez á San Francisco de Sales, y su sorpresa fué tal, que sin poderse contener exclamó en alta voz: «¡Ay, este es el Obispo de mi visión!» Desde entonces hizo voto de castidad, y prometió á Dios entrar en la Visitación en cuanto estuviera terminada la educación de sus cuatro hijos.

Este tiempo estaba lejos todavía, porque el mayor apenas andaba, y el último tenía un mes. Mientras tanto, entraba frecuentemente en el monasterio de Montferrand, que había fundado, y para indemnizarse del sentimiento de no poder tomar el hábito de la Visitación, se dedicó con el mayor ardor á imbuirse en el espíritu de sus reglas. Todo fué bien durante algún tiempo, pero á lo último empezaron las tempestades.

(1) *Fundación inédita de Riom*, pág. 177.

Un caballero de los más pudientes del reino, joven aún y viudo, tenía un hijo y una hija de la misma edad que el hijo y la hija mayor de la Condesa de Dalet, y atraído por la grande reputación de la joven Condesa, y con la esperanza de hacer á un tiempo tres enlaces, pidió su mano. La señora de Montfand, madre de la Condesa, acogió con mucho gusto la petición, y puso en juego todos los medios posibles para que su hija consintiese en ello. No pudiendo conseguirlo, reunió una junta de teólogos y religiosos de Órdenes diferentes, para que la convenciesen de que era un caso de conciencia el aceptar este matrimonio; y viendo que las razones de los religiosos no convencían á la señora de Dalet, hizo entrar en la junta á los cuatro hijos de ésta, á quienes se había enseñado á representar una pequeña comedia. Unos se arrojaron á su cuello, los otros se abrazaron á sus rodillas, rogándole se sacrificase á su felicidad. La señora de Dalet confesó después que en estos momentos sintió partirsele el corazón.

Algún tiempo después, habiendo ido la señora de Dalet con su madre y sus cuatro hijos á visitar al ilustrísimo Sr. Obispo de Clermont, su próximo pariente, y en el momento en que menos lo esperaba, vió á su madre y á sus hijos arrodillarse á los pies del Obispo, regarlos con sus lágrimas, y rogarle por los sentimientos de parentesco y por la ternura que debía inspirarle el porvenir de aquellos huerfanitos, prohibiera á su hija poner los pies en los monasterios de la Visitación, y la instara á que diese su consentimiento al matrimonio deseado. No logrando nada por estos medios, la señora de Montfand reunió un consejo de familia, en que no hubo más que una sola voz para instar á la señora de Dalet á que aceptase un enlace tan brillante, ó á que renunciase á que se la tuviera por parienta. La señora de Dalet, no sabiendo qué responder á tan urgentes instancias, y convencida de que ya era tiempo de poner

fin á unas escenas que la conmovían y la aniquilaban con su frecuente renovación, se puso de rodillas en medio de la junta y declaró que desde el día en que Dios la había llevado á su marido, el Sr. Conde de Dalet, había hecho voto de perpetua castidad, y le había renovado después más de cien veces. A estas palabras estalló la cólera más terrible; la señora de Montfand, fuera de sí, se arrojó sobre su hija, la llenó de injurias y de golpes, y aunque era en lo más crudo del invierno, la echó del castillo con sus cuatro hijos, y en cuanto estuvo fuera hizo levantar el puente levadizo y cerrar las puertas, cuya llave guardó. La joven Condesa de Dalet, arrojada así de su propia casa, se vió precisada á coger con su vestido al más pequeño de sus hijos, poner al segundo sobre sus hombros, y tomar de la mano á los otros dos, que eran muy pequeños aún. Un aldeano los albergó aquella noche. «Sí, mi muy querida Madre—escribía en esta época á la Madre Favre;—es verdad que he tenido el honor de haber recibido golpes y azotes por causa de mi tan amada vocación; pero de todos estos ultrajes, ninguno ciertamente ha sido igual á la vergüenza de verme echada de mi propia casa á puñetazos y puntapiés haciendo lo mismo con mis pobrecitos hijos. Figúrese vuestra caridad una de esas pobres mujeres que llevan al cuello y en los brazos á sus hijos..., pues bien, así iba yo... Pero mi muy querida Madre, ¡oh qué bueno es nuestro Dios! Es verdad que permitió que en estas circunstancias mi naturaleza se resintiese algo por mis pobres hijitos; pero sin embargo, mi corazón estaba tan lleno de paz y alegría, que no atreviéndome á cantar materialmente, por decencia, cantaba mentalmente. Una buena aldeana me recibió cuando mi madre me echó de este modo, y me prestó dos cofias suyas, con las que hice unas gorras de noche para mis hijos. Me cedió su cama, donde acosté á mis cuatro niños, y en cuanto á mí, tenía tantas cosas que

decir á mi Dios, que no me acosté en toda la noche.»

Estas terribles violencias no podían ser duraderas; la madre recordó que era madre, y llamó á su hija. San Francisco de Sales fué escogido por árbitro, y derramó sobre estas llagas el bálsamo de su dulzura, de su moderación y de su buen juicio, dejándolas conformes en que la señora de Dalet permanecería en el mundo consagrada á la educación de sus hijos, pero sin obligarla á casarse, y en absoluta libertad para consagrarse á las buenas obras que Dios le inspirase.

Desgraciadamente, después de la muerte de San Francisco de Sales se reprodujeron de nuevo estas disensiones, y la fundación del monasterio de Riom acabó de exasperarlas, tanto, que la santa Madre de Chantal tuvo que intervenir en ellas. Prudente y moderada, pero llena de firmeza y energía, hizo que madre é hija oyesen la razón; á la madre, persuadiéndola de que era un crimen querer poner otra vez bajo el yugo del matrimonio, y por razón de intereses y ambiciones á los hijos á quienes Dios llama al honor de servirle; enseñó á la hija que en las mejores cosas puede haber exceso, y que el mérito de su vida sería el de saber conciliar lo que debía á su madre, á sus hijos y á su vocación. La Sra. de Dalet comprendió bien estas verdades, y se quedó diez años más en el mundo, enteramente ocupada en el cuidado de sus hijos, á quienes crió y estableció según su clase, pero siempre llena de afecto á la Visitación, y practicando en el mundo una vida enteramente religiosa. Debajo de los vestidos propios de su clase llevaba un cilicio, y no se servía ni de coches ni de litera, sino una ó dos veces al año, cuando le era indispensable. En fin, después de quince años de desconsuelos, al siguiente día de las bodas de su última hija, tuvo la felicidad de tomar el hábito, y por consejo de la santa Madre de Chantal, excepción rarísima de la cual no hay otro ejemplo, fué elegida Superiora en el

monasterio de Montferrand á los dos días después de su profesión (1).

Concluido este negocio, al que daba grande importancia, salió la Madre de Chantal para Chambery, en donde iba á realizarse por fin una fundación, preparada mucho tiempo antes, en vida de San Francisco de Sales, y retardada por acontecimientos diversos. La misma Santa refiere los principios, que no podían menos de ser buenos y felices en una ciudad tan próxima á la de Annecy, y en donde resonaban aún los sermones del Santo Obispo de Ginebra, la brillante conversión de la Madre Favre y la vocación de la Madre de Beaumont.

«Salimos de Annecy—dice la Santa—el 14 de Enero de 1624, con nuestras Hermanas María Adriana Fichet, Claudia María Thiolier, María Gaspara Davise, Gaspara Angélica Brunier, Claudia Inés Dalos, Claudia Cecilia de Chatel y Juana Estefana Guyot, acompañadas del Sr. Miguel Favre, nuestro confesor, y de otros eclesiásticos y seglares de la ciudad de Annecy, y llegamos á esta ciudad el 15 de dicho mes, contribuyendo á ello la bondad de S. A. el Príncipe Tomás, que envió á buscarnos con una de sus carrozas. Este gran Príncipe, incomparable en virtud y piedad, favoreció completamente nuestro establecimiento; nos ayudó con grandes limosnas, y sobre todo esto, nos regaló un hermoso frontal y casulla de damasco carmesí, con grandes borlas de oro. Este buen Príncipe nos quiso hacer el honor de recibirnos en procesión con toda la ciudad, asistiendo él mismo en persona, para llevarnos á nuestra casa; pero dijimos que nos alegraríamos mucho de entrar con más sencillez y menos aparato, y nos lo concedió al instante. Encontramos nuestra casa tan rodeada de gente del pueblo, que, á pesar de la guardia del Prín-

(1) *Vida de las viudas.* Ana Teresa de Prechonet (en el mundo Condesa de Dalet), religiosa y fundadora de la Visitación de Montferrand.

cipe, tuvimos mucha dificultad para penetrar en la iglesia, en donde ya estaba expuesto el Santísimo Sacramento con muchas hachas y velas encendidas (1). El buenísimo y piadoso Sr. Moris, cura de Lemenc, vino á darnos el agua bendita, y nos incensó. Al instante la música de la santa capilla que estaba allí, cantó el *Tedéum* y un motete de júbilo y alabanzas á Dios. El Sr. Deán Favre, dió la bendición con el Santísimo Sacramento, y después el mismo Sr. Deán nos llevó á nuestro coro, con algunos niños que iban delante de nosotras con velas encendidas en las manos. Cantamos el *Laudate Dominum*, y se retiraron todos, porque la casa estaba bendecida ya. El Santísimo Sacramento estuvo expuesto hasta el tercer día, que era el de San Antonio, en el cual se permitió todavía la entrada á las señoras, deseándolo así Su Alteza; y por la tarde, después de Completas y de la Letanía cantada, el señor Provisor Favre, Deán, dió la bendición con el Santísimo Sacramento al inmenso pueblo que llenaba la casa por todas partes. La música cantó en seguida los himnos y cánticos de alabanzas á Dios, al cual sea dada gloria por los siglos de los siglos. Amén (2).»

Tal es, en algún modo, el proceso verbal de la instalación de las Hermanas de la Visitación en Chambery, escrito todo él de mano de la Madre de Chantal; y á pesar de las reticencias de su humildad, se vislumbra el carácter triunfal, digámoslo así, con que se empezó esta fundación. El Príncipe le envía sus carruajes, y quiere ir á recibirla procesionalmente; el pueblo es

(1) El Príncipe Tomás, viendo que no podía alcanzar de la Madre de Chantal que le dejase recibirla con los grandes honores que deseaba, hizo se expusiese el Santísimo Sacramento antes de su llegada. «Mirad — decía — la buena Madre de Chantal se alegrará más con ver á Nuestro Señor que la espera, que con todo cuanto pudiéramos hacer en su obsequio.» (*Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 192.)

(2) Esta relación inédita está sacada de la *Historia manuscrita de la Fundación de Chambery*, pág. 208.

tan numeroso y se agolpa de tal modo que, á pesar de los soldados y de la guardia, apenas se podía llegar al altar; las señoras, que no tienen bastante con tres días enteros para visitar la casa y satisfacer su piadosa ansia de ver á la Santa; los mismos eclesiásticos, que llenan el santuario y van á recibirla con incienso y agua bendita. Entre estos eclesiásticos estaba sin duda el Sr. Mauricio Maupeau, santo y humilde sacerdote, cuya virtud admiraba San Francisco de Sales, el cual, sabiendo la llegada de las Hermanas á Chambéry, dejó un curato muy bueno por tener el consuelo de ser su confesor. Las sirvió toda su vida sin querer aceptar pensión ninguna, «tanto más—decía humildemente,—cuanto que yo soy un perrito en la casa de Nuestro Señor, y el perrito no toma en casa de su amo sino el alimento, y nada hay más fiel que este animalito; además, puesto que tengo, por otra parte, con qué atender á mi pobre subsistencia, nada más necesito (1).»

Mientras que en Chambéry nacía tan felizmente un monasterio por los cuidados de la venerable Madre de Chantal, la Madre de Blonay, Superiora de Lyon, enviaba una colonia á fundar otro en Aviñón con no menor felicidad, pero con circunstancias diferentes. Había en Aviñón una viuda de extraordinaria santidad, llamada la señora de Capelis. Casada á los doce años, madre á los dieciséis y viuda á los diecisiete, se había entregado á Dios con un ardor que hacía recordar y aun rayaba más alto que todo cuanto se lee de más grande y más austero en las vidas de los Santos. Viéndola su confesor joven, hermosa y llena de tentaciones, dió rienda á su fervor, permitiéndole grandes austeridades. Tomaba tres veces al día la disciplina con tal efusión de sangre, que necesitaba un gran jarro de agua para lavar las paredes del cuarto en que había

(1) *Historia manuscrita de la Fundación de Chambéry*, pág. 210.

hecho este ejercicio, para que no lo conociesen los criados. Llevaba muy á menudo el cilicio y un cinturón de hierro. Ayunó por espacio de treinta años consecutivos, sin comer más que un pan al día. Tenía en su alcoba una cama con ricas colgaduras, conforme á su clase, y se acostaba en ella todo el tiempo que tardaban sus criadas y gente de la casa en recogerse; después se levantaba callandito, ponía una alfombra en el suelo, y se echaba encima, vestida del todo, hasta que daba la primer campanada de Maitines en el convento de los Reverendos Padres Agustinos, á cuyo Oficio no faltaba nunca. Hacía seis horas de oración al día, y empleaba el resto del tiempo en dar de comer á los pobres que se agolpaban á su puerta. Murió á los sesenta y tres años en olor de santidad (1). El venerable César de Bus, fundador de los Padres de la Doctrina Cristiana, su confesor, declaraba no haber conocido nunca alma más santa.

A esta venerable viuda se había reunido un cierto número de jóvenes, que vivían bajo su dirección y ejemplos sin reglas ningunas, pero con la idea de formar una Congregación. La muerte de la fundadora trastornó un poco á esta pequeña familia. Algunas se disgustaron y volvieron al mundo; otras entraron en comunidades claustradas; quedaron nueve ó diez, que eligieron por Superiora á una de ellas, llamada Blanca Morarde, y resolvieron continuar viviendo en común bajo la regla de Santa Ursula, que adoptaron. No les faltaba ni fervor ni generosidad, y sin embargo, la empresa decaía. Los que las dirigían no se entendían entre sí. Ya no sabían qué hacerse, cuando oyeron hablar de la Visitación naciente, de la dulzura de sus reglas, la perfec-

(1) El 31 de Agosto de 1612. Véase la *Fundación inédita de Aviñón*, pág. 191. Véase también la *Vida de la señora de Capelis*, entre las *Vidas de las primeras Madres de la Visitación de Aviñón*, un volumen en 12.º Aviñón, 1684.

ción de su espíritu, y la facilidad con que podrían entrar en la nueva Orden, llamando á algunas de sus religiosas para que viniesen á fundar un convento en Aviñón. Este proyecto agradó á todas, y se escribió con este objeto á la Madre de Blonay. Esta, que gobernaba el monasterio de Lyon, donde desde la muerte de San Francisco de Sales afluan las novicias, se alegró mucho de poder disminuir con esta fundación el número demasiado grande de sus religiosas, extendiendo al mismo tiempo su Instituto, y envió al instante una Hermana de gran santidad, la Madre María Clara de la Balme, acompañada de cinco profesas. Blanca Morarde la recibió de rodillas á la puerta de la casa, entregándola las llaves y el gobierno con una humildad que nunca se desmintió, y desde este día fueron Blanca y sus nueve compañeras consideradas como novicias.

No obstante, faltaba todavía mucho para que todo estuviese arreglado. Inmensas dificultades tenían aún que vencerse, porque en aquella época se necesitaban mil formalidades para erigir un monasterio. No se puede dudar que la Madre de la Balme, que reunía á un talento distinguido un tacto exquisito, hubiera vencido poco á poco todos los obstáculos. Pero Dios quería que triunfase de otro modo. Cuando las dificultades eran más fuertes, cayó repentinamente enferma, y murió en pocos días. Entonces se vió una cosa notable. Esta religiosa en clausura, que había entrado en la ciudad oculta bajo su velo, que se había encerrado dentro de las rejas de su convento, y que tan poca gente conocía, fué visitada en su féretro por un pueblo inmenso, que la proclamaba santa, y hacía tocar rosarios y cruces á sus restos venerandos. Más de diez mil personas vinieron á tocar su hábito y besar sus pies. Fué menester dejarla expuesta dos días y dos noches en la capilla de los Padres de la Doctrina Cristiana, para satisfacer el piadoso afán de los fieles. Durante este tiempo se man-

tuvo fresca, las mejillas y los labios encarnados, el rostro angélico, el cuerpo flexible, y exhalando tan suave fragancia, que la gente que entraba en la capilla no quería salir de ella. Doce días después, las religiosas quisieron volver á ver á esta Madre tan amada; abrieron otra vez su ataúd, y la encontraron tan hermosa, tan encarnada y con tan buen olor como el primer día, lo que las animó mucho á la virtud. Ante una tumba semejante, no había obstáculo posible. Las autorizaciones, por largo tiempo y tan en vano pedidas por la Madre de la Balme, fueron al fin concedidas, y el monasterio inaugurado solemnemente el 8 de Marzo de 1625, en presencia del Ilmo. Sr. Cosme de Bardy, Vicelegado, rodeado de su corte y de todos los magistrados de la ciudad (1). Pero por grande que fuese el entusiasmo en Aviñón, no igualó al que encontraron en Aix, en Provenza, las Hermanas de la Visitación cinco meses después (20 de Agosto de 1621.) «Cuando el Sr. Presidente del Parlamento y su virtuosísima esposa—dicen las antiguas *Memorias*—supieron que la Madre de Chantal consentía en enviarles Hermanas, conforme lo habían pedido, y que tendrían por Superiora la buena Madre de Chatel, hubo en su casa y en toda su familia una alegría inexplicable. Se abrazaban unos á otros, y se decían: «Tendremos Hijas del bienaventurado Francisco de Sales; veremos á estas grandes siervas de Dios.» El día en que llegaron las Hermanas que venían de Grenoble, las señoras de la nobleza fueron en coche á recibirlas, y las acompañaron algunas leguas. El Sr. Deán y su Vicario, los señores del Cabildo, los magistrados de la ciudad, acompañados de una hermosa música, vinieron á recibirlas procesionalmente. La Madre de Chatel presentó sus patentes de obediencia, y después de haber recibido la bendi-

(1) *Fundación inédita del monasterio de Aviñón*, pág. 107.

ción, llevaron á las Hermanas á su casita. Las aclamaciones populares eran tan grandes que no se oía la música. Las Hermanas no pudieron absolutamente cantar el *Laudate Dominum*, según su costumbre, rodeadas como estaban del pueblo, y entre la confusión del ruido de la música y las aclamaciones aún más ruidosas que los gritos de regocijo (1).» Al otro día se dijo solemnemente la Misa, se expuso al Santísimo Sacramento, y en tres días no se estableció la clausura para que el pueblo tuviese libertad de ver la casa y las religiosas. Y á pesar de esto, fué tal el concurso del pueblo en estos tres días, «que era imposible acercarse á la puerta para llevar víveres á las Hermanas; de suerte que la buena Presidenta, que las había llamado á Aix, y que las mantuvo á sus expensas los tres días expresados, tuvo que inventar modo para que pudiesen recibir la comida, subiéndola por fuera de la casa á los tejados (2).»

Pero por más consuelo que diesen á la Santa estas dos hermosas fundaciones de Aviñón y de Aix, otra que preparaba silenciosamente era aún más deseada de su corazón, la de Autun. Autun era su segunda patria, había vivido en esta ciudad ocho años, había amado en ella á los pobres más que en ninguna otra parte, y allí había sufrido mucho. Su hija vivía allí, sus más queridas amigas, las señoras de Rousillon, de Safres, de Chastelluz, á quienes había dejado en el mundo, allí se habían santificado. Allí había conocido á sacerdotes de extraordinaria virtud. ¡Cuántas y qué fuertes eran estas razones para amar á aquella ciudad y enviarle una colmena de Hijas suyas! Hacía largo tiempo que pensaba en ello, y la fundación se hubiera realizado ya, si—como decía la santa Fundadora—no hubiera que-

(1) *Fundación inédita del monasterio de Aix*, pág. 216.

(2) *Idem* íd., íd. íd.

rido elegir por su propia mano una piedra preciosa para ponerla en la fundación. Esta piedra preciosa no era otra sino la joven Elena de Chastelluz, que había descubierto en este mismo país, y que llena de virtudes desde su juventud, unía ya á todas sus excelentes cualidades la de la experiencia, habiendo principiado con el gobierno del monasterio de Moulins la serie de obras grandes que tan justamente han hecho ilustre su memoria después de haber santificado su vida. Con mucho trabajo pudo lograr la Madre de Chantal el sacarla de Moulins, pero al fin lo consiguió, y el monasterio de Autun se fundó «dulce y amorosamente en medio de aquel buen pueblo, que no había olvidado á la Madre de Chantal y la llamaba siempre su buena señora.»

En cuanto la Santa recibió la noticia de haberse efectuado la fundación, se apresuró á escribir á la Madre de Chastelluz: «En fin, ya estáis en Autun. ¡Oh Dios mío, mi muy querida Hija, con cuánto amor os suplico plantéis en ese jardincito la santísima y dulcísima caridad con la humilde sencillez, á fin de que estas santas virtudes rieguen con sus aguas sagradas todas las plantas que en él se crien para que todos los que á él se acerquen vuelvan perfumados con el olor de nuestras virtudes. Yo estoy segura que el buenísimo señor Guyón será un verdadero padre de esa pequeña colmena, y le saludo respetuosamente (1).»

El Sr. de Guyón, de quien se habla aquí, y cuya virtud tenía en cuenta la Madre de Chantal cuando enviaba sus Hijas á la ciudad de Autun, era uno de los sacerdotes más santos que tenía la Francia en el siglo XVII. Murió en olor de santidad en 1631, siendo Vicario general de Autun y Superior de la Visitación; pero hacía ya muchos años era célebre por los admirables ejemplos

(1) Sacado de los archivos de la Visitación de Annecy. Carta del 24 de Noviembre de 1624.

de su vida austera y penitente, por la inocencia y pureza de costumbres, y sobre todo, por las luces sobrenaturales y proféticas que sacaba de sus elevadas comunicaciones con Dios.

Este mismo Sr. Gullón es el que, haciendo la visita al monasterio, era seguido de un gran gentío que pedía su bendición y le traía enfermos para que, tocándolos, los sanase. « Viendo, pues—dicen las antiguas *Memorias*,—que el pueblo le seguía tan de cerca y en tan gran número en la iglesia de las religiosas, que los sacerdotes no podían llegar desde la sacristía al altar, salió él mismo de la sacristía, y llorando reprendió al pueblo fuertemente, diciéndole que él era un grande pecador, que se engañaban creyendo hacía milagros, lo cual no debe atribuirse sino á aquellos que con la dignidad juntan las virtudes apostólicas; que se retirasen, y creyesen era un juicio temible de Dios al ver á todo un pueblo correr tras de un pecador pidiéndole milagros, que sólo deben esperarse de la intercesión de los Santos; que por lo tanto, y para no participar de su pecado, no quería verlos, tocarlos, ni bendecirlos. Esta corrección no bastó para que el pueblo se retirase, diciendo que todos oirían su Misa, y que en ella no podía negarles su bendición (1).

Mientras que la Orden de la Visitación se extendía así por el Mediodía y en el centro de la Francia, la venerable Madre de Chantal la propagaba también en la Saboya y la Lorena, después de haber tenido en su compañía durante un año en Annecy á dos jóvenes y una viuda que tenían el proyecto de fundar un monasterio en Evian, viéndolas ya formadas en la vida religiosa, les dió el hábito, y marchó con ellas acompañada de la Madre de Lucinge, que destinaba para Superiora. Habiendo llegado á Evian el día 6 de Agosto

(1) *Fundación inédita de Autun*, pág. 77.

de 1625, hizo la fundación con la solemnidad acostumbrada y el esplendor que principiaba á seguirla en todos sus pasos. Los procesos de canonización nos dan á conocer un hecho milagroso que sucedió en esta ocasión. Al volver de Evian—dice la Madre Favre de Charmette—pasando la sierva de Dios por la Roche, se alojó en casa de un hombre llamado Chatrier, que tenía once hijas y un hijo, y que por el aprecio que hacía de la virtud y del mérito de la Santa, le rogó bendijese á su familia, manifestando el deseo de que alguna de sus hijas llegase un día á ser recibida en su Instituto. Entonces la sierva de Dios, después de haberlas mirado á todas, respondió «que á la verdad no había ninguna para la Visitación, pero que San Bernardo se llevaría tres, y que después habría en la Visitación hijas de su hijo, que aún era muy joven.» Todo esto se verificó, porque tres de sus hijas han sido Bernardas, y hoy existen—añade la Madre de Charmette (7 de Mayo de 1722)—en este primer monasterio de la Visitación dos nietas del expresado Chatrier (1).

Apenas volvió de Evian, marchó la Madre de Chantal á Rumilly, en donde una de sus mejores amigas, la señora de la Flechere, había preparado una fundación. Llevó consigo algunas Hermanas, y les dió por Superiora á la Madre María Adriana Fichet; y como ésta era viva y vehemente, le dió al despedirse estos admirables consejos: «Creed, Hija mía, que Dios me inspira un particularísimo afecto á nuestro pequeño Rumilly, que me parece es uno de los dormitorios de Annecy: tan cerca estamos. ¡Oh, Hija mía, cuánto deseo que el espíritu de nuestro bienaventurado Padre, ese espíritu tan dulce, tan suave y tan amoroso, reine siempre aquí! Tened mucho celo para esto, Hija mía, os lo suplico. Conozco más cada día que no se adelanta con las almas ni se

(1) *Proceso de canonización, Declaración de la Madre de Charmette.*

las hace caminar sino á fuerza de suavidad, dulzura y tolerancia. Trabajad con suavidad y cuidado, pero amistosamente, con nuestras Hermanas. Guiad despacito á estas jovencitas almas que son tan buenas; no las apremiéis, y mantened á todo vuestro querido rebaño en una santa alegría, paz y dulzura. Decidles que las amo mucho, como también á toda mi querida casita de Rumilly. »

Concluída esta fundación, y libre por consecuencia de toda inquietud la Madre de Chantal, puesto que había accedido á las más urgentes pretensiones, dispuso un viaje más largo y más importante también: el de Lorena. La señora de Haraucourt, mujer de gran virtud, quería ser fundadora de un monasterio en Pont-à-Mousson, y los Príncipes de Lorena habían escrito muchas veces á la Santa fuese en persona á poner los cimientos,teniéndose por dichosos—decían—en poseer algún tiempo en sus estados á esta gran sierva de Dios.

Salió, pues, la Madre de Chantal de Annecy el día 27 de Abril de 1626, acompañada de la Hermana Paula Jerónima Favrot, á la cual destinaba para Superiora de cuatro religiosas profesas y de una novicia. Un acto de grande obediencia edificó mucho á las Hermanas en el momento de salir. La Hermana Favrot cayó mala algunos días antes, y se escogió para reemplazarla á la Hermana Bernarda Margarita. Esta última estaba ya á caballo á la puerta del convento pronta á marchar con las otras Hermanas, cuando la enferma, que se había levantado, se acercó á la litera en que iba la Santa para despedirse de ella, y habiéndola ésta preguntado que cómo estaba, y respondiendo la Hermana Favrot que bastante bien, «pues entonces—dijo la Madre de Chantal,—subid aquí conmigo, y que la Hermana Bernarda Margarita baje del caballo y vuelva á entrar en el monasterio.» Al instante subió la una á la litera y la otra dejó su caballo, tan tranquila, dulce y pacíficamente

como había subido, manifestando las dos que estaban tan prontas para ir como para quedarse; desasimiento tanto más admirable, cuanto que nunca se oyó ni á una ni á otra hacer la menor alusión á este hecho. Una persona dijo á la Hermana Bernarda Margarita, que sentía mucho no hubiese ido á este grande y magnífico viaje; pero ella contestó que el Padre de familias tiene muchos criados á sus órdenes, y á uno dice: «Ve, y va; y al otro: Ven, y viene» (1).

Desde Annecy fué la santa Madre de Chantal á San Claudio, en donde recibió grandes consuelos, volviendo á ver los lugares, testigos hacía tantos años de la primera revelación de los designios de Dios sobre ella. Muchas señoras de distinción fueron á visitarla, y los Sres. Canónigos abrieron el relicario de San Claudio para que venerase sus preciosos restos.

Salió de San Claudio y se dirigió hacia Salins por caminos tan escabrosos, que estuvo muchas veces á punto de perecer. Habiendo entrado en una senda muy áspera, se encontró al borde de un precipicio, en cuyo fondo rugía un torrente. Quiso bajarse de la mula, pero habiendo gritado el guía que siguiese adelante, «vamos—dijo,—en nombre de Dios; estamos en manos de la Providencia,» y picó á su mula para que avanzase. Desgraciadamente, la mula, al esforzarse dió un mal paso, sus pies se escurrieron, y las Hermanas dieron un grito de espanto. La Santa, sin conmoverse, hizo la señal de la cruz y se abandonó á Dios. En el mismo instante, la mula se rehizo por sí sola y salió del peligro. El muletero asombrado, exclamó: «Si Dios no hubiese hecho un milagro para salvar á la Madre, estábamos perdidos sin remedio (2).»

Dos días después llegó á Salins, adonde la señora de Chateau-Rouleau-d'Andelot y otras muchas señoras

(1) *Fundación inédita de Pont-d-Mousson*, pág. 256.

(2) *Idem*, *íd.*, *íd.*

piadosas fueron á recibirla y edificarse con su conversación. Cuando se marcharon, la buena señora de Chateau-Rouleau, que era una venerable viuda de edad muy avanzada y muy santa, se puso de rodillas delante de la Madre de Chantal para recibir su bendición, y ésta se arrodilló también para recibir la suya. «Estas dos grandes siervas de Dios estuvieron largo tiempo en esta lucha de humildad, y se levantaron sin haberse podido decidir á bendecirse una á otra, sino con deseos recíprocos y propios de su santo y cordial afecto. (1).»

A dos ó tres leguas de Salins encontraron las Hermanas un coche que les enviaba la señora de Haraucourt, la fundadora, y entrando en él llegaron pronto á Besanzón. No puede explicarse el gozo con que la Madre de Chantal fué recibida en esta ciudad. Los Canónigos y casi todos los eclesiásticos de las parroquias fueron á visitarlas. Las comunidades claustradas le enviaron sus capellanes. Los señores, los magistrados, las señoras de distinción, se sucedían sin interrupción con el afán de verla. Por el día había dos salas grandes constantemente llenas de gente, que ambicionaba la felicidad de hablarle, y se reemplazaba sucesivamente, diciendo: «Para que todos puedan ver á la Santa, es menester no estar mucho tiempo con ella. (2).» Cuando salía para oír Misa, un gran gentío se acercaba para tocar su ropa y cortarle sus hábitos, «y le costaba mucho trabajo impedirlo (3).» En todas partes, en las calles y en la casa, estaba en perpetua disputa con motivo de su bendición, que todo el mundo quería recibir, y que rehusaba á todos. «Por amor de Dios, Hermanas mías —decía á sus religiosas,—salgamos de aquí: este pueblo se engaña y no sabe quién soy (4).»

(1) *Fundación inédita de Pont-à-Mousson*, pág. 257.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 200.

(3) *Fundación inédita de Pont-à-Mousson*, pág. 257.

(4) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 200.

Al llegar á Besanzón, la Madre de Chantal aceptó el alojamiento en casa de la señora de la Tour. Los Príncipes de Cantecroix, que hubieran querido tenerla en su palacio, la rogaron que á lo menos fuese á oír Misa en su capilla, y en efecto, fué al otro día. Se la habían preparado grandes alfombras y ricos almohadones: pero no quiso servirse de ellos. «Señora—dijo á la Princesa,—no me mandéis, os ruego, que me arrodille en este reclinatorio, porque estaría muy incómoda; una religiosa tiene siempre su reclinatorio preparado en todas partes, porque es la tierra, que es el almohadón de que se sirvió Nuestro Señor en el jardín de las Olivas.» Habiendo dicho esto, se arrodilló en el suelo en medio de las ocho religiosas que la acompañaban, y todas juntas rezaron el Oficio con todas las ceremonias acostumbradas, como si estuviesen en la capilla de la clausura en un convento. El Príncipe de Cantecroix estaba entusiasmado. «Le parecía ver los nueve coros de los ángeles en su capilla, personificados en estas nueve religiosas. La Madre de Chantal estaba como un verdadero serafín, y salía de su rostro un fuego celestial (1).» Después de la Misa los Príncipes de Cantecroix le rogaron viese su palacio, que era magnífico, pero se negó á ello absolutamente, diciendo con gracia y talento que nada podía ver en su admirable palacio, que igualase á lo que veía en sus personas. Entró, no obstante, en él un momento después, porque le dijeron que una criada enferma deseaba hablarle, y todo el mundo se admiró de que concediese á una doncella lo que había negado á los Príncipes, y el pueblo gritaba por las calles diciendo era una verdadera Santa (2).

Mientras tanto, los señores Canónigos se habían juntado en cabildo, y habían acordado hacer á la venera-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 200.

(2) *Fundación inédita de Besanzón*, pág. 371.

ble Madre de Chantal un favor que no se hace ordinariamente sino á los Reyes; á saber, enseñarla el santo Sudario en que Nuestro Señor fué envuelto para colocarle en el sepulcro. Recibió esta gracia con una humildad y un fervor admirables, venerándole, besándole mil veces y regándole con sus lágrimas en los lugares marcados con las llagas sagradas de los pies y las manos (1).

En Besanzón, la Madre de Chantal tuvo otro consuelo, porque encontró á una criada, á la cual todo el mundo despreciaba y tenía por loca, pero á quien la Santa conocía y amaba mucho, y de quien Dios se iba á servir para fundar un monasterio de la Visitación, á pesar de los Príncipes y de los Parlamentos. Esta humilde joven se llamaba Magdalena Adelaine. Hacía más de diez años que Dios la había revelado este designio, y durante tres noches consecutivas se le había mostrado un Crucifijo muy sangriento, para hacerle comprender que le era necesario abrazar la cruz para cumplir la obra que exigía de ella. Había comunicado todo esto con su confesor, y éste no le había dado oídos, diciéndole que ¿cómo se atrevía una criatura tan pobre é inútil á pensar en una obra tan grande, que ni aun los mayores señores del país se atrevían á emprender? Entonces se decidió, pero en vano, á renunciar á su idea: se dirigió sucesivamente á muchos santos y doctos sacerdotes, pensó en ser Carmelita, se consagró al servicio de los pobres, á la educación de los niños, y siempre inquieta, llena de angustias por no saber lo que Dios quería de ella, vino á pedir á San Francisco de Sales, que aun vivía, que le recibiese en el convento de Annecy, en el año de 1620. «No, Hermana mía Magdalena, querida hija mía—le dijo con seriedad el Santo Prelado,—en vuestro país habrá, Dios mediante, religiosas nuestras, y allí seréis una de ellas.—Pero, Señor—respondió,—si

(1) *Fundación inédita de Besanzón*, pág. 374.

es imposible; el Sr. Duloreis quiere llevar las religiosas de la Orden Tercera; otros, las de la Anunciación, y nadie piensa en la Visitación.—Bueno—dijo el Santo,—dejad que el Sr. Duloreis procure llevar á las buenas Hermanas Terceras, y vos, querida hija, con la ayuda de Dios, procurad por nuestras Hermanas, y un día seréis una de ellas.» Volvió, pues, á Besanzón llena de nuevo y más vivo celo; pero tropezó con insuperables obstáculos. Unos le aseguraban que Dios no pedía de ella una cosa semejante, y que para tales empresas se necesitaban personas de posición. Otros le decían que ofendía á Dios, y que con sus temerarias diligencias haría daño á las Madres de la Anunciación y á las Terceras. Todos la llenaban de injurias y la hacían pasar por loca. En estas circunstancias supo que la Madre de Chantal estaba en Dijón (era en 1622), y fué á verla y contarle su historia. «¡Oh querida hija mía!—la respondió la Santa;—¿qué habéis hecho á Dios para que os haya escogido para cosa tan importante? ¡Oh y cuán feliz sois! Confesad humildemente que estáis loca, pero con la locura de la cruz. Seguid vuestra empresa con celo, y á los que os hablen mal de nosotras, decidles que somos las más pequeñas y últimas siervas de Dios; que en todo cedemos á las demás, menos en el amor de la humildad y de nuestra pequeñez y bajeza. Si os dicen que hemos recibido arrepentidas (era una acusación con la cual se trataba de denigrar al Instituto), responded que no sabéis, como verdaderamente así es, pero que la Santísima Virgen jamás despreció á la Magdalena desde que de pecadora se convirtió en amante, y que creéis que por algún digno motivo imitaríamos á la Madre de Dios, como hijas suyas que somos. Cuando os hablen de vuestra clase, de vuestro poco crédito y falta de recursos, humillaos y pedid rueguen á Dios os conceda hacer su voluntad, y que con esto seréis bastante grande. Confíad en Dios, y ya veréis cómo susci-

ta algún siervo suyo que os ayude en tan santa empresa.» Estas palabras aumentaron el valor de Magdalena, y de vuelta á Besanzón principió á dar pasos más activos; presentó un memorial á los señores regidores de la ciudad para la fundación de un monasterio de la Visitación, y aun escribió una súplica á sus Majestades Imperiales. La tempestad que se había ido preparando estalló entonces. ¿Qué más pruebas—decían—de que Magdalena está loca, que el empezar á manifestar su orgullo en público? Se la esperaba en las calles para silbarla en cuanto se la veía. Se la llamaba insensata, temeraria y orgullosa; iban al confesor para quejarse de ella, y éste la reprendía agriamente, exigiendo al fin renunciase á su proyecto, bajo pena de no oírla en confesión. Así estaba hecha la irrisión de todo el mundo, zumbada, echada por su confesor, y sin encontrar quien quisiera absolverla, cuando llegó la Madre de Chantal, y con una sola palabra disipó toda la tempestad. Magdalena Adelaine fué á echarse á sus pies, y le trajo de sesenta á ochenta jóvenes que aspiraban á entrar en la Visitación. La bondadosa Santa se echó á reír graciosamente, viéndose sitiada por este pequeño ejército, y las exhortó vivamente al amor de Dios. Después las hizo colocar á todas alrededor de una gran sala, para decir á cada una en particular una palabrita de cariño que las animase; y penetrando después con luz divina en el fondo de los corazones, y habiendo mirado con atención á estas jóvenes, una después de otra, designó veinticuatro, á las cuales dijo serían las primeras recibidas; luego otras doce, á quienes previno tendrían que esperar un poco tiempo, pero que serían recibidas después; y es cosa admirable el que todas las que la Santa escogió de este modo hicieron su profesión, y en el mismo orden que las anunció. De las otras cuarenta nada dijo la Madre de Chantal, pero en este número había una que manifestaba en alta voz su fervor, y decía es-

tar pronta á entrar; no temiendo nada más que á sus padres. «Hija mía—la dijo la Santa,—á vos misma es á á quien debéis temer.» Y prosiguiendo esta joven en protestar enérgicamente su vocación, «mirad—dijo la Madre de Chantal,—cuando encuentro jóvenes que se creen tan firmes, me temo mucho sean muy débiles.» Los acontecimientos justificaron estas proféticas palabras; aquélla volvió su corazón á las cosas del mundo, y se casó poco tiempo después (1).

Esta pequeña reunión de jóvenes hizo mucho ruido. Los que estaban en contra del establecimiento, temiendo que la Madre de Chantal se aprovechase del entusiasmo del pueblo para fundar un monasterio en Besanzón, fueron á buscar al Ilmo. Sr. Arzobispo para indisponerle con la Santa; y en efecto, uno de los capellanes de éste fué á visitarla y la hizo una larga arenga para persuadirla á que no se estableciese en Besanzón, alegando mil y mil razones para justificar esta negativa. La Madre de Chantal le escuchó hasta que concluyó, y luego le rogó dijese al Ilmo. Sr. Arzobispo, que tenía bastante respeto y sumisión á los venerables Prelados para emprender nada en su diócesis sin su permiso; que á la verdad le daba mucha lástima ver todas aquellas jóvenes de buena voluntad, que deseaban consagrarse á Dios, y que le suplicaba considerase en la presencia del Señor la necesidad de estas buenas almas: concluyendo con enviarle el libro de las epístolas de San Francisco de Sales.

Al otro día salió de Besanzón, y al abrazar á la buena Magdalena le dijo: «Seguid poquito á poco; temo que os cansen las dificultades y la dilación que esta empresa traerá consigo.» Y diciendo la Hermana Magdalena que nada sería capaz de desanimarla: «Hija mía — la

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 198, completándolas con la *Fundación inédita de Besanzón*, pág. 374.

respondió,—es menester que os diga que Dios me da cierto presentimiento de que quiere ser muy servido y muy amado en este pueblo de las Hijas de la Visitación, y así es menester no cansarse. Dejad humildemente que pasen antes las Terceras; esto es muy justo, pero no desistáis por esto, porque Dios bendecirá y coronará vuestra perseverancia.» Todo sucedió comò la Madre de Chantal lo había dicho; y á pesar de inmensos obstáculos, que no pudieron desalentar ni cansar la paciencia de la Hermana Magdalena, pasados cinco años de pasos penosos y humillantes, se hizo la fundación con gran gloria de Dios, y provecho y salvación de las almas (1).

Desde Besanzón se fué la Madre de Chantal á Haraucourt, en donde la señora de Haraucourt, fundadora del monasterio de Pont-á-Mousson, la esperaba, habiendo reunido á toda su familia para obsequiarla. Apenas pasó la Santa el umbral de la casa, cuando conoció que la paz y la caridad no habitaba en ella; y habiendo sabido que la señora de Haraucourt y su yerno el Sr. de Ville estaban en pleito, los reconcilió con tan feliz éxito, que siempre vivieron después perfectamente unidos. El joven Sr. de Ville cobró tal afecto á la Santa, que consiguió le llamase su hijo; él mismo llevó á las Hermanas en sus coches á Nancy y á Pont-á-Mousson, y mientras vivió las colmó de bienes.

Así que la Madre de Chantal llegó á Nancy, la Princesa de Salzbουργ, hermana de Su Alteza el Duque de Lorena, vino á visitarla con grandes muestras de alegría y de veneración, y poco después vinieron también la Duquesa de Lorena y la Princesa Claudia, diciendo que se tenían por muy dichosas de ver á tan gran sierva de Dios, y asegurándole que emplearían todo su valimiento en proteger las casas del Instituto.

(1) *Fundación inédita de Besanzón*, pág. 374.

Monseñor de Lenoncourt, Primado de Lorena, fué también á visitarla el mismo día, acompañado de muchos eclesiásticos. Por último, Su Alteza el Duque de Lorena, Carlos IV, la envió un recado diciéndole estuviere segura que la consideraría y miraría con el respeto que tendría á su madre. No se hablaba en la corte ni en la ciudad sino de la Santa, «y con mucha justicia — decía Carlos IV, — porque verdaderamente es la Santa de nuestro siglo (1). »

Por más que la Madre de Chantal aborreciera los honores del mundo, le fué imposible dejar de ir al palacio de los Duques de Lorena. Fué recibida por el Príncipe y su esposa con las mayores muestras de veneración. Toda la nobleza de la ciudad y de la provincia se había reunido y llenaba los salones de palacio, con el ansia de ver á esta mujer admirable, que joven aún, poseyendo un nombre distinguido y grandes bienes de fortuna, había dado al mundo tan grandes ejemplos de generosidad, y sostenía con mano tan firme la carga pesadísima de una Orden naciente. La Madre de Chantal se retiraba después de un rato de conversación con sus Altezas, cuando de repente, entre el grupo de las damas de honor y camaristas, se fijaron sus miradas en una de éstas, que parecía tener unos veinte años. La modestia y la belleza de esta joven conmovieron su corazón, y acercándose á ella le dijo sonriéndose: «Hija mía, si encontráis un esposo mejor que Jesucristo, os aconsejo que le toméis. » En este momento, y desde un año antes, andaba fluctuando esta joven entre el deseo de quedarse en el mundo, que le agradaba, y el deseo de entrar en el claustro, que le daba miedo. Las palabras de la Madre de Chantal fueron para ella una revelación de la voluntad de Dios, y algunos meses después

(1) *Fundación inédita de Font-à-Mousson*, pág. 257.—*Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 201.

se supo en la corte que la señorita de Auvaines, camarista de la Duquesa de Vaudemont, tomaba el hábito de la Visitación. El Duque y la Duquesa con toda su corte asistieron á la ceremonia (1).

Precedida del ruido consiguiente á estos triunfos, llegó la Madre de Chantal á Pont-à-Mousson, y se estableció con las formalidades ordinarias el monasterio de la Visitación. Su eminencia el Cardenal de Lorena presidió la ceremonia, á la que asistió toda la nobleza de los alrededores y una multitud inmensa de pueblo.

Un consuelo más grande esperaba á la Madre de Chantal en Pont-à-Mousson. Conoció allí á un santo sacerdote, que ocupado en los más importantes negocios de su tiempo, consejero de los Reyes, fundador de una Orden religiosa, y reformador de otra, hubiera podido elevarse á los más altos honores; pero devorado de la sed de humillaciones, vivía escondido en el presbiterio de una pobre aldea, desasido de todo, mortificado, más pobre que el más miserable de sus feligreses, y mostrando, como sucede siempre, bajo un rostro demacrado por la penitencia, una hermosura divina, cuya memoria vive aún en Lorena. La Madre de Chantal recibió la más viva impresión al ver á este excelente sacerdote. «Ved—decía,—con sólo mirar al buen Padre Fourrier se conocería perfectamente que es un santo, aunque no se supiese que lo era.» Estas dos grandes almas se vieron muchas veces, y se excitaron fervorosa y recíprocamente á progresar en la perfección.

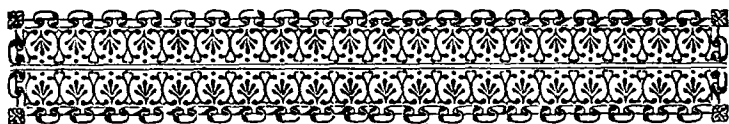
La santa Madre permaneció casi cuatro meses en Pont-à-Mousson, hizo se principiase á edificar el monasterio, recibió muchas pretendientes, dejó por Superiora á la Hermana Paula Jerónima Favrot, y concluidos los más importantes negocios, se apresuró á partir para sustraerse á los honores y veneración que la ro-

(1) *Vidas de algunas superiores*, Annecy, 1689, un vol. en 4.º, pág. 403.

deaban. Declaró después que nunca había sentido más alegría que cuando salió de Pont-à-Mousson, Nancy y Besanzón, «en cuyas ciudades—decía—no la conocían, y se engañaban en la opinión que de ella tenían.»

No sabía lo que la esperaba á su vuelta al centro y Mediodía de la Francia. Iba á obtener allí mayores aplausos, más honores, una veneración más profunda y aun más entusiasta. Todavía veremos á la Madre de Chantal, durante algunos años, sufrir con estos honores, llorar cuando le cortan los hábitos, salir apresuradamente de los lugares en que la aclaman y llevan en triunfo, diciendo como en Besanzón: «Salgamos, salgamos de aquí; estas gentes se engañan completamente.» Después, y á medida que adelante en edad, humildad y santidad, cuando haya llegado al último grado de la muerte de sí misma, la veremos no advertir estos honores, abandonar sus manos á los que quieran besárselas, sin rechazarlos ni pensar que se trataba de ella, del mismo modo que cuando San Francisco de Asís principiaba á recorrer el mundo, y que sus llagas se veían en sus manos y en sus piés, atrayendo hacia él un inmenso gentío, el Santo escondía vergonzosamente sus manos, y si le cortaban el hábito ó su cordón, las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y se le oía decir sollozando: «Estas gentes están locas honrando así á un pecador.» Pero después, al fin de su vida, él mismo tendía sus manos agujereadas á los peregrinos, y como se admirase de esto un hermano joven, le dijo: «¿Pues qué, hermano mío, creéis que estas buenas gentes piensan en mí?» La mirada del amor propio se había apagado en él.





CAPÍTULO XXIV

Viaje de la Madre de Chantal á Orleans y á París.—Admirables virtudes que florecían en la Visitación en sus primeros tiempos.

1626—1630

Los tres años de Superioridad de la santa Madre de Chantal en Annecy habían concluído. Elegida, ó más bien reelegida en 27 de Mayo de 1623, su poder expiraba el día de la Ascensión de 1626. Como estaba entonces muy ocupada en la fundación de Pont-à-Mousson, y le era imposible estar en Annecy en la época de la elección, envió á las Hermanas su renuncia, fechada desde Pont-à-Mousson, con una carta en que las recordaba su voluntad decidida de someterse enteramente á las reglas, y en consecuencia, no admitir su reelección. Las Hermanas, que en 1623 habían hecho la experiencia de su firmeza, comprendieron era inútil insistir, y admirando su humildad, sintiendo quedarse sin su gobierno, aceptaron su renuncia, y eligieron en su lugar á la Madre de Chatel. En cuanto las Hermanas de Orleans supieron que su santa Fundadora no era ya Superiora de Annecy, se apresuraron á elegirla Superiora de su propia comunidad, y le escribieron suplicándole fuese cuanto antes á Orleans. Desgraciadamente para estas Hermanas, San Francisco de Sales había dejado mandado que la Madre de Chantal no se encargase

nunca del gobierno particular de otro monasterio que del de Annecy, fuente y modelo de todos los demás, á fin de que pudiese más fácilmente arreglar y dirigir los negocios de la Orden. No pudiendo, pues, aceptar el cargo que la imponía la elección de Orleans, pero queriendo dar el ejemplo de la obediencia que deben todas las Superiores á las comunidades que las piden, después de haber descansado un poco en Annecy y haber concluido algunos negocios, de que hablaremos después, partió para Orleans, llevando consigo tres ó cuatro Hermanas para la fundación de Cremieux, que pensaba hacer á su paso por esta ciudad.

Cuando salía del convento llegaba á él el señor de Granieux, caballero de Grenoble que, atormentado hacía muchos años de terribles dolores de cabeza, iba con objeto de buscar la salud en el sepulcro del bienaventurado Francisco de Sales. Al ver á la Madre de Chantal, á quien conocía hacía mucho tiempo, corrió á saludarla. Esta le devolvió afectuosamente su saludo, y en el momento en que le daba los buenos días, apoyó su mano sobre la cabeza del Sr. de Granieux, quien en el mismo instante se sintió completamente curado; por lo cual, lleno de alegría, decía: «Yo había venido á que el Santo me diera la salud, y la he recobrado por medio de la Santa» (1).

Desde Annecy partió directamente la Madre de Chantal para Cremieux, llevando consigo á la Hermana María Adriana Fichet, destinada para ser la Superiora, y tres Hermanas profesas. La ciudad era pequeña, pobre, y ofrecía tan pocos recursos para lo espiritual, que no se hubiera verificado la fundación á no ser por respetos á dos señoras de gran virtud y mérito, muy queridas de la Madre de Chantal, y que merecían serlo: las señoras de San Julien y de Mepieu, las que

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 217.

habían trabajado con grande afán y sufrido mucho para alcanzar las autorizaciones necesarias, y prepararlo todo para la fundación. La santa Madre les dió las gracias á estilo de los Santos.

La misma noche del día en que se estableció el monasterio, de repente, y cuando todo el mundo estaba acostado, se prendió fuego en casa de las dos fundadoras. Un viento fuerte activaba y aumentaba el incendio. Los terribles relinchos de los caballos encerrados en las cuadras, llevaban muy lejos el miedo y el espanto. Corrieron á decírselo á la Madre de Chantal, «y, ¡cosa milagrosa y reconocida por todos! en el momento en que la bienaventurada se arrodilló, se apagó el fuego como si hubiera caído encima un diluvio de agua. Los techos, que principiaban á hundirse, quedaron como suspendidos en el aire, y se encontraron montones de paja medioquemados: sólo un poder sobrenatural pudo detener y apagar este fuego, que era tan voraz, que ¡basta decir que se encontraron en los pesebres caballos de tiro de granalzada, de valor de cien escudos cada uno, muertos y enteramente abrasados. Todos gritaban: ¡Milagro! ¡milagro! Pero la humilde sierva de Dios no dejó de inculcar con todas sus fuerzas que este milagro se había otorgado por intercesión del Santo Fundador, á cuyo sepulcro había hecho voto de que la señora de Mepieu llevaría una casita de plata, lo que esta señora ejecutó fielmente. Pero por más que hizo esta alma verdaderamente humilde, no pudo impedir que le atribuyesen el milagro, y desde entonces todos los habitantes de Cremieux le tienen especial devoción» (1).

En Cremieux dejó por Superiora del nuevo monasterio á la Madre Adriana Fichet, como indicamos arriba, y prosiguiendo su viaje hacia Orleans, llegó la Ma-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 218.

dre de Chantal á Paray-le-Monial. Gracias á la protección del Marqués de Ragny, Gobernador de Charolais, se acababa de establecer allí hacia un mes un monasterio de la Visitación, por una pequeña colonia procedente del monasterio de Lyon. La humildad de la Santa se manifestó en el momento de poner el pie en el umbral del convento. La señora de Toulangeon, su hija, que la traía en su coche, tenía permiso para entrar en el monasterio. Al abrirse la puerta se adelantó esta señora para seguir á su madre, pero ésta la detuvo, diciéndola: «Francisca, espera un poco, para que yo sepa si la Superiora de aquí es gustosa de que éntres en su monasterio.» Y llamando á la Superiora—que lo era la joven Hermana Margarita Isabel Souzion—le dijo: «Mi querida Hermana, esta es mi hija, que tiene permiso para entrar, pero no quiero se aproveche de él sin vuestro consentimiento.» Las personas que estaban presentes, se enternecieron hasta derramar lágrimas, viendo á la venerable Fundadora obrar con tanta humildad y tan sin autoridad respecto á sus religiosas, y conocieron por esta señal inequívoca la verdadera santidad de esta venerable Madre (1).

Después de haber pasado tres días en el monasterio de Paray animando mucho á las Hermanas, que eran pocas en número, muy pobres y con una casa muy mala, la Madre de Chantal partió para Autun. Su entrada en esta ciudad fué un triunfo. Durante todo el tiempo que permaneció en ella, no podía ir por la calle sin verse oprimida de un inmenso gentío que deseaba verla. Los niños, sobre todo, eran tan importunos como es natural á su edad, y cuando podían llegar hasta la Santa y ésta los había acariciado según su costumbre, corrían por todas partes publicando que habían visto á la Santa. Un día, en particular, vino un ejército de

(1) *Fundación inédita de Paray-le-Monial*, pág. 281.

ellos, y con sus idas y venidas á su alrededor manifestaban bastante su vehementè curiosidad. Quisieron echarlos, pero la Madre de Chantal lo impidió, y dijo era justo contentar á estos inocentes, y levantando su velo para que la vieran bien, los acarició con bondad.

La curiosidad de los niños de Autun la veremos en todas partes, conforme vayamos siguiendo nuestra historia. En efecto, en cualquier parte en que se encuentre la Madre de Chantal, será preciso que se levante el velo, que deje ver su rostro tan grave, tan serio, tan bondadoso, tan humilde y tan radiante de fervor. Y en verdad, digámoslo de paso, este es el encanto y una parte del poder de los Santos. No se les mira solamente su interior, si me atrevo á explicarme de este modo, se les ve por de fuera. Jesucristo, que habita en su corazón, reside también en su fisonomía, y deposita sobre su frente un no sé qué de sobrenaturalmente bello, que arrebatara el alma y la conmueve sin turbarla.

Todos los religiosos de Autun fueron muchas veces á ver á la Madre de Chantal, unos para congratularse por haber visto á una Santa—decían,—otros para recibir sus consejos. El P. Rector de los Jesuitas la presentó con este mismo objeto todos los profesores jóvenes de su colegio; pero la Madre de Chantal quedó tan confusa con semejante honor, que no pudo articular más que algunas palabras de humildad. Lo mismo sucedió cuando el P. Guardián de los Capuchinos la alabó en voz alta delante de muchas personas, por lo mucho que había ayudado á la fundación del Instituto. El rubor le subió al rostro, y no pudo responder otra cosa sino que Dios emplea algunas veces para sus obras los instrumentos más humildes, pero que de nada había servido en la santa empresa de la Visitación.

Si tanta era la veneración que el mundo sentía por la Madre de Chantal, ¿qué diremos del claustro? Todas las religiosas la rodeaban como si fueran niñas, y reco-

gían con ansia, en cuadernos que aún subsisten, sus menores palabras. Cuando llegó á Autun, había en el monasterio una novicia que el capítulo había desechado, y que, afligidísima con esta decisión prometía mil cosas respecto á su enmienda en lo sucesivo; la Madre de Chastelluz, conmovida con sus lágrimas, se inclinaba á que siguiese en su probación, y lo consultó con la bienaventurada Madre de Chantal. «Y qué, hija mía—respondió esta con firmeza—¿dais tan poca importancia á las deliberaciones de un Capítulo, en que preside el Espíritu Santo? Es menester no contrariar de modo alguno lo que se ha resuelto de este modo y en esta Junta. Despedidla, puesto que así se ha decidido, y en cuanto á mí, creo que esa joven está llamada á otra parte.»

Se la habló también de una joven de catorce años que manifestaba un vivísimo deseo de recibir el hábito de novicia, y se deseaba se la dispensase la edad. Pero lo rehusó absolutamente por respeto á las reglas, que es menester no infringir, y sobre todo, esta de la edad, que es importantísima; añadiendo también con su penetración profunda y grande experiencia, que aquel fervor sería poco duradero, y que aquella joven nunca sería religiosa, como en efecto sucedió, aunque entonces no podía pensarse así.

Hasta entonces las Hermanas de Autun vivían en una sencilla casa de alquiler, y suplicaron por lo tanto á la bienaventurada que las escogiese por sí misma un lugar á propósito para edificar un monasterio, persuadidas de que esta elección les traería mil gracias y consuelos. A la verdad no se engañaron: el lugar escogido por la Madre de Chantal, además de la soledad y la paz de que gozaban en él, vino á ser al instante teatro de admirables maravillas. Apenas se levantaban las paredes del suelo, cuando se empezaron á oír en él conciertos y armonías humanamente inexplicables. «Se hubie-

ra dicho que se juntaban en este lugar músicos celestiales para cantar las alabanzas de Dios, y hacer por sí mismos la dedicación de esta nueva mansión de su amor y de su gloria. Después, cuando las religiosas tomaron ya posesión de su monasterio, se oyó muchas veces una voz sobrenatural que se unía á la de las Hermanas que cantaban el Oficio. Cantaba por un tono más alto que todas sin hacer disonancia, causando en el alma de cuantas la oían tan dulce sentimiento de la presencia de Dios, que les parecía estar en el cielo; pero así que se quería gozar del placer que el oído recibía con esta voz, cesaba inmediatamente. Principalmente se hacía oír en las fiestas principales, y durante las Antífonas del Oficio de Nuestra Señora (1).»

Al salir de Autun partió la Madre de Chantal para Orleans, donde fué recibida con una alegría imposible de describir, y á la que siguió la tristeza más profunda, cuando la Santa les declaró no podía aceptar el cargo que le ofrecían. Permaneció, no obstante, tres meses en el monasterio, y durante todo este tiempo condescendió en hacer todas las funciones de Superiora, con una exactitud, una dulzura y una humildad que servían á las religiosas de grande edificación. Al cabo de este tiempo hizo reunir el Capítulo para la elección de Superiora, y dejó la casa después de haber dado á toda la Orden el ejemplo de la obediencia, y enseñado á las Superiores que nada debe impedirles el ir á los monasterios donde son elegidas.

De Orleans pasó la Madre de Chantal á París, inquieta con las noticias que de allí recibía, y las urgentes cartas de la Madre de Beaumont. Esta perfecta religiosa, que había gobernado tan sabiamente el primer monasterio de París, y que casi sin dinero, sin recursos, y con sólo una admirable confianza en Dios acababa de

(1) *Fundación inédita de Autun*, págs. 230 y siguientes.

fundar el segundo, era el blanco de los más vivos ataques. En el fondo no la perdonaba el feliz éxito de sus empresas. Los elogios de tantas personas distinguidas, y sobre todo el afecto que le profesaban las dos Reinas, María de Médicis y Ana de Austria, que pasaban horas enteras con ella en el locutorio y en su celda, excitaron los celos más ardientes. La tempestad era tan fuerte, que á cada instante se temía que con su ímpetu destruyera el monasterio.

La Madre de Chantal se apresuró á ir á París. Un rasgo que nos han conservado las antiguas *Memorias*, manifiesta cuál era ya entonces la reputación de la bienaventurada. En cuanto se supo su llegada hubo tal afluencia de gente á visitarla, que la Hermana portera, Ana María Verdelot, quedó rendida de cansancio. Al segundo día se le hincharon las piernas, sus piés cho-reaban sangre, y al tercero estaba coja, y le fué preciso quedarse en cama.

Se había confiado en que la sola presencia de la Madre de Chantal calmaría los ánimos; pero no fué así. Viendo, pues, que la tempestad nó se aplacaba, esta gran sierva de Dios, que según las circunstancias sabía resistir el torrente ó cederle el paso, creyó era menester calmar todas las cosas, mandando partiese inmediatamente la Madre de Beaumont para Annecy y dejase á París. En estas circunstancias no se desmintió la virtud de la Madre de Beaumont (1). Hizo al instante sus preparativos, consoló por sí misma á sus Hijas, que se deshacían en lágrimas, y dió las gracias tan generosa y humildemente á la Reina de Austria, que quería emplear su influencia para impedir su marcha, que esta gran Reina, al salir del locutorio, decía en voz alta que acababa de hablar con una santa. En medio de tan her-

(1) *Carta de la santa Madre de Chantal á la Madre María Jacobina Favre: 30 de Marzo de 1628.*

mosos actos de firmeza y obediencia, una palabra que se le escapó hizo ver hasta dónde llegaba también la delicadeza de su conciencia. Consolaba á una de sus Hijas, y casi sin pensarlo dijo que se la había sacrificado á la pasión de otra persona, y esta palabra le causó tal turbación, que al instante envió á buscar á San Vicente de Paúl, su confesor, y supo de este gran director que no sabía lisonjear á las almas, que Dios la había dejado caer en esta falta para abatir el orgullo secreto que su firmeza podía tal vez haberle inspirado (1).

La pronta y enérgica decisión de la Madre de Chantal, la perfecta obediencia de la Madre de Beaumont, y la llegada de la Madre de Favre, disiparon todos los obstáculos, y como muy á menudo sucede, no se oían más que alabanzas, donde sólo resonaban antes amargas críticas. La santa Fundadora, después de haber permanecido algún tiempo en el segundo monasterio, fué á visitar el primero, gobernado por la Madre María Elena L'Huiller, y todo el tiempo que estuvo en París pasó de uno á otro sin apegarse con particularidad á ninguno, consiguiendo dejar á los dos en una prosperidad igual á su fervor.

Las cartas que la Madre de Chantal recibió en París la llenaron de alegría. Muchas fundaciones principia-
das hacía poco, se concluían felizmente en diversas partes de Francia. La de Embrum, hecha por una pequeña colonia que había salido de Grenoble (26 de Abril de 1625); la de Blois, en que algunas Hermanas venidas de Nevers encontraron al pronto grandes dificultades, que disipó al instante la prudencia y la actividad de la Madre de Monthouz (4 de Noviembre de 1625); la de Bourg-en-Bresse, salida de Annecy, que se creyó iba á perecer, pero que la Madre Favre había resucitado, digámoslo así, por medio de un acto de intrépida confian-

(1) *Vidas de varias Superiores*, pág. 94.

za en la Providencia. Requerida por una bienhechora inconstante y de mala fe, para que devolviese los treinta mil francos que había dado para comprar el monasterio, y con los cuales había pagado en efecto, no titubea, toma prestada esta suma, la vuelve á la donante, y excita con esta generosidad tanto entusiasmo, que las novicias acuden de todas partes (19 de Marzo de 1627). La de Dol, en Bretaña, debida á las ardientes oraciones de un santo Obispo, el Ilmo. Sr. de Revol, antiguo amigo de San Francisco de Sales y admirador ardiente de la Madre de Chantal (21 de Octubre de 1627); en fin, la del segundo monasterio de Lyon, en las alturas de Fourvieres. «Aunque la casa que se trataba de comprar—dicen las antiguas *Memorias*—merecía bien su nombre de *Antiquailles* (1), como estaba en la cima de la montaña, desde la cual se gozaba en todas direcciones de un hermoso punto de vista, y sobre todo, como era una tierra santificada con la sangre de los Mártires, y en la que todavía se veían impresos los sagrados vestigios de San Potino y San Ireneo, la Madre de Blonay se consideró muy feliz pudiéndola comprar, y acababa de establecer el 21 de Noviembre de 1627 el segundo monasterio de Lyon, que era el trigésimo de la Orden. San Francisco de Sales había fundado los trece primeros en doce años, y la Madre de Chantal, en cinco, había visto nacer los otros diecinueve.

Pero lo que aún más que la rápida propagación de su Orden regocijaba á la Madre de Chantal y consolaba á la Iglesia, eran las grandes virtudes que florecían entonces en todos los monasterios de la Visitación. Séanos permitido detenernos un poco aquí. Los primeros años de una Orden religiosa, se parecen á los primeros días de un noviciado. Tienen esa frescura, ese no sé qué

(1) Esta palabra equivale en castellano á la de *antiguallas*. (Nota de la traductora.)

de joven en el amor, que no se encuentra ya. Después de los largos pormenores en que hemos entrado para hacer comprender las reglas y el espíritu de la Visitación, nos será muy grato descansar un instante contemplando las admirables virtudes que estas reglas hacen brillar en todas partes.

Se recordará que, obligado San Francisco de Sales á renunciar á las maceraciones corporales, y no pudiendo abandonar la crucifixión de la naturaleza y la muerte de sí mismo, que son las bases de la vida religiosa, se había aplicado á reemplazar las mortificaciones de la carne con las del espíritu. Su pensamiento había sido comprendido admirablemente. En primer lugar, la obediencia se practicaba con un ardor y exactitud extraordinaria por las Hijas de la Madre de Chantal, y, según la expresión de esta santa Fundadora, á todas sus religiosas se las podía torcer como si fuesen pañuelos, tomarlas ó dejarlas, enviarlas al cabo del mundo y apretarlas de mil maneras, sin arrancarlas una queja ni una negativa. La Madre Favre, á quien hemos visto en el mundo tan amiga de la independencia, que no creía felices sino á las viudas porque estaban libres de toda atadura, había llegado á ser en el claustro el modelo de la obediencia. Llamada de Montferrand á Dijón por la Madre de Chantal, pero tan amada de los magistrados y del pueblo, que se le negaba toda clase de carruaje y tenía guardia á las puertas, declaró que saldría á pié cuando menos lo pensasen, y, si era preciso, disfrazada como una pobre mujer; y de hecho se escapó una noche, y se metió en la primera carrêta que encontró para no faltar á la obediencia (1). En Belley, los más distinguidos personajes querían detener á la Madre Margarita Michel. «¡Ay!—dijo—primero que quedarme contra la voluntad de mis Superiores, escalaría las mu-

(1) *Vidas de las primeras Madres*, vol. I, pág. 38.

rallas de la ciudad, coja y todo como soy (1).» En Mou-lins se encontraba gravemente enferma en la cama la Madre de Brechard, cuando recibió una carta de la santa Madre, en que decía le enviase cuatro religiosas, que designaba, y que eran precisamente las Hermanas con quienes contaba para que la reemplazasen durante su enfermedad. Sin embargo, la Madre de Brechard no titubeó un instante. «Mirad—decía,—si nuestra Madre me escribiese que la enviara uno de mis ojos ó uno de mis brazos, me arrancaría uno y me haría cortar el otro para manifestarle mi humilde obediencia (2).» En vano se reunió una junta de médicos, en la que todos opina-ron que si la Madre de Chatel salía de Grenoble, corría el riesgo de perder un ojo á causa de una inflamación que tenía en la vista. «¡Oh! poco importa—dijo ella riéndose—no tener más que un ojo, pero importa mu-cho obedecer», y se puso en camino (3). De viaje para Cremieux, adonde la enviaba la Madre de Chantal, la Madre Adriana Fichet cae del caballo, se hace una herida, y queda dos horas sin sentido en medio de la nieve en las montañas. Quieren que vuelva atrás, y le aseguran que su vida pelagra si sigue adelante. «¡Oh!—dice—la obediencia lo ha mandado; andemos», y con fatigas inauditas llega á Cremieux el día señalado por la Madre de Chantal (4). Pero todas estas palabras valen menos que las que pronunció un día la Madre de Blonay. La criticaban porque había dejado se llevasen el cuerpo de San Francisco de Sales á su ciudad de Annecy. «¡Ay!—contestó—no solamente hubiera deja-do el cuerpo de mi santo Fundador á la voz de mi dig-na Madre, sino que me hubiera dejado despojar del cuerpo vivo de mi Señor Jesucristo si le hubiera tenido

(1) *Vida de algunas Superiores*, pág. 165.

(2) *Vidas de las primeras Madres*, pág. 214.

(3) *Fundación inédita de Grenoble*.

(4) *Fundación inédita de Cremieux*.

en mi poder (1).» De esta manera se entendía y practicaba la obediencia en la Visitación.

El siguiente hecho, que ocurrió en 1647, después de los referidos, no es menos admirable que éstos. Un día que la comunidad de Annecy estaba en el locutorio con el Sr. Abate Olier, fundador del Seminario de San Sulpicio, queriendo la Superiora que juzgase por sí mismo de la perfecta obediencia de la Hermana Ana Maria Rosset, la hizo ir junto á la reja y le mandó cantar. Aunque esta venerable Madre era muy anciana y tenía la voz más desagradable del mundo, obedeció sin la menor réplica y continuó cantando hasta que su Superiora la mandó cesar. «Cincuenta milagros—decía el Sr. de Olier, que lo entendía—no me hubieran convencido tanto de la virtud de esta religiosa, como este acto de heroica sumisión (2).»

La santa Madre de Chantal se conmovía de gozo al ver practicar en sus monasterios una obediencia tan perfecta. Dios nos ha hecho la gracia de doblegar tan perfectamente á las novicias que tenemos aquí, que si las quisiera sobre las nubes, se subirían, y si las deseara en el fondo de la tierra, se hundirían y lo mismo nuestras profesas. Por lo cual las califico de buenas religiosas, y miro á nuestras Hermanas de Annecy como á otros tantos tesoros (3).»

Cuando se tiene tan poco apego á la propia voluntad ¿á qué sería posible apegarse? Así se veía brillar en todas las Hermanas un desasimiento absoluto de todas las cosas humanas. La pobreza era extremada en estos primeros tiempos del Instituto, muchas veces faltaban las cosas más necesarias á la vida, pero nada era bastante para alterar la santa alegría de las Herma-

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, pág. 31.

(2) *Vida de algunas Superiores*, pág. 31.

(3) Carta de Santa Juana Francisca Fremiot., edición Migne, página 1237.

nas. Todas querían los hábitos más viejos, los restos de la comida, ambicionando pasarse sin comer para que las demás no conociesen el hambre. Nada, por último, era capaz de disminuir su imperturbable confianza en Dios y su divina providencia. Todo, en efecto, lo habían dejado por Dios y á este Señor tocaba mantenerlas; así racionaban, y de hecho las mantenía Dios con su delicadeza encantadora (1).

Un día se encontró el monasterio de Orleans sin trigo y sin dinero, y la Hermana provisorá fué á decirlo á la Madre de la Roche, que era la Superiora. «Hija mía—dijo la Madre,—echad vuestra bendición al poco trigo que aún queda, y esperad en Dios.» La Hermana titubeó en hacerlo, y acusándola la conciencia, dijo al día siguiente su culpa en el refectorio. «Hija mía—contestó la Superiora,—la comunidad hará lo que vos habéis dejado de hacer.» Y levantándose fué al granero seguida de todas las Hermanas, y después de orar largo rato, las mandó que todas á una echasen su bendición. Desde entonces el montoncito de trigo no se disminuyó, aunque todos los días se gastaba de él (2).

Otra Superiora iba una vez apresurada al arca del convento para sacar cierta suma para una necesidad urgente. No encontró sino un miserable sueldo, y sonriéndose las Hermanas al ver esto, la preguntaron alegremente si el ángel Rafael no completaría la suma. La Madre, sin turbarse, levantó los ojos al cielo como para despertar á la amable providencia, según la ex-

(1) Debo recordar que los hechos siguientes se encuentran en obras contemporáneas, compuestas sobre las notas dadas por los mismos monasterios, todo revisado y corregido por la misma Madre de Chantal, que era demasiado santa y de un espíritu muy elevado para tolerar la relación de hechos supuestos. Por otra parte, muchos de estos hechos no son, propiamente hablando, milagros, es decir, una derogación de las leyes de la naturaleza; son *felices casualidades*, en las cuales las miradas cristianas ven claramente *la mano de Dios*.

(2) *Vidas de las primeras Madres*, tomo I, pág. 463.

presión de las antiguas *Memorias*. En este momento llamaron á la puerta; era un sujeto que traía cien luises de oro. «Hijas de poca fe—dijo entonces la Superiora,—¿os convenceréis al fin de la fidelidad con que cumple Dios sus promesas? (1)»

Estas escenas encantadoras se renovaban sin cesar. En Cremieux no tenían un día las Hermanas nada que comer; de pronto tocan la campana del convento, y una buena mujer lleva en su delantal un hermoso pan muy blanco para cada una de las Hermanas (2). En Nevers tenían las Hermanas una casa muy estrecha y deseaban un jardincito, pero no querían vendérselo. La Superiora las hizo poner de tres en tres en oración, protestando que no se levantarían hasta que Dios las hubiese escuchado. Antes de concluir la novena llamaron á la puerta del convento, y era el propietario del jardín, que venía á decir que se lo comprasen (3). En Moulins era tan grande la pobreza, que ni aun pan llegaron á tener en cierto día. La Madre de Chastelluz, sin desconcertase, hizo poner á las Hermanas en oración, y no habían concluido todavía cuando llevaron al monasterio una suma considerable de parte de un señor de una provincia lejana, cuyo nombre no habían oído pronunciar jamás (4). Por último, en Annecy, cuando la Madre de Blonay hacía construir la iglesia, un día que no tenía dinero, fueron á decirla que un pobre campesino cojo y jorobado quería hablarla. «Yo me llamo Francisco Esseve—dijo;—en medio de los bosques he sabido que edificáis una iglesia en donde descansará siempre mi bienaventurado patrón, Francisco de Sales, que me confirmó cuando hacía su visita en Chablais, de donde yo soy, y vengo á traer os mi limos-

(1) *Los siervos de Dios*, por León Aubineau, pág. 311.

(2) *Fundación inédita* de Cremieux.

(3) *Idem id.* de Nevers.

(4) *Vidas de algunas Superiores*, pág. 259.

na.» Y poniéndose de rodillas le dió diez cuartos de escudo, diciendo había reunido esta suma cogiendo benjuí en los árboles, y que dándosela á la Iglesia, no se reservaba más cuidado que el mendigar después toda su vida; que cuando estuviese enfermo y no pudiera hacer nada, habría bastantes personas que le asistirían, y que por otra parte tenía un buen amigo. «Todo el mundo—continuó—recibe beneficios de su bondad, y pocos le conocen: se llama Jesucristo. El que confíe en Él y posea su amistad, de nada necesitará y nada le faltará. Juega á un juego de amor con las almas, y aunque de nada necesita, quiere no obstante ganar con ellas, y desea le hagan regalos, pero de todos ellos el principal es nuestro corazón, y éste es el que le agrada y acepta siempre (1).»

Esta intervención de la providencia se manifestaba en las cosas más pequeñas. La Madre de Chantal estaba un día encargada de hacer un caldo para un enfermo: «¡Ay Dios mío!—exclamó:—este pobre tendrá que esperar mucho, porque el fuego está apagado y no sé adonde ir por él.» En el mismo momento se encendió por sí solo. La Madre de Chatel, conmovida, se puso de rodillas, y con aquel ingenuo modo de hablar que le era propio, dijo: «Verdaderamente, Señor, yo sabía muy bien que estabais aquí, pero no sabía que era para convertirnos en pinche de cocina.» Y le pareció oír á Nuestro Señor que le respondía: «En el cielo sirvo á los bienaventurados á mi mesa, y quiero servir en la cocina á los que me aman sobre la tierra (2).»

Cuanto más atenta se mostraba la providencia en socorrer á las Hijas de la Madre de Chantal en su pobreza, más querida era esta virtud en los monasterios de la Visitación, y más se aplicaban las Hermanas á

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, pág. 204.

(2) *Las primeras Madres*, tomo I, pág. 310.

ejercitarse en ella. Los monasterios poseían muy poco, y aun esto poco estaban siempre prontas á cederlo las primeras Madres por no tener pleitos con nadie. Hemos visto á San Francisco de Sales devolver todos los bienes de la señora de Bonivars, porque los herederos de ésta disputaban la propiedad al Monasterio de Annecy. «¡No quiera Dios—decía el Santo Obispo—que mis palomitas vayan á disputar con las hormigas económicas del mundo!» A su ejemplo, la Madre de Chantal no quiso aceptar jamás un legado importante que le habían dejado para la fundación de Moulins, porque hubiera sido menester pleitear para poseerlo (1). Lo mismo sucedió á la Madre Favre (2) y á la Madre de Monthouz (3), que prefirieron devolver sumas considerables á tener un pleito. Se podrían citar veinte ejemplos semejantes.

Las mortificaciones y los sacrificios se unían á la obediencia y la pobreza, para acabar de destruir la vida natural en el alma de las Hijas de la Madre de Chantal. Ciertamente, en la Visitación no se practicaban las espantosas austeridades que constituían y constituyen aun hoy día la gloria del Carmelo. Las reglas y el fin del Instituto no lo hubiesen permitido; pero en él se vivía de sacrificios, practicando la gran máxima de *nada pedir y nada rehusar* del modo más heroico, quebrando mejor la naturaleza que con todos los cilicios y disciplinas. En Lyon, la buena Hermana María Trunel cayó de una escalera, y habiéndose magullado dolorosamente, continuó sus ejercicios sin decir una sola palabra, hasta que viendo la Madre de Chantal que cojeaba y parecía sufrir mucho, la mandó dijese lo que tenía. «¡Ay!—contestó—es que esta pesada bestia se ha dejado caer al subir las escaleras, y se ha hecho un poco daño en las costillas.» La reconocieron y tenía tres de

(1) *Fundación inédita de Annecy.*

(2) *Fundación de Moulins.*

(3) *Fundación inédita de Bour-en-Bresse.*

ellas rotas (1). Durante el espacio de cinco años, la Madre de Martignat, que había sido tan elegante y aplaudida en el mundo, se acostaba en un desván, en el que entraba el viento por todas partes, y por cuyas tejas desunidas pasaba la nieve, la lluvia, y los rayos abrasadores del sol; y cuando las Hermanas le decían que debía abrasarse en verano y helarse en el invierno, respondía riéndose: «No, no hay reina en el mundo que se encuentre tan bien en su palacio como yo en mi rincón.» No se hubieran sabido nunca las mortificaciones que practicaba en esta celda, si la Hermana Provisora, que entró en ella un día de invierno, no hubiera encontrado colgando del techo, encima de la cama de la Madre de Martignat, «grandes témpanos de hielo, que fué á enseñar á la Madre de Chantal (2).»

Nada arredraba á estas almas generosas, y las menos conocidas entre ellas ejecutaron actos de heroísmo iguales á los practicados por los Santos. Peinando un día la Hermana Gabriela Bally á un pobre niño, que tenía la cabeza llena de sarna y piojos, sintió que se le revolvía el estómago; pero acordándose en el mismo instante que la perfección consiste en vencer á la naturaleza rebelde: «¡Oh Jesús mío!—dijo—yo enseñaré á esta perversa naturaleza á no horrorizarse de la cabeza de este pobre niño.» Y recogiendo en su mano cuantos insectos pudo: «¡Oh carne incorregible!—dijo—es menester que tragues estos animalejos como si fueran anís confitado.» Y al instante, ¡cosa que estremece solo el pensarlo! los tragó generosamente (3).

Cuando las almas están tan muertas á sí mismas, ¿cómo no las había de poseer el amor divino? Así es que vivían con Dios en una unión y familiaridad admira-

(1) *Vida de la Hermana María Trunel* (en el mundo la señora de Auxerre), manuscrito en 4.º, pág. 18.

(2) *Las primeras Madres*, tomo II, pág. 185.

(3) *Id.*, *id.*, pág. 131.

bles. Hemos oído ya á la Madre de Chantal afirmar que casi todas gozaban de la oración de quietud. Muchas recibían gracias aún más preciosas, y los éxtasis y los raptos eran entonces muy frecuentes. La buena Hermana Tornera, Jacobina Coste, tenía el don de lágrimas. No podía ponerse en la presencia del Santísimo Sacramento sin que corriese á mares, en términos que la Madre de Chatel, que se escondía para verla mejor, se quedaba admirada y santamente celosa (1). La joven Hermana María Amada de Sabutín parecía no conocer sino uno solo de los misterios del cristianismo, á saber: ese espíritu de sacrificio y de inmolación que consumía el alma de Jesucristo víctima. Estaba tan íntimamente penetrada de esto, que en cuanto se ponía á pensar en ello, su rostro se tornaba resplandeciente. Suspiraba día y noche y se consumía con el deseo de ser también una hostia viva. Un día en que este atractivo era más fuerte que de ordinario, se puso de rodillas y se ofreció á Dios para ser víctima de su justicia irritada; pero tantos dolores y tantas enfermedades cayeron sobre ella, que sin arrepentirse de su ofrenda, y aun no atreviéndose á creer en su humildad que hubiese sido escuchada, aconsejaba á las Hermanas jóvenes que no hicieran semejantes peticiones, y se abandonasen puras y sencillamente al beneplácito de Dios (2).

La Madre Francisca de la Flechere estaba aún más entregada al santo amor. No soñaba más que abyección é ignominias. Un año, durante sus ejercicios, se ofreció á Jesucristo para participar con Él de la locura de la cruz, y pasar como una insensata en la estimación de las criaturas. Lo grande de los sacrificios de esta joven Hermana entusiasmaba hasta á la misma Madre de Chantal. «Dejad á la Hermana Francisca que

(1) *Las primeras Madres*, tomo II, pág. 369.

(2) *Vidas de algunas Superiores*, pág. 321.

vaya por donde Dios la lleva, porque os aseguro que anda con el furor del amor; no digo sólo con el simple furor del amor—añadía la Santa insistiendo sobre estas palabras,—sino con la vehemencia y furor del santo amor» (1).

Durante los primeros ejercicios que la Madre Ana María Rosset hizo antes de entrar en el noviciado, San Francisco de Sales, que la confesaba, habiéndole dicho después de darle la absolución: «Y bien, hija mía, ¿no es verdad que deseamos soberanamente el amar á Dios?» Se quedó tan repentinamente penetrada de la deliciosa idea del amor infinito, que le fué imposible responder una palabra. El bienaventurado Obispo, conociendo estaba en éxtasis, hizo llamar á las Hermanas, las cuales encontraron á esta feliz enferma sin palabra, sin pulso, y sin uso ninguno de sus sentidos. «Llevala á su celda—dijo el Santo Obispo—y dejadla en silencio, para que el espíritu de Dios concluya su obra, pero tened cuidado de lo que diga cuando vuelva en sí.» Se le obedeció fielmente, y las primeras palabras de aquella santa joven fueron éstas: «¡Ah, sí; yo amo á Dios! ¿Habrà en el cielo, en la tierra, ni en los infiernos alguna criatura que lo pueda dudar?» Desde entonces su vida no fué más que una perpetua elevación de su alma á Dios, una serie de éxtasis, de raptos, de profecías, que todas tenían por piedra de toque la más profunda humildad, y por garantía la más perfecta obediencia (2).

Cuando la Madre de Brechard salía de haber comulgado, caía en un desmayo casi completo, por efecto del amor que la consumía. Muchas veces, durante la Misa, estaba arrebatada en éxtasis. La primera vez que le sucedió esta felicidad, no queriendo que se conocie-

(1) *Vida de algunas Superiores*, pág. 370.

(2) *Idem*, pág. 19,

se el estado á que el amor la había reducido, hizo un violento esfuerzo para levantarse, pero no pudo sostenerse.

Las Hermanas la echaron en una cama, y creyendo que era un desmayo natural, la preparaban algunas medicinas para aliviarla. Felizmente vino la Madre de Chatel, y haciéndoles observar el rostro resplandeciente de la Madre de Brechard: «¡Oh y qué buena enfermedad!—les dijo.—¡No penséis en curarla! ¡Ojalá sea de todo punto incurable!» Y haciéndolas salir, dejó á esta amada Hermana gozar en paz de Nuestro Señor (1).

La Madre de Chatel no recibía menos favores. Su don especial era una admirable familiaridad con Dios. Hablaba sin cesar con Él, como con el amigo más tierno; y aunque la dulzura era el carácter de las caricias que recibía, tal era, no obstante, algunas veces la impetuosidad del santo amor sobre ella, que aun en el rigor del invierno se veía precisada, para templar el ardor de esta llama, á tener abierta su ventana (2). «Hija mía—le decía la Madre de Chantal,—aprovechaos bien de la presencia de vuestro Esposo, porque vendrá día en que le buscaréis y no le encontraréis. — ¡Qué! respondía la Madre de Chatel,—¿qué es esto? ¿Buscaría yo á mi Dios y no le encontraría? Ciertamente que sí otra que no fuese nuestra Madre me hubiese dicho una cosa semejante, no creería ni una sola palabra.» Preciso fué creerlo, cuando á las caricias del santo amor sucedieron de repente las tinieblas, las sequedades, en fin, un abandono completo en apariencia; la Madre de Chatel no sabía qué hacerse. «¡Oh Santísima Virgen!—decía un día con su familiaridad y candor ordinario,—permitidme que os diga que si vuestro Amado os hubiese

(1) *Vida de las primeras Madres*, t. I, pág. 170.

(2) *Idem*, id., pág. 400.

dejado, bien querriais que os le volviesen. Estuvisteis muy afligida por haberle perdido tres días, y yo hace tanto tiempo que le busco, y ni aun noticias tengo suyas! Pues, Santísima Virgen, vos tenéis siempre á este querido amor sobre vuestro pecho, y es preciso que yo os haga sentir en figura lo que es estar separado de El.» Y diciendo estas palabras, cogió unas tijeras y recortó la imagen del Niño Jesús que la Santísima Virgen tenía en sus brazos. « ¡Dulce Madre mía! perdonadme si os he quitado á vuestro Hijo; me habéis obligado á ello por no querérmele dar.» En el mismo instante se sintió penetrada de tan dulce sentimiento de compasión, viendo la imagen de la Madre sin la de su Hijo, que echando á llorar, la dijo: «¡Oh Santísima Madre, no tengo valor para dejaros más tiempo sin vuestro Hijo,» y volvió la imagen del Niño Jesús al lugar de donde la había quitado. Apenas habia concluido, cuando se le apareció la Virgen Santísima y le entregó, como á San Antonio de Padua, el Niño Jesús, poniéndoselo en los brazos(1).

La Madre Favre no conocía estos favores sobrenaturales. Siempre en tinieblas y penas interiores, con los ojos llenos de lágrimas, el rostro pálido y macilento, no tenía en la boca más que estas palabras: « ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me habéis abandonado? » Pero en medio de estas penas, esta *grande hija*, como la llamaba San Francisco de Sales, vivía tranquila, como los peces que viven pacíficamente en medio de las olas y tempestades. Queriendo manifestar á Dios su perfecta sumisión y lo grande de su abnegación, hizo voto de no detenerse nunca voluntariamente en ningún pensamiento que no fuese de Dios ó no se dirigiese á Dios. Voto admirable, digno de ser contado entre los más sublimes, y colocado casi en el mismo lugar que el que ha

(1) *Vidas de las primeras Madres*, tomo I, pág. 320.

hecho tan célebres á Santa Teresa y á la santa Madre de Chantal (1).

Y ¿cómo pintar el fuego del amor que consumía á la Madre de la Roche? Estando un día en el jardín, durante la recreación, se encontró repentinamente rodeada de un olor celestial tan suave, que no pudiendo tolerar sus delicias, se levantó prontamente, y entró en la sala de juntas que estaba próxima, donde casi sucumbiendo á la violencia del amor divino se apoyó en una silla. Su rostro estaba tan radiante, que apenas podían las Hermanas soportar su resplandor. La llevaron á su celda, y el celestial olor era tan fuerte y tan suave, que las Hermanas estuvieron largo tiempo sin poder hacer otra cosa que gozar de esta suavidad (2). Otra vez, estando en ejercicios, entró la Asistente en su celda y la encontró de rodillas, con los brazos en cruz, el rostro iluminado y bañado en lágrimas. No atreviéndose á distraerla en estos momentos, la Asistente salió sin ruido, respetando el misterio de su unión con Dios. Al cabo de media hora volvió y la encontró en el mismo estado, estática, inmóvil, con los brazos en cruz, con las lágrimas en los ojos, hablando en alta voz, y con el rostro más bello y radiante que antes. Arrebatada la Asistente con este espectáculo, besó con respeto el hábito de la Madre de la Roche, y viendo que ésta no lo advertía, se sentó á la mesa, tomó una pluma, y se puso á escribir las palabras que, como sus lágrimas, salían á torrentes (3).

Lo que sobre todo era admirable en estas primeras Madres, era que su humildad igualaba á su amor. Vuelta de su éxtasis la Madre de la Roche, prohibió á la Hermana Asistente dijese nunca una palabra, y habiendo visto el papel que había escrito, le arrojó al fuego

(1) *Vidas de las primeras Madres*, t. I, pág. 25.

(2) *Idem id.*, pág. 454.

(3) *Idem id.*, pág. 474.

avergonzada (1). Cuando la Madre de Blonay volvía de sus éxtasis, era un placer para las Hermanas ver los apuros de su confusión; no sabía dónde esconderse para evitar sus miradas. La menor alusión la ponía colorada (2). En cuanto á la Madre de Brechard, sus actos de humildad llevaban el sello característico de la energía de que estaba dotada. Habiendo encontrado dos retratos que la habían sacado sin que lo supiese, se quedó tan confusa, que en el primer momento dió un puñetazo al uno y le rompió, y habiendo podido las Hermanas coger el otro antes que tuviese igual suerte, le buscó con tanto afán, que al fin le encontró y le arrojó al lugar más vil de la casa, viniendo luego muy contenta á decir á las Hermanas que le había echado en el lugar en que merecía estar su indigno original (3). Un día estaba la Madre de Chatel delante del Santísimo Sacramento, y se le ocurrió de repente examinar si su corazón estaba apegado á alguna cosa; creía haber renunciado á todo (era en los principios de su vida religiosa), y en el mismo instante oyó una voz que le dijo: «Y si te nombrasen Superiora, ¿estarías indiferente también?» No supo al pronto qué responder, y todo su cuerpo se estremeció. No obstante, no queriendo reservarse nada, se ofreció á Dios, para que hiciese de ella lo que le agradara. Mas fué tanta la violencia que tuvo que hacerse, que un sudor frío corrió por todo su cuerpo, sus ojos se llenaron de lágrimas, y se desmayó (4).

Cuando de este modo se toman los empleos, fácil es conjeturar cómo se dejan. Acabamos de ver á la Madre de Beaumont salir de París humilde y obediente, sin proferir una sola palabra de queja. Apenas llegó á Anecy, suplicó á la Madre de Chantal la permitiese vol-

(1) *Vida de las primeras Madres*, tomo I, pág. 475.

(2) *Vida de la Madre de Blonay*, por Carlos Augusto de Sales.

(3) *Vidas de las primeras Madres*, tomo I, pág. 196.

(4) *Id.*, tomo I, pág. 324.

ver al noviciado (1). La Madre de la Roche hizo poco después la misma petición; y aunque la época era difícil, y las fundaciones se multiplicaban por todas partes, y aunque las Madres de Beaumont y de la Roche habían sido ya Superiores y fundadoras, no titubeó la Madre de Chantal en acceder á sus ruegos, porque sabía que sumergir á sus Hijas en la humildad era sumergirlas en el amor divino.

La caridad y la más tierna unión entre las Hermanas, coronaba este hermoso conjunto de virtudes. «Verdaderamente—decía el P. Cotton, confesor de Enrique IV—después de visitar un monasterio de la Visitación cree uno haber estado en el Cenáculo, donde todos los corazones no eran más que uno solo» (2). En Lyon, después de haber hecho la visita canónica, no había por qué reprender á las Hermanas, sino porque amaban mucho á la Madre de Blonay, su Superiora (3). En Annecy, en París, en Dijón, en todas partes, la conversación más agradable era la de hablar de las virtudes de las Hermanas ausentes (4). En Orleans, la Madre de la Roche, viendo sufrir á una pobre Hermana que padecía un cólico violento, se puso de rodillas en un rincón de la enfermería, y con el corazón conmovido por esa grande y verdadera caridad que da su vida por los que ama, rogó al Señor librase á la pobre Hermana de su cólico, ofreciéndose á padecerlo y sufrirlo en su lugar. Dios escuchó tan tierna y admirable oración; la Hermana sanó al punto, y la Madre de la Roche fué atacada al instante de un dolor, que conservó hasta la muerte (5).

Esta caridad brillaba también en el cuidado que te-

(1) *Fundación inédita de Montferrand.*

(2) *Fundación inédita de Grenoble.*

(3) *Vida de la Madre de Blonay*, pág. 162,

(4) Véanse las *Fundaciones* de estas casas.

(5) *Vidas de las primeras Madres*, tomo I, pág. 162.

nían los monasterios de recibir enfermas jóvenes sin dote, y personas de edad muy avanzada. No había casa que no tuviese alguna persona de éstas; y como si Dios hubiera querido manifestar cuán agradable le era esta animosa obediencia á las reglas del Santo Fundador, sucedía muy á menudo que aquellas enfermas, aquellas jóvenes pobres, aquellas viudas ancianas ó achacosas, eran las que traían al Instituto naciente las mayores virtudes y los consuelos más dulces. En Chambery, por ejemplo, siendo Superiora la Madre de Chatel, vió llegar al locutorio á su madre, anciana de casi noventa y siete años, pidiendo de rodillas le concediesen la felicidad de tomar el santo hábito de la religión. La Madre de Chatel titubeaba en recibirla á causa de su mucha edad; pero habiendo consentido en ello las Hermanas y la Madre de Chantal, aquella venerable anciana entró en la casa con una alegría, una humildad y un fervor que encantaba á todo el mundo. Siempre estaba en el último lugar, se creía la menor y última de todas, y daba gracias á las Hermanas por tener la bondad de sufrirla á su lado; pero sobre todo, cuando se la veía ponerse de rodillas para recibir la bendición de su hija, pedirle permiso para todo, descubrirle su corazón, dándole cuenta de sus acciones con la sencillez y candor de una niña, los ojos se llenaban de agua y el corazón de ternura y veneración. Murió poco después, habiendo tenido la dicha de profesar en su lecho de muerte (1).

En Grenoble, la señora de Le Blanc, viuda del primer Presidente del Parlamento, después de haber fundado el monasterio se retiró á él, de edad de sesenta años, entrando de noche, á fin de que no la llevasen en triunfo los pobres, á quienes tanto había querido. Decían las Hermanas «que un niño de dos días no sería tan dulce y flexible como ella;» y también, «que era un

(1) *Vida de ocho venerables viudas de la Visitación*, manuscrito en 4°.

corazón de cera que se liquidaba con el fuego del amor divino.» Poco tiempo antes de la consumación de su sacrificio, su cuerpo empezó á desecarse por efecto del ardor del amor santo que la consumía. Las mangas de su hábito, por la parte de arriba, se encontraron después de su muerte tíasas como un cuero, por la abundancia de lágrimas que derramaba en la oración, cayendo de sus ojos sin cesar como dos arroyos. Su hábito, cortado en mil pedazos, hizo milagros (1). Por último, en París (porque es menester no detenerse y dejar de referir otros hechos semejantes), en París, digo, la Visitación adquiría también en la persona de la señora de Bouthilliers, un rico tesoro (2). La señora de Bouthilliers tenía setenta y siete años; su marido acababa de morir á los ochenta, después de una vida sin tacha, llevando á la tumba la reputación de magistrado el más íntegro que se había conocido hacía muchos años. Había tenido nueve hermosos hijos. El mayor era ministro de Estado de S. M. Luis XIII; el segundo, Obispo de Aire; el tercero, Obispo de Boulogne y después Arzobispo de Tours; el cuarto, que era seglar como el mayor, tenía un empleo importante en el Parlamento de París. Sus cuatro hijas se consagraron todas á Dios: dos tomaron el hábito de San Francisco de Asís, la tercera el de Santa Teresa, y la cuarta era Abadesa de Fontevrault. Sus nietos seguían las mismas huellas; los había en el mundo y los había también en el claustro. Su nieta Cecilia estaba en la Visitación, y otra en el Carme-

(1) *Fundación inédita de Grenoble.*

(2) Claudia Francisca Machecop nació en Dijón y se casó en Borgogna, en 1575, con Dionisio de Boutilliers, señor de Fouilletourte y de Petit-Thouars, el cual empezó á dar nombradía á esta ilustre familia, cuyas más célebres ramas, como es sabido, fueron los Chavigny y los Rancé. Todos nuestros *Manuscritos* y nuestras *Vidas* impresas le llaman Boutelier. Moreri y el P. Anselmo escriben Bouthilliers. La *Vida de la señora de Bouthilliers* se ha insertado en las *Vidas de las ocho venerables viudas*.

lo; la señora de Bouthilliers principiaba á ver los nietos de sus hijos. Fortuna, honores, santidad, larga vida, numerosa posteridad, en una palabra, no le faltaba ninguna de las bendiciones de los Patriarcas, y esto era precisamente lo que la inquietaba y lo que la llevó al claustro; se encontraba demasiado feliz; buscaba la cruz sin poder encontrarla. Su hija, la Carmelita, le decía: «Venid aquí, la encontraréis en el Carmelo.» Su nieta Cecilia le decía: «Mejor es que vengáis á la Visitación.» Se decidió, por último á esto, y recibió el hábito á la edad de ochenta y tres años, de manos del señor Arzobispo de París, en presencia de la Reina María de Médicis y de toda la corte, llevándole casi un año con una humildad encantadora. Su nieta Cecilia era Consiliaria y Asistente de los locutorios, y cuando llamaban á su abuela para alguna visita, y por causa de su mucha edad faltaba en alguna cosa de las que nos están mandadas en el locutorio, por falta de memoria, la nieta le advertía en el refectorio ó en pleno capítulo, y todas las Hermanas se admiraban y edificaban viendo el respeto con que la anciana abuela recibía las advertencias de su nieta. Pero, sin embargo, por más que hizo no consiguió encontrar la cruz que deseaba, y poco antes de su muerte decía llorando: «Ay! Yo creía haber entrado en la religión para sufrir y hacer penitencia, y en lugar de esto, sólo he hallado mucha más felicidad que cuando estaba en el mundo.»

No se cansaría uno de referir estos hechos, contemplando á la naturaleza humana, vencida tan admirablemente por la gracia, despojada de su egoismo, pequeñez, independenciancia, y de sus vergonzosas pasiones; flexible por la obediencia, fuerte por la humildad, dilatada, y, por decirlo así, ensanchada por el amor, elevándose hasta los actos más heroicos de abnegación que honran á la humanidad casi tanto como glorifican á Dios.

Y, hablando en general, ¿qué cosa hay más hermosa, respecto al triunfo de la gracia sobre la naturaleza, que los principios y origen de la vida religiosa? De los desiertos de la Tebaida, en donde nació, que pobló de anacoretas y Stilitas, pasemos á las soledades, quizá tan maravillosas, del Císter y Claraval, en el corto y delicado espacio en que San Bernardo apareció en él como un astro. Contemplad aquella vida de oración y de sacrificio, aquella mortificación de los sentidos, aquellos rostros macilentos, pero ardientes y amables; aquellos seres aniquilados con las maceraciones, que parece no les queda sino un soplo de vida, y, sin embargo, tienen fuerzas bastantes para predicar la cruzada á cien mil hombres. Entrad en Roma, y asistid, un siglo después, al encuentro de Santo Domingo y San Francisco de Asís; seguid á uno á su naciente monasterio de Santa Sabina, subid con el otro á la cima del monte Alvernia, y decidme si la naturaleza humana no está vencida y como transfigurada en aquellos hombres sublimes. De Roma pasad á España, y respiraréis ese olor de rosas y azucenas que sale de los monasterios reformados de Santa Teresa; visitad en Avila ó Toledo á esas jóvenes que se acuestan en el suelo, que andan con los pies descalzos, que maceran su cuerpo, que le afligen con cadenas de hierro, y cuyas almas, enfermas de amor, no saben hacer más que sufrir ó morir.

Desde Avila y Toledo volved á Francia; allí veréis nacer al soplo de San Vicente de Paúl, y extenderse por los hospitales, por los campos de batalla y por las más remotas islas, esas admirables Hermanas de la Caridad, que arrancarán al mismo impío gritos de admiración y simpatía. ¿Os agradan otros espectáculos? Encerraos con San Ignacio en la cueva de Manresa, y pasad el mar con San Francisco Javier; ó si os parece mejor, volvamos á los piadosos claustros de la Visita-

ción, y después de haber admirado tanta humildad, tanta obediencia, amor á Dios y al prójimo, preparémonos á ver mayores maravillas, un triunfo más completo aún de la gracia sobre la naturaleza, una más inefable consumación de las almas en Dios.





CAPÍTULO XXV

Peste general en Francia y en Saboya.—Estado de los monasterios durante la peste.

1628—1631

NUNCA brilló con más esplendor el admirable imperio de la gracia y la maravillosa transformación de las almas que toscamente acabamos de pintar, que durante la terrible y espantosa peste que invadió la Francia, la Saboya, el Piamonte, la Italia y el mundo entero, hacia el fin del año 1628, haciendo tan horribles estragos durante los años 1629, 1630 y 1631.

Los azotes que tantos estragos han hecho en el siglo XIX, no pueden darnos una idea de lo que era entonces una peste. El poco aseo de las ciudades, la nulidad de los socorros del arte, la falta de una policía regular capaz de poner un poco de orden en medio de tanta confusión, el carácter contagioso de la enfermedad, que se creía aún más contagioso, todo contribuía á que se aumentase la mortandad, el espanto y la desesperación. En presencia de una enfermedad que se comunicaba por el tacto, que el apestado infundía con su aliento y que impregnaba en todo cuanto le había servido, no había quien quisiera ver á nadie ni tocar á nada. Los mismos comestibles eran sospechosos, las relaciones más queridas se interrumpían y cesaban. A la primera

ción, y después de haber admirado tanta humildad, tanta obediencia, amor á Dios y al prójimo, preparémonos á ver mayores maravillas, un triunfo más completo aún de la gracia sobre la naturaleza, una más inefable consumación de las almas en Dios.





CAPÍTULO XXV

Peste general en Francia y en Saboya.—Estado de los monasterios durante la peste.

1628—1631

NUNCA brilló con más esplendor el admirable imperio de la gracia y la maravillosa transformación de las almas que toscamente acabamos de pintar, que durante la terrible y espantosa peste que invadió la Francia, la Saboya, el Piamonte, la Italia y el mundo entero, hacia el fin del año 1628, haciendo tan horribles estragos durante los años 1629, 1630 y 1631.

Los azotes que tantos estragos han hecho en el siglo XIX, no pueden darnos una idea de lo que era entonces una peste. El poco aseo de las ciudades, la nulidad de los socorros del arte, la falta de una policía regular capaz de poner un poco de orden en medio de tanta confusión, el carácter contagioso de la enfermedad, que se creía aún más contagioso, todo contribuía á que se aumentase la mortandad, el espanto y la desesperación. En presencia de una enfermedad que se comunicaba por el tacto, que el apestado infundía con su aliento y que impregnaba en todo cuanto le había servido, no había quien quisiera ver á nadie ni tocar á nada. Los mismos comestibles eran sospechosos, las relaciones más queridas se interrumpían y cesaban. A la primera

aparición del azote eran abandonadas las ciudades, quedando desiertas meses enteros; de modo que crecía la yerba en las calles, donde sólo se veían grandes bandadas de lobos, atraídos por el olor de los cadáveres que yacían en ellas insepultos. Los mismos labradores abandonaban los campos y dejaban el azadón. Un año de peste traía un año de hambre; y éste á su vez volvía á traer la peste, círculo mortífero, en el cual se rodó mucho tiempo.

¿Qué sucedía entonces á los monasterios de la Visitación? Eran los únicos que quedaban habitados en las ciudades abandonadas, privados de remedios, de alimentos, de médicos y aun de confesores, los cuales eran arrebatados por el azote, libres algunas veces del contagio, atacados las más, y siempre y en todos los casos teatro de la mayor abnegación y del valor más heroico.

Uno de los primeros monasterios amenazados por la peste fué el de Autun, que gobernaba la Madre de Chastelluz. Apenas apareció el azote, reunió el capítulo y propuso á las Hermanas usar de la libertad concedida por el concilio de Trento, es decir, de salir del convento y retirarse todas juntas al campo á un castillo situado en buen punto y muy sano, que la señora de Roussillon, su hermana, les ofrecía y ponía á su disposición. Pero apenas acabó de decir esto, cuando todas las Hermanas protestaron á una voz que no querían quebrantar su santa clausura; que no temían peste ninguna, sino la del alma; y abrazándose unas á otras se prometieron cuidarse mutuamente hasta morir. La Madre de Chantal, arrebatada de gozo al saber este acto heroico de virtud, las escribió para felicitarlas una carta, que se ha conservado hasta estos últimos tiempos como un tesoro (1).

En Moulins apareció la peste casi al mismo tiempo,

(1) *Fundación inédita de Autun*, pág. 239.

pero con tal violencia, que al cabo de cuatro ó cinco días sólo quedaron en la ciudad algunos pobres, que desafiaban el azote para saquear las casas desiertas y á los enfermos que no habían podido huir. El buen Sr. Coudre, confesor del monasterio, que se había quedado animosamente en su puesto, murió santamente uno de los primeros. Su última bendición y postrera oración fueron para sus queridas Hijas. Les rogó desde su lecho de muerte que se mantuviesen tranquilas, en paz, y no tuviesen miedo; «y tanto más—decía—cuanto que había rogado á la Santísima Virgen, su Señora y su Princesa, que no permitiese que los que asistiesen á su siervo y esclavo fuesen atacados del mal, y especialmente á sus queridas Hijas, á quienes había consagrado sus pequeños servicios.» Alentadas por esta voz tan santa, las religiosas estuvieron ocho meses enteros en medio de los muertos y los moribundos, abandonadas de todo el mundo, y privadas aun de los socorros espirituales. Unicamente un buen religioso que se quedó todavía en la ciudad, y cuya ocupación era pasar todo el día sirviendo á los apestados, mandaba á decir de cuando en cuando á las Hermanas que orasen mucho por sus pobres enfermos, y que continuasen sin miedo; «que todos los días llevando á su Señor, es decir, al Santísimo Sacramento, en las manos y sobre su pecho, cuando iba á administrar á los enfermos, daba una vuelta alrededor de las paredes de clausura de sus queridas esposas, para que no permitiese que entrase la enfermedad en el dulce cercado de aquellas felices y voluntarias prisioneras; y que nunca hacía esta pequeña procesión sin una tierna confianza de que el Señor las preservaría; y que se lo advertía como buen hermano, para que redoblasen sus oraciones y súplicas á su adorable Maestro y Señor» (1).

(1) *Fundación inédita de Moulins*, pág. 79.

De Autun y Moulins corrió la peste rápidamente á Paray. Al día siguiente de aparecer el mal fué abandonada la ciudad, no quedando en ella más que las Hermanas, y unas cuarenta familias pobres, el confesor del monasterio y el cura párroco, joven sacerdote que acababa de llegar hacía muy pocos días, y que no quiso abandonar á los pocos fieles que habían quedado en su parroquia. Casi al mismo tiempo que empezó la peste en la ciudad, entró en el monasterio. La Hermana Claudia Antonia fué atacada la primera, saliéndola tres grandes tumores en la rodilla. Lleváronla apresuradamente á lo último del jardín á una pequeña choza de follaje construída para las apestadas; y como todas las Hermanas pedían ardientemente la gracia de ir á exponer su vida por cuidarla, se echaron suertes, y la Hermana Juana Catalina Vivían fué la agraciada. Toda la Comunidad la abrazó tiernamente, felicitándola por su dicha y fortuna, y ésta, más contenta que todas, habiendo recibido la bendición de la Superiora, fué á encerrarse con su querida enferma. El cirujano que asistía ordinariamente á la Comunidad se había marchado al campo, y con gran trabajo y á fuerza de ruegos, se pudo conseguir que viniese hasta los fosos, fuera de la ciudad, desde donde podía oír á la Superiora, que le hablaría por una ventanita enrejada de la torre. La consulta fué muy corta: el cirujano dijo á voces, que si no se sangraba á la Hermana moriría infaliblemente, y habiendo ordenado algunas pequeñeces, se retiró más que á paso, temiendo respirar el aire infecto de la ciudad. Era imposible pensar en que quisiese nadie entrar para sangrar á la hermana, y no se trató de ello. Felizmente, por la tarde, «se acercó á los fosos un joven determinado, y dijo á gritos que él haría todo por dinero, y se encargaría de sangrar á la enferma, pero que le habían de dar cien escudos, que no sabían las Hermanas de dónde sacar.» Por último, se convinieron

en cien francos. Entró, hizo la sangría, enseñó á las Hermanas á sangrar por sí mismas, á quemar algunos perfumes y preparar ciertos remedios; socorros bien insuficientes, pero los únicos que habian de tener durante el largo periodo de la epidemia (1).

Las Hermanas de Montferrand, en donde la peste se declaró casi al mismo tiempo, hubieran querido seguir el ejemplo de la Visitación de Moulins y de Autun, y á la primera idea de contagio se reunieron en capitulo, prometiendo cuidarse recíprocamente hasta la muerte, sin abandonar nunca la santa clausura. Pero cuando se supieron los estragos que la peste hacía en Paray, el Superior de Montferrand no quiso oír hablar de este proyecto, y fué á intimarlas la orden de marcharse al instante á San Flour, en donde sus Hermanas de la Visitación las ofrecían un asilo. Fácil es imaginarse lo que sería el viaje. En una época en que todas las religiosas eran claustradas, y en que se hubiera podido recorrer todo el reino sin encontrar en calles ni caminos un solo traje monástico, el ver á toda una Comunidad viajando á caballo y en malos carros, reunidos apresuradamente y procedentes de una ciudad en que estaba la peste, excitó un pánico general. Las casas se cerraban á su paso, las aldeas ponían barricadas cuando se acercaban, y desde el segundo día fué preciso dormir en medio de los bosques y en las chozas de los carboneros, porque en ningún pueblo ni aldea querían dejarlas entrar. Mucho peor fué al llegar á San Flour. Las puertas de la ciudad estaban cerradas, y temiendo el pueblo que las religiosas llevasen la peste, se había reunido en la plaza en una actitud amenazadora. No se sabe lo que habría sucedido si las Hermanas no se hubieran detenido prudentemente antes de entrar en los arrabales, ni dónde hubiesen pasado la noche, si el

(1) *Fundación inédita de Paray*, pág. 283.

Ilmo. Sr. Obispo no hubiera puesto á su disposición su casa de campo, situada á dos ó tres leguas de la ciudad, en donde hicieron cuarentena. Después, viendo el pueblo que estaban buenas y sanas, las dejó entrar en el monasterio, en el que se las esperaba con ansia, y en donde estuvieron reunidas las dos Comunidades por espacio de siete meses, con una paz y concordia, que hasta hoy dura el recuerdo de aquella feliz reunión (1).

Mientras tanto, la peste, que se desarrollaba poco á poco en Francia hacía algunos meses, y que aún no se había manifestado sino en algunos puntos, creció de pronto, y extendió sus estragos á todas partes. Calores fuertes y prematuros, una sequía pertinaz que agotó todos los pozos, un aire pesado y ardiente que oprimía el pecho, en una palabra, todo pareció que se juntaba para aumentar la mortandad. En Lyon, Valence y Grenoble, en Aix, Crest y Cremieux, estalló la peste casi al mismo tiempo, terrible y asoladora, destruyendo poblaciones enteras. La marcha del azote era incomprendible, y desconcertando todos los cálculos, aumentaba el espanto. En Lyon, por ejemplo, había dos monasterios de la Visitación, situado el uno en Bellecour, en la parte baja de la ciudad, entre el Ródano y el Saona, y, por decirlo así, en medio de las aguas; y colocado el otro sobre la montaña de Fourvieres, en la Antigualla, en una posición más saludable. El primero no fué atacado en todo el tiempo que duró la peste. En el segundo se encarnizó el mal, digámoslo así, de tal modo y con tal furor, que la mitad de las Hermanas perecieron en los primeros días. «¡Ay! ¡Ay de mí, Madre mía!—escribía la Madre Superiora á la santa Madre de Chantal.—¿Qué os diré de nuestra pobre casa? De veintidós Hermanas que éramos, siete han muerto ya! Y ¡qué Hermanas! Eran perlas de virtud.» La Hermana asistente María

(1) *Fundación inédita de Montferrand*, pág. 140.

Jacobina de L'Etang, herida la primera, murió en olor de santidad. «No creo—continúa la Superiora—que pueda encontrarse un corazón más religioso que el suyo, ni más desasido de las cosas de la tierra. No se le ha visto en toda su enfermedad un solo acto de resistencia, y decía que si la obediencia la hubiese mandado tragar una barra de hierro ardiendo, al momento hubiera tratado de hacerlo.» La que fué atacada la segunda no era más que una humilde Hermana tornera, llamada Juana; dejó, no obstante, recuerdos aún más vivos. Su vida podría llamarse una pequeña maravilla. Nacida de padres muy pobres, y tan ignorantes que ni aun la enseñaron quién es Dios, cuando estaba sola en el campo ocupada en guardar su rebaño, se ponía á meditar y se preguntaba quién habría hecho la tierra, las flores, los árboles, el sol, la noche y el día, concluyendo por responderse que era preciso fuese un ser muy grande y elevado. Llena de este profundo pensamiento, se ponía de rodillas y decía: «Cualquiera que vos seáis, bien mereceréis ser amado, pues habéis hecho el cielo, la tierra, y á mí también.» Tres años enteros estuvo así, adorando al Dios que no conocía, y considerando sus obras. Al cabo de este tiempo, oyó por casualidad hablar de la Santísima Virgèn, y supo que era la Madre de Dios. De pregunta en pregunta fué aprendiendo todos los misterios de la religión, y encantada de lo que sabía, al par que afligida por haberlo ignorado tanto tiempo, no soñaba ni deseaba más que una soledad más profunda, para no pensar sino en estas maravillas de amor. Dos años hacía que estaba en el segundo monasterio de Lyon, avanzando á paso de gigante en la verdadera virtud, cuando hiriéndola la peste, voló felicísimamente á la eternidad. Otras cinco Hermanas siguieron á éstas en el espacio de algunos días, lo cual excitó en todas una santa y fervorosa emulación, porque pensando verse acometidas del mal de un momento á otro, procuraban á porfía hacer caudal

de virtudes, para ir á la presencia de su Esposo. El primer monasterio de Lyon, hasta entonces sano y salvo, habiendo sabido el triste estado en que se hallaba el de la Antigualla, mostró una caridad heroica. A instancias de la Madre de Blonay, que entonces estaba de-puesta, escribió la Madre de Cremeaux, Superiora, á las Hermanas del monasterio de la Antigualla, supli-cándolas le enviasen aquellas que hubieran sido ataca-das de la peste, ofreciendo servir las y cuidarlas hasta la muerte. Esta admirable proposición no fué aceptada, pero creciendo el mal, y siendo tales los estragos que hacía que no quedaba otro remedio que desalojar la casa, la Madre de Blonay escribió de nuevo á las Her-manas de la Antigualla, para rogarlas viniesen al mo-nasterio de Bellecour, donde serían recibidas con la ma-yor alegría. Las religiosas dudaron aún muchos días, pero como había cadáveres tendidos alrededor del mo-nasterio y hasta en las puertas, con lo cual el aire se corrompía cada día más, en términos que ya no había una sola religiosa que no estuviese enferma ó incapaz de cuidar á las demás, se decidieron, por último, á res-ponder á la Madre de Blonay aceptando su oferta. Sa-lieron, pues, á pie, con su velo echado, y atravesaron rezando la ciudad desierta. Tal era el número de muer-tos insepultos que se encontraban en las calles, que una Hermana se cayó encima de un cadáver que había en medio de la calle que atravesaban. Fueron recibidas con los brazos abiertos por las Hermanas de Bellecour, que olvidando salían de su casa infestada, y que ha-bían visto y tocado cuerpos muertos, las abrazaron con admirable cordialidad y las llevaron al coro, donde se creyeron felices oyendo que las voces de las recién ve-nidas se confundían con las suyas en un mismo cántico. Por lo demás, Dios bendijo la caridad de las Hermanas de Bellecour, y durante los cuatro meses que las dos co-munidades estuvieron reunidas, no hubo ni una sola víc-

tima, aunque la peste continuaba haciendo espantosos estragos en la ciudad (1).

De Lyon pasó rápidamente la peste á Valence, en cuyo punto se desarrolló «con una especie *de rabia*,» pero en donde la caridad de una Hermana la detuvo repentinamente. Ya había entrado el mal en el monasterio, y doce ó quince Hermanas sentían el malestar, precursor cierto del contagio, cuando una de las más fervorosas, la Hermana María Constanza Orlendin, se fué á la capilla y se ofreció á Dios para morir, rogándole se contentase con su vida y salvase al monasterio. Su oración fué escuchada: «el mismo día la atacaron muchas clases de enfermedades, que la acabaron muy pronto. Murió muy contenta—decía—de dar su vida por sus queridas Hermanas; y el mal, en efecto, no pasó adelante» (2).

Una cosa semejante sucedió en Grenoble, pero la que ofreció su vida por sus Hermanas, no pagó felizmente con su muerte el sacrificio heroico que había hecho de su existencia. Era la Madre de Beaumont. Viendo que la peste diezmaba la ciudad, y que el monasterio corría el mayor peligro, porque habían establecido á su puerta un hospital provisional, llenándose el convento de un humo espeso y malsano cuando quemaban los vestidos de los apestados, se ofreció á Dios para morir en lugar de sus Hijas, y redactó en estos términos el acta de su sacrificio: «Dios mío, no teniendo por vuestra gracia otra voluntad que la vuestra, vengo á ofrecerme á Vos, Criador mío, para morir de la peste, y pagar yo sola, como la más criminal, lo que vuestra justicia quisiera exigir de la comunidad que me habéis encargado. Os doy y abandono mi corazón, mi cuerpo, mi alma y mi espíritu. Sí, querido amor mío, quiero y

(1) *Fundación inédita de Lyon*, pág. 33.

(2) *Fundación inédita de Valence*, pág. 167.

protesto que todas las palpitaciones de mi corazón, los pensamientos de mi espíritu y los movimientos de mi cuerpo sean renovaciones perpetuas y actuales de esta mi voluntad, á fin de que toda mi persona sea sacrificada á gloria de vuestro servicio... en unión de todos los sacrificios que Nuestro Señor Jesucristo hizo á su Eterno Padre para la salvación de todas las criaturas, entre las que me reconozco la más indigna.» Dios recibió agradablemente este holocausto, y el azote no entró en el monasterio (1).

En Nevers, la Madre Francisca Jacobina de Mussy, á quien ya conocemos, mostró durante la peste un gran valor y una prudencia admirable. Acordándose de lo que dice la regla, que la Superiora debe servir á las enfermas con sus propias manos, y de lo que aún más alto enseña el Evangelio cuando dice que el buen Pastor da su vida por sus ovejas, resolvió encerrarse en el fondo del jardín, en las pequeñas chozas de ramaje adonde se llevaba á las Hermanas atacadas de la peste; pero la Comunidad no lo permitió jamás. Obligada de este modo á permanecer lejos del peligro, se dedicó á mantener entre todas sus Hijas la alegría, el fervor y el santo deseo de la muerte, que son los mejores preservativos contra la peste. Lo logró completamente, pues las Hermanas, viéndose al borde del sepulcro, rezaban muchas veces al día las oraciones con que la Iglesia consuela y fortifica á los muribundos; y encontraban tan dulce consuelo esperando la venida del Esposo, que todas tenían por las más felices á las que venía á buscar las primeras. Entonces brilló en su mayor esplendor la unión que existía entre todos los monasterios de la Visitación. Cada día recibían las Herminas de Nevers gran número de cartas de las Hermanas de todos los monasterios, que les enviaban dinero, remedios y mil ofertas de ser-

(1) *Vidas de varias Superiores*, pág. 98.

vicios de toda clase. Reunieron más de doscientas de estas cartas, que copiaron con cuidado, formando un libro para que sirviese de eterno recuerdo de la caridad y unión que San Francisco de Sales había dejado tan recomendada, y que se practicaba tan tierna y exactamente.

A Cremieux llevaron la peste los mendigos vagabundos, y al momento familias enteras fueron atacadas, sucumbiendo víctimas de males extraños, acompañados de síntomas desconocidos. Aún se dudaba de que fuera la peste, ó más bien, como sucede siempre en tales casos, no se quería creer en esta calamidad, cuando un día, después de una gran reunión, cuyos detalles callan las crónicas, fueron tantos los muertos que obstruían las calles, que ya no fué posible cerrar los ojos á la triste realidad. Por desgracia, las torneras de la Visitación se encontraron entre el gentío, y en la misma tarde le salieron á una de ellas tres grandes tumores. La hicieron bajar apresuradamente por la ventana, por medio de una escala, y se le arregló en lo bajo de la cerca una cabaña, adonde se fué con ella la Hermana Francisca Agustina Pelet, que se dedicó á servirla. Como la enferma era joven y robusta, tuvo durante tres días y tres noches un acceso de furia y un delirio terrible, y al cabo de este tiempo, próxima ya á la muerte, se tranquilizó un poco, volvió en sí, y pudo hacer con valor y resignación su sacrificio. La misma tarde que esta buena tornera se sintió enferma y le salieron los tumores, había limpiado y mondado las legumbres y verdura de la cena, lo que puso á la Comunidad en tal peligro, que al saber el médico esta circunstancia fué á decir á las Hermanas que inmediatamente abrieran hoyos para enterrar á todas. Felizmente era Superiora la Madre María Ana Rosset, y en el momento llevó á todas sus Hijas á la capilla, y fortificó su ánimo con una de aquellas ardientes oraciones cuyo secreto conocía

más que nadie. Al otro día, sin embargo, le salieron al sacristán seis tumores, y poco después el confesor se sintió atacado mortalmente. Hasta entonces no se había decidido el abandonar el monasterio, pero los ruegos de este digno eclesiástico fueron tan vivos, que la Madre Rosset accedió á ello, y en el mismo día salieron las Hermanas á pie, de dos en dos, con el velo echado, y al pasar por la casa de su confesor, éste las dió su última bendición desde su ventana. Murió algunos momentos después, y antes que las Hermanas llegasen á la casa que les habían prestado, á dos leguas de la ciudad, y donde en cambio del peligro de la peste iban á soportar las pruebas del hambre (1).

En Crest el confesor fué uno de los primeros atacados. Ya enfermo, pero sin dárlo á conocer, había ido por la mañana á pasar una hora en el locutorio con todas las Hermanas, para animarlas con algunas palabras de fe y energía, repartiéndolas también estampas. De repente, dos horas después, aquel buen eclesiástico, más cuidadoso de sus Hijas que de sí mismo, vino á llamar á la puerta del convento, despidiéndose y diciendo que le habían salido dos tumores. Cargó su cama sobre sus hombros, y se fué á casa de sus padres, donde murió cuatro días después. Aún no había muerto, y ya la Hermana tornera, que le había abierto la puerta, se sintió atacada del mal, de suerte que todo parecía anunciar al monasterio una próxima y terrible invasión de la epidemia. Entonces se verificó un acto heroico de abnegación como los que ya hemos visto, y ante los cuales parece que el ángel exterminador se veía como obligado á envainar su espada justiciera. Había en Crest una joven de una noble familia de la Provenza: se llamaba la señorita de Bachason, y respecto á las dotes de cuerpo y espíritu, era verdadera hermana de las se-

(1) *Fundación inédita de Cremieux.*

ñoritas de Blonay, de Martignat y de Chatel: era de la misma edad, y tenía igual belleza y fortuna. Del mismo modo que éstas, lo había despreciado todo y se había dedicado á todos los ejercicios de piedad y caridad; había hecho venir Hermanas de la Visitación, y fundando el monasterio, en él tomó el hábito con el nombre de María Catalina, y hacía ya algunos años que vivía en él con gran fervor. Desarrollada la peste en Crest, y amenazando el monasterio, la buena Hermana sintió un gran remordimiento. Por ventura, ¿no era ella la causa de la muerte de las religiosas, pues que las había traído á Crest? Conmovida con esta idea fué á echarse á los pies del Santísimo Sacramento, rogando á Nuestro Señor Jesucristo, que si era su voluntad divina llevarse algunas Hermanas, la llevase á ella, ofreciéndose á su justicia divina para pagar por todas. Salió de la iglesia con la íntima convicción de que Dios la había oído, y fué radiante de alegría á comunicar á la Superiora la noticia de que ciertamente iba á morir, pero que ninguna de las Hermanas padecería la peste; y en efecto, aquella misma noche fué atacada de la enfermedad reinante. «Entonces, aquella pura é inocente paloma empezó á derramar su corazón en fervientes acciones de gracias á su Esposo divino, deshaciéndose en actos de humildad, de contrición y de amor. «¡Ay!—decía á menudo en lo más fuerte de sus dolores—¡cuánta es mi alegría al pensar que cuando mi alma salga fuera de esta cárcel, la Santísima Virgen la presentará á su Hijo, y mi bienaventurado Padre la recibirá!» No quiso que hiciesen entrar al Padre Capuchino que se exponía para administrarle los Sacramentos, por temor de que no trajese un nuevo peligro á las Hermanas; pero sabiendo que en caso de necesidad podía hacerse así, dijo sus pecados á la Superiora, la cual por una ventana se los dijo al confesor, el cual desde la calle dió la absolución á la enferma, que ganó también la indulgencia plenaria, quedan-

do con tanta seguridad y paz, que llenaba de dulzura el corazón de las que la asistían. Ocho horas antes de morir sufrió con mucha paciencia los más terribles dolores, siendo Jesús y María, á quienes invocaba con devoción, su más dulce consuelo. En fin, llegó la hora deseada, y con la mayor tranquilidad, fijos los ojos en un Crucifijo, con una dulce sonrisa de humilde confianza, rindió su hermosa alma, no habiendo estado enferma más que cinco días. Y á pesar del evidente peligro en que se encontraba el monasterio, ninguna otra fué atacada de la peste, como había dicho esta querida Hermana (1).»

Júzguese cuáles serían las inquietudes, dolores y emociones maternas de la Madre de Chantal, recibiendo una tras otra tan dolorosas noticias. Ciertó que el valor, la energía, el heroísmo, la obediencia y la caridad de sus Hijas la llenaban de consuelo; pero ¿cómo no había de sufrir y llorar, pensando en los peligros en que se encontraban? Todos los monasterios invadidos por la peste sufrían al mismo tiempo la pobreza. En Saint-Fleur, en medio de una ciudad abandonada, las Hermanas pasaron un día entero sin pan. En Autun no tenían más que las legumbres y verduras que cogían en su huerta. En Cremieux carecían de hábitos y zapatos. En Crest, en Moulins y Montferrand, la miseria era mayor aún. En una porción de monasterios, las que escapaban del azote reinante corrían riesgo de morir de hambre.

En ninguna ocasión fué la Madre de Chantal más admirable que en estas circunstancias. Se le vió recobrar de repente aquel ardor que le era natural, y que hacía tantos años trataba de calmar. «Ya son tres ó cuatro cartas las que os he dirigido, Hija mía—escribe á una Superiora cuyo monasterio había invadido la peste;—¿en qué pensáis que no me contestáis? ¿No veis que

(1) *Fundación inédita de Crest*, pág. 535.

estoy en brasas?» Se la ve, sobre todo, desplegar esa actividad industriosa, esa ciencia práctica, ese ardor mezclado de sangre fría, que son tan útiles en tales ocasiones. En todo piensa, á todo provee. Su corazón abraza en su inmensa solicitud á todas sus Hijas; su espíritu es tan grande como su corazón. A Lyon, Grenoble, Chambery, Saint-Fleur, envía trigo; á Crest; medicinas; á Cremieux, hábitos y zapatos; á Autun hace que llegue hasta un rebaño de carneros. Reune en París á los médicos, y les hace escribir consultas sobre el modo de preservarse del azote. También reúne al mismo tiempo teólogos, para saber si las Hermanas pueden en conciencia dejar la clausura para evitar la peste; y envía circulares á todos los monasterios para animar, consolar y fortalecer á las Hermanas, excitándolas á preparar sus almas para la venida del Esposo (1).

En medio de este celo ardiente, llora, gime, se acusa de hacer muy poco por sus Hijas, y golpea su pecho, creyendo ser la causa de estos castigos; y haciendo que arda su caridad con una llama más ardiente que nunca, se la oye exclamar: «Nuestras pobres Hermanas tienen tantas necesidades, que cuando pienso en ellas, quisiera venderme, si pudiese, para socorrerlas» (2).

En estas circunstancias recibió una carta que le causó una penosa impresión. Su Ilma. Juan Francisco de Sales, habiendo sabido que la peste se había desarrollado en Francia, y no dudando que invadiría muy pronto á París, escribía á la Madre de Chantal para mandarla dejase inmediatamente la capital, y volviese á la ciudad de Annecy por el camino más corto, prohibiéndola detenerse en parte ninguna donde hubiera peste, lo mismo que en los monasterios ya invadidos.

(1) Véanse para todos los hechos que acabamos de citar, las *Fundaciones inéditas* de los monasterios cuyos nombres citamos, y las cartas de la Santa dirigidas á estos monasterios.

(2) *Cartas inéditas*, pág. 131. Migne, 1865.

Por más doloroso que la fuese semejante mandato, pues iba á pasar por delante de las puertas de sus Hijas sin poder consolarlas, obedeció y partió al instante. Se pueden seguir sus huellas leyendo las cartas que les escribía por el camino, y con las cuales se disculpaba de no poder ir á verlas ni abrazarlas. El 5 de Julio de 1628 se encontraba en Bourges, dirigiéndose á Paray, mendigando en su camino limosnas para sus pobres monasterios atacados de la peste. Entre el 10 y el 20 de Agosto pasó por Nevers y Moulins, «afligida por no serle posible ir á cuidar á sus Hijas.» El 23 de Agosto estaba cerca de Paray, y no queriendo pasar más adelante, pues le estaba prohibido, se detuvo en Lamotte, pequeña aldea á dos leguas de dicha ciudad, desde donde escribió á la señora de Toulangeon, confiándole sus penas y pidiéndola algunas limosnas. «Querida hija mía — la dice,—he venido aquí, á dos leguas de Paray, para saber noticias de nuestras pobres Hermanas. Envié á buscar á su confesor, que es el único apoyo que tienen después de Dios, y me ha dicho que las cuatro Hermanas atacadas estaban ya fuera de peligro. La pobre Hermana María Margarita ha muerto; escribid á los monasterios para que la encomienden á Dios. En cuanto á las otras Hermanas, no tienen otro auxilio en lo humano que el de este buen sacerdote, el cual va por las aldeas á buscar alimentos para darles de comer, corriendo para esto el riesgo de perder su vida, porque han querido matarle; y si este pobre hombre cayera enfermo con la peste, no sé cómo se librarían nuestras pobres Hermanas de morir de hambre. Además, están en grandísimo y evidente peligro de contraer la enfermedad lo mismo que los de la población, y aun el peligro es mucho mayor, porque el cementerio de los apesados está á espaldas de su casa. A esto hay que añadir, según opina todo el vecindario, que es imposible, humanamente hablando, que la ciudad se purifique,

porque ni se toman medidas, ni hay ningún orden; antes al contrario, los cuerpos muertos quedan en las casas sin darles sepultura. Mirad en qué peligro están y estarán aún estas pobres criaturas. Me ha escrito, y me lo ha dicho también el confesor, que no tenían ningún medio de subsistencia, y que están destituidas de todo auxilio. Aún tienen, no obstante, un poco de vuestro dinero, trigo y vino, pero muy poco. Ciertamente, mi muy querida hija, será preciso proveer á sus necesidades, como os lo suplico (1).»

Para apoyar su ruego, la Santa se fué desde Lamotte á casa de la señora de Toulangeon, que estaba en Alonne. Desde este punto, no atreviéndose á llegar á Autun, escribió á la Madre de Chastelluz, que era Superiora, una carta empapada en lágrimas, instándola á que evacuase el monasterio prontamente, y aceptase la hospitalidad que las ofrecía el Sr. Abad de Toulangeon en su priorato de Meiere. «Creed, Hija mía, que en todo cuanto podamos, os serviremos cordialmente y sin reserva. Se teme mucho el hacer entrar á nadie en Autun, y se desearía nos dijeseis cómo y por dónde se os podría hablar, dar y recibir lo que queráis, por encima de la muralla de la ciudad, que está á la derecha de vuestro jardín: mirad si esto se puede hacer, y decidnos lo que queráis que hagamos mientras que yo esté aquí. ¡ Dios mío! ; qué mortificación será para mí si no puedo veros y á nuestras pobres Hermanas, á quienes saludo afectuosamente con vos» (2).

No habiendo podido la Madre de Chastelluz enviar noticias suyas á la Madre de Chantal, como ésta deseaba, y sabiendo que al volverse la venerable Fundadora pasaría á una media legua corta de la ciudad, alcanzó de los Superiores el permiso de ir á esperarla en medio

(1) *Cartas inéditas*, pág. 372.

(2) *Idem*, pág. 368.

del campo, á fin de poder, aunque de lejos, hablar y conferir con ella muchos negocios urgentes. Cuando la Madre de Chantal vió á esta buena Superiora á bastante distancia de ella, invocó el auxilio del Señor, y haciendo la señal de la cruz: «Acerquémonos—dijo,—en nombre de Dios;» y andando apresuradamente al encuentro de la Madre de Chastelluz, la abrazó y la hizo subir á su coche. La señora de Toulangeon, que llevaba consigo á su pequeña Gabriela; de edad de seis años, temblaba de miedo. «Ciertamente—decía,—si yo no supiese que mi madre es una santa, me moriría de aprensión.» La señora de Rousillon, á cuyo castillo fueron, tuvo aún más miedo, y poniéndose de rodillas delante de la Santa: «Señora—la dijo,—si no me tranquilizase el saber lo muy santa que sois, temblaría y dejaría mi casa á mi hermana; pero confío en que á nadie nos sucederá mal ninguno; hacedme la gracia de darme vuestra bendición.»

De aquí se fué la Madre de Chantal á Dijón, en donde recibió cartas de diferentes monasterios que la hicieron verter muchas lágrimas. «No obstante—escribía á la Madre y Hermanas de Lyon,—elevo mi espíritu sobre todas las cosas criadas, y sobre la muerte entre tantos muertos» (1). Estuvo poco en Dijón, y fué á Châlon-sur-Saone, del que acababa de ser nombrado Obispo su sobrino Jacobo de Neufchezes, y en donde todo el pueblo la colmó de honores. Las Carmelitas y Benedictinas la enviaron á rogar al instante que fuese á visitarlas; las Ursulinas la hicieron comer en su casa, y venerándola ya como á Santa, le cortaron una parte de su velo: lloró amargamente cuando lo vió por la noche al desnudarse, y por la mañana fué á ver al ilustrísimo Sr. Obispo, rogándole la dejase marchar, «porque estas religiosas—decía,—con la estimación que tienen

(1) *Cartas inéditas*, CCXXIV.

de mí, hacen cosas poco razonables que me es imposible sufrir.—Mi buena tía—la respondió el Obispo,—á vos os parece que hacen mal, y á mí, por el contrario, me parece hacen muy bien.» Así, en lugar de concederla lo que deseaba, la mandó recibir en el salón del palacio episcopal á cuantos quisiesen verla; y fueron tantos y de todas las clases de la sociedad, que parecía un concurso general. Obedeció, «pero se mantenía tan pegada á la pared, que no era posible pasar por detrás para cortarle los hábitos; mas á pesar de esto, no pudo impedir que cada día la cogiesen algún pedazo del traje ó del velo que llevaba» (1).

Al salir de Chálon fué á Bourg, y desde allí á Cre-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 222. El monasterio de Chálon-sur-Saone conservó hasta la época de la revolución francesa la cruz que llevaba Santa Juana Francisca cuando hizo este viaje. Dispersada la Comunidad por los revolucionarios, quedó la cruz en poder de una religiosa del citado monasterio, la cual se la legó al tiempo de morir á la señora de Gondier, en cuya casa había encontrado un asilo cuando fué dispersada la Comunidad. Al fallecimiento del Sr. Gondier fueron vendidos sus muebles en pública almoneda, y entonces (nos dice en una carta al presidente de la Audiencia imperial de Dijón, Sr. de Lacuisine) compró mi madre dicha cruz con una intención piadosa que luego realizó, haciendo donación de ella á las Hermanas del antiguo monasterio de Chálon-sur-Saone, las cuales vivían juntas, esperando fuese restablecida su Comunidad. De este modo vino aquella preciosa reliquia á manos de la Madre Bataillie de Mandelot, fundadora del monasterio de la Cruz Roja de Lyon, en el cual se conserva hoy.

En una carta escrita al Sr. de Lacuisine por la Superiora actual, Hermana Maria Regis Deville, su fecha 26 de Julio de 1862, se leen estas palabras:

«Es nuestro más vivo deseo que esta carta sea para vos un testimonio auténtico y perpetuo de la gratitud de nuestra Comunidad por el precioso regalo de la cruz de nuestra santa Madre Juana Francisca Fremiot, el cual, según consta en nuestro archivo, fué hecho por vuestra digna madre la señora de Lacuisine á nuestra Madre María Victoria Bataille de Mandelot, religiosa del monasterio de Chálon-sur-Saone y Fundadora de este de Lyon, ¡al que legó tan rico tesoro. Dicha cruz obra continuamente muchos prodigios, preservando de accidentes funestos á las señoras de esta ciudad en sus partos difíciles, por lo cual nos la piden á cada instante, especialmente cuando temen algún peligro.»

mieux, en donde la señora condesa de Disimieux, que la visitó, quedó sana de una hidropesía que padecía; y por último, llegó á la ciudad de Annecy el 30 de Octubre de 1622.

Este largo viaje por medio de tantos pueblos apesados, las penas que sintió en la muerte de tantas Hijas, las inquietudes que sin cesar la agitaban, aumentaron en la Madre de Chantal su abandono en la voluntad divina, y desarrollaron en su alma un secreto deseo de la muerte. Este es el fondo de todas las cartas que escribe en esta época. «Somos de Dios—escribía sin cesar,—pues hágase de nosotras lo que sea de su agrado. Nada es tan útil á nuestras almas, nada nos será más dulce que abandonarnos á su santo beneplácito.»

«Moriremos aquí tan bien como en Lyon—escribía desde Annecy,—porque anteayer enterramos á una de nuestras Hermanas; era un tesoro, un alma purísima, y así, creo en la bondad de nuestro buen Dios y Señor que la llevó derecha al cielo, como blanca y casta paloma. ¡Oh Hija mía! poco importa el mal de que hemos de morir, con tal que subamos á esta bienaventurada eternidad. ¡Oh Santísima Madre de los hijos de Dios! ¡Cuándo descansaremos en vuestro seno y entre vuestros brazos maternos! ¡Ah, Hija mía! ¡Nuestras almas debían desfallecer con este deseo, que tanto se alarga! Pero no, Hija mía, no; yo quiero reprenderme por esta palabra: esperemos con paciencia la hora marcada por el divino Esposo para colmarnos de tanta felicidad, y mientras tanto no tengamos más que un deseo: el de agradarle cumpliendo su santa voluntad (1).»

Llamando á la Madre de Chantal para que respirase el aire puro de las altas montañas de Annecy, se había concebido la esperanza de que estaría libre de todo pe-

(1) *Carta á la Madre Catalina de Cremieux de la Grange, Superiora de Lyon; 8 de Diciembre de 1628.*

ligro. Pero la peste, detenida un instante por el frío del invierno, prosiguió su curso derretidas las nieves, invadió á Belley en Febrero de 1629, á Chambery y á Rumilly en Marzo y Abril, y en fin, se desarrolló en Annecy poco después de la fiesta de Pascua. El Barón Luis de Sales tuvo un triste presentimiento de esta desgracia, viendo los escesos á que se entregaba el pueblo durante el Carnaval, y que se prolongaron mucho después de empezada la Cuaresma, sin que los libertinos se contuviesen, ni por los elocuentes sermones que resonaban en la ciudad, ni por el temor del azote de Dios que en todas partes se iba manifestando. «Verdaderamente—decía una tarde volviendo del sepulcro de San Francisco de Sales y encontrándose con una comparsa de máscaras,—¿en qué piensa esta gente? Mucho me admiraría, si dentro de poco no nos enviase Dios el castigo.»

No se engañó: algunos días después se tenían noticias de los diferentes barrios de la ciudad, en los cuales habían sucedido muertes muy raras, y examinados los cadáveres, manifestaron en todas partes las señales terribles y manifiestas de la peste. En estas circunstancias, el monasterio de Annecy escogió por Superiora á la Madre de Chantal el día 31 de Mayo de 1629, permitiéndolo Dios así para que la Orden tuviese á la Santa al frente en el momento en que pasaba por una de las mayores crisis de su historia.

La noticia de haber invadido la peste á la ciudad de Annecy corrió con la rapidez del relámpago por todos los monasterios de la Visitación de Francia y Saboya, excitando en todos la más viva inquietud. De todas partes vinieron cartas rogando á la Madre de Chantal saliera de Annecy, y pusiese su preciosa vida á cubierto de todo peligro. De todas partes también, aunque la miseria era inmensa, llegaron socorros considerables de dinero. Los príncipes de Carignan escribieron por su

parte á la Madre de Chantal, rogándola con el mayor encarecimiento dejase la ciudad; y no habiendo podido persuadirla, manifestaron que se dirigirían al Duque de Saboya para que la enviase orden de salir de Annecy. Pero ¿cómo era posible pensar que la Santa cediese á tales mandatos? «¡Oh! perdonadme mi franqueza—les respondió,—no tengo valor para abandonar mi rebaño, por el cual debo estar siempre pronta á sacrificarme.»

Libre para hacer lo que quisiese, y decidida á no salir de su monasterio para nada, sucediera lo que sucediera, el primer pensamiento de la Madre de Chantal fué mirar por la Orden de que era fundadora. Escribió una carta circular dirigida sólo á las Superiores, en la cual les daba sus últimos consejos para el caso en que muriese. Viéndose—decía—rodeada por todas partes de la muerte, no sólo á causa de su avanzada edad, sino también porque la epidemia aniquilaba casi toda la pobre ciudad de Annecy, había reflexionado maduramente sobre los medios de mantener en el Instituto la unidad y la caridad. Recomendaba sobre todo la exacta observancia de las reglas sin mudar nunca ninguna cosa; la unión y la conformidad con el monasterio de Annecy; la caridad y la paz en todo su fervor. Esperaba que si segulan en la práctica de estas santas cosas, el Instituto continuaría produciendo en el mundo frutos y bendiciones iguales á las que ya había dado; «frutos y bendiciones—decía—que sólo yo sé, y son más grandes de lo que se puede imaginar.»

Esta carta, que era como su testamento, para el caso de ser atacada de la peste, debía quedar hasta entonces secreta en poder de las Superiores (1). Cumplido este primer deber, la Madre de Chantal, viéndose aislada al instante de su Orden por el cordón sanitario que rodeaba la ciudad, concentró todo su cuidado en

(1) Carta del 20 de Agosto de 1629.—En los Archivos de la Visitación de Annecy existe el ejemplar dirigido á Lyon á la Madre de Blonay.

los pobres enfermos que morían á su alrededor. Les hizo distribuir trigo, dinero y medicinas, con una generosidad igual á la miseria. Desde el mes de Septiembre había gastado en medicamentos todo el dinero que había recibido de los monasterios de la Visitación de Francia, que era respetable cantidad. En vano, para aumentar la limosna de los pobres, disminuyó la ración de las Hermanas; en vano alcanzó de éstas que no comieran más que pan basto y negro; á fines del mes el trigo faltó del todo. Felizmente, Dios, que es rico en misericordia y no se deja vencer en generosidad, no abandonó á sus siervas, que se habían empobrecido por Él, y llenó por sí mismo sus arcas exhaustas. La Madre de Chantal—dicen las antiguas *Memorias*—viendo la miseria de los pobres, les hizo dar una parte del trigo de nuestra provisión, de tal modo, que en el mes de Septiembre no había trigo, ni un cuarto para comprarlo. Pero uno de los capellanes de nuestro Obispo nos compró doce medidas que mandó moler; y con estas doce medidas se llenó un arca en que cabían más de diez y seis, continuando Dios en bendecirlas de tal modo, que duraron hasta que tuvimos otras; es decir, que nos bastaron para seis ó siete semanas más de lo que hubieran durado en tiempo normal. Y no obstante, además de la comunidad, que era muy numerosa, se repartía diariamente una gran cantidad á los pobres, para los cuales se hacía una hornada todas las semanas. Lo mismo sucedió con la provisión del vino, lo cual fué especialmente notado por nuestra querida Hermana María Ana Devosery, que entonces era provisor, y que nos ha repetido muchas veces, que como vió tan sensiblemente esta providencia de Dios, se acordaba siempre de ello con particular respeto y reconocimiento á la divina bondad» (1).

(1) *Anales manuscritos de la Visitación de Annecy*, manuscrito en 4.º (Archivos de Annecy.)

Al mismo tiempo que distribuía así á los pobres, sin contarlos, todo el trigo y dinero que poseía, la Madre de Chantal, obligada por las inviolables leyes de la clausura á no visitar á los enfermos, procuraba buscar quien los sirviese. Con sus palabras ardientes de celo y caridad, inflamó el corazón del Ilmo. Sr. Obispo Juan Francisco de Sales y de varios sacerdotes, manteniéndolos por más de diez meses en medio de los muertos y moribundos, sirviéndoles de ángeles consoladores. En el locutorio de la Visitación, oyendo á nuestra Santa, fué como el Sr. Héctor de Fesigny, primer síndico de la ciudad, y algunos generosos vecinos, se llenaron de valor para desafiar al azote, consagrándose al servicio de los moribundos. Todos los monumentos contemporáneos están acordes sobre este punto. «Las palabras inflamadas de esta gran Santa—escribía el primer síndico de la ciudad—me llenaban de entusiasmo.» Y añade: «Me dió casi dos docenas de Agnus, asegurándome que todos los que los llevaran no morirían de la peste. Los distribuí á cuantos amigos míos estaban continuamente entre los apestados, contándoles lo que me había dicho la Madre de Chantal. Nuestra confianza fué plenamente justificada por el acontecimiento. Ellos y yo hemos sido preservados felizmente (1).»

«¡Oh mi digna Madre—decía igualmente el Ilmo. Señor Juan Francisco de Sales, vos sois mi Moisés, y yo soy vuestro Josué. Mientras que vos levantáis vuestras manos hacia el cielo, yo peleo con vuestras gentes, combatiendo contra la calamidad que pesa sobre nuestros pueblos.»

Si la Madre de Chantal inflamaba así á las almas que estaban distantes de ella, y sobre las cuales no ejercía más que una pequeña influencia, ¿qué no haría con sus

(1) *Proceso de canonización. Declaración del Sr. Héctor de Fesigny, primer síndico de Annecy.*

Hijas, viviendo con ellas día y noche? Ciertó, era cosa admirable contemplar, en medio de aquel foco de infección, frente á frente de una muerte inminente y horrible, que ponía en fuga á los más valientes, la paz y serenidad de las Hijas de la Madre de Chantal. Sus ejercicios no se interrumpieron ni un minuto; se oía, en medio del triste silencio de la ciudad, el sonido dulce de su campana, con la misma regularidad y exactitud que antes, y detrás de sus rejas se oía también su canto pausado y devoto. « He visto siempre á nuestras Hermanas—escribe la Madre de Chantal—con su tranquilidad ordinaria, sin haber observado nunca en la comunidad espanto, turbación ó temor, si no que han seguido exactamente y sin omisión ninguna los ejercicios ordinarios de nuestra vida, con su paz y alegría acostumbradas.» Y continúa: « Aunque por dos ó tres veces se creyó con fundamento que la enfermedad había penetrado en el monasterio, no he visto, sin embargo, ni espanto ni miedo en nuestras Hermanas; sino que, por el contrario, tomaban tranquila y alegremente sus pequeños preservativos, poniéndose en disposición de hacer el gran viaje de la eternidad, como se nos había prevenido, porque estábamos resueltas á no exponer á nuestro virtuoso y buen confesor. Y si alguna hubiera tenido necesidad de confesarse, la hubiera oído, pero desde lejos; y para darle la Sagrada Comunión, hubiera puesto el Santísimo Sacramento entre dos rebanaditas de pan, le hubiera colocado en el lugar dispuesto para esto, y la que servía á las enfermas hubiera ido á tomarle lo más respetuosamente posible, porque de este modo se dan los Sacramentos á los apestados en este país.»

Tal era la paz de que gozaba el monasterio durante este tiempo en que no había visitas, ni locutorios, ni aun cartas, que la Santa Madre aseguraba que, si no hubiera sido porque el pobre pueblo sufría, hubiera querido que durase siempre este tiempo, porque nunca ha-

bía pasado una temporada igual desde que era religiosa (1). Pero como el pueblo sufría cruelmente, la bienaventurada no dejaba de orar, de llorar y de gemir, para alcanzar de Dios cesase el azote. Además de las oraciones extraordinarias, todos los días había Hermanas que ayunaban á pan y agua, que se imponían penitencias públicas en el refectorio, y tomaban la disciplina, aún de sangre, en sus celdas. Casi todos los días también hacían las Hermanas procesiones por el claustro, con los pies descalzos y una soga al cuello, parándose en todos los oratorios, orando y llorando por los pecados del pueblo; y en seguida, todas juntas se daban una fuerte disciplina durante un *Miserere*. Las Hermanas que fueron testigos de todo esto, dicen que es imposible imaginar lo que era la Madre de Chantal en estas circunstancias. Con el rostro triste é inflamado al mismo tiempo, con los ojos bañados de lágrimas, arrastrándose de rodillas por el suelo con la cuerda al cuello, exclamaba: «¡Piedad! ¡piedad, Dios mío! ¡Perdonad á los pobres pecadores!»

La peste cedió, en fin, á ruegos tan ardientes, y cesó en la ciudad, habiendo durado cerca de un año. Poco á poco desapareció de Saboya, de Francia y aun de Italia; y hacia el fin de 1631 no se ensañaba sino en algunos pocos lugares, y aun en estos era benigna.

Durante las largas horas empleadas por la Madre de Chantal en orar, llorar é inmolarse por el pueblo que la peste destrozaba, fué cuando esta gran Santa sintió renovarse en su corazón, punzante más que nunca, un sentimiento que hasta entonces nada había podido disminuir. Este sentimiento en el cual—dice—no se quería fijar, porque la enternecía demasiado, era no ver en

(1) Carta de las Hermanas de la Visitación de Annecy á las del primer monasterio de Lyon, del 11 de Febrero de 1630. El original de esta carta está en los Archivos de Annecy. Véase también una carta de la Madre de Blonay, del 30 de Julio de 1629.

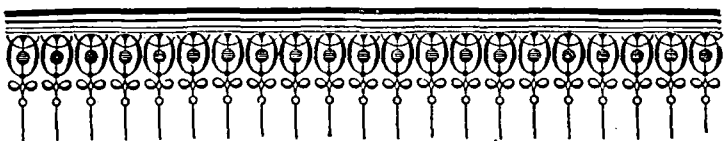
ninguna parte religiosas á la cabecera del lecho de los moribundos. Veinte años antes, al dejar el mundo, que habia edificado, sobre todo con su heroica caridad, habia tenido la sublime inspiración de llenar este vacío, y en su pensamiento primitivo la *Visitación* debía ser una escuela de abnegación, donde se aprendiera á *visitar*, cuidar, consolar y servir á los pobres. Obligada á pensar suyo á renunciar á esta idea, concebida muy pronto, y por esta razón no comprendida ni adoptada, hacia veinte años que miraba á su alrededor para ver si habia alguien que, comprendiendo esta gran necesidad del siglo y de la Iglesia, tratase de satisfacerla. ¡Vana esperanza! Nadie parecia. Se veían aquí y allá, en medio de ciudades apestadas, sacerdotes que morían heroicamente; religiosos que se exponían á todos los peligros por administrar los Santos Sacramentos á los moribundos; se veían también seglares, señoras animadas de santo valor, que les servían con sus propias manos; pero vírgenes consagradas á Dios, que hiciesen ver la religión y la caridad á la cabecera de los enfermos, no se veían en ninguna parte. Impenetrables rejas ocultaban á todos los ojos, separándolas absolutamente del mundo, á religiosas en cuyos corazones generosos vivía, sin embargo, este ardiente heroísmo.

En 1619, y sobre todo en 1628, durante las dos pestes que tantos estragos hicieron en Francia, es decir, en las dos épocas en que la Santa sufrió más no viendo á las religiosas asistiendo á los enfermos, estaba en París, al lado puede decirse de San Vicente de Paúl, á quien veía todos los días. ¡Cuántas veces desahogaría su dolor en esta alma tan grande y tan digna de comprenderla! ¡Cuántas veces debió hablarle del pobre pueblo paciente y abandonado, del plan primitivo de la *Visitación*, de lo necesario que sería volver á él y de la facilidad con que podría ponerse en práctica! Y como San Vicente de Paúl era muy prudente y la santa Ma-

dre de Chantal muy vehemente, ¡con qué términos tan inflamados le hablaría, sobre todo en la segunda peste, para aguijonear su celo y excitar su caridad! San Vicente de Paúl se decidió al fin, y puso manos á la obra hacia 1634, es decir, al cesar este grande azote, cuya historia acabamos de referir. Veinte años habían madurado la idea de la Madre de Chantal; dos epidemias, una tras otra, acabaron de hacerla popular. Cuando la puso en práctica San Vicente de Paúl, ya no encontró obstáculos; y pocas instituciones han dado nunca más gloria á su autor y honrado más á la Iglesia, aun á los ojos de sus enemigos, que el hermoso Instituto de las Hijas de la Caridad. Pero humilde siempre en medio del éxito feliz de sus empresas, San Vicente de Paúl no cesaba de decir que la primera idea de este Instituto no le pertenecía; que se debía á la fundadora de la Visitación; y hablando á sus Hijas de la Congregación naciente, le gustaba darle un nombre característico: la llamaba *la herencia de la señora de Chantal* (1).

Así, en su vejez, nuestra gran Santa tuvo la felicidad de ver crecer el árbol que había querido plantar en su juventud. Vivió bastante tiempo para percibir sus primeros perfumes, gustar sus frutos y entrever su magnífico desarrollo. Y si alguna vez le vino el pensamiento de que este hermoso árbol había sido plantado por otras manos que las suyas, creo que para un alma tan humilde, debió de ser una dicha y un consuelo más.

(1) *San Vicente de Paúl, su vida, su tiempo, sus obras, etc.*, por el señor Abate Maynard, 4 vols. en 8.º, París, 1860.



CAPÍTULO XXVI

La venerable Madre de Chantal trabaja activamente en la canonización de San Francisco de Sales. — Publicación general de sus escritos. — Reconocimiento de su sepulcro.

1630—1632

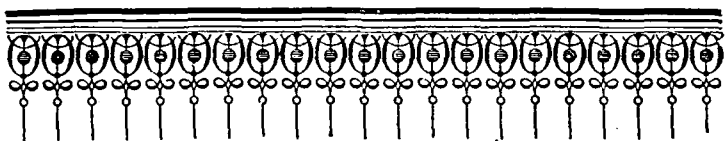
Poco ha oíamos decir á la Madre de Chantal que si la peste no hiciese sufrir al pueblo, hubiera deseado que este tiempo durase siempre, porque no había tenido una temporada igual desde que había entrado en la religión. Esta alma tan amante de la soledad y del silencio, que todo lo había dejado para vivir oculta á la sombra de los altares, y que hacía veinte años se veía condenada á perpetuos viajes, abrumada por una numerosa correspondencia de todos los puntos de Europa, y cargada de negocios más que mujer alguna en el mundo, acaba, por último, de tener algunos momentos de tranquilidad. Las visitas, los locutorios habían cesado casi enteramente durante la peste; las cartas eran muy raras, las fundaciones y los viajes imposibles. Entre las obras inmensas que habían llenado el primer período de su vida religiosa, y las más admirables aún que santificarán el segundo, concede Dios á su sierva una hora de descanso, pero es la única de que gozará en su larga vida esta obrera infatigable.

Cualquiera otra no hubiera considerado como descanso esta parada de un día, en medio de una ciudad

dre de Chantal muy vehemente, ¡con qué términos tan inflamados le hablaría, sobre todo en la segunda peste, para aguijonear su celo y excitar su caridad! San Vicente de Paúl se decidió al fin, y puso manos á la obra hacia 1634, es decir, al cesar este grande azote, cuya historia acabamos de referir. Veinte años habían madurado la idea de la Madre de Chantal; dos epidemias, una tras otra, acabaron de hacerla popular. Cuando la puso en práctica San Vicente de Paúl, ya no encontró obstáculos; y pocas instituciones han dado nunca más gloria á su autor y honrado más á la Iglesia, aun á los ojos de sus enemigos, que el hermoso Instituto de las Hijas de la Caridad. Pero humilde siempre en medio del éxito feliz de sus empresas, San Vicente de Paúl no cesaba de decir que la primera idea de este Instituto no le pertenecía; que se debía á la fundadora de la Visitación; y hablando á sus Hijas de la Congregación naciente, le gustaba darle un nombre característico: la llamaba *la herencia de la señora de Chantal* (1).

Así, en su vejez, nuestra gran Santa tuvo la felicidad de ver crecer el árbol que había querido plantar en su juventud. Vivió bastante tiempo para percibir sus primeros perfumes, gustar sus frutos y entrever su magnífico desarrollo. Y si alguna vez le vino el pensamiento de que este hermoso árbol había sido plantado por otras manos que las suyas, creo que para un alma tan humilde, debió de ser una dicha y un consuelo más.

(1) *San Vicente de Paúl, su vida, su tiempo, sus obras, etc.*, por el señor Abate Maynard, 4 vols. en 8.º, París, 1860.



CAPÍTULO XXVI

La venerable Madre de Chantal trabaja activamente en la canonización de San Francisco de Sales. — Publicación general de sus escritos. — Reconocimiento de su sepulcro.

1630—1632

Poco ha oíamos decir á la Madre de Chantal que si la peste no hiciese sufrir al pueblo, hubiera deseado que este tiempo durase siempre, porque no había tenido una temporada igual desde que había entrado en la religión. Esta alma tan amante de la soledad y del silencio, que todo lo había dejado para vivir oculta á la sombra de los altares, y que hacía veinte años se veía condenada á perpetuos viajes, abrumada por una numerosa correspondencia de todos los puntos de Europa, y cargada de negocios más que mujer alguna en el mundo, acaba, por último, de tener algunos momentos de tranquilidad. Las visitas, los locutorios habían cesado casi enteramente durante la peste; las cartas eran muy raras, las fundaciones y los viajes imposibles. Entre las obras inmensas que habían llenado el primer período de su vida religiosa, y las más admirables aún que santificarán el segundo, concede Dios á su sierva una hora de descanso, pero es la única de que gozará en su larga vida esta obrera infatigable.

Cualquiera otra no hubiera considerado como descanso esta parada de un día, en medio de una ciudad

invadida por la peste y cercada de tantos y tan inminentes peligros; pero en el corazón de los Santos el amor es más fuerte que la muerte. Les comunica, con el desprecio de la vida, una libertad de acción, una presencia de espíritu, una serenidad y una paz inalterables, que nadie ni nada puede quitarles. La Madre de Chantal aprovechó este tiempo para entregarse á la soledad, y satisfacer esa sed de silencio y recogimiento que atormenta á todas las almas grandes llamadas por Dios á las cosas exteriores. Lo aprovechó también para acabar ciertos trabajos relativos al Instituto, y que aún no había tenido tiempo de concluir. La revisión última del hermoso libro de las *Respuestas*, de que hemos hablado, tiene la fecha de esta época. De esta fecha es también la conclusión de una obra en que trabajaba hacia largo tiempo, y que por espacio de diez años la había preocupado extraordinariamente, siendo el objeto de sus incesantes trabajos, y que consideraremos ahora en general.

Esta obra era la canonización de San Francisco de Sales. Entre otros resultados, había tenido la peste el de revelar al mundo el poder del Santo Obispo de Ginebra, y la justa confianza que en él tenía el pueblo cristiano. En cuantas partes se presentaba el azote se veía á los pueblos enteros correr, no á sus altares, porque aún no los había, sino á su sepulcro, á sus reliquias, á sus retratos. En Grenoble, en cuanto se advirtieron los primeros síntomas del mal, la Madre de Beaumont, llena de confianza, puso el retrato de San Francisco de Sales en las puertas del convento. En Cremieux, la Madre Ana María de Rosset, no se dirige sino á su Santo Fundador, y hace voto de enviar á su sepulcro una casita de plata. En Nevers, todas las Hermanas fueron á besar las hojas de un breviario que había sido de San Francisco de Sales, persuadidas de que con esto tendrían una salvaguardia infalible. Lo mismo sucedió en Lyon, en Mou-

lins, en Crest, en Valence, en todas partes el nombre del Santo Obispo, su imagen pegada en la pared, su recuerdo constante en los corazones, se consideraban como uno de los mejores preservativos contra el azote.

Y no eran solamente las religiosas las que pensaban así. En Lyon no bastaban las Hermanas para distribuir á los atemorizados pueblos pedacitos del lienzo que había tocado á su santo cuerpo. En Orleans, la Madre de la Roche puso en agua una reliquia del bienaventurado, y fue tal el gentío que venía á pedir de esta agua, que mientras duró la peste se gastaba más de un tonel al día. En Crest y en Cremieux, el mismo Corregidor y el Ayuntamiento vinieron á la iglesia de la Visitación para hacer en nombre de la ciudad, voto solemne de ir en peregrinación al sepulcro del bienaventurado Francisco de Sales, si alcanzaban por su intercesión que cesase el azote.

Frecuentemente, en medio del espanto que en todas partes causaba la aproximación del terrible castigo, se veía á los pueblos enteros prometer la fundación de un monasterio de la Visitación, y aun ir muchas veces á buscar en las poblaciones próximas á las Hijas de San Francisco de Sales, y traerlas á la fuerza á su ciudad, persuadidos de que serían un preservativo y un talismán contra la epidemia, por la virtud de su bienaventurado Padre. En Arlés, para no citar sino un solo ejemplo, se había llamado á las religiosas de la Visitación para que reformasen un monasterio de Clarisas, que había decaído completamente de su observancia; pero habiendo sobrevenido diferentes obstáculos, no habían podido instalarse en él, é inciertas sobre quedarse ó volverse á Aix, de donde habían venido, se vieron en la precisión de tomar en alquiler una casita situada á las puertas de la ciudad. De repente se desarrolló la peste y empezó á hacer estragos en la ciudad, á pesar de las prudentes precauciones de los magistrados, cuando un

hombre empezó á recorrer la ciudad gritando: «Señores de Arlés, vosotros que tenéis tanto cuidado de vuestros conciudadanos y tenéis tan buena policía, haced de Santa Clara un asilo de santidad, estableciendo en él á las Hijas de Santa María.» Estas palabras cundieron por todas partes, y como en tiempo de peste los pueblos asolados acogen con ansia toda esperanza de salvación, no resonó ya en la ciudad sino un solo grito: «¡Á Santa Clara las Hijas del bienaventurado Francisco de Sales!» El Arzobispo que las había llamado, los magistrados que se habían opuesto largo tiempo á su instalación y el pueblo, sobre todo, fueron á rogar á las Hermanas que viniesen inmediatamente á Santa Clara, y las instaron tan vivamente, que antes de concluirse el día llegaban al convento escoltadas, como en triunfo, de un inmenso gentío. Poco después cesó el azote, y el pueblo vino alrededor de la casa dando gritos de alegría, y diciendo que no se necesitaban mayores milagros para convencerse de lo mucho que amaba Dios al bienaventurado Obispo de Ginebra (1).

Por lo demás, San Francisco de Sales no había esperado hasta este momento para revelar al mundo la gloria de que gozaba, y á su querida Visitación el amor que le tenía en medio de los esplendores celestiales á que había subido. El mismo día de su muerte, diez años antes de los sucesos que ahora referimos, comenzó una serie de revelaciones y hechos prodigiosos, que se repetían sin cesar en mil lugares diferentes.

No se habrá olvidado que estando la Madre de Chantal en Grenoble haciendo oración en el momento en que San Francisco de Sales expiraba, oyó una voz que le decía: «Ya no existe.»

El mismo día, en Annecy, la buena Hermana Ana Jacobina Coste, habiéndose puesto en oración, se vió de

(1) *Fundación inédita de Arlés*, pág. 355.

repente rodeada de una claridad que la llenó de temor, haciéndola creer había fuego en la casa. Pero á esta turbación sucedió bien pronto una paz inefable, y oyó distintamente estas palabras: «Nos llevamos el alma de tu Padre; alaba á Dios.» Al instante desapareció la claridad, y á los rayos de esta luz, que se desvanecía, tuvo tiempo de reconocer en el que acababa de pronunciar estas palabras, al mismo ángel que había servido de sacristán á San Francisco de Sales cuando este Santo Obispo le dió la Comunión en Ginebra (1).

El mismo día también, en el monasterio de Saint-Etienne, la Hermana María Antonia Copier iba al locutorio, y de repente, arrebatada en éxtasis, vió á San Francisco de Sales coronado de gloria y subiendo al cielo. Le contemplaba con admiración, y en el mismo momento le vió extender los brazos hacia Saint-Etienne, bendecirle, y exclamar: «¡Oh! de aquí á tres años ¡qué digna de verse estará esta casa!» En el monasterio de Saint-Etienne no había entonces más que dos ó tres novicias; tres años después, la comunidad era tan numerosa, que la casa, reedificada y mucho más grande, no era bastante capaz para contenerla (2).

En Nevers tenían las Hermanas un breviario viejo de San Francisco de Sales, que le habían cambiado por uno nuevo para guardar aquél como reliquia. El día mismo de la muerte del Santo, este breviario se abrió de repente por sí mismo, y principió á exhalar los más suaves aromas. Estos celestiales olores duraron dos años, y de cuando en cuando perfumaban la casa con una fragancia tan penetrante, que se percibía en los locutorios con tanta fuerza que embriagaba (3).

Igual prodigio se repitió en Moulins el año siguiente.

(1) *Vidas de las primeras Madres*, tomo II, pág. 360.

(2) *Fundación inédita de Saint-Etienne*, pág. 547.

(3) *Fundación inédita de Nevers*, pág. 148. Véase también las *Vidas de algunas Superiores*, en 4.º, pág. 59.

El 28 de Diciembre de 1623, día de los Santos Inocentes y aniversario de la muerte del Santo Obispo, estaban las Hermanas en la recreación y hablaban de sus virtudes, cuando de repente se llenó el cuarto en que estaban reunidas de un olor tan fuerte y tan suave al mismo tiempo, que no se podía definir ni comparar con nada. Se esparció por todo el monasterio, embalsamó las celdas, las oficinas, y no exceptuó ningún lugar, sino el cuarto amueblado con lujo en que vivía la señora de Morville, de quien hemos hablado antes (1). Informada de lo que pasa, acude á la sala de comunidad para gozar de este inexplicable perfume, pero en vano; á medida que se acerca, el santo olor se retira y parece huye de ella. Este duró muchos meses lo mismo, sin que la bienhechora participase nunca de esta gracia, hasta que después, habiendo vuelto en sí, conociendo sus extravíos, se entregó á una vida penitente y se hizo capaz de gustar las cosas de Dios (2).

En Lyon, las Hermanas obligadas á enviar á la ciudad de Annecy el cuerpo de San Francisco de Sales, que hubieran querido conservar en su capilla, se reservaron su corazón. Le habían colocado bajo un dosel en un magnífico relicario de oro que les había regalado Luis XIII, milagrosamente curado al tocar aquel santo corazón, y todos los días velan llegar á los Reyes, á los Príncipes, á los Obispos y á un inmenso concurso de pueblo que se agrupaban alrededor de esta preciosa reliquia, y alcanzaban así las gracias más singulares. Salía continuamente de este corazón un licor tan dulce

(1) Véase el cap. XXII, pág. 126.

(2) *Fundación inédita de Moulins*, pág. 88.—Creemos inútil discutir la autenticidad de estos hechos. Haremos únicamente notar que los hemos visto referidos en documentos contemporáneos por los mismos testigos oculares, y que la relación de estos hechos fué examinada y aprobada por la santa Madre de Chantal. Añadiremos que en el Proceso de canonización muchas personas declararon acerca de estos hechos bajo la fe del juramento.

que se parecía á un aceite perfumado. Encantado el pueblo con estas maravillas, cambió el nombre de religiosas de la Visitación de Lyon, y no las llamaba más que las *Hijas del Corazón*.

Sin embargo, en ninguna parte mostraba San Francisco de Sales con más amor que en Annecy la vida divina de que gozaba en el cielo. Se advertían en el monasterio olores celestiales. En vano la Madre de Chantal mandó expresamente á todas las Hermanas, y particularmente á la sacristana, que no usase perfumes de ninguna especie; los claustros, los tránsitos, el coro, los oratorios, estaban sin cesar llenos como de bálsamos suavisimos: parecía como una unción celestial que descendía de las cosas sensibles y elevaba las almas á Dios (1).

Otros hechos atestiguaban también en Annecy la santidad del bienaventurado. Hacía diez años que la capilla en que se había depositado su santo cuerpo, bajo una sencilla losa que ni aun inscripción tenía, estaba siempre llena de peregrinos que la tapizaban con sus exvotos. Los Príncipes, los grandes señores y las personas ricas, ofrecían lámparas de plata sobredorada, cabezas, pies y corazones de oro y plata. Los pobres traían al sepulcro cáñamo, puñados de trigo y pollitos; cosas tan tiernas y de tanto consuelo, que los ojos se llenaban de agua viendo la piedad de estas buenas gentes (2).

Muchos sacerdotes venían también de diferentes partes de Saboya, Francia y aun Italia, para tener la dicha de celebrar sobre el santo sepulcro; y como eran tantos, fué preciso poner dos altares en la nave y abrir

(1) La santa Madre de Chantal dió su declaración acerca de estos hechos bajo la fe del juramento. (Véase su declaración en el Proceso de canonización de San Francisco de Sales, art. 54.)

(2) *Fundación inédita de Annecy*, pág. 33.

otras dos puertas, para dar libre paso á la afluencia de peregrinos.

Nadie gozaba tanto como la Madre de Chantal con estas manifestaciones espontáneas de la veneración pública, y nadie deseaba más sostenerla y propagarla, haciendo conocer y amar más y más al gran Santo que era objeto de ellas. Así, no contenta con repartir á los peregrinos ejemplares de la *Vida devota*, y enviarlos á Francia, Italia, y aun á Alemania y el Canadá; no contenta con haber hecho reimprimir el tratado del *Amor de Dios*, y haberle enviado á los monasterios, empezó á dar activos pasos para encontrar sus cartas, sus sermones y opúsculos de piedad, á fin de dar á luz la primera y auténtica edición de sus obras: verdadero modo de revelar su talento, su verdadera y extraordinaria virtud.

Una carta, no publicada hasta ahora, demuestra la profunda veneración que la inspiraba su santo director, el olvido de sí misma, y la profunda humildad con que trabajaba en esta obra, y en qué punto de vista se colocaba para mandar hacer esta primera edición de las obras de San Francisco de Sales. Esta carta está escrita al Comendador de Sillery, que había querido dirigir este trabajo.

«Mi muy venerable Padre: Os envío otra porción de papeles que hemos podido encontrar de nuestro bienaventurado Padre, dignos, me parece, de que los veáis. Hallaréis en ellos muchas cosas que os llenarán de consuelo, y que os harán amar y admirar más y más la abundancia del espíritu de Dios en esta pura y hermosa alma... Encontraréis treinta y cuatro cartas, que con las cinco que os mandamos antes, hacen treinta y nueve. Las hay admirables, que prueban la devoción de este Santo, su espíritu de fortaleza y de sabiduría en las persecuciones que procedían de los Príncipes, las cuales sometemos á vuestro examen para que digáis si deben publicarse: contienen preciosos datos que podían

ser muy útiles si fuesen conocidos. Ved si se pueden imprimir, cambiando algunas palabras por las cuales es fácil conocer á la persona á quien van dirigidas, así como á aquella de quien se habla. Se ha encontrado en una maleta vieja que tenía un rótulo que decía *Recibos antiguos*, una explicación del *Cantar de los cantares*; yo creo que ésta debe de ser una de sus primeras obras, las cuales se habían extraviado, porque no me acuerdo haberle oído nunca hablar de ella. Hay dieciocho sermones de los primeros que predicó, y me parece están enteros, ó á lo menos les falta muy poco. También van quince cuadernos, que son memorias de Sermones en compendio; sólo el principio está expresado, y lo siguiente, por puntos. Todos estos cuadernos están escritos por su bendita mano, y el *Cantar* también. Me parece que estos documentos, juntos con sus hermosas Epístolas, harán valer mucho el grueso volumen que se quiere hacer de todas las obras de nuestro bienaventurado (1).»

¿Por qué un pesar amargo ha de envenenar estos recuerdos? Registrando de este modo todos los papeles del bienaventurado, encontró la Madre de Chantal un legajo en que el Santo tenía reunidas, puestas por orden y anotadas por su mano, todas las cartas que ella le había escrito cuando vivía en el siglo, y las que le había dirigido desde el claustro. Asombrada y confusa con las expresiones de admiración que el bienaventurado había escrito en el margen, vertió torrentes de lágrimas, y echó al fuego este precioso paquete. Volvió á leer con sumo cuidado todas las cartas del Santo, y borró sin duelo todo lo que la tocaba. No pudo, sin embargo, evitar que el sentimiento de veneración con que el Santo la miraba, apareciese aquí y allá; pero entonces su dolor se manifestó con su humildad. «Ciertamen-

(1) Edición Barthélemy, *Cartas inéditas*, pág. 23.

te—escribe al Comendador de Sillery—el corazón se me parte sabiendo ciertas cosas que el bienaventurado dice de mí en algunas de sus epístolas, y me ha dolido mucho ver la opinión que de mí tenía en aquel tiempo, comparándola con el estado en que hoy me encuentro, que es el de una completa pobreza y miseria; por lo cual tengo grandísima necesidad del socorro de vuestras santas oraciones, mi muy querido Padre, y así os las pido en nombre de Dios, y también las del Rdo. P. General del Oratorio, y las del Sr. Vicente. Que todos me hagan, os ruego, esa caridad, porque tengo mucha necesidad de oraciones» (1).

También se disgustó mucho cuando vió que en la primera edición de las cartas se habían puesto y conservado todos los testimonios del santo y profundo afecto que el bienaventurado la tenía. «¡Oh Dios mío! Mi muy queridísima hija—escribe á la Madre de Blonay,—ya no me fiaré nunca de nadie para revisar los escritos de vuestro bienaventurado Padre; yo misma lo haré, y muy exactamente, os lo aseguro, porque tengo mucha pena de que hayan dejado en las cartas tantas palabras de afecto: el mundo no es capaz de comprender la incomparable pureza de la dilección de este Santo. ¡Oh Dios mío! Es menester pasar todo esto en paz; sin embargo, enviadme á decir si corrigiéndolos yo, les quitaría y haría perder algo; pero enteraos, y consultad sobre ello á persona muy capaz» (2).

Felizmente las personas con quienes se consultó, sabiendo que este incomparable afecto llegaría á resplandecer necesariamente con tanta luz que deslumbraría al mismo mundo, se opusieron á que se quitase nada. «Ayer—escribe poco después la Madre de Chantal á la Madre de Blonay—hablaba ya sobre el asunto

(1) Edición Barthélemy, *Cartas inéditas*, pág. 23.

(2) Edición Migne, pág. 1.198.

al Sr. Presidente de esta ciudad, que es hombre sensato y de buen juicio, y me dijo que si quitaban de las cartas las palabras afectuosas, se quitaba también el espíritu de nuestro bienaventurado, y que él no había encontrado nada que deba suprimirse. En fin, hija mía, cada uno tiene su gusto» (1).

Al mismo tiempo que preparaba de este modo la primera edición de las obras de San Francisco de Sales, se ocupaba también en hacer escribir su vida. Al efecto, se dirigió á todas las primeras Madres de la Visitación, sobre todo á la Madre de Blonay, que había sido la confidente de sus últimos pensamientos, pidiéndolas á todas que pusiesen fielmente por escrito lo que se acordasen del Santo Obispo, para que estas notas, redactadas por testigos oculares, pudiesen servir para la historia del bienaventurado; y encargó este trabajo al Ilmo. Sr. Carlos Augusto de Sales, sobrino del Santo, y al P. de la Rivière, religioso Mínimo, dotados los dos de una imaginación rica, de amable sinceridad, y tiernamente devotos de aquel cuya historia iban á escribir. Mientras que trabajaban en esta obra, la Santa les ayudaba con sus consejos, les contaba minuciosamente los hechos que había presenciado, volvía á leer con ellos en el locutorio los diferentes capítulos que iban escribiendo, y no contenta con encomendarles á Dios en sus oraciones, escribió una circular para pedir á todas las casas de la Orden una Comuni6n general con este objeto. Y todo esto, porque conocía perfectamente lo difícil que es escribir la vida de los Santos, y cuánto se necesita del socorro de lo alto para tratar de contar las misteriosas operaciones de Dios en el corazón de los escogidos. «¡Oh!—decía—si Dios no envía sus luces, nunca será posible alabarlos como es justo» (2).

(1) Edici6n Migne, pág. 1.225.

(2) Id., 1.223.

Esta publicidad que se daba á los escritos y hechos de San Francisco de Sales, no bastaba, no obstante, al corazón de la Madre de Chantal. A sus ojos el bienaventurado Obispo de Ginebra era un Santo digno no solamente de ser conocido, sino de ser colocado en los altares para ser venerado de los cristianos. Los milagros que se veían todos los días en su sepulcro le proclamaban Santo, y su corazón lo hacía en voz más alta. En el espacio de dieciocho años había penetrado bastante hasta lo más íntimo de esta hermosa alma, y no había sentimiento ni afecto alguno, aun el más íntimo, cuya sublime elevación no hubiese admirado ella mil veces. Este testimonio la convencía más que todos los otros. Por lo mismo, aún no se habían pasado tres años desde la muerte del bienaventurado, y ya había tomado la iniciativa de los pasos necesarios para su canonización. Habló primero largamente y varias veces sobre el asunto con el Ilustrísimo Sr. Juan Francisco de Sales, hermano del Santo y sucesor suyo en el obispado de Ginebra. Escribió también á los principales Capitulares del Cabildo de Annecy, al Ayuntamiento y Síndicos de la ciudad, y aun al Duque de Saboya; y por sus instancias empezó la primera información en Annecy y el Chablais, que, llevada á Roma por el P. D. Justo Guérin, religioso Bernabita, muy piadoso y celoso admirador de San Francisco de Sales, fué examinada por la Congregación de Ritos, lo que hizo que en 1626, cuatro años después de la muerte del Santo, se nombrasen tres Comisarios apostólicos para que abriesen información acerca de las virtudes y milagros de San Francisco de Sales. Los Comisarios eran: el Ilmo. Sr. Andrés Fremiot, Arzobispo de Bourges; el Ilmo. Sr. Pedro Camus, Obispo de Belley, y el Sr. D. Jorge Ramus, Doctor y Canónigo de Lovaina. Se reunieron en el mismo Annecy en los locutorios de la Visitación, y recogieron durante todo el año de 1627 numerosas declaraciones jurídicas.

La más importante de todas fué, sin disputa, la de la Madre de Chantal. Principió el 27 de Julio, continuando hasta el 3 de Agosto sin interrupción ninguna más que la del domingo, y consagrándose á esta tarea tres horas por la mañana y tres por la tarde.

El proceso verbal de esta declaración principia así:

«En el nombre de Dios. Amén.

»En el año 1627, indicción 10.^a, 27 de Julio, á las ocho de la mañana, día no feriado ni impedido por fiesta alguna, pero juridico, el año IV del pontificado de N. S. P. el Papa Urbano VIII, en presencia de los Ilmos. y Rmos. Sres. Andrés Fremiot, Arzobispo de Bourges, y Juan Pedro Camús, Obispo de Belley, y del Rdo. Sr. Jorge Ramus, Protonotario apostólico, jueces todos tres delegados por la Sagrada Congregación de Ritos para formar, por autoridad apostólica, el proceso sobre la santidad de vida y milagros del siervo de Dios Francisco de Sales, Obispo de Ginebra; habiéndose sentado los dichos jueces en su tribunal, en el locutorio del monasterio de Annecy, que es el lugar que han escogido y señalado para recibir en él los juramentos y las declaraciones de las devotas religiosas del mismo monasterio de la Visitación... compareció Juana Francisca Fremiot, primera religiosa del Instituto de la Visitación, quien por causa de sus excelentes virtudes ha sido fundadora de diez monasterios del mismo Instituto... La cual, después de advertida por los jueces delegados de la enormidad del perjurio, ha prestado juramento en presencia de los dichos jueces, teniendo la mano sobre el pecho, de decir la verdad sin ningún motivo de odio, favor, provecho ni otra alguna consideración humana. Después ha sido examinada del modo siguiente:

»Preguntada por su nombre, país, profesión y edad, ha respondido:

»Me llamo Juana Francisca Fremiot, denominada comunmente de Chantal; soy natural de Dijón, capital

del ducado de Borgoña; tengo cincuenta y cinco años de edad; soy hija del Sr. Benigno Fremiot, segundo Presidente del Parlamento de Dijón, y de la señora Margarita de Berbisey, y soy primera religiosa y primera Madre Superiora de la Orden de la Visitación, y en este concepto, primera hija espiritual del bienaventurado Francisco de Sales, nuestro Fundador.

»Preguntada si se había confesado y comulgado por Pascua ó en otros tiempos, ha respondido:

»Me confieso dos veces á la semana ordinariamente. Nuestra regla manda que se comulgue todos los domingos, fiestas y el jueves; y por consejo y orden del dicho bienaventurado nuestro Fundador comulgo todos los días, y ahora mismo vengo de hacerlo.

»Preguntada si la impulsaba á declarar algún motivo humano:

»No me mueve á prestar esta declaración ningún interés particular, sino sólo el dar testimonio de la verdad y glorificar á Dios, que todos los días se hace admirable en sus Santos.

»Preguntada, en fin, si conoce la enormidad del perjurio:

»Sí, ciertamente, sé que el perjurio es un grandísimo y enorme pecado, y de ninguna manera quiero cometerle.»

Concluidos estos preliminares, se propusieron á la Madre de Chantal cincuenta y cinco preguntas, que comprendían toda la vida, virtudes, escritos y milagros de San Francisco de Sales. Empleó cuarenta y dos horas en responder á ellas, con aquel estilo claro, firme, conciso que la distinguía, y aquel conocimiento íntimo del corazón del Santo Obispo, que nadie poseyó nunca como ella. Estas declaraciones se han publicado últimamente (1), y han excitado un piadoso y verdadero entu-

(1) Esta publicación se debe al Sr. Abate de Baudry, cuya pérdida fué tan sensible.

siasmo entre las personas devotas, y en los jueces dignos de serlo en estos asuntos. «No—escribía recientemente uno de los últimos sucesores de San Francisco de Sales, el Ilmo. Sr. Rey, Obispo de Annecy,—jamás podré expresar el efecto que me ha hecho esta lectura encantadora, que inflama el corazón á medida que se recorren sus líneas. Los ojos se llenan á veces de dulces lágrimas, y el horno de amor que en ellas arde, semejante al sol, alumbra, calienta y fortifica al que contempla cara á cara á esta hermosa alma... Lo repetiré mil veces y diré la verdad: en las declaraciones de la santa Madre de Chantal es donde se encuentra escrita la verdadera vida de nuestro Santo (1).»

Concluída la primera información y enviada á Roma, se separaron los jueces en el momento mismo en que estalló la peste, de la cual hemos hablado en el capítulo precedente. Por esta causa estuvieron interrumpidas las informaciones tres ó cuatro años; pero en el de 1631, es decir, cuando se comenzó á esperar que cesaría el azote, la Madre de Chantal, que estaba impaciente por concluir una obra tan importante, escribió á los Comisarios rogándoles se reunieran lo más pronto posible; mas no pudieron verificarlo hasta el año 1632. El ilustrísimo Sr. Andrés Fremiot vino á Annecy casi moribundo, prefiriendo exponerse á muchos peligros antes que añadir con su enfermedad nuevas dificultades á un asunto que tanto le agradaba. Muchas personas de las más distinguidas, y entre ellas los Príncipes de Carignan, vinieron también, porque para seguir las informaciones era preciso abrir el sepulcro del Santo, con el fin de hacer constar la identidad de las reliquias. El 4 de Agosto de 1632, á las tres de la tarde, se dirigieron los jueces á la iglesia de la Visitación con este objeto. Las

(1) Carta del Ilmo. Sr. de Rey, al Sr. Abate de Beaudry, fecha 27 de Enero de 1837.

puertas de la iglesia estaban cerradas, pero sitiadas por un gentío inmenso, que se apretaba impaciente en el atrio, escalando las paredes y tratando de ver por las ventanas. No se permitió la entrada sino á un pequeño número de personajes, escogidos entre los más distinguidos. Las Hermanas, con la Madre de Chantal al frente, estaban de pie detrás de su reja, con los velos levantados y el corazón palpitante de emoción y de alegría.

El Sr. Ducrest, Notario apostólico, leyó primeramente en alta voz el rescripto de la Sagrada Congregación, de fecha 27 de Febrero de 1627, por el cual eran nombrados Comisarios apostólicos para hacer las informaciones acerca de la vida del siervo de Dios Francisco de Sales, el Ilmo. Sr. Andrés Fremiot, Arzobispo de Bourges; Pedro Camus, Obispo de Belley, y el Rdo. Jorge Ramus, doctor de Lovaina. Estos, acercándose entonces á la reja abierta, mandaron á las Hermanas en nombre de la Santa Sede, que dijese la verdad en todo lo que se les preguntase, y la Madre de Chantal lo juró solemnemente en nombre de todas sus Hijas.

La primera pregunta de los Comisarios apostólicos fué relativa al lugar en que había sido colocado el cuerpo del bienaventurado. La Santa respondió que el 10 de Junio de 1623 había sido colocado el santo cuerpo en el sepulcro que veían al lado de la Epístola; que estaba vestido con alba, estola y casulla de tafetán blanco, y en la cabeza una mitra del mismo color, en la cual se había prendido un papel, en el que estaba escrito el nombre del difunto, el día de su muerte y el de su colocación en aquel lugar. Habiéndose acercado los Comisarios al sepulcro para examinarlo, vieron una multitud de lámparas, brazos, cabezas, corazones de oro y plata, cuadros é inscripciones colgadas todas alrededor de él. Preguntada la Madre de Chantal acerca de aquellos objetos, respondió que eran dones hechos á la me-

moria del siervo de Dios por los peregrinos, que habían venido, no solamente de los alrededores, sino también de las provincias más lejanas de Francia y aun de Italia, y que habiendo sido curados por la intercesión del Santo, habían dejado en su capilla aquellos testimonios de su agradecimiento.

Entonces, á petición del Rdo. P. D. Justo Guérin, procurador de la causa, los jueces hicieron la enumeración, y habían contado ya en el santuario alrededor del sepulcro más de doscientos cincuenta votos de oro y de plata, cuando, mirando á la nave, la vieron guarnecida toda á lo largo y por todos lados de una inmensa multitud de hachones, pequeñas estatuas de mármol, pinturas, muletas y bastones, testimonio elocuente de los muchos enfermos que habían encontrado la salud en aquel santo sepulcro. Las mismas ciudades estaban allí representadas, y algunas había que se reconocían salvadas de la peste ó de la herejía por el gran siervo de Dios Francisco de Sales. ¿Qué más se podía desear? Todo el mundo estaba ansioso de contemplar por fin las facciones de aquel cuya santidad nadie ponía en duda. Se dió, no obstante, una mirada aún al sepulcro mismo, cuyos escalones estaban ya gastados por las rodillas y ósculos de los peregrinos, quienes habían raspado el mármol y quitado muchos pedacitos, ansiosos de llevarse estas partículas. Entonces se adelantaron los operarios, y habiendo quitado la piedra, que estaba sellada, se sacó el doble ataúd, poniéndole sobre la tarjima ó escalón del altar. El de madera estaba roto, pero el de plomo estaba muy bien cerrado. En cuanto se abrió, no se oyó más que un solo grito entre la gente: «Mirad, mirad al bienaventurado Francisco de Sales.» El era, en efecto; descansaba en su ataúd como sobre un lecho; intactos los vestidos, aunque algo amarillentos por la humedad del sitio; el cuerpo entero, sin corrupción ni lesión; el rostro perfectamente con-

servado, y sólo los ojos algo hundidos bajo los párpados; la barba y los cabellos, tan adheridos y firmes como los de un hombre vivo. Se le miraron las manos, y no le faltaban ni las uñas ni el cutis. La carne del brazo estaba flexible y tan manejable que podía extendersele. Sobre todo, el rostro parecía estar aún lleno de vida. Conservaba una expresión de paz y serenidad piadosa, que inspiraba devoción aun á los corazones más fríos. Un suave olor, semejante al que tantas veces había embalsamado el monasterio, salía de estos restos preciosos, y acabó de elevar á Dios todos los corazones.

Mientras que los felices testigos de esta escena se olvidaban de todo venerando aquellos preciosos restos, advertido el pueblo por el inefable perfume que exhalaban, golpeaba la puerta con violencia, daba grandes gritos, clamaba, y contenido en vano por los guardias del príncipe, quería entrar á la fuerza. Se oía gritar á la muchedumbre: «Moriremos ó veremos á nuestro Pastor.» Unos, trayendo escaleras, se ponían á mirar por las ventanas, y de repente se calmaban y juntaban piadosamente sus manos al ver al Santo. Otros, excitados con este espectáculo, daban de nuevo contra las puertas con tanta violencia, que al fin una de ellas fué sacada de sus goznes y echada al suelo. En un instante invadieron la iglesia, á pesar de los esfuerzos de los guardias y aun de los Obispos. Espectáculo por lo demás muy tierno el de toda esta gente, gritando de gozo al ver aquel sagrado cuerpo, que se mostraban unos á otros con el dedo, declarando que le reconocían muy bien, y haciendo que tocasen á él rosarios, Crucifijos, pañuelos y otros objetos. Llegó la noche en estas santas ocupaciones, y entonces el Ilmo. Sr. Arzobispo de Bourges hizo señal con la mano, y levantando la voz mandó al pueblo que saliese bajo pena de excomunió, siendo obedecido al instante.

Durante todo este tiempo, ¿qué hacía la santa Madre de Chantal? Estaba de rodillas junto á la reja, con los ojos fijos en el santo cuerpo, con un rostro tan encendido y un aspecto tan modesto, que no se podía conocer qué era lo que la sacaba de sí misma, si el amor ó la humildad; no veía á las Hermanas que estaban á su alrededor, no sentía que la apretaban por todas partes, y dejándolas pegarse á la reja para ver mejor, seguía inmóvil, y como sumida en una especie de éxtasis.

Por la tarde, á eso de las siete ó las ocho, cuando todo el gentío se retiró, volvió la Madre de Chantal con su comunidad, y pasó muchas horas en oración delante de aquellas santas reliquias. Entonces fué cuando hizo aquel célebre acto de obediencia, que fué recompensado con un grande milagro. Cuando el pueblo invadió la iglesia, los Comisarios apostólicos prohibieron bajo pena de excomunión el tocar al Santo cuerpo. La venerable Madre, tomando para sí una prohibición que no hablaba con ella, se abstuvo de besarle la mano. Pero al otro día, habiendo alcanzado permiso para ello, se acercó al bienaventurado, y al aproximar sus labios hacia la mano de San Francisco de Sales, éste extendió el brazo, y apretó dulcemente con su mano la cabeza de la Madre de Chantal, como si estuviera vivo. La santa Madre sintió distintamente, y las Hermanas que estaban presentes vieron claramente el movimiento milagroso de los dedos y la mano. Aún se guarda hoy como doble reliquia el velo que llevaba entonces la Santa (1).

Después que se redactaron y firmaron los procesos

(1) «La Madre Vosery y otras religiosas me han atestiguado—dice el P. Fichet—haber visto á la mano extenderse y apretar dulcemente la cabeza de la Madre de Chantal.» (*Vida de la Madre de Chantal*, por el P. Fichet.) Véanse también las declaraciones de la Hermana María Amade de Sonnaz, de la Hermana María Francisca de Gruel, de la Hermana Carlota Lucía de Bertrand de Villarrousset, *sup.* art. XLVI.

verbales relativos á la apertura del sepulcro, se volvieron á colocar las sagradas reliquias en un ataúd de plomo, y éste en otro de roble. Se mudó el alba, la casulla y la mitra, y se colocó encima del pecho del bienaventurado una inscripción que le daba á conocer, por si desaparecían las inscripciones exteriores á causa de algún suceso imprevisto.

Después de esto, volvieron los Comisarios á oír á los testigos que deseaban prestar sus declaraciones acerca de la vida y virtudes del Santo Obispo; pero eran tantos los que se presentaban todos los días, que después de haber recibido declaración á cerca de trecientos, suspendieron las informaciones y se separaron, encargando al P. D. Justo Guerin que llevase á Roma todos los documentos.

La Madre de Chantal no vió el fin de este largo proceso. Veinte años hacía que había muerto, cuando el bienaventurado fué solemnemente propuesto al amor y veneración de los fieles. Pero antes de morir tuvo el consuelo de ver que el entusiasmo del pueblo se adelantó á la prudente circunspección de los Soberanos Pontífices, y llevó á la tumba la certeza de que su bienaventurado director sería elevado á los altares.

Muchos panegíricos del Santo se han publicado antes y después de su canonización, por los cuidados de la Madre de Chantal y de sus Hijas. Los oradores más ilustres, Bossuet, Bourdaloue, Flechier, han probado, cada uno por su parte, á pintar la encantadora figura del más amable de todos los Santos. «Pero hay uno—ha dicho en nuestros días un crítico eminente—que ha sabido hablar mejor que Bossuet de San Francisco de Sales, y que ha escrito su vida con expresiones más vivas y penetrantes; éste es la señora de Chantal, hija espiritual del Santo Obispo, y abuela de la señora de Sevigné. Los que se han permitido alguna insulsa y fría burla acerca de las relaciones del Santo Obispo con esta

mujer fuerte y virtuosa, no habían leído (quiero creerlo) este documento, que es la carta ciento veintiuna de la señora de Chantal. Nunca se ha hecho mejor el retrato de un alma, ni se han sensibilizado más exactamente cosas que parecen inexplicables. Luz, suavidad, limpieza, vigor, discernimiento y celestial destreza, orden y arreglo de las virtudes en esta alma; todo, en fin, se representa y pinta en ella con un rasgo firme y distintivo. Páginas semejantes no entran en la literatura, y no pueden ni aun someterse á la admiración misma (1).

(1) M. Sainte Beuve. *Conversaciones del lunes*. San Francisco de Sales.





CAPÍTULO XXVII

Nuevas y más numerosas fundaciones en Francia.—El Instituto penetra en Italia y en Suiza.—Muerte de D. Miguel Favre, primer confesor de la Visitación.

1631—1632

LAS fundaciones religiosas, que habían estado interrumpidas, ó al menos detenidas durante dos años y medio por causa de la peste, volvieron á principiar otra vez con nuevo ardor. Al desaparecer aquella espantosa calamidad, que hizo más conversiones en un año—dicen nuestras antiguas *Memorias*—que cien predicadores en un siglo, se observó en Francia, en Saboya y en Italia, como un nuevo impulso hacia la vida espiritual y penitente. El espíritu de Dios inspiraba y llevaba las almas al desierto. Desde 1630 á 1640, época tal vez la más fecunda de todas las de la Iglesia, los monasterios se multiplicaron en una proporción fabulosa. Los de la Visitación, especialmente, se aumentaron de tal modo, que nos es imposible referir la fundación de cada uno en particular. Dificilmente podremos dar una idea de aquel movimiento admirable, de aquella propagación tan rápida y laboriosa, narrando la fundación de algunos monasterios, cuyos principios fueron más célebres por las grandes virtudes que en ellos resplandecieron, ó por las persecuciones que tuvieron que sufrir.

En esta rápida ojeada que vamos á dar á los países que unos tras de otros van dando entrada á la Visitación, merece en primer lugar nuestra atención la Saboya, en donde había nacido aquélla. Pero esta provincia, apenas libre de la epidemia que la había diezclado tan cruelmente, aumentando también su pobreza ordinaria, no se hallaba en estado de emprender nuevas fundaciones. Sus cuatro monasterios de Annecy, Chambery, Thonon y Rumilly, necesitarán todavía algunos años de tranquilidad antes de que puedan enviar á Italia y á Suiza las colonias que de allí les piden.

Pasemos, pues, á Borgoña, segunda patria del Instituto después de la Saboya. Esta antigua y monástica tierra, en donde habían florecido durante la Edad Media abadías tan poderosas, que en todas épocas, y bajo cualquier forma que apareciese, había hecho á la vida religiosa tan simpática acogida, continuaba siendo fiel á la gran Fundadora que había dado á la Iglesia. Cada año nacía allí un nuevo monasterio de la Visitación: Dijón, en 1622; Autun, en 1624; Paray, en 1626; Bourg, en 1627; Beaune y Macón, en 1632; Semur, en 1633; Chalon-sur-Saone y Charoles, en 1636. Cada año también, para poblar y multiplicar estos monasterios, sacaba de su seno, de su antigua nobleza, de su poderosa clase media, numerosas y grandes religiosas; las Brechard, las Chaugy, las Rabutin, las Berbissey, las Bouchier, que conocemos ya ó que conoceremos después, menos grandes, seguramente, por su talento distinguido y la varonil energía de su carácter, que por la santidad heroica de su vida y la belleza de sus virtudes.

La Visitación conquistaba así, una á una, todas las ciudades de Borgoña, y era difícil que no penetrase pronto en el Franco-Condado. El lector recordará el viaje de la Madre de Chantal á Besanzón en 1626; las ovaciones con que allí la acogieron, la multitud de pueblo que se apretaba y oprimía para conseguir el tocar

su hábito, y las sesenta jóvenes, sobre todo, que fueron á echarse á sus pies, solicitando que las diese por sí misma el velo. Recordará también la oposición del Arzobispo, que obligó á la Madre de Chantal á salir de la ciudad sin hacer la fundación. Esta oposición cesó por esta época, ya sea porque la peste atemorizase la conciencia del Prelado, ya más bien porque la perseverancia tenaz de Magdalena Adelaine, la humilde criada, á la cual San Francisco de Sales y la santa Madre de Chantal habían recomendado la constancia, profetizándola que vería coronados sus esfuerzos, enterneciese su corazón, lo cierto es que al instante, cuatro ó cinco ciudades, Besanzón, Gray, Champlitte y Salins, piden y reciben á las Hijas de Santa María. En Besanzón funda el primero la Madre María Margarita Michel, que viene de Dijón en 1630, y se ven entrar en él, una á una y en el orden indicado por la Santa, las treinta y seis jóvenes á quienes había bendecido á su paso por la ciudad, diciéndoles al oído que un día entrarían religiosas en la Visitación (1). Champlitte y Gray siguen muy de cerca á Besanzón en 1633 y 1634, esperando á Salins, que vendrá un poco después.

El instrumento principal de estas fundaciones, después de la buena Magdalena Adelaine, es una joven, casi una niña, de raza patricia. Se llamaba Clara de Cusanges, y pertenecía á antigua familia de los Condes de Bergues, de Champlitte y de Gray. Habiendo entrado á la edad de nueve años en el monasterio de Besanzón en clase de educanda, murió á los dieciocho, pasando sobre la tierra como una de esas visiones celestiales que Dios envía algunas veces para consolar el ánimo entristecido por el espectáculo de las miserias y vergonzosa flojedad de este mundo. Por su pureza admirable era llamada el *Angel del condado*; su humildad, su

(1) Véase antes pág. 160.

obediencia, su valor para vencerse, junto con una grande elevación de sentimientos y una madurez de juicio muy superior á su edad, admiraban á cuantos la conocían. Llevada á los trece años á Champlitte y á Gray para asistir á la fundación de dos monasterios, de los cuales su inmensa fortuna le permitía ser fundadora, recibida con salvas de artillería, saludada por los alcaldes y regidores de las ciudades, los cuales pronunciaban discursos en alabanza suya, vitoreada por todos los habitantes, á quienes sus padres habían colmado de bienes y caída de repente desde la cumbre de estos honores en medio de los horrores de la peste, no se supo qué admirar más en esta tierna virgen, si su modestia ó su grandeza de alma, llevadas una y otra hasta el heroísmo.

Por más instancias que le hizo su familia, se negó absolutamente á dejar el monasterio que acababa de fundar, y permaneció en él serena y animosa en medio de muertos y moribundos. Al cumplir los dieciséis años de edad, cuando su belleza hacía que se multiplicasen los pretendientes á su mano, se la vió de repente disgustarse del mundo y no ansiar más que humillaciones y sacrificios, con vehementes y enamorados deseos del cielo y santas impaciencias de la vida eterna, que decían claramente á los que saben observar, que no permanecería mucho tiempo en el lugar del destierro. El claustro y el mundo se disputaban este tesoro y el cielo se lo llevó. Apenas contaba dieciocho años cuando, después de algunos meses de enfermedad, dejó este mundo alegre, pura y ya celestial, por sus aspiraciones y dulces miradas, sonriéndose con las Hermanas, invocando á San Francisco de Sales, besando una carta que le había escrito la santa Madre de Chantal, á quien había pedido permiso para morir, y dejando para siempre una memoria tan embalsamada con el olor de sus virtudes, que tenemos que violentarnos mucho pensando

en el largo camino que aún nos resta que andar, para no detenernos algún tiempo á aspirar el aroma de una flor tan hermosa (1).

La Lorena, que ya poseía un monasterio fundado en 1626 en Pont-à-Mousson por la Madre de Chantal, veía nacer en la misma época otros dos, á pesar de las terribles desgracias que entonces pesaban sobre esta provincia, y que agravándose todos los años, iban á despertar muy pronto la grande alma de San Vicente de Paúl. El de Nancy, fundado en 1632, salía de Pont-à-Mousson. El de Metz, establecido el año siguiente, procedía del centro de la Auvernia. Nada es tan curioso ni puede dar mejor idea de aquella época que el largo viaje que tuvieron que hacer las Hermanas que fueron á esta fundación. Tardaron tres meses en ir desde Riom á Metz. Pero ¡de qué modo! Habiendo salido de Riom el 16 de Noviembre de 1632, llegaron á Moulins, en donde las detuvieron muchos días en el monasterio, y donde las regalaron para la iglesia de su futuro monasterio, albas, casullas, vinajeras y un cáliz, el mismo con el que San Francisco de Sales había dicho Misa. Desde allí fueron al monasterio de Nevers, el cual, generoso aunque pobre, partió con ellas su pequeña provisión de trigo. Después, en Orleans, una señora piadosa, cuya hija tenían las Hermanas, les prestó su carruaje para ir á París, y les dió una gran cantidad de lienzo y un vestido de terciopelo con fondo de plata, además de dos docenas de sabanillas para el altar. Al llegar á París se vieron precisadas á detenerse allí dieciseis días por causa de los hielos, pero estos días no pasaron en balde, porque todos á porfía las colmaban de regalos. El Sr. de Renty, el Comendador de Sillery, la señora de Villeneuve, les traían todos los días alguna cosa: ya un tabernáculo y candeleros para el altar,

(1) *Las vidas de nueve religiosas de la Visitación*, por la Madre de Chaugy; un vol. en 4.º, pág. 1 y siguientes. Annecy, 1659.

ya un cofre lleno de lienzo para la sacristía, algunos briaies de raso blanco con flores para hacer los ornamentos sagrados, algunos cientos de escudos, y lo que valia más, una pretendiente con ocho mil libras y una buena joven para tornera. Deshechos los hielos, la caravana se puso en camino, sin dejar de recibir regalos durante su marcha, y por decirlo así, en cada parada que hacía. En Pont-à-Mousson, en particular, les dieron muebles para ocho celdas. De este modo llegaron á Metz el 14 de Febrero de 1633, cargadas de regalos de todas clases, llevando en carros cuanto era necesario para amueblar una casa, adornar una iglesia, y, según la expresión de las *Memorias*, principiar el arreglo de su habitación sin ayuda de nadie. Precaución prudente en un país y en una época en que San Vicente de Paúl iba á verse obligado á enviar, durante diez años consecutivos, carruajes cargados de pan, simientes, arados, rebaños, y hasta vestidos para veinte mil hombres de todas clases de la sociedad (1). Circunvalada por la Lorena, el Franco-Condado y la Borgoña, la Champagne conocía también á la Visitación por este tiempo, pero con más dificultades, á consecuencia de una de esas susceptibilidades de los municipios que tan frecuentes eran entonces. El Obispo de Troyes había llamado á la Madre Favre para reformar en su ciudad episcopal una casa de la Orden de San Agustín. La Madre Favre llegaba, pues, de París á la cabeza de una pequeña colonia de religiosas, y se preparaba á entrar en la ciudad, cuando de repente se presentan en la puerta los magistrados, y deteniendo el carruaje en que venía, la intiman que se vuelva, diciéndole secamente que la ciudad no la quiere á ella ni á sus religiosas. Admirada de una oposición tan inesperada, la Madre Favre se detiene, pero se niega á volver atrás y hace

(1) *Fundaciones inéditas de Nancy y de Metz*, págs. 537-539..

que venga el Sr. Obispo que la había llamado. Vino aquél afligido por estos obstáculos, y entabló una polémica con los magistrados. En el momento en que los ánimos están más acalorados, el alcalde se vuelve bruscamente á la Madre Favre, y la dice: «¿Querríais, por ventura, violentar á la ciudad?—A la ciudad del cielo sí—dijo la Madre con una sonrisa finísima,—pero á las ciudades de la tierra, ¡oh! no.» El alcalde se amansó un poco con esta respuesta, pero no lo bastante para permitirle entrar en la ciudad. Por su parte la Madre Favre rehusa el dar un paso para volverse, y echando pie á tierra del carruaje, se establece con sus compañeras fuera de las puertas en una casita de los arrabales. Mientras tanto, delibera el Ayuntamiento. Conociendo que la Superiora es prudente y sagaz, decide aquél echarla vergonzosamente si entra con engaños y por astucia. Seis semanas se pasaron así: la Madre Favre rehusando marcharse, y las autoridades protestando que nunca la dejarían entrar. Vehemente por carácter, y habiendo dejado en París importantísimos negocios, la Madre Favre empieza á cansarse y desanimarse, viendo perderse un tiempo tan precioso, interrumpidos asuntos tan graves, y aumentarse los obstáculos sin saber cómo vencerlos, porque se había resentido el amor propio de las autoridades locales, y ya se sabe que éste es el más invencible de todos los obstáculos. Advertida la Madre de Chantal de este desaliento pasajero, interviene en el asunto, y sostiene á su *grande Hija* con sus cartas, animándola á la perseverancia, y haciéndola ver que el tiempo que se gasta por Dios nunca se pierde; que las penas y las persecuciones son las semillas fecundas de las casas religiosas; y que aquella podrá mejor desafiar en lo sucesivo á las tempestades que haya sido más combatida en su cuna (1).

(1) Edición Migne, pág. 1.644.

Animada con estas fuertes razones la Madre Favre, se mantuvo firme; y como la paciencia es la reina del mundo, poco á poco desaparecieron los obstáculos, la razón y la fe triunfaron del amor propio, fué concedido el permiso, y el 6 de Julio de 1631, la pequeña colonia entró triunfante en Troyes (1).

Mientras que sucedían estas cosas en Champagne, en Lorena, en el Franco-Condado y Borgoña, las provincias del Norte abrían á su vez las puertas á la Visitación naciente; aunque con lentitud, es verdad, porque estaban más lejos de su cuna y con más dificultad, porque tenían multitud de casas religiosas; pero estos obstáculos, deteniendo por un instante el curso de la Visitación y retardándolo algunos años, iban á darle un éxito más brillante. En la época á que nos referimos, ni el Artois, ni Flandes habían oído siquiera pronunciar el nombre de la Visitación. La Picardía tenía noticia de ella, pero de una manera vaga é inexacta. La Normandía no la conocía mejor, á pesar de tener ya un monasterio, el de Caen. Cuando la señorita de Boisguillaume, hija de un consejero del Parlamento de Rouen, movida por Dios, deseando salir de un mundo en que sobresalía demasiado, para no arriesgar su salvación, quiso informarse de lo que eran las Hijas de la Visitación, le dijeron cosas tan raras, que la espantaron. Los unos decían que eran religiosas tan pobres, que se morían de hambre; los otros añadían que el nuevo Instituto había sido fundado para enfermas por un Prelado sumamente bondadoso, y que para ser admitida en él era necesario tener algún achaque. No faltaba alguno que, habiendo estado en París, y entrado por casualidad en la capilla de la Visitación cuando predicaban, tiempo en que las religiosas, por no tener

(1) *Fundación inédita de Troyes*, pág. 429. . *Vidas de las primeras religiosas*, tomo I, pág. 51.

los velos levantados con las cortinas descorridas, cierran las ventanas del coro para no ser vistas de los seglares, contaba por todas partes que los monasterios eran tan oscuros que casi no se veía. Tanto desalentaron estos rumores á la joven que Dios había destinado para establecer en Rouen la Visitación, que fué menester que Él mismo viniese en su auxilio. Estaba durmiendo una noche, y de repente le pareció estar en una iglesia de la Visitación, rodeada de una porción de religiosas, y mientras la desnudaban de su traje de seglar, oyó una voz que le dijo: «Mira, viven como ángeles.» Conmovida con esta palabra, que resonaba aún en sus oídos mucho tiempo después de haber despertado, se fué á París, y habiendo encontrado el monasterio muy fervoroso y enteramente diferente de la pintura que de él le habían hecho, aunque era aún muy joven, hermosa, muy pretendida y aficionada á las cosas del mundo, rompió todos sus lazos, pisó las mundanas esperanzas que tanto halagan á la edad de veinte años, y tomó con ánimo generoso el humilde velo de las esposas de Jesucristo. Sus padres, que habían asistido á la ceremonia, volvieron á Rouen contando con entusiasmo lo que habían visto. Así nació poco á poco la idea de una fundación, y habiendo empezado á reunir recursos al efecto, se habló de ello al Arzobispo. Éste, que era prudente, no quiso responder sin leer las Constituciones, las cuales le encantaron; pero como la teoría dista mucho de la práctica, se fué á París y en derecho al locutorio de la Visitación para sondear á las Hermanas y ver si hallaba en ellas aquel espíritu dulce, humilde y sencillo que había admirado en las reglas. La primera á quien vió fué á la Madre María Jacobina Favre. (Era un poco antes de su viaje á Troyes.) Le propuso al pronto algunas cuestiones para probarla. «Hija mía—le dijo—¿qué es mejor, hablar de Dios ú oír hablar á Dios? La Madre Favre respondió humildemente que no

era capaz de resolver esta cuestión. «Tal vez, hija mía—replicó el Arzobispo,—tenéis vergüenza de responder con el velo levantado; bajadle para tener más libertad.» La Madre se lo bajó al instante, pero continuó escusándose con palabras tan modestas, sencillas y piadosas, que aquel buen Prelado quedó muy edificado, y dijo al salir que no se podía ver más humildad; que cierto, temía mucho recibir algunas religiosas que se tienen por instruidas y quieren enseñar á los doctores; pero que las Hijas de Santa María no eran de esta clase, y que así apoyaría el negocio de la fundación.

Más difícil fué alcanzar la licencia del Parlamento, que aquí como en todas partes era poco favorable al desarrollo de las Ordenes religiosas. Se logró, no obstante, gracias á la habilidad y astucias algo normandas de varios consejeros amigos de la familia de Boisguillaume, y el 27 de Octubre de 1630 llegaron á París las Hermanas que venían á la fundación. Cuando á la escasa luz del crepúsculo de la tarde distinguieron las torres y campanarios de Rouen, la Superiora, que era la Madre Ana Margarita Guerin, y todas las Hermanas se sintieron llenas de devoción á San José, y le pidieron fervorosamente la santa sencillez para todas las que debiesen recibir, porque habían oído decir que allí los espíritus eran demasiado prudentes (1).

Más distante de París que la Normandía la ruda y católica Bretaña, conocía mejor en esta época á la Visitación, y le abría una á una todas sus ciudades. Rennes, donde la venerable Madre de la Roche había esparcido, como en Orleans, y á pesar suyo, el buen olor de sus virtudes, dando principio ella misma á la fundación del monasterio con aplauso de todo el mundo; Nantes, cuyo monasterio fué fundado por la Madre de Bres-

(1) *Fundación inédita de Rouen*, pág. 386.

sand, una de las más ilustres entre las primeras Madres de la Visitación, la cual no hemos podido dar aún á conocer á nuestros lectores, porque ¿cómo escribir tantas santas biografías? y que habiendo entrado novicia en Grenoble en 1618, fué distinguida muy pronto por San Francisco de Sales, que la llamaba «joven de raras prendas», y tratada por la santa Madre de Chantal durante su noviciado con mucho rigor, á fin de que por este medio brillase mejor su virtud, porque á juicio de la Santa no había en el instituto joven más perfecta ni de más talento. Tal era entonces la reputación creciente de la Madre de Bressand, que el célebre Obispo de Nantes, Felipe de Cospean, dijo que no permitiría que bajasen del buque las fundadoras si no traían á su cabeza á la Madre de Bressand; Vannes, fundado por una colonia que, después de haberse establecido primero en Croisic, se había visto obligada á dejar este punto, no encontrando en él los socorros espirituales y temporales de que tenía necesidad; Rennes, en fin, en donde iba á establecerse muy en breve otro segundo monasterio, no bastándole á la Bretaña los tres que ya poseía para acoger la inmensa multitud de jóvenes que su nobleza enviaba todos los días á la Visitación (1).

El Anjou y la Turena siguieron el ejemplo de la Bretaña, y dos hermosas casas de la Visitación fueron allí fundadas por esta época en el espacio de pocos años. La de Angers, debida á un santo sacerdote, á quien la lectura de las obras de San Francisco de Sales y una conversación con la Madre de Chantal habían entusiasmado, y que, á fuerza de actividad, energía y paciencia pudo establecer el Instituto en una ciudad tan llena de casas religiosas, que la sola idea de una nueva fundación levantó tempestades; y la de Tours, cuya fundación, aun más trabajosa, fué, como la de Besanzón,

(1) Véanse las diferentes *Fundaciones inéditas* de estos monasterios.

obra de una pobre criada, incidente que nos hará detener algún tanto en su narración. Tours, con su sepulcro de San Martín, era uno de los mayores centros del catolicismo en Francia, y una de las cuatro principales peregrinaciones del mundo. Se habían edificado tantas iglesias, colegiatas, capítulos, abadías y conventos al lado ó cerca de la cripta de San Martín, que parecía imposible pudieran establecerse otros nuevos. He aquí cómo una humilde joven, cuyo nombre ignoramos, logró establecer el de la Visitación. Se había confesado en 1619 con San Francisco de Sales, cuando este pasó por Tours en la comitiva de la Princesa real Cristina de Francia, hermana de Luis XIII, y le había confiado sus grandes deseos de ser religiosa. «Sí, hija mía—le había contestado el santo Obispo,—seréis religiosa, pero no tan pronto. Confíad en que Dios manifestará un día los designios que tiene sobre vuestra alma.» Más de diez años después, confesándose con un religioso: «Hija mía—le dijo éste,—ya es tiempo de acordaros de lo que os dijo el bienaventurado San Francisco de Sales.» Y habiéndola dispuesto con algunas palabras fervorosas á entregarse á Dios, la envió á recibir la Sagrada Comunión, encargándola volviese en cuanto concluyera la Misa, á decirle lo que Nuestro Señor le hubiese inspirado.

Volvió, en efecto, al levantarse de la mesa Eucarística, y quedó convenido que aquella humilde joven procuraría con todas sus fuerzas fundar un convento de la Visitación en Tours. Pero surgieron luego tantos obstáculos, que no viendo posibilidad de vencerlos, y abrumada de disgustos, fué á rogar á su confesor que le facilitase entrar en un convento ya fundado. «Os doy toda la noche para reflexionar sobre ello—dijo el confesor con un aspecto triste—y si absolutamente lo queréis así, mañana mismo iré y hablaré por vos.» La noche fué larga y desvelada. Al amanecer, la pobre sirviente llamaba á las puertas del convento. «Ya pensaba yo—

le dijo el buen Padre—que hoy madrugáramos mucho. Vamos, hija de poca fe, Dios os ayudará.» Desde entonces resolvió trabajar y no desalentarse por ningún obstáculo, cualquiera que fuese. Había en Tours un hombre muy rico y muy influyente, el cual era uno de los principales miembros del Ayuntamiento de la ciudad, y llena de valor fué á visitarle, diciéndole respetuosamente y sin más cumplidos: «Señor, vengo aquí para haceros ganar el cielo.» El buen magistrado le respondió alegremente que sería la ganancia mayor que podría hacer en toda su vida, y que le agradecería mucho le proporcionase los medios para conseguirla. Animada con esta benévola acogida, le confió su proyecto de fundar un convento de la Visitación en Tours. A esta declaración, el buen Sr. de Boutos cambió de aspecto, y le dijo que la ciudad estaba tan llena de casas religiosas, que no se podía pensar en semejante cosa. Pero insistió tanto y con tanta habilidad, que al fin le prometió ocuparse y reflexionar sobre el asunto. De la misma manera visitó esta animosa joven á los veinticuatro regidores, al Arzobispo, al lugarteniente general, en lo cual no se sabe qué admirar más, si á la humilde sirviente que saca de su fe el valor necesario para hablar é instar á tan altos personajes, ó la benignidad de aquellos magistrados cristianos que la reciben con tanto decoro á pesar de lo humilde de su posición, se dignan discutir con ella el proyecto que les indica, se dejan vencer de sus razones, y, en fin, concurren con todas sus fuerzas á realizar una obra que todos habían creído imposible. La tarde del día en que llegaron las Hermanas, procedentes del monasterio de Orleans, esta buena joven se echó á sus pies, pidiéndoles humildemente el velo de las esposas de Jesucristo, cuya gracia tenía por cierto bien merecida (1).

(1) *Fundación* inédita de Tours, pág. 464.

El Poitou, situado al otro lado del Loire, enfrente de la Bretaña y de Anjou, se conmueve á su vez. Comarca llena de protestantes y de ruinas, en donde habían sido quemadas las iglesias, saqueados los monasterios, quebradas las rejas, arrojadas y ridiculizadas las religiosas, la Visitación no se hubiera establecido en el Poitou si no hubiese tenido la dicha de ser una segunda patria para la Madre de Chantal. En efecto, en Poitiers había pasado su juventud, y allí había vivido su hermana Margarita, su cuñado el señor de Neufchezes, y sus dos sobrinos. Por medio de uno de éstos se hizo la fundación. El Obispo de Chalons se entendió con una hermana del Obispo de Poitiers, la señorita Chateigner de la Roche-Posay, que, convertida hacia poco del protestantismo á la verdadera Iglesia, quería expiar con una fundación religiosa sus largos años de extravío, y habiéndolo pedido su familia, la santa Madre de Chantal envió á Poitiers una pequeña colonia de religiosas, que salió de Bourges, llevando á su cabeza á la Madre de Lage. El Abate de San Cyran predicó en la ceremonia, lo que prueba que en 1634 aún no era tenido por hereje; pero prueba también los peligros que semejantes relaciones y de parte de un hombre tan inquieto y astuto, hubiera corrido la Visitación naciente, sin el tierno afecto que las Hermanas todas profesaban á la fe de la Iglesia romana (1).

Pero si la Visitación pudo establecerse en Poitiers en

(1) Berault-Bercastel acusa á la Madre de Lage de haber adoptado los errores del Abate de San Cyran, y esto es un error, contra el cual protestan todos los monumentos contemporáneos. Por todas partes se la considera como una santa; su nombre es venerado en el monasterio de Poitiers, en el que fué reelegida hasta seis veces, es decir, tan á menudo como lo permite la regla, lo cual sería inexplicable si hubiera caído en el jansenismo, pues que Berault-Bercastel reconoce *que no pudo ganar para su partido á ninguna religiosa de su comunidad, que permaneció siempre fiel á la enseñanza del santo Fundador*. Este punto ha quedado tan perfectamente aclarado en 1853 por la Madre María Chantal Delapierre, Superiora de Poitiers, que es inútil insistir más en ello.

aquella época, no pasó de esta ciudad. Ni la Saintonge, ni el Angoumois, ni el Limousin, Gascuña, ni Guienna se abren para ella: han de pasar todavía cinco ó seis años antes de que el nuevo Instituto pueda penetrar y hacerse conocer en estos pueblos. Volvamos hacia los países que la han visto nacer, y después de atravesar rápidamente el centro de Francia, en donde se desarrolla con vigor, preparémonos para volver á bajar por las bellas riberas del Ródano y del Saona las pendientes francesas de los Alpes, en donde la veremos multiplicarse sin obstáculos en medio del entusiasmo más ardiente.

Ya hemos dicho cómo se hacían las fundaciones. Cada monasterio era una colmena. Cuando el número de religiosas era mayor de treinta y tres (el determinado por la regla) en una casa, salía de ella una pequeña colonia, que iba ordinariamente á poca distancia, á una ciudad vecina, y fundaba otra casa distinta de la primera, la cual á su vez enviaba enjambres á otra parte. De este modo fué poco á poco poblándose de monasterios de la Visitación el centro de Francia. Los de París, Bourges y Moulins, fundados desde el principio, irradian á su alrededor. A la fecha á que nos referimos hay conventos de la Visitación salidos de éstos, en las principales ciudades del centro de Francia; no solamente en Orleans, Nevers, Montferrand, Riom y Blois, cuyas fundaciones hemos contado, sino en Montargis, Meaux, Mamers, en Mans y en Melun. Auvernia, por su parte, cuenta ya cuatro: Montferrand, Riom, Saint-Fleur y Puy. El Delfinado, más rico aún, tiene siete: Grenoble, Valencia, Embrun, Cremieux, Crest, Condrieu y Romans. Lyon tiene tres monasterios dentro de sus murallas, y envía enjambres á sus alrededores, á Saint-Etienne, Villefranche, y también á Avignon.

El el Languedoc, y sobre todo en la Provenza, es aún más rápida la propagación; en ella no hay ciudad, por pequeña y pobre que sea, que no aspire al honor y

felicidad de tener un monasterio de la Visitación. En esta provincia, lo mismo que en Borgoña, se ve nacer un monasterio cada año: Marsella, en 1623; Aix, en 1624; Arlés, en 1629; Digne, en 1630; Montpellier, Sisterón, Apr y Folcarquier, en 1631; Draguignan, en 1632; Pont-Saint-Esprit, en 1633; Toulon y Grasse, en 1634.

Y lo más consolador no es esta rápida propagación, sino el entusiasmo que prepara, acoge y hace prosperar todas estas fundaciones. Ya hemos visto algo de esto. Cuando las Hermanas llegaron á Aix fué tal el gentío que invadió la casa, los patios y las calles inmediatas, que durante tres días fué imposible penetrar dentro del monasterio, de suerte que las Hermanas hubieran pasado hambre si la fundadora no hubiese ideado el introducir los víveres por encima de los tejados (1).

En Grasse se cerraron todas las tiendas el día que llegaron las Hermanas, y un gentío inmenso, vestido de fiesta, fué á recibirlas. En cuanto asomaron las Hermanas, un inmenso y unánime clamor subió hasta el cielo: «Mirad, mirad! ¡Aquí están las Hijas del bienaventurado Francisco de Sales!»

En Montpellier fué tanto el gentío que quiso ir á recibirlas y acompañarlas á su habitación, que las Hermanas se vieron mil veces en peligro de separarse y extraviarse, y hubo necesidad de poner guardia alrededor de la casa. Al otro día fueron á visitarlas todas las autoridades, y la Superiora, que era la Madre Luisa Dorothea de Marigny, parienta de San Francisco de Sales, y la que nos ha dejado dos *Memorias* inéditas sobre los principios de la Visitación, tuvo que responder á nueve ó diez arengas, de las cuales cuatro fueron solemnes. La primera de los señores concejales del Ayuntamiento de la ciudad, los cuales llevaban el sombrero encarnado, honor insigne que no conceden más que á los Prín-

(1) Véase más arriba, pág. 156.

cipes y Princesas. El Sr. de Bussuges, que era aquel año el primero entre todos, tomó la palabra, y con expresiones de la más viva alegría llenó á las Hermanas de alabanzas, manifestándolas su agradecimiento, y ofreciendo servirles en todo cuanto necesitasen. Vinieron después en nombre de todo el clero los señores canónigos de la catedral de San Pedro, y en su hermosa arenga aseguraron que la llegada de las religiosas era una de las mayores gracias que Dios había hecho hacia largo tiempo á la ciudad y á la provincia, y al retirarse regalaron á las Hermanas una custodia y un viril de plata. Después de éstos se presentaron sucesivamente el Teniente de Senescal, juez del distrito, los señores de la nobleza, los Gobernadores de la plaza y de la ciudadela y los superiores de las Ordenes religiosas, dándolas mil bienvenidas y ofreciéndose á su servicio.

Al salir del monasterio iban todos al palacio episcopal á dar las gracias á Monseñor Pedro Fenouillet, Obispo de Montpellier, antiguo é íntimo amigo de San Francisco de Sales, oriundo como él de la Saboya, y uno de los que más contribuyeron en esta época á ennoblecer el lenguaje del púlpito y preparar el advenimiento de la gran elocuencia cristiana. Este buen Prelado lloraba de alegría al ver tanta unanimidad. «Yo he traído—decía á las religiosas—á los jesuitas y á los capuchinos á esta ciudad; he predicado en ella dos cuaresmas enteras, y he hecho otras muchas cosas sin que el Ayuntamiento me haya dado nunca las gracias, y desde vuestra venida tengo mucho que hacer con escuchar las felicitaciones que recibo por haberos llamado.»

El pueblo no mostraba menos entusiasmo. Además de la ovación que había hecho á las Hermanas el día de su llegada, iban muchos alrededor del convento, y como nunca habían visto religiosas, porque no había ninguna en esta ciudad desde las primeras guerras de

religión, en las cuales las habían maltratado y echado, no podían cansarse de ver y admirar á estas buenas Hermanas prisioneras dentro de sus rejas, y sin embargo, tan alegres y contentas. Cada día se veía llegar de las montañas próximas y de los pueblos más lejanos una multitud de aldeanos y aldeanas, que se ponían de rodillas, besaban las rejas, miraban con admiración cómo se movía el torno, y no querían marcharse sin haber visto á alguno de los ángeles de la casa, como llamaban á las religiosas (1).

En casi todas las fundaciones hechas en el Mediodía ocurrieron escenas semejantes. Un gentío inmenso que salía á recibir á las Hermanas, cumplimientos sin fin, arengas solemnes, grandes cantidades de víveres, comidas compuestas y arregladas enviadas por los grandes, regalos de todas clases, en términos que muchas veces no se sabía qué hacer con ellos, y después disminuir el entusiasmo, desaparecer la gente, porque el mundo, mudable siempre, quiere otras impresiones y empezar las religiosas á gozar los encantos de la soledad y muchas veces el aguijón doloroso de la pobreza.

Mientras tanto, la Madre de Chantal, que gobernaba hacía tres años el monasterio de Annecy, habiendo sido elegida el 31 de Mayo de 1629, tocaba al término en que, según la regla, debía dejar su cargo. El 22 de Mayo de 1632, estando las Hermanas reunidas en el coro, se puso la Santa de rodillas en medio de todas, dijo su culpa de las faltas cometidas en su cargo, y después de renunciar la superioridad, se retiró humildemente al último lugar, en donde se mantuvo cuatro días con un abatimiento y abnegación de sí misma, que llenaba de admiración á todas las Hermanas. Tenía entonces sesenta años, y creyéndose al fin de su vida, suplicaba á las Hermanas, sus Hijas, no le diesen ya

(1) *Fundación inédita de Montpellier*, pág. 401.

ningún oficio, á fin de poder prepararse para la muerte. Pero á pesar de sus ruegos fué reelegida el día 27 de Mayo. «Mirad, Hija mía—decía á una religiosa,—todos mis sentidos y cuanto hay en mí repugnan este empleo que acepto solamente por ser esta la voluntad de Dios; porque ¡ay! Hija mía, estoy al fin de mi vida y necesito pensar en mí.» En cuanto fué reelegida se dedicó con nuevo ardor á dirigir y vigilar la grande obra del momento, las fundaciones que surgían por todas partes, que se multiplicaban en toda la Francia con una fecundidad que admira, aun cuando se conozca el carácter religioso del siglo XVII, el cual llegó á su apogeo hacia el año 1630.

Este desarrollo tan rápido y tan vasto inquietaba á la Madre de Chantal, y jamás hablaba de esto sin suspirar. «¡Dios mío! —decía un día en 1633—cincuenta y nueve monasterios. ¡Qué pena me da esta multitud de casas que no se pueden sostener, ni en lo espiritual ni en lo temporal!» Y algunos años después: «¡Ay! el Instituto se extiende mucho; el número de nuestras casas pasa de ochenta.» Así es que deseaba detener este movimiento. Escribía por todas partes á las Superiores que no se apresurasen tanto, que esperasen para hacer fundaciones nuevas á que se formasen bien las Hermanas jóvenes. «Porque—decía con su admirable buen juicio y su larga experiencia—es tan difícil tener mucha solidez con pocos años de religión y mucha juventud!» Repetía á todos esta hermosa sentencia, que es la regla verdadera de la propagación de las Ordenes religiosas: «¡Dios mío! tengo mucho más deseo de que crezcamos por la raíz, que por las ramas.» Pero hablaba en vano; no era escuchada, y no podía serlo. El fruto estaba maduro, y por sí mismo se desprendía del árbol.

Había llegado aquella hora de inexplicable alegría y de inefable angustia, á la cual aludía Nuestro Señor, cuando decía: «Levantad los ojos y mirad. En los valles

amarillea ya la cosecha, y durante ella no hay que hacer otra cosa sino dirigirse á Dios y decirle: «Señor, enviadnos operarios.» En efecto, ya no eran solamente las provincias, las ciudades y aun las aldeas de Francia las que pedían monasterios de la Visitación, sino Suiza, Alemania, hasta Polonia por una parte, y por la otra el Piamonte, Italiá, la misma Sicilia, y al otro lado de los mares el Canadá francés, pues habiendo oído sus habitantes las maravillas que se contaban, clamaban fervorosamente pidiendo que se les enviasen algunas ramas de un árbol que producía tan dulces frutos.

Obligada á ceder á instancias que eran más fuertes cada día, la venerable Madre de Chantal escogió á la más pequeña y humilde de las ciudades que solicitaban la fundación de una casa del Instituto, y desatendiendo las peticiones que le hacían de Turín, Pignerol, Génova y de la misma Roma, encargó á la Madre Gaspar Favier, que con algunas profesas de Chambery fuese á fundar un monasterio en el valle de Aosta.

Es cosa en extremo grata el leer la relación de cómo tuvo principio este pobre monasterio, el primero que se estableció en las vertientes italianas de los Alpes, en donde iban á nacer muy poco después otros tan hermosos y florecientes. Una antigua posada abandonada y comprada por esta razón á un precio muy bajo, había sido apresuradamente blanqueada y acomodada para servir de monasterio. La cuadra fué convertida en capilla; pero aunque se procuró adornarla lo mejor que se pudo, conservaba, sin embargo, un aspecto tan miserable, que el Sr. Obispo de Aosta no quiso se guardase allí la sagrada Eucaristía. Por la pobreza de la capilla puede juzgarse cuál sería la del monasterio. Muchas veces no tenían las Hermanas ni aun pan para comer. La Superiora, á quien las antiguas *Memorias* llaman grande y valerosa mujer, exhortaba entonces á

sus Hijas á que se aprovecharan con ardor de esta escasez, para imitar á Jesús en su pobreza. Una buena alma, queriendo socorrerlas en su miseria, les regaló seis ovejas, lo que les dió mucho gusto, aunque no sabían dónde ponerlas, porque la casa era muy pequeña. Todo el día estos mansos animales seguían á las religiosas por todas partes, lo mismo al coro que al locutorio; no pudiendo impedirlo porque no había puertas en ninguna sala, y si sólo unas pequeñas cortinas ó tapices. Así—dicen las antiguas *Memorias*—á cada instante se veían obligadas á ser pastoras estas buenas religiosas; pero esta molestia estaba compensada con los buenos pensamientos que las ovejitas les inspiraban, ya haciéndoles recordar al buen Pastor que murió por sus ovejas, ya trayéndoles á la memoria al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo (1).

Respecto á lo espiritual, la necesidad era aún mayor. No tenían confesor, y si bien los Capuchinos y Jesuitas les hacían la caridad de confesarlas de vez en cuando, estos cambios de dirección les eran molestísimos, y perjudicaban á los progresos de sus almas. En este apuro resolvieron acudir á la Santísima Virgen, y durante un año entero rezaron todos los días en el coro un *Ave, maris stella*, para alcanzar la gracia de encontrar un santo sacerdote que quisiera encargarse del cuidado de sus almas. Fueron escuchadas, y sucedió del modo siguiente: un día de invierno, el Illmo. Sr. Obispo de Aosta vió pasar por la calle á dos jóvenes, cuya modestia llamó su atención; y habiéndoles mandado á decir tuviesen la bondad de ir á su casa, les preguntó quiénes eran y adónde iban. Supo que eran franceses, naturales de Macón, en Borgogna; que habían concluido sus estudios de teología, y que, con una curiosidad que no es de extrañar en los jóvenes, deseaban ir á Roma, á

(1) *Fundación inédita del valle de Aosta*, pág. 450.

Loreto, y visitar Italia. El buen Prelado les hizo notar que entonces era lo más riguroso del invierno; que un poco más adelante estaría el tiempo más á propósito para contemplar las bellezas de la naturaleza, y les instó para que se quedasen en Aosta, ofreciéndoles, si aceptaban, dos plazas de profesores de un colegio, lo cual admitieron con reconocimiento.

El principal de estos dos viajeros se llamaba el señor de Besanzón, estaba tonsurado, y era muy amante de la Santísima Virgen. Habiendo sabido que había en Aosta un monasterio que se llamaba de Santa María, tomó por costumbre el ir á la iglesia de las Hermanas á rezar sus devociones, y se ofreció para ayudar todas las mañanas la Misa de Comunidad. De este modo pudieron las Hermanas notar su mucha modestia.

Algún tiempo después, habiendo entrado en el locutorio, donde habló de cosas piadosas con algunas Hermanas, tuvieron motivo para admirar su doctrina, tanto y más que su modestia, de suerte que las religiosas decían que si fuese sacerdote creerían que era el confesor que les enviaba la Santísima Virgen. En estas circunstancias, el Ilmo. Sr. Obispo de Aosta, que le quería extraordinariamente, le confirió las órdenes, y estando vacante la canongía lectoral de su iglesia, le nombró para que la desempeñase. Esta elevación repentina excitó una tempestad. El nuevo lectoral era joven y extranjero, había recibido la borla de doctor, y esto era mucho más que lo que se necesitaba para excitar una sublevación general. No tuvo otro remedio que marchar apresuradamente á Turín á tomar el grado de doctor. Cuando iba á entrar en examen se sintió el joven sacerdote sumamente conmovido, y como hacía largo tiempo que no había estudiado en sus libros de teología, le pareció que no podría responder al más sencillo argumento. Acudió entonces á la Santísima Virgen, haciendo voto de ayunar los sábados durante toda su vida en honor

suyo. En el mismo instante entró en el salón, en donde estaban esperándole los jueces examinadores, y de repente sintió su espíritu tan lleno de inteligencia, claridad, fecundidad y prontitud para responder, que le dieron el grado con los mayores aplausos. Tranquilo ya y en posesión de su dignidad, se consagró con voto público al servicio de la Santísima Virgen en la persona de sus humildes Hijas las religiosas de Santa María, y éstas, al recibirle como confesor, olvidaron todas las penas é inquietudes consiguientes á su pobreza (1).

Este fué el primer paso que dió la Visitación hacia Italia, que tan ardientemente la deseaba. El que dió casi en la misma época hacia Suiza, desde donde iba á lanzarse muy pronto á las ciudades ricas y populosas de Alemania, tuvo un carácter muy diferente. Había entrado en el monasterio de Besanzón una joven de dieciocho años, muy rica y de una de las más nobles familias de Francia. Llamábase la señorita de Vienne de Beaufremont. Solicitada su mano por una multitud de pretendientes, entre los cuales se contaba su primo hermano el Marqués de Coligny, á quien había dado palabra de casamiento, de repente, y cuando se había ya pedido á la Santa Sede la dispensa del parentesco y se estaban haciendo los preparativos para la boda, se decidió á tomar el velo de religiosa. Una vocación tan repentina excitó entre sus parientes tanta sorpresa como enojo. Algunos, aunque muy pocos, aplaudieron la resolución de la joyen. Pero el mayor número, creyendo, aunque sin fundamento, que la causa de esta resolución era quizá el que no la dejaban en completa libertad para obrar, acusaban á su madrastra de haber influido por egoísmo en el ánimo de su hija política, y daban rienda suelta á su cólera. Las cosas llegaron al extremo, de que para venir á Besanzón tuvo necesidad

(1) *Fundación inédita del valle de Aosta*, pág. 446.

la señorita de Vienne de traer una escolta de más de cincuenta mosqueteros y otros tantos arcabuceros, porque de otro modo la hubieran secuestrado en el camino. Al llegar á la ciudad, y estando á las puertas del convento, se encontró con un alguacil de la Audiencia, que venía á notificar á la Superiora la prohibición de recibirla bajo pena de multa. Por su parte, el Arzobispo intervino también en el asunto, y exigió que se presentase la joven en la iglesia para ser en ella interrogada delante del Cabildo y del pueblo, acerca de la libertad y sinceridad de su vocación. Al instante fué allá, y respondió con tanta sangre fría, energía y elevación, que no hubo más que una voz en el auditorio; y el Cabildo, y aun el Parlamento mismo, se vieron obligados á dejarla comenzar su noviciado, durante el cual tuvo que sufrir muchas pruebas. Visitada á cada instante por los Vienne y Beaufremont, á los cuales no era posible negarse por los rumores que habían esparcido de que se la violentaba; por los Coligny, que la instaban para que cumpliera la palabra de casamiento que había dado, y sobre todo, por su joven primo, quien más enamorado que nunca no se quería separar de ella y la martirizaba continuamente, se veía obligada todos los días á presenciar escenas que la hacían sufrir, y á afirmar ó rechazar los escritos que la presentaban. Concluido su noviciado, la hicieron ir otra vez á la iglesia, y allí, sentada en una silla alta, delante de los religiosos, notarios y testigos, sufrir otro examen aún más riguroso que el primero. Ya creía que se habían acabado las pruebas, pues había protestado con energía que era libre y que Dios sólo había inclinado su corazón á la vida religiosa, cuando la víspera de su profesión se interpuso el Obispo de Macon en calidad de pariente, prohibiendo á la Superiora recibir los votos de la novicia, y á ésta el pronunciarlos, amenazándolas con excomulgarlas en caso contrario. Imagínese el dolor y la sorpresa de la se-

ñorita de Vienne al recibir esta noticia en el instante en que, saliendo de sus ejercicios, divisaba ya la hermosa corona de rosas blancas que en la Visitación se pone en la frente de las profesas.

No queriendo renunciar á esta dicha, pronunció sus santos votos á pesar de la amenaza del Sr. Obispo de Macón, con las rejas abiertas, en presencia de toda la nobleza del país, apelando al Papa como protector de la libertad religiosa. El asunto se llevó así á la corte de Roma, sin que por esto dejasen los Parlamentos de tomar parte en él. Por el contrario, al siguiente día de pronunciar sus votos la señorita de Vienne, los declaraba nulos el Parlamento de Besanzón, y pocos días después fué notificada para que compareciese ante el Parlamento de París. Por otra parte, el Parlamento de Dole, habiendo sabido que el de Besanzón habla autorizado esta cita, la cual consideraba como ilegal, porque la señorita de Vienne no dependía de la jurisdicción del Parlamento de París, la notificaba no compareciese, bajo la pena de confiscación de todos los bienes del monasterio. En esto la guerra estalló en la Lorena, y la Superiora tuvo aviso de que, á favor de las turbulencias y desórdenes, se iba á efectuar el rapto de la señorita de Vienne. ¿Qué hacer en tales circunstancias? La Madre Margarita Michel no se desconcertó. Queriendo evitar á su joven profesas semejante desgracia y á sus parientes tan enorme sacrilegio, salió por la noche de Besanzón acompañada de la señorita de Vienne y de siete ú ocho profesas, y á marchas forzadas llegó á la pequeña ciudad de Friburgo, en Suiza, donde pidió un asilo y el permiso de refugiarse, bajo la protección del Ilmo. Sr. Obispo y Conde de Lausanne. Este fué el origen del monasterio de Friburgo, y de la propagación del Instituto en las riberas de los lagos suizos y en las ciudades populosas de Alemania. Así los huracanes arracan á veces á un árbol su simiente más preciosa,

y la llevan á través de las borrascas á tierras lejanas y fecundas, en donde fructifica y da ciento por uno (1).

Mientras que la Madre de Chantal veía con tanto gusto como inquietud el vasto desarrollo de su querida Visitación, un acontecimiento tristísimo, no sólo para Annecy, sino para todo el Instituto, cubrió á éste de luto profundo. Este fué la muerte del venerable D. Miguel Favre, confesor de San Francisco de Sales, de la Madre de Chantal, y el que había formado á las Madres de Brechard, Favre, Blonay y á todas las primeras religiosas de la Orden; el que las había ayudado con sus consejos en la fundación de tantos monasterios, y en la obra más admirable aún de la perfección de sus almas y de quien decía nuestra Santa: «Preciso es que Dios nos ame mucho para habernos dado al buen don Miguel Favre.»

He buscado por todas partes el retrato de este santo sacerdote, pero no habiéndole podido encontrar, quiero por lo menos hacer el retrato de su alma, tan llena de humildad y de candor.

Había nacido en Saboya, y llamado por Dios desde su infancia, entró á los diecisiete años en un convento de padres capuchinos; pero no pudiendo resistir su débil complexión el rigor de este Instituto salió de él, después de haber llevado muchos meses el hábito de novicio y vistió la sotana de clérigo, recibiendo los sagrados órdenes de manos de San Francisco de Sales. Algún tiempo después, habiendo ido á la ciudad de Annecy para aprender el canto llano, entró en la iglesia cuando el Santo Obispo iba á subir al altar. Por casualidad no había más que uno de sus capellanes para ayudarle, y pusieron una sobrepelliz al buen señor de Favre para que reemplazase al que faltaba. Después de la Misa le dijo el Santo que fuese á comer á su casa; lo hizo, en

(1) *Fundación inédita de Besanzón*, pág. 371.

efecto, y estuvo en ella tres días, sin atreverse á marchar y sin que el Santo se lo dijese, en lo cual no pensaba por cierto el bienaventurado; antes por el contrario, estaba muy contento de verle en su casa, porque notaba en el porte de aquel joven eclesiástico una modestia verdaderamente sacerdotal y una piedad extraordinaria. Habiéndole, pues, examinado atentamente, y gustándole mucho la sinceridad de su alma, le dijo un día: «Sr. D. Miguel, ¿querríais encargaros de la conciencia de un Obispo?» El joven reflexionó un poco, y después respondió tan juiciosa como humildemente: «De un Obispo como vos, sí, Ilmo. Señor; de otro modo temería mucho esta carga.» Desde entonces lo tomó el bienaventurado por confesor. D. Miguel de Favre no tenía entonces veinticinco años cumplidos.

Era en 1610 y acababa de nacer la Visitación. San Francisco de Sales creyó no podría encontrar para sus Hijas mejor director que este joven eclesiástico, tan maduro ya, tan sabio en las cosas de Dios y tan virtuoso, y le nombró primer confesor de la Visitación, á fin de que el que confesaba al Padre confesase también á las Hijas.

Desde entonces se consagró de tal modo al servicio de la Visitación, que sería imposible contar los buenos y útiles servicios que le prestó. Como en la fundación de los Institutos hay regularmente mucho que escribir, este amantísimo confesor trabajaba en copiar muchas veces las mismas cosas; por ejemplo, las reglas, constituciones, directorio, ceremonial, costumbrero, etcétera, etc., y además, como era tanta la pobreza y no se podían comprar breviarios para todas, el buen señor D. Miguel escribía unos libritos para cada Hermana, con tanto celo y cuidado, que eran tan cómodos como los impresos.

Cuando el Instituto principió á extenderse y las fundaciones eran frecuentes, generalmente el Sr. D. Mi-

guel era el que acompañaba á las Hermanas, haciéndoles mil buenos servicios, edificándolas sobre todo con su caridad, su vida interior y su regularidad en sus ejercicios de piedad, de modo que parecía un religioso. Por la mañana muy temprano hacía una hora de oración, y por la tarde, después de las Vísperas y Completas, dedicaba á este ejercicio otra media hora, regularmente al mismo tiempo que la comunidad; rezaba todos los días el Rosario, elevaba su espíritu hacia Dios con mucha frecuencia, y era tan sólida su virtud y devoción, que toda la comunidad lo quería. No se puede decir con acierto quién practicaba mejor este punto de las constituciones, si las religiosas honrándole como al ángel visible encargado de la guarda del monasterio, ó él, respetando á las Hermanas como á esposas sagradas del Salvador.

Las instrucciones que daba en la confesión eran tan suaves y sólidas en medio de su misma brevedad, que las Hermanas que habían tenido la dicha de confesarse con el Santo Obispo de Ginebra, decían que no les parecía estar del todo privadas de aquella dicha; tanto se había empapado este santo sacerdote en las máximas de aquel bienaventurado maestro. En los días de fiesta decía algunas veces tres ó cuatro palabras tan piadosas, que muchas veces bastaban á las Hermanas para punto de meditación. Celebraba la santa Misa con singular piedad, no siendo ni muy largo ni muy corto, á ejemplo de San Francisco de Sales, que había sabido encontrar en todas las cosas el bellísimo término medio de la virtud. En una palabra, como Dios da á las principales personas que emplea en alguna cosa extraordinaria gracias y talentos particulares, es preciso reconocer que, habiendo escogido á este santo sacerdote para primer confesor de una Orden religiosa, le había concedido todas las virtudes y cualidades necesarias para el buen desempeño de tan importante cargo.

Le ejerció por espacio de veintitrés años, después de los cuales se metió en cama, conociendo que había llegado el tiempo de morir. El día en que se declaró el mal fué todavía al locutorio y estuvo cerca de una hora hablando con la Hermana María Antonia de Vosery con el sombrero en la mano, sin querer cubrirse por más que ésta le instó para que así lo hiciera; pero como tenía la santa costumbre de tratar con un respeto también santo á las Hermanas, no le pudo convencer esta vez ni ninguna otra; y cuando le decían que era en esto exagerado, acostumbraba contar algún ejemplo gracioso ó del respeto de los ancianos con el Arca, ó de la humildad de San Francisco de Sales, cuyo nombre tenía siempre en los labios y en el corazón.

Apenas se metió en la cama el buen Sr. D. Miguel Favre, se juzgó mortal su enfermedad. Cuando dijeron á la Santa que tal vez moriría, exclamó: «¡Y querrá Dios que yo vea también esto!» Después cerró los ojos, y apretando fuertemente sus manos, dijo: «¡Hágase su santa voluntad!» Y repitió muchas veces estas palabras. Por la tarde, al salir de la oración, dijo á las Hermanas: «Este es un nuevo despojo; este buen hombre se va al descanso eterno con su querido Señor. Yo no tenía casi otro consuelo en este mundo que el de conferenciar con este buenísimo hijo de mi bienaventurado Padre; pero pues Dios quiere que muera, es menester no querer que viva.»

Se puso luego en oración, y quiso que la Comunidad hiciese lo mismo, porque el buen Sr. D. Miguel Favre había sido muy timorato toda su vida, y no había podido nunca pensar en la muerte sin temblar á causa de los juicios de Dios. Por esto la Santa escribió una esquela para animarle diciéndole algunas palabras de confianza y abandono en la misericordia infinita de Dios. El moribundo se conmovió y consoló tanto, que envió á decir á la Santa que no tuviera pena por él; que todos

sus temores se habían disipado; que su alma estaba en paz, y con la mayor indiferencia para la vida ó la muerte entre las manos de Dios. Se confesó con el reverendo P. D. Justo Guerin, y le envió á que pidiese en su nombre perdón á la Comunidad por no haber servido bien á las esposas de Jesucristo.

Conociendo que iba á morir, creyó que debía, para gloria de Dios y de sus Santos, declarar en público lo que pensaba de la Madre de Chantal, cuya conciencia había dirigido por espacio de veintitrés años. «¡Ay!—dijo—los que se encuentran en el trance de la muerte, están en la cátedra de la verdad. Mi verdadero sentir respecto á nuestra digna Madre, es que es una de las mayores siervas de Dios que creo existen hoy en el mundo. Veintitrés años hace que admiro en ella una conciencia más pura, más clara y más limpia que el cristal. Siempre he deseado escribir algo sobre este particular, pero me ha detenido el conocimiento de mi indignidad y haber oído decir á nuestro bienaventurado Padre que no era digno de hablar de esta santa mujer. Por eso he callado.»

El Jueves Santo, al anochecer, volviéndose de repente á los circunstantes: «Adiós» dijo, y abriendo sus brazos en cruz, quedó sin sentido. Creyeron que había muerto, y fueron apresuradamente á dar cuenta á la Comunidad, pero sólo era un desmayo, más bien de amor que de muerte. Aproximando el oído á su boca moribunda se le oía decir: «Dios mío, perdonádmelo. *Ecce homo, Ecce homo.*» Y después decía: «¡Oh hermosa ciudad, oh noble ciudad!» Y volviendo en sí de repente: «Iremos—dijo—al banquete esta noche.»

El Ilmo. Sr. Juan Francisco de Sales llegó en este momento, y viéndole con tan santa alegría, que regocijaba á todo el mundo, quiso darle algunas comisiones para San Francisco de Sales cuando le viera en el cielo; pero el humilde moribundo, recogiendo en sí mis-

mo. «¡Ay! Ilmo. Señor—le contestó,—yo no merezco que me reconozca por uno de sus siervos é hijos, habiéndome aprovechado tan mal de sus ejemplos é instrucciones.» Recibió con grande alegría la bendición de su Obispo, le rogó llevase á la Madre de Chantal y á toda su comunidad su última despedida, y se encomendó de nuevo á sus oraciones.

La enfermedad iba debilitando su cuerpo, sin disminuir su fervor. Sus últimos pensamientos fueron para la Santísima Virgen; repetía sin cesar: *María, ¡Mater gratiae!* Un eclesiástico le preguntó si creía que la Virgen Santísima le asistiría: «¿Y qué, lo dudais?» replicó con viveza, admirado de que se pudiesen tener semejantes pensamientos acerca de esta Madre de bondad.

Por último, habiendo recibido todos los Sacramentos, lleno de fe, de esperanza y de caridad, rico de virtudes, y sólo de cuarenta y ocho años de edad, entregó su espíritu en manos del Redentor la noche del Jueves Santo, pero después de las doce y en el día de Viernes Santo, día en el cual caía aquel año la Anunciación y Encarnación del Verbo. «¿Y qué podemos pensar de esta hermosa alma—añaden los manuscritos antiguos que copiamos—sino que habiendo fallecido en estos dos inefables misterios, y habiendo caído, por decirlo así, entre estos dos brazos del amor del Amado, halló entrada en la eterna morada de Aquel que en este mismo día había tomado y dejado la vida por nosotros?» Al anoecer del Viernes Santo fué enterrado, según su deseo, en la iglesia de la Visitación, el día 25 de Marzo de 1634. La Madre de Chantal, al volver de la ceremonia de los funerales, escribió estas palabras: «El Sr. D. Miguel, nuestro amado confesor, descansa entre los santos (1).»

Uno de los últimos deseos de este virtuoso Sacerdo-

(1) Todos estos detalles están sacados de dos manuscritos contemporáneos, la *Fundación del primer monasterio de Annecy*, por la Madre de Chaugy, y las *Memorias de la Madre Luisa Dorotea de Marigny*.

te, había sido ver fundar en Annecy un segundo monasterio de la Visitación. Dos días después de su muerte, el de Pascua de 1634, la Madre de Chantal fué llamada al locutorio, y encontró una porción de jóvenes que se echaron á sus piés pidiéndole les hiciese la gracia de darles su santo hábito. Admirada al pronto, quedó después muy convencida que esto era cosa que su santo confesor había alcanzado en el cielo, habiéndolo deseado tanto en la tierra. Con esto excitó á todas aquellas jóvenes á que perseverasen, decidiendo desde este momento la fundación de un segundo monasterio en Annecy. Poco después, estando la Santa con dos Hermanas en el oratorio del Calvario, se acercó á la ventana, y viendo á la distancia de un tiro de piedra la casita en que había empezado el Instituto, y en la cual San Francisco de Sales le había dado el santo hábito, y que tan llena estaba de dulces memorias, se sintió movida del deseo de volver á poseerla, y concibió el pensamiento de establecer en ella el segundo monasterio. Desgraciadamente esta casa había sido vendida, y el propietario no quiso revenderla por ningún precio. Fué menester contentarse con otra casa que estaba muy cerca, y que al fin, pasados algunos años, pudo unirse á la casa de la Galería. Comprada la casa, la Madre de Chantal empezó á dar pasos para conseguir las licencias necesarias. Pero ¿quién lo creería? En aquella pequeña ciudad de Annecy, que durante tantos años había disfrutado de la presencia de San Francisco de Sales, y á la cual el mundo entero envidiaba la posesión de su cuerpo glorioso; en aquella desconocida ciudad, cuna de una Orden religiosa en que la Madre de Chantal resplandecía como un astro, y de donde habían salido las Madres Favre, Brechard, Blonay, todas aquellas grandes y santas mujeres cuya posesión se disputaban Francia é Italia, hubo sublevación general en cuanto se trató de fundar un monasterio de la Visitación. No se oían más que

calumnias y amenazas contra la Santa si se atrevía á ir adelante con su idea. Se dieron al público, y aun se enviaron á la corte de Saboya libelos infamatorios. Tanto arreció la tormenta, que la Madre de Chantal se turbó á pesar de su serenidad y firmeza ordinaria, pero sin desistir de su propósito. Reunidos los materiales hizo se empezase la obra; pero tampoco las gentes del mundo se tranquilizaron, y no pudiendo impedir que la Madre de Chantal edificase su monasterio, continuaron burlándose, ya que no podían hacer otra cosa, pues la Santa tenía todas las licencias de la corte de Saboya. Los menos malos decían que la Madre de Chantal se había vuelto loca. Así, nadie es profeta en su patria, y las grandes obras del cristianismo son duraderas porque se concibieron entre humillaciones y se engendraron en los sufrimientos.

Cuando la tempestad hubo descargado durante algún tiempo y conmovido el alma de la Santa sin poder convencerla, hizo Dios que el sol saliese, las nubes se disiparon, y aun los mismos que tanto se habían burlado de la Madre de Chantal en el momento en que ésta ponía la primera piedra del monasterio, asistían batiendo palmas á la solemne bendición del convento (1). Las Hermanas entraron en él el domingo de la Santísima Trinidad, 11 de Junio de 1664. Era el aniversario de la fiesta misma del día en que, veinticuatro años antes, la Madre de Chantal, acompañada de la Madre de Favre y de la Madre de Brechard, había puesto, casi en la misma casa, los cimientos de su instituto. No habían pasado más que veinticuatro años, y este segundo monasterio de Annecy era el sesenta y cinco que contaba la Orden.

(1) *Fundación inédita del segundo monasterio de Annecy.*





CAPÍTULO XXVIII

Servicios que hace la Visitación á la sociedad y á las almas.
Vocación de la Madre de Chaugy.

DE dónde provenía la rápida y universal propagación de la Visitación? Evidentemente de las heroicas virtudes, que brillaban en la Madre de Chantal y en sus Hijas; porque el honor de los pueblos cristianos consiste en no hacer resistencia al atractivo de las grandes virtudes. Pero esa propagación reconocía además otra causa. Se debía también á los innumerales beneficios que la Visitación derramaba en torno suyo. Pregúntase muchas veces: ¿para qué sirven los claustros? Preciso es responder, y lo haremos en este capítulo, manifestando los inapreciables servicios que prestan á la sociedad y á las almas. En vez de ser sepulcros sellados (como se cree en el mundo), de donde nada sale, vamos á ver cómo, por el contrario, son fuentes de luz, de vida, de savia católica; jardines cerrados, es verdad, pero de donde se exhalan al través de las rejas, como de un vaso entreabierto, los más suaves perfumes.

En primer lugar, ¿no son nada los grandes ejemplos que daban á la sociedad todas esas jóvenes cuya vocación hemos contado, las cuales, ricas, hermosas, de talento, y adornadas de bellas prendas, rechazaban todas

las seducciones, todos los placeres, y pisando las grandezas de la tierra, demostraban su vanidad con tanta elocuencia? En una sociedad embriagada con el amor de los placeres, como lo era la del siglo XVII, pero tan impregnada aún, y en tan alto grado, de los pensamientos sublimes de la fe, ¿es creíble que tan brillantes sacrificios pasasen inadvertidos, sin que revelasen á nadie la fragilidad de las cosas de aquí abajo, y sin que levantasen ningún pensamiento hacia bienes más altos? Se ha dicho de nuestros templos que eran dogmas edificados en piedra; pero lo mismo podría decirse de esos claustros silenciosos, que elevan en medio de las ciudades sus cúpulas tranquilas y sus santas imágenes. Nadie se acercaba á ellos sin sentir apagarse en su alma los vanos rumores del mundo. No; aun hoy mismo, ninguno penetra en la iglesia de un monasterio, nadie escucha subir hasta el cielo esos cantos monótonos y dulces sin sentir no sé qué impresión que desprende de la tierra y eleva el alma hacia Dios. ¡Oh placeres del mundo! ¡Gozos cortísimos, y no obstante tan queridos! Voces elocuentes nos han dicho mil veces cuán pronto pasáis, y nuestro mismo corazón lo sabe bien; pero la sola vista de un convento nos lo hace comprender mejor que nada.

A este primer beneficio, á esta predicación constante y elocuente de la fragilidad de las cosas de aquí abajo, añaden las Hijas de San Francisco de Sales otro segundo beneficio, mayor que el primero sin duda alguna; el beneficio de la oración. ¿Se quiere saber qué es la oración en los labios de las religiosas? Permitásenos, entre otros mil ejemplos, porque todas las vidas se parecen en el claustro, elegir uno: el de la hermosa y discreta señorita de Martignat, á quien hemos visto abandonar la corte de la reina María de Médicis y de las Infantas de Saboya, para tomar el velo de manos de la Madre de Chantal.

Su vida era en el convento una perpetua oración. La pasaba toda entera, puede decirse, de rodillas; los días eran demasiado cortos para satisfacer la sed de orar que se había apoderado de ella desde su entrada en el claustro. Divertíanse con frecuencia las Hermanas en no avisarla que era hora de comer, y entonces permanecía, sin advertirlo, arrodillada delante del Santísimo Sacramento hasta la una, aunque estaba allí desde por la mañana. Por la noche salía siempre la última del coro, hasta que la Hermana que apagaba las velas y cerraba este santo lugar la daba un golpecito en el hombro. Sin esto, no se hubiera acordado de irse á su celda á descansar y acostarse. A la edad de setenta y cinco años estaba más de siete horas de rodillas al día.

¿Y qué hacía durante estas largas horas que pasaba arrodillada? Derramaba su corazón en inagotables oraciones. Todas las mañanas rezaba el *Veni Sancte Spiritus* por el Papa; los salmos graduales, por los soldados, y los siete Salmos Penitenciales, por los herejes y malos cristianos.

Decía en seguida diariamente las Letanías del Santísimo Sacramento, para pedir el amor de Dios.

Las Letanías de los Ángeles, por los navegantes.

Las de Santa Ana, por las mujeres casadas.

Las de la Pasión, por los jueces.

Las del Santo Nombre de Jesús, por los estudiantes.

Las de San Antonio de Padua, por los litigantes.

Las de la Santísima Virgen, por las jóvenes que aún no habían elegido estado.

Juntaba á lo dicho una porción de oraciones por todas las necesidades públicas, y por las almas que se encomendaban á ella. Cuando le decían: «Pero, amada Hermana María Dionisia, ¿por quién rezáis tanto?— ¡Ah! — respondía, — Dios me ha hecho conocer que no me ha criado más que para esto.»

Peró por los que más oraba era por los Príncipes.

Criada desde su infancia en la corte; habiendo vivido en medio de sus grandezas, cuya nada había comprendido y cuyo encanto seductor había conocido; sabiendo por experiencia cómo fascinan á los grandes el esplendor y los placeres del mundo, no cesaba de orar por ellos. Muchas veces pasaba horas enteras de rodillas con los brazos en cruz y los ojos llenos de lágrimas, y á los que la preguntaban qué hacía en esta postura: «¡Ah!—respondía—ruego á Dios por mis pobres Príncipes.» Cuando supo la muerte de Luis XIII, «¡Ay!—exclamó—he visto nacer á este Rey, le he visto bautizar, ser coronado, casarse, reinar, y ¡ya no existe!» Una Hermana le preguntó si le encomendaría á Dios. «¡Oh! sí, de verdad, y mucho más de lo que se cree; ha ido á un reino donde nadie entra con el cetro en la mano.» Excitaba á todas las que rodeaban á los Príncipes, porque la visitaban á menudo muchas damas de honor de las Reinas á que les hiciesen practicar muchas buenas obras. «¡Porque hay tanta gente—decía—que lisonjea á estos pobres Príncipes! y así bajan sin pensarlo al infierno, porque bajan por una escalera de oro.»

Su principal devoción era la de las almas del purgatorio; rogaba sin cesar por ellas, y todos los días rezaba el Oficio de difuntos.

El domingo le ofrecía por las almas de los Papas, Obispos y Sacerdotes de la santa Iglesia.

El lunes, por los Príncipes y Princesas.

El martes, por sus parientes y amigos particulares.

El miércoles, por las Hermanas de la Visitación y sus bienhechores.

El jueves, por las almas que expían en el purgatorio las irreverencias que cometieron delante del Santísimo Sacramento.

El viernes, por todos los caballeros de Malta, y los que mueren en las guerras y batallas contra los enemigos de la santa Iglesia.

El sábado, por las pobrecitas almas abandonadas que no tienen quien ruegue por ellas.

Juntaba á sus oraciones una multitud de prácticas de piedad y de penitencia, cuyo secreto le había revelado, antes de entrar religiosa, una mendiga que había conocido en Turín, en donde vivía en olor de santidad, á quien llamaban la Madre Antée; nombre supuesto, bajo el cual se ocultaba uno de los más distinguidos de la nobleza. Esta Madre Antée era, en efecto, una gran señora de una antigua familia de Turín, que después de haber repartido todos sus bienes entre los pobres, en lugar de entrar en un monasterio, se había hecho mendiga. Se la encontraba todos los días en las calles y plazas públicas de Turín, cubierta de andrajos, con una alforja al hombro, pidiendo limosna, y en cambio de esta caridad, excitando á la virtud, reprendiendo fuertemente á los pecadores, y sobre todo á los blasfemos, insultada por unos, maltratada por otros, cubierta algunas veces de lodo y hasta de inmundas salivas, pero nunca más alegre y feliz que cuando se veía harta de humillaciones; muy querida, por otra parte, del pueblo, y muy estimada del duque de Saboya, quien siempre la defendía. Un día mandó que diese el castigo de la cuerda á uno de sus guardias por haberla golpeado, pero la Madre Antée lo sintió tanto, que amenazó al Príncipe con que no le encomendaría á Dios, y cesó algún tiempo de ir á palacio. Cuando el Duque le mandó á decir que volviese á verle, fué con la expresa condición de que no castigaría á nadie por defenderla, y de que el pueblo tendría libertad de despreciarla ó insultarla.

La Madre Antée no tenía, por decirlo así, otra devoción que la de las almas del purgatorio; no pensaba sino en estas almas pacientes; mendigaba para tener con qué mandar decir Misas por ellas. Con las limosnas que le daban, edificaba y dotaba capillas para que ora-

sen día y noche por las benditas almas. Pidiendo limosna en la corte, vió á la señorita de Martignat. La joven mundana y la vieja mendiga se comprendieron y unieron con una santa y profunda amistad, que nunca se disminuyó. En esta escuela aprendió la señorita de Martignat á querer á las almas del purgatorio. En el claustro se aumentó esta devoción. Ya no le bastaba el rogar por ellas; principió á ofrecerse á Dios para ser inmolada en su lugar, á fin de disminuir sus penas por vía de mancomunidad. Muchas veces pasaba meses enteros con horribles dolores, después de los cuales se sentía inundada de alegría. Veía á las almas, que se le aparecían brillantes de gloria, que venían á darle gracias por haberlas libertado de sus sufrimientos. Algunas veces también veía como una sombra bastante obscura, que se le presentaba y le decía: «Hermana mía fidelísima, asistidme, porque estoy en el purgatorio.» Entonces redoblaba sus austeridades, y ofrecía á Dios sus sufrimientos con nuevo ardor.

Una vez, en particular, aunque sufría los más vivos dolores á causa de la ciática que padecía, se trató con tanta dureza, que la fuerza del mal hizo salir el hueso de la cadera derecha con un chasquido tan fuerte, que las Hermanas que estaban orando á su lado lo oyeron perfectamente. Cuando se levantó y quiso andar, se encontró con la pierna medio pie más corta que la otra, por lo que se le había encogido, y así le quedó toda su vida. «Mis pobrecitas almas del purgatorio—dijo entonces—tienen necesidad de obras penales; yo no tenía nada que sufrir, y el Señor me ha enviado este poquito.»

Pero la causa de sus más ardientes oraciones, de sus continuas lágrimas y de sus más sangrientas expiaciones, fué la muerte del Duque de Nemours, Carlos Amadeo, á quien había conocido mucho en la corte de Saboya. Tuvo un desafío con su cuñado el Duque de

Beaufort, y cayó muerto en el acto. Pero en el mismo instante en que le entró la espada, tuvo tiempo de elevar su corazón á Dios y alcanzar su perdón. La Madre de Martignat lo supo por revelación, y corrió á decirselo á la Superiora, pidiéndole permiso para ofrecerse en sacrificio por aquella pobre alma. «Sí, Madre mía—le dijo;—he visto á esa alma en el purgatorio, pero tan en lo bajo y profundo, que he quedado afligidísima. ¡Ay! ¿quién la sacará? Puede ser que no sea sino hasta el día del juicio.» Y como la Superiora pareciese dudar de la salvación de esta alma: «¡Ah!—decía la Hermana Martignat,—un millón de almas se hubieran perdido en esta ocasión! No ha tenido más que un momento para cooperar á la inspiración de Dios, y lo ha hecho. No había perdido la fe, y era como una tea pronta á incendiarse. La chispa divina produjo su efecto. Tal vez desde que el demonio es demonio, no se ha llevado jamás chasco más grande viendo escapar esta alma de entre sus garras.»

Con permiso, pues, de la Superiora, esta venerable Hermana se ofreció á Dios para sufrir y disminuir con sus padecimientos los dolores del Príncipe, conociéndose bien pronto que el Señor había aceptado esta ofrenda. Empezó á sufrir dolores más acerbos que cuantos había sufrido hasta entonces: desapareció su alegría ordinaria, viéndosela siempre desde entonces con un rostro macilento, con los ojos llorosos, y con el alma agitada constantemente de temores. Algunas veces salía de su celda atemorizada, y encomendándose á las oraciones de las Hermanas. A menudo se la veía inmóvil, con las manos juntas, apoyada sobre el bastón que su ciática le obligaba á llevar. «Queridas Hermanas—les decía,—rogad á Dios por mi pobre Príncipe.» Su salud acabó de echarse á perder. Comenzó á padecer unas opresiones de pecho, que parecía se iba á ahogar á cada instante; sus pulmones parecía que se ardían, y sus

piernas, hinchadas y frías, no la podían sostener. » Llorando un día la Superiora al verla en este estado : « No os afijáis, querida Madre—le dijo;—yo necesitaba estas piernas de mármol, para correr tras de mi pobre Príncipe por entre las llamas del purgatorio. » Y á pesar de esto, aunque sus piernas estaban cada día más pesadas, y tuviese trabajos infinitos que sufrir para arrastrarse á los ejercicios de comunidad, no faltaba á ninguno. En cualquier tiempo que se bajase al coro, se encontraba allí á la buena Hermana Martignat, de rodillas ó de pie, rezando por las almas del purgatorio y por todos los que se encomendaban á sus oraciones, cuyo número era muy grande y aumentaba sin cesar. De este modo agotó su corazón y gastó su vida, siendo su última oración el último suspiro de su existencia (1).

Así vivió la Hermana María Dionisia de Martignat; así viven todas las religiosas. Oran y ruegan sin cesar. A cualquiera hora, por decirlo así, que se pase por delante de sus humildes iglesias, se oye subir á través de las rejas un canto dulce, humilde, penetrante, que no es ya de la tierra y tiene un dejo celestial. Y ¿ qué es lo que piden así á Dios? Que olvide las culpas, perdone los crímenes, consuele los dolores, aligere las cargas, seque las lágrimas; y por cierto que hay bastantes en el mundo, para que no se conceda á un corto número de jóvenes el inocente placer y santa ocupación de trabajar en disminuirlas.

¿ Se cree que esto no es bastante ? Pues aún hacen más las religiosas. No solamente ruegan á Dios perdone los crímenes, sino que se encargan de expiarlos. Pagan la penitencia que merecían los culpables. Sufren el suplicio, aunque no son criminales, para salvar de él á los que lo son. Y para cumplir mejor esta obra, la más divina de todas las humanas, viven con una singular

(1) *Vidas de las primeras Madres*, tom. II, pág. 150.

inocencia, en una virginidad sin tacha, en una claridad sin sombras. Temerían que si algo manchase sus almas, sus ayunos, vigiliass y abstinencias no pudiesen subir hasta Dios, y que su sangre no fuese bastante pura para serle ofrecida. De este modo se vive, esto es lo que se hace en los claustros que el impío desprecia, y de los que muchos cristianos ignorantes suelen decir: ¿para qué sirven? Semejantes á las agujas que colocamos en la cima de nuestros edificios para preservarlos del rayo, estas casas santas de oración levantan sus pacíficos claustros y sus piadosas imágenes en medio de nuestras ciudades, en el fondo de nuestros campos, cerca de los caminos reales, en todas partes donde se encuentran corazones tristes, abatidos ó culpables; y sólo en el último día se sabrá las tormentas que han prevenido, los disgustos y castigos que han evitado, aun á las almas que más las desprecian.

Pero las Hijas de la Madre de Chantal no hacian estos solos beneficios; no contentas con elevar las manos hacia el cielo y desarmar la cólera divina con sus súplicas, alimentaban á los pobres, instruían á los ignorantes, convertían á los impíos, consolaban á los afligidos, y cumplían, en fin, á través de sus rejas é inviolable clausura, todos los deberes de la caridad, con un conocimiento tan claro de las necesidades de su tiempo y del verdadero espíritu de su Instituto, que sólo su abnegación le sobrepujaba.

¶ Cierto que ya no se las veía, como en los días primeros de la fundación de Annecy, atravesar las calles de las ciudades, llevando pan, ropas y remedios; pero si las Hermanas no podían visitar á los pobres, éstos venían al convento. Se veía sin cesar á una multitud de ellos en los locutorios. Ana Jacobina Coste los recibía, les hacía ponerse en fila, y les distribuía á todos, con buenas palabras y maneras, pan, carne y remedios preparados dentro del monasterio. Tenía una gracia

maravillosa para pedir y alcanzar de las amigas y provisoras de la casa todo lo que necesitaban los pobres. Si alguna vez no se le daba lo que pedía para ellos, recurría á la santa Madre de Chantal, que siempre la atendía. Muchas veces iba la misma Santa á la provisoría y á la despensa á pedir para los pobres. «Hija mía—decía,—en nombre de Nuestro Señor Jesucristo dadme tal ó tal cosa para nuestros pobres»; y en seguida se iba muy contenta á llevárselo á la buena Jacobina, diciéndole con gracia: «Yo sé pedir mejor que vos; mirad lo que me han dado.»

No quería se negase nunca algún socorro á los pobres que lo pedían. «Sí, hija mía—respondía cuando venían á pedirle permiso para dar alguna limosna:—dad á Nuestro Señor, y dádselo por su amor.» Si las provisoras se atrevían á poner alguna dificultad: «Dad sin miedo—decía,—ya veréis cómo al cabo del año no es mayor el gasto.» Había mandado á la Hermana leñera le pusiese aparte las camisas rotas para los pobres, y las componía con sus propias manos. Si la hubieran dejado, hubiera querido que las Hermanas que sabían hacer zapatos la enseñaran, para poder componer por sí misma el calzado viejo á los pobres.

Un año en que eran muy caros los víveres, reunió á las Hermanas y les preguntó si no se alegrarían de continuar la Cuaresma después de Pascuas, para tener con qué asistir y dar á los pobres. Otro año, durante la peste, hizo comer pan negro á la comunidad para socorrer con más generosidad á los pobres.

De Annecy se comunicaba á todos los monasterios este espíritu de caridad. En Ruan reunieron las novicias todas sus joyas, pedrerías y relojes, y de lo que sacaron en venta hicieron un fondo para los pobres. «Mirad—decía la Madre de Chantal—esta invención me deshace el corazón de gratitud para con estas buenas Hijas.» En Puy acordaron unánimemente todas las

Hermanas ayunar para socorrer á los pobres. Al saber la Madre de Chantal esta resolución, llenó de besos la carta en que le daban la noticia. «Mirad, mirad—decía—lo que produce el corazón de una verdadera Hija de la Visitación.» Llevó esta carta querida muchos días entre el hábito, «á fin—decía—de ofrecer al Señor estas buenas y caritativas Hijas, pidiéndole me bendiga con ellas.»

La caridad de las Hijas de San Francisco de Sales era tan inteligente como heroica. No se contentaban con remediar las necesidades corporales de los indigentes. Creían que no era bastante para cumplir con el precepto de la caridad, el dar á los pobres un pedazo de pan para comer ó un poco de paja para dormir. Debajo de los harapos que les cubrían veían sus almas cubiertas de llagas, mil veces más crueles y vergonzosas que las que desfiguraban sus cuerpos.

«La mayor parte de los mendigos—decía Ana Jacobina, que los conocía bien,—so color de pobreza, no son sino vagabundos que viven sin ninguna dependencia ni disciplina. No tienen cura, ni pastor, ni parroquia y á nadie obedecen. Están continuamente á las puertas de las iglesias y jamás entran en ellas.» De esto se quejaba vivamente á San Francisco de Sales. «Ilmo. Señor—le decía,—en todos vuestros sermones exhortáis con mucho celo á dar limosna. Yo desearía que V. S. Ilma. enseñase también cómo se debe recibir cristianamente, porque la mayor parte de los pobres la toman como si fueran bestias, sin pensar en la misericordia de Dios que se la proporciona.» Accediendo á los ruegos de esta Hermana, determinó San Francisco de Sales enseñar todos los días el Catecismo á los pobres. Ana Jacobina asistía á estas explicaciones y cuidaba de que los oyentes estuviesen con el mayor orden. Después de la muerte de San Francisco de Sales continuó por sí misma este ejercicio, reuniendo todos los domingos á los pobres en los

locutorios de la Visitación, haciéndoles aprender de memoria el Catecismo y dándoles después una limosnita. Lo mismo se hacía en Lyon, en Puy, en Clermont, en Montferrand, Turín y en todas partes en donde había Hijas de la Madre de Chantal (1).

Lo que las Hermanas torneras practicaban con los pobres, las Hermanas de coro lo hacían con los ricos. Educadas la mayor parte en el gran mundo y pertenecientes á familias nobles, ¿podían olvidar los peligros á que están expuestos aquellos á quienes ha colmado Dios de bienes de fortuna, y que con qué facilidad pierden de vista sus eternos destinos sin tener en cuenta el encanto seductor que sobre ellos ejercen las falsas adulaciones del mundo? Por esto había todos los domingos en los locutorios de la Visitación juntas y conversaciones piadosas para las señoras y las jóvenes. La Madre de Chantal misma había deseado y propuesto este ejercicio. Cuando Dios quiera que las Hermanas tengan un local á propósito—había dicho—procurarán los domingos y jueves atraer á las jóvenes y señoras de la ciudad al sitio preparado para esto, á fin de enseñarlas familiarmente los ejercicios de piedad (2). » En todas partes donde se recibieron y acogieron estas juntas resultó un bien inmenso. En Annecy las presidía la santa Madre de Chantal, é iban hasta de veinte leguas á la redonda para tener la dicha de ver á la Santa (3). En Troyes y Montferrand, los locutorios eran muy pequeños para la multitud de señoras y señoritas que querían oír á la Madre Favre. Las señoras decían que hasta entonces les habían mostrado tan austera la virtud y tan sembrado de espinas el camino que á ella conduce, que no se hu-

(1) Véanse las diferentes *Fundaciones manuscritas*. Véase también la *Vida de Ana Jacobina Coste*.

(2) *Respuestas de nuestra santa Madre*, pág. 439.

(3) *Fundación inédita de Annecy*.—*Memorias de la Madre de Chaugy*.

biesen atrevido á emprenderlo (1). En Riom conseguía no menores ventajas la Madre de Brechard. Las señoras á quienes aconsejaba hacer ejercicios salían tan mudadas que no se conocían á sí mismas. Con su gran talento y su palabra algo varonil, tenía aún más imperio sobre los hombres. Desde las rejas de su locutorio arengaba á los principales de la ciudad, convertía á los herejes, y hacía volver al cumplimiento de sus deberes á religiosos endurecidos (2). En Dijón, la Madre Margarita Michel, «aquella coja que andaba tan derecha», calmaba una sedición que los personajes más influyentes no habían podido aplacar, y que amenazaba la vida de los principales consejeros del Parlamento (3). En Grenoble y en Chambéry la Madre de Chatel, cuya conversación encantadora recordaba la de San Francisco de Sales, atraía un gentío inmenso de señoras y jóvenes, y sembraba de flores el camino de la piedad (4). Por último, en Tours, la Madre María Luisa de Mardeliere tenía el don de saber hablar á los pecadores, y el célebre reformador de la Trapa, Rancé, en el momento que se convirtió, fué á verla para pedirle consejo en la elección de confesor (5).

Los Reyes, las Reinas, los príncipes y princesas, iban en persona á las rejas de los monasterios de la Visitación. Las dos reinas, María de Médicis y Ana de Austria, iban sin cesar á ver á la Madre de Beaumont al arrabal de San Antonio, á recomendarle los negocios del reino; y muchas veces se las oyó asegurar que á las oraciones de esta santa religiosa debía el rey Luis XIII toda la fuerza de sus armas y todos sus triunfos (6).

(1) *Vidas de las primeras Madres*, tomo I, pág. 36.

(2) *Idem*, pág. 212.

(3) *Vidas de algunas Superiores*, pág. 157.

(4) *Vidas de las primeras Madres*, tomo I, pág. 341.

(5) *Vida de Rancé*, por el Sr. de Chateaubriand.

(6) *Vida de algunas Superiores*, pág. 91.

El duque Carlos de Lorena, que tenía entonces su corte en Besanzón, decía en alta voz que nadie le había dicho nunca más verdades que la Madre María Margarita Michel; y durante todo el tiempo que permaneció en esta ciudad, después de salir de Dijón, venía á verla regularmente cada ocho días (1). En Moulins, la señora de Montmorency atraía hacia sí cuanto la Europa tenía de más ilustre en la nobleza y hasta en el trono, contando entre otras personas la Duquesa de Longueville, que pasó diez meses en el monasterio; la reina Cristina de Suecia, hija de Gustavo Adolfo, y el mismo Luis XIV, que fué con su madre Ana de Austria y toda su corte (2). Pero la que más atraía á los Reyes, príncipes y princesas, era una novicia joven de diecisiete años, que parecía haber recibido el don de consolar á los Reyes, así como la señorita de Martignat tenía el de sufrir por ellos. Esta joven novicia se llamaba en el claustro la Hermana Luisa Angélica; en el mundo y en la corte, en donde había brillado con más esplendor, se la nombraba la señorita de Lafayette. Para nadie era un misterio que el Rey la había amado, y que ella había amado al Rey. Durante dos años enteros, su pura, tierna y admirable amistad, había sido la esperanza de la corte y el espanto del Cardenal Richelieu; porque esta noble y piadosa joven, que tenía mucha elevación de espíritu y firmeza de carácter, junto con una rara pureza y el más noble desinterés en el corazón, amaba tanto á Luis XIII cuanto más desgraciado le conocía, y había concebido en su mente nada menos que la idea de hacer de él un verdadero Rey, y para esto reconciliarle con la Reina y romper el yugo del Cardenal. Con un hombre tan débil como Luis XIII y un ministro tan terrible y tan astuto como Richelieu, había emprendido

(1) *Vida de algunas Superiores*, pág. 162.

(2) *Vida de la señora de Montmorency*, págs. 249-275.

una tarea peligrosa; pero inclinada al retiro, aspirando á la vida religiosa, decidida á vivir en la corte mientras que pudiera ser útil en ella, pronta á dejarla sin pena y sin lágrimas, sintiendo en su hermosa alma no sé qué sacudida de alas deseosas de abrirse y llevarla al claustro, se creía con fuerzas bastantes para despreciar las caricias lo mismo que las amenazas del Cardenal. Durante dos años fué la confidente de los disgustos del Rey, y la tierna consoladora de las tristezas que aquel sufría, en medio de las grandezas de su reinado. Durante dos años se esforzó con nobleza en dirigir el corazón del Rey hacia la Reina su esposa, que era digna de él, y de quien le habían alejado astutas y calumniosas delaciones. Hubiera querido comunicarle algo de su rival y noble independencia de alma, para animarle á sacudir el yugo del Cardenal. El Rey se sonreía al oirla, y más animoso con las palabras de aquella jovencita, abría su afligido corazón, confiándola con mucho secreto, y después de prometerle no decir nada, las amarguras que le hacía sufrir á cada instante el yugo tiránico del Cardenal. Esto era lo único que la señorita de Lafayette alcanzaba, en cambio de un afecto que iba siempre en aumento, y que hubiera acabado por ser peligroso. Viendo esto, y persuadida de que permaneciendo más tiempo en la corte no conseguiría tampoco mejor resultado en su noble designio, tan hermosa como la señorita de La Valliere, pero más inocente, más pura, y sin haber faltado á sus deberes, se decidió á romper de una vez.

A la primera palabra que sobre esto habló, todo el mundo se empeñó en disuadirla. «¡Siendo tan joven, pues sólo tenía diecisiete años, iba á dejar el mundo y la corte, á separarse de un Rey que la amaba, á renunciar á tantas y tan bellas esperanzas, para tomar un velo y sepultarse viva entre cuatro paredes!» Luis XIII, sobre todo, quedó aterrado. Cuando fueron de parte de

la señorita de Lafayette á pedirle su permiso, suspiró, y sentándose sobre su cama, traspasado de dolor por la pérdida que iba á tener, «¡oh! sin duda, si Dios la llama, aunque la amo mucho, no pondré obstáculo á su vocación.» Y viendo que le instaban para que la dejase marchar pronto, dijo llorando: «Pero ¿qué prisa tiene? Que lo dilate por algunos meses; iré al ejército, y esta separación me será menos sensible, pero ahora con sólo pensarlo me parece que agonizo.»

«En efecto—dice el P. Caussin, confesor del Rey, que es quien nos cuenta todas estas cosas,—vi en su espíritu agonías tan violentas y en su cuerpo un rostro tan abatido, que me hizo llorar.» Pero bien pronto triunfó la virtud, porque, débil por carácter, el Rey era verdaderamente virtuoso, y como el P. Caussin le sugiriese la idea de mandar se detuviese algo: «No, no—respondió,—porque si la impido hacerlo ahora y después pierdo su vocación, tendré toda mi vida un amargo remordimiento. Nunca me ha costado tanto, de todo cuanto he hecho, como lo que hago en este instante, pero es preciso obedecer á Dios. Id á decirle que le doy licencia, y que puede irse cuando guste.»

La señorita de Lafayette esperaba con ansia esta licencia. En cuanto le fué concedida, arregló en muy pocas horas y con la rapidez del relámpago los preparativos de su marcha. Entró en el cuarto de la Reina cuando ésta se levantaba, y le dijo que después de haber tenido el honor de ser su camarista, iba á ser hija de Santa María; que no podía escoger otra ama mejor sin perder mucho, y la suplicó la concediese su permiso. Aún estaba hablando, cuando llegó el Rey vertiendo lágrimas. La Reina lloraba también. Sólo la señorita de Lafayette estaba tranquila, retratándose en su rostro la paz y fortaleza de un alma que hace un gran sacrificio por Dios.

De este modo abandonó el mundo y la corte la seño-

rita de Lafayette. El Rey Luis XIII, luego que la vió salir de la habitación de la Reina, traspasado de dolor, y no pudiendo sufrir la vista de los lugares testigos de la despedida, mandó enganchar su carroza y se marchó sin comer á Versailles. Al ruido del coche, la señorita de Lafayette, que estaba en su cuarto, corrió á la ventana para ver al Rey detrás de los vidrios; y cuando le vió entrar en el carruaje y marcharse, se volvió conmovida hacia la condesa de Fleix. «¡Ay—dijo—ya no le veré más!» Por su parte Luis XIII, al llegar á Versailles, fué acometido de una profunda melancolía. En vano trataban de divertirle los más hábiles cortesanos; gustaba de sentir su mal, y desechara cuanto podía aliviarle.

Mientras tanto, todo París corría en tropel al monasterio de la calle de San Antonio, para ver á la señorita de Lafayette. Ninguna vocación religiosa había hecho tanto ruido. La Reina fué al otro día de su entrada, y por espacio de muchos días hubo bastante que hacer con recibir á las Princesas, que deseaban ver á la joven pretendiente. Luis XIII deseaba ir más que nadie, pero titubeaba; y en sus paseos daba vueltas sin cesar á los alrededores. En fin, un día se decidió, y fué á Santa María sin decir una palabra á nadie de su comitiva. «¡Dios de las amistades castas! —exclama el P. Causin— ¡cuán dulce fué este día para uno y para otra, y qué preciosos fueron sus instantes! La Madre L'Huillier llevó á la reja á la joven pretendiente; después se separó un poco, diciendo al Rey con generosa libertad que la confiaba á su discreción. El Rey la respondió que no tuviese cuidado ninguno, que no iba para disuadir á la señorita Lafayette de su piadoso designio. Los que habían entrado con el Rey en el locutorio permanecieron allí, pero algo separados. Nadie oyó lo que hablaron en voz baja el Rey y la señorita de Lafayette, solamente notaron algunas sonrisas mezcladas con lágrimas. La

conversación duró tres horas, estando el Rey siempre de pie. Cuando se separaron, se advertía en el rostro de ambos esa dulce expresión de paz y de alegría contenida, que nace del sacrificio, y es la recompensa de la virtud.

Después fué el Rey á verla con frecuencia; no tenía mayor placer que el de hablar con ella, y estas conversaciones le fortificaban y le hacían mejor cada día. Por su parte la Hermana Luisa Angélica le hablaba detrás de las rejas, con mayor fortaleza aún, de la necesidad de tolerar animosamente sus disgustos y tristezas, y reconciliarse con la Reina, á quien debía amar—le decía—como á su legítima y querida esposa. Por fin, consiguió disipar las nubes que habían obscurecido la mente del Rey, y nadie duda que el nacimiento de Luis XIV se debió á sus incesantes ruegos.

Preparada con una juventud semejante, la Hermana Luisa Angélica pareció que había nacido para consolar las miserias reales. Mientras que algunas religiosas de nacimiento y clase más humilde encontraban fácilmente el camino del corazón de los pequeños y los pobres, y al paso que otras fortificaban y convertían á los grandes, á los ricos y á las señoras del mundo, ella tuvo una gracia especial para instruir y consolar á los Reyes y vió á muchos en la reja de su convento. Después de Luis XIII, á Luis XVI, aún muy joven; después de Carlos II, rey de Inglaterra, á Jacobo II, su desgraciado sucesor; junto á la Reina Ana de Austria, á María Teresa; luego á la joven Enriqueta de Inglaterra, Duquesa de Orleans, á quien preparó para su primera Comunión; á la Princesa Benita, hija del Príncipe Palatino, que fué después Duquesa de Brunswick, y á quien educó desde su más tierna infancia; á la señorita de Aumale, que fué después Reina de Portugal y á quien instituyó para su primera Comunión; á la Princesa Luisa, hija del rey de Bohemia y nieta del Rey de Inglate-

rra Jacobo I, que á poco de haberse convertido al catolicismo vino á recogerse y fortificarse en la fe á su lado, y para no entrar en más detalles, á una multitud de personas de la clase más elevada y de la sangre más noble que en el gran siglo XVII, en que la fe se hacía tanto lugar en el mundo, tenían á grande honor el poder ir á renovar sus almas y sus conciencias con el trato de las vírgenes consagradas á Dios (1).

Sería necesario escribir volúmenes enteros para contar todos los hechos que demuestran la bienhechora y santa influencia que Dios concedió entonces á la Visitación. El bien que había principiado á hacer con las conferencias que se tenían en los locutorios continuaba, al menos para las señoras y las jóvenes, en el interior de los conventos, donde las entradas eran frecuentes á pesar de la austeridad de la clausura. No había en aquel tiempo ninguna señora de la grandeza que, á título de bienhechora, no gozase para ella y sus hijas el privilegio de entrar una vez al año en algún monasterio de la Visitación (2). Tenía su celda en él, adonde podía ir de cuando en cuando á recoger y tranquilizar su alma, conmovida por el torbellino del mundo. Otras, á quienes su fortuna no permitía alcanzar los privilegios de bienhechoras, conseguían el entrar para hacer ejerci-

(1) Para todos estos hechos véanse los *Anales manuscritos de la Visitación de Chaillot*. Leyéndolos se queda uno deslumbrado. En aquellos claustros tan recogidos y fervorosos no se ven más que Reinas, Princesas, hijas y nietas de Reyes. Todos los hechos, que no hacemos más que indicar, están detallados allí. Dichos *Anales* deben juntarse con las dos *Vidas manuscritas de la Madre L'Huillier y la Madre de Lafayette*. Todos estos manuscritos se guardan en el primer monasterio de París. En ellos es donde está la carta del P. Caussin, de la cual hemos sacado todo lo que trata de la señorita de Lafayette. La ha publicado recientemente el P. Carlos Daniel, de la Compañía de Jesús, con este título: *Una vocación y una desgracia en la corte de Luis XIII*.—París, 1861; un vol. en 18.º

(2) *Costumbrero de la Visitación*, art. 3.º—*Respuestas de Santa Juana Francisca*, pág. 468.

cios, confesiones generales y tomar resoluciones importantes lejos del ruido y en profundo silencio (1). Otras, en mayor número, heridas por las desgracias, que son á un tiempo el dolor y el mérito de la vida, iban á buscar los consuelos que el mundo impotente no puede dar. Madres que habían visto morir á sus hijos, viudas heridas en sus más caros afectos, huérfanas privadas de sus padres, se retiraban á estas casas silenciosas como á un asilo, en donde podían llorar más á gusto y en donde se las consolaba llorando con ellas.

Esto es lo que llevó allí á la Reina de Inglaterra, la desgraciada viuda de Carlos I. En vano le ofrecieron habitaciones en el Louvre; quiso mejor el humilde claustro de la Visitación para llorar y sufrir. Allí pasó doce años con las dos Madres L'Huillier y Lafayette, á quienes llamaba sus queridas amigas. ¿Quién no conoce aquel pasaje de admirable elocuencia en que Bossuet, en su oración fúnebre de la Reina de Inglaterra, pronunciada en la Visitación de Chaillot, se detiene de repente, y dirigiéndose á las dos Madres L'Huillier y Lafayette, les dice: «Santas Hijas, sus queridas amigas, pues así gustaba de llamaros; vosotras que tan á menudo la habéis visto gemir delante de los altares de su único protector, y en cuyo pecho ha vertido los consuelos que allí recibía, poned fin á este discurso, contándonos los cristianos sentimientos de que habéis sido testigos fieles; decidnos cuántas veces en este mismo lugar dió reverentes gracias á Dios de los beneficios que le había concedido: uno, el haberla hecho cristiana; el otro, señores... ¿cuál creéis será...? ¿Acaso el haber arreglado los negocios del Rey su hijo? ¡No: le daba gracias, porque la había hecho Reina desgraciada...! ¡Ah! yo empiezo á conocer cuán estrechos son los límites del lugar en que hablo; es menester gritar, traspasar

(1) *Respuesta de Santa Juana Francisca*, pág. 118.

sar estas paredes, y hacer resonar muy lejos una palabra que nunca será bastante oída, á saber: que sus dolores la hicieron sabia en la ciencia del Evangelio, y que nunca conoció mejor la virtud de la Cruz que cuando se unió la religión á sus desgracias... Penetrada de tan humildes sentimientos, amó esta pobre casa más que sus palacios; y desdeñando los tronos que pueden ser usurpados, entregó todo su afecto al reino donde no se temen iguales, y se mira sin envidia á los concurrentes (1).»

Apenas había concluido Bossuet de pintar tan grandes dolores, tan admirablemente consolados en la paz de la Visitación, cuando otra reina de Inglaterra, otra viuda no menos desdichada, la viuda de Jacobo II, venía á refugiarse en el mismo asilo, y á consolarse en él de la pérdida de un trono y de una corona rota para siempre (2). A este mismo monasterio de Chaillot era donde la reina Ana de Austria se retiraba de cuando en cuando, para descansar del bullicio y cuidados de la regencia (3). La joven reina María Teresa no tardó en ir también á la Visitación á llorar lejos de las miradas de la corte la frialdad y ¡ay! las infidelidades de Luis XIV (4). Allí fué también á refugiarse la Duquesa de Nemours, Isabel de Vendome, á consecuencia del duelo horrible en el cual su propio hermano, el Duque de Beaufort, mató á su marido Carlos Amadeo de Saboya, duque de Nemours (5). Fué á ocultarse allí deshecha en lágrimas y casi desesperada, llevando con ella á sus dos hijas, que permanecieron allí muchos años, y no salieron sino para ser, la una Duquesa de Saboya y la otra

(1) *Las primeras Madres de la Visitación*. La señora de Martignat, tomo II, pág. 219.

(2) *Fundación manuscrita de la Visitación de Chaillot*.

(3) *La señora de Hautefort*, por el Sr. de Causin.

(4) *Vida de la señora de Montmorency*, París, 1684; un vol. en 8.º

(5) *Oración fúnebre de la Reina de Inglaterra*. p. II.

Reina de Portugal (1). Y la noble y hermosa señora de Hautefort, que tanto amó á la reina Ana de Austria cuando era esposa abandonada de Luis XIII, que por ella había desafiado la cólera de Richelieu, y que fué vencida al fin por Mazarino y echada por él del cuarto de la Reina, ¿adónde se retira en su desgracia? «Os aseguro, Señora—dijo á la reina Ana de Austria al separarse de ella,—que si hubiera servido á Dios con tanto afecto y pasión como lo he hecho á V. M., sería ahora una gran santa.» Y saliendo de la corte vino á consolarse á la Visitación, como á un asilo colocado sobre todas las desgracias y favores de los Reyes (2). Espere-mos aún un poco, y veremos á la ilustre Duquesa de Montmorency, á quien el hacha implacable de Richelieu dejó viuda á los veintiséis años, retirarse también á la Visitación, en donde enjuga primeramente sus lágrimas, y después, disgustada de un mundo cuyas dulzuras había conocido y cuyas amarguras había también experimentado, echarse á ojos cerrados en los brazos de Dios, y encontrar el desasimiento de todas las cosas y el heroísmo de la virtud á los pies del mismo Crucifijo que no tomó al pronto sino para consolarse (3). Hay millares de ejemplos semejantes. En estas santas casas que el mundo conoce tan poco, se encierran sin cesar almas afligidas ó corazones arrepentidos, que se consuelan ó se purifican, y que de aquí llevan al mundo una vida renovada por el amor de Dios. Así renace la fe en el seno de las familias. Así las esposas y las madres vuelven con fervor á sus tareas. Así resiste el cristianismo á todas las tempestades, y da virtudes á la tierra y santos al cielo.

Y no era sólo entre las gentes del mundo, donde las Hijas de la Madre de Chantal derramaban la piedad y

(1) *Fundación inédita de la Visitación de Chaillot.*

(2) *Idem, íd.*

(3) *Idem, íd.*

el amor á Dios, sino también en los monasterios que aparecieron en gran número en aquel bello renacimiento de la fe, en el siglo XVII, y sobre todo en el seno de aquellas antiguas abadías, que, decaídas de su primer fervor, sentían también ellas mismas la necesidad de renacer. La célebre abadía de Santa Catalina, de la Orden del Cister, que San Francisco de Sales había tratado en vano de reformar, se reformó después de su muerte, y debió á la Visitación su vuelta al fervor, de lo cual se había desconfiado (1). En Borgoña, la abadía de Nuestra Señora de Tart, la primera Hija del Cister que había caído en una gran relajación, salió de ella por los desvelos de la Madre Favre, que estuvo allí con dos ó tres Hermanas de la Visitación (2). En Troyes hicieron ir Hijas de la Madre de Chantal, para reformar á religiosas que habían decaído enteramente. El resultado sobrepujo mucho á las esperanzas (3). Lo mismo sucedió en Arlés, en Blois, en Cusset, en Auvernia, en Orleans y en París (4). Se hubiera dicho que con sólo aparecer las Hijas de San Francisco de Sales, había bastante para vencer todas las flojeadades y hacer florecer las reglas. En 1644, cuando el venerable P. Eudes, fundador de los Misioneros de Jesús y de María abrió una casa de arrepentidas en esta ciudad de Caen, ¿á quién se dirigió para formar las religiosas destinadas á esta obra? A las Hijas de San Francisco de Sales y de la santa Madre de Chantal. Cinco de éstas fueron á Caen, compusieron las reglas, que fueron casi las mismas de la Visitación formaron allí buenas religiosas, y no volvieron á su

(1) *Vida de la Madre de Ballon.*

(2) *Las primeras Madres de la Visitación*, tomo I, pág. 40.—*Anales de la Visitación de Dijón*, pág. 20.

(3) *Las primeras Madres*, tomo I, pág. 57.

(4) Véanse las *Fundaciones inéditas* de estas diferentes ciudades; la *Vida inédita de las viudas de la Visitación*, pág. 106, y las *Vidas de las primeras Superiores*, pág. 68.

convento hasta que dejaron la congregación naciente en un alto grado de fervor. Y veinte años después, cuando Luis XIV quiso purgar del Jansenismo, si era posible, á la tan famosa abadía de Port-Royal, ¿á quién confió este difícil encargo, que el mismo Bossuet no había podido cumplir? A las Hijas de San Francisco de Sales también. Y si el éxito no fué completo, al menos alcanzaron de las religiosas de Port-Royal que eligieran por Superiora á una mujer de talento, y la única que no estaba contaminada con el Jansenismo; acerca de lo cual, si se reflexiona un poco, teniendo en cuenta las dificultades insuperables que había que vencer, sorprenderá que pudieran conseguirlo. Algún tiempo después, cuando Luis XIV, á ruegos de la señora de Maintenon, fundó la casa real de Saint-Cyr, y dió su dirección á las señoras de San Luis, á las Hijas de la santa Madre de Chantal fué también á quien se dirigió, á fin de que instruyesen á aquellas señoras en la vida regular y en las virtudes propias de su importante vocación.

Tales son algunos de los servicios que la Visitación empezaba á prestar en beneficio de la sociedad y de las almas, y que no ha dejado nunca de hacer después. En general se tiene una idea muy falsa de las religiosas claustradas. No se sabe hasta qué punto penetran, por decirlo así, sus raíces en el mundo. Desde el fondo de estas casas cerradas, y de sus locutorios, comunican con una porción de almas, á quienes iluminan, consuelan, animan, y sobre las cuales hacen caer sin cesar mil rayos de sol y mil gotas de rocío. Si de esto se duda, no hay más que leer su correspondencia. Algunas cartas se han coleccionado. ¡Qué diversidad de personas, de negocios, de intereses! Véase en particular la correspondencia de la santa Madre de Chantal, esa inmensa y magnífica colección esparcida en todas las bibliotecas y en todos los monasterios. Aquí es

donde se revela la preciosa y admirable influencia de los Santos en este mundo. A la humilde Madre de Chantal, que todo lo había dejado por Dios, y á quien tanto se había criticado porque iba á enterrarse—decían—haciendo inútiles sus talentos y virtudes; le escribían los Príncipes y Princesas para pedirle consejo y encomendarse á sus oraciones; los Obispos la consultaban acerca del modo de gobernar sus diócesis; los sacerdotes le confiaban la dirección de sus conciencias; los escritores sometían sus obras á su examen. Muchas almas tristes ó expuestas, ó atormentadas de pasiones, ó devoradas del amor divino, solicitaban su apoyo y sus consejos. Brillaba por entre las rejas de su convento, como el sol á través de las ramas de los árboles en un bosque; pero á diferencia del sol, se agotaba dándose; su inmensa correspondencia la abrumaba. Hacia el año de 1631, cerca de la época á que hemos llegado en el decurso de esta historia, la santa Madre de Chantal no se sintió ya con fuerzas para llevar esta carga, que se aumentaba todos los días, y pensó en escoger una Hermana que estuviese á su lado para hacer las funciones de secretaria.

Dios, que había bendecido con tantas gracias á esta Orden naciente, iba á darle otra prueba de su protección con un beneficio de valor inestimable; iba á darle un historiador de estilo tan amable como los hechos que debía contar, de una imaginación tan graciosa como las figuras que debía pintar. Le hemos tomado mucho prestado, y desempeñó en la historia de la Visitación un papel demasiado hermoso para que renunciemos al gusto de darla á conocer.

Era de una noble familia de Borgoña, y en el mundo era conocida por la señorita de Chaugy. San Francisco de Sales, que había comido con ella un día en casa del Mariscal de San Geran, había adivinado su espíritu y su corazón. En los postres, tomando una manzana, se

la dió á la señorita de Chaugy. «Yo sé—le dijo sonriendo—que á las jóvenes les gustan los requiebros.» Después añadió: «Un día seréis de las nuestras;» predicción que durante muchos años no parecía deberse cumplir. Dotada de muchas buenas cualidades, de gracioso rostro, de una imaginación brillante, de un talento vivo y lleno de fuego, y poseyendo en alto grado el arte de hablar y de escribir, la señorita de Chaugy estaba á un tiempo deslumbrada y embriagada con la felicidad que el mundo le preparaba. Cuando apenas contaba diecisiete años, vió en casa de su padre á un joven de una antigua familia, de mucho talento, y tan aficionado como ella á la poesía y á la música. Le amó, y su padre aprobó esta inclinación. Un paso más adelante y ¿qué sería la predicción de San Francisco de Sales? Pero Dios velaba, y no había dejado engolfarse así en las felicidades del mundo á la señorita de Chaugy, sino para darla el mérito de un gran sacrificio.

La madre de la señorita de Chaugy rehusó su consentimiento para el matrimonio, y el joven partió para el ejército, en donde se hizo matar. El Sr. de Chaugy murió, y en pocos días aquel cielo tan puro se cubrió de nubes. Para consolarse en sus tristezas, y también para no estar con su madre, con quien no congeniaba, la señorita de Chaugy alcanzó permiso para entrar por algún tiempo en el monasterio de la Visitación de Paray. Allí vió á la venerable Madre de Chantal, su tía. La Santa comprendió á la primera ojeada cuántas tristezas inconsolables encerraba el corazón de esta joven, y le propuso ir con ella á la Visitación de Annecy. El deseo de cambiar de país y separarse de su madre, que le instaba á contraer un matrimonio poco en armonía con sus gustos, y la dicha de hacer el viaje á Saboya en compañía de una persona tan santa, determinaron á la joven para que aceptase la invitación. En su interior, no obstante, tenía horror á los conventos,

y se proponía de todas veras no ser nunca religiosa.

Ella misma nos cuenta los esfuerzos que tuvo que hacer para pasar el umbral del monasterio de Annecy. Invocó á San José á fin de ocultar su turbación, y renovó en el fondo de su alma el propósito de no estar mucho tiempo en el monasterio. Las Hermanas, por su parte, apenas la vieron, cuando enamoradas de su talento, empezaron á orar fervorosamente para alcanzar de Dios una conquista tan preciosa. La Madre de Chantal, sobre todo, á quien debían gustar más que á ninguna las relevantes prendas de la señorita de Chaugy, porque se le parecía en muchas cosas, deseaba ardientemente que se hiciera religiosa. «¡Ah!—decía—si Dios se hace dueño de su corazón, hará de él un instrumento para su gloria.» Y cuando encontraba á la señorita de Chaugy por la casa, le decía con mucho gracejo: «¿Cuándo dais audiencia á la gracia?» La señorita de Chaugy no tenía prisa. Componía hermosos versos y cánticos espirituales, hacía extractos magníficos de las pláticas que oía, y encantaba á las Hermanas con la riqueza y fecundidad de su talento, pero sin que por esto pudiese acallar la voz de Dios que principiaba á llamarla. Oía sin cesar en su interior esta pregunta: «¿Qué vale más, el mundo, ó el claustro?» Pregunta importuna que no podía acallar, y á la que no quería contestar. Hallándose en esta disposición de ánimo, vino un predicador al convento para hacer el panegírico de San Pedro y San Pablo. Alabando su obediencia, apostrofó vivamente á esas almas mercenarias que no se dan, que se hacen comprar, y que se atreven á comparar á Dios con el mundo.

Este fué el golpe de la gracia. La señorita de Chaugy, herida en el corazón y deshecha en llanto, fué á echarse á los pies de la Madre de Chantal, y le declaró que había terminado la lucha y que se daba por vencida. La Santa manifestó más alegría que sorpresa. Dios

se lo había mostrado con anticipación. «Pero—dijo—he querido mejor que supieseis vos misma la voluntad de Dios por el órgano del Espíritu Santo que por boca de una pecadora como yo.»

La señorita de Chaugy tomó el velo en el mes de Mayo de 1629, cinco años después de la muerte de San Francisco de Sales, recibiendo los nombres de Francisca Magdalena, y profesó al año siguiente. Poco después la eligió la Madre de Chantal por Secretaria, y ya no se separó de la Santa. La seguía en sus viajes, y escribía bajo su dictado. Las celdas de ambas estaban siempre juntas. Con tan íntimas relaciones con la venerable Fundadora, discípula de la Madre de Chatel, que la dirigió en su noviciado; de la Madre de Blonay, que fué después su Superiora y su amiga; de todas las primeras religiosas de la Visitación, con las cuales tuvo continuas relaciones; habiendo entrado en la Orden en el momento en que ésta exhalaba sus más suaves perfumes; colocada admirablemente para verlo todo y juzgarlo bien, la joven Secretaria comprendió el fin para que Dios la destinaba, que no era otro que el de transmitir á la posteridad la relación de tantos hechos encantadores ó heroicos, y tomó la pluma. Por rara dicha, ó más bien por una de esas delicadas disposiciones de la divina Providencia, esta joven religiosa era de la familia de los grandes escritores. Su estilo es admirable por su sencillez, imaginación y gracia. Si hubiera vivido en la corte de Luis XIV, hubiera escrito como su prima la Marquesa de Sevigné. Metida entre las montañas, encerrada en el fondo de un convento, sin relaciones con los buenos autores ni con sus ilustres contemporáneos, abrumada con demasiado trabajo para poder ocuparse en limar su estilo, y no proponiéndose, por otra parte, sino edificar á las religiosas, no pudo, ciertamente, evitar muchos defectos, como el ser difusa en la narración, usar un lenguaje algo místico, y de-

masiada sutileza en las alusiones y aplicación de los textos de la Santa Escritura. «No obstante esto, su talento es igual al de la Marquesa de Sevigné: la misma facilidad; la misma imaginación viva y fecunda; el mismo modo agradable de narrar, ora risueña, ora triste; sus giros elegantes; sus palabras oportunas; todo lo posee la religiosa, y, como la Marquesa, lo prodiga corriendo; tiene de menos que ésta la graciosa burla, y tiene de más el tierno ardor de la piedad» (1).

En cuanto la Hermana de Chaugy escribió una página, comprendió la Madre de Chantal la merced que Dios había hecho á su Orden. Llena entonces de presentimientos sobre su próximo fin, la Santa Fundadora recogía con mucho cuidado todo lo que tenía conexión con el origen de la Visitación, y asoció á su trabajo á la joven Hermana de Chaugy. Unas veces le dictaba horas enteras, y otras le contaba los hechos y le encargaba que los redactase. En todos los monasterios que visitaba, la empleaba en recoger notas y apuntes sobre el origen de cada monasterio en particular. En Annecy le dió orden de poner por escrito, pero con mucho sigilo, todos los actos de virtud que notase en las Madres de Chatel y de Blonay y en todas las demás religiosas. Cuando la Hermana de Chaugy concluía una Memoria, se la llevaba á la Santa, y ésta la leía, releía y corregía. Esto era una gran ventaja en cuanto á la exactitud, pero era también un grande inconveniente. La Santa no quería que se hablase de ella, y borraba sin reparo alguno cuanto era en alabanza suya. Muchas veces hacía poner de rodillas á la Hermana de Chaugy, y la reprendía agriamente por hablar así de una pecadora, mandándola que no volviese á escribir aquello. Felizmente no obligan tales mandatos. Cuanto más quería

(1) *Las primeras Madres de la Visitación.* Prefacio del Sr. Luis Veuillot.

ocultarse la Madre de Chantal, tanto más cuidado ponía la Hermana de Chaugy en escribir sus palabras y sus hechos. Pero se escondía para ello, y para evitar que la viesen las Hermanas, pasaba algunas veces las noches redactando estas notas, por lo que estuvo á pique de perder la vista. Alarmada la Madre de Chantal, consultó con un médico muy célebre, el cual declaró que si no se le daba un descanso completo, no curaría la enferma, y cegaría del todo. La Santa tenía una necesidad absoluta de su Secretaria. «Hija mía — la dijo una noche, — conozco que el médico tiene razón, pero yo no puedo pasar sin vuestra ayuda. ¿No querriais unir vuestras oraciones á las mías para que sean más pronto escuchadas?» Y con esto, haciendo la señal de la Cruz sobre los ojos de la enferma, la mandó que se acostase. Cuando empezaba á dormirse, se le apareció San Francisco de Sales, vestido de pontifical, y brillante de gloria. «Hija mía — le dijo, — Dios me envía para curaros, en atención á los servicios que espera de vos, y que haréis á nuestro Instituto.» Dichas estas palabras desapareció, y la Hermana de Chaugy se despertó con la vista perfectamente buena. Toda la comunidad fué al coro con la Madre de Chantal á la cabeza, y las Hermanas entonaron el hermoso cántico consagrado por la Iglesia para dar gracias á Dios (1).

La Hermana de Chaugy volvió á tomar la pluma; pero como su humildad igualaba á su mérito, jamás quiso consentir en que se publicase ninguna de las numerosas obras que compuso (2). Una sola vió la luz pública durante su vida, sin que ella lo supiese. Llevada á Roma, fué leída con aplauso por los Cardenales, y enseñada al Papa Alejandro VII, el cual, admirando el

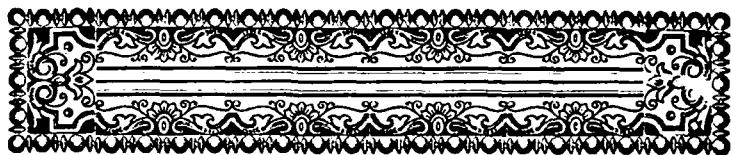
(1) *Vida de la Madre de Chaugy*, 2 vol. en 8.º.—Orange, 1839.

(2) Muchas, no obstante, fueron impresas durante la vida de la Madre de Chaugy; pero solamente para las religiosas, y con orden de no enseñarlas al público.

talento de aquella humilde religiosa, la envió la orden para que se imprimiese. Las demás quedaron sepultadas en los monasterios, de donde este siglo, que desentierra tantas cosas, parece destinado á sacarlas.

Esta es la Madre de Chaugy. Es el Homero de la Visitación; un Homero gracioso y humilde como el poema que estaba destinada á cantar.





CAPÍTULO XXIX

Los pensionados de la Visitación.

VEAMOS otro servicio que la Visitación empezaba á prestar á la sociedad y á las almas; servicio que continuará prestando en lo sucesivo, y que, mejor comprendido y apreciado por el mundo, dará al nuevo Instituto una popularidad creciente.

Detrás de las rejas de los monasterios de la Visitación, en aquellos claustros abiertos al lado de grandes jardines, principiaban á juntarse por este tiempo multitud de niñas de familias ricas, que iban allí para formar su espíritu, su corazón y su conciencia, bajo la dirección de las Hijas de San Francisco de Sales y de la santa Madre de Chantal.

El origen de estos pensionados fué bastante singular. Nacieron de las necesidades de la época y de la fuerza de las circunstancias, más bien que de la voluntad de los santos fundadores. Ni el Santo Obispo de Ginebra, ni su Santa cooperadora, habían pensado en establecer pensionados en la Visitación, y rehusaron por mucho tiempo en consentir en ello; pero al fin tuvieron que ceder impulsados por la corriente. No se hablaba entonces más que de educación. Después del primer momento de estupor causado por el número y escándalo de las apostasias que produjo la rebelión de Lutero, y sobre todo por la facilidad con que los pueblos ente-

ros se habían dejado seducir, brilló en el mundo católico como un rayo de luz. Al resplandor de la tormenta se entrevió que la causa de tantos males no era otra que la ignorancia religiosa, y que su único remedio era la educación. Todo el mundo sentía la necesidad de apoderarse pronto de las generaciones jóvenes, y, darles una educación sólida que las pudiese al abrigo de semejantes caídas, y las hiciese atravesar sin peligro los abismos en donde se habían hundido las generaciones contemporáneas; por todas partes pusieron manos á la obra con un ardor increíble, principiando entonces á establecerse los grandes y los pequeños seminarios. Los Jesuitas abrieron colegios para los ricos, los Padres del Oratorio para la clase media, y los Padres de la Doctrina cristiana para los pobres. Era una reacción completa. Si lo presente estaba comprometido, trataban de salvar siquiera lo porvenir. Los santos secundan, ó más bien imprimen y dirigen el movimiento. San Carlos Borromeo, el venerable Bartolomé de los Mártires, San Vicente de Paúl, San José de Calasanz, el Sr. Olier, el venerable César de Bus, diseminados, por decirlo así, en diversos lugares, pero movidos todos por el conocimiento de los mismos peligros y de las mismas necesidades, fundan seminarios, colegios, escuelas, y establecen congregaciones religiosas consagradas á la educación de la juventud.

El mismo celo se desplega para la educación de las niñas. A un tiempo y con el mismo fin, aparecen las religiosas de Nuestra Señora, fundadas por el bienaventurado Pedro Fourrier; las de la Doctrina cristiana, establecidas por César de Bus; las Hermanas de la Cruz, las de Santa Genoveva, las de San José, las de la Presentación, las de las Escuelas cristianas, que se extienden por los campos y abren escuelas gratuitas para la educación de niñas pobres. Las Ursulinas, que renacen en las ciudades, y en su resurrección despiertan á las

Dominicas Cistercienses y Bernardas, consagradas hacía largo tiempo á la educación de las niñas de familias ricas. En fin, hasta las antiguas abadías, hasta aquellos nobles cabildos adonde se retiraban las segundonas de las familias ilustres, se sentían también rejuvenecidos. En medio de este movimiento, era difícil que no se volviese los ojos hacia la Visitación, y que una multitud de madres no desearan hacer educar á sus niñas por las Hijas del dulce Prelado, que en su Filotea había comprendido y explicado mejor que nadie los deberes de la piedad en el mundo. El entusiasmo con que había sido acogido el libro de la *Introducción á la vida devota*, entusiasmo cada día más vivo, que hizo fuese traducido á todas las lenguas y puesto en verso francés, siendo, según expresión del Ilmo. Camus, el breviario de toda la gente del mundo; este entusiasmo, digo, por las ideas, por las máximas tan agradables y santas de la *Introducción á la vida devota*, fué el que creó, á pesar de San Francisco de Sales, los pensionados de la Visitación. A esto hay que juntar la admiración que inspiraban la santa Madre de Chantal y sus primeras Hijas, las cuales, nacidas en medio del mundo; habían repudiado sus grandezas sin abdicar sus encantos, y que bajo el velo conservaban un no sé qué de gracioso y humilde, de distinguido y de modesto, que arrebatava. Tener la *Introducción á la vida devota* por programa de educación, y por maestras encargadas de explicarle á las Madres de Chatel ó de Lafayette, á las Madres de Chaugy ó de Blonay, ¡qué sueño! ¿Es de admirar que el siglo XVII quedase enamorado?

Así, que apenas había establecido San Francisco de Sales las primeras casas de la Visitación, cuando de todas partes le escribieron rogándole recibiese educandas. El Santo rehusó al pronto: había tenido ya que variar su plan: ¿habría de modificarle otra vez? De una Orden activa, destinada al alivio de los enfermos, ha-

bía tenido que formar una Orden claustrada y contemplativa; ¿había de transformarla de nuevo en Orden de enseñanza? No lo creía así el Santo. «Dios—escribía á una Superiora—no ha elegido vuestro Instituto para la educación de niñas, sino para la perfección de mujeres y de las jóvenes (1).» La santa Madre de Chantal respondía en el mismo sentido á un Obispo: «Mi Hermana la Superiora nos escribe que los señores de vuestra ciudad desean mucho que nuestras Hermanas se dediquen á la educación de las niñas; os aseguro, Ilustrísimo Señor, que si nos fuese posible lo haríamos de buena gana, sólo por complacerlos, aunque á la verdad es cosa de mucha distracción. Pero lo que podamos hacer en esto sin contrariar las intenciones de nuestro Santo Fundador, lo haremos con mucho gusto» (2).

Felizmente, si el Santo Obispo de Ginebra no había querido abrir la puerta del claustro á todas las educandas que deseaban entrar, no la había cerrado del todo. Permitió que fuesen recibidas algunas niñas de edad de diez ó doce años, á quienes sus padres destinaban á la vida religiosa, las cuales estarían como pensionistas, esperando que manifestasen la voluntad de Dios. Previa muy bien que sería una carga muy pesada; pero decía con su acostumbrada gracia: «¿Qué es mejor, que haya espinas en nuestro jardín para tener rosas, ó que no haya rosas por no tener espinas?» (3).

Decidido, pues, á tener rosas, San Francisco de Sales tomó sus precauciones para que fuesen un perfume y un gozo en las casas, y que nunca sirviesen de obstáculo en ellas. Con este fin determinó que fueran en corto número, que no se permitiese entrar sino á niñas de familias recomendables, y que se inclinasen, si era posible conocerlo en tan tierna edad, á la vida religio-

(1) *Cartas de San Francisco de Sales*, carta 356.

(2) *Cartas de la santa Madre de Chantal*, carta 50.

(3) *Idem*, carta 454.

sa, y por lo menos dispuestas para la virtud y capaces de regocijar á la Iglesia algún día por su piedad ejemplar (1).

Así que desde el principio del Instituto se ven algunas niñas en los monasterios. En 1610, al establecer la señora de Chantal el primer monasterio de Annecy, tiene con ella á su pequeña Francisca. La señora Colín, que vino de Lyon con la señora de Gouffier, trae también á su Anita, de edad de diez años; una sobrina de San Francisco de Sales, Juana María de la Croix, que no tiene más que quince años, viene á juntarse con ellas; otras que no viven en el monasterio, como Claudia Inés de la Roche, entran en él sin cesar, y no se puede abrir ni uno solo de los manuscritos antiguos sin ver aparecer á cada instante, al lado de las figuras graves y recogidas de las Hermanas, el rostro risueño de alguna niña.

Un día, por ejemplo, habiendo venido San Francisco de Sales para hablar con la Madre de Chantal, bajó ésta al locutorio, llevando de la mano á su pequeña compañera Ana Colín, porque aun para ver al Santo Obispo de Ginebra hacía que la acompañasen. Estaban los dos hablando, y la niña, mientras tanto, jugaba por allí, cuando anunciaron al Ilmo. Sr. Arzobispo de Lyon. El bienaventurado se levantó al momento, y fué á recibirle con una humildad encantadora. Mientras que los dos santos Obispos se saludaban respetuosamente uno á otro, la Santa hizo seña á su pequeña asistente para que se acercase á la reja y le mostró con el dedo la incomparable modestia y humildad del Santo Fundador.

Otro día no era la Madre de Chantal la que estaba en el locutorio con San Francisco de Sales, sino la Madre de Blonay, acompañada de la pequeña Ana. Des-

(1) *Respuestas de la santa Madre de Chantal*, 468.

pués de un momento de conversación, la Madre de Blonay notó que las dos puertas estaban abiertas, y temiendo hiciese daño al Santo, le manifestó su inquietud. El Santo se levantó al instante para cerrar una de las dos, pero volvió sin tocarla, y con su incomparable dulzura, «Hija mía—la dijo,—hay ahí una porción de niñas que me miran con tanto gusto, que no tengo valor para cerrarles la puerta.» Encantada la Madre de Blonay con tan amable bondad, hizo señal á Anita para que cerrase por el otro lado, como en efecto lo hizo (1).

Véase, pues, cómo hubo niñas en la Visitación desde el primer año de su establecimiento. Para dejarlas con entera libertad, San Francisco de Sales prohibió se las diese el hábito religioso, pero al mismo tiempo quiso tuvieran presente que esperaban en el monasterio el honor y la felicidad de la vida religiosa, si tal era su vocación, y para ello las cortó por sí mismo un traje, medio religioso y medio seglar.

«En cuanto al hábito religioso—escribía á la Madre de Chatel,—pienso no debe dárseles antes de la edad conveniente para ello, pero sí es preciso que lleven uno muy sencillo, con una pequeña cofia en la cabeza, de modo que parezcan religiosas; y será bueno que sea negro, obscuro ó castaño, sin adorno ninguno, como he visto en San Pablo de Milán, donde habla cerca de ciento cincuenta religiosas, veinte ó veinticinco novicias y otras tantas pretendientes que estaban allí en pensión y espera, las cuáles estaban todas vestidas de azul con velos del mismo color, y todo su traje igual» (2).

(1) *Vida de muchas venerables religiosas de la Orden de la Visitación, que murieron en el monasterio de Aviñón.*—Un vol. en 12.º Aviñón, 1634, pág. 58.

(2) Carta 454. Este pequeño traje está descrito más circunstanciadamente por la santa Madre de Chantal. «Se les dará (á las niñas) un vestido muy sencillo, negro, sujeto al cuerpo, sin pliegues, subido hasta el cuello, las mangas algo anchas; un cuellecito al cuello, sin almidón; un

Este hábito pequeño se daba á las niñas que lo habían merecido, con algunas ceremonias. Desde entonces se les permitía asistir á algunos ejercicios de Comunidad; iban á la recreación con las Hermanas, salmodiaban Vísperas y Completas, observaban el silencio mayor y el que se acostumbra en el dormitorio y demás lugares religiosos; llevaban los ojos bajos en el coro y en el refectorio, y empezaba á mirárselas como religiosas. No se les mudaban sus nombres de bautismo y de familia, pero se las llamaba *las Hermanas del hábito pequeño*.

Aún estamos, como se ve, lejos de los pensionados; pero esperemos un poco, la puerta está entreabierta, y por ella entrarán las educandas. Estas niñas, cuyo número es tan limitado y que llevan en su cabeza pequeñas cofias que las hacen parecer religiosas, estas Hermanas del hábito pequeño, darán la mano á las educandas y las harán entrar á todas.

Por lo demás, sería un error creer que en estos primeros tiempos no había en los monasterios más que Hermanas del hábito pequeño. Francisca de Chantal no le llevó jamás, y fué la primera y más antigua educanda de la Visitación. Ana Colín, al contrario, le tomó muy pronto. «La venerable Madre de Chantal—dice un historiador antiguo—amaba á esta niña con una ternura particular; le dió el hábito pequeño, y la hizo como la primera de la Orden que consagró este velo preparatorio para el del noviciado. Nuestra querida Anita le llevó con un amor y una inocencia que la merecieron un notable progreso en la virtud y una admirable perseverancia en su vocación» (1). Tenemos, pues, como se ve, en las dos primeras niñas que entraron en la Vi-

velo blanco, pequeño, que no doble sobre la cabeza, sin toca ni venda, sino con una cinta que recoja los cabellos para que no caigan sobre el rostro.» (*Costumbrero*, páginas 28 y 337.)

(1) *Vidas de las Madres de Aviñón*, pág. 58.

situación, el verdadero origen de los pensionados en sus dos formas principales: las Hermanas del hábito pequeño, y las educandas propiamente dichas.

Lo que había hecho titubear al principio á San Francisco de Sales y á la venerable Madre de Chantal para admitir niñas en la Visitación, y les habla hecho tomar tan grandes precauciones para limitar y acortar su número, era el temor de que hubiese con las niñas incomodidades, y—como decía la Santa—mucha distracción para las religiosas (1). Pero con el tiempo se dispó este temor; poco á poco se advirtió que, si había algunos inconvenientes, habría también, aun para las religiosas, verdaderas ventajas; que cuando pasara el tiempo de las grandes fundaciones, las Hermanas jóvenes y activas tendrían un medio de emplear su talento, su corazón y su celo, y que la obra de la educación, bien instalada, no impediría que la vida contemplativa tuviese toda su perfección. Así que la venerable Madre de Chantal, que había rehusado al principio el establecimiento de los pensionados, se decide, por último, á ello, y escribe al Obispo de Tarantasia: «En cuanto á las niñas que V. S. Ilma. quiere que se reciban, nuestras Hermanas seguirán en esto vuestro parecer, creyendo, Ilmo. Señor, que no juzgaréis oportuno que sea muy grande su número ni tan tierna su edad que no sean aún capaces de recibir instrucciones de piedad y buena educación. En fin, todo lo dejamos á vuestro parecer y santa dilección paternal (2).» Al mismo tiempo exhorta á la Madre de Beaumont á establecer un pensionado en Pignerol (3); y por último, encarga á la Madre de Chaugy que escriba á los diferentes monasterios

(1) *Cartas de la Madre de Chaugy*, cartas 14 y 15.

(2) *Cartas de San Francisco de Sales*. Edición Migne, tomo VI, página 849.

(3) *Circular de las Hermanas de Pignerol*, 14 de Abril de 1857. Declaran haber encontrado este hecho referido en sus antiguas *Memorias*

para que reciban sin escrúpulo á las educandas que se presenten (1). Así que, hacia 1635 las había ya en todas partes. Y cuando al año siguiente emprende la Madre de Chantal su largo viaje por Francia, se ve durante todo este viaje, así en París como en Lyon, Autun, Montferrand, Montpellier y Aviñón, que las niñas educandas salen á recibirla cantando coplillas y recitando versos, y que la Santa las acaricia y bendice en todas partes, dándoles pequeñas prácticas y algunos regalitos.

Y no solamente se aumenta el número de las niñas que se educan en la Visitación, sino el espíritu dulce de San Francisco de Sales y el grande y varonil de la Madre de Chantal penetra en sus pensionados. Llenan los monasterios con los primeros perfumes de sus nacientes virtudes, antes de abrirse sus flores en medio del mundo. En Pont-á-Mousson, por ejemplo, una niña de doce años, Ana Enriqueta de Haraucourt, de una familia de Príncipes, sabe de repente que su madre piensa sacarla del convento para hacerla Abadesa de San Pablo, en lugar de su tía que está gravemente enferma. Esta amable niña no dice una palabra, pero á la noche siguiente se corta el pelo, y por la mañana, al salir de la oración, se quita su cofia y enseñando su cabeza pelada dice á su madre: «Ahora sí que pareceré una hermosa Abadesa; yo no podría ser religiosa en un convento en que se tiene una que peinar y componer (2).

En Montferrand, María Serafina de Chamflours, de edad de doce años, de genio impetuoso, que se encolerizaba á la menor palabra, se convierte en un ángel de

(1) *Cartas de la Madre de Chaugy*, cartas 14 y 15. «En cuanto á vuestras pensionistas, os diré que nuestra digna Madre me ha mandado escribir á nuestros monasterios que vale más recibir que cargarse de deudas. Esto no les, ciertamente, que yo quiera imponeros una ley, sino que, como han hecho nuestras primeras Madres, uséis de esta libertad cuando sea necesario, y no os aprovechéis de ella cuando no haya necesidad.»

(2) *Fundación inédita de Pont-á-Mousson*, pág. 261.

dulzura con sólo leer la *Vida de San Francisco de Sales*. Aún se la veía hinchársele las venas del cuello y enrojecérsele el rostro, pero no pronunciaba una sola palabra de ira. «Por más que la cólera hierva en mi pecho—decía sirviéndose de las palabras del Santo Obispo de Ginebra—nada haré en favor suyo (1).»

En Chambery sucedió un día, que un viento fuerte hizo caer muchas frutas de los árboles, y entre ellas unas hermosísimas ciruelas. Las niñas que se paseaban almorzando, en lugar de cogerlas se fueron de allí para no pisarlas. La santa Madre de Chantal, que estaba entonces en Chambery, encantada de la prudencia y mortificación de aquellas niñas, envió á las Hermanas domésticas al jardín á que cogiesen las mejores ciruelas, y se las llevasen de su parte en recompensa de su juicio (2).

En Besanzón, María Clara de Cusanges, de quien hemos hablado ya, al volver del viaje al que acompañó en calidad de fundadora, á causa de sus muchas riquezas, á las religiosas que fueron á establecer los monasterios de Gray y de Champlitte, respondía á sus jóvenes compañeras, que le preguntaban en qué pensaba cuando la honraban tanto, y los alcaldes y regidores pronunciaban discursos en alabanza suya. «Pensaba—decía la niña—en que si yo hubiera sido hija de una pastora, no me habrían alabado tanto.» Y otro día, habiendo venido su hermano y otros señores jóvenes primos suyos á verla, y hablándola con entusiasmo de las diversiones del mundo á que asistían, María Clara, impaciente, se levanta, coge en la falda de su vestido un poco de polvo de lo que habían barrido, y sacudiéndolo delante de ellos, les dice: «Mirad, yo conozco bien vuestras diversiones; ¡esto es lo que valen!»

(1) *Fundación inédita de Montferrand*, pág. 144.

(2) *Fundación manuscrita de Chambery*.

No acabaríamos si quisiéramos recoger todas las palabras encantadoras que salían de los labios de aquellas primeras educandas de la Visitación, y los actos de inocencia, modestia, obediencia y de santa fortaleza que brillan en cada página de las antiguas *Memorias*, en niñas de edad de doce años. Eran los primeros frutos de la Visitación.

Por lo demás, en los monasterios no sólo se formaba el corazón, sino también el espíritu, y en ninguna parte, preciso es confesarlo, podía adquirir mejor una joven, no una gran instrucción, que no se daba entonces á las mujeres, sino esa delicadeza de pensamientos, ese encanto exquisito en la conversación, esa habilidad para escribir bien una carta, ese gusto para las cosas intelectuales, todo lo cual era entonces tan estimado y es ciertamente después de la virtud, en lo que consiste la verdadera educación y consiste el verdadero mérito de una mujer. Todo esto lo poseía la Visitación más que ninguna otra sociedad religiosa de aquella época.

« Como en los principios de las Ordenes—dice la Madre de Chantal—hay mucho que escribir », no habla una de las primeras Madres que no tuviese que coger la pluma á cada instante. Unas recogían y redactaban las instrucciones (vulgarmente llamadas *Entretenimientos*) de San Francisco de Sales; en esta clase era sobresaliente la Madre de la Roche. Otras como la Madre de Brechard, la Madre de Marigny, la Madre de Clermont-Mont-Saint-Jean, y sobre todo la Madre de Chaugy, que aventajaba á todas, escribían la historia de la fundación de los monasterios ó las piadosas biografías de las Hermanas que fallecían. Había quienes tenían al corriente año por año, los anales de la Orden y los anales de cada monasterio en particular; anales muy poco conocidos y rara vez consultados, y que darían, no obstante, respecto á la historia particular de las ciudades y de las familias ilustres de las provincias, detalles

y noticias ignoradas hasta ahora. Por último, todas, y especialmente las Superiores, escribían una porción de cartas, de las cuales se conservan todavía un gran número, y que con todos los escritos de que acabo de hablar, á saber: historias de las fundaciones, bibliografías de las Hermanas, anales de los monasterios, memorias sobre los fundadores y bienhechores, y circulares dirigidas á la Orden, forman esos preciosos manuscritos que se encuentran en todos los conventos de la Visitación, encuadernados en hermoso pergamino blanco, escritos con el hermoso carácter de letra usado en el siglo XVII, los cuales á pesar de ser voluminosos é incorrectos y no carecer de los defectos inherentes á una lengua que todavía no estaba enteramente formada, se hallan llenos de esos giros elegantes propios del gran siglo y de esos pensamientos elevados y fecundos que revelan las almas grandes.

¿Qué más puedo decir? Hasta la poesía se cultivaba en la Visitación. Digo la poesía santa, la de los himnos y la de los cánticos. En este concepto, la Madre de Châtel brillaba entre todas. La que en su juventud había gustado del verso más que todas las señoritas de su tiempo, halló en el claustro la vena de una poesía más brillante aún que cuando estaba en el siglo. Tenía, no obstante, un rival en la Madre Ana María Rosset, la más contemplativa, como es sabido, de todas las Hijas de la santa Madre de Chantal, y cuya dulce piedad rebosaba muchas veces en cánticos que deleitaban santamente á las religiosas. La Madre de la Roche, elevada á tan alto grado de unión con Dios, sentía á veces la necesidad de desahogar en una poesía ardiente como su corazón los efectos de que estaba llena. Ni aun la Madre de Brechard y la Madre de Favre dejaban de pagar su tributo, trayendo los días de fiesta algún cántico ó Villancico para alegrar santamente á las Hermanas.

La segunda generación de las Hijas de la Madre de Chantal no cedía en esto á la primera. Muchas cultivaban la poesía, y entre otras la Madre de Chaugy, cuyo flexible talento se prestaba á cuanto se le pedía; la Madre de Rabutín, que daba un aire gracioso á todo cuanto tocaba, y sobre todo, la Hermana Manuela Filiberta de Monthouz, que parece dejó en este concepto una memoria imperecedera.

La santa Madre de Chantal, lejos de desaprobare esta inocente costumbre, la aplaude con viveza. Hemos visto que cuando estaba en el mundo llevaba siempre los salmos de David, puestos en verso por Felipe Desportes, y si iba de viaje los llevaba colgados en el arzón de la silla para cantarlos en el camino. El mismo gusto conservaba en el claustro. Su voz era fuerte y hermosa y cantaba mucho. Cuando algún sentimiento profundo llenaba su corazón, encargaba á una de sus Hijas que se lo pusiera en verso. Cuidaba poco de la rima—dice la Madre de Chaugy—con tal que el concepto fuese bueno y expresado de un modo vivo y enérgico. La Madre de Chaugy, añade también que alguna vez, aunque muy rara, ensayaba á hacer versos para pagar su tributo, como las demás, en los días de fiesta.

Con semejantes religiosas, que á una santidad grande unían tanta distinción, y á un talento tan cultivado tanta grandeza de alma y sentimientos tan elevados, ¿es extraño que muchas familias desearan con tanto ahínco que sus hijas entrasen en la Visitación; que forzando éstas, por decirlo así, las puertas de los monasterios, penetraban en ellos, contra la voluntad de San Francisco de Sales y de la santa Madre de Chantal, y que antes de la muerte de ésta haya pensionados por todas partes?

Ya no es, en efecto, alguna que otra niña, sino verdaderos pensionados los que se encuentran en la mayor parte de los monasterios. En Annecy en particular, en

el año de 1655, había ya doce educandas; esto es lo que resulta de un manuscrito, del cual pedimos al benévolo lector nos permita copiar una página encantadora.

«Era en 1655, durante el cónclave que terminó con la elección del Soberano Pontífice Alejandro VII, el mismo que volvió á emprender el proceso de canonización de San Francisco de Sales, interrumpido hacia treinta años. Las Hermanas de Annecy habían resuelto hacer rogativas solemnes durante nueve días para pedir un Papa que canonizase á su bienaventurado Padre. Se ayunaba á pan y agua, se guardaba un riguroso silencio, se llevaba el cilicio por la mañana, se tomaba la disciplina por la tarde, y se hacían penitencias en el refectorio; se daba permiso para comulgar y oír Misa todas las mañanas; en fin, todo el día se estaba en oración, y en vez de la recreación de la noche, se iba á la iglesia á tener un rato de conversación silenciosa con nuestro Santo Fundador. Gracias extraordinarias recompensaban este fervor, y parecían presagiar un éxito feliz en el cónclave. «Una noche—dice la Hermana que nos transmite estos detalles—estaba yo en la cama, porque eran casi las once de la noche, revolviendo en mi mente el pensamiento de las gracias que recibían nuestras Hermanas, y considerándome indigna de estos favores, me quejaba á nuestro bienaventurado Padre de mi privación, cuando se me ocurrió como por divertimento que tal vez había en esto más ilusión que realidad, porque mi flaco es no creer fácilmente las cosas extraordinarias. Conociendo mi falta, me retracté al punto de mi pensamiento. En el mismo instante empezó á salir una gran claridad de un pequeño retrato que yo tenía siempre á los pies de mi cama, el cual había sido pintado viviendo nuestro Santo Fundador, y que me había regalado el Sr. Marqués de Sales, quien le había recibido de su padre Luis de Sales. El cuarto, que es muy grande, parecía estar ardiendo, y doce educanditas que

allí dormían, se despertaron al olor de los perfumes y por la claridad, que duró tanto tiempo que todas las niñas y yo nos levantamos, hasta la sobrinita de nuestro Santo Padre, que no tiene más que cuatro años. Esta criaturita se echó de su cama, y viéndonos á todas de rodillas delante del cuadro que tenía yo en la mano, y notando que lloraba: «Ya sé por qué — me dijo acariciándome,—maestra querida; es mi santo tío, que viene del Paraíso para decirnos que será muy pronto Santo; no lloréis, pues ya se lo diremos á la buena mamá.» Y esta querida niña, tomando el cuadro, le besaba cariñosamente. La claridad era tan grande, que la niña corrió hasta lo último del cuarto á coger mi rosario, que yo había perdido. Al dármele me dijo: «Mi santo tío es quien lo ha traído.» Y temiendo que se resfriase, la tomé en mis brazos, teniendo la niña siempre en los suyos el cuadro, que apretaba cariñosamente. Después se desvaneció poco á poco la luz, como un fuego que se apaga (1).

Esta es la fecha más antigua que hemos hallado respecto á la existencia de los pensionados en la Visitación. ¡Qué escena tan encantadora! ¡Y cómo le parece á uno verla con sus propios ojos! Es un dormitorio en donde se acuestan doce pequeñas educandas: una Hermana se acuesta con ellas, y no las deja. Se la llama maestra querida, querida maestra, como hoy día. Su flaco es no creer fácilmente en las cosas extraordinarias; cree, no obstante, cuando es menester. A un espíritu fuerte, junta un corazón de madre. Por más conmovida que esté con el prodigio, y llena de lágrimas, no olvida el cuidado de sus niñas. Teme que se resfríen, y después de haberles hecho rezar un instante, las toma en sus brazos y las vuelve á sus camas.

(1) *Compendio de los milagros de nuestro Santo Fundador*, manuscrito pequeño en folio, de 45 páginas, inéditas, perteneciente á la Visitación de Dijón.

Otros monumentos confirman estos detalles. «La mayor parte de nuestras casas tienen educandas—escribe en 1664 la Madre de Chaugy,—la segunda de Annecy tiene ordinariamente doce ó quince; verdad es que tienen su lugar separado y á propósito. Rumilly y Chambery lo tienen lo mismo. Nuestro digno Prelado, al hacer la fundación de Turín, estableció también esta costumbre, y generalmente tienen veinte ó veinticinco (1).» Cuanto más corre el tiempo, más se aumenta el número de educandas; y antes de concluir el siglo XVII, los pensionados son en todas partes numerosos y florecientes. Se escriben manuales para las señoritas educandas de la Visitación (2), y se componen tragedias para ellas (3). Se empiezan á ver en el mundo, y aun en la más alta sociedad, una porción de educandas de la Visitación. En el siglo XVIII se aumenta su número: en vano la impiedad se burla de los conventos; en vano Voltaire, Rousseau, Diderot, D'Alembert hacen befa de una educación admirada por Fenelón, por la señora de Maintenón y la Marquesa de Sevigné. A despecho de estos hombres, que no tenían el conocimiento de lo pasado ni el de lo porvenir, las educandas afluyen á los monasterios de la Visitación. No salen de ellos sino con las religiosas en 1792, cuando los comisarios de la Convención vienen á echar á las Hermanas; y vuelven con ellas, después del tiempo del Terror, más numerosas que nunca.

Es porque fuera de la educación de familia, que es la mejor cuando es posible, no existe para una niña nin-

(1) *Cartas de la Madre de Chaugy*, 14 y 15.

(2) *Ejercicios espirituales según el espíritu de San Francisco de Sales para las educandas de su Orden de la Visitación de Santa María.*, Dijón, en casa de Desaint, tercera edicion, 1756. La segunda de 1693. La primera se atribuye á las primeras Madres.

(3) Citaremos, entre otras, la tragedia de la partida de la santa Baronesa de Chantal, impresa de Aviñón.

guna más sencilla, más sólida ni más dulce que la educación de los conventos. En ellos, por un conjunto feliz de circunstancias, se encuentra reunido todo aquello de que necesita la niña para el desarrollo de sus facultades: lo que eleva el espíritu, con lo que penetra el corazón; lo que forma el juicio, con lo que preserva la inocencia; lo que adelanta la madurez del alma, con lo que mantiene en ella el candor y la gracia. Lo que es el sacerdote para el adolescente que ha conservado su inocencia, eso es la religiosa para una jovencita. Por su carácter y por su hábito, le infunde respeto; por su abnegación, le inspira cariño; y con el espectáculo de su vida humilde, mortificada y obediente, la prepara á comprender estas grandes virtudes, sin las cuales no existe ni vida cristiana ni vida monástica. Y ¡qué á propósito para teatro de una educación sólida y santa son esos claustros silenciosos, con sus grandes jardines tranquilos y sus benditas imágenes, y los cánticos piadosos y dulces que en ellos resuenan, por decirlo así, á cada hora del día!

A cualquiera parte que la niña levante sus ojos, no encuentra más que paz, modestia, recogimiento. No se contempla inútilmente semejante espectáculo en edad tan tierna. Poco á poco aquella paz penetra en el corazón de la niña, aquel dulce recogimiento se apodera de su alma; el gusto de las santas alegrías, de los placeres puros y tranquilos, nace en ella, y la prepara admirablemente á la vida oculta de la esposa y la madre. Nada hay en los monasterios, ni aun las rejas, contra las cuales tanto se declama, que sea inútil para la educación. Con las rejas se apartan de la niña las feas imágenes que mancharían sus ideas, y los malos libros que dañarían su corazón; con las rejas, se quitan de delante de su vista los escándalos, las impiedades y las blasfemias que alarmarían su joven espíritu; por las rejas, en fin, se conserva la inocencia, madre de la sensibili-

dad, de la ternura y de la fortaleza, y con la inocencia, la alegría, que es hermana suya.

Pueden aplicarse á todas estas casas y á las niñas que en ellas se educan las palabras admirables que Bossuet escribió respecto de la princesa de Cleves y del monasterio en que habla pasado su adolescencia: «En la soledad de Sainte-Fare, tan apartada de los caminos del siglo, porque su feliz situación la separa de todo comercio con el mundo; en aquella santa montaña en que las esposas de Jesucristo resucitaban la hermosura de los antiguos días, en donde eran desconocidas las alegrías terrenales, en donde no se veían las huellas de los mundanos, de los curiosos, y los vagabundos, bajo el gobierno de la santa Abadesa, que sabía dar leche á los niños y pan á los fuertes, los principios de la princesa Ana eran felices (1).»

El mundo no ignora ni esta felicidad ni esta inocencia. Así, cuanto más tristes y malos son los tiempos, cuanto más aumentan los desórdenes, cuanto más alarde se hace de impiedad é inmoralidad, más afluyen las niñas á los conventos, y aun las familias más irreligiosas dirigen sus miradas hacia esas casas cerradas, como á un asilo impenetrable, á un arca santa, en donde en este diluvio universal del mal podrán ocultar á sus hijas, lejos de las turbaciones, de las pasiones y escándalos, que son la vergüenza y el espanto de nuestra época. Estas son las causas que llevan hoy á tantas niñas á recibir educación en los conventos, y que, juntas á otras causas, explican la popularidad creciente de los pensionados religiosos (2).

(1) *Oración fúnebre de la Princesa Ana Gonzaga de Cleves*, p. I.

(2) La popularidad de los pensionados de la Visitación es tal, y las educandas acuden en tan gran número, á pesar de las precauciones que se toman para limitarlas, que en algunos monasterios se ha temido faltar á las intenciones de San Francisco de Sales, y se ha creído deber consultar al Sumo Pontífice Pío IX. «Es verdad—escriben las Hermanas de Pignerol—que en nuestros días la obra del pensionado es infinita-

Estas no son, por lo demás, sino las principales bases de la educación de los conventos: cada una de las Ordenes consagradas á la enseñanza, tiene además su carácter particular: el de la Visitación es la sencillez y la dulzura. «Serán gobernadas y enseñadas en las cosas espirituales por una Hermana muy dulce y discreta (1).» Esta es la única palabra que la santa Madre de Chantal escribió sobre la educación de las niñas, pero todo lo comprende; suavidad, dulzura y discreción. Hay que unir á esto, si queremos conocer completamente el espíritu de los pensionados de la Visitación, la primera y la última de las reglas hechas en tiempo de la Santa Madre, para las niñas que estaban «como pensionistas esperando conocer su vocación» en las casas de la Orden.

«Primeramente amarán á Nuestro Señor con todo su corazón, haciendo todas las cosas por su amor.

»Observarán fielmente sus pequeñas reglas, alegremente y de corazón» (2).

He aquí el espíritu con todos sus perfumes de suavidad, dulzura, discreción; todo por amor y todo con alegría. Este es verdaderamente el espíritu dulcísimo de San Francisco de Sales. En esta escuela se forman las jóvenes, que no admirarán al mundo con la austeridad de su vida, pero que tampoco le espantarán con la tristeza y aspereza de su mal entendida caridad sino que, por el contrario, le atraerán y encantarán con la dul-

mente más laboriosa y difícil de llenar, por las circunstancias, y por exigencias muy delicadas; pero hemos sido poderosamente animadas por lo que nos escribe la respetable y muy querida Madre Francisca de Sales. Ha tenido la bondad de escribirnos, que habiendo sido visitada por el Cardenal Legado, Su Eminencia le había dicho que «Nuestro Santísimo Padre el Papa aprobaba que tuviésemos pensionados, y que si nuestro Fundador viviera aún, los establecería, porque son para bien de la Iglesia, y que el Santo amaba demasiado á la Iglesia para dejar de hacer cuanto dependiese de él para bien suyo.» (Circular de 14 de Abril de 1857.)

(1) *Costumbrero*, art. V, pág. 27.

(2) *Costumbrero*, art. V, pág. 336.

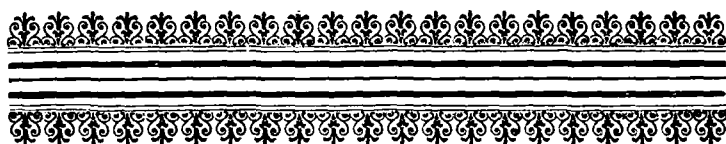
zura de su carácter, y llevarán á la sociedad con el ardor y solidez de la Santa Madre de Chantal, algo de la gracia y dulzura de San Francisco de Sales.

Sería necesario citar un ejemplo antes de concluir; pero ¿de dónde lo tomaremos? El siglo XVII está muy lejos; el XIX está muy cerca. Es preciso dejaros en la sombra en que Dios os ha colocado, jóvenes á quienes hemos visto salir de los claustros de la Visitación, y que no habéis aparecido sino una hora en medio de la sociedad, cuyo encanto érais; que habéis deslumbrado un instante al mundo, á quien despreciabais, y que habéis dejado la vida alegres, sonriendo, jugando con la muerte, no sintiendo nada de la tierra, porque nada de ella habéis amado. Y vosotras, que adornáis con la memoria de vuestra inocencia los anales de la Visitación naciente, cuyas hermosas vidas podríamos volver á componer á fuerza de indagaciones, y admirar vuestras tranquilas muertes, quedad también ocultas en las sombras; vuestra historia alargaría la de la Madre de Chantal, que es la que me reclama, y la que debo escribir.

Por otra parte, si absolutamente tenemos que dar un ejemplo de esta bella, grande y sólida educación, que se inauguraba entonces á la vista y al soplo, por decirlo así, de la Santa, ¿no tenemos á los mismos hijos de la Madre de Chantal? ¿No los educó por sí misma? ¿No fueron ellos los primeros en quienes infundió el grande espíritu que depositó después en los nacientes pensionados de la Visitación? ¿No es á la santa Madre de Chantal á quien debemos, no sólo á la pequeña Carlota, aquel espíritu angelical, como decía San Francisco de Sales, que pasó demasiado pronto para poder conocerla y admirarla, sino también aquella otra criatura aún más angelical, María Amada, que por la belleza de su adolescencia, por la gracia modesta de su juventud, por la ternura y fidelidad de su memoria al joven Barón de Thorens, y por el heroísmo de su muerte, que-

dará para siempre como modelo de las jóvenes destinadas á vivir en el mundo? ¿No fué, en fin, la venerable Madre de Chantal quien formó á Francísca y á Celso Benigno: aquélla ligera, vanidosa y mundana, y de la cual logró hacer una de las mujeres más juiciosas, más distinguidas y más virtuosas del siglo XVII; éste original, aventurero, impaciente para todo freno, y que al fin, vigilado, advertido, dirigido por la Santa, casado cristianamente por ella, sostenido con las oraciones de su madre y con los ruegos de su joven y virtuosa esposa, fué no solamente un bizarro y distinguido caballero, sino también un cristiano sincero y ardiente? Dejemos, pues, á un lado ejemplos y vidas que, por lo mismo que son muy agradables, nos llevarían muy lejos; y ciñéndonos á nuestro asunto, acabemos la historia de la educación de los hijos y los nietos de la venerable Madre de Chantal.





CAPÍTULO XXX

La venerable Madre de Chantal cuida de sus hijos y nietos hasta su último suspiro.

ENTRE la numerosa correspondencia de la santa Madre de Chantal durante los años que acabamos de recorrer, y en medio de los detalles interminables sobre las fundaciones y las obras que absorbían su heroica vida, se encuentra de repente la siguiente esquelita con fecha de Enero de 1631. Está dirigida á la Condesa de Dalet, que acababa de entrar en la Visitación, y que, nombrada Superiora de Montferrand al otro día de su profesión, había sabido poco después la muerte de su madre, á quien había confiado el cuidado de sus hijos, que había dejado en el mundo.

«En fin, pobre y querida Hermana mía; acabo de saber la muerte de vuestra buena madre; no dudaréis de mi sentimiento con esta noticia, como yo no dudo del vuestro, ni de la sumisión con que aceptáis la voluntad de Dios. ¡Oh! Teresa, Hija mía muy amada, verdaderamente Nuestro Señor os trata como me ha tratado á mí. Casi al momento que tuve la dicha de profesar, me llevó Dios á mi buen padre, al que había yo dejado el cuidado de mis hijos. Y como el Señor me había hecho la gracia de darme á nuestro venerable Fundador por padre, consolador y director de mi alma en esta aflicción,

creo que debéis tomar para vos los consejos que á mí me dió, y hacer por vuestros hijos lo que me mandó hacer por los míos; es decir, que cuidéis dulce y maternalmente del gobierno de sus negocios. Dios os dará luces, tiempo y bendiciones para una y otra maternidad (1).»

No eran los solos consejos de San Francisco de Sales los que la Santa hubiera podido dar por guía á la señora Condesa de Dalet, sino la muy prudente de su propia conducta. ¿Quién llevó nunca más noble y dignamente el peso de esta noble maternidad? ¿Quién mejor que nuestra Santa encontró luces, tiempo y bendición para gobernar cristiana y tiernamente á las dos familias que Dios le había dado? Abrumada con los cuidados y fatigas de una, no por esto olvida jamás á la otra. Siempre es la mejor, la más tierna, la más vigilante y más infatigable de todas las madres. Conserva, bajo el hielo de la edad, un corazón joven para sus hijos y sus nietos, sin que nada sea capaz de enervarle ni envejecerle.

Detengámonos por última vez delante de este grande y dulce espectáculo, y tengamos el placer de ver cómo veló la Madre de Chantal hasta el fin por la felicidad temporal y eterna de sus hijos. ¡Ay! su número se ha disminuído mucho. De los seis hijos con que Dios había bendecido su santo matrimonio, y que con su nacimiento hablan regocijado los hermosos años de su juventud, no le quedan más que dos; los demás los ha dejado sembrados, digámoslo así, á lo largo de su carrera. Sus dos mayores murieron en la cuna; Carlota falleció á los diez años, y María Amada á los diecinueve. Aún quedan dos, Celso Benigno y Francisca. De aquí á poco ya no habrá más que uno. Esta es la vida.

Francisca se casó, como hemos visto, en el año

(1) *Cartas de la Madre de Chantal*, edición Migne, pág. 1628.

1620 con el Conde de Toulangeon. Le amaba y era muy amada de él. Además, era un gran señor, rico, considerado y admitido en la más alta sociedad; de suerte que reunía á un tiempo todas las felicidades. Pero ¡cómo sabe Dios mezclar el dolor con nuestras más puras alegrías! Ya había tenido Francisca dos hijos, muy deseados los dos, nacidos antes de tiempo y muertos los dos en la cuna. Estaba embarazada del tercero, pero con la inquietud y el temor que es fácil comprender.

La santa Madre de Chantal había participado de todas las emociones de su hija. A cada nuevo embarazo, había dejado ver su alegría; á cada nueva muerte había enviado á Francisca, con la expresión de su dolor, todos los consuelos que puede encontrar el corazón de una madre y el corazón de una Santa. Inquieta más que nunca esta tercera vez, y mucho más de lo que manifestaba, y pudiendo pasar por Alonne al ir á la ciudad de Annecy desde Paris, lo hizo para abrazar á su hija, participándole iría á su castillo de Toulangeon, que estaba en Alonne (1). Entonces se vió brillar la veneración de que era objeto la Santa aun por parte de sus mismos hijos, y el afecto tierno y profundo con que los amaba su santa madre.

Cuando Francisca, que estaba enferma en la cama, supo que su bienaventurada madre estaba cerca, se vistió de prisa, y aunque estaba embarazada de ocho meses, fué á recibirla arrastrándose de rodillas, sin que pudieran impedirselo. Se temía que se hiriese, y que su hijo pudiese recibir grave daño; pero persuadida Francisca de la santidad de su madre y de que podría alcanzarle un parto feliz, se empeñó en ponerse de rodillas. La Santa la levantó profundamente conmovida, y Dios

(1) Alonne, situado en el territorio de la Chapelle-sous-Uchons, á dos leguas de Montceuil y á tres de Autun. Alonne fué erigido en condado con el nombre de Toulangeon, en 1631.

oyó sin duda alguna la petición que entonces le hizo, pues aunque Francisca volvió á tener malos partos, esta vez dió á luz una hermosa hija, Gabriela, lo que todos tuvieron por prodigio (1).

La Madre de Chantal había salido hacia un mes, y estaba ocupada en fundar un monasterio en Dijón, cuando supo la noticia; bendijo á Dios por este beneficio y felicitó á su hija; pero aún fué mayor su alegría cuando dieciocho meses después supo que Francisca había dado felizmente á luz un hijo. «Dios sea bendito para siempre, hija mía querida— le escribe al instante.— Tu primo me asegura que has dado á luz con toda felicidad un hijo. He alabado y dado gracias al Señor con el mayor afecto. Imaginate cuál habrá sido mi gozo con este motivo; pero ya nos veremos, Dios mediante, y hablaremos despacio sobre esto. ¡Dios bendiga mil veces á la madre y al hijo!» Y después de la ternura de madre viene el afecto de Santa. «Cuidate, hija mía, y hazte cada día más agradable á los ojos de Dios, en reconocimiento de tantos beneficios; envíame noticias tuyas; hace mucho tiempo que no las tengo (2).»

Por su parte Francisca estaba contentísima. Gozaba de honores, fortuna, consideración, juventud. Dios le había dado, además de una hija encantadora, un hijo que perpetuaría el ilustre nombre de su esposo. Todos los dolores se habían olvidado, y lo porvenir aparecía radiante de felicidad. El mundo, al que siempre había amado, le parecía más amable que nunca. Momento peligroso, en que es posible perder la cabeza y quedar cautivos de las seducciones de la tierra. Así ¡con qué

(1) La que casó con Bussy-Rabutin.

(2) Migne, *Cartas nuevas*, pág. 1567. Pero la carta no es de 1630, pues que en ella se trata del hermano de la Condesa de Toulangeon, Celso Benigno, que murió en 1627. Debe ser de 1627, porque se habla de un sitio en que el señor de Toulangeon y Celso Benigno se encuentran juntos, y este sitio debe ser el de la Rochela.

celo, con qué afán la vigila su Santa madre! Temblando siempre por su salvación, hace que todos y en todas partes la encomienden á Dios. Todas las cartas de esta época tienen la misma postdata. A la Madre de Chatel, por ejemplo: «P. D. Encomendad á Dios á mi hija, y haced que la encomienden. Tiene mucha necesidad de ello. Su esposo está aquí con ella.» A la Madre de Mouxy: «P. D. Os ruego que encomendéis y hagáis que nuestras Hermanas encomienden á Dios á mi hija, porque lo necesita mucho.» A la Madre de Brechard. «¡Oh, y cuánta necesidad tiene mi Francisca de que se la encomiende á Dios! ¡El Señor la colma de felicidades! No la olvidéis, Hija mía, en vuestras oraciones (1).»

Y al mismo tiempo que pedía por todas partes los auxilios de la oración para sostener á su hija contra los encantos y seducciones que amenazaban su juventud, le escribía carta sobre carta para ilustrarla, fortificarla y recordarle los grandes principios cristianos con que la había educado desde su más tierna infancia. «Quiero creer, hija mía—le escribe,—que estás llena de gratitud por todas las prosperidades de que gozas, y que comprendes que no te las concede Dios para que las emplees en vanidades. Dime, mi muy querida hija, pero dímelo con verdad y entera franqueza, ¿qué piensas acerca de esto? Porque siempre temo que la abundancia de los bienes y grandezas de esta vida nos ofusque con su humo, y aun nos ahogue si no estamos muy vigilantes, acordándonos de su inconstancia y de la incertidumbre en que estamos de nuestra partida de este mundo, hora en que sin remedio tendremos que dejarlo (2).

A todas estas felicidades se juntaban, no obstante, algunas inquietudes en el corazón de Francisca. Después

(1) *Cartas nuevas*, edición Migne, págs. 1121 y 1122.

(2) *Idem*, *id.*, *id.*, pág. 417.

de haber dado á luz cuatro hijos, de los cuales, á la verdad, dos habian muerto, no tardó en estar embarazada del quinto; y como sucede algunas veces, el pensamiento de que después de éste vendrían otros, la llenó de turbación. Por una parte estos continuos embarazos la impedían gozar del mundo, al cual amaba un poco; por otra parte, miraba á lo porvenir, y temía que si tenía muchos hijos no podría establecerlos conforme á su clase. Oigamos con qué celo y con qué acento sostiene la Madre de Chantal á su hija contra tales debilidades, recordándole los graves deberes de la vida, la grandeza de su dignidad de madre, y cómo debe dejar en manos de Dios su porvenir y su alma. «¡Oh Dios! mi muy querida hija—le escribe— estáis muy aficionada á las cosas de esta vida; las tomáis con demasiado calor. ¿Qué teméis? ¿Que la multitud de hijos os quite la posibilidad de educarlos y colocarlos según su nacimiento? No temáis esto, os ruego, porque sería una injuria á la sabia Providencia de Aquel que os los da, y es bastante bueno, y bastante rico para proveerlos de cuanto es necesario para su gloria y salvación de estas criaturas. Esto es todo lo que debemos desear para nuestros hijos, y no aumentos de bienes y grandezas en este mundo miserable y perecedero.

»En fin, mi muy querida hija; recibid con mucho amor, y como que vienen de la mano de Dios, todas las criaturitas que os envíe; cuidadlas mucho, amadlas tiernamente, y educadlas enteramente en su santo temor y no en la vanidad, y ya veréis cómo haciéndolo así, y entregando á la divina Providencia toda vuestra solicitud, proveerá á todo con tanta suavidad, que no tendréis motivo sino para bendecirla y descansar enteramente en ella.

Creedme, mi muy querida hija; emprended animosamente el buen camino, servid á Dios, dejad la vanidad, vivid perfectamente con el esposo que Dios os ha

dato, aplicaos cuidadosamente al gobierno de vuestra casa, trabajad en esto, y tomad desde hoy las costumbres y el modo de vivir de una verdadera madre de familia (1).»

Estas advertencias tan sabias, tan sólidas, dadas—decía la Madre de Chantal—con un corazón tan lleno del deseo de la verdadera felicidad de su única, tan amada y querida hija, eran tanto más necesarias á Francisca, cuanto que Dios la colmaba, como ya hemos dicho, de toda clase de bienes, y el curso de los acontecimientos la colocaba cada vez más en medio del gran mundo. Después de un sitio y muchas campañas en que había desplegado raras y grandes cualidades de soldado y general, el Conde Toulangeón fué nombrado gobernador de Pignerol, y esperando el bastón de mariscal de Francia, que no podía escapársele, su tierra de Alonne fué erigida en condado (2).

Con esta noticia, la Madre de Chantal vuelve á tomar la pluma; sin duda se alegra de esta elevación y grandeza; pero confesemos francamente que está más inquieta que contenta. Teme que Francisca se deje llevar de los encantos del mundo, que descuide sus deberes de cristiana, y después de todo, ha oído decir que Francisca se ha vuelto burlona, satírica (Francisca tenía el carácter Rabutin), y tiene más miedo que nunca de que el orgullo y los encantos del mundo acaben por arrebatársele á su hija.

«Tengo noticias, hija mía, de que Dios derrama sobre ti—le escribe—la prosperidad á manos llenas, y quiero creer, para mi consuelo, que eres muy agradecida, y comprendes bien que no te la concede Dios para figurar, ni para emplearla en la vanidad, sino para adelantar en la santa humildad y en el amor de quien

(1) *Cartas nuevas*, edición Migné, pág. 1254.

(2) *Descripción del ducado de Borgoña*, por Courtepee; nueva edición, tomo III, pág. 158.

te la envía... Piensa, hija mía, que muy pronto será preciso dejarla, y fija tu atención en la dicha de aquellos que hayan estimado más la felicidad eterna que los momentos perecederos de esta vida caduca y miserable. Ya sabes, querida hija mía, que desde tu más tierna edad me he esforzado en grabar en tu corazón el amor á Dios, recomendándote encarecidamente te sometieras siempre á su voluntad. Dime, hija mía muy querida, qué piensas acerca de esto.» Y después de algunas palabras sobre el amor, el respeto y la obediencia á su marido, que tan acreedor es á ello, «¡ay!—dice—por Dios, hija mía, que la abundancia de los bienes y riquezas no te enorgullezca. Me dicen que eres algo burlona; créeme, hija mía, no te hagas notar sino por tu modestia cristiana, por tu dulce, afable y graciosa conversación con todos. La burla no conviene ni sienta bien á las de tu clase y edad. Trata de ganar y atraer los corazones por los medios que acabo de decirte, y que el juicio y la santa modestia sea lo que más sobresalga en ti. Recibe estos consejos como dè una madre que quiere ser perfecta en tu clase y estado.»

He aquí lo que es ser verdadera madre, á nuestro modo de ver. A este gran nombre, á esta dignidad sublime de madre, no le basta el corazón sólo; necesita el alma toda entera, y no un alma cualquiera, sino un alma completamente cristiana. No es nada amar á sus hijos, ó más bien, no se les ama si no se sabe educarlos hasta el fin, protegerlos contra los peligros del mundo, defenderlos de sí mismos, impedirles desmayar, ayudarles á elevarse y volar hacia Dios. Esto es lo que la Madre de Chantal comprendía admirablemente, lo que hizo hasta su último suspiro, sin que este celo, esta vigilancia, esta atención al negocio y á los intereses eternos perjudicase en lo más mínimo al afecto humano, digámoslo así, de su corazón maternal.

Podemos dar de ello una prueba muy exacta. La

venerable Madre de Chantal hizo pocos milagros en su vida, pero los mayores y más célebres los hizo en favor de sus hijos y de sus nietos. Acabamos de ver á Francisca en 1622 arrastrarse de rodillas para recibir á su buena madre, y alcanzar por sus ruegos el feliz nacimiento de Gabriela, después de dos funestos partos. Posteriormente, como la delicada salud de uno de sus hijos la hiciese pasar continuos sustos, hacía que se le llevase á menudo á su Santa madre, «á fin—decía—que la que me ha dado la hija me conserve al hijo (1). » Y muchos años después, en 1636, hallándose este mismo hijo tan á los últimos, que se esperaba exhalase de un momento á otro su último suspiro, ¿qué hizo aquella madre desconsolada? Subió en su coche, y fué corriendo á Autun, en donde estaba entonces la venerable Madre de Chantal, la cual, conmovida hasta el fondo de su alma con el dolor de su hija, aunque sus cartas de obediencia no expresasen que podría detenerse en otra parte que en los monasterios, cediendo á un movimiento de ternura partió al instante para Alonne; y, ¡cosa admirable, permitida por Dios para glorificar el amor materno en aquella mujer incomparable! apenas hizo la señal de la cruz en la frente de su nieto, quedó repentinamente sano.

Mientras que la venerable Madre de Chantal empleaba todo su celo y procuraba con todo su corazón que Francisca fuese una verdadera cristiana, no olvidaba tampoco á Celso Benigno. Había tenido la dicha, como ya hemos referido, de hacerle contraer un buen matrimonio. Además de la nobleza de su cuna y de su rara belleza, María de Coulanges era una joven piadosísima y de carácter muy dulce, y por lo tanto muy á propósito para contener á Celso Benigno y hacerle feliz al mismo tiempo. Así, que la venerable Madre de

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág.179.

Chantal, tranquila por esta parte, bendecía á Dios por haber dado á su hijo tan excelente compañera, y quería á María de Coulanges con el cariño más tierno y elevado, como á esposa de su hijo querido, y como al ángel de la guarda de su alma preciosa (1). Sin cesar le da testimonios de su afecto. «Estoy impaciente por tener noticias de nuestra amable y muy amada hija — escribe á la señora de Coulanges;—estad cierta que la tengo siempre en medio de mi corazón; Dios le conceda un feliz parto (2)» Y cuando sabe que su nieta ha muerto al nacer, ¡con qué gracia asegura á la joven madre, que no por esto la amará menos! «Ciertamente, debemos bendecir á Nuestro Señor, que ha querido llevarse esa niña al Paraíso, en donde alabará eternamente su bondad, y rogará por sus queridos padres. El Señor le dará otros hijos, si tal es su voluntad santísima; pero no penséis que por este triste acontecimiento he de querer menos á esta amada hija; ¿y por qué había de hacerlo? ¿No tiene la pobre bastante disgusto con faltarle su hija? Bastante consuelo es para todos saber que está buena, y que, mediante Dios, pronto nos dará otra criatura (3).»

Y cuando Dios le dió otra—que fué la Marquesa de Sevigné—¡en qué términos tan afectuosos escribe también á la misma señora de Coulanges! «Ruego sin cesar á nuestro buen Dios se digne conservar á vuestra querida hija, y darle un feliz alumbramiento. ¡Oh Dios mío, señora mía; y cuánto amo yo á esa amable criatura! Ciertamente puedo aseguraros es muy grande el cariño que le profeso: amadme á mí un poco, os ruego, en la persona de mi hijo (4).»

Sería preciso leer todas las cartas de la Madre de

(1) *Carta al Sr. de Fremiot*, Mayo, 1625.

(2) *Cartas antiguas*, carta CII bis.

(3) *Carta CIII*.

(4) *Carta CIV bis*.

Chantal á los señores de Coulanges, para conocer bien el corazón de la Santa. Los colma á los dos de mil testimonios del más vivo afecto, y profundamente conmovida por lo que hacen en favor de su hijo, agota todos los términos del reconocimiento para manifestarles su gratitud.

No obstante, Celso Benigno, á pesar del tierno amor que profesaba á su esposa, y el respeto y reconocimiento que tenía á sus suegros, y aun de las cualidades eminentes de su corazón, era para su familia un motivo continuo de angustia. Su carácter burlón y mordaz, su franqueza, que llegaba á ser hasta brusca, dura é insultante; su afición á las aventuras y sus peligrosas amistades, le arrastraban continuamente á desafíos, de los que salía siempre bien por su destreza en el manejo de las armas, y lleno de gloria por lo que despreciaba el peligro, pero en donde arriesgaba su alma, y donde, bajo el gobierno de un hombre como Richelieu, iba á jugar muy pronto su cabeza.

Uno de estos desafíos metió mucho ruido. Celso Benigno acababa de comulgar en su parroquia el día mismo de Pascua, con su joven esposa y la familia de Coulanges, cuando entró un lacayo en la iglesia, y fué á decirle que Butteville de Montmorency, su amigo, le esperaba en la puerta de San Antonio, y le necesitaba para que fuese su padrino contra Pont-Gibaud, de la casa de Lude. Al momento sale Celso Benigno de la iglesia, y con su traje de terciopelo negro corre al lugar de la cita, y se bate con el valor y fortuna acostumbrada. Júzguese del ruido y escándalo que produciría este suceso. Los predicadores hablaron de este lance en el púlpito; el Rey se irritó mucho, y Celso Benigno tuvo que salir de París á toda prisa y retirarse á Borgoña, donde su cuñado el Conde de Toulangeon le escondió en Alonne. Algún tiempo después volvió á París, y poco á poco á la corte, «donde el Rey, poco ce-

loso de su autoridad—dice Bussy—no le puso ya mala cara» (1).

Pero si el Rey no se ocupa tanto en esto, no sucedía lo mismo á Richelieu. Viendo que se despreciaban las leyes, y que la sangre más preciosa de la Francia se derromaba sin provecho del reino, creyó este ministro que una resolución fuerte, en que se derramaran algunas gotas de sangre, economizaría torrentes de ella, y en consecuencia hizo prender á Boutteville de Montmorency, y le mandó cortar la cabeza. Todos los amigos del Barón de Chantal temblaron también por su vida. «El Cardenal de Richelieu—dice Bussy—que acababa de cortar la cabeza á Chalais, y que aborrecía á Chantal, porque era amigo de aquél y de Boutteville y de Toiras, hizo creer al Rey que Chantal tenía grandes relaciones con Chalais; y como esto no fuese bastante para que el Príncipe perdiese la simpatía que le inspiraba Chantal, el ministro, que conocía el carácter desconfiado del Rey, le dijo que Chantal se burlaba de todo el mundo, y esto fué bastante para hacérsele temer tanto como aborrecer» (2).

Fácil es imaginar las angustias de la Madre de Chantal en circunstancias tan críticas, si bien su valor fué más grande que su mismo dolor. Al traerle la noticia—dice la Madre de Marigni—de que el Sr. de Boutteville y el Sr. de la Chapelle habían sido decapitados, por orden sin duda del Rey, por haberse desafiado, esta bienaventurada madre resolvió ir á Francia, y asistir al suplicio de su hijo, que acostumbraba salir á batirse, si tal debiera ser su suerte, y ayudarle á bien morir si se lo permitían, á pesar de la infamia que podía recaer sobre ella, tanto por su clase como por su cualidad de madre (3).

(1) Bussy, *Genealogía manuscrita*.

(2) Bussy, *Genealogía manuscrita*.

(3) *Segundo manuscrito de la Madre Luisa Dorotea de Marigny. Pro-*

En estas circunstancias se supo que los ingleses, para socorrer á los protestantes de la Rochelle, se preparaban á invadir las costas de Francia, y que en su consecuencia iba á partir un ejército á las órdenes del Marqués de Toiras, para oponerse al desembarco. Celso Benigno, «que veía la mala cara que, hacia algún tiempo, le ponía el Rey», creyó encontrar el medio de salir de su falsa posición con un rasgo brillante, y se alistó en el ejército como voluntario, con Noailles, Sombran y otros varios compañeros casi tan comprometidos como él.

En cuanto la santa Madre de Chantal supo la determinación de su hijo, se apresuró á escribirle. Los consejos que le da son graves, como las circunstancias. Inquieta mil veces, más por el peligro que corre su alma, que por el que amenaza á su cuerpo, viéndole entre los azares de la guerra, se esfuerza en reanimarle con el pensamiento de la eternidad; le ruega que tenga mucho cuidado de su conciencia; que la ponga en el estado en que desearía estuviese á la hora de la muerte; insiste vivamente en los peligros que van á rodearle; sobre la vanidad del mundo, que no es más que humo é ilusión, y concluye asegurándole se tendrá por feliz si con su muerte pudiese alcanzarle la gracia de vivir en la fiel observancia de los divinos mandamientos, y poseer, en fin, el bien incomprensible del Paraíso (1).

Al mismo tiempo escribe á la joven Baronesa para sostener y animar su corazón, que estaba inquieto y afligidísimo con la guerra. «¡Oh! querida hija mía—la dice,—no extraño que vuestro pobre corazón esté tan inquieto viendo á Celso Benigno entre los peligros de la guerra, porque, ciertamente, el mío lo está también.

ceso de beatificación, tom. II, pág. 978. Véase también el *Manuscrito de la Madre de la Croix*, *id.*, pág. 516.

(1) *Cartas de Santa Juana Francisca*, carta 80.

Creed que le encomiendo á Dios más fervorosamente que nunca, y tengo confianza en que le protegerá, y suceda lo quiera, la bondad divina le recibirá en sus manos misericordiosas (1).» Y no contenta con rogar ella sola por su hijo, hace que todos le encomienden á Dios; escribe á las Madres Favre y Brechard, al ilustrísimo Sr. Fremiot, y á los señores de Coulanges. Se queja de que no tiene noticias, y multiplica sus cartas á fin de que se le tenga al corriente, día y noche, de lo que pasa á su querido hijo.

Mientras tanto, la guerra se había principiado, y en medio del peligro, que cada día aumentaba, Celso Benigno, sostenido con los consejos de su madre y de su joven esposa, y protegido con tantas oraciones, sintió reanimarse su fe. Sin perder nada de su valor y alegría francesa, juntó con ellos la seriedad y los pensamientos elevados, que á toda alma cristiana inspira la presencia de la muerte. El 22 de Julio de 1627, los ingleses se dejaron ver en las costas de la Isla de Rhé, y presagiando todo que al día siguiente por la tarde se daría la batalla, el Barón de Chantal se confesó y cumulgó con extraordinaria devoción, después de lo cual, en paz con Dios, no pensó ya sino en cumplir su deber como bizarro caballero.

La acción fué sangrienta y duró seis horas. Celso Benigno hizo prodigios de valor. Por tres distintas veces le mataron el caballo que montaba. Recibió veintisiete heridas de lanza, y la última, que le mató, le fué hecha—dicen—de mano de Cromwel. «Juntando las manos imploró la misericordia de Dios, y murió gloriosamente (2) defendiendo la Iglesia y el trono (3).» No tenía más que treinta años. «Si hubiera vivido más tiempo y seguido en el ejército, como es de creer, en las

(1) *Cartas nuevas*, edición Migne, pág. 1367.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 221.

(3) Bussy, *Genealogía manuscrita*.

guerras que duraron todo el reinado de Luis XIII, con la nobleza, talento y valor que le distinguían, es muy probable—dice Bussy—que hubiera llegado á los mayores empleos y honores de su profesión. Y digo probablemente, porque certeza no la hay, en razón á que los caprichos propios de la fortuna impiden á la gente sensata el asegurar nada definitivamente (1).»

La muerte de Celso Benigno fué llorada por todo el mundo (2). El Arzobispo de Bourges, su tío, quedó inconsolable, y no teniendo fuerzas para dar la noticia á la Madre de Chantal, rogó al Ilmo. Juan Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, le presentase por sí mismo este cáliz. Escogiendo éste el momento en que la Santa acababa de comulgar, la hizo llamar al locutorio después de la santa Misa. Una precaución muy prudente tomó el Ilmo. Sr. Obispo. Acordándose de lo que había sucedido cuando murió María Amada, «mandó á decir á la Madre de Chatel por medio de la Hermana portera, que estuviese pronta á la puerta del locutorio, para socorrer á nuestra digna Madre si se sentía mala (3).» «Y bien, Madre mía—le dijo el Ilmo. Prelado,—tenemos noticia de la guerra; se ha dado una gran batalla en la isla de Rhé; el Barón de Chantal, antes de entrar en la acción, oyó Misa después de confesarse, y comulgó en ella, y...—Enfin, Ilmo. Señor—respondió la Santa—ha muerto.» El buen Obispo se echó á llorar, sin poder proferir ni una sola palabra más. Por su parte, la Madre de Chantal quedó muda de dolor. Estaba

(1) *Genealogía manuscrita*. Bussy añade en una nota: «Los muchos muertos que antes del tiempo de Cristóbal y Celso Benigno fallecieron de modo extraordinario, hacen ver muy claro que las prosperidades de este mundo no son la recompensa de los buenos, pues que toda la virtud de Juana Fremiot no pudo librarla de estas desgracias, y antes bien, parece que Dios le envió estas aflicciones para atraerla más y más á su amor.»

(2) *Vida compendiada*,

(3) *Idem*.

de rodillas, con las manos juntas, sin decir una palabra, cayendo de sus ojos torrentes de lágrimas. «Tales dolores no se pueden expresar con palabras — dice Bussy-Rabutin.—La Madre de Chantal no manifestó el suyo, sino por un abatimiento que hizo temer por su vida (1).» Después de un largo silencio: «¡Señor mío y Dios mío!—dijo—permitid que hable para desahogar un poco mi dolor. ¡Ah! y ¡qué he de decir, Dios mío, sino que os doy gracias por el beneficio que habéis hecho á este único hijo mío, llamándole cuando combatía por la Iglesia romana!» Después tomó un Crucifijo, y besando los dos brazos de la cruz: «¡Redentor mío!—dijo—¡recibid á este querido hijo en los brazos de vuestra misericordia!» Y llorando después abundantemente: «¡Hijo mío querido!—dijo—¡qué feliz eres en haber sellado con tu sangre la fidelidad que tus abuelos guardaron siempre á la Iglesia romana! ¡Por esto me considero dichosa de haber sido tu madre!»

Se levantó, y llorando sosegadamente, sin sollozos, dijo al Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra: «Os aseguro, ilustrísimo señor, que hace más de dieciocho meses que me sentía interiormente inspirada á pedir á Dios que su misericordia me hiciese la gracia que mi hijo muriese en su servicio, y no en esos desgraciados desafíos á que sus amigos le comprometían.» Cuando estaba diciendo esto, entró el Ilmo. Sr. Arzobispo de Bourges, su hermano, en el locutorio, con tantas lágrimas y suspiros, que conmovía á todo el mundo; refiriendo muy pór menudo las perfecciones, el mérito y bella índole de su sobrino, aumentando y aliviando su dolor con esos pequeños recuerdos, que son tan queridos en la pérdida de una persona amada. Después de mezclar un instante sus lágrimas con las de su hermano, se retiró la Santa, sin que ninguno de los que estaban en el locutorio (y

(1) *Vida compendiada.*

se había llenado sucesivamente de religiosos y sacerdotes) tuviese valor para dirigirle una sola palabra. El dolor y la admiración los tenían mudos.

Durante muchos días quedó la Santa en aquel estado de abatimiento y dolor «que hacían temer por su vida.» Estaba en la recreación con los ojos cerrados, hilando en su rueca, como absorta y sin decir una palabra. Había, no obstante, un rayo de alegría en este mismo dolor. ¡Había tenido hacía diez años tantos temores por la salvación de este hijo! ¡Había temblado tantas veces saber que había muerto en un desafío, que su corazón de cristiana respiraba, por decirlo así, viéndole fuera del peligro de perder su alma. «¡Ay!—escribía—el menor miedo que yo tenía de verle morir en desgracia de Dios en uno de los desafíos á que le comprometían sus amigos, afligía mi corazón más que su muerte, que ha sido buena y cristiana, y verdaderamente, es mucho consuelo para mí el que este hijo haya dado su sangre por la fe, y tanto, que ha sobrepujado á mi dolor.»

Al día siguiente de saber tan triste noticia, aunque abatida con su aflicción, volvió su pensamiento á la joven viuda de Chantal, y le escribió, no para consolarla, porque era demasiado pronto, y porque jamás se consuela uno de separaciones tan crueles, pero sí para tratar por lo menos de elevar su alma á pensamientos que le dieran un poco de fortaleza. María de Coulanges era cristiana, y lo mismo que la venerable Madre de Chantal había temblado mil veces que Celso Benigno pereciera en uno de sus desafíos, en que la pérdida de su vida temporal hubiese sido la menor desgracia. El pensamiento de que en lugar de esto había muerto valiente y noblemente con las armas en la mano, defendiendo á la Iglesia y á su patria, era lo único que podía templar un poco su dolor, y con el que únicamente trató de consolarla. «Y bien, buena y tan amada hija mía,

¿no debemos amar, bendecir y abrazar generosamente la santísima y dulcísima voluntad de Dios en todos los acontecimientos que ordena? Sí, ciertamente, mi muy querida y amada hija; es menester hacerlo de buena voluntad y amorosamente; y aunque la llaga sea grande y el dolor muy sensible, es necesario amarla, no obstante, por el amor de la mano que nos hiere. Sí, hija mía, este es el ejercicio que deseo practiquéis en vuestra aflicción. Vuestro buen esposo era mortal como todos los hombres. ¡Ay Dios! hija mía; recordad cuántas veces ha estado en peligro de perder la verdadera vida de la eternidad, y la dulce bondad de nuestro buen Dios le ha dado una muerte tan cristiana, tan gloriosa, que tenemos motivo para esperar que ha principiado una vida de gloria y felicidad interminable. Acoged este dulce y sólido consuelo, mi muy querida hija, y esperad reuniros á este digno esposo en una sociedad que estará exenta de todo temor, y llena de un placer que no concluirá nunca. Esta ha sido la verdadera felicidad que os he deseado siempre en vuestro bendito matrimonio, sin poder desearos otra. Cuidaos mucho, amada hija mía, para educar en el santo temor de Dios á la querida prenda que nos ha dejado de su matrimonio (1).

»Os aseguro que nunca he sentido más íntima unión con vos que la que tengo ahora, porque además del interés del inmortal amor que tengo á mi muy querido hijo, quiero amaros con todo el afecto que Dios me ha dado para él y para vos. Yo ruego á esta soberana dulzura que sea el mismo vuestro consuelo, y soy con un amor incomparable vuestra más humilde madre (2).»

No contenta con haberle escrito esta admirable carta, la venerable Madre de Chantal, que tenía que ir á Orleans, escribió á la joven viuda que fuese á verla.

(1) María de Chantal, después Marquesa de Sevigné.

(2) *Cartas de la santa Madre de Chantal*, 91.

María de Coulanges acudió al instante á echarse en los brazos de la Santa, que la hizo entrar en el monasterio con ella, le dió pruebas del más vivo afecto, y nada olvidó para consolarla.

Pero ¡ay! María de Coulanges casi no debía sobrevivir más á Celso Benigno, que María Amada al Barón de Thorens. En 1632, la Madre de Chantal supo de repente que su joven nuera estaba gravemente enferma, y que su vida se hallaba en peligro. «Mi bueno y respetable Señor—escribe al instante á su hermano el Arzobispo de Bourges, que le había dadola noticia,—vuestra carta me ha causado mucho sentimiento con la noticia de la enfermedad de mi pobre y querida hija. ¡Ah! ¿querrá llevarnosla nuestro Señor? Si ésta fuese su voluntad, la adoro con todo mi corazón; porque en todo y por todo quiero abrazarla amorosamente... Estoy, pues, en ocasión de resignarme mucho, esperando lo que sea voluntad de Dios hacer de una criatura tan amada, y cuya pérdida causaría tanta aflicción á su bendita casa; pero lo que más sentiría, mi querido Señor y hermano, es la irreparable pérdida que tendría su pequeñita hija (1). Pero en fin, debemos sufrir los azotes que nuestro buen Dios nos da, y besar tiernamente su látigo, porque no nos castiga sino por amor. Ya podéis imaginar, mi querido Señor, si rogaremos ardientemente por esta querida hija, y por todos los que están afligidos con su enfermedad. Confieso que estoy impaciente por recibir noticias suyas (2).»

Las noticias no se hicieron esperar. La Madre de Chantal quedó abrumada de pesar al saber la muerte de la joven Baronesa, pero, no obstante, no pronunció más que esta sola palabra: «¡Dios nos la había dado, Dios nos la ha quitado; su santo nombre sea bendito.»

(1) María de Chantal.

(2) *Cartas de la Madre de Chantal*, 16.

Y cayó durante muchos días en ese silencio y ese abatimiento que le eran habituales en casos semejantes, porque tenía un corazón muy sensible á las pérdidas de las personas que amaba (1).

«Estaba yo en su cuarto—escribe la Madre de Marigny—media hora después de haber recibido la noticia de la muerte de la Baronesa de Chantal, y me dijo: «No creía yo que la naturaleza hubiese hecho tal efecto en mí; porque si hubiese estado de pie cuando recibí la carta del Ilmo. Sr. Arzobispo de Bourges, me caigo redonda: tanto me ha conmovido. Esta pobre hija es una bienaventurada, pero sin embargo, su muerte me aflige en extremo, y mucho más de lo que hace largo tiempo he sentido, y creo que aun la muerte de mi hijo no me afectó tanto. Dios mío, ¡quién hubiera podido pensar lo sucedido, conociendo á esta hija mía! Jamás he visto mujer que prometiese vida más larga; pero así engañan las apariencias.» Después de esto, le hablamos de la señorita de Chantal, y dijo: «La Virgen Santísima será su madre,» y las lágrimas corrían dulcemente de su ojos (2).

«¡Ay!—escribía algunos días después al ilustrísimo Sr. de Neufchezes, su sobrino,—¿cómo os diré el sensible golpe que mi corazón de carne ha recibido con la muerte de mi pobre y querida hija de Chantal? Yo la amaba tiernamente, como lo merecía por su virtud y buen carácter. Así nos va quitando Dios, poco á poco, todo lo que nos es más querido aquí abajo» (3).

Escribía también á su hija Francisca, y la rogaba, por lo mucho que se querían estas dos mujeres, tan cristianas y tan amables, que moderase sus lágrimas y su dolor, cuando recibió otra triste noticia. El Conde

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 213.

(2) *Memorias de la Madre Dorotea de Marigny. Proceso de beatificación*, tomo II, pág. 951.

(3) Carta de Julio de 1632.

de Toulongeón murió á los quince días, poco más ó menos, después del fallecimiento de la joven Baronesa de Chantal, y Francisca quedaba viuda con dos hijos pequeños. La Santa estaba en el locutorio con Carlos Augusto de Sales cuando recibió esta noticia, y cambió de color. «¡Ah! cuántos muertos,»—dijo; pero reprimiéndose al instante, añadió:—«O más bien peregrinos que se apresuran á ganar la eterna morada.» Y juntando las manos: «Recibidlos, Dios mío, en los brazos de vuestra misericordia.» Y después de haber orado un poco lloró con gran sentimiento, pensando en el Conde de Toulongeón, á quien quería mucho, y en Francisca, que tan joven quedaba viuda con dos hijos tan pequeños.

Por su parte, Francisca, aterrada con tan cruel é inesperado golpe, no tuvo más que un pensamiento: ir á echarse en los brazos de su madre, segura de encontrar en ella un corazón que la comprendiese y que pudiese consolarla. Partió, pues, al momento para Annecy, y allí, en aquel monasterio en donde había pasado su feliz juventud, y adonde volvía herida y desconsolada, encontró en los labios de su madre, y entre sus brazos, junto con una ternura que crecía con su desgracia, los pensamientos elevados de la fe y los sólidos consuelos de la Religión, que es lo único que puede dar la paz al alma en los grandes dolores. Allí formó los buenos propósitos de vivir recogida, modesta, separada del mundo y enteramente consagrada á la educación de sus tiernos hijos, que tan generosamente puso por obra. Cuando, después de haber estado muchos meses en Annecy, se separó llorando de los brazos de su buena madre para volver á su castillo de Alonne, quiso que la Santa le diese por escrito un reglamento de vida, y habiéndolo conseguido, le guardó con veneración, observándole constante y animosamente, á lo cual debió sin duda alguna el ser, á pesar de su juventud y

riquezas, una de las mujeres más formales, distinguidas y cristianas del siglo XVII.

Aquípodríamos cerrar la historia de las relaciones de la santa Madre de Chantal con sus seis hijos. Pero queda todavía una niñita que nos llama, una huérfana, la hija de Celso Benigno y de María de Coulanges, la que será después la Marquesa de Sevigné. ¿Dónde está? ¿Quién se cuida de ella? ¿Qué le sucede después de la muerte de sus padres? ¿Qué podía hacer por ella la venerable Madre de Chantal, y qué es lo que hizo? Una palabrita más sobre estas interesantes preguntas antes de concluir el presente capítulo.

Se recordará que Celso Benigno y María, su mujer, vivían ordinariamente con sus padres, los señores de Coulanges. Después de la muerte de su esposo, la joven Baronesa se retiró allí del todo con su pequeña hija, y allí murió, dejando á su madre el cuidado de esta niña. María de Chantal se quedó, pues, en casa de su abuela, la señora de Coulanges; y nada era más natural, en efecto, pues no pudiendo vivir á un tiempo con sus dos abuelas, era mejor que se quedase con la señora de Coulanges, que vivía en el mundo, que no encerrarla á los cinco años y medio en el claustro con su abuela la Madre de Chantal. Esta se conformó con una resolución tan natural, dando las gracias más afectuosas á los señores de Coulanges por el cuidado que se tomaban por su querida huerfanita y sus bienes, y menos inquieta por su porvenir después que la vió en tan buenas manos, no la pierde, sin embargo, de vista ni un instante, pronta siempre á recogerla y educarla cristianamente por sí misma en el monasterio de Annecy, si habla necesidad de ello.

En efecto, ábrase la correspondencia de la Santa, y se verá que las cartas no engañan; el corazón se pinta en ellas á lo vivo. Aun antes de la muerte de la joven Baronesa, y estando todavía en la cuna la niña María,

jamás la olvida la Madre de Chantal. Siempre tiene una palabra cariñosa para «nuestra niña», para «ese querido angelito, que los señores de Coulanges aman tan cariñosamente (1);» para «esa querida prenda que Celso Benigno ha dejado de su matrimonio (2).» Pero después de la muerte de la joven Baronesa, cuando María de Chantal es enteramente huérfana, la Santa habla de esta niña más á menudo y con mayor ternura. Todas sus cartas están llenas de testimonios de su afecto y cuidado. «Escribo á los señores de Coulanges—dice en una carta al Arzobispo de Bourges—los que estoy cierta han llevado un golpe dolorosísimo con la terrible desgracia de la pérdida de su hija. Creo que sus corazones serán siempre los mismos para la pobre huerfanita. ¡Dios mío! Cuando mis ojos se vuelven hacia ese lado, no puedo detenerlos ni un instante (3).» Y á la señora de Coulanges, que la había escrito se encargaría de María y la educaría con sus propias hijas: «En cuanto á nuestra huerfanita, no la compadezco mientras Dios nos conserve á mi respetable hermano (el Sr. de Coulanges) y á vos, amadísima hermana mía, porque sé le serviréis de padres, y que vuestros señores hijos la querrán siempre mucho. El alma se me parte cuando la veo sin padre ni madre (4).»

Habiendo caído enferma la señora de Coulanges, vemos de nuevo inquieta á la Madre de Chantal respecto al porvenir de su nieta. «Estoy con pena—escribe á la Condesa de Toulangeon—por lo que me escribe vuestro tío de la enfermedad de la señora de Coulanges, mi amada hermana. ¡Dios quiera conservárnosla! Le estoy sumamente agradecida por el maternal cariño

(1) *Cartas de la Madre de Chantal*, 100.

(2) *Idem*, 101.

(3) *Idem*, 78.]

(4) *Idem*, 104.

que tiene á nuestra huerfanita, llegando su bondad hasta servirla de maestra (1).»

Tres años después, en 1634, siguiendo inconsolables los señores de Coulanges y estando la huerfanita próxima á su primera Comunión, escribe la Santa una admirable carta, llena de sentimiento y de fe, que con pena tenemos que abreviar. «Dios mío, mi muy querido hermano, ¡cuánto me ha enternecido vuestra carta! Mis ojos se han llenado de lágrimas, viendo lo muy afligida que está siempre mi tan querida hermana... Pero me consoláis mucho con las noticias que me dais de la pobre huerfanita. Será feliz si Dios os conserva á vos y á mi querida hermana, para que siga bajo vuestro piadoso y sabio gobierno. Verdaderamente quiero á esta niña como quería á su padre, todo para el cielo. Me alegro mucho de la gracia que va á tener comulgando en Pascua; lo tendré muy presente y ruego á Dios que en esta primera recepción de nuestro dulce Salvador, tome tan entera posesión de su pequeñita alma, que sea para siempre suya. ¡Cuánto os debo en esta pequeña criatura!»

Esta carta es la última que encontramos dirigida á los señores de Coulanges, que murieron uno y otro poco después. En 1636 se tuvo una reunión de familia para proveer á lo porvenir de la pequeña huérfana. Dos cosas podían hacerse: enviarla á su abuela la Madre de Chantal, que la hubiese educado en el monasterio de Annecy, como lo había hecho con Francisca, ó confiarla á su tío Cristóbal de Coulanges, Abad de Livry, que la reclamaba. Se prefirió este último partido, porque por una parte la Madre de Chantal tenía entonces sesenta y cuatro años, y se temía que no pudiese conservar-la largo tiempo en su compañía. Por otra parte, la aba-

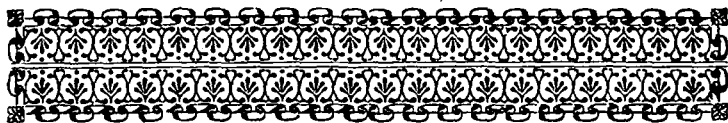
(1) *Cartas de la Madre de Chantal*, edición Migne, pág. 596. Pero pone mal la fecha; es de 1634 y no de 1632. María, nacida en 1626, hizo su primera Comunión en 1635, de edad de nueve años.

día de Livry está á las puertas de París y contaba para la educación de la joven huérfana con mil recursos que hubiesen faltado enteramente en el fondo de las montañas de Saboya. Los acontecimientos justificaron la prudente conducta del consejo de familia. María de Chantal tenía á lo sumo quince años cuando murió su santa abuela. Confiada al excelente abad de Coulanges, á quien ella misma nos ha hecho conocer y amar bajo el epíteto del *muy bueno*; educada en la hermosa abadía de Livry, en medio de la soledad y rodeada de libros, educada por Menage y Chapelain pudo cultivar en su juventud los raros talentos que Dios le había dado y que tal vez hubieran quedado sepultados en el fondo de las montañas de Saboya, ó á lo menos hubieran quedado oscurecidos con esas mil imperfecciones del dialecto provinciano, de las que no pudo librarse á pesar de su talento la misma Madre de Chaugy.

Tales fueron desde el principio hasta el fin las relaciones de la Madre de Chantal con sus hijos y sus nietos. Hase visto cómo comprendió los deberes de madre, y qué lugar tenían en su corazón los santos afectos de la naturaleza. Tenía un corazón ardiente, como todas las almas grandes, y amaba poderosamente, según expresión de San Francisco de Sales. Expresa en un estilo poco elegante, desaliñado si se quiere, pero franco y varonil, todas las diferencias del afecto, la ternura, la alegría, la inquietud, el dolor, la abnegación, etc., etcétera; basta abrir sus cartas para ver la pasión con que amaba. Así Dios, que conocía á esta alma mucho mejor que nosotros, y que para elevarla á una santidad eminente quería darle el martirio del amor, de que tan divinamente habló, después de haberla afligido con terribles enfermedades, después de haber abandonado su grande espíritu á todas las dudas y tinieblas, buscando todavía un lugar más sensible para hacerle más dolorosas heridas, la hirió en el corazón y en todas las santas y .

fuertes afecciones de familia. Muy joven aún pierde á sus dos primeros hijos en la cuna; su marido muere á su vista, y su pequeña Carlota en sus brazos. Estos son los primeros golpes, y cuando la Santa, adelantada y ya madura en la soledad es capaz de sufrir más, entonces le envía Dios nuevos dolores. Pierde sucesivamente á su padre, á su suegro, á su yerno, á su hija, á su nieto, y después de un instante de descanso, á su hijo, su su nuera y á su segundo yerno. En algunos años doce tumbas se abren y se cierran á su vista. Su nombre se extingue y de toda aquella brillante familia que crecía á su alrededor, no queda más que una joven viuda y y tres huérfanos. Pruebas terribles, que hacen ver á la más clara luz, no solamente la fe de la santa Madre de Chantal y su sumisión á la voluntad divina, sino la viveza y el ardor de su ternura maternal, y todo el hermoso conjunto de cualidades naturales y dones divinos que formaban su grande alma.





CAPÍTULO XXXI

Viaje de la madre de Chantal á París.—Visita casi todos los monasterios de Francia. — Estado general del Instituto.

1635-1636

VEINTICINCO años habían pasado desde la fundación de la Orden de la Visitación, y ya se habían establecido sesenta y cinco casas en Francia, Suiza, Saboya, Piamonte y en la Lorena española; otros diez monasterios iban á fundarse, y esta rápida propagación, que todos los días aumentaba, al mismo tiempo que excitaba la admiración, provocaba mil temores. Mientras que viviese la Madre de Chantal, no había ciertamente ningún peligro, porque ella era, sin duda alguna, el lazo de la Orden, su centro, su vida; ella la gobernaba como fundadora é Hija primogénita de San Francisco de Sales, por su admirable virtud y por la actividad y varonil energía de su carácter. Pero ¿quién podía responder de lo porvenir? ¿Qué sería después de su muerte de aquellas casas aisladas, independientes unas de otras, que no tenían ni Superiores generales, ni Visitadores, ni juntas ó capítulos anuales? ¿Qué había sido de tantas abadías, establecidas del mismo modo, tan fervorosas en sus principios, y que tanto habían decaído después? Y si en el siglo XVII tenía la Iglesia el consuelo de verlas renacer á una vida

más santa, ¿á qué se debía? ¿No era á que se las había sacado de su aislamiento, erigiéndolas en congregaciones bajo un Superior general? ¿No era así como se estaban haciendo las reformas de los Benedictinos, de los Fuldenses, de los Recoletos y de las Ursulinas, con lo cual volvió á florecer la piedad en una porción de monasterios? Estos pensamientos preocupaban entonces vivamente los espíritus. San Vicente de Paúl pensaba en ello sin cesar. Muchos Obispos, más especialmente encargados de la Visitación, manifestaban en alta voz sus inquietudes. Como iba á haber en 1635 una junta general del clero en París, se creyó la ocasión favorable para que los Obispos que se habían de reunir en aquella ciudad, examinaran detenidamente el asunto. El Ilmo. Sr. D. Juan Francisco de Sales, á quien escribieron acerca de esto, convino en ello, y comprendiendo que la presencia de la Madre de Chantal en París era absolutamente necesaria en una circunstancia tan grave, determinó enviarla á Francia.

Quiso, sin embargo, consultarla antes, y habiéndola llamado al locutorio, le preguntó qué la dictaba su corazón respecto á este viaje. «Hace largo tiempo—respondió—que no le consulto para nada; pero aun cuando le consultara, no tendría otra cosa que decirme sino que debo obedecer.» El viaje fué, pues, definitivamente resuelto, y únicamente se esperó á que la Madre de Chantal, que concluía sus seis años de superioridad, estuviese depuesta, y que con la elección de nueva Superiora quedase arreglado el gobierno del primer monasterio de Annecy.

El 19 de Mayo, estando todas las Hermanas reunidas en el coro, la Madre de Chantal se puso de rodillas, y dejó su autoridad con una humildad y alegría que resaltaban hasta en su rostro. En seguida dijo su culpa en estos términos: «Ilmo. Señor, digo humildemente mi culpa, de haber quebrantado á menudo el si-

lencio, aun el de la noche, sin necesidad; de haberme dispensado de las juntas de comunidad sin causas urgentes, y de no haber servido á nuestras Hermanas, según y como debía, de lo cual les pido perdón, y á V. S. Ilustrísima de todos los disgustos que le he dado.»

El Ilmo. Sr. Obispo contestó que, gracias al Señor, nada había en la casa que no estuviese bien; pero que para seguir las buenas costumbres de la Orden, diría por penitencia tres Padrenuestros y tres Avemarias, después de lo cual se puso en el último lugar (1), y cinco días después, el 24 de Mayo, fué elegida la Madre de Chatel para sucederla.

Apenas dejó de ser Superiora la Madre de Chantal, y se disponía á partir, cuando el Ilmo. Sr. D. Juan Francisco de Sales cayó malo y murió santamente. Esta pérdida, que sintió muchísimo, la obligó á permanecer en Annecy algunos meses más. La Madre de Favre, recientemente depuesta, estaba también en la ciudad, y era un gusto ver á la santa Fundadora entre sus dos primeras Hijas, tomando alguna vez de la mano á la Madre Favre, y diciéndole: «Grande Hija mía, vamos á decir nuestras culpas; á nosotras, que tanto tiempo hemos sido Madres, nos viene muy bien hacer un poco de los actos de humildad de súbditas.»

No obstante, ya no podía dilatarse el viaje de la Madre de Chantal. Salió, pues, de Annecy á últimos de Junio, y después de haber descansado un poco en Moulins, llegó á París el 25 de Julio.

Al día siguiente se reunieron en el locutorio del primer monasterio de París algunos de los Obispos más afectos á la Visitación, y con ellos San Vicente de

(1) *Memorias inéditas de la Madre de Mont-Saint-Jean.* Esta Madre dice que estas cosas sucedieron en la última deposición de la Santa; pero es la penúltima la que quiere decir, porque la última deposición se hizo de otro modo, como se verá después.

Paúl, el Comendador de Sillery y los principales bienhechores del Instituto. El asunto se discutió largamente. Todos estaban acordes en el punto de que era preciso buscar un medio de unión entre los monasterios; un lazo que, juntándolos unos con otros, los sacase de su aislamiento. Había diversidad de pareceres respecto á cuál había de ser este lazo. Unos querían que la Madre de Chantal fuese nombrada Superiora general de la Orden, y que transmitiese este título á la que le sucediese. Otros opinaban que, después de la muerte de la Santa, una simple religiosa no tendría bastantes fuerzas para tener en sus manos el timón de una Orden tan extendida, y deseaban que se le diese un Superior.

La Madre de Chantal, modesta y recogida en si misma, no decía ni una sola palabra. Después que se discutió bien el asunto, tomó la palabra. Recordó primero que la cuestión no era nueva; que se había agitado larga y seriamente en vida de San Francisco de Sales; que la última conversación que había tenido con él durante más de dos horas, sólo había sido sobre este punto, y que el Santo Obispo le había dicho que la voluntad de Dios era que la Visitación no tuviese Superiora general, y que, por lo tanto, creía que era menester hacerlo así. Abriendo entonces el libro de las *Constituciones*, hizo ver á los Obispos que el Santo había provisto prudentemente á la conservación del mismo espíritu en su Orden; que, cierto, para establecer la unidad no apelaba á la autoridad, sino que la suplía con la caridad, que era mucho más fuerte; y que si en todo hay inconvenientes, en éste había tal vez muchos menos que en los demás.

Todo esto fué dicho con aquel lenguaje claro, preciso y vehemente que era propio de la Santa, é hizo cambiar de opinión á toda la junta. «¿Qué más se quiere?» dijeron los Obispos.—El fundador es el que habla, y señala un medio de unión, no de autoridad, sino de cari-

dad, más dulce y más sólido. Debemos, por consiguiente, dejarlo como está.»

Así terminó aquella junta, en la que con tanto esplendor brillaron las cualidades de la Madre de Chantal, cualidades realzadas por su rara humildad.

Se aprovechó también de la presencia de los Obispos para preguntarles acerca de algunos puntos difíciles del *Costumbrero* y del *Ceremonial*, deseando le diesen su dictamen, y pidiéndoles su autorización para hacer imprimir el *Oficio Parvo de lá Virgen*, para uso de las religiosas de la Visitación (1).

El rumor de la llegada de la santa Madre de Chantal á París se había extendido rápidamente por toda la Orden. Había entonces en los numerosos monasterios, que se fundaban todos los días, una porción de religiosas que jamás habían visto á la Santa Fundadora. ¿Debian dejarla morir sin haber contemplado, ni una vez por lo menos, las facciones venerables de su Madre? Por su parte, ¿podía no desear lá Santa ver á las que eran sus Hijas en Jesucristo? ¿Podía dejar este mundo sin haber visitado tantas casas que todos los días se aumentaban, sin estar segura de que en ellas se comprendía el verdadero espíritu de su bienaventurado Padre, y se seguían perfectamente las reglas, usos y costumbres del Instituto?

Instada, pues, por su corazón, tanto como por las cartas de todos los monasterios, resolvió hacer la visita general de su Orden antes de volver á Saboya (2).

Después de haber escrito á su monasterio de Annecy para pedir las licencias necesarias al efecto, fué pri-

(1) Todos estos detalles están sacados de la carta-circular que la Madre de Chantal dirigió por sí misma á la Orden de la Visitación, para darle cuenta de todo lo ocurrido en París en la junta de los Obispos. (Archivos de Annecy.)

(2) La Madre de Chaugy y todos los historiadores que la han copiado, dicen muy poco respecto á este largo é importante viaje. Nosotros vamos á tratar de reconstruirle, buscando las huellas de la Madre de

mero, á principios de Septiembre de 1635, al monasterio de Melum, que acababa casi de nacer, pues había sido fundado el 25 de Marzo del mismo año; se detuvo después y sucesivamente en los monasterios de Montargis, Blois, Orleans y Tours, donde tuvo « la más viva satisfacción, viendo brillar en ellos el espíritu de humildad, de pobreza y de exacta observancia (1). » Se proponía visitar también las casas de Nantes y de Benes; pero la víspera del día en que debía partir cayó enferma en Tours, y desistió del viaje, volviendo á París hacia la fiesta de Todos los Santos, permaneciendo allí todo el invierno. Fuese porque estuviera todavía bajo la influencia de lo que se había dicho en la junta de los Prelados, fuese el ver que las riquezas abundaban en las dos casas de París, temió que algún día quisieran abrogarse alguna autoridad sobre la Orden, y gobernarse sin consultar al humilde y pobre monasterio de Annecy, y durante todo el invierno no tuvo en sus labios más palabras que éstas: « La unión con Annecy. » « Es nuestra cuna—decía—el principio de nuestra vida; allí hemos nacido; allí, y sólo allí, encontraremos luces y fortaleza. » A cada instante aseguraba, que si no fuese necesario más que el sacrificio de su vida para mantener siempre esta bienaventurada unión, lo haría en el momento. « ¡Ay! Hermanas mías—repetía sin cesar,—nuestra amada Visitación es un pequeño reino de caridad; si la unión y el santo amor no reinan en él, bien pronto será dividido, y por consecuencia, desolado. »

Las Hermanas de la Visitación del primer monasterio de París, resolvieron aprovecharse de los sentimientos y deseos de la Madre de Chantal, para que las con-

Chantal en las *Memorias* particulares de cada uno de los monasterios que visitó. En todas se ve á las Hermanas poner por escrito cuanto les decía. Muchos de estos cuadernos se han perdido, pero las fundaciones inéditas nos servirán del mayor socorro.

(1) *Cartas inéditas de la Madre de Chantal*, carta 249.

cediese un favor inapreciable: el de poseer su corazón después de su muerte. Con el pretexto, pues, de que sería un medio infalible de unión el que teniendo Anne-cy su cuerpo, París guardase su corazón, se atrevieron á manifestarle su deseo. Al oír semejante proposición, espantada la venerable Madre y toda confusa, exclamó: «¡Oh Dios mío! ¿Qué decís, hijas mías? ¡Oh! este miserable corazón merecía ser echado al muladar mucho mejor que guardarse.—¡Oh Madre mía—dijo la Superiora fingiendo conformarse con estos sentimientos de humildad;—no es precisamente por guardarle por lo que os le pedimos, sino porque nos parece que esto contribuiría mucho á la unión tan deseada.—Querida Hija mía—dijo entonces gravemente la Madre de Chantal,—por esto daría yo mil corazones, y ¡ojalá que el mío se quebrase é hiciese mil pedazos por tan buen fin!» Y haciéndole las Hermanas mil promesas de unión eterna, consintió al fin en dar, por una escritura formal, su corazón al monasterio de París. No ponía sino una sola condición, en la que se advierte la amable pureza de la Santa: «Con tal—dice—que se pueda sacar sin abrirme del modo ordinario, sino solamente por el lado; y que, si es posible, sea una de nuestras Hermanas la que lo ejecute (1).»

El largo tiempo que la Madre de Chantal permaneció en París, hizo brillar tanto su humildad como su amor á la paz y la unión. Como ya no era Superiora, no contenta con no ejercer en ninguna parte el menor acto de autoridad, se colocaba siempre en el último lugar, se ponía de rodillas para recibir la bendición de la Superiora, y en orden pará oír las obediencias de de mañana y tarde, y decía con gracia que no había

(1) El original de este documento, del cual dió una copia el ilustrísimo señor de Mauphas, pág. 240, existe hoy en poder del señor conde de Hauterive, antiguo jefe de sección en el Ministerio de Negocios Extranjeros en París.

ido para enseñar la virtud á las Hermanas, sino para aprenderla de ellas.

Mientras tanto, se acercaba la primavera, y la Madre de Chantal tenía prisa de volver á emprender la visita general de los monasterios, que su enfermedad y el invierno le habían obligado á interrumpir, y cuya importancia era mayor á sus ojos cada día. Salió, pues, de París á principios de Abril de 1636, acompañada del Sr. de Marchez, su confesor, de la Madre Favre y la Hermana Chaugy, y comenzó su viaje por la Champagne. Sólo había en esta provincia un monasterio, el de Troyes, fundado por la Madre Favre con penas inauditas. La Madre de Chantal llegó allí el día 12 de Abril, siendo recibida con repique de campanas por todas las Hermanas formadas en procesión, con la cruz delante y cantando el *Benedictus*, con gran disgusto suyo, y por más que mandaba cesasen en estas demostraciones de respeto y alegría, no pudo conseguirlo. Todas las Hermanas estaban tan regocijadas viendo á esta gran Santa, que muchas que no la conocían nada querían escuchar. Todo el resto del día estuvieron agrupadas á su lado, llenas de respeto y veneración; le descubrieron sus corazones, le confiaron sus penas, le pidieron, en fin, esos mil consejos de perfección de que siempre está ansiosa una verdadera religiosa. La Madre de Chantal visitó en seguida la casa con el mayor detenimiento, para asegurarse de que las menores reglas del Instituto se observaban con exactitud. Una sola cosa le disgustó. Se edificaba entonces el monasterio, y el arquitecto, como sucede comunmente, enamorado de su arte, había puesto algunos adornos que le asemejaban á una casa seglar. Poco faltó para que la Madre de Chantal, para dar una lección eterna á su Orden de sencillez y de pobreza, no hiciese quitar y arrancar todos aquellos adornos. Pero al menos exigió que lo demás del monasterio fuera edificado más sencillamente,

como conviene—decía—á las esposas de Aquel que no tuvo donde reclinar su cabeza (1).

Después de haber dedicado un día entero á sus Hijas, fué al siguiente á ver á las Madres Carmelitas, que habían asistido y ayudado especialmente á la Visitación de Troyes en los días trabajosos de su fundación, dándoles gracias afectuosísimas por sus cordiales servicios. Decía que esta buena inteligencia entre las Ordenes religiosas, era la señal de una perfecta unión con Dios, y la prueba cierta de ser verdaderamente hijos del mismo Padre Celestial. Fué tanta la admiración que inspiró á las Hijas del Carmelo, que mientras iba viendo su casa le cortaron un pedazo del hábito. Allí, en el monasterio de las Carmelitas, fué donde la Santa tuvo un placer que deseaba hacía mucho tiempo. Volvió á ver en este monasterio á la buena Madre María de la Trinidad, á quien había tratado con tanta intimidad en Dijón hacía más de treinta años, á la cual, estando aún en el siglo, había confiado sus aspiraciones al Carmelo, y de la que había oído esta palabra tan profética: «No, no; vos no seréis Hija de Santa Teresa, seréis su hermana, y como esta Santa, fundadora de una Orden religiosa.» Desde entonces hasta la época en que hablamos ahora, la Madre María de la Trinidad había fundado un monasterio de Carmelitas en Ruan, otro en Caen, otro en Castellón y dos en Troyes, en donde vivía en 1636 en tan grande reputación de santidad, que desde entonces se disputaban ya entre los monasterios quién tendría su corazón después de su muerte. La Madre de Chantal ardía en deseos de volverla á ver. «¡Oh Madre mía!—le escribía;—pienso que mi alma se desharía en santa suavidad, si tuviera la felicidad de hablar con vos de corazón á corazón, del amor de Nuestro Señor Jesucristo.» Su entrevista fué admirable. «La co-

[(1) *Fundación inédita de Troyes*, pág. 429.

munidad se creía ya en el cielo—dicen las *Crónicas* del Carmelo—viendo á estos dos serafines, cuyas conversaciones representaban al vivo las de aquellos de que habla el Profeta Isaías, respondiendo uno á otro: ¡Santo, Santo, Santo!» Era un gusto verlas desde lejos desahogar sus corazones. Obligándolas la noche á separarse, hubo mil santas ternuras de una y otra parte. La bienaventurada Madre de Chantal regaló á la santa Priora lo que llamaba su precioso tesoro, como prenda de su inalterable afecto. Era una pequeña miniatura de una rosa, en medio de la cual estaba la imagen del Niño Jesús, y que San Francisco de Sales le había enviado como ramillete en la fiesta de sus días. Había pegado al reverso estas palabras, que había cortado de la carta del Santo que acompañaba á este piadoso regalo, y decían así:

*En la Rosa, Madre amada,
Nuestra vida está enterrada.*

«La sacó de sus *Constituciones*, que llevaba siempre consigo, y le dijo: «Os doy, como á mi más querida Madre, lo que aprecio más en este mundo.» Le recomendó después en los términos más humildes la casa de Troyes, le nombró su Madre, le manifestó su ardiente deseo de que hubiese una íntima unión entre la Visitación y las Carmelitas, y al dejar este monasterio le dejó también embalsamado con el buen olor de Jesucristo y de sus virtudes, que derramaba por todas partes (1).

De la Champagne pasó la Madre de Chantal á Borgoña, y se detuvo algún tiempo en Dijón, en donde las Hermanas, plenamente convencidas de su santidad, se apresuraron á recoger y ocultar lo que le había servido; uno de sus hábitos, un velo, algunas cosas de lien-

(1) *Crónicas de la Orden de las Carmelitas*. Troyes, 1856, tomo III, página 465.

zo, su cruz de plata; reliquias preciosas que conservaron hasta la revolución. También recogieron con filial cuidado, en cuadernos que subsistieron largo tiempo, y de los que ya no queda más que un corto compendio, todos los avisos que dió en público y en particular; avisos admirables sobre la humildad, la pobreza, la obediencia, el desasimiento de sí mismas, el amor de la Cruz: porque á medida que adelantaba en edad, no sabía hablar esta gran Santa sino de lo que llamaba las verdaderas virtudes (1).

Un gran consuelo le esperaba en Autun, en donde sólo estuvo un día. Había en el monasterio tanta paz y unión entre las Hermanas, tanta simplicidad y claridad de conciencia con la Superiora, que cada Hermana no encontraba nada que decir á la Madre de Chantal, y así, en menos de tres horas, le dieron cuenta de su conciencia treinta y nueve religiosas que componían la comunidad. La Santa estaba encantada, y decía á su hija, la señora de Toulangeon: «Hija mía, ¿podrías imaginar que en sólo tres horas he podido hablar á todas las Hermanas de aquí? Esta es para mí la mejor señal de la bondad de la Superiora y de las súbditas.» Su prodigiosa experiencia la había enseñado, en efecto, que las casas se dividen y se pierden el día en que las hermanas piden hablar con los de fuera, y no quieren contentarse con aquellos á quienes ha confiado Dios el cuidado de sus almas. Por esto insistía mucho con las Superiores, para que se opusiesen lo más que les fuese posible á estas consultas ordinarias, donde hay tan á menudo—decía—mucha ligereza, curiosidad y amor propio, y deseo de mudanzas. «Vivamos de nuestro pan—repetía sin cesar;—es el mejor para nosotras.»

Juzgando, pues, que su presencia no era necesaria en una casa tan llena del verdadero espíritu del Insti-

(1) *Anales de la Visitación de Dijón*, pág. 60.

tuto, salió de ella á pesar de las vivas instancias de todas las Hermanas. En el momento de su partida, sus treinta y nueve Hijas se colocaron á su paso, y la Santa les dijo: «Adiós, Hijas mías; creo que todas sois buenas. A lo cual contestó la Superiora que no había bastante recogimiento en la casa, y que ella era la culpable, porque tenía menos que todas. «Quiero creer—replicó la bienaventurada—que habláis así por humildad, porque un monasterio sin recogimiento sería más bien un desorden que una religión.»

Salla del monasterio, cuando una de las personas más importantes de la ciudad, sabiendo al mismo tiempo su llegada y su marcha, vino presurosa á rogarle que fuese á aplicar alguna reliquia del bienaventurado San Francisco de Sales á un pariente suyo, afligido hacía muchos años con una grave enfermedad. Llena de fe, decía en alta voz que esta aplicación de las reliquias de un Santo, hecha por Santa, curaría infaliblemente al enfermo. La venerable Madre de Chantal, cuya bondad no sabía rehusar nada á los pobres ni á los enfermos, iba á consentir en ello, cuando supo que el mal de aquella persona tenía algo de providencial, y entonces se excusó, haciendo conocer cuánto respetaba la menor indicación de la voluntad de Dios (1).

Desde Autun fué á Macon, en donde encontró un gentío inmenso que la esperaba en la calle, porque nunca había ido á esta ciudad, y su llegada era un gran acontecimiento. Todas las señoras fueron á visitarla, y entre ellas la señora Presidenta de Framaye, la cual llevaba en brazos á una nieta suya de edad de dos años. La bienaventurada se acercó á ella, y acariciando á la criatura, «he aquí—dijo—una niña que será para nosotras.» Algunos años después, esta niña se decidió tan de veras á ser religiosa, que una noche esca-

(1) *Fundación inédita de Autun*, pág. 30.

ló las paredes del convento. Murió joven, dejando embalsamado el monasterio con el perfume de sus virtudes.

La Madre de Chantal no estuvo más que dos días en Macón, y en el segundo, la Superiora, para distraerla un poco, y sabiendo que no gustaba más que de cosas de devoción, hizo que sus Hijas cantasen en su presencia un *Stabat* en música, que comprendía cuatro partes. Tenían hermosas voces, y sabían tocar instrumentos. La Madre de Chantal escuchó con gran recogimiento, y cuando concluyeron, las dijo con un continente severo y grave: «Hijas mías, esto es hermoso, pero deseo que no lo volváis á hacer, acordándoos que es contrario á la sencillez del Instituto.» Reprendió luego á la Superiora, que se puso de rodillas, y recibió con profunda humildad la corrección (1).

En Lyon, adonde fué en seguida la Madre de Chantal, pasó quince días, tanto en el monasterio de Bellecour como en el de la Antigualla. Este último, que acababa de dar hospitalidad á las Hermanas de Villafranca, amenazadas de los peligros de la guerra, contaba por este motivo con noventa religiosas. La Santa estaba gozosísima viendo tan gran número de Hijas suyas, y todas con tanto recogimiento, silencio y mutua cordialidad, que no podía desearse más; admiró sobre todo la perfecta unión que reinaba entre la nueva Superiora y la recién depuesta, y decía en alta voz que este espectáculo le había dado el más vivo consuelo (2).

Desde Lyon pasó á Valence, en donde se detuvo, y dirigió á las Hermanas algunas buenas palabras, que escucharon y recogieron con el mayor cuidado. Al despedirse, y ya en el umbral de la puerta, se acercó una Hermana y le ofreció una cajita de *Agnus Dei*, excusán-

(1) *Fundación inédita de Macón.* (Archivos de este monasterio.)

(2) *Fundación inédita del segundo monasterio de Lyon*, pág. 325

dose de presentarle tan poca cosa. La Santa la escuchó con agrado y le dió las gracias, pero añadió: »¡Oh! Hija mía; yo hubiera querido más que todo, saber que estabais tan pobre que no teníais nada que darme (1),»

Habiendo emprendido el camino por el Ródano, la Madre de Chantal desembarcó en Pont-Saint-Esprit, adonde llegó el 23 de Junio, encontrando el monasterio en suma pobreza. Animó á las Hermanas á la paciencia, recorrió la ciudad para encontrar un lugar á propósito para edificar un convento, le compró, y dijo á la Superiora que confiase en Dios para pagarlo, asegurándole que muy pronto las socorrería; lo que sucedió poco después de un modo admirable (2).

En el momento en que salía de Pont-Saint-Esprit, é iba á volver á embarcarse en el Ródano para llegar á la ciudad de Aviñón, el cielo se encapotó y anunció una tempestad, por lo cual quisieron detenerla é impedir el que se pudiese en camino. «Si hay peligro—dijo con aquella prudencia que la caracterizaba—es menester no tentar á Dios. Sepamos lo que dicen y piensan los barqueros.» Éstos, después de mirar al aire y á las nubes, declararon que llegarían á su destino antes de que empezase la tempestad. «Basta—dijo la Santa—nuestro Santo Padre se hubiera puesto á merced de la Providencia bajo la palabra de los barqueros, porque Dios les ha dado inteligencia en las cosas de su oficio.» Llegó á la ciudad de Aviñón la víspera de Pentecostés de 1636, y fué recibida, como casi en todas partes, procesionalmente, con repique de campanas y toda la solemnidad posible. La Madre de Villars, Superiora, le presentó las llaves de la casa, y la asistente el agua bendita para que rociase á las Hermanas; pero no quiso absolutamente hacerlo. Las coristas entonaron el *Benedictus*,

(1) *Fundación inédita de Valence*, pág. 165.

(2) *Fundación inédita de Pont-Saint-Esprit*, pág. 482.

que trató de interrumpir inútilmente, porque las Hermanas estaban tan llenas de alegría, que, sin escuchar nada, cantaron también el *Laudate*, mientras la Madre de Chantal adoraba al Santísimo Sacramento. Al salir del coro, las niñas del hábito pequeño, vestidas de ángeles, le manifestaron en verso la alegría de la Comunidad. La venerable Madre estuvo cinco días en el monasterio, hablando á cada una en particular, asistiendo á todos los ejercicios, respondiendo á todas sus preguntas, y hablando sin cesar á las Hermanas del santo amor de Dios y de su pequeño Instituto. «Creed, Hermanasmías—las dijo al marcharse—que os llevo á todas en mi corazón, y os ruego me concedáis la gracia de conservarme en los vuestros, para que pidáis al Señor, que lo que me reste de vida se emplee según su beneplácito, y tenga misericordia de esta pobre criatura (1).»

La Provenza recibió en seguida á esta grande Fundadora, preparándola en cada ciudad nuevas ovaciones. Se notó que en el instante en que entró en esta provincia, cambió el tiempo de repente. Lluvias menudas principiaron á caer, contra lo acostumbrado, dos ó tres veces á la semana, refrescando la atmósfera, abrasada por los ardientes calores del día. Los habitantes estaban admirados y gritaban: ¡milagro! ¡milagro! Se hubiera dicho que la tierra conocía la pisaba una Santa. Este año fué sumamente fértil (2).

En Arlés, por donde entró en Provenza la Madre de Chantal, corrió el pueblo en tropel á recibirla, y la acompañó hasta el monasterio dando gritos de alegría. Pasó allí la noche, y al día siguiente, cuando se preparaba á salir, una señora desconocida fué á suplicarle se dignase comer aquel día en su casa. La Santa no lo hacía jamás en las ciudades en donde había monaste-

(1) *Fundación inédita de Aviñón*, pág. 191.

(2) *Declaraciones de la Madre de Sonnaz y de la Madre de Monthouz*, sup. art. 49.

riós; pero en esta ocasión reflexionó un momento, levantó los ojos al cielo, y volviéndose hacia la señora: «Sí, hija mía — le dijo — iré con mucho gusto.» Ésta, llena de fe, en lugar de sentarse á la mesa con la Madre de Chantal, quiso servirla con sus propias manos. La Bienaventurada lo consintió con grande admiración de la Hermana que la acompañaba, porque no acostumbraba á hacerlo así. Concluida la comida se preparaba la Madre de Chantal á marcharse, cuando la señora, toda conmovida, y sin poder contener la expresión de su reconocimiento, se echó á sus pies y le dijo: «Madre mía, hace tres meses que estoy sufriendo de calenturas, pero habéis venido á mi casa y ya estoy sana (1).

Al salir de Arlés, la santa Madre fué á Aix, donde su recepción fué aún más solemne. A más de una jornada de la ciudad principió á encontrar en el camino una multitud de coches de las señoras más calificadas del país, que iban á darle la bienvenida y á cortejarla. A medida que iban adelantando, iba creciendo el gentío, el cual obstruía el camino, y el pueblo gritaba al pasar el carruaje en que iba la Bienaventurada: «¡Mirad la Santa! ¡Mirad la Santa!» Luego que llegó al monasterio fueron á visitarla en corporación los magistrados del Parlamento y del Tribunal de Cuentas, y poco después el Ilmo. Sr. Arzobispo de Aix, quien al salir, después de una larga conversación con ella, decía á la Superiora: «Verdaderamente no se puede ver á vuestra incomparable Madre sin conocer su santidad.» El Ilmo. Sr. Pedro de Cornulier, Obispo de Rennes, que por casualidad se hallaba en Aix, se conmovió tanto con sólo ver á la bienaventurada Fundadora, que se puso de rodillas y le pidió su bendición, con lo cual la pobre Madre empezó á temblar, sus ojos se llenaron de

(1) *Fundación inédita de Arlés*, pág. 355.—*Memorias de la Madre de Chaugy*.

lágrimas y quedó tan suspensa y confusa que no pudo decir una sola palabra. Desde entonces este digno Obispo quedó tan encantado con lo que veía, que resolvió hacer el viaje á Saboya, «á fin—decía—de gozar á gusto, una vez siquiera en mi vida, de la saludable conversación de esta Santa (1).»

De Aix se dirigió á Marsella, en donde se la recibió con no menos vivas demostraciones de alegría y de respeto. Llenas de júbilo las Hermanas por tener con ellas á su venerable Fundadora, á quien no habían conocido hasta entonces, le cambiaron su velo, el hábito y hasta la ropa blanca, y guardaron todas estas cosas como reliquias. Por su parte, la Bienaventurada no se cansaba de contemplar el recogimiento de las Hermanas y su unión con Dios. «¡Oh! si hubieseis visto esta casa—escribía—os hubierais llenado de admiración. En ninguna parte he quedado más satisfecha, porque aquí reina el verdadero espíritu de oración, unión, exactitud y grandísima sencillez (2).»

Los demás monasterios de la Provenza estaban demasiado lejos para que la Madre de Chantal fuese á visitarlos, y se convino en que las Superiores de Sisteron, Digne, Toulon, Draguognan, Grasse y Forcalquier irían al monasterio de Aix para conferenciar con la Santa sobre el estado de sus casas. Hay que renunciar á pintar la alegría de estas venerables ancianas, cuando se vieron reunidas alrededor de su santa Fundadora. Muchas escribieron á sus Comunidades que ya no morirían sin haber gozado de una perfecta felicidad en la tierra, pues que habían visto á su venerable Madre.

Los catorce días que pasaron juntas se emplearon en examinar y resolver una multitud de dificultades prácticas, que resultaban de los usos y costumbres del

(1) *Fundación inédita de Aix*, pág. 216.

(2) *Fundación inédita de Marsella*,

Mediodía, tan diferentes de los del Norte, y en derramar sus corazones en el suyo con recíprocos testimonios de confianza, honor y afecto. Lágrimas abundantes manifestaron bien á las claras, el día de la separación, los sentimientos de todas las Hermanas. Lo que contemplaban conmovidas en la venerable Madre de Chantal, lo que las asustaba haciéndolas temer su próximo fin, no era precisamente su vejez, que era hermosa y robusta, y prometía aún mucha vida, sino el alto grado de consumación en Dios, especie de divina madurez, que indica, cuando se advierte en los Santos, que no está lejos la hora de partir á la región eterna. Por esta causa, convencidas de que no la volverían á ver en este mundo, no podían separar su vista de esta venerable Madre, ni hartar sus corazones de su amable presencia. Procuraron no olvidar, sobre todo, las últimas palabras que las dirigió. Recomendó encarecidamente á las Superiores que hiciesen florecer más y más la santa observancia en sus casas; que procurasen librar á sus Hijas de las ternuras, tanto del cuerpo como del alma, y que inculcasen profundamente en sus corazones esta palabra del divino Maestro: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se renuncie á sí mismo; tome su cruz y me siga.» Que á estas tres prácticas, de renunciarse á sí mismas por una santa abyección, tomar su cruz, es decir, todas las humillaciones con una verdadera fidelidad, y seguir á Nuestro Señor con una generosa práctica de las virtudes, les hiciesen juntar tres amores: el de Dios, el del prójimo y el de su propia abnegación; que con esto esperaba que todas se verían en el cielo, y vivirían en una eterna alegría en esta mansión bienaventurada. » Al acabar estas palabras las bendijo, las abrazó, las encargó llevasen á todas sus Hijas las más vivas expresiones de su santo amor, «que nada—decía—debilitaría jamás en su alma.» Las Superiores partieron conmovidas y entusiasmadas por todo

cuanto habían visto, y su mayor gusto, mientras vivieron, fué decir y contar á sus Comunidades las palabras y ejemplos de la Madre de Chantal, á quien ya no se llamaba más que la Santa (1).

Concluidos estos negocios, la Madre de Chantal quiso antes de dejar el Mediodía visitar la casa de Montpellier. Cuando en 1631 la Madre de Marigny fué á fundarla, tuvo que resignarse, como recordaremos, á oír una porción de arengas y cumplidos de los gobernadores, magistrados y del clero, ¿qué había de suceder yendo en persona la Madre de Chantal? Así, apenas circuló en la ciudad el rumor de su llegada, cuando se preparó todo para una manifestación solemne. El clero, la nobleza, la magistratura, fueron en corporación sucesivamente, á dirigirla discursos tan llenos de elogios, «que la hacían poner sonrosada, como una jovencita que recibe una humillación.» Y decía en alta voz cuando se marchaban las diputaciones, «que si según el espíritu de su bienaventurado Padre no debiese ser atenta y cortés, se hubiera ido á esconder á lo más hondo de una bodega para no oír semejantes palabras (2).»

Entre las personas de mérito que fueron á consultarla, se cita un procurador del Rey, hombre de eminente virtud, llamado el Sr. de Ramisce, que hacía largo tiempo se sentía inclinado á abandonarlo todo para encerrarse en un convento, y no sabiendo qué resolución tomar, no hallaba sosiego para su espíritu. «Pero señor—le contestó la Madre de Chantal—¿qué sería de la barquilla del mundo si todos los buenos la abandonasen?» Y después le explicó en términos vivos y expresivos todo el bien que podía hacer un hombre en su posición. Con esto vivió después este caballero con mucha paz, ocupado en buenas obras, persuadido de que Dios le había hablado por medio de esta santa mujer.

(1) *Fundación inédita de Aix*, pág. 216.

(2) *Fundación inédita de Montpellier*, pág. 401.

Al volver de Montpellier á Aviñón pasó la Madre de Chantal por Nimes, viéndose precisada á detenerse en esta ciudad y dormir en ella una noche. Como todas las posadas eran de protestantes, rehusó entrar en ellas, y prefirió alojarse en una pobre casa, en donde vendían vino al por menor. Cuando entró en ella le dijeron aquellas buenas gentes: «Señora, nosotros somos pobres, pero buenos católicos.—¡Oh—les respondió—cuán ricos sois conservando la pureza de la fe!» Y después los exhortó con vehemencia á guardar cuidadosamente este precioso tesoro. No había en esta casa más que una cama vieja y poco limpia. La compuso con sus propias manos, y, al partir por la mañana, decía alegremente que no se acordaba de haber pasado nunca mejor noche.

La Madre de Chantal llegó á la ciudad de Aviñón á últimos de Agosto, y como los calores eran muy contrarios á su temperamento sanguíneo, y por otra parte el viaje duraba ya hacia cinco meses, y había sufrido mucho sin quejarse ni detenerse, todos deseaban que descansase un poco. Pero no quiso aceptar ninguna especie de alivio, y era cosa admirable ver la energía y actividad que conservaba casi á los setenta años. Se levantaba de ordinario á las dos de la madrugada, con el fin de emprender su viaje temprano y oír antes la santa Misa. «Siendo de edad tan avanzada—dice la Madre de Chaugy—era ella, sin embargo, la que despertaba á todos los que la acompañaban.» Muchas veces también le sucedió, después de haberse levantado al amanecer, no encontrar qué comer hasta las tres ó las cuatro de la tarde, y muchas veces sólo podía procurarse en las aldeas leche, pan negro y queso; pero en medio de las mayores privaciones, como en las fatigas más duras, su alegría era inalterable y la comunicaba á los demás.

Su virtud era aún más grande que su actividad y su energía; cuantos pasos daba en su viaje estaban mar-

cados por un acto de humildad, pobreza, mortificación ó amor de Dios. Cuando la vió partir la señora de Toulangeón para tan largo viaje y durante el verano, quiso trocarse su hábito, que era muy pesado y viejo, por otro más ligero de raso de Milán. «¡Ay! hija mía—le respondió—si yo tuviera un hábito de esa tela que tú dices, por ligera que sea, sería tan pesado para mis hombros, que no tendría descanso hasta que me lo hubiese quitado.» Y rogándole la misma señora de Toulangeón, su hija, que al menos la avisase cuando entrara en Borgoña, para que pudiera llevarla consigo á los monasterios. «¿Qué haremos?—dijo con gracia á la Madre Favre —Dios sabe cuán grato me sería tener á mi hija conmigo, pero desgraciadamente sería menester tener litera, coche, tren, y todo esto me disgusta mucho. Cuando llegáramos á una ciudad dirían: esa es la Madre de Chantal que va á Santa María; esto huele á mundo y me contraría. Más quiero—añadió—nuestra litera cerrada, nuestro sacerdote y nuestros dos muleteros.»

Al llegar á las ciudades evitaba con el mayor cuidado los recibimientos solemnes. Ordinariamente la ponían en los mejores cuartos de las casas donde paraba; algunas veces le decían que le daban el mismo gabinete y los mismos muebles que habían servido al Rey cuando había estado allí. Oyendo esto se humillaba profundamente, y cuando llegaba la noche doblaba con su compañera las grandes colchas de seda, y poniendo sus hábitos en su lugar para cubrirse, decía á la Hermana que la acompañaba: «Por Dios, Hermana mía, levántemonos mañana muy temprano para irnos y dejar todos estos aparatos mundanos.» Nunca estaba más contenta que cuando tenía que pasar la noche en una mala casa, durmiendo sobre paja y hojas y habiendo cenado mal, lo cual la sucedía algunas veces en una época en que los caminos estaban mal cuidados y las posadas casi enteramente desprovistas.

La misma humildad y mortificación se notaba en esta santa Madre cuando llegaba á uno de sus monasterios. No quería sentarse en el sitio de la Superiora, decir el *Benedicite* ni las gracias, ni hablar nunca á las religiosas en el capítulo, diciendo «que no siendo Superiora no debía abrir la boca en aquel sitio.» Algunas veces ponían, por respeto, sobre su mesa un pequeño tapete de sarga verde, pero le quitaba en cuanto lo veía. »¿Soy yo alguna señora?—decía.—¿Necesito acaso cosas de las que se usan en el mundo?» Rehusaba también todos los reclinatorios y almohadones que le ponían en el coro. «Quitad esto, Hermanas mías—les decía;—¿dónde está la pobreza?» Y se arrodillaba en el desnudo suelo.

Durante el viaje no interrumpía ninguno de sus ejercicios piadosos, y la diversidad de los lugares que atravesaba, no era capaz de sacarla de su recogimiento. Si veía algún hermoso paisaje, daba una rápida ojeada y levantaba enseguida los ojos al cielo, como para decir que las bellezas de la naturaleza no eran nada en comparación de los resplandores celestiales. Si viajaba por caminos escabrosos, rodeados de precipicios, se sonreía al ver el miedo de sus jóvenes secretarias, y ningún peligro era capaz de arrancarla un grito ó una expresión de espanto. Acostumbraba á entretener lo largo del camino cantando himnos ó hablando de Dios, y muchas veces en estos momentos su rostro se ponía brillante como un astro.

Sobre todo, cuando en los monasterios estaba rodeada de sus Hijas, era un placer el oirla. Sus discursos eran vivos, cortos, inflamados, sembrados de palabras ardientes que penetraban en el corazón como si fuesen saetas. Tan pronto recomendaba la humildad, la abyección, el desprecio de sí misma, tan pronto desenmascaraba las pequeñas miserias, que se ocultan algunas veces bajo el hábito religioso; á menudo predicaba la

unión, la concordia, el amor sobre todo, que en sus últimos años vino á ser casi el único objeto de sus discursos y conversaciones, y siempre salían de sus labios, sin flores y sin adornos, esas palabras hermosas, persuasivas, que no se olvidan nunca cuando se han oído una vez, porque nacen de un corazón enamorado de Dios, como lo estaba el de nuestra Santa (1).

Citaremos algunas que agradarán sin duda á nuestros lectores: «¡Dios mio!—decía un día—¡qué temor tengo de que con esta multitud de casas que por todas partes se fundan, se relaje el espíritu por falta de Hermanas y Superiores sólidamente virtuosas! ¡Oh! y ¡cuánto cuidado hay que tener con esto! De otro modo se harán muchos palomares, en donde nuestras palomas se morirán de hambre, tanto en lo espiritual como en lo temporal.»

Para evitar esta desgracia, rogaba á las Superiores buscasen buenas vocaciones. «No busquéis dotes—decía—sino buenas vocaciones. Quien quiere tener hijas de plata, nunca las tendrá de oro.» Contando ya con la buena vocación, quería que se arrancase del corazón de sus Hijas hasta la última raíz de la vanidad. «Si supiese—decía—que la vanidad entraba en un monasterio, tendría tentaciones de pedir á Dios enviase fuego del cielo para quemar aquella casa y purificar el Instituto. Dirán que no conozco el espíritu que me anima, pero si se supiese lo que es la humildad en la vida religiosa, y lo que en ella produce la vanidad, pensarían como yo.» Y enterneciéndose al pronunciar estas últimas palabras: «No, no—decía,—nada sería más capaz de abreviar mis días que el ver la vanidad y la desunión entre las Hijas de nuestro Instituto.»

(1) Véase toda la tercera parte de las *Memorias de la Madre de Chaugy*. Véase también un pequeño compendio manuscrito compuesto por la Madre Favrot, titulado: *De las virtudes que practicaba nuestra bienaventurada Madre en sus viajes*.

Une aquí la vanidad y la desunión, como se une la madre con la hija, la causa con el efecto. «¡Ojalá—decía—que me atravesasen la lengua con un hierro ardiendo, con tal que la boca de las Hijas de la Visitación estuviese para siempre cerrada á toda palabra, por breve que fuese, contra la unión, caridad y dulzura que deben reinar entre ellas!» Así no cesaba de hablar de la humildad, que une los corazones, como del orgullo, que los separa. No encontraba palabras bastante vehementes para alabar esta virtud, que llamaba divina. «Es la generala de nuestra Orden—decía,—y si todos los monasterios la obedeciesen, nunca habría en ellos peligros ni divisiones.»

A la humildad quería se juntase la obediencia pero ¡qué obediencia! No solamente pronta, alegre y generosa, sino también enteramente ciega para que fuese enteramente sobrenatural. «¡Jesús!—decía—qué aversión tengo á ese afán que manifiestan las Hermanas de tener Superiores de talento y de grande experiencia! Mirad, esa imaginaria creencia de que las Superiores necesitan tener grandes talentos, arruina enteramente la pureza de la obediencia, porque no es difícil obedecer á un ángel. En cuanto á mí, si se me diese por Superiora á la más joven de nuestras Hermanas profesas, la amaría con todo mi corazón.»

Pero en el lugar preferente, más alto que la obediencia y la humildad para unir las almas y hacerlas progresar, ponía el amor; el amor, que es lo primero y lo último de la perfección. No hablaba más que de esto. «En estos últimos años de mi vida—decía—no quiero hablar más que de amor y caridad, porque las cosas dichas á lo último, quedan más grabadas en el corazón. La caridad, el mutuo amor, es el buen bocado que quiero dejar á nuestras Hermanas al morir.» Lo repetía tan á menudo, que la Hermana de Chaugy le dijo un día sonriéndose:

—«Madre mía, voy á escribir á todas partes que en vuestra vejez sois como vuestro protector San Juan, y que como él, no nos habláis más que de amor.

—»Hija mía—replicó la Santa con seriedad pero con dulzura—no hagáis esta comparación, porque es profanar á los Santos el compararlos con criaturas miserables y pecadoras; pero es verdad que si siguiese mis impulsos y no temiese fastidiar á nuestras Hermanas, no las hablaría nunca más que de amor.»

Al mismo tiempo que sembraba esta hermosa doctrina en los monasterios que visitaba, y la expresaba con tan hermosas palabras, la Madre de Chantal no olvidaba á los otros monasterios que no había visitado aún, ó que no esperaba visitar. Sin cesar paseaba sus ojos de Madre y fundadora sobre sus ochenta casas. Mantenía con todas las Superiores, iba á decir con todas las Hermanas, una correspondencia inmensa, que tres ó cuatro secretarias apenas podían llevar. Muchas veces se veía obligada á ocuparse días seguidos en responder á la multitud de cartas que recibía. Esta correspondencia de los últimos años de la Madre de Chantal, nos manifiesta más y más su grande y varonil espíritu, su inmensa experiencia y su santidad cada vez más eminente. Gobierno general de las casas, relaciones con las Hermanas y Superiores, elección de novicias, discernimiento de espíritus; conocimiento de los caminos de Dios en el gobierno de las almas, indicación de los medios para llegar á la perfección; todo esto examinado á fondo, todo claro, y al mismo tiempo expresado con un solo rasgo, pero tan vivo, tan verídico, que el alma no siente la brevedad. La firmeza, la energía, la virilidad forman siempre el fondo de esta correspondencia; pero la bondad, la dulzura, la ternura se hacen cada día más lugar. Evidentemente, á medida que adelantaba en edad, el amor inunda esta grande alma y rebosa por todas partes. No puede pasarse sin sus Hijas;

las ruega, las insta á que le escriban á menudo; se enfada si pierden la menor ocasión de darle noticias; pero ¡qué enfados! los que salen directamente del corazón para ir derechos á buscar otro corazón. «Os escribo estos renglones sólo para reprenderos, querida mía—escribe á la Madre de Blonay—y para deciros que no volváis á dejar pasar las ocasiones de escribirme, sin hacerlo; ciertamente, si estuviéseis aquí, os había de dar un abrazo muy apretado para castigaros. En fin, perdono lo pasado, pero cuidado con volver á cometer esta falta; ¿no sabéis lo que quiero á la pobrecita vieja de mi Hija y á sus cartitas también?» (1)

Mientras tanto empezaba el invierno, y como la Madre de Chantal se había propuesto visitar los monasterios del Franco-Condado, de la Lorena, de la Picardía y de la Normandía, se apresuró á dejar el Mediodía. Iba de Aviñón á Grenoble, cuando la entregaron una carta del Obispo de Ginebra que la llamaba. Sabiendo que su viaje la había fatigado mucho, y temiendo por su salud á causa de su avanzada edad, le mandaba interrumpirle y volver á la ciudad de Annecy por el camino más corto. Volvió á ella con esa necesidad de soledad y silencio que nunca la había dejado, y que aumentaba todos los días; esperaba descansar, en fin, pero no debía encontrar reposo sino en la tumba.

(1) Hay una multitud de cartas por este estilo, desgraciadamente desconocidas hasta ahora. El Sr. Migne y el Sr. Ed. de Barthelemy, dando á luz ahora un gran número de ellas, han hecho un servicio muy grande.





CAPÍTULO XXXII

Últimas pruebas de la Madre de Chantal.—Penas interiores.—
Muertes de la Madre de Chatel, de la Madre Favre y de la
Madre de Brechard.—Fundación de la Visitación de Turín.

1637 — 1640

LA Madre de Chantal tocaba ya al término de su carrera y al fin de su realizada misión. Iba á fundar la casa setenta y seis de su Orden, y preparaba cuatro ó cinco, con lo que el total de los monasterios de la Visitación llegaría á ochenta. Había recorrido sucesivamente la Lorena, la Francia, la Saboya y la Suiza, venerada en todas partes como Santa, y llevada, por decirlo así, como en triunfo. Para dirigirla en una carrera tan extraordinaria, le había dado el Señor los dos Santos más grandes de este siglo, San Francisco de Sales y San Vicente de Paúl; y necesitando también mujeres fuertes para servirle de instrumentos, tuvo la felicidad de encontrarlas dotadas de una virtud y cualidades, que sobrepujaban á sus necesidades y esperanzas. No le restaba ya, después de haber ceñido á sus sienes tantas coronas, sino recibir y poner en su cabeza la suprema corona de la adversidad, que da tanto valor á las demás, y sin la cual falta algo á la más hermosa vida, «y un no sé qué de perfección—dice magníficamente Bossuet—que la desgracia añade á la virtud.»

las ruega, las insta á que le escriban á menudo; se enfada si pierden la menor ocasión de darle noticias; pero ¡qué enfados! los que salen directamente del corazón para ir derechos á buscar otro corazón. «Os escribo estos renglones sólo para reprenderos, querida mía—escribe á la Madre de Blonay—y para deciros que no volváis á dejar pasar las ocasiones de escribirme, sin hacerlo; ciertamente, si estuviéseis aquí, os había de dar un abrazo muy apretado para castigaros. En fin, perdono lo pasado, pero cuidado con volver á cometer esta falta; ¿no sabéis lo que quiero á la pobrecita vieja de mi Hija y á sus cartitas también?» (1)

Mientras tanto empezaba el invierno, y como la Madre de Chantal se había propuesto visitar los monasterios del Franco-Condado, de la Lorena, de la Picardía y de la Normandía, se apresuró á dejar el Mediodía. Iba de Aviñón á Grenoble, cuando la entregaron una carta del Obispo de Ginebra que la llamaba. Sabiendo que su viaje la había fatigado mucho, y temiendo por su salud á causa de su avanzada edad, le mandaba interrumpirle y volver á la ciudad de Annecy por el camino más corto. Volvió á ella con esa necesidad de soledad y silencio que nunca la había dejado, y que aumentaba todos los días; esperaba descansar, en fin, pero no debía encontrar reposo sino en la tumba.

(1) Hay una multitud de cartas por este estilo, desgraciadamente desconocidas hasta ahora. El Sr. Migne y el Sr. Ed. de Barthelemy, dando á luz ahora un gran número de ellas, han hecho un servicio muy grande.





CAPÍTULO XXXII

Últimas pruebas de la Madre de Chantal.—Penas interiores.—
Muertes de la Madre de Chatel, de la Madre Favre y de la
Madre de Brechard.—Fundación de la Visitación de Turín.

1637 — 1640

LA Madre de Chantal tocaba ya al término de su carrera y al fin de su realizada misión. Iba á fundar la casa setenta y seis de su Orden, y preparaba cuatro ó cinco, con lo que el total de los monasterios de la Visitación llegaría á ochenta. Había recorrido sucesivamente la Lorena, la Francia, la Saboya y la Suiza, venerada en todas partes como Santa, y llevada, por decirlo así, como en triunfo. Para dirigirla en una carrera tan extraordinaria, le había dado el Señor los dos Santos más grandes de este siglo, San Francisco de Sales y San Vicente de Paúl; y necesitando también mujeres fuertes para servirle de instrumentos, tuvo la felicidad de encontrarlas dotadas de una virtud y cualidades, que sobrepujaban á sus necesidades y esperanzas. No le restaba ya, después de haber ceñido á sus sienes tantas coronas, sino recibir y poner en su cabeza la suprema corona de la adversidad, que da tanto valor á las demás, y sin la cual falta algo á la más hermosa vida, «y un no sé qué de perfección—dice magníficamente Bossuet—que la desgracia añade á la virtud.»

Pero Dios no había esperado hasta entonces para regalar á la Madre de Chantal con el don inestimable del dolor. Casi nunca se llega á los sesenta y ocho años sin haber sufrido mucho; y cuando un alma se entrega á Dios con la generosidad de nuestra Santa, Jesucristo crucificado no la deja tan largos años sin tocarla con su cetro. «Y á mí, hija mía—decía la Santa á una hermana, que gustaba por primera vez las amarguras de la cruz—hace cuarenta años que las tentaciones me martirizan. ¿Y perderé por esto el valor? No, ¡oh! no; quiero esperar en Dios, aún cuando me hubiera muerto y aniquilado para siempre.» Y añadía estas humildes y magníficas palabras: «Mi alma era un hierro tan enmohecido con el orín de mis pecados, que ha sido menester este fuego de la Justicia divina para limpiarla un poco (1).

Pero ¿qué eran todas estas penas interiores sufridas hacía cuarenta años, comparadas con las que cayeron sobre ella al declinar sus días? Por el año 1632, Dios hizo penetrar en su cabeza, hasta sacarla sangre, la corona de espinas que llevaba ya hacía tanto tiempo, y principió á prepararla para la muerte, con una agonia de nueve años.

Entrevió en un éxtasis el sentido, duración y utilidad del martirio que la aguardaba.

Era el 14 de Junio, día de San Basilio. Estaba en la recreación, cuando de repente se vió asaltada del amor divino con tal violencia, que le faltó la palabra: Se quedó con los ojos cerrados, inflamado el rostro, tratando de distraerse hilando en su rueca, y deteniéndose de repente quedó sin movimiento á pesar suyo. Cuando vió que absolutamente no podía hacer otra cosa, queriendo al menos disimular la gracia que recibía, hizo cantar, y procuró cantar ella misma algunas estrofas de un cántico compuesto por la Madre de Brechard.

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 460.

Esto la calmó un poco, y sintiéndose más dueña de sí misma, principió á decir algunas palabras de fuego. «Queridas Hijas mías —dijo; — San Basilio y la mayor parte de nuestros santos Padres y columnas de la Iglesia no han sido martirizados; ¿por qué creéis ha sucedido esto?»

Después que todas respondieron, dijo : «Y yo pienso que es, porque hay un martirio que se llama el martirio del amor, en el cual, sosteniendo Dios la vida de sus siervos, los hace á un mismo tiempo mártires y confesores. Y este es el martirio á que están destinadas las Hijas de la Visitación.» Una Hermana preguntó en qué consistía. «Dad — dijo — á Dios vuestra voluntad, y lo sentiréis. El amor divino atraviesa como con una espada las más íntimas partes de nuestras almas, y nos separa de nosotras mismas. Yo sé de un alma á quien el amor ha separado de las cosas que le eran más sensibles, mejor que si los tiranos hubieran separado su cuerpo de su alma con el filo de la espada.

—¿Y cuánto tiempo dura este martirio?—preguntó una Hermana.

—Desde el momento en que el alma se entrega á Dios hasta la hora de la muerte. Pero esto se entiende de los corazones generosos que, sin volver á tomar lo que una vez dieron, son fieles al amor, porque á los corazones pequeños y débiles no quiere el Señor martirizarlos; se contenta con dejarlos rodando poquito á poco en su círculo por miedo de que se le escapen.

—Y este martirio de amor—preguntó otra Hermana—¿puede igualar al martirio corporal?

—¡Oh! Sí, ciertamente—respondió;—el uno no cede al otro, porque el amor es fuerte como la muerte, y los mártires de amor sufren más conservando su vida para cumplir la voluntad de Dios, que si fuese necesario dar mil en testimonio de su fe, de su amor y de su fidelidad.»

Al día siguiente de aquel en que Dios había manifestado á la santa Madre de Chantal la perfección del martirio del amor, principió su agonía, que no concluyó sino un mes antes de su muerte. Su alma se vió abandonada á tantas penas interiores y tan crueles, que no se conocía á sí misma. No se atrevía ni á bajar los ojos para mirar á su alma, ni á levantarlos hacia Dios. Su alma le parecía manchada de pecados, negra de ingratitud, desfigurada y horrible á la vista. Cuantas mayores cosas hacía por Dios, cuanto más brillante era su perfección á los ojos del mundo, más desnuda se veía de virtudes, más falta de todo mérito, aun de los de Jesucristo. Si se exceptúan los pensamientos de impureza, de que nunca se vió asaltada, no hay idea mala de que su entendimiento no estuviese lleno, ni acción detestable que no se ocurriese á su imaginación. Dudas sobre los más adorables misterios, blasfemias contra los atributos más misericordiosos de Dios, y juicios los más abominables contra su prójimo atormentaban su espíritu. Decía que su interior parecía un gran jardín en que circulaban con libertad los más horribles reptiles, sin que pudiese echarlos ni destruirlos. Así, cuando hablaba de sus penas, corrían las lágrimas por sus mejillas; por la noche se la oía suspirar como un enfermo que está en la agonía. Por el día olvidaba el comer y el beber, y lo más espantoso de todo era que en medio de estas tentaciones le parecía estaba abandonada de Dios, que no la veía ni se cuidaba de ella. Tendía sus brazos hacia Él, pero como se hace en las tinieblas á un amigo que desapareció para siempre: ó más bien, Dios no sólo estaba ausente para ella, era su enemigo, y la rechazaba. En vano para calmar su espanto trataba de recordar aquellas imágenes amables del Pastor y del Esposo ó del amigo, bajo las cuales se le había representado tan á menudo; en cuanto pensaba en Dios, le veía aparecer como un juez irritado, como un Señor

despreciado y pidiendo venganza. Poco á poco, todos los ejercicios en que se trataba de Dios se le hicieron molestos. Se ponía á temblar cuando tenía que ir á la oración, sobre todo cuando se llegaba á la santa Comunión, en donde la idea de sus crímenes y la idea de la santidad infinita de Dios la atravesaban como dos espadas. Hasta la lectura espiritual que tanto le gustaba, vino á serle molesta porque en ella se hablaba de Dios. Decía á una de las Hermanas, que no podía oirla en el refectorio sin sentir como dardos que le pasaban el corazón.

Hasta entonces á lo menos, aunque agitada con las más violentas penas interiores, había conservado todas las luces para la dirección de las demás. Ahora ya no fué así, y este ministerio vino á ser para ella origen de espantosas tentaciones. No podía oír hablar de una pena sin sentirla, ni oír hablar de un pecado sin imaginar que le cometía. Un día, hablándole la Madre de Blonay de algunas penas interiores: «¡Oh! Madre mía—la dijo con las manos juntas y las lágrimas en los ojos—no prosigáis; yo me veré abrumada con esta tentación; ya la veo venir, y siento que me asalta.» Y á otra Hermana: «¡Si supieseis, Hermana mía, la dolorosa situación de mi espíritu! De cuantas penas espirituales y de todas las tentaciones de que me hablan las Hermanas, me hallo á cada instante asaltada. Dios me da palabras para ayudarlas y consolarlas, y yo me quedo en mi miseria. ¿No debo yo desear hallarme en las manos de una buena Superiora, que me guíe en este estado tan triste y de tan penosa ceguera?»

¡Espectáculo digno de profunda meditación! ¡Ver á esta mujer fuerte, á esta firme inteligencia, tan clara y tan grande, verla, digo, aniquilada, abatida, incapaz de guiarse, obligada á caminar á tientas por el camino de la vida espiritual, que tanto conoce para los demás, del que tanto y tan admirablemente tiene hablado, y

del que ya casi no ve ni un rayo de luz para ella! Así es como Dios la humilla, así es como mantiene en humildad á estos grandes Santos que admiramos en la historia, que resucitan muertos, predican lo porvenir, y de quienes algunas veces nos preguntamos temblando qué hacen para poder ser humildes. Mientras se les lleva en triunfo y se les besan los pies, Dios los humilla en el secreto de sus almas, los aflige con vergonzosos bofetones y les hace sufrir en el fondo del corazón una agonía que los hace insensibles á todas las honras del mundo.

Con nada puede explicarse la violencia de las tentaciones que asaltaron á la Madre de Chantal en los últimos años de su vida. «Mirad, Hijas mías—decía,—me veo reducida á tal extremo, que nada de este mundo puede consolarme sino esta sola palabra: *la muerte*. Estoy pensando siempre cuántos años vivieron mis padres, abuelos y bisabuelos para dar algún alivio á mi alma con la idea de que ya me queda poco tiempo que vivir en este mundo.» Y en otra ocasión: «No quiero ya pensar cuándo me moriré, he tenido escrúpulo de perder el tiempo, considerando que mi padre no vivió más que setenta y tres años, y que yo no viviré más que él, porque esto es un alivio inútil.» Decía á menudo «que era menester sacrificarse á la vida, como en otro tiempo se sacrificaban los mártires á la muerte.»

En medio de estas espantosas pruebas, capaces de arrancarle tan tristes palabras, se veía brillar su gran virtud. Torturada interiormente, su rostro, no obstante, se mantenía alegre y gracioso, de suerte que las Hermanas jóvenes no podían pensar ni por casualidad que sufría tan terribles penas interiores. «En vano agitaba la tempestad á esta rosa de caridad—dice la Madre de Chaugy,—siempre se conservaba fresca y exhalando un olor fragantísimo (1).»

(1) *Memorias*, pág. 450

Por otra parte, no abandonaba Dios á su sierva y le enviaba sus ángeles para que la confortaran en su agonía. Una vez que se sentía abrumada por una profunda tristeza, oyó de repente una voz que le dijo: «Lee el libro octavo de las *Confesiones* de San Agustín.» Otra vez que lloraba abundantemente la misma voz le dijo: «Lee el capítulo treinta y siete del tercer libro de la *Imitación*.»

Otro día en que su alma estaba como anegada en su dolor, se le apareció San Francisco de Sales vestido de pontifical, sentado sobre su trono lleno de gloria y majestad. Al instante se puso de rodillas diciendo: «Padre mío, ¿qué queréis que haga?—Hija mía—respondió el Santo—Dios quiere que acabéis amorosa y animosamente lo que por amor habéis principiado.»

Pero lo que más que estas apariciones sostenía y consolaba á la Madre de Chantal era la obediencia. Depuesta entonces, como ya hemos visto, había entregado su alma á la dirección de la Madre de Chatel, Superiora de Annecy, y la obedecía como la menor de las novicias. Por su parte la Madre de Chatel, llena de sabiduría y experiencia, seguía con firmeza los principios mismos de dirección con que San Francisco de Sales había tranquilizado á la Santa en el tiempo de sus primeras penas; que el mismo Santo había aplicado con tanto éxito á las almas ardientes de la Madre Favre y la Madre Brechard, y que tan buenos resultados le habían dado en la dirección de la misma Madre Angélica Arnaul, hasta el día en que cayó de las manos prudentes de San Francisco de Sales en las del Abate de Saint-Cyran, y cambió de vida mudando de dirección.

A todas las quejas de la Santa, á todos sus temores de obrar mal, á todas sus dolorosas inquietudes sobre lo pasado y lo presente, la Madre de Chatel no tenía más que una sola palabra, una sola respuesta: «No ha-

bléis de ello jamás, ni con Dios, ni con vos misma. No miréis nunca lo que es, para decirlo á quienquiera que sea, y no *hagáis jamás ningún examen sobre esto*. Ocultaos vuestra pena *á vos misma*, y haced como si no la sintierais. *Mirad á Dios*, y si podéis hablarle, que sea sólo de El mismo (1).»

Principio es este de verdadera y gran dirección, que desapega las almas y las desapropia, por decirlo así, de sí mismas; que las enseña á no mirarse tanto y mirar más á Dios; á ocuparse mucho en El y poco en sí mismas, y que apaga las penas interiores como se apaga un incendio, quitándole el pábulo; porque sucede con las penas interiores como con todos los objetos sometidos á la vista de aumento de la imaginación humana, que cuanto más se miran más crecen, y el único medio de destruirlas, es no mirarlas ni aun para humillarse.

La Madre de Chantal se encontró tan bien con esta práctica, que resolvió hacer voto de no detenerse nunca voluntariamente en responder á las tentaciones, ni aun en mirarlas. La Madre de Chatel consintió en ello, pero con la condición precisa de que no haría el voto más que para un día, y le renovarla cada mañana (2), lo que le dió algún consuelo.

A estas penas de espíritu se sujetaron muy pronto grandes penas de corazón; Dios la había herido ya muchas veces en sus más caros afectos. Padres, hijos, nietos, yernos, nueras, todos los había visto morir. De sus seis hijos no le quedaba más que una hija, y aun ésta viuda; de todos sus nietos, solo dos vivían y ya eran huérfanos. Después de haberla probado Dios en sus hijos según la carne, iba á herirla en sus Hijas según el espíritu. San Francisco de Sales había seguido á la tumba al presidente Fremiot. La Madre Favre, la Ma-

(1) *Cartas de la Madre de Chantal*, 407.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 463.—Maupas, pág. 247.

dre de Chatel y la Madre de Brechard, iban á seguir á María Amada y á Celso Benigno.'

La primera á quien la muerte arrebató fué la Madre Favre, y era muy justo; ninguna era más amada de la Madre de Chantal. Hacía veinticinco años que llevaba con ella el peso del Instituto naciente. Superiora sucesivamente en París, Lyon, Dijón y Chambéry; fundadora de los monasterios de Troyes, de Montferrand, de Bourg-en-Bresses; resplandeciente en virtudes, de una pobreza y pureza angélicas, obediente como una niña, fuerte como un león, incapaz de abatirse ni desanimarse, había hecho á la Orden los servicios más eminentes, y se había conquistado en el más alto grado la estimación y el afecto de la Madre de Chantal. Era su *grande Hija*, como gustaba de llamarla, sirviéndose de una palabra de San Francisco de Sales.

Lo que aumentaba, si era posible, el cariño que le tenía, es que Dios llevaba á la Madre Favre por el mismo camino doloroso que la santa Fundadora regaba entonces con sus lágrimas. Esta semejanza de padecimientos había unido más íntimamente á estas dos almas, tan fuertes una y otra, las dos tan ardientes, pero envueltas entonces en las mismas tinieblas y afligidas con los mismos golpes.

Para que nada faltase á su dolor, la Madre de Chantal no tuvo el consuelo de cerrar los ojos á la Madre Favre. Supo de repente su muerte, acaecida en el momento en que, contando apenas cuarenta y ocho años de edad, podía esperarse que viviría aún muchos años para el servicio de Dios y bien del Instituto. Como sufría hacía largo tiempo horribles cólicos hepáticos, los médicos la habían propinado las aguas minerales; pero para tomarlas, como era consiguiente, se necesitaba quebrantar la clausura, y la Madre Favre prefirió morir. Se anunció su próximo fin con un cólico mucho más terrible que los demás. Tal era la violencia de los dolo-

res, que esta alma generosa hizo lo que nunca había hecho en su vida; pidió á la Santísima Virgen le alcanzase un poco de descanso; temía volverse loca, y sus gritos daban lástima; «parecían gritos de presos á quienes diesen tormento.» Un poco antes de morir cesaron del todo sus penas interiores, y saboreó así al borde del sepulcro esa paz que tan poco había conocido en el mundo, y de la cual debía estar inundada en el otro. Una alegría extraordinaria apareció en su rostro, que se puso hermoso como el de un ángel. Su último suspiro fué tan dulce, que nadie lo advirtió (1).

La Madre de Chantal partió al instante para Chambery, á fin de tributar los últimos obsequios á su gran Hija, y fué testigo del sentimiento universal y de las públicas señales de veneración que la siguieron al sepulcro. Todo el mundo la proclamaba santa, y repartían sus hábitos como otras tantas reliquias.

La Madre de Chantal volvía triste y consolada de esta muerte tan pronta y tan feliz, cuando al llegar á su monasterio de Annecy encontró á la Madre de Chatel que también hacía sus preparativos para morir. Tenía cincuenta y un años, una salud robusta, una vejez que apenas despuntaba; pero oyéndola hablar, no podía dudarse de que se acercaba la hora de la muerte; á todo el mundo se lo decía; concluíla apresuradamente lo que tenía principiado, y no emprendía nada nuevo. «Despachémonos—decía á la Madre de Chaugy, á la cual dictaba las *Memorias* sobre los principios de la Visitación—no tengo más que un poco de tiempo, hija mía.» Y dándole más prisa aún para escribir la vida y virtudes de la santa Madre de Chantal, «preguntadme, Hija mía—decía,—á fin de que no olvide nada, porque dentro de poco nada podré decir.»

Concluídos todos sus negocios se metió en la cama,

(1) 14 de Junio de 1637. *Vida de las primeras Madres*, tom. I, pág. 112.

con la paz de un viajero que espera la hora de la partida. Una mañana se había quedado medio dormida, cuando la Madre Favre se le apareció de repente hermosa y graciosa, tendiéndole los brazos. Comprendió que la hora se acercaba, porque era cosa convenida entre ellas, que la primera que viese á Dios le pediría permiso para venir á buscar á la otra.

Durante su enfermedad la Madre de Chatel estuvo como lo había estado siempre, embriagada de delicias y consuelos espirituales. «Madre mía—decía á la Madre de Chantal,—yo no he tenido nunca en el corazón sino á Jesús, María y José, á nuestro Padre y Fundador, á Vuestra Caridad y á nuestro pequeño Instituto.» Habiendo caído en un adormecimiento letárgico, de donde los médicos quisieron sacarla por medios dolorosos, no se le oía más que una sola palabra: «Madre mía, mi buena Madre.» Se le preguntó á quien llamaba así: «Tengo—dijo—dos queridas y buenas Madres, la Virgen Santísima que está en el cielo y me socorre con su mano poderosa, y mi digna Madre de Chantal, que tiene cuidado de mí aquí en la tierra.» Confesó que se había acusado en el tribunal de la penitencia, como de una temeridad, de haber deseado sobrevivir á la Santa Madre, por no dejarla en su vejez sin el apoyo de sus primeras Hijas. «Pero esto era orgullo—dijo á las Hermanas—porque Vuestras Caridades son mucho más capaces que yo para consolarla y servirla.»

La Madre de Chantal sentía quebrantársele el corazón oyendo estas protestaciones, y viendo que se iba esta Superiora de quien tanto necesitaba en sus penas. Quitar á la Madre de Chantal la Madre de Chatel, era romper el palo en manos del ciego. Pero ya lo había dicho: «Aun cuando Dios me matara, le amaría siempre.» De pie al lado de la cama de la enferma, padeciendo en su corazón más que ésta en el cuerpo, con los ojos arrasados en lágrimas, asistió hasta el fin,

viendo la marcha lenta de la enfermedad, que la iba á despojar del único consuelo que Dios le había concedido en sus penas.

La muerte de la Madre de Chatel fué como la de todos los Santos, y no se cansa uno de ver á estas criaturas débiles jugar con la muerte y sonreír á sus golpes. «Madre mía—decía de cuando en cuando—¡qué bueno es Dios! ¡Vanidad!—añadía—fuese por insultar á sus pasadas alegrías, ó ya por burlarse de sus dolores presentes—soy cristiana, soy cristiana.» Si le faltaba á la moribunda la palabra, la Madre de Chantal le sugería palabras amorosas. «¡Viva Jesús—decía la Santa.—Y mi alma vivirá en Él—respondía la agonizante.—Jesús, María—decía la una.—Y el gran San José—replicaba la otra.»

Toda la noche se pasó así. Hacia las cuatro de la mañana, teniendo la cabeza levantada, el rostro sereno, abiertos los ojos, que estaban tan dulces y claros como cuando estaba buena, y levantándolos al cielo, dió unos golpecitos en su cama para dar á conocer, como lo había prevenido, que si su lengua ya no podía hablar, su corazón amaba siempre fielmente á su Esposo amado. El confesor la dió la última absolución.

Entonces la Madre de Chantal, inclinándose hacia la moribunda la dijo llorando: «Id, pues, Madre querida, id en paz á los brazos de Dios que os llama; acordaos de nosotras, mi querida Madre, y llevad al cielo con vos todos nuestros corazones.» Al instante, y como si no hubiera esperado más que este permiso para morir, miró amorosamente á la Santa, bajó la cabeza para recibir su bendición y expiró. En el mismo momento su rostro se puso resplandeciente, como si el brillo del sol divino que esta santa alma contemplaba, hubiera reverberado sobre su figura. Lejos de dar miedo, como sucede muchas veces, aun siendo personas muy queridas, tenía un atractivo tan dulce, que las Hermanas del hábi-

to pequeño, aunque niñas, no podían separarse de su cama, y cuando la pusieron en el ataúd iban todas á besarla con afán (1).

Tres semanas después, el 18 de Noviembre de 1637, murió la Madre de Brechard, en Riom. Era la segunda Hija de la Visitación, parienta de la Santa, madrina de uno de sus hijos, fundadora de muchos monasterios, y tan célebre por su virtud, que su proceso de canonización se principió con el de la Madre de Chantal, y ocho años después de su muerte se encontró su cuerpo fresco, flexible y oloroso, exhalando los más suaves perfumes. Recibió la muerte con la santa vehemencia que había empleado en todas sus empresas. Tratando la Superiora de hacerla entender con medias palabras que su última hora se acercaba, «¡cómo! Madre mía—le dijo con viveza—¿queréis tal vez decir que es preciso morir? ¡Oh, qué palabra tan dulce! Vamos á dejar el destierro.» Y se arrojó al cuello de la Superiora para darle gracias por esta buena noticia. Después, dirigiéndose á las Hermanas: «Y bien, ¿qué me decís de esta buena Madre que viene á anunciarme que muy pronto voy á ver á mi Dios? ¡Oh, qué alegría, qué felicidad!» Sus ojos se pusieron resplandecientes al acercarse la muerte; le iluminó cosas que suelen verse en el lecho de los justos: diríase que la claridad del cielo los inunda en proporción que la de la tierra se aparta de ellos. Así es como murió á la edad de cincuenta y siete años, cargada de méritos y trabajos (2).

Sin duda estas muertes tan santas y radiantes, consolaban á la Madre de Chantal; pero no destrozaban menos su alma, dejándola cada vez más sola, con el peso de sus penas, que se aumentaban todos los días. Escribía á una Superiora «que su miserable vejez es-

(1) *Vidas de las primeras Madres*, tom. I, pág. 427.—*Carta de la Madre de Chantal á la Madre Angélica*, 407.

(2) *Vidas de las primeras Madres*, tomo I, pág. 204.

taba bien despojada; que sus dos primeras y queridas compañeras se iban al cielo, y la dejaban en la tierra llena de miserias; que eran frutos maduros y prontos para ser puestos en la mesa del Rey celestial, pero que ella se había quedado en la rama, porque estaba aún muy verde, ó tal vez podrida ó carcomida»; y escribiendo esto inundaba el papel con sus lágrimas.

No obstante, habiendo muerto la Madre de Chatel, era preciso elegir una Superiora para el monasterio de Annecy. Todas volvieron sus ojos á la Madre de Chantal, que estaba entonces depuesta; y aunque suplicó de rodillas que la dejasen libre en su ancianidad para no pensar sino en sí misma, fué elegida Superiora. A esta noticia no pudo dejar de conmoverse y llorar un poco; pero recobrando al instante su energía, y persuadida que este era su último trienio, resolvió emplearle en el adelanto vigoroso de su Orden. «Este trienio—decía—tiene que servirme para la eternidad; es menester que sea la raíz siempre viva del espíritu de la Visitación y de la observancia perfecta.»

El sábado después de su elección, reunió á todas las Hermanas en capítulo, y las dirigió palabras en las que se advierte la varonil energía de su grande alma. «Puesto que Dios—las dijo—me confía una vez más el cuidado particular de esta comunidad, estoy resuelta, mediante su divina gracia, á no dejar nada por hacer, á fin de que todas adelanten en los caminos de Dios. Sí, creo que Dios me ha confiado este encargo, porque le he rogado fervorosamente en esta ocasión; su bondad sabe que no era éste mi deseo, y que en todo no miro sino su sola y pura voluntad. Pero, queridas Hermanas, no os lo ocultaré, sino que francamente os diré que éste es mi último trienio, durante el cual, Dios mediante, me consumiré en servicio vuestro; y al efecto, os consagro mi alma, y emplearé las fuerzas de mi cuerpo y el poco talento que Dios me ha dado, en ayu-

daros y serviros. No he pretendido vivir tanto, ni que mi peregrinación se prolongase tanto aquí abajo, ni nadie lo podía creer; pero pues que quiere Dios que al fin de mi vida me vea aún en este puesto por otro trienio, daré la última mano á esta viña, y consumiré mis fuerzas y todo cuanto soy en hacerla fructificar. Yo no sé, queridas Hermanas mías, si Dios me dejará serviros todo este trienio, porque en la edad que tengo, la vida es muy incierta; pero sea que Dios me llame al principio, medio ó fin, me es del todo indiferente; hágase su voluntad. Sin embargo, la divina bondad me da esperanzas de que después de este trienio me concederá algunos meses ó años de descanso, según le agrade, para pensar en mí. Porque ¡ay! Hermanas mías, hace veintisiete años que pienso en las demás, y no tengo casi tiempo para pensar en mí. Dios dispondrá de mis años, de mi vida y de mi muerte según su voluntad santísima; pero no me quiero ocupar en esto, pero os digo, Hermanas mías, que no os admiréis si me véis cada día más vigilante que nunca sobre vosotras; porque tengo en el corazón la idea de que este trienio sea memorable, y que al fin de mi vida me déis el consuelo de veros cooperar con más empeño á los designios de Dios sobre cada una, y á mi pobre servicio, que os dedicaré cuanto me sea posible (1).»

Estas graves y enérgicas palabras, recogidas y escritas por las Hermanas de Annecy, corrieron por todo el Instituto. Excitaron en él los sentimientos de temor y de pena que es fácil imaginar, temblando perder muy pronto á la Madre de Chantal, como esta santa Madre daba á entender. Se resolvió aprovechar con más celo sus ejemplos y últimos consejos.

Apenas acababa de ser elegida la Madre de Chantal,

(1) *Compendio inédito de los capítulos de la Madre de Chantal*: manuscrito en 4.º, perteneciente al monasterio de la Visitación de Dijón.

cuando recibió un mensaje de la reina Ana de Austria, que, embarazada de Luis XIV, se encomendaba á sus oraciones, y le suplicaba mandase rogar por ella á todo el Instituto, á fin de que el Señor le diese un hijo y un heredero á Luis XIII. La Santa, en quien los grandes sentimientos de fe no disminuían los legítimos afectos de la patria, mandó al instante que en todos los monasterios se hiciesen oraciones por S. M.; pero ni las instancias de su hermano el Arzobispo de Bourges, ni las de las Hermanas, pudieron determinarla á escribir á la Reina. «¡Oh! ¿quién soy yo—decía—para escribir á esta gran Reina? Debemos mantenernos tan pequeñas y escondidas, que no busquemos invenciones humanas para acercarnos á los grandes (1).»

Mientras tanto, la Visitación continuaba extendiéndose y multiplicándose por todas partes. Las provincias que tenían ya monasterios aumentaban su número, y las que no los tenían, los fundaban. La Picardía preparaba la fundación de Amiens; la Guienna, la de Burdeos; las Landas, la de Bayona; el Albigeois, la de Albi. La Italia, á quien la Madre de Chantal había hecho dar el primer paso colocando á su puerta la Visitación de Aosta, no había querido contentarse con esta sola, y dos fundaciones italianas se concluían y la acompañaban la de Pignerol y la de Niza. La tercera iba á nacer: la de Turín.

Hacía largo tiempo que se trataba de esta última. Desde 1618, la Duquesa de Mantua había hablado de ella á San Francisco de Sales, que había aprobado el proyecto, y por un instante se creyó que la casa de Turín sería una de las primeras de la Orden. Este proyecto volvió á emprenderse con afán en 1620, y pareció tan próxima su realización, que el santo Obispo de Ginebra designó á la Madre Favre para fundadora.

(1) *Cartas de Santa Juana Francisca*, 39.

Pero la muerte de San Francisco de Sales, las guerras y la peste que arruinaron este desgraciado país, y después la muerte de la Madre Favre, designada de nuevo para el establecimiento, la de la Madre de Chatel, que debía reemplazarla, y sobre todo las preocupaciones que cundieron contra la Visitación, y que habían indispuesto contra ella al Arzobispo y aun al Nuncio, todo fué causa de ir dilatando de un año para otro, durante mas de veinte, la fundación proyectada.

Se deseaba, no obstante, vivamente en Turín que se llevase á cabo. Las Infantas, hermanas del rey Víctor Amadeo, el príncipe Tomás de Saboya, la princesa Matilde, hija de Filiberto Manuel, duque de Saboya, y el marqués de Pianesse, su hijo, no cesaban de escribir y hacer escribir á la Santa para rogarle apresurase el establecimiento del monasterio; y, sobre todo, insistían con empeño en que la Madre de Chantal viniese en persona para satisfacer el deseo que el rey Víctor Amadeo y toda su corte tenían de ver á esta gran sierva de Dios.

Pero por más fuertes que fuesen estas instancias, ni el Obispo de Ginebra ni la comunidad de Annecy podían decidirse á dejar á la venerable Madre de Chantal, de edad de sesenta y seis años, emprender un viaje tan largo, tan penoso y lleno de peligros; por este motivo, el negocio se iba dilatando; pero concedidas, al fin, las bulas en Roma, las instancias cada vez más fuertes de la corte de Turín, las obligaron, por último, á resolverse, y la Madre de Chantal salió de Annecy el 14 de Septiembre de 1638.

Fué primero á Rumilly, donde fué recibida con gran alegría, y desde allí á Chambéry, en cuyo monasterio estuvo mucho días, colmando de caricias á las Hermanas y á las novicias. En el instante en que una de éstas, muy pálida y delicada, se acercaba para abrazarla: « ¡ Oh ! ésta—dijo—tiene que hacer larga carrera, » lo que admiró á todos, pues estaba desahuciada de los médicos;

y no obstante, vivió setenta y dos años, y fué largo tiempo Superiora de muchos monasterios (1). Las Hermanas domésticas vinieron también á despedirse y recibir los abrazos de la venerable Madre, y una de ellas, que tenía grandes grietas en las manos, y que por esta razón cumplía con mucho trabajo su empleo, apenas puso sus manos en las de la Santa cuando repentinamente quedó curada. Aún se conserva en Chambery la memoria de un hecho, poco importante en la apariencia, pero que demuestra cuánto estimaba la Madre de Chantal la obediencia. Un miércoles hacían las Hermanas el ejercicio de la disciplina, y cuando llegó el término del tiempo prefijado, dió la Santa la señal para acabar. Una Hermana, que probablemente no la había oído, continuó aún dándose algunos golpes. Al día siguiente, en la recreación, quiso la venerable Madre saber cuál era la Hermana que no había obedecido á la señal. «Hija mía, —le dijo con seriedad,—sabed que tantos golpes como os habéis dado de más, son otros tantos sacrificios que habéis hecho al diablo.»

Al salir de Chambery continuó su viaje por la Tarantaise, y como el rumor de este viaje se había extendido, encontró todo el camino lleno de una multitud de aldeanos que venían de los pueblos para verla. En cuanto veían de lejos la litera, se ponían de rodillas y le pedían su bendición. Benito Teófilo de Chevron, Arzobispo de Tarantaise, fué á recibirla á tres leguas de Montiers, con su vicario general, que era Carlos Augusto de Sales. «En todas partes se la recibía como á una Santa—dice este último.—Soy testigo ocular de ello, en cuanto á los pueblos de la Tarantaise, que doblaban la rodilla á su paso.» El Arzobispo no quiso que fuese á parar á otra parte que á su palacio, y la recibió como si Dios le hubiese enviado una embajada extraordinaria. Habló con

(1) *Proceso de Canonización de la Santa Madre de Chantal.*

ella cuanto le fué posible y al otro día quiso enseñarla el camino del pequeño San Bernardo por el Valle de Aosta, y nos dijo alegremente: «Vamos á escoltar á una Santa;» y cuando volvimos, «Dios sea bendito—dijo;—este día no se ha perdido, porque hemos hecho cuanto ha sido posible á nuestra pequeñez para honrar á una Santa (1).»

Aunque el camino del pequeño San Bernardo es más penoso que el de Monte Cenís, la Madre de Chantal le escogió porque deseaba visitar el monasterio del valle de Aosta. Fué recibida con un entusiasmo difícil de expresar. El Marqués de Pianesse salió á recibirla, acompañado de un gran número de caballeros. El pueblo se había juntado en tropel en el camino; todas las campanas tocaban á vuelo, y las iglesias estaban adornadas como en un día de fiesta. Después de haber adorado las reliquias que se habían expuesto, la Madre de Chantal entró en el monasterio de la Visitación el 21 de Septiembre de 1638.

«Su aspecto nos pareció un poco serio—escribieron después las religiosas,—pero tan humilde, tan recogido y tan celestial, que aun cuando no hubiera sido nuestra venerable fundadora, no hubiéramos dejado de echarnos á sus piés para venerar el templo del Espíritu Santo, como hicieron muchos seglares y un devotísimo canónigo de la Catedral, que vino á manifestarle su conciencia. Le cortaron el velo para tener reliquias suyas (2).»

Al salir del Valle de Aosta sucedió una cosa muy extraordinaria: El Lugarteniente de la provincia, Sr. De-

(1) *Oración fúnebre de la Madre de Chantal*, por Carlos Augusto de Sales.

(2) *Relación manuscrita del paso de nuestra digna Madre de Chantal por el monasterio del Valle de Aosta*. Esta relación, firmada por cuatro Hermanas, testigos oculares, se conserva en los Archivos del monasterio de Annecy.

riard, se había encargado de buscar los hombres que debían llevar la litera de la Santa, y había escogido entre otros «á un extranjero que alardeaba de su fuerza, y con razón, porque era hombre que llevaba pesos que tres apenas hubieran podido levantar». «Pues bien—continúan los autores de la relación manuscrita,—apenas los conductores dieron algunos pasos con su preciosa y respetable carga, cuando aquel hombre, que pasaba por el más fuerte y hábil entre los de su oficio, empezó á titubear, sintiéndose de repente atacado de un decaimiento tan general de todos sus miembros, que á pesar de los esfuerzos increíbles que hacía, hasta inundarse de sudor, no le fué posible sostenerla. El Lugarteniente de la provincia empezó con amenazas y aun con algunos latigazos de fusta, á obligarle á que anduviese, pero este desgraciado, sintiendo una debilidad prodigiosa, no pudo sostener la carga, y, en fin, la dejó caer. [Este singular accidente sorprendió mucho al Lugarteniente, que quiso averiguar la causa, y para ello mandó á este hombre, confundido y temblón, que probase á mover una piedra que le señaló, y ¡cosa admirable! aunque esta piedra era de un grandor enorme, y tal que tres ó cuatro hombres de los más robustos apenas la hubieran podido mover, no obstante la hizo rodar diversas veces, con tanta facilidad que parecía que jugaba con ella. No es posible imaginar lo admirados que quedaron todos los espectadores de este suceso; pero acordándose de lo que el rumor público decía de la escandalosa vida de este desdichado, comprendieron que el dedo de Dios se veía en esta ocasión, y que el Señor no había querido que un vil esclavo de Satanás fuese cargado con tan precioso depósito (1).

Las religiosas aseguran en su relación haber sabido

(1) Véase la carta de Pedro Francisco de Sales, Obispo de Aosta, al Papa Benedicto XIV, inserta en un compendio de cartas, pidiendo la canonización de la Madre de Chantal.

poco tiempo después que este hombre, que había sido desterrado de su país, habiendo sido preso, fué juzgado y condenado al último suplicio por crimen de hechicería.

Del Valle de Aosta á Turín no es posible contar todas las ovaciones que recibió la Madre de Chantal; baste decir que en todas partes se repetían las mismas escenas. Se la recibía con salvas de artillería; los Obispos iban á saludarla «como al mayor tesoro que hubiese entonces en el mundo;» los Príncipes y Princesas la escoltaban por el camino, y un gentío inmenso de los pueblos se ponía de rodillas y la pedía su bendición.

En el momento en que entraba en Turín recibió un mensaje de Su Alteza Real, que la rogaba fuese á uno de los castillos que pesaba en el campo, donde tenía á su hijo moribundo. La Madre de Chantal, que fué allá al instante, fué recibida con muestras de la mayor veneración, y la desconsolada madre del Duque la condujo al lecho donde éste yacía enfermo. Su Alteza Real decía que en cuanto la Madre de Chantal hiciese oración por su hijo, al instante se pondría bueno. Pero apenas se arrodilló la Santa, sintió un grande impulso de rogar por la prosperidad de Carlos Manuel, segundo hijo de Su Alteza, y una como imposibilidad de pedir por la salud del enfermo. Se levantó con íntima seguridad de que Dios llamaba al trono al segundo hijo del Rey, y así lo advirtió á Su Alteza, exhortándole con fervorosas palabras á someterse á la voluntad de Dios. El suceso manifestó cuán ciertas son las luces que Dios comunica á sus Santos.

La Madre de Chantal llegó á Turín el 30 de Septiembre de 1638, y sucedió en esta misma ciudad lo que otras muchas veces se había admirado en diferentes puntos. Á vista de la humildad de esta mujer incomparable, todas las dificultades se desvanecían. El Ilmo. Sr. Nuncio fué á visitarla, y después de algunas horas de conversación, se desvanecieron todas las preocupaciones

que le habían hecho concebir contra la Visitación, á la cual conocía muy poco, y esto poco por las falsas relaciones que de ella le habían hecho. Lo mismo sucedió con dos grandes personajes que contrariaban hacia bastantes años la fundación, y que después de haber visto á la Santa la ayudaron en cuanto les fué posible.

No obstante, se necesitaron siete meses para llevar á cabo esta fundación; y cierto, que á otra persona menos hábil y estimada que esta buena Madre, le hubiera costado mucho trabajo el lograrlo. Además del cuidado que necesitaba su comunidad nascente, empleó la Madre de Chantal este tiempo en visitar las iglesias, que son muy ricas en reliquias, los monasterios, y sobre todo los de las Anunciadas y Carmelitas, y en excitar á la virtud á las señoras piamontesas, que iban en gran número á los locutorios de la Visitación de Turín.

Mientras tanto, habiendo empezado á correr rumores de guerra en el Piamonte, el Ilmo. Sr. D. Justo Guérin, Obispo de Ginebra, escribió á la Madre de Chantal para mandarla que regresase al instante. Reunió, pues, por última vez á las Hermanas, las exhortó con afán á la práctica de las virtudes, á la humildad, al amor de las reglas, á la unión entre sí, y al respeto á la casa de Annecy, cuna del Instituto. Las abrazó á todas, les regaló á cada una una estampa, en la que había escrito algunas palabras para su consuelo y adelantos en la virtud, y les dió llorando su bendición. En la recreación de la mañana, y al pie de un frondoso árbol, fué donde esta venerable Madre se despidió de esta manera tan tierna y maternal. Muchas veces les había comunicado en aquel mismo lugar las clarísimas luces y grandes incendios que iluminaban y abrasaban su alma. Una vez, entre otras, su rostro se puso «resplandeciente como un astro.» Desde entonces se llamó á este árbol el *árbol de la venerable Madre*, nombre que conservó mientras subsistió. En su lugar se edificó después una capilla en

donde se colocó un cuadro que representa á la Madre de Chantal recibiendo las reglas de mano de San Francisco de Sales.

Desde Turín, de donde salió el 19 de Abril de 1639, pasó primero á Pignerol, en donde se detuvo poco, pues la apremiaban mucho para que saliese del Piamonte; y como el paso de Suce estaba cerrado, tomó el camino del Delfinado, y volvió á Annecy, pasando por Embrun. Descansó ocho días en el monasterio de la Visitación de esta ciudad. El día de Pascua, 24 de Abril, en la recreación de la mañana, pareció como enajenada, hablando del misterio del día. Con el rostro inflamado, y dando con las manos sobre sus rodillas, decía: «¡Aleluya! Hermanas mías, ¡aleluya!» (1).

Continuó su camino, toda turbada y conmovida por el peligro en que dejaba los monasterios del Piamonte. La muerte de Víctor Amadeo había sido la señal de la guerra civil y de la guerra extranjera. Los dos partidos que se disputaban la regencia, porque no dejaba más que un hijo de tierna edad, habían llamado en su ayuda, uno á España, otro á Luis XIII. Los dos ejércitos, español y francés, estaban para llegar á las manos, y el Piamonte era el campo de batalla. Júzguese, pues, lo inquieta que la Madre de Chantal debía estar por sus Hijas, y tanto más, cuanto que toda comunicación estaba interrumpida, y en meses enteros no tenían noticias unos de otros. La Santa pasó así el fin del año de 1639, orando, haciendo orar, llorando muchas veces, y agitada otras por los más vivos temores.

El monasterio de Turín estaba, en efecto, en un gran peligro. El ejército francés había puesto sitio á la ciudad, y la estrechaba vigorosamente. Las Hermanas, colocadas entre las baterías españolas y francesas, veían las balas atravesar sus paredes, quebrantar los

(1) *Fundación inédita de la Visitación de Embrun.*

techos y los suelos, pasar sobre sus camas, y caer en el refectorio y en el coro. El excelente Sr. Truitart, confesor de la comunidad, trabajaba día y noche en llevar tierra y piedras para hacer trincheras y fortificaciones alrededor de la clausura, y por la noche se armaba de pies á cabeza para hacer la guardia, mientras que las Hermanas la pasaban en profunda paz delante del Santísimo Sacramento (1). Al mismo tiempo, una buena Hermana doméstica llevaba sin saberlo el valor hasta el heroísmo, cogiendo legumbres en el jardín, en donde estaba empleada. Madre mía—decía á la Superiora,—¿cuántos cañonazos quiere Vuestra Caridad que oiga antes de retirarme del jardín, en donde cojo lo necesario para la comunidad?—Tres—respondió la Superiora.—Juana Benigna Gojos, este era su nombre, tomó esta orden al pie de la letra, y nunca faltó á ella. Cuando se encontraba al extremo de la cerca, al tercer cañonazo partía; pero antes de que estuviera de vuelta, una docena de balas caían á sus pies ó pasaban sobre su cabeza, sin que un peligro tan inminente turbase su paz y recogimiento. Volvía con paso tranquilo, con sus cestos de frutas y legumbres sobre la cabeza, con los ojos bajos, con un aire dulce y tranquilo, y en un profundo silencio. Una vez se llevó la bala la mitad de un árbol, bajo el cual estaba; sin hacerla ningún mal. Otra vez le rompió el cesto que llevaba, sin que esto pudiera distraerla ni atemorizarla (2).

En fin, la ciudad fué tomada por asalto, pero felizmente nada tuvieron que sufrir las Hermanas; ni un soldado pasó la clausura, ni robáron siquiera una manzana del jardín.

Las Hermanas de Pignerol tuvieron también gran-

(1) *Fundación inédita de la Visitación de Turín.*

(2) *Vida de la devota Hermana Juana Benigna Gojos, religiosa doméstica de la Visitación de Turín, 1840, pág. 34.*

disísimos temores, que se disiparon muy pronto. El Conde de Harcourt, comandante de las tropas francesas, viéndose delante de un ejército mucho más numeroso que el suyo, escribió á la Madre Ana Catalina de Beaumont, Superiora de Pignerol, encomendándose á sus oraciones y á las de la comunidad, y como sabía que la casa estaba pobre, le mandó quinientas libras. Algunos días después se supo que el Conde de Harcourt había batido á los enemigos (1). Persuadido este general de que debía la victoria á las oraciones de las Hermanas de Pignerol, les envió nuevos regalos. Muchos oficiales le imitaron; uno dió veinte doblones, otro treinta, y otro una campana. En fin, aún no se había acabado la guerra, y las Hermanas, que hasta entonces habían estado en suma pobreza, faltándoles todo, compraban una grande y hermosa casa. Así todo prospera para las almas que aman á Dios... Así la tempestad que debía quebrar un árbol, fortifica sus raíces, y le hace elevar hacia el cielo ramas frescas y fecundas.

Estas noticias llegaron á oídos de la Madre de Chantal en los primeros meses del año 1640, y le arrancaron gritos de reconocimiento. Concluía en aquel momento un asunto al que daba mucha importancia, porque creía era para gran gloria de Dios, á saber, la fundación de una casa de Lazaristas en Annecy. «Veis—decía,—cuando pienso que estos buenos Padres se meten entre zarzas y espinas para arrancar del vicio y del error á las ovejas queridas de nuestro bienaventurado Padre y pastor, me parece que me rejuvenezco viéndolos venir á esta diócesis.» Su alegría hubiera sido perfecta si, en el momento en que concluía todas estas cosas, no hubiera sabido de repente la muerte de su hermano el Ilmo. Sr. Arzobispo de Bourges. Era un santo Prelado, que había hecho hacia algunos años, sobre todo bajo la

(1) *Vidas de algunas Superiores*, en 4.º, pág. 109.

dirección de la Madre de Chantal, admirables progresos en la virtud. Murió en París con la muerte de los justos, en los brazos de su sobrino el Ilmo. Sr. Obispo de Chalons, y de su sobrina la condesa de Toulangeón. La santa Madre de Chantal le lloró mucho, y escribió á todas partes para pedir oraciones por el alma de su querido difunto, y para que alcanzasen para sí misma la gracia de una santa muerte.

Entre estos negocios y estas penas se pasaron los tres años de su superioridad, y llegó el día de dejar el gobierno de la comunidad. Le vió llegar con la alegría de un preso cuyos grillos se van á romper. Muchos días antes importunó tanto al Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra, que consiguió de él prohibiese á las Hermanas la pusieran en el catálogo, para que no se la eligiese ya nunca Superiora. El sábado antes de la Ascensión, 11 de Mayo de 1640, reunió el capítulo, hizo dimisión para siempre de su autoridad, y pidió perdón á las Hermanas de las faltas que había cometido. Hablaba con un ardor de serafín, y una humildad propia de una verdadera santa. Quiso en seguida que todas las Hermanas se pusiesen en fila, y lo que nunca había hecho en el capítulo, las abrazó una á una, despidiéndose de todas en calidad de Superiora, y asegurándoles que nunca dejaría de quererlas, pues que las tenía «el afecto tierno de las pobres y ancianas abuelas á sus nietos.»

Depuesta la madre de Chantal, fué preciso pensar en reemplazarla. Todos volvieron los ojos á la Madre de Blonay, apellidada por San Francisco de Sales la *Crème* de la Visitación, y á la que llamaba la santa Fundadora su querida pequeña, la cual, después de las muertes de las Madres Favre, Brechard y Chatel, era considerada como la primera de la Orden. El Obispo de Annecy la pidió al Cardenal de Lyon, que la concedió. Al saber esta noticia la Madre de Chantal no pudo menos de manifestar su alegría, y escribió á la Madre de

Blonay: «¡Aleluya! mi muy querida hija, ¡aleluya! En fin, gracias á nuestro buen Dios la palabra del hombre tuvo virtud. Nuestro bueno é Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra ha recibido amable y muy favorable respuesta de su Emma, el Sr. Cardenal. Muy pronto seréis toda nuestra, Dios mediante. ¡Ay, cuántos años hace que trabajo por esto! Ya lo sabéis.» Y algunos días después, hablándole de la alegría que había causado la noticia de su venida: «Pero me parece que ninguna satisfacción es igual á la mía, viendo volver á mi lado á mi querida hija pequeña, para pasar junto á ella el resto de mis días, tenerla por Madre muy querida, por Hija únicamente amada, y Hermana de toda mi confianza. A todas partes escribiré mi alegría (1).

No era sólo la alegría de la Madre de Chantal por volver á ver una Hermana tiernamente amada y á la cual había tenido siempre en grande estima, sino que sobre todo se alegraba de volverse á poner bajo el yugo de la obediencia y encontrar algo de aquella paz que le había procurado la dirección de la Madre de Chatel. No hablaba más que de la próxima llegada de la futura Superiora, excitando á las Hermanas á que la amasen mucho, á obedecerla perfectamente, y á estar muy cordialmente unidas unas con otras. Al salir de las recreaciones y de las juntas, si encontraba á las Hermanas, les decía con un rostro inflamado: «Queridas Hermanas mías, amor, amor, amor.»

La Madre de Blonay llegó la víspera del día del Corpus del año 1641. Advertida la Madre de Chantal de que ya estaba á la puerta del monasterio, se fué allá apresurada y alegre, acompañada de todas las religiosas, y en cuanto se abrió la puerta se puso de rodillas á sus pies, y abrazándola, le dijo: «En fin, mirad á mi

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, por Carlos Augusto de Sales, página 174.

Madre, á mi Hija, á mi Hermana, á mi alma y á mi corazón.» La Madre de Blonay estaba también de rodillas, pero tan confusa de ver á la Santa en esta humilde postura, que no sabía qué responderle (1).

Habiéndose levantado, quiso la Madre de Chantal que toda la comunidad fuese á dar gracias á Nuestro Señor por esta feliz venida, y sonriéndose con una de sus Hijas: «¿Qué hago yo en esta vida—le dijo,—pues que ya está provisto mi querido Annecy de una Madre cual yo le deseaba?»

Al otro día, la Madre de Chantal fué á la celda de la Madre de Blonay para darla los buenos días, y saber cómo había pasado la noche. En seguida le entregó el estado de su alma, y le suplicó la hiciese obedecer, porque—decía—tenía mucha necesidad de ello. Le manifestó todas sus prácticas, para saber si podía seguir con ellas, enseñándole hasta sus protestaciones de fe, que llevaba en una bolsita colgada del cuello, y también una estampa de Jesús, María y José, que tenía en sus *Constituciones*, pidiendo permiso para guardarla. Abrió también el cajón de su mesa, haciéndole ver que no tenía nada más que un pedacito de tafetán verde de que necesitaba algunas veces para sus ojos (2).

Hubo entonces entre la Madre de Blonay y la Madre de Chantal una de esas luchas que el mundo no conoce, pero que la Iglesia de Dios ofrecerá hasta el fin á las miradas atónitas de sus enemigos. La madre de Blonay no podía sufrir que la Madre de Chantal, agobiada por los años y radiante de santidad y aun de gloria humana, estuviese en el último puesto con una Hermana del hábito pequeño, y así quería darle un puesto más honroso, como á la Fundadora y Madre universal.

Pero la bienaventurada rehusaba consentir en ello.

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, pág. 178.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 386.

En sus viejos años, como ella decía, parecía que no tenía más que una necesidad: abismarse en la humillación. En el capítulo, en el refectorio, se ponía de rodillas á la menor advertencia de la Superiora, y decía humildemente sus culpas. Se ponía en el último lugar en todas partes; iba á fregar á la cocina y barría las escaleras. Todo esto disgustaba á la Madre de Blonay, que no podía resignarse á ver á sus piés á esta venerable Fundadora, y de esto resultaban perpetuos conflictos. A cada instante la Madre de Blonay iba á tomar del brazo á la Santa para hacerla dejar el último lugar, á que se volvía siempre. Si iba á decir sus culpas, se precipitaba á su encuentro, y sosteniéndola en sus brazos, la impedía ponerse de rodillas. «¡Ay, Madre mía!—decía la Santa,—me quitáis mi consuelo todos los días». Se la engañaba cuanto era posible para impedir que fuese á fregar cuando le correspondía; pero lo conocía, y estaba muy vigilante para que no se la privase de lo que ella llamaba su felicidad y grande honor. Se tomaban las más minuciosas precauciones para evitarle la humillación del Capítulo. La Madre de Blonay le daba ocupación, ó hacía que la llamasen al locutorio mientras se tenía; pero encontraba siempre algún escape, y llegaba precisamente en el momento en que empezaba. Una vez, hacia el fin de la recreación, la Madre de Blonay fué á tener el capítulo antes que tocasen, pensando sorprenderla así: pero fué en vano. La Santa lo temió, y cortando repentinamente la conversación que tenía en el locutorio, fué al capítulo, y viéndola entrar la Madre de Blonay, le dijo que se retirase, que aquel acto estaba ya empezado, que lo dejase por aquella vez, que ya vendría el sábado siguiente. La Santa obedeció y se retiró, pero sollozando. Fué á buscar á una enferma que se había quedado en la enfermería, y se encomendó á sus oraciones, diciéndole que era indigna de estar en la comunidad; que se la había separado de

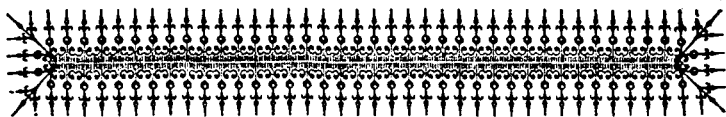
ella, y que era muy justo; y lloraba y sollozaba tanto diciendo estas cosas, que la enferma y la enfermera no pudieron menos de llorar con ella.

Estas escenas se renovaban todos los días, y este debate fué tan lejos, que el Obispo tuvo que ir á poner orden en el asunto. Pero la Santa defendió tan bien su causa, é hizo valer tantas y tan buenas razones, que el señor Obispo dió la sentencia á su favor, y por más que dijo la Madre de Blonay, mandó que se dejase á la Madre de Chantal el consuelo de humillarse á su gusto, á ejemplo—decía este buen Prelado—de Nuestro Señor Jesucristo, que fundador del mundo y de la Iglesia, se había hecho el último de todos, y había besado los piés á sus discípulos. El Ilmo. Sr. Guerrin estaba lleno de gozo considerando estas escenas. Levantaba las manos al cielo: «¡Ojalá—decía—que en este momento me fuese dado sacrificar mi vida, porque jamás hubiese otra disputa que ésta entre las Superiores elegidas y las Superiores depuestas de la Visitación (1).»

Durante este tiempo—dicen las antiguas Memorias—la bienaventurada se manifestaba tan extraordinariamente dulce y amable, y tan ocupada en Dios y en las cosas eternas, que algunas de nosotras nos estremecíamos, temblando que esta sagrada antorcha estuviese para dar su último resplandor (2).

-
- (1) *Vida de la Madre de Blonay*, pág. 181.
(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 270.





CAPÍTULO XXXIII

Retrato de la Madre de Chantal.

Acércase, efectivamente, la hora en que la bienaventurada Madre de Chantal va á entrar en la eternidad. Recojámonos, pues, un instante, y contemplemos una vez más el conjunto de sus venerables facciones.

Existe en el segundo monasterio de la Visitación de París un cuadro original, que tiene la fecha de 1636, sobre el cual se lee: «Nuestra respetable Madre Juana Fremiot, primera de la Orden, á la edad de sesenta y cinco años (1).» Este lienzo, sin la firma del autor, pero de buen pincel y pintado durante el viaje de la Santa en 1636, nos permite contemplar á la Madre de Chantal en todo el brillo de su hermosa vejez. Son las mismas facciones, el mismo parecido que en su retrato de joven soltera. Sólo que bajo la influencia de la edad y la acción de la virtud, la fisonomía ha cambiado un poco. Lo que había de ardiente, y casi iba á decir de altivo, en el rostro de la Santa á los veinte años, ha desaparecido. El fuego de su mirada se ha dulcificado. Una encantadora bondad está impresa en sus labios: la barba, algo dura, se ha redondeado, lo que acaba de dar á todo el semblante la expresión de la dulzura. Pero aún se ad-

(1) Este hermoso retrato es el que damos al principio del segundo tomo de esta historia.

vierte aquella frente alta y espaciosa; aquellas sienes fuertemente dibujadas, que manifiestan la energía de su carácter; los juanetes abultados; las mejillas llenas y sonrosadas, cubiertas, como se ve á menudo en Borgoña, de venitas sanguíneas que atestiguan el ardor del temperamento; la nariz fina y ligeramente aguileña; la boca amable, y aquel aire de distinción, majestad y gracia, moderado, no obstante, ahora mucho más que en su juventud, por la modestia, y tansfigurado por la bondad.

Curioso sería colocar enfrente de este retrato el hermoso de Santa Teresa, como le han publicado recientemente los Bolandistas. Se vería en una sola ojeada en qué se parecían estas dos grandes almas, una y otra llenas de inteligencia, viveza, vehemencia y fortaleza, pero con una diferencia que las distingue completamente. El talento de Santa Teresa es como su mirada, claro y elevado. Es un entendimiento penetrante que se remonta sin esfuerzo á los pensamientos más sublimes, y se deleita en elevarse á las alturas. El talento de la Madre de Chantal es de otro género. Es un talento todo práctico, también muy penetrante, pero inclinado á los negocios, poco á las ideas, más sólido que brillante, y casi desprovisto de imaginación; pero de un raciocinio y buen sentido rarísimos. Después de su muerte, cuando los médicos abrieron su cuerpo para embalsamarle, declararon no haber visto nunca cerebro más sano, ni cabeza mejor organizada, añadiendo que no era de admirar tuviese tan buen juicio, y un genio tan morigerado (1).

De la diferencia de los talentos nace la diferencia de la palabra. La elocuencia de Santa Teresa es célebre. Con sólo abrir los labios y coger la pluma en la mano, las ideas, las imágenes y las más brillantes comparaciones fluyen en abundancia. La Santa Madre

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 292.

de Chantal se agotaba más pronto. En general hablaba poco y brevemente. «Preguntadme—decía sin cesar á sus Hijas—porque yo no soy gran predicadora, y casi no sé hablar sino respondiendo.» Escribía aún mucho menos. Puesta durante treinta años á la cabeza de un nuevo Instituto, elevada á muy altos grados de oración, versada profundamente en las cosas de Dios, nada escribió, sin embargo. Lo poco que tenemos de ella ha sido recogido de sus conversaciones y de los capítulos que presidió, y aun esto sin que lo supiese. Sus cartas no se recogieron hasta después de su muerte; las escribía corriendo; las dictaba á menudo, y algunas veces á tres ó cuatro secretarias á un tiempo (1); siempre breves, sin poner más que lo preciso, con algunas palabras bondadosas y cordiales al fin. Instrucciones, discursos, cartas, respuestas: todo para la Santa era acción, sin dar más importancia ni dedicar más tiempo á una cosa que á otra. No obstante, estas cartas, á pesar de su descuido, revelan un gran talento. Todo en ellas es tan castizo, sólido, y á veces tan eficaz y tan vehemente; hay tantas ideas y tan pocas palabras; tal desdén de formas, con tal facilidad de llegar á ellas sin pensarlo; tan bellos rasgos de pasión, con una razón tan serena, tan clara y con tan buen juicio, que evidentemente, el talento que guía la pluma debe ser del orden más elevado.

Lo que es aún mucho más evidente es que esta alma era de la familia de las almas grandes. Como inteligencia, la Madre de Chantal tiene rivales, y no tenemos dificultad en preferir á Santa Teresa; como carácter tiene muy pocos. Poseía en el más alto grado las cualidades que rara vez se reúnen, y casi podríamos decir las más opuestas: la paciencia y la viveza, la vehemencia más irresistible y la constancia más invencible; tanta entereza de ánimo junta con un don de autoridad

(1) *Memorias de la Madre de Chaussy*, pág. 492.

sobre los demás, que la hacía dueña de todo. Parecía que había nacido para mandar; tan fácilmente lo hacía, que casi no lo pensaba. Tenía el porte de una reina, la mirada, la voz, el aire del mandato y del gobierno: si no hubiera tenido cuidado, éste hubiera sido su escollo, porque habría llegado á ser altiva, orgullosa, imperiosa, inclinada á la severidad, y sin poder tolerar la resistencia. Felizmente, la gracia de Dios, la dulzura comunicativa de San Francisco de Sales, y la santidad, corrigieron este defecto, desarrollando en su alma una dulzura y una humildad tanto más admirables cuanto que eran menos naturales.

Por otra parte, tenía un corazón excelente. ¿Quién podría dudarlo después de haber leído esta historia? Su vida no es más que una serie de relaciones y afectos los más santos, los más nobles y legítimos, pero también los más vehementes y los más invencibles que se puede imaginar. Podrán encontrarse corazones más tiernos, pero en ninguno se hallará más calor, más fidelidad y abnegación, y en consecuencia más verdadero amor: amaba poderosa y apasionadamente, según expresión de San Francisco de Sales, y esto es lo que acababa de hacerla una grande alma.

Tan magníficos dones, no eran evidentemente en la Madre de Chantal sino la piedra de sillería; medios para llegar á un gran fin. ¿Qué hubiera hecho de ellos si hubiera debido pasar toda su vida en su castillo de Bourbilly? Allí hubiera amado á sus hijos, así lo creo; pero ¿los hubiera amado más? Los hubiera casado; ¿lo habría hecho mejor acaso? Les hubiera cerrado los ojos; porque viviendo con ellos, no por eso hubiera podido impedir su muerte, y quedándose anciana y viuda dentro del castillo de una provincia, hubiera enterrado los magníficos dones que Dios la había concedido para que llevase á cabo las más grandes empresas. Probablemente hubiera llevado á su lado á su nieta María de

Chantal en cuanto quedó huérfana; la hubiera educado en medio del campo, de un modo muy sólido, pero poco brillante; la hubiera casado con algún caballero de los alrededores de Bourbilly ó Monthelón, que quizá nunca la hubiese llevado á la corte, y así, el resultado de la conducta que tantas gentes reprende á nuestra Santa no haber seguido, hubiera sido haber quitado á la Iglesia la señora de Chantal, y al mundo la señora de Seigné. Mucho mejor hizo para sí misma y para nosotros en seguir su vocación; y aquí, como siempre, los intereses de Dios estuvieron acordes con los intereses de la humanidad.

Sobre este fondo de eminentes cualidades, sembró Dios desde el principio el germen de las mayores virtudes. Se ha visto en esta historia cuál fué desde la cuna, después y siempre, la fe de la Santa Madre de Chantal. Era aquella fe firme, profunda, que no titubea, según la expresión de la Escritura, y á la cual todo le está prometido. Había escrito con su sangre la gran profesión de la fe del Concilio de Trento, y día y noche la llevaba sobre su corazón. Cuando estaba en la iglesia, su mayor gusto era oír cantar el *Credo*. Decía que esta unión de todas las voces y de todos los corazones en un mismo acto de fe, le arrebatava el alma. Honraba con particular culto al Patriarca Abraham, llamado en la Sagrada Escritura el padre de los creyentes; y después que, como él, sacrificó á su hijo por obedecer á Dios, se aumentó su devoción. Celebraba también de un modo particular las fiestas de los santos Mártires, que dieron su vida por la fe; y la de los grandes Doctores de la primitiva Iglesia, porque la defendieron con sus magníficos escritos. Aunque leía con profundo respeto todos libros de la Escritura Santa, ninguno le gustaba tanto como el de los Hechos de los Apóstoles. Aquellas páginas heróicas, en donde brillan á cada instante la fe de San Pedro y el celo de San Pablo, y

que están todas llenas de los triunfos de la Iglesia naciente, inflamaban su grande alma y hablaba de ellas con entusiasmo. Cuando concluía su lectura, decía besando el libro: *Credo et Confiteor*; «creo de corazón y confieso con la boca», con una energía que encantaba á los que la veían. De todos los misterios de la religión, el que más veneraba era el de la santa Eucaristia, porque nuestro Señor mismo le ha llamado misterio de fe. Había aprendido de memoria el himno admirable de Santo Tomás: *Adoro te devote*; y las estrofas que gustaba repetir eran aquellas en que el santo Doctor hace, en términos tan magníficos, tan hermosas protestaciones de fe. Suspiraba por el martirio y decía á sus religiosas: «¡Oh Dios mío, qué motivo de humillación para nosotras el no haber sido dignas de confesar nuestra fe delante de los tiranos de la tierra!»

Esta fe tan fuerte se apoyaba solamente en la palabra de Dios, y por esto era invencible. A ejemplo de San Luis, no se cuidaba de oír las razones que prueban la verdad de los dogmas, ni la relación de los milagros que Dios ha hecho para sostenerla; y ordinariamente mandaba omitir su lectura cuando se leía en el refertorio la vida de los santos. «¿Qué tenemos que hacer nosotras—decía—con estas pruebas y con estos milagros, sino bendecir á Dios, que los ha hecho para algunos que tenían necesidad de ellos? Nosotras tomemos su palabra dada á la santa Iglesia, y es muy bastante»; y otro día: «Estoy más segura—decía—de la verdad de todos los artículos de la fe, que de que tengo dos ojos en la cara.»

Sobre este fundamento invariable de la palabra de Dios, apoyaba todas sus empresas. «No hay necesidad de apoyarse en medios humanos—decía un día principiando una fundación;—baste creer que la palabra de Dios siempre se cumple.» Y otra vez, en circunstancias sumamente difíciles: «El cielo y la tierra pueden tras-

tornarse, pero la palabra de Dios permanecerá eternamente. Está dicho que si buscamos el reino de Dios y su justicia, lo demás se nos dará; lo creo, y descanso en ello.» Así, aun cuando todas las criaturas la hubieran abandonado, no se hubiera turbado; y aun por el contrario, esto mismo hubiera realzado y afirmado su esperanza. Cuantos menos apoyos veía á su alrededor, cuantos más obstáculos encontraba, más se dilataba su corazón; mirando á Dios y avivando su fe, se apoyaba con tanta más resolución en Dios, cuanto más destituida se veía de todo socorro humano; en los momentos más apurados, se le oía exclamar: «¡Dios es fiel! ¡Dios es fiel!» Y también: «Aun cuando este mismo Dios me hundiese ¡esperanza en Él!» De aquí dimanaba aquella paz en medio del peligro; aquella alegría y aquella serenidad en los mayores apuros y en las grandes escaseces de las fundaciones; aquella dulce alegría aun en medio de las penas interiores más horribles; aquella constancia, en fin, y aquella fortaleza invencible que la hacía superior á todas las dificultades. En esta mujer incomparable tuvo perfecto cumplimiento aquella hermosa palabra de la Escritura santa: «La victoria por la cual triunfamos de todo, es la victoria de nuestra fe.»

A esta fe firme, á esta esperanza invencible, juntaba el amor más fuerte á Dios, el más animoso en las empresas, el más constante en las dificultades, el más discreto y humilde, y sobre todo el más generoso; un amor que la hacía vivir enteramente abandonada á la santísima voluntad de Dios, que la inclinaba al aniquilamiento total de sí misma para exaltar á su amado, y que la inundaba de alegría, pensando en la felicidad de participar en algo de los desprecios, humillación y dolores de su Salvador; muy feliz—decía—por seguir á Jesucristo desnudo, completamente desnuda de todo, uniéndose á Él por la inmolación de sí misma. Los mayores personajes del siglo XVII, no podían hablar sin

entusiasmo de la grandeza del amor de la Madre de Chantal. «Yo no sé—decía un santo religioso—si el amor divino ha tenido nunca un dominio más entero y más absoluto sobre un alma, y si podría encontrarse otra más abandonada al amor en toda la tierra.» Ya se había hecho vulgar á fuerza de repetirlo, que la Madre de Chantal era una de las mayores amantes que tenía Dios en la tierra.

Este amor ardiente que la Madre de Chantal tenía á Dios era tan puro, tan elevado, que no se cuidaba de goces, consuelos, ni aun de las recompensas mismas del amor. «Saborear las suavidades de Dios—decía—no es amor sólido; pero humillarse, sufrir, padecer, morir á sí misma y querer no ser conocida más que de Dios, este es verdadero amor.» Y en otras circunstancias: «Si la gloria y la felicidad pudiesen separarse de Dios, no daría un paso por tenerlos, porque no quiero aspirar sino á Dios sólo.» Y añadía: «He dicho muchas veces á nuestro Señor en lo más fuerte de mis trabajos, que si le agradase fijar mi morada en los infiernos, con tal que fuese sin que yo le ofendiese y que mis tormentos fuesen para gloria suya, estaría contenta y siempre sería mi Dios.»

Así, todo su afán era entregarse toda entera á la gracia y beneplácito de Dios. «Dios sólo, Dios sólo,» decía sin cesar. «¡Entregaos, entregaos al amor santo!,» repetía incesantemente á sus Hijas. Y un día que una de ellas decía que esto era muy difícil: «¡Oh, si supierais lo que es estar enteramente entregada á la gracia!» Y al decir estas palabras sus ojos se elevaron ardientemente hacia el cielo, como si se hubiese quedado en éxtasis. Un testigo que fué oído en el proceso de la canonización, cuenta «que su alma parecía quedar á veces toda abnegada en Dios.» Y la misma Santa confesó que había recibido de Dios por algunos momentos tan gran don de amor divino, «que le parecía que su cuer-

po no era más que un extranjero asociado con ella. Tan elevada se sentía por el santo amor sobre todas las cosas de la tierra.

Pero por más puro y ardiente que fuese su amor, la santa Madre de Chantal no caía en aquellos refinamientos de espiritualidad que empezaban á manifestarse, y que iban á turbar las más bellas aspiraciones de la piedad en el siglo XVII. La firmeza de su buen juicio la protegió siempre contra semejantes extravíos. Estando un día en una de las mayores ciudades de Francia, una religiosa de virtud eminente quiso conferir con ella de su interior. En la conversación le dijo esta religiosa que hacía algún tiempo se encontraba en tales sequedades y abandonos, que era preciso se contentase con saber que Dios es Dios, sin atreverse á llamarle su Dios, ni aun pensar que lo fuese. «¡Oh! en cuanto á esto—dijo la Madre de Chantal—lo dejo para vos, querida madre mía; jamás practicaré yo esta abnegación. Por abatida que haya estado mi alma, jamás ha llegado á tanto que no haya podido decir: Dios mío, vos sois mi Dios, y el Dios de mi corazón.» Replicándole esta religiosa que diciendo *Dios mío* parecía en esta palabra que aún no habla una perfecta desnudez de espíritu, «y qué—replicó la Santa,—¿igualará nunca nuestra desnudez á las del Hijo de Dios? Y no obstante, en medio del mayor de los abandonos imaginables, dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado?»

Este amor á Dios, tan fuerte, tan sólido, y por decirlo así, tan austero, se unía, no obstante, á la piedad más sencilla y tierna. Era un gusto verla en la noche de Navidad, con qué devoción iba á envolver al Niño Jesús por sí misma para colocarle en el pesebre que hacía poner, y cantarle y hacer cantar alegremente á las Hermanas los villancicos que ellas mismas componían, cuidándose poco de la rima, y atendiendo á la devoción que en ellos encontraba. Gustaba también de

que con esto se mezclasen algunos dichos y relaciones inocentes y recreativos.

Celebraba con la misma alegría franca y sencilla la fiesta de la Epifanía, y había encargado á la hermana María Petra de Chatel pusiese en verso todo el viaje de los Magos.

Durante la Cuaresma era la misma piedad ternísima, pero con otro carácter: no hablaba sino de la Pasión, y decía que su corazón se derretía de amor y de dolor, solamente con la memoria de los sufrimientos y humillaciones del Dios hombre. Las palabras que repetía con más gusto eran éstas: *Le vimos y no le conocimos. Le hemos reputado como leproso y verdaderamente es el Varón de dolores.* Las hizo poner en verso, y las cantaba muchas veces en la recreación. El Jueves Santo lavaba y besaba los pies de las Hermanas, con una devoción que resaltaba en su rostro. El Viernes y Sábado Santo parecía ella misma un calvario ó un pequeño sepulcro, y pasaba horas enteras llorando. El día de Pascua iba á la cabeza de la comunidad á rezar siete estancias, en reverencia de las siete apariciones de Nuestro Señor. El día de la Ascensión no dejaba nunca de ir á coro un medio cuarto de hora antes de las doce, para acompañar á Nuestro Señor al subir al cielo. Hacía sacar los dones del Espíritu Santo el día de Pentecostés, y ponía un especial cuidado en comprender bien y practicar el que le había tocado por suerte.

Generalmente, la víspera de estas fiestas hacía algún acto de penitencia en el refectorio, en presencia de las Hermanas. Ordinariamente solía rezar en alta voz con los brazos en cruz, pidiendo á Dios el espíritu del misterio que se celebraba al otro día. El fervor de su corazón subía entonces á su rostro y le iluminaba de tal modo, que algunas veces resplandecía como un astro.

Durante todos estos días de fiesta, presidía por sí misma el Oficio; y hasta los setenta años no faltó nunca

á esto, á menos que no estuviese depuesta, en cuyo caso se mantenía humildemente en su rinconcito. Su voz era hermosa y fuerte, y al mismo tiempo tan llena de devoción, que la comunicaba á cuantas la oían. Las más pequeñas ceremonias eran para la Santa muy dignas de respeto, y sobre todo el canto del Oficio. Reprendía las menores faltas en esto, siendo tal su reverencia para con la santa salmodía, que así en Annecy como en los viajes tomaba las mayores precauciones, hacía cantar delante de ella, cantaba ella misma, multiplicaba las advertencias y, en fin, se desvivía porque el Oficio divino se celebrase en todas partes con gravedad, modestia y piedad.

Pero sobre todo, donde se manifestaba más brillantemente la ternura de su piedad, era con el Santísimo Sacramento. Entre los papeles que llevaba siempre colgados del cuello, se hallaba una acción de gracias á Nuestro Señor, porque se había dignado admitirla todos los días á la Santa Mesa. Durante treinta y un años tuvo la felicidad de comulgar todos los días, y siempre le pareció nueva esta santa acción, sin habituarse jamás á dicha tan grande. Si hubiera podido hacer su voluntad, se hubiera confesado todos los días para llegarse al altar con más pureza. Tenía mucho cuidado de que se tuviesen buenas flores en el jardín, con el objeto de colocarlas delante del Santísimo Sacramento; por esto acostumbraban las Hermanas á ofrecerle un ramo todos los domingos y días de fiesta para que lo llevase en la mano, pero después de haberlo tenido un instante, enviaba á la Hermana sacristana á que le pusiese en el altar. Cuando se marchitaba delante del Santísimo Sacramento, hacía que se le volviesen, y le guardaba en su celda delante de su Crucifijo; y como siempre había alguno de estos ramos que se habían secado sobre el altar, le preguntó una Hermana por qué lo hacía. «Mis pensamientos, Hermana mía—le respondió,—no mere-

cen decirse.» Pero insistiendo la Hermana, «Hija mía—le dijo,—el color y el olor son la vida de estas flores; se las pongo á Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, donde poco á poco se marchitan y mueren; yo deseo hacer lo mismo, y que mi vida, que se pasa poco á poco, termine delante de Dios, honrando el misterio de la santa Iglesia.» Otra vez, estando esta misma Hermana atormentada con penas interiores, la Madre de Chantal le dió la mitad del ramo marchito que se le acababa de traer, y le dijo: «Hija mía, doblad esto y ponedlo sobre vuestro corazón en reverencia del Santísimo Sacramento; muchas veces me he sentido aliviada en mis penas con este remedio.

Todo lo que servía para el altar santo le inspiraba un respeto profundo. Su trabajo más continuo era preparar los paños de cáliz, sábanillas, frontales para los altares y, sobre todo, ornamentos para el santo sacrificio. Proveía de ellos á todas las aldeas vecinas á su monasterio y ciudad de Annecy, y aun también á varios monasterios muy distantes de Francia é Italia. Sobre todo, veneraba á los sacerdotes, por cuyas manos se ofrece todos los días la Víctima sin mancha. Se encomendaba á sus santos sacrificios, y cuando alguno le prometía acordarse de ella en el altar, decía que esta promesa le daba más alegría que si todos los reyes de la tierra la hubiesen prometido coronarla y hacerla soberana del universo. Tal era su reputación de santidad, que aun en presencia de los sacerdotes se la pedía muchas veces la bendición; pero nunca quería consentir en ello como no se lo mandase el sacerdote, y aun exigía que se separase un poco, diciendo que nadie debía bendecir cuando habla un sacerdote, porque este oficio estaba reservado á su dignidad.

Esta tierna devoción con Nuestro Señor iba acompañada, como sucede siempre, del amor más afectuoso á su Madre Santísima. Desde muy niña la había tomado

por su protectora; después, aun antes de ser religiosa, pero cuando ya sus ideas se inclinaban á ello, la había escogido por su Abadesa, y en señal de querer vivir siempre en su servicio, había hecho voto de rezar todos los días su Rosario. Cuando se acercaban las fiestas de la Santísima Virgen, se preparaba á ellas con doble fervor, cantando y haciendo cantar el *Magnificat*, el *Ave*, *Maris stella*, ó algunos otros de esos admirables cánticos consagrados por la piedad cristiana á las alabanzas de esta divina Madre. De todas estas fiestas, la que prefería era la de la Inmaculada Concepción. No habiendo podido alcanzar del Obispo de Ginebra que fuese fiesta de precepto en su diócesis, procuró al menos que se celebrase con gran solemnidad en la iglesia de Nuestra Señora de Annecy. «Nuestro buen Sr. Deán me ha dado un gran gozo—decía á sus religiosas anunciándoles esta noticia,—porque me ha dicho que, aun cuando él mismo tuviese que ir á tocar la campana grande de Nuestra Señora, se tocará en la fiesta de la Concepción como para las fiestas mayores.» Escribió á muchos monasterios y abadías para pedir se celebrase esta fiesta con la mayor solemnidad posible, á fin de excitar al pueblo á reverenciar esta santa prerrogativa. «Yo me creería muy feliz—decía—si tuviese que dar la vida por sostener esta santa verdad.» Rezaba sin cesar la tierna oración de San Bernardo, *Acordaos*; y en muchas ocasiones no aconsejaba otro remedio á las almas débiles, turbadas ó desanimadas, sino la devoción á la Virgen Santísima. Un año, durante el tiempo de sus ejercicios, tres Hermanas fueron á buscarla para pedir algunas licencias. La encontraron con los brazos cruzados delante de una imagen de la Santísima Virgen, y en lugar de responder á lo que la decían, les mandó que, mientras sus ejercicios anuales, hiciesen todos los días oración un cuarto de hora delante de una imagen de la Santísima Virgen; y sacando de su libro la

Letanía: «Mirad, hijas mías—les dijo,—todo lo tenemos en María; si somos hijas, es Madre; si débiles, es fuerte; si tenemos necesidad de gracias, es Madre de la gracia divina; si somos ignorantes, es trono de sabiduría; si estamos tristes, es causa de nuestra alegría;» y de este modo prosiguió todos los versículos de la Letanía, después de lo cual despidió á las Hermanas, rogándoles la encomendasen mucho á la Santísima Virgen. Una de las Hermanas le preguntó: «¿Que oración debo hacer?—La mejor, hija mía—respondió,—y, la más agradable á la Santísima Virgen, es alabar á Dios por las gracias que le hizo, y por haberse dignado escogerla para Madre verdadera suya.»

Con esta tierna piedad, con este amor vivo y fuerte á Dios, se había desarrollado en el alma de la Madre de Chantal el más ardiente afecto á la Iglesia, á esta sociedad de almas que Dios ha fundado sobre la tierra con la sangre de su Hijo. Como Santa Teresa, y por consejo de San Francisco de Sales, alababa y daba continuas gracias al Señor porque la había hecho hija de la Iglesia santa. Sentía todas sus necesidades como si fuesen propias suyas; lloraba amargamente los desórdenes que la afligen y deshonoran; y pocos hombres en esta época, y aun pocos sacerdotes, hicieron un apostolado más verdadero y sublime. Los pasos que dió y los viajes que emprendió por el bien de las almas, son casi increíbles. A los setenta años recorría aún la Saboya, Francia é Italia. La veremos morir en un viaje, digno fin de un apóstol y de una fundadora, dejando más de ochenta casas fundadas por ella, una multitud de abadías reformadas y un gran número de almas ilustradas, consoladas y convertidas.

No se hacen tales obras, no se fundan, sobre todo, ochenta casas de oración en un siglo tan bueno y tan malo como el XVII sin sublevar todas las pasiones y excitar todos los entusiasmos. La venerable Madre de

Chantal pasó á un tiempo por el peligro de las alabanzas y de las injurias. Se escribieron contra ella libelos infamatorios, se compusieron canciones, y se la levantaron calumnias. Las pasiones que había vencido en sí y en los demás, se vengaron llenándola de ultrajes. Pero, como sucede con todos los Santos, estos ultrajes sólo sirvieron para que resaltara mejor la humildad de su grande alma. «Era sumamente grato — dice una religiosa — observar el rostro de nuestra santa Madre en estas ocasiones. Un día, entre otros, una persona que la había llamado al locutorio se dejó llevar de la cólera con violencia, y la acusó de injusticia y de falsa caridad. La bienaventurada le escuchó sin interrumpirla, con un rostro dulce, modesto y devoto, y cuando concluyó: «Dios os bendiga, hijo mío—le dijo con amabilidad;»—y volviéndose hacia las Hermanas que estaban allí: «¿Veis—las dijo—cómo este querido prójimo se desahoga? ¡Ah! es menester amarle mucho. Vamos á encomendarle á Dios.» Muchas veces hacía leer en la recreación los libelos y las canciones que se escribían contra ella, y después de escucharlos con dulzura, no respondía á los movimientos de indignación que estas lecturas provocaban, sino con palabras de la más profunda humildad. Confesó un día, volviendo del locutorio, que si no la hubiese detenido el miedo de causar alguna confusión á las personas que la habían hablado con desprecio, se hubiera echado á sus pies y les hubiera dado gracias con las manos juntas.

Esta humildad era más extraordinaria aún en medio del éxito y de las ovaciones que en todas partes obtenía. Entonces se ponía colorada como una joven que recibe una humillación. «Salgamos de aquí—decía á sus Hermanas;—estas gentes se engañan y no saben lo que soy.» Se la vió muchas veces, y sobre todo en los últimos años de su vida, cuando los Príncipes se encomendaban á sus oraciones, ó los Obispos la pedían su bendi-

ción, temblar de pies á cabeza, y quedar tan cortada y confusa que no podía responder ni una sola palabra. Si la llamaban santa: «¡Ay! ¡ay!»—decía, y gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Tampoco sufría que le llamasen Fundadora, y borraba este nombre en cuantas partes lo encontraba. «Es un deshonor—decía—para una congregación tan floreciente, suponerla tan indigna Fundadora.» Rehusaba hasta dar á las religiosas el nombre de Hijas, no mirándose sino como la última y la sierva de todas. «Yo he sido—decía—como una de aquellas criadas trabajadoras, de quien el padre de familias se sirve en el tiempo de la cosecha, y á las cuales dice: venid aquí, id allá, volved á ese campo, id á este otro, etc. Cuando esas pobres criadas llegan á viejas y no sirven más que para hilar, no pueden pasarse sin decir á los hijos de su amo: vuestro padre quería que se hiciese esto así y no de otra manera. Del mismo modo—añadía con humildad,—en el principio de nuestro Instituto, nuestro bienaventurado Padre me decía, como á la sierva de la Orden: id á fundar á Lyon; marchad á Grenoble; volved para ir á Bourges; salid de Bourges para ir á París; dejad á París y volved á Dijón. Muchos años he pasado sin hacer más que ir y venir en el campo de este amado Padre de familias; ahora soy una pobre y miserable vieja de sesenta y cinco años, y me parece que ya no sirvo para nada en el Instituto, sino únicamente para decir las intenciones del Padre.» Y en otra ocasión escribía estas hermosas palabras á la Madre de la Roche: «La edad que tengo me da más libertad que en otro tiempo para llamar Hijas á las que conozco, aunque no sea ni merezca ser su Madre; pero como soy su primera Hermana, y son huérfanas de padre, quieren llamarme su Madre. ¡Oh Dios mío! ¡Cuán confundida estoy de que me tengan en este concepto, y no se avergüencen aun de tenerme por sierva! Ciertamente, yo sería bien teme-

raria, visto el poco fruto que he podido hacer en el Instituto, si quisiera yo en él otra prerrogativa que la de sierva, y sierva inútil.

Estos mismos humildes sentimientos que tenía de sí misma, los tenía igualmente de la Orden que había fundado.

Por una singular delicadeza de espíritu y corazón, era en su afecto la primera de todas, y la última en su estimación. Ni las brillantes virtudes de sus hijas, ni la propagación de la Visitación, ni la parte que en ella tenía, y ni aun la gran santidad de San Francisco de Sales cegaban sobre este asunto la claridad de su juicio.

« No, verdaderamente — decía, — es menester no exaltar nuestro Instituto, y no estimarle como mejor, ni aun como igual á los demás, sino confesar francamente que como en su nacimiento es de los últimos de la Iglesia, así también, como decía nuestro santo fundador, es una pequeña violeta de Marzo, que no tiene brillo en su color. » Y á una Hermana que hacía algunas objeciones sobre esto: « Querida Hija mía — le respondió con su exquisito tacto y buen juicio, — no se entiende por esto que hayáis de despreciar á vuestra congregación; al contrario, es menester estimarla mucho, porque viene de Dios, pertenece á Dios, y es, en efecto, muy buena y santa. Lo que se nos enseña es á no estimarla más que á las demás, lo que jamás hubieseis hecho antes que fuese vuestra propia congregación; porque, al contrario, las grandes órdenes de San Benito y las demás que han enviado tantos santos al paraíso, que son tan antiguas, tan autorizadas y tan llenas de ejercicios de penitencia, las estimabais y apreciabais mucho más que ésta. Preciso es, pues, pensar que la estimación que de ella hacéis ahora, teniéndola por mejor que las demás, procede, sin que lo conozcáis, de la grandísima estimación que hacéis de vos misma, lo

cual es un gran orgullo que no conocemos» (1). Y continuando sobre este tema, reprende enérgicamente á sus Hijas esta especie de orgullo, que es tan natural, y del que generalmente no nos reprendemos.

La mortificación de la Madre de Chantal era singular, y acababa en su alma la obra principiada por la humildad. Sin duda por obediencia á sus reglas, había renunciado á los ayunos, á las vigiliass, á las disciplinas de sangre y á las maceraciones de toda clase que se había impuesto cuando aún estaba en el mundo. Pero por haber renunciado á las austeridades corporales, no había renunciado á la austeridad. Cuando la fundación del monasterio de Turín, el marqués de Lullín dijo á su Alteza Real, que estaba presente, que notase un poco el esplendor de esta fundadora de una Orden. Llevaba los zapatos con dos ó tres remiendos por delante, y atados con correas de cuero. Todos sus vestidos eran remendados y viejos, y le gustaban mucho así con tal que estuviesen limpios. Rogó una vez á la Hermana ropera le dejase llevar aún su velo, que tenía ya catorce ó quince piezas. Usaba sus hábitos hasta lo último. «Os aseguro—escribía—que hace ocho años que llevo el hábito de invierno que nos dieron nuestras Hermanas de Dijón, y que aún no se me ha ocurrido que no me abrigase bastante; y si Dios me da vida, creo que le llevaré aún dos ó tres años. Verdaderamente me avergüenzo de que las que hemos hecho voto de pobreza, pensemos aún en tener cuidado de nuestro vestido.» Cuando iba á salir para su último viaje, no quiso absolutamente que se le hiciesen hábitos nuevos, y pidió unos pedazos para componer su túnica, que estaba muy rota. Hasta la edad de sesenta años se acostó en el dormitorio, como todas las Hermanas; y cuando á esa edad le mandó la Madre de Chatel que tuviese un cuarto

(1) *Respuestas*, pág. 488.

particular, tenía tan poco fuego en él, que apenas podía calentarse. Cuando tenía necesidad de servirse de lamparilla en su celda, la mecha no tenía más que tres hilos de algodón, ó dos cuando eran gruesos; y decía: «Yo tengo mucho gusto en ver esta lucecita, porque esto me huele á pobreza.» No quería tener nada, por poco que fuese, en particular; y se la vió muchas veces pedir á las Hermanas, con las manos juntas y los ojos llenos de lágrimas, la dejaran en libertad de vivir en la pobreza y mortificación.

Este mismo espíritu se veía brillar en la manera rigurosa con que observaba las reglas; en su exactitud en guardar el silencio; en el celo para negarse todo placer, de cualquier clase que fuese. «Todo á la gracia—decía sin cesar,—y nada á la naturaleza.» Un día de verano que hacía mucho calor, se sentó al volver del jardín en una escalera, expuesta á un vientecito fresco y agradable; pero apenas lo sintió, cuando se levantó con viveza diciendo: «La naturaleza se encuentra demasiado bien aquí.» Y en otra ocasión, en que no había dormido nada en toda la noche, le dió en la oración de por la mañana un poco de sognolencia, pero conociéndole se puso en pie con santo apresuramiento, y pasó así todo el resto de la oración con un rostro tan inflamado y tan devoto, que parecía un ángel. A cada instante hacía actos semejantes, revelaciones incompletas, pero elocuentes, del grande espíritu de austeridad que nunca la abandonaba.

Es propio de los santos reconciliar en sí las virtudes que parecen más opuestas. Esta mujer tan austera era sumamente buena, amable y alegre. A los veinte años la llamaban la *señora perfecta*, y era ya proverbio en Bourbilly, entre los caballeros y las señoras, que faltaba la alegría cuando la señora de Chantal no estaba en la tertulia. Cincuenta años después, y cuando la venerable fundadora se acercaba á los setenta, era aún la

alegría de las recreaciones en los monasterios en donde se hallaba. «Para que nos recreásemos bien—dice la Madre de Chaugy—era menester que nuestra bienaventurada Madre estuviese con nosotras, y cuando faltaba, faltaba también la mayor parte del gozo y contento. Uno y otro estaban pintados en su rostro» (1). Le gustaban mucho los versos, y se hacían muchos en la Visitación. La Madre Favre, la Madre de Brechard y la Madre de Chatel, traían á menudo, y sobre todo en las fiestas, versos y cánticos que la Madre de Chantal gustaba de oír cantar. Cantaba también muchas veces esta incomparable Madre; y para excitar á sus Hijas á una santa alegría, componía á veces versos, ó contaba algún cuentecito gracioso, templando así la austeridad de la vida con un incomparable don de amabilidad y gracia.

Pero por notable que fuese en una misma alma el conjunto de tantas virtudes diferentes, y en la apariencia opuestas, había, no obstante, algo que lo era aún mucho más, y era el modo con que se habían desarrollado sucesiva y perfectamente. En esto no se parecen los santos unos á otros. Los hay, como San Agustín, que no se dan á la virtud sino tarde, y después de haber dissipado su juventud en las vanidades y el desorden. Otros hay, como Santa Teresa, que se consagran á Dios muy temprano, pero luego se detienen, se entibian por algún tiempo, si me es permitido hablar así, y después vuelven con más vehemencia á dirigir su vuelo hacia Dios. Otros, por último, consagrados á Dios desde la cuna, disponen desde el principio en su corazón esas misteriosas ascensiones de que se habla en la Escritura, y desde la cuna al sepulcro, su vida es un progreso continuo, sin que jamás se detengan. La santa Madre de Chantal era una de estas almas. Habiendo pasado de

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 431.

una piadosa infancia á una juventud aún más piadosa, y de ésta á una edad madura más admirable, cuando el mundo creía haber llegado ya al término de su perfección, se elevó de repente de la vida común á la vida perfecta, y renovando su alma en el sacrificio, principió una nueva carrera, en la que cada año se notó un nuevo progreso. Cuando llegó á los últimos años de su vida, en los cuales parece que el alma no tiene ya que hacer sino recoger y gozar, siembra todavía, trabaja aún y adelanta siempre. Examinad una á una las virtudes de la vida religiosa y ved su progreso. «Cuanto más avanzaba en edad—dice la Madre de Chaugy—más puntual era en la observancia de las reglas; por nada se hubiera dispensado de una inclinación de cabeza, de una ceremonia, del cuidado en levantar su hábito al bajar una escalera» (1). Y en otra parte: «Puede decirse que la debilidad de su avanzada edad hacía brillar más la santa fortaleza de su espíritu, de su corazón y de su amor; de suerte que, sin mirarse á sí misma, no se arredraba por dificultad ninguna, cualquiera que fuese, si en ella veía la voluntad de Dios» (2). Y además: «Cuanta más edad tenía, más se endulzaba su gobierno» (3). En sus últimos años se advertía en nuestra bienaventurada Madre una dulzura tan extraordinaria, tan completa y tan encantadora, que parecía que esta preciosa cualidad de bondad y dulzura, había absorbido la fortaleza eminente de su carácter y el activo ardor de su celo (4).» Este progreso en las virtudes todas era tan continuo y tan rápido, que cualquiera que dejaba de ver algunos meses á la Santa lo advertía á la primera ojeada. «Es digno de notarse—dice la Madre de Chaugy—que cuando iba de viaje, á

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 425.

(2) *Idem*, pág. 355.

(3) *Idem*, pág. 414.

(4) *Idem*, pág. 247.

su vuelta observábamos en ella un cierto aumento de perfección que no era común, aunque siempre veíamos claramente que esta fiel esposa iba incesantemente de virtud en virtud, y que esta verdadera flor del paraíso crecía constantemente, y tanto más cuanto que siempre se mantenía mirando á su divino sol (1).

A fuerza de mantenerse siempre expuesta á los rayos de este divino sol, participó de su luz y de su calor. Algo del fuego celestial que consumía su corazón subió á su rostro y reveló su transformación. Ya no se habla en las últimas páginas de las *Memorias* sino de aquel rostro siempre recogido, siempre dulce, siempre inflamado, que no se podía contemplar sin emoción; de aquella hermosura divina, que apareciendo en el semblante de la Santa, hacía temer que aquel hermoso astro estaba en su ocaso. Sucedió á la Madre de Chantal lo que hemos indicado ya aconteció á San Francisco de Sales y lo que se lee en casi todas las vidas de los Santos. Una belleza desconocida aparece de repente en su fisonomía en el tiempo que precede á su muerte; sea que su hermosa alma, desasida del cuerpo, á quien ha vencido, venga, por decirlo así, á ser visible en su rostro; sea que más bien la gracia, dueña al fin del alma, y no encontrando ya en ella ningún obstáculo, deje brillar sus resplandores, y principie, aun antes de entrar en el cielo, la glorificación misteriosa del cuerpo.

No se concluiría aquí este capítulo si se quisieran recoger los elogios, las aclamaciones, los panegíricos que la virtud creciente de la santa Madre de Chantal arrancó á sus contemporáneos. No citaremos más que dos, célebres entre todos, teniendo en cuenta la santidad de los escritores, la seguridad de su juicio, la grandeza de sus luces en las cosas divinas y sobre todo el conocimiento que tenían de la Madre de Chantal. Se

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 417.

adivinará sin trabajo que queremos hablar de San Francisco de Sales y de San Vicente de Paúl: el primero conoció á la señora de Chantal en su juventud; la vió joven, viuda, en Dijón, rodeada de cuatro hijos casi en la cuna, dueña de una gran fortuna, y desde esta época no se creía digno de conocer á tan santa alma, recogía con respeto las cartas que le dirigía, las anotaba por su mano y se proponía escribir un día su vida. Aunque murió mucho tiempo antes que la Madre de Chantal, y no fué testigo de sus últimos veinte años, los más hermosos y fecundos en maravillas, no concluía cuando la elogiaba. A sus ojos era la mujer más fuerte del Evangelio: una Santa Paula, una Santa Angela y una Santa Catalina de Génova. «Puedo decir con verdad — escribía — que un alma no puede llegar á más alta perfección, según la extensión de las gracias que ha recibido. No he visto nunca tanta pureza de intención, tanta sumisión á la obediencia, desasimiento de todo, conformidad con la voluntad de Dios y fervor en la oración como en esta buena Madre.» Y en otra parte: «No hablo de esta alma tan santa sino con respeto; no se puede juntar mayor talento con más profunda humildad; es sencilla y sincera como un niño; tiene un juicio sólido y elevado; un alma grande; un ánimo para emprender las cosas santas superior á su sexo; en una palabra, nunca leo la descripción que hace Salomón de la mujer perfecta sin pensar en la madre de Chantal.»

Tan grandes elogios, pronunciados por boca tan sincera y tan santa, hubieran bastado, sin duda, para la gloria de la venerable Madre de Chantal; pero Dios, que habla dado á la juventud de su sierva un apreciador y panegirista digno de ella, no quiso que su vejez estuviese privada de igual honor. En el momento en que, habiendo llegado á la madurez de la edad y de la virtud, pierde la Madre de Chantal á San Francisco de Sales, encuentra á San Vicente de Paúl. El primero

la dirige dieciocho años, el segundo veinte. El uno ve, por decirlo así, la aurora de este hermoso astro, y se llena de admiración; el otro asiste á su ocaso, y no menos encantado hace una pintura que parecería exagerada, si el nombre de San Vicente de Paúl no excluyese toda idea de exageración. Véase este retrato: se le colocará al lado del que hizo San Francisco de Sales, y se admirará á la humilde mujer que ha merecido ser alabada por hombres semejantes.

«Nos, Vicente de Paúl, Superior general y muy indigno de la Congregación de la Misión, certificamos que hace como unos veinte años que nos ha hecho Dios la gracia de ser conocido de la muy digna Madre de Chantal, fundadora de la sãgrada Orden de la Visitación de Santa María, por frecuentes comunicaciones de palabra y escrito que ha querido Dios tenga con ella, tanto en el primer viaje que hizo á París hace unos veinte años, como en los demás que ha hecho después, en todos los cuales me ha honrado con la confianza de comunicarme su interior; me ha parecido siempre perfecta en toda clase de virtudes, particularmente en la fe de que está llena, aunque toda su vida había sido tentada de pensamientos contrarios á ella; que tenía una grandísima confianza en Dios y un amor sumo á su divina bondad; que tenía un espíritu justo, prudente, templado y fuerte en grado muy eminente; que la humildad, la mortificación, la obediencia, el celo de la santificación de su santa Orden y de la salvación de las almas del pobre pueblo, existían en su alma en un grado muy superior; en una palabra, no he notado en ella imperfección alguna, sino un ejercicio continuo de toda clase de virtudes; que aunque en la apariencia haya gozado de la paz y tranquilidad de espíritu de que gozan las almas que han llegado á tan alto grado de virtud, ha sufrido, no obstante, penas interiores tan grandes, que me ha dicho y escrito muchas veces que tenía su espíritu tan lleno de

todo género de tentaciones y abominaciones, que su continuo ejercicio era no mirar su interior, no pudiendo tolerar ella misma la vista de su alma, tan llena de horrores, que le parecía imagen del infierno; sin embargo, á pesar de sufrir de este modo, jamás perdió la serenidad de su rostro, ni se descuidó de la fidelidad que Dios pedía de ella en el ejercicio de las virtudes cristianas y religiosas, ni en la solitud prodigiosa que tenía por su santa Orden; y por todo esto creo que era una de las almas más santas que he conocido en la tierra, y que ahora es feliz en el cielo. No dudo que Dios manifestará un día su santidad »





CAPÍTULO XXXIV

Muerte de la santa Madre de Chantal. — La Señora de Montmorency recibe su último suspiro.

— 1641 —

LA Francia, que había visto nacer á la santa Madre de Chantal, debía recoger su último suspiro, y para recibirle había preparado el Señor una mujer heroica, á la cual reservaba como primera recompensa de una virtud incomparable, el honor de cerrar los ojos de la Santa.

La señora duquesa de Montmorency descendía de la antigua familia romana de los Ursinos. Sobrina del Papa Sixto V; resobrina y ahijada de la Reina María de Médicis; de rara belleza y virtud precoz, había entrado á los catorce años de su edad en la ilustre familia de los Montmorency, la más antigua de Francia, emparentada con todas las casas reales, y cuyo grito de guerra era: «¡Dios ayude al primer barón cristiano!» Su marido, el joven Duque Enrique II de Montmorency, se mostraba ya como uno de los más ilustres guerreros de la época que había visto morir á Enrique IV, y veía nacer á Condé y á Turenne. A los diecisiete años era gran Almirante de Francia y gobernador del Languedoc; á los veinticinco batía á los Calvinistas por tierra y por mar, los arrojaba de la isla de Rhé, desmantelaba sus plazas

fuertes más importantes, en medio de los aplausos del Papa y de la cristiandad entera; y apenas de treinta y tres, recibía de manos de Luis XIII el bastón de Mariscal de Francia. Si colocáis á su lado, en 1628, á su joven esposa, célebre por su modestia como por su valor, llena de una inagotable caridad para con los pobres, gastando sus inmensas riquezas en remediar las miserias que la guerra trae consigo, comprenderéis el entusiasmo que excitaron los dos jóvenes esposos en el viaje que entonces hicieron á su gobierno del Languedoc. Se ha dicho que estas prosperidades extraviaron al joven duque de Montmorency, y también se asegura, lo que es más probable, que en aquel tiempo de turbación, como en todos los que se le parecen, era más difícil conocer su deber que cumplirle, y que el Duque creyó servir al Rey y á Francia oponiéndose al poder siempre creciente de Richelieu. Sea de esto lo que quiera, el duque de Montmorency acogió en su gobierno á Gastón, duque de Orleans, heredero presunto de la corona, y emprendió la lucha con el omnipotente ministro, pero sucumbió en ella. Le cogieron prisionero en la acción de Castelnaudary, y cubierto de dieciocho heridas, fué llevado ante el Parlamento de Tolosa, el cual le condenó á muerte, á pesar de las lágrimas de los testigos, de los soldados y de los mismos jueces, que le vieron marchar al cadalso con una grandeza de alma que arrancó gritos de admiración á todo el mundo. Los soldados que asistieron á su suplicio, entusiasmados con el espectáculo de su valor, quisieron beber de la sangre de este héroe, y en efecto lo hicieron, empapando después en ella la punta de sus espadas, como si esta sangre hubiera sido capaz de comunicarles la virtud del corazón de donde salía.

Después de este terrible ejemplar, todo tembló alrededor de Richelieu. La joven Duquesa, sumida en el dolor más amargo, se vió, para aumento de penas, abandonada de todo el mundo. Los unos cerraban á su paso

las puertas y ventanas de sus casas, por miedo de que se sospechase la conocían. Los otros, y precisamente los que habían sido sus mejores amigos, la calumniaban ante el Ministro, para hacer ver que no tenían comunicación alguna con ella. Se le reprendía hasta su llanto y desconsuelo. En fin, se dió orden para prenderla y llevarla con buena guardia al castillo de Moulins. En este cruel abandono, y en el momento en que tanta necesidad tenía de consuelo, le vino el pensamiento, que si el dulcísimo Obispo de Ginebra hubiera vivido, no la hubiera abandonado; y sabiendo que la Madre de Chantal estaba en Lyon, deseó verla á su paso por esta ciudad, á fin de encontrar en la hija los consuelos que el padre no le hubiera negado. Pero las órdenes implacables de Richelieu no permitieron á la prisionera ver á la Madre de Chantal, y sólo le fué posible enviar á su dama de honor á saludarla en su nombre. Se sentía indigna—decía la joven Duquesa—de conferenciar con una Santa, y de recibir por este medio algún alivio en sus penas, pero rogaba á la Madre de Chantal no la olvidase delante de Dios. Al instante le contestó ésta con una carta muy tierna, en que la aconsejaba se abandonase enteramente en manos de Dios asegurándole que sus desgracias serían como otros tantos escalones, por los cuales subiría á una grande perfección.

Esta predicción se cumplió en la soledad, donde nada venía á distraerla de su dolor. Sola con Dios y la memoria de su querido esposo, visitada únicamente por las torneras de la Visitación, que habían llegado á ser las limosneras suyas, porque por ellas distribuía á los pobres cuanto tenía, el alma de la duquesa de Montmorency maduró, digámoslo así, entre sus lágrimas. Cuando fueron y abrieron las puertas de su cárcel, ya no quería salir. «¿Para qué?—decía;—yo ya no vivo más que para Dios.» Salió, sin embargo, pero fué para entrar en una soledad aún más austera. Había en el cas-

tillo un gabinete obscuro, que no recibía más luz que la de los hachones, y que no tenía más adornos que un Crucifijo de marfil y un pequeño retrato en miniatura del duque de Montmorency: ésta fué su habitación ordinaria, y allí pasaba las horas y los días llorando, orando y perdonando. El duque de Orleans, que había arrasado á la revolución al desgraciado duque de Montmorency, fué á verla, y quedó tan admirado de su palidez como encantado de su virtud. «Es una santa,» repetía sin cesar en la corte. Por último, en 1634, á pesar de las instancias del Rey, de la Reina y del duque de Orleans, que la llamaban á París, y por más que hizo el duque de Bracciano, su hermano, que deseaba fuese á establecerse en Roma, se retiró á la Visitación de Moulins, no para tomar el velo, en lo cual no pensaba entonces, sino como á un asilo en donde ya no vería el mundo, y en donde nada la impediría consagrarse á los grandes pensamientos de Dios y á la tierna memoria de su esposo. Las *Memorias* inéditas de la visitación de Moulins no concluyen nunca, contando su tenor de vida admirable, su sencillez, su humildad, su respeto á las reglas, su mortificación y las muchas limosnas con que socorría á los pobres. La Madre de Brechard le confió el cuidado de instruir á las novicias; la Madre de Chastelluz se puso bajo su dirección, y muy pronto veremos á la Madre de Chantal misma proclamar que era una verdadera santa, y que Dios la gobernaba visiblemente.

Lloraba siempre á su esposo, y le lloró toda su vida. Más de diez años después de la muerte del Duque se veía en su rostro, pálido y desfigurado, que la herida no se había cerrado. En 1642, al pasar Luis XIII por Moulins acompañado de su corte, lo primero que hizo fué enviar á saludar á la duquesa de Montmorency. Esta señora manifestó su admiración de que conservase el Rey la memoria de una mujer tan desgraciada como ella. «Señor—añadió dirigiéndose al enviado,—

cuando digáis á S. M. lo que os ruego le digáis, no olvidéis hablarle de lo que véis.» Y levantando el pañuelo que cubría sus ojos, le enseñó su rostro enflaquecido y surcado por las lágrimas. El Cardenal de Richelieu envió también á cumplimentarla. «Señor—dijo al enviado,—manifestad á vuestro amo que le agradezco mucho el honor que me dispensa, pero decidle también que mis lágrimas corren siempre.»

Muchos años después, Luis XIV, acompañado de su madre Ana de Austria, fué á ver á la Duquesa; y habiendo entrado en la pobre celda que habitaba, salieron llenos de veneración. «Nos enseñáis muy bien lo que Dios pide de nosotros—le dijo Ana de Austria,—por el desprecio que hacéis de la vida.» Y ya en el umbral del monasterio, señalándola á Luis XIV, que era muy joven aún: «No es necesario recomendaros que roguéis á Dios por mi hijo; porque sois parienta suya bastante cercana para que os intereséis por él.»

En medio de estas grandezas, lo que más admiraba en la duquesa de Montmorency era su profunda humildad. La reina Cristina de Suecia, hija de Gustavo Adolfo, fué á verla, y no podía contener después su grande admiración. «Nunca—decía—he comprendido la humildad que predica el Evangelio, como al ver á la duquesa de Montmorency.» Y entre las novicias del convento, había siempre el empeño de ver quién se humillaría tanto como la Duquesa (1).

Tal era la mujer á quien Dios reservaba el honor de cerrar los ojos á la santa Madre de Chantal. Si se exceptúa un rápido abrazo que estas dos grandes siervas de Dios se dieron en 1635, no se habían visto, y sólo se conocían por cartas. La duquesa de Montmorency, que

(1) *Memorias inéditas de la fundación de Moulins*, en folio. — *Historia de la vida de Enrique II, duque de Montmorency*, por Simón Ducros; París, 1643, en 4.º — *La vida de la señora duquesa de Montmorency*, por Cotolendi; París, 1684, en 12.º

tenía entonces cuarenta y un años, y que después de nueve de viudez se había decidido á tomar el hábito de la religión, deseaba vivamente recibir el velo de mano de la santa fundadora, y le escribía carta sobre carta, instándola á que fuese á Moulins. Esto era, sin embargo, imposible, al parecer. Por una parte las Hermanas de Annecy rogaban á la Madre de Blonay no diese su consentimiento, y ésta no estaba más dispuesta que el Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra á dejar ir á la Madre de Chantal. Por otra, los principales de la ciudad decían en alta voz que en la extremada vejez en que se encontraba la Santa, si se moría fuera de Saboya, nunca ésta tendría su cuerpo, y enviaron una diputación al duque de Saboya para que prohibiese á la Madre de Chantal salir de sus estados. Pero como Dios había determinado en sus adorables designios que la santa viniese á morir á Francia, á pesar de todos los obstáculos, en el momento mismo en que se creía definitivamente negado el permiso para que saliera de Annecy, recibió la venerable Madre una orden para que inmediatamente se pudiese en camino para Moulins.

La despedida fué más triste que nunca; se han conservado las últimas palabras que dirigió á las Hermanas. Son cortas é interrumpidas, como todas las palabras que se pronuncian con emoción y son interrumpidas por sollozos.

«Mis muy queridas Hijas: os ruego que viváis todas en el amor de nuestro buen Salvador, y os améis todas en Él cordialísimamente. Que Él mismo sea el lazo sagrado de vuestra dilección. Honraos unas á otras, como dicen nuestras santas reglas, como que sois templos de Dios; y si lo hacéis así, queridas Hijas mías, vuestra unión será toda divina. Honraréis á Dios en vuestras Hermanas, y á vuestras Hermanas en Dios. Vivid todas unánimes, es decir, no tengáis todas sino un solo corazón y una sola alma en Dios. Encomendadme á este

Señor, queridas Hijas mías; á todas amo y á todas conozco. Me parece que os dejo á todas en gracia de Dios; ruego á su bondad os mantenga en ella y os dé su bendición. No os apartéis nunca de nuestras santas observancias. Adiós otra vez, mis muy queridas Hijas, adiós: no sé si nos volveremos á ver aún en esta vida; dejémoslo á la divina Providencia; si no es en este mundo, será en la santísima eternidad. Os veré muy á menudo en espíritu, porque os tengo muy presentes. No sé qué quiere decir esto, ¡pero las conozco á todas tan bien!...» (1)

No pudo proseguir, y cesando de hablar las abrazó á todas, diciendo á cada una al oído una última palabra para su perfección. Se notó que no lloraba, como lo hacía en otros viajes, en que nunca dejaba el monasterio sin verter lágrimas. Á una Hermana que le dijo: «Madre mía, ya no nos volveremos á ver. — Si, hija mía—le respondió sonriéndose.» Pero volvió á decir la Hermana: «Pedídselo á Dios. — No—dijo,—hágase su voluntad! Nos veremos en esta vida ó en la otra.» A otra persona que temía no volver á verla, le contestó: «Estad segura que viva ó muerta volveré aquí.» Y al señor de Piotton, que se admiraba de verla tan alegre en el momento en que iba á emprender tan largo y peligroso viaje: «Mirad, mi muy querido Hermano, yo no quiero más que la voluntad de Dios, y si supiera que ésta era el que fuese y me ahogase, ahora mismo iría á precipitarme en el lago.»

Al contento de hacer la voluntad de Dios yendo á Francia, se juntaba en el alma de la Madre de Chantal otra satisfacción que también era muy grande: la de ver en París á San Vicente de Paúl, á quien apreciaba mucho, conferenciar con él por última vez acerca de su

(1) *Capítulos inéditos de la santa Madre de Chantal*, en 4.º, 106. (Manuscrito de la Visitación de Dijón.)

interior, y aprender de este santo sacerdote la ciencia del bien morir.

Salió del monasterio el 28 de Julio de 1641, en medio de un gentío inmenso que obstruía la puerta y llenaba toda la calle. Hizo entonces una cosa que nunca había hecho: alargar sus manos á derecha é izquierda á cuantos querían tomárselas. Todos bajaban á la calle para despedirla; los enfermos hacían que los pusiesen á las ventanas para verla por última vez. «¡Ay!—dice la Madre de Chaugy,—¡no queríamos creer fuese la última vez! Esta digna Madre gozaba de una salud tan fuerte y vigorosa, que prometía una quincena de años de vida (1).»

Llegó á Moulins el 9 de Agosto de 1641, después de haber pasado por los monasterios de la Visitación de Rumilly, Belly, Montluel y Lyon, esparciendo por todas partes un olor de santidad, que hacía decir que nunca se había visto cosa semejante. La duquesa de Montmorency la recibió con tales muestras de veneración y alegría, que todos los historiadores renuncian á describir; y al punto estas dos almas, tan dignas de comprenderse una á otra, se unieron con tan dulce é íntima unión de corazones que, según expresión de la santa Madre de Chantal, eran inseparables é indivisibles. Tomando el velo había resuelto la Duquesa emplear una parte de sus bienes en fundar un monasterio de la Visitación en Tolosa, á fin—decía—de recoger en él á las Hijas de los que habían muerto á su marido, y la otra parte para la Visitación de Moulins. Pero la Madre de Chantal, que estaba próxima á la eternidad, y que temía para su Orden la mucha extensión y la demasiada riqueza, no quiso consentir en ninguno de estos dos proyectos, y exigió que todos los bienes de la Duquesa se devolviesen á su familia. Á esta primera renuncia de

(1) *Memorias*, pág. 274.

su voluntad, le hizo añadir otra segunda. Encontró un día á la Duquesa llorando con la memoria de su esposo, y no le dijo más que una palabra de resignación á la voluntad de Dios; pero esta palabra fué tan viva que atravesó el alma de la Duquesa, y encerrándose en su cuarto, tomó en sus manos el retrato de su esposo, aquel retrato único, regado con tantas lágrimas por espacio de diez años, y después de haberlo contemplado algún tiempo como para saborear la amargura del sacrificio que iba á ofrecer á Dios, le arrojó al fuego generosamente. La Madre de Chantal se admiró mucho cuando supo el acto heroico que no había ni aun propuesto, y entonces fué cuando dijo que era menester no mezclarse en la dirección de la Duquesa, que era una verdadera santa á quien Dios mismo dirigía visiblemente. Entonces fué también cuando, para recompensar á la Princesa su heroica generosidad, se sintió inspirada la Madre de Chantal á despojarse en su favor de un pequeño retrato de San Francisco de Sales que había recibido de mano del mismo Santo. Escribió detrás de la miniatura: «Bienaventurado Padre mío, alcanzad á la Duquesa el soberano amor de Dios, que fortalezca y regocije su buen corazón en todas sus aflicciones. *Amén, amén.*» La Duquesa recibió este regalo con grande alegría, y le guardó toda su vida como doble reliquia (1).

Mientras tanto, habiendo sabido la reina María Ana de Austria que la venerable Madre de Chantal había llegado á Moulins, deseó vivamente verla pronto, y la envió un caballero con la comisión de rogarla fuese á París tan luego como pudiera hacerlo. Al mismo tiempo la envió una litera, y cuando supo que la Madre de Chantal estaba cerca fué á recibirla en coche con sus dos hijos, el Delfín, que fué después Luis XIV, y el

(1) *Memorias originales de la vida de nuestra difunta y venerable Madre María Felicia de los Ursinos, viuda de Montmorency.* (Manuscrito de la Visitación de Annecy.)

Duque de Aujou. La recibió con grandísimos honores y se encerró con ella, diciendo en alta voz: «Madre mía, quiero hablar con vos largamente para mi consuelo y para que me déis consejos.» La hizo sentar en un sillón á su lado, besando sus manos y manifestándole su afectuoso respeto. Después de la conversación, la Reina presentó sus hijos á la Madre de Chantal, diciéndola: «Mirad los dos Príncipes que Dios me ha dado; es menester que los encomendéis mucho á Dios y que los bendigáis ahora.» Y á pesar de su resistencia la obligó á que les diese su bendición, haciéndoles poner de rodillas para recibirla (1).

Estas cosas pasaban en Saint-Germain, desde cuyo punto volvió á París, donde fué recibida con entusiasmo. Tal era la multitud de gente que quería verla y hablarla, que se veía obligada á levantarse á las tres de la mañana, y aun así no bastaba. Las Hermanas tenían mucho que hacer para contentar á todos los que iban con el deseo de que la bienaventurada tocase los rosarios. En todas partes se decía que lo que hasta entonces se había admirado en la Madre de Chantal no era más que la aurora, y que entonces se encontraba en la mitad del día.

En medio de este concurso que aumentaba sin cesar, cuando la aclamaban santa y trataban de tocarla como á reliquia sagrada, su rostro permanecía siempre el mismo, modesto, afable y fervoroso. En sus facciones se leía la perfección de la humildad y caridad á que había llegado esta santa alma. «En cuanto á mí—dijo una religiosa,—tenía un consuelo tan grande en ver cómo se portaba esta buena Madre con toda clase de personas, y en oír las palabras santas que salían de su boca, que si me hubiese dado á escoger entre ayunar y tomar la disciplina diaria durante un año, ó dejar una

(1) Declaraciones de la Superiora de Moulins y de otra religiosa.

sola vez la ocasión de asistirle en el locutorio, hubiera querido mejor, sin comparación, ayunar y tomar todos los días la disciplina. Y puedo asegurar con verdad, que generalmente salía con más fervor y deseos de la virtud que de la misma oración, y muy á menudo con las lágrimas en los ojos, por la suavidad y unción que sus dignas palabras y acciones derramaban en mi corazón. Lo mismo digo de oírla hablar en las recreaciones, porque me hubiera pasado los días y las noches escuchándola sin comer ni beber (1).

En París tuvo la Madre de Chantal la satisfacción grande por que suspiraba tanto hacía. Vió al Sr. Vicente, como se le llamaba aún entonces, y le descubrió su corazón por última vez. ¡Cuán dulce debió ser la conversación de estas dos grandes almas! San Vicente de Paúl entraba ya en los setenta y cinco años; la Madre de Chantal en los setenta y nueve. Uno y otro tocaban ya, pues, al término de su vida. Sus obras se aumentaban á su alrededor, y embalsamaban la Iglesia. Mientras que la Santa había corrido el mundo fundando monasterios y haciendo reflorar la piedad de los claustros, el Santo había edificado hospitales, creado las Hermanas de la Caridad, instituido los Sacerdotes de la Misión para los pueblos y aldeas, abierto los seminarios y renovado el clero; y todo esto no era para uno y para otra más que la menor parte de sus obras. La más hermosa, la que más les había costado, era su alma. Purificada con la penitencia de medio siglo, embellecida con la humildad, transformada por el amor divino, irradiaba al través de su fisonomía regenerada. No podían mirarse uno á otro sin ver resplandecer en sí mismos la imagen de Jesucristo; y su humildad, ocultando á ambos sus propios méritos, hacía brillar con un resplandor más vivo la virtud

(1) *Memorias inéditas de la Madre Francisca Jerónima Favrot.* (Archivos de Annecy.)

que el uno admiraba en el otro. ¡Oh! ¡cuán feliz es el momento en que al cabo de su carrera se encuentran así dos almas transformadas en Jesucristo! Santas conversaciones, miradas respetuosas y conmovidas, desahogos de fe, esperanza y amor, ¡quién será capaz de referirlos! Aquí concluyeron todas las penas interiores de la Madre de Chantal; aquí terminó aquella agonía que duraba hacia nueve años. Dios quiso encontrarse la paz en sus conversaciones con San Vicente de Paúl y con un santo Prelado, el Ilmo. Sr. de Bellegarde, Arzobispo de Sens, á quien dió cuenta general de su conciencia. Desde este día, y durante los tres meses que aún vivió, su alma estuvo embriagada de delicias, y saboreó al borde del sepulcro como un placer anticipado de la bienaventuranza eterna.

Antes de salir de París la santa Madre, fué á pasar dos días á Port-Royal con la Madre Angélica Arnauld, que desgraciadamente, arrastrada entonces por el ardiente é indócil Abate de Saint-Cyran, iba muy pronto á caer en todas las orgullosas locuras del espíritu de la secta. Pero aún no lo conocía, y pudo derramar en el alma de la Santa toda su aflicción y todos sus gemidos sobre el estado de la Iglesia, sin que la venerable Madre de Chantal, poco enterada de las disputas del jansenismo naciente, pudiese sospechar el abismo sobre cuyo borde estaba ya suspendido Port-Royal.

Visitó también á las Carmelitas de París, y allí supo de boca de una gran sierva de Dios, la Hermana Margarita del Santísimo Sacramento, hija de la Señora Acharia, que su muerte estaba próxima. «¿Que decís, Madre mía?—exclamó la Santa.—¡Oh Dios mío! Qué buena noticia!» Y todo el día habló de ella con grandes muestras de júbilo.

Salió de París el 11 de Noviembre, y al dejar su monasterio de la Visitación, «Adiós—les dijo,—hijas mías, hasta la eternidad.»

Su primera parada fué en Melun. Allí una joven pretendiente le suplicó permitiese continuar en su empleo á una Superiora que había cumplido ya sus seis años. A estas palabras tomó la Santa un aspecto grave, y dejando aquella alegría que encantaba á todo el mundo, le dijo por toda respuesta, mirando un cuadro de San Francisco de Sales: «Hija mía, mucho quiero á ese bienaventurado, pero todavía quiero más á mis reglas (1).»

En Montargis encontró por segunda vez al ilustrísimo Sr. Arzobispo de Sens, que la esperaba, y en cuyo pecho desahogó de nuevo su hermosa alma. «No sabría explicar—escribe este Prelado—la dulzura, la tranquilidad y el amor á Dios, la conformidad y el deseo de unirse á Él, con que esta alma santa se ofrecía al Señor como suave holocausto.» En el momento de separarse le llevó la Santa aparte, y le dijo: «¡Oh Padre mío! os ruego que volváis á decirme en qué estado y con qué disposiciones debo morir, porque no quiero olvidarlo.»

En Nevers se sintió algo enferma, pero no quiso hacer caso: «Hijas mías—dijo á las Hermanas que no querían se levantase á las cinco,—es menester querer lo que Dios quiere, y morir cuando sea su voluntad.» Y viendo á las Hermanas afanarse mucho para servirla y procurarla alivios, «no, no—dijo,—dejad todo esto: pobreza, humildad, sencillez, estas son nuestras reglas.» Se estaba edificando entonces la iglesia del monasterio, y como el pórtico era muy hermoso: «Todo esto es contrario á la pobreza —decía,— y me da mucha pena.» Por su gusto habría hecho que desapareciese. Si hubiera alguno que quisiera comprarlo, era menester vendérselo—decía con gracia.—Pero al menos exigió que las Hermanas escribiesen á todo el Instituto que habían cometido una falta en esto, y que era preciso no seguir su mal ejemplo. Al salir del monasterio le dijo la Supe-

(1) *Fundación inédita de Melun*, pág. 51.

riora: «¡Oh Dios, Madre mía, deberé pensar que no os volveré á ver en este mundo!» La Santa la reprendió gravemente, y la dijo que era menester servir á Dios generosamente y con entera abnegación, sin poner nunca límites al desasimiento y renuncia de sí misma.

La fatiga del viaje de Nevers á Moulins agravó su mal. Las Hermanas la encontraron muy variada á su vuelta, y la misma Santa conoció que Dios la llamaba y que era preciso morir (1).

El sábado 7 de Diciembre, víspera de la Inmaculada Concepción, aunque muy agobiada ya por la enfermedad, se mantuvo de rodillas en el refectorio mientras las Hermanas tomaban la colación, y con los brazos en cruz repitió dos veces en alta voz estas palabras: *O Mater Dei, memento mei*. Después añadió en francés: «Santísima Madre de Dios, por vuestra Inmaculada Concepción, asistidme siempre, y particularmente en la hora de mi muerte. Al día siguiente se levantó á las cinco con la comunidad, pero apenas llegó al coro le atacó el frío de la calentura. Entonces le dijeron que se acostase. «No, no—contestó ella,—dadme el gusto de que comulgue con toda la comunidad, porque este día—añadió—es señalado para mí, pues en él se cumplen treinta y un años que por orden de mi bienaventurado Padre comulgo todos los días, por más indigna que sea de ello.» Después de la Misa fué preciso llevarla y meterla en la cama; y habiendo venido el médico, declaró que la enfermedad era grave. Se expuso el Santísimo Sacramento en la capilla, se principiaron novenas, se dijeron Misas, todas las comunidades religiosas se pusieron en oración, la Duquesa de Montmorency ofreció su vida para salvar la de la Madre de Chantal, y mu-

(1) Para referir la muerte de la Santa Madre de Chantal hemos consultado las autoridades siguientes: 1.º *Memorias de la Madre de Chaugy*. 2.º *Carta circular de la Madre de Musy*, Superiora de Moulins. 3.º *Memorias originales y Vida de la Duquesa de Montmorency*.

chas religiosas hicieron lo mismo. Pero quiso Dios «que las alas de esta paloma que volaba á las moradas eternas, fuesen más fuertes para llevarla al cielo que todos los esfuerzos que se hacían para detenerla en la tierra (1).»

El momento de la muerte, tan grande siempre aun en la vida de los hombres más vulgares, tiene en la de los Santos una belleza incomparable. Esas almas hermosas que por tantos años se han ejercitado en dar á sus menores acciones toda la pureza y toda la elevación de que son capaces, cuando se acerca el grande acto que debe coronar todos los demás, parece que reúnen todas sus fuerzas para darle la suprema perfección.

Por esto la Madre de Chantal había tenido tanta alegría cuando pudo conferenciar acerca de lo relativo á su conciencia con San Vicente de Paúl, y por esto al caer enferma, aunque acaba de comulgar, conociendo que la muerte se acercaba, lo primero que hizo fué llamar al P. de Lingendes, de la Compañía de Jesús, al cual, en ausencia de su confesor ordinario, deseaba descubrir su alma.

En efecto, el día 11 por la tarde le hizo una ligera reseña del estado de su alma, como para dar las últimas pinceladas á la bella obra de su vida, y después de haberse confesado, rogó al confesor de las Hermanas de Moulins escribiese á todos los monasterios diciendo que las Hermanas fuesen muy fieles en la observancia de sus reglas, y que éstos eran sus últimos deseos.

El 12 por la mañana recibió el santo Viático con extraordinarios sentimientos de fervor. Cuando vió entrar á su Salvador se incorporó en la cama, y haciendo un gran esfuerzo, á causa de la opresión de su pecho y de la debilidad en que la calentura la tenía, dijo en voz alta y clara: «Creo firmemente que mi Salvador Jesu-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 282.

cristo está en el Santísimo Sacramento del altar; siempre lo he creído y confesado; le adoro y le conozco por mi Dios, mi Criador y mi Salvador, por mi Redentor misericordiosísimo, que me ha rescatado con su preciosa sangre. Daría de muy buena gana mi vida por esta creencia, pero no soy digna de ello, y confieso que no espero mi salvación sino de su sola misericordia.»

Después de la santa Comunión llamó al confesor, y le dijo en alta voz y en presencia de la comunidad: «Padre mío, ahora que estoy en mi entero juicio, os pido de todo corazón la Extremaunción, y os suplico me la déis cuando sea tiempo.»

El día lo pasó muy mal. Por la noche le propusieron que la llevarían la santa Comunión á las doce, porque habiendo recibido el Viático, no podía comulgar sino en ayunas. Pero lo rehusó por humildad, y también para no turbar la tranquilidad de la noche y el silencio del monasterio. Y como por lo menos quisieran darle la Extremaunción, temiendo muriese aquella noche, «no—dijo,—aún no; me siento bastante fuerte para esperar.»

A las dos de la madrugada se sentó en su cama, y con un rostro sereno, vista firme y voz bastante fuerte, dictó su despedida y sus últimas instrucciones al Instituto. «En este testamento, escrito—dice la Santa—en el lecho de muerte, recomiendo la obediencia á las intenciones de San Francisco de Sales, la paz entre las Hermanas, la unión entre los monasterios, la exacta fidelidad á todas las observancias, la sinceridad de corazón, la sencillez y pobreza de vida y la santa caridad.» «Esto es—añadía—todo lo que puedo deciros en mi última enfermedad.» Suplicaba en seguida á todas sus Hijas que tuviesen un gran respeto, una santa reverencia y una entera confianza en la Duquesa de Montmorency, que es una santa alma—decía—que Dios maneja á su gusto, y á quien todo el Instituto debe grandes favores. «Vive entre nuestras Hermanas—con-

tinuaba—con más humildad, sencillez é inocencia que si fuese una pobre aldeana. Nada me da más pena que la aflicción en que está por mi muerte. Creo que le echaréis la culpa de mi partida de este mundo; pero mis muy queridas Hijas, ya sabéis que la divina Providencia tiene contados nuestros días, y que aunque no hubiese venido aquí, no hubieran sido los míos ni un cuarto de hora más largos. Este viaje ha sido muy útil para las casas por donde hemos pasado y para todo el Instituto.* Concluía recomendándose á las cordiales oraciones de todas sus Hijas, prometiéndoles pedir por ellas al bienaventurado el espíritu de humildad, que es el único que podía conservar el Instituto.

Cuando concluyó de dictar esta carta, y después de copiada en limpio, la firmó. Era el 12 de Diciembre de 1641, vispera de su muerte. Hecho esto volvió á recostarse, diciendo que su conciencia estaba en paz y que nada tenía ya que decir.

La opresión se aumentó al anochecer, y la enfermedad pareció abrumar más á la Santa, pero sin turbar su inteligencia. Las Hermanas que rodeaban su cama anotaron con mucho cuidado los últimos afectos que esta grande alma tartamudeaba en los momentos en que la envolvían las sombras de la muerte, las cuales iban á ser muy pronto disipadas por la luz del eterno día. «¿Qué es una religiosa—decía—sin la observancia de sus reglas?» «Toda la felicidad de este mundo es hacer oración.» «¡Oh, qué hermoso día el de mañana!» Algunas veces abría los ojos muy claros, y mirando á la duquesa de Montmorency, que no la abandonaba un momento, y á las Hermanas que lloraban á su lado, les decía algunas palabras cariñosas para consolarlas.

No pudiendo dormir durante la noche, que fué la última de su vida, hizo que le leyeran la historia de la muerte de Santa Paula, escrita por San Jerónimo, la cual oyó con mucha atención, repitiendo muchas veces:

«¡Ay! ¿qué somos nosotras? Nada más que átomos, en comparación de aquellas grandes y santas religiosas.» Quiso también que le leyeran el capítulo de la muerte de San Francisco de Sales, para conformarse con él en la muerte como en la vida. Se le leyó también un capítulo del libro IX de la *Práctica del amor de Dios*, y cuando llegaron á aquel pasaje en donde dice el bienaventurado: «Mi madre ó yo, porque todo es uno, estamos enfermos; debo estar indiferente mirando la voluntad y la bondad de Dios,» miró con dulzura á la Duquesa de Montmorency, que lloraba, y la dijo apretándole la mano: «Esto es para vos.» Poco después, cuando le leían en las *Confesiones* de San Agustín la relación de la muerte de Santa Mónica, donde, entre otras cosas, dice que no se afligía por morir lejos de su país, dijo con mucha gracia: «Esto es para mí.»

A medida que se acercaba la muerte, su corazón, tan tierno y tan fuerte, tomaba un no sé qué de más tierno y más afectuoso, y brotaban de su hermosa alma palabras de una elevación y belleza incomparables.

En esto fué amaneciendo, y antes que la comunidad se levantase, hizo retirar á las Hermanas que la asistían, y quedándose sola con la Duquesa de Montmorency, le habló largamente de su vocación religiosa, rogándola de nuevo que no enriqueciese el monasterio, que volviese sus bienes á su familia y se diese enteramente á Dios. Después de esto, sintiéndose muy debilitada: «Adiós, señora—le dijo;—es menester separarnos; acordaos alguna vez de mí.»

Recibió la Extremaunción á eso de las nueve de la mañana, con todo su conocimiento y admirable fervor, respondiendo por sí misma á todas las oraciones. Después de la ceremonia, habiéndose arrodillado las Hermanas, y pidiéndole el Padre de Lingendes que les diese su bendición, lo rehusó al pronto, pero estrechada por la obediencia, juntó las manos, y levantando los ojos al

cielo, «Queridas Hijas mías—les dijo entonces;—esta es la última vez que os hablo, porque tal es la voluntad de Dios. Os recomiendo con todo mi corazón el respeto y la obediencia á vuestros superiores, mirando á Nuestro Señor en ellos. Estad perfectamente unidas unas con otras, pero con la verdadera unión de corazones.» Y repitió muchas veces estas palabras: «Pero con la verdadera unión de corazones. Vivid en grandísima sencillez y observancia; por este medio atraeréis sobre vosotras las bendiciones de Dios. Ruego á la divina misericordia que la derrame sobre todas las Hijas de la Visitación.» Y después de haberlas bendecido añadió: «Hijas mías, no hagáis caso ninguno de las cosas de este mundo y de esta vida que pasa; pensad á menudo que un día os encontraréis como me véis á mí ahora.»

Todas las Hermanas estaban conmovidas, y se deshacían en lágrimas. La Santa, llena también de emoción, hablaba con ardor: visto lo cual por el Padre Lingendes, quiso poner fin á una escena que agotaba las pocas fuerzas de la moribunda, é hizo seña á las Hermanas para que se retirasen. «Es menester, pues, separarse—dijo la Santa;—es preciso darnos el último adiós.» Todas se acercaron entonces una á una para besarla la mano, y la moribunda las miraba con ternura de Madre, diciendo á cada una alguna palabrita al oído para su perfección.

Desde entonces esta santa alma ya no habló más que de Dios. Sus miradas se fijaban alternativamente en Jesús crucificado y en María Santísima, cuyas imágenes tenía colgadas en las cortinas de su lecho. Se le leyó la Pasión de Nuestro Señor en francés y la profesión de fe según el Concilio de Trento, y protestó que creía firmísimamente todo lo que en ella se contiene, y que daría su vida por sostenerlo. Decía á menudo: *Maria, Mater gratiae*, etc. Mientras que á petición suya le recomendaban el alma: «¡Oh Dios mío—exclamó,— qué hermosas

son estas oraciones!» Deseó luego estar un rato sola, pero al instante hizo llamar al confesor. «¡Oh Padre mío—le dijo,—qué terribles son los juicios de Dios!» Le preguntó si tenía miedo. «No — dijo; — pero os aseguro que los juicios de Dios son terribles.» Y volvió á quedar en silencio.

A eso de las cinco de la tarde volvió á entrar la comunidad para hacer de nuevo la recomendación del alma. La Santa estaba muy débil y el médico había dicho que la restaban pocos instantes de vida. Una Hermana se acercó y le preguntó si sufría mucho. « ¡Oh! sí; pero ¿qué es esto comparado con lo que Jesús padeció por mí?» El Padre de Lingendes la dijo : «¿Habéis pensado, Madre mía, en la bondad de Dios? Es tan grande, que así como El es quien nos ha dado el alma por amor, por amor también viene á buscarla. — ¡Oh—dijo estremeciéndose de alegría—cuán dulce es este pensamiento!»

Le pusieron entonces una vela encendida en la mano izquierda, tomó en la derecha su Crucifijo y el saquito que llevaba siempre colgado al cuello, el cual contenía sus votos escritos con su sangre, su profesión de fe y las últimas instrucciones de San Francisco de Sales, y así adornada, sentada en su cama, siguió las oraciones de la recomendación del alma. Cuando se acabaron suspiró un poco. «Madre mía—le dijo el P. de Ligendes,— estos grandes dolores que sufrís, son los clamores que preceden á la venida del Esposo. Ved que viene ya. ¿No queréis ir á recibirle?—Sí, Padre mío, ya voy. ¡Jesús, Jesús, Jesús!» Y diciendo estas palabras entregó su alma á Dios. Eran las seis y media de la tarde del viernes 13 de Diciembre de 1641.

Cuando la Madre de Chantal estaba en la agonía, le preguntaron: «¿No esperáis que San Francisco de Sales salga á recibirnos?—Sí, cierto—respondió,—lo espero, porque me lo ha prometido.»

No se engañaba; en el momento en que cerró los ojos, San Francisco de Sales bajaba del cielo para ir á su encuentro. Fué el ángel que Dios envió para recoger esta hermosa alma y llevarla á la gloria. Y Dios quiso que un Santo que había amado mucho á los dos, asistiese á su encuentro. Escuchémosle.

«No tengo duda ninguna—escribe San Vicente de Paúl—que un día manifestará Dios la santidad de la Madre de Chantal, como sé que lo ha hecho ya en muchos lugares del reino y de muchas maneras, de las cuales podré decir una que ha sucedido á persona digna de fe, que querría morir antes que mentir. (Habla de sí mismo.)

Esta persona recibió la noticia de que se hallaba á los últimos nuestra difunta, y se puso de rodillas para rogar á Dios por ella; y el primer pensamiento que le ocurrió fué hacer un acto de contrición por las culpas que aquélla hubiera cometido, y sobre todo por las más comunes y habituales, é inmediatamente después se le apareció como un globo pequeño como de fuego, que se elevaba desde la tierra y se iba á unir á la región del aire á otro globo más grande y luminoso, perdiéndose los dos al unirse con otro mayor y más resplandeciente; después se le dijo interiormente que el primer globo era el alma de nuestra bienaventurada Madre, el segundo la de nuestro bienaventurado Padre, y el último la Esencia divina: que el alma de nuestra digna Madre se había reunido á la de nuestro bienaventurado Padre, y los dos á Dios, su soberano principio.

»Además, la misma persona, que es un sacerdote, celebrando la santa Misa por nuestra digna Madre, en cuanto supo la noticia de su feliz tránsito, y llegando al segundo *Memento*, donde se ruega por los difuntos, pensó que haría bien en rogar por ella, pues tal vez estaría en el purgatorio por motivo de ciertas palabras que había dicho, y en las cuales podía haber algo de pe-

cado venial; y en el mismo instante volvió á ver la misma visión con los mismos globos y su misma unión, quedándole una interior convicción de que esta alma era bienaventurada, y que no tenía necesidad de oraciones: todo lo cual se imprimió tan fuertemente en el alma de este sacerdote, que le parece verla en este estado siempre que piensa en esta digna Madre.

»Lo que podría hacer dudar de esta visión es que esta persona—añade—aprecia tanto la santidad de la venerable Madre de Chantal, que jamás lee sus *Respuestas* sin llorar, por la opinión que tiene de que Dios le ha inspirado lo que contienen, y que esta visión es, por consecuencia, un efecto de su imaginación; mas lo que le hace pensar que es una verdadera visión, es que no suele tenerlas ni ha tenido nunca otra que ésta. En fe de lo cual he firmado ésta por mi mano, y la he sellado con nuestro sello (1).»

San Francisco de Sales, viniendo á recibir á la Madre de Chantal, y San Vicente de Paúl de pie en el santo altar asistiendo arrebatado á esta unión, ¡qué coronación tan admirable para la hermosa vida que acabamos de contar!

En cuanto expiró la Santa, la Duquesa de Montmorency la cerró los ojos y la besó los pies, que regó con sus lágrimas. Besó también con profundo respeto el Santísimo Nombre de Jesús, que la bienaventurada había grabado sobre su corazón. Todas las Hermanas hicieron lo mismo. Se abrió el saquito y se leyeron en alta voz, y en presencia de sus restos venerables los santos votos, las protestaciones de fe, las oraciones y acciones de gracias que la Santa había escrito y firmado con su sangre, las unas en Dijón sobre el altar de Nuestra Señora d'Etang, las otras en San Claudio, en Annecy, en París,

(1) *Proceso de canonización de la Madre de Chantal.*—Carta de San Vicente de Paúl á las hijas de la Visitación.

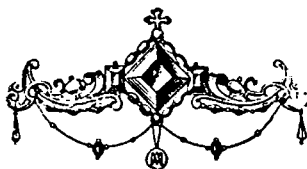
en Lyon: monumentos de la gracia de Dios sobre una alma privilegiada. La Duquesa de Montmorency hizo embalsamar este santo cuerpo, y estuvo expuesto por dos días en la capilla, próxima á la reja; un gentío inmenso fué á verle, y le hicieron tocar rosarios y lienzos, después de lo cual mandó la Duquesa que este santo cuerpo fuese inmediata y secretamente llevado al monasterio de Annecy, donde la Santa había dicho queiría descansar, cerca del cuerpo de su bienaventurado Padre.

Pero para indemnizarse del sacrificio heroico que hacía cediendo el santo cuerpo, y á fin de consolar á las religiosas de Moulins, quiso la Duquesa conservar el corazón de la bienaventurada, y le hizo colocar en un gran relicario de plata, adornado de pedrería y sostenido por dos ángeles. Este corazón se colocó en un altar en el cuarto de la Madre de Chantal, transformado en oratorio, junto al lecho en donde había muerto la Santa, el cual se conservó con la mayor estimación. La Duquesa de Montmorency pasaba allí largas horas en oración, y besaba con respeto la cama «donde había visto—decía—cómo mueren los santos.»

Esta cama existe todavía. No está ya en el monasterio de Moulins, que las desgracias de los tiempos han profanado, ni en el cuarto en que murió la Santa, y que no es ya capilla; está en Nevers, adonde se retiraron en nuestros días las Hermanas de Moulins, y la conservan como un tesoro. Es imposible ver y contemplar aquella cama de madera, aquel mismo jergón, aquel duro colchón, y aquellas colchas y mantas groseras, sin sentir la conmoción más profunda.

Todo lecho de muerte es sagrado; pero el que ha recibido el último suspiro de un santo, que oyó sus últimos actos de adoración, de fe, de humildad, de menosprecio de la tierra, los mayores y más hermosos de todos; donde se consumió en el fuego del amor el holocausto

de una vida ya inmolada por el ardor del arrepentimiento; en donde el alma, desechando los restos de su mortalidad, se lanzó viva y alegremente hacia Dios que la esperaba, ¡oh! semejante lecho es un altar, adonde se acerca uno con respeto, y se retira recogido y lleno de emoción, no habiendo nada que diga al alma con más elocuencia cómo es preciso vivir y cómo se debe morir.





CAPITULO XXXV

Canonización de la santa Madre de Chantal.

EL cuerpo de la Madre de Chantal llegó á la ciudad de Annecy el 30 de Diciembre de 1641. Desde Moulins á Lyon, los encargados de la conducción del fúnebre convoy por la Duquesa de Montmorency, habían ejecutado fielmente sus órdenes, y viajado rápida y secretamente. Sobre todo, pasaron por Lyon apresuradamente y de noche, de suerte que los dos monasterios de esta ciudad ni aun sospecharon que el cuerpo de su santa Fundadora pásaba por delante de su puerta. Pero al salir de Lyon, y ya en camino para Soboya, las personas á quienes la Dupuesa había encargado este tesoro creyeron que ya no había peligro, y andando más despacio y con menos discreción, dejaron traslucir su secreto. Desde aquel momento, el viaje fué un verdadero triunfo. En Montluel, el pueblo acudió en tropel á la iglesia de la Visitación, y las Hermanas pasaron la noche en oración alrededor de aquella querida caja. En Belley, el Ilmo. Sr. Camús salió de la ciudad vestido de Pontifical, acompañado de su clero, precedido de la música, seguido de un gentío inmenso que llevaba luces y fué á esperar en el camino las santas reliquias de la venerable Madre. En Lambert, Seissel y Rumilly se aumentó el gentío. En todas partes tocaban las campanas, y las iglesias se cubrían de luto; las ciu-

dades y las aldeas enteras salían deseosas de saludar por última vez á la santa Fundadora.

Pero en ninguna parte era tanto el gentío, ni se veía al pueblo tan conmovido como en Annecy. El cuerpo fué solemnemente llevado al primer monasterio de la Visitación, y abierto el ataúd para satisfacer la impaciente y piadosa curiosidad del pueblo. Un milagro brillante manifestó aquel mismo día la santidad de la Madre de Chantal. Entre la gente que se acercaba á besarle los pies, se acercó un joven libertino, entregado públicamente á vergonzosas pasiones; pero en el momento en que sus labios iban á tocarla, retiró la Santa sus pies. Todo el pueblo lo vió y dió un grito de alegría (1).

Después que se dejó expuesto al público por algunos días, para satisfacer la devoción de los fieles, el santo cuerpo, que no podía ser sepultado en la iglesia á causa de las reparaciones que en ella se hacían entonces, fué depositado en el coro interior del monasterio, y poco después y por la misma causa se trasladó á la sacristía, en donde estuvo cerca de un año (2). «Fué cosa muy notable—escribe la Madre de Chaugy—que en el momento en que el cuerpo entró en el monasterio, nuestros pobres corazones, que desde la noticia de su muerte habían estado tan oprimidos que no podíamos ver enjutos nuestros ojos, se sintieron llenos de una alegría interior y de una seguridad espiritual tan grande de la gloria de esta santa alma que nos volvía su cuerpo, que cesaron nuestras lágrimas, y no sabíamos decir más que estas palabras: ¡Oh, y cuán elevada está en el cielo; y qué felices somos teniendo tan gran abogada delante de Dios!» (3).

(1) *Proceso de Beatificación*, t. II, pág. 309.

(2) Extracto de los registros del archivo del obispado de Ginebra. *Inhumación y sepultura de la Rda. Madre Hermana Juana Francisca Fremiot de Chantal, primera religiosa y fundadora de la Orden de la Visitación de Santa María.*

(3) *Memorias*, pág. 294.

La célebre visión de San Vicente de Paúl, escrita por el mismo santo sacerdote con las más vivas expresiones de veneración á la Madre de Chantal, corrió rápidamente por todos los monasterios, y contribuyó también á enjugar todas las lágrimas. Lo mismo sucedió con otra visión que el Ilmo. Sr. de Maupas cuenta del modo siguiente: «Después de la muerte de la Madre de Chantal, un alma de mucha virtud la vió en su forma y hábito ordinario, de rodillas, con el rostro resplandeciente, los brazos cruzados sobre el pecho, un Crucifijo en medio, ladeado un poco hacia el corazón; el cuerpo inclinado y los ojos levantados al cielo, en donde iba á entrar: preguntábase esta persona á sí misma quién llevaba y sostenía así de rodillas á la Madre de Chantal, y le fué respondido que su amor y su deseo (1).»

Así, cuando concluyó el año, la Madre de Blonay, en el oficio solemne que hizo celebrar por la santa Fundadora, no quiso que se hiciese nada que pareciese luto y funeral; hizo colgar la iglesia de blanco, la adornó con flores, y rogó al Ilmo. Sr. Carlos Augusto de Sales hiciese el panegírico de las virtudes de la bienaventurada, lo que verificó con una elocuencia y energía incomparables (2). Durante este tiempo se concluyeron las reparaciones de la iglesia y se preparó el sepulcro, estando, por último, todo dispuesto, después de siete años de espera, para hacer la traslación solemne. El 11 de Noviembre de 1648, el Ilmo. Sr. Carlos Augusto de Sales, ya Obispo de Annecy, entró en el monasterio para reconocer el precioso depósito, que le enseñaron la Madre de Chaugy, Superiora, y la Madre de Blonay, depuesta, y que llevaron luego procesionalmente á la iglesia, y colocaron en la capilla de Santa

(1) *Vida de la venerable Madre de Chantal*, pág. 426.

(2) *Vida de la Madre de Blonay*, cap. XV.

Lucía, acompañados de un inmenso gentío (1). El sepulcro era de mármol, y no se le puso ninguna inscripción: sólo se le adornó con esculturas que representaban á la venerable Madre tendida en el lecho mortuario y rodeada de sus religiosas (2).

Muchas personas que miraban con razón á la Madre de Chantal como la piedra angular de la Visitación, se habían forjado la ilusión de que este Instituto, que no tenía ningún lazo, y que no subsistía—decían—sino unido por el inmenso ascendiente de la Santa, se desharía después de su muerte. Esto se vaticinaba en voz alta; pero se engañaban, y muy pronto se vió claramente que el espíritu de la venerable Fundadora sobrevivía y habitaba en todas sus Hijas. En efecto, apenas cerró los ojos cuando todos los monasterios, por un movimiento unánime y no acordado de antemano, enviaron mensajeros al monasterio de Annecy para renovar y reanudar su unión con él, declarando le mirarían siempre como el santo origen de donde habían salido, y en cuyo centro debían reunirse, como lugar donde residía, con el cuerpo de los santos fundadores, la plenitud de su espíritu: promesa solemne que subsiste hace tres siglos sin haberla quebrantado jamás.

Y al mismo tiempo que la vida interior de la Orden no disminuía, no cesaba de crecer exteriormente. La venerable Madre de Chantal había dejado ochenta y seis monasterios, y cada año se veían nacer otros nuevos. Al terminar el siglo XVII se había aumentado aquel número hasta ciento cuarenta y seis. Existían monasterios de la Visitación no solamente en Francia, Suiza, Saboya, Piamonte, Lorena é Italia, como en tiempo de la Santa, sino también en Sicilia y en los Países Bajos, en Baviera y en Austria, y hasta en Polonia. En vano

(1) *Extracto de los registros del Archivo.*

(2) *Circular de la Madre Favre de Charmette.*

el siglo XVIII, entibiando las almas y multiplicando las preocupaciones, impidió el desarrollo de casi todas las Ordenes religiosas, porque no pudo impedir el aumento de la Visitación. Se la vió extenderse por España, Portugal é Inglaterra, penetrar hasta en Rusia, pasar en seguida al Asia, establecerse en el monte Líbano, y lanzándose á la América, florecer en paz en las más notables ciudades de los Estados Unidos.

La gloria de la Madre de Chantal se propagaba con su Instituto. Cada año atestiguaban nuevos milagros su valimiento para con Dios. Las curaciones más brillantes se habían alcanzado por su intercesión en Rumilly, Thonon, Mamers, Annecy, Semur, Nevers, Pignerol, Saint-Amour, Orleans, la Roche y Roma (1). Desgraciadamente, en ninguna parte se recogían estos hechos de un modo auténtico; en ninguna parte los Obispos de las diócesis donde la Madre de Chantal había vivido, y que estaban llenas de su gloria, pensaban en hacer procesos verbales, ni en empezar interrogatorios que pudiesen servir un día para su canonización. Ya se habían pasado cuarenta años desde que había muerto, y habían ido falleciendo una á una todas las personas que la habían conocido más íntimamente y que hubieran podido dar los informes más preciosos acerca de sus virtudes. La que con tanto celo había hecho empezar inmediatamente el proceso de beatificación del santo Obispo de Ginebra, no había encontrado nadie que se ocupase en el suyo. El siglo XVII se concluía, y se hubiera dicho que la Visitación, sin haber olvidado á su santa Fundadora, no tenía afán por su gloria, ni interés alguno en ver sus restos sagrados sobre los altares.

Y sin embargo, no era así. No solamente en los monasterios de la Visitación, donde se la proclamaba Santa y se la honraba tiernamente, aunque en secreto; no

(1) *Historia de la santa Madre de Chantal*, por el P. Beaufile.

solamente en Annecy, en donde los peregrinos acudían en tropel á su sepulcro, sino en todas partes, en Francia, en Italia y en Saboya se suspiraba por que llegase el día en que le pudieran dedicar altares. ¿Qué era, pues, lo que impedía el dar principio á su proceso de canonización, sobre todo con los continuos milagros y con una fama de santidad tan universal y sólidamente establecida?

Un error singular, que se había extendido hacia poco entre los teólogos y canonistas, era la única causa de esta aparente frialdad. En 1634, siete años antes de la muerte de la Madre de Chantal, el Papa Urbano VIII había publicado un decreto relativo á la beatificación de los Santos, que fué mal comprendido. Este Pontífice, celoso de la gloria de los Santos, se sintió inspirado para tomar las más severas precauciones, con el fin de ponerla al abrigo de toda discusión, y había mandado, por una parte, que el pueblo no tuviese la libertad de prevenir el juicio de la Iglesia, rindiendo culto público á las personas que aún no estaban beatificadas, y por otra, que la Congregación de Ritos no entablase ningún proceso referente á las virtudes y milagros de las personas muertas en olor de santidad, á menos que no hubiesen pasado cincuenta años después de su muerte. Esta sabia prohibición hecha á la Congregación de Ritos, se creyó equivocadamente que se extendía á los Obispos, y que también se les prohibía proceder á ninguna información, como asimismo á interrogatorio alguno, antes de pasados los cincuenta años. Esto era un error; porque ¿quién no ve, que si para principiar las informaciones jurídicas se esperase á que hubiese pasado tan largo espacio de tiempo no viviría ya casi ningún testigo ocular que pudiera declarar sobre las virtudes de los siervos de Dios, y desapareciendo así las principales pruebas, los procesos de canonización llegarían á ser imposibles? Esto se conocía, ciertamente; pero como se creía que el decreto del Papa Urba-

no VIII era obligatorio, se obedecía con sentimiento, pero, al fin, se obedecía, y los procesos de canonización de muchos siervos de Dios estaban detenidos.

Este era el motivo que detenía á los más piadosos y celosos por la gloria de la Madre de Chantal; así que, en cuanto pasaron los cincuenta años, se vió á todos los monasterios de la Visitación empezar á suplicar, escribir á todas partes y dar pasos para procurar á su venerable Fundadora el honor de los altares. Pero, sin embargo, hasta el año de 1715 no se abrieron en Annecy, bajo la dirección del Sr. Obispo de Ginebra, las informaciones jurídicas. Los Comisarios fueron á Dijón, á Autun y á Bourbilly; y después de haber recorrido la Borgoña, conducidos y liberalmente tratados por el Conde Toulangeon, nieto de la Santa, que quiso sufragar los gastos de este viaje, fueron á Moulins, á Bourges, á París y á todos los lugares en que había vivido, á fin de recoger los recuerdos y testimonios de su virtud. Se vió al mismo tiempo á los personajes más distinguidos del mundo cristiano, hacer las más vivas instancias para alcanzar de la Santa Sede la canonización de la Madre de Chantal. En la preciosa y considerable colección de cartas escritas con este motivo al Soberano Pontífice, las hay de casi todos los soberanos de la Europa católica, de algunas Repúblicas, de muchos Cardenales, de un gran número de Obispos, Generales de Ordenes, Abades, Universidades, Parlamentos y Magistrados de las ciudades (1).

(1) Véase en Annecy la colección de copias de todas estas cartas. En Dijón hay una colección especial de las cartas dirigidas al Papa por las personas más distinguidas de Borgoña. Las hay del Príncipe Luis Enrique de Borbón, Príncipe de Condé, Gobernador de Borgoña, del Presidente del Parlamento, Señor de Berbissey, pariente de la Santa; del mismo Parlamento, del Tribunal mayor de Cuentas, de la Tesorería de Dijón, del Alcalde mayor y de los Regidores, del Ilmo. Sr. Zanet, Obispo de Langres; de los canónigos de la Santa Capilla, etc., etc. (*Archivos del monasterio de la Visitación de Dijón*, manuscrito en 8.º)

No solamente Francia y Saboya, sino también Italia, Alemania, Suiza, Polonia y la isla de Malta, se unían para cantar las alabanzas de la Madre de Chantal, y solicitar la dicha de verla sobre los altares.

Los procedimientos hechos por la autoridad de los Ordinarios se concluyeron en 1718, y fueron llevados á Roma en 1719. Pero apenas los postuladores de la causa la sometieron á la Sagrada Congregación de Ritos, se encontraron con una dificultad insuperable. Era uso, excepto el caso de un culto inmemorial rendido á un santo personaje, y exceptuándose también algunos otros casos muy raros, en los cuales no se encontraba la Madre de Chantal, que no se pudiese proceder á la canonización de un santo, sino sobre declaraciones de testigos oculares que atestiguasen sus virtudes ó su martirio. Por consiguiente, aquí, á consecuencia del error de que acabamos de hablar, no había testigos oculares. Los Comisarios apostólicos habían recorrido Saboya, Borgoña, Francia é Italia, y en todas partes encontraron á los hijos de los que habían conocido á la Santa; pero los contemporáneos habían desaparecido, excepto tres ó cuatro ancianos, cuyas declaraciones eran preciosas, pero insuficientes para servir de base á un proceso de canonización.

Esta dificultad, muy grave, á la cual no se encontraba solución, y algunas otras que á ésta se unieron, trajeron consigo mucha lentitud, y aun hicieron concebir los más vivos temores sobre el feliz éxito de la causa. Empezada en 1715, llevada á Roma en 1719, reanudada en 1722, interrumpida después hasta 1737, no adelantaba un paso. Se aproximaba el aniversario centésimo de la muerte de la Santa, y á pesar de las virtudes más heroicas y de la más brillante fama de santidad, á despecho de tantos milagros, la gran Santa, víctima en su tumba de un error de teólogos y canonistas, se veía privada de los honores del culto público por la inexora-

ble severidad de las leyes y de los usos de la Iglesia sobre la beatificación de los santos.

En medio de estos temores y de estas inquietudes, las religiosas de Annecy tuvieron, no obstante, una gran alegría, de la que participó muy pronto todo el Instituto. La continuación de las informaciones exigía la apertura del sepulcro de la Madre de Chantal y el reconocimiento de sus reliquias. Por lo tanto, el 1.º de Diciembre de 1722, el Ilmo. Sr. de Rosillón de Bernex, Obispo de Ginebra, acompañado de los Comisarios apóstólicos, fué á la iglesia del primer monasterio de Annecy, y allí, en presencia de S. A. Serma. la Princesa Leonor Filipina de Hesse-Rhinfelds-Rotembourg, hermana de S. A. R. la Princesa del Piamonte, estando todas las religiosas de pie detrás de su reja, hizo quitar el sello y levantar la piedra del sepulcro (1). Se encontró una caja de plomo encerrada en un ataúd de nogal, sobre el cual estaba escrito :

AQUÍ YACE EL CUERPO
DE NTRA. MUY RESPETABLE HERMANA JUANA FRANCISCA FREMIOT
FUNDADORA
DE LA ORDEN DE LAS HIJAS DE LA VISITACIÓN DE SANTA MARÍA
Y PRIMERA RELIGIOSA DE LA MISMA,
LA CUAL FALLECIÓ EN EL MONASTERIO DE MOULINS
EL TRECE DE DICIEMBRE DE MIL SEISCIENTOS CUARENTA Y UNO
Á LAS SIETE DE LA NOCHE, DÍA DE SANTA LUCÍA.

Por más pesado que fuese este precioso tesoro, las Hermanas no quisieron ceder á nadie el honor de llevarle, y ayudadas únicamente por su confesor, le pusieron sobre sus hombros y lo trasportaron á la sala de Capítulo.

(1) Los detalles siguientes están tomados de una circular dirigida á todo el Instituto el 2 de Enero de 1729, por la Madre Francisca Magdalena Favre de Charmette, Superiora del monasterio de la Visitación de Annecy.

Allí, el Ilmo. Sr. Obispo de Ginebra hizo abrir el ataúd de plomo, y entonces—escribe la Madre de Favre de Charmette, «vimos á nuestra venerable Fundadora, vestida con nuestro santo hábito, un Crucifijo en el pecho y con el rosario al lado; su hábito parecía entero, con algunas manchas blancas causadas por la humedad de la bóveda, que está situada sobre uno de los canales del lago. Vimos sobre la cabeza de la venerable sierva de Dios un resto de corona, que no había perdido aún todo su color verde. Nada parecía descompuesto en su persona. Se la conocía por el cuadro original que teníamos. Un aire de majestad y santidad que se notaba en su rostro, atrajo toda nuestra veneración y respeto, y dábamos gracias interiormente por habernos hecho depositarias de tan precioso tesoro.

Debajo de las manos de la sierva de Dios, encontramos una cajita sellada en dos partes con el sello de la Visitación en lacre encarnado. Se abrió, y se encontraron unos papeles que debían de ser los que se citan en la vida de esta gran sierva de Dios, y de los que dice que había pedido la enterrasen con ellos. Estos papeles estaban tan usados que no fué posible leerlos.»

Luego que las Hermanas veneraron por largo rato á su santa Fundadora, las hizo retirar el Ilmo. Sr. Obispo, y acompañado de los Comisarios eclesiásticos y de peritos nombrados por él, procedió al reconocimiento canónico de las reliquias, é hizo se dispusiera todo para sepultarlas de nuevo, hasta el día en que la Iglesia permitiese colocarlas sobre los altares. Se hizo una caja nueva de plomo, forrada de tafetán blanco, que fué encerrada en otra de nogal, y se concedió á las religiosas el honor y consuelo de vestir con nuevos hábitos religiosos á su venerable Madre. La tela había sido hilada y teñida por todas las Hermanas, y cosidos todos los hábitos por las mismas, excepto el velo, que quiso coserlo por sí misma S. A. Serma. la Princesa.

Después de estar la Santa vestida de nuevo, con su cruz de plata al cuello pendiente de la cinta de lana, el Crucifijo en sus manos y una corona en su cabeza, permitió Su Ilustrísima quedase expuesta por algún tiempo á la veneración de las Hermanas.

Nuestra pluma no sabría pintar el recogimiento, la modestia, la alegría santa de las religiosas arrodilladas á los piés de su venerable Madre, pidiéndole « las sostuviese en la fidelidad á las santas instrucciones que les había dejado, en la pureza y firmeza de la fe, y en la perfecta sumisión á la Santa Sede. » Un solo pesar amargaba estas alegrías: que todas las Hermanas del Instituto no estuviesen allí, y que todas juntas no pudiesen, en lugar de volver á encerrar de nuevo bajo tierra aquellas reliquias sagradas, llevarlas en triunfo á los altares. A lo menos tenían la esperanza de que esto se realizaría, y con efecto, se realizó, aunque después de mucho tiempo; pero de todas las Hermanas que asistieron á la ceremonia que acabamos de describir, muy pocas vieron lucir el día que tan ardientemente deseaban.

El proceso de beatificación no adelantaba; los años se pasaban y aumentaban las antiguas dificultades, ocurriendo otras nuevas y disminuyendo las esperanzas. Sucedió por fin lo que se temía. Llegó el año de 1741, centésimo aniversario de la muerte de la Madre de Chantal, sin que las religiosas hubiesen tenido la felicidad de ver á su venerable Madre sobre los altares y sin que los fieles pudiesen manifestar en público los afectos de veneración, confianza y amor que abrigan hacia ella todos los corazones. Se decía, y por todas partes, que habiendo sido infructuosos los pasos dados durante veintiséis años, era muy de temer que lo fuesen siempre.

Dios, sin embargo, había resuelto no dilatar más la glorificación de su sierva. En 1740, el mismo año que

precedió al centésimo aniversario de la muerte de la santa Madre de Chantal, subió á la Cátedra de San Pedro un hombre de gran sabiduría, que habiendo profundizado todas las partes de la ciencia sagrada, se había ocupado especialmente en la beatificación y canonización de los Santos, y componía entonces sobre este difícil asunto una extensa y magnífica obra en cinco volúmenes en folio, tesoro precioso de erudición y de crítica. Consultor primero del Santo Oficio, Promotor de la fe, abogado consistorial, secretario de la Congregación del Concilio, canonista de la Sagrada Penitenciaría, por sus empleos como por sus escritos, el inmortal Cardenal Lambertini, que tomó el nombre de Benedicto XIV, estaba admirablemente colocado para aclarar todas las dificultades que ponían trabas á la marcha de los procesos de canonización. Así, apenas se sentó en la Cátedra de San Pedro, avocó á sí todas las causas de canonización empezadas, y particularmente la de la santa Madre de Chantal; apresuró el examen de ella, y después de largas y serias discusiones que presidió él mismo, publicó, en fin, en 1751 el decreto tan impacientemente deseado de la beatificación de la venerable Madre de Chantal. Este decreto es una obra maestra, y á pesar de su extensión queremos insertarle íntegro. Se verá, leyéndole, lo que son los grandes procesos de canonización, que el mundo conoce tan poco, y con qué prudencia, sabiduría é inflexible severidad se manejan y siguen los procedimientos, en virtud de los cuales, humildes cristianos son elevados al honor de los altares, en medio de merecidos aplausos del cielo y de la tierra (1).

(1) El decreto está encabezado así: *Sanctissimi Domini nostri Benedicti Papae XIV, decretum in causa Gebenne. beatificationis et canonisationis Ven. servae Dei Joan. Franciscas Fremiot de Chantal, Ordinis monialium á Visitatione Sanctae Mariae nuncupatarum fundatricis. Editum die XXI Augusti MDCCLI.— Romae MDCCLI. Ex typographia*

BENEDICTO XIV, PAPA

Aunque la venerable Sierva de Dios Juana Francisca Fremiot de Chantal murió el 13 de Diciembre del año 1641 en gran reputación de santidad, como lo demuestran los escritos de los más respetables autores de aquel tiempo, los cuales refieren detenidamente los grandes honores tributados á su cuerpo, cuando poco después de su muerte fué trasladado con santa pompa desde el monasterio de la ciudad de Moulins á la de Annecy; sin embargo, ni entonces, ni muchos años después hicieron los Ordinarios de los lugares en los cuales podían haberse hecho, las informaciones jurídicas acerca de sus virtudes y milagros, ya porque es más fácil encontrar quien aconseje lo que se debe hacer, que hallar quien quiera realmente poner manos á la obra, ya también porque creían era un obstáculo para estas informaciones el decreto de nuestro predecesor Urbano VIII, de feliz memoria, publicado no hacía mucho, por el cual prohibía proceder á las causas de beatificación de los siervos de Dios antes de los cincuenta años después de la muerte de aquéllos. Las palabras del decreto son las siguientes: *Su Santidad prohíbe expresamente á la Sagrada Congregación de Ritos proceder en lo sucesivo á las causas de beatificación ó de canonización de los siervos de Dios, y á la declaración del martirio, á no ser que hayan pasado cincuenta años después de su muerte*; las cuales dieron lugar á una opinión falsa, haciendo creer á muchos que no se permitía antes de dicho tiempo reunir las pruebas auténticas, ni tampoco instruir los procesos respecto al martirio, las virtudes ó los milagros de los siervos de Dios muertos en olor de santidad, aunque el Soberano Pontífice no tuviese otra mira al dar esta ley que prohibir el que se propusiera. antes de expirar el término de cincuenta años, ninguna duda en la Congregación de Ritos respecto á la prueba del martirio, de las virtudes ó de los milagros; pero dejando siempre á quien correspondiera el derecho y la facultad de hacer compilar mientras tanto y cuando lo creyera oportuno los procedimientos que se hacen por la autoridad ordinaria y los que se mandan por la Santa Sede, sin lo cual es evidente que, pasado aquel espacio de tiempo, no habría esperanza de hallar testigos oculares que declarasen en los procesos incoados por los Ordinarios ó por la Santa Sede, y apenas se encontraría número suficiente de testigos auriculares que depusiesen según lo que hubieran oído

reverendae Camerae apostolicae; en 4.º, de 31 páginas. Al lado del texto latino se había colocado una traducción francesa. Esta traducción es la que insertamos aquí. Fué distribuída á todos los que asistieron á la ceremonia, y enviada á todos los monasterios.

á los testigos oculares; que es lo mismo que Nos decimos en nuestra obra *Sobre la canonización de los Santos*, libro II, capítulo último.

Este error, extendido casi universalmente, hizo diferir los procedimientos de los Ordinarios acerca de las virtudes y milagros de la venerable Sierva de Dios Juana Francisca hasta el año 1715. Otras dilaciones necesarias hicieron retrasar hasta el mes de Julio de 1719 la proposición de la duda ordinaria en la Congregación de Ritos, sobre la introducción de esta causa para la beatificación y canonización, á saber: *Si se debía firmar ó no la comisión para la introducción de esta causa*; porque hasta después de haber sido firmada por el Papa dicha comisión, no se empezaban á formar los procesos apostólicos.

No obstante, cuando los postuladores comenzaron á hablar de que se hiciese tal instancia, Nos, que ejercíamos entonces el cargo de Promotor de la fe, declaramos abiertamente, que tratándose de una causa que no se proponía por la vía de *culto inmemorial* ó de algún otro caso exceptuado en los decretos de Urbano VIII, sino por otra vía llamada de *no culto*, y que debiendo probarse el martirio ó las virtudes por medio de testigos oculares en estas causas propuestas por vía de *no culto*, conforme á la costumbre observada por la Congregación de Ritos (aunque esta costumbre no estuviese prescrita por ninguna ley canónica ni por ningún decreto de los Papas), la causa de que se trataba corría riesgo de ser condenada á un eterno silencio, y era muy de temer que se rehusase la introducción de la misma, rehusando firmar la comisión; porque no presentando los procedimientos hechos por la autoridad de los Ordinarios á los setenta y cuatro años del fallecimiento de la Sierva de Dios ningún testigo ocular que hubiera declarado acerca de las virtudes, no era de esperar que pudiesen encontrarse después semejantes testigos que declarasen como oculares en los procesos apostólicos luego que fuese firmada la comisión de introducción, por haber visto por sí mismos las virtudes de esta Sierva de Dios.

Pero el Cardenal Tomás Ferrari, de feliz memoria, uno de los que componían la Congregación de Ritos, cuyo parecer era siempre dictado por una doctrina y una prudencia consumadas, el cual había leído ya con atención todos los documentos importantes que favorecían la causa de la venerable Sierva de Dios, y que había examinado maduramente todos los méritos, respondió, al contrario, y con razón, que no constaba en ninguna parte ley alguna expresa que prohibiera en las causas propuestas por la vía de *no culto*, y cuya instrucción de proceso había sido (diferida sin fraude, y por razones legítimas, el admitir como prueba suficiente del martirio ó de las virtudes las declaraciones de testigos auriculares en lugar de los testigos oculares, principalmente si confirmaban estas declaraciones los testimonios de personas célebres por su piedad y los graves escritores del mismo siglo; que esperaba, por lo tanto, con

mucha confianza, que esta causa tendría algún día un éxito feliz, porque la veía abundantemente provista de tales pruebas, lo cual se podía compulsar jurídicamente en los procesos apostólicos; y por consecuencia, aseguraba que no tendría inconveniente en dar su voto para la introducción de dicha causa y para que se firmase la comisión. El parecer de un hombre tan grande fué de tanto peso, aun después de su muerte, que no obstante las dificultades que hemos expuesto arriba, y que tuvimos cuidado de expresar de viva voz y por escrito, le siguieron la mayor parte de los Cardenales que asistieron á la Congregación ordinaria en que se discutió la duda, y fué confirmado por un juicio superior de nuestro predecesor Clemente IX, de gloriosa memoria, el cual reinaba entonces. Este soberano Pontífice, sumamente versado en estas materias, y al cual Nos mismo, en calidad de Promotor de la fe, habíamos dado cuenta de todo, firmó con su propia mano, el 19 del mismo mes de Julio de 1719, la comisión para la introducción de esta causa, como ya hemos dicho en nuestra obra sobre la *Canonización de los Santos*, lib. III, cap. III.

Después de estos hechos, y durante el curso de los años siguientes, se publicaron todos los decretos y juicios necesarios para el progreso de la causa, así para el examen y aprobación de las obras y cartas escritas por la venerable sierva de Dios, como para lo tocante á la observancia de los decretos apostólicos que prohíben dar culto anticipadamente á los siervos de Dios, y por último, para lo concerniente á la validez de los procedimientos ya hechos por la autoridad de los Ordinarios, y poco después por comisión especial de la Santa Sede. Cuando, en fin, en 1737 se proponían examinar la duda más esencial sobre las virtudes de esta sierva de Dios, después de todo el tiempo que se había pasado desde 1719 se renovó la misma dificultad que antiguamente se había suscitado, de la falta de testigos oculares que depusiesen sobre las virtudes, y que sin su apoyo estas mismas virtudes no podían probarse en esta causa, á la cual se procedía por la vía de *no culto*. Pero se recurrió á lo que ya se había discutido sobre esto hacia largo tiempo; y después de haber examinado la cuestión en una Congregación de Ritos, y haberla sometido al juicio del Papa Clemente XII, de feliz memoria, este soberano Pontífice dió el 20 de Febrero del mismo año 1737 un decreto, por el cual mandaba que, sin detenerse en semejantes dificultades, se prosiguiese la causa de que se trataba, como lo hemos dicho en nuestra obra de la *Canonización de los Santos*, lib. III, cap. III.

Todavía, después de esto, mientras se trabajaba en decidir sobre estas mismas virtudes, se presentaron contra la sierva de Dios algunas objeciones, que ya habían sido igualmente opuestas y refutadas en la causa de San Vicente de Paúl, confesor y director de esta venerable sierva de Dios Juana Francisca. En estas circunstancias, elevado Nos mismo, aunque indigno, al Soberano Pontificado, mandamos que se tuviese de-

lante de Nos una Congregación ordinaria de Ritos, que fijamos para el día 2 de Septiembre de 1741; y después de haber examinado maduramente el asunto, emitimos pocos días después nuestro juicio, que fué conforme al dictamen unánime de todos los que habían asistido á esta Congregación, y por el cual pronunciamos: *Que las objeciones propuestas no eran obstáculo para que se procediese al examen de las virtudes de la venerable siervo de Dios, y que sin detenerse en estas dificultades, se ocupasen únicamente en examinar, si no había otra cosa que pudiera deslustrar el brillo de estas virtudes.* Este decreto, dado por Nos el 10 del mismo mes y año, se insertó al pie de la letra en la nueva edición, hecha en Padua, de nuestra obra de la *Canonización de los Santos*, libro III, capítulo último, núm. 12. En seguida de este decreto, y conforme se había prescrito después de tenidas las Congregaciones antepreparatoria y preparatoria, se tuvo, por último, una general delante de Nos, el 3 de Marzo de 1743. Se examinó la duda ordinaria, á saber: *Si consta de las virtudes teologales Fe, Esperanza y Caridad, y de las cardinales Prudencia, Justicia, Fortaleza, Templanza y sus anejas, en un grado eminente, en el caso y al efecto de que se trata.* El parecer de los consultores era favorable, y Nos mismo, por la lectura que habíamos hecho de todos los documentos concernientes á esta causa, y después de haber examinado con cuidado las representaciones de los postuladores, así como las observaciones del Promotor de la fe, y haber oído las informaciones hechas por los votos de los consultores que nos hicimos presentar y que leímos atentamente antes de celebrarse la Congregación, no dudamos ya de la heroicidad plenamente probada y demostrada de estas virtudes. No obstante, dilatamos el emitir nuestro juicio, para tener aún tiempo de examinar todas las cosas é implorar para Nos mismo y para los demás las luces de lo alto en un negocio de tanta importancia. No habíamos encontrado, á la verdad, nada que nos hiciera dudar, en cuanto á la substancia de la prueba de las virtudes de la venerable siervo de Dios; pero nos quedaba todavía algo que examinar respecto á la forma del decreto que en consecuencia de esto había de darse.

Porque el 24 de Abril de 1741 habíamos publicado nuestro decreto sobre las virtudes heroicas del venerable siervo de Dios Francisco Caracciolo, fundador de la Congregación de Clérigos regulares llamados Menores, cuyas virtudes no habían sido probadas por testigos oculares, sino por testigos auriculares, que deponían por lo que sabían de testigos oculares; cuyas deposiciones, no obstante, iban reforzadas con otras muchas pruebas, y con este motivo publicamos el mismo día otro decreto general, en el cual establecimos ciertos principios y prescribimos una regla conveniente á este asunto, mandando que en las causas de los siervos de Dios en que se procediese por la vía de *no culto*, y en las cuales el martirio ó las virtudes no se justificasen sino por testigos auriculares que

hubiesen depuesto por relación de testigos oculares, con tal que tuviesen las cualidades necesarias, y estuviesen reforzadas por otras pruebas adjuntas, y que no faltase en ellas ninguna de las circunstancias enunciadas en el decreto, se podría proceder hasta la beatificación formal de estos siervos de Dios, no obstante la falta de prueba directa; pero que para este efecto, en lugar de la prueba de dos milagros, suficientes según la ley general y la costumbre, serian menester cuatro, que deberían estar plenamente atestiguados por testigos oculares, como puede verse en los decretos de que hemos hablado, sea en el decreto general, sea en el decreto particular, insertos uno y otro en el lib. III, cap. III, núm. 25 y siguientes de nuestras obras de la citada edición de Padua. No faltaron, sin embargo, algunas personas que nos indicasen que Nos podíamos permitir en el caso de que se trata, que después de la aprobación de las virtudes de la venerable Juana Francisca, la prueba de dos milagros era suficiente para proceder á su beatificación, aunque la de sus virtudes no estuviese apoyada sino en testigos auriculares *a videntibus*, teniendo en cuenta el testimonio de personajes respetables que habían sido sus contemporáneos, de cuyo número eran San Francisco de Sales y San Vicente de Paúl; apoyando dichas personas sus representaciones en los decretos del Papa Urbano VIII, que exceptuaban del rigor de las leyes nuevas las causas de los siervos de Dios cuyo culto estaba fundado en un espacio de tiempo inmemorial, ó en los *escritos de los Padres de la Iglesia y de los santos personajes*; añadiendo que si San Francisco de Sales y San Vicente de Paúl no eran del número de los primeros, no se les podía negar que estaban entre los segundos. Pero Nos, sabiendo cuán difícil es dictar un juicio en este género de casos, excepto á título de culto fundado en los escritos de los padres y santos personajes; vistas las muchas dificultades que hemos indicado en el cap. XIX, núms. 5 y siguientes del lib. II de la *Canonización de los Santos*; y lo que es aún más esencial, reflexionando que la causa de que aquí se trata había sido principiada y proseguida hasta ahora por la vía de *no culto*, juzgamos que debía sujetarse á la ley del referido decreto general, y por consiguiente, que no podía menos de exigirse los cuatro milagros para proceder á la beatificación de la sierva de Dios. Por lo cual, en el decreto que Nos hemos publicado sobre la aprobación de sus virtudes el 31 del mismo mes de Marzo de 1743, Nos servimos de las palabras siguientes: *Que las dichas virtudes estaban de tal modo probadas, que se podía con seguridad pasar á la discusión de los milagros en el caso y para el efecto de que se trata; pero que como no estaban probadas sino por testigos auriculares, aunque reforzadas por muchas pruebas adjuntas, era menester que se supliese lo que faltaba á la prueba de las virtudes por la de los milagros, y que no se podía llegar á tratar de la beatificación sin que primeramente se hubiesen aprobado cuatro milagros que fuesen atestiguados por testigos*

oculares, siguiendo la forma del decreto general dado con este motivo el 23 de Abril de 1741; el cual se halla inserto en el cap. VI del lib. IV, parte I, núm. 1 de nuestra obra sobre la Canonización de los Santos, de la edición de Padua.

Acabado el juicio de las virtudes, y siendo necesario proceder al otro juicio respecto á los milagros obrados por intercesión de la misma venerable sierva de Dios, se propuso su examen á los consultores de la Congregación de Sagrados Ritos, primeramente en la Congregación antepreparatoria, que se tuvo el 26 de Enero de 1743; en seguida en la otra Congregación, llamada preparatoria, celebrada el 6 de Septiembre de 1746; después en otra Congregación extraordinaria de la misma especie, que para la mayor aclaración de la verdad se reunió el 11 de Julio de 1748; y por último, en la Congregación general, donde no solamente los consultores, sino también nuestros venerables hermanos los Cardenales, dieron sus votos, y que se tuvo delante de Nos el 13 de Julio del presente año 1751, y en la cual se propuso la duda siguiente: *Si consta, y de qué milagros consta, en el caso y para el efecto de que se trata.*

Entre muchos milagros propuestos por los postuladores para ser examinados, y que se discutieron en las dichas primeras Congregaciones, se escogieron cuatro curaciones, que los peritos nombrados para dar su dictamen segun la verdad, después de haber prestado juramento, no titubearon en reconocer por milagrosas. He aquí cómo se verificaron dichas cuatro curaciones.

Gabriela Angélica Morel, que fué después religiosa profesa en el convento de la Orden de la Visitación de la ciudad de Avallón, diócesis de Autun, tuvo desde su nacimiento hasta los quince años de su edad, la cadera, el muslo, la pierna y el pie derechos medio palmo más cortos que la cadera, muslo, pierna y pie izquierdos; y durante todo este tiempo la vió todo el mundo cojear extraordinariamente, de modo que su cuerpo se inclinaba enteramente al lado derecho, lo que era causa de que dicha joven no pudiese estar ni un momento de rodillas, si no la colocaban debajo de la rodilla derecha un almohadón ó cualquier otro apoyo: y mucho menos podía andar si no le ponían el tacón de su zapato derecho mucho más alto que el izquierdo, para poder á lo menos tocar á la tierra y apoyar las puntas de los dedos del pie. Además de esto, su pierna derecha estaba más seca, menos nutrida y menos susceptible de calor que la pierna izquierda, y tratándose de un mal de nacimiento, no hubo nadie que buscase ó tratase de poner remedio. Esta pobre joven, que había llegado ya á la edad de quince años, tenía un grandísimo deseo de ser religiosa; pero habiendo sido desechada por las Ursulinas de la diócesis de Langres, temía serlo también por las religiosas de la Visitación de la citada ciudad de Avallón, en cuya casa se encontraba entonces, viéndose incapaz de cumplir con los deberes de religiosa. Pero recurrió á la

venerable sierva de Dios Juana Francisca, y le hizo una novena, durante la cual su curación adelantó tanto, que al cuarto día recibió de rodillas la santa Comunión, de modo que esta postura no la incomodó nada, porque su cuerpo estaba enteramente equilibrado sobre sus dos rodillas, que habían quedado perfectamente iguales; en fin, al noveno y último día de la novena, tuvo la pierna y el pie derecho completamente iguales en longitud, en gordura, vigor, calor y sensibilidad, y no cojeando nada, gozó de entera libertad en sus piernas, andando después perfectamente y como si nunca hubiera cojeado.

La segunda curación es la de Isabel Dromier de la Perouse, religiosa profesa de la misma Orden de la Visitación en la ciudad de Saint-Amour, diócesis de Lyon, la cual desde los ocho años de su edad, á consecuencia de una complexión muy débil, estuvo frecuentemente enferma, y por fin llegó á verse abrumada de una porción de males. Una diarrea constante, cólicos de estómago, un reumatismo, una calentura continua y una tos violenta la debilitaron al principio. Cuando llegó á la adolescencia, y después de su profesión, la calentura se hizo más fuerte, y se vió atacada de un vómito tan frecuente, que volvía no sólo lo que comía y bebía, sino muchas veces sangre pura; y una costilla del lado izquierdo se descompuso, saliendo de su lugar. Después de probar inútilmente muchos remedios que los médicos le hicieron tomar durante largo tiempo, la desahuciaron, y se quedó medio muerta en una cama por espacio de tres meses, y en un estado de debilidad tan deplorable, que no solamente estaba tendida boca abajo, sin poder menearse ni dormir, sino que además perdió enteramente la voz. Encontrándose á las puertas de la muerte, invoca á la sierva de Dios Juana Francisca Fremiot de Chantal, y le hace una novena, en el último día de la cual, después de haber comulgado, se encontró libre de tantos males, y habiendo recobrado sus fuerzas, saltó de la cama, se vistió por sí sola, dió gracias, tanto en particular como en público, á su bienhechora, comió en la mesa común, cumplió con todas las obligaciones de religiosa, aun las más penosas, y continúa gozando de una salud perfecta.

La tercera curación fué la de Clara de Rossi, doncella romana. Como no se apartaba de su madre, que estaba enferma de una tisis de que murió, contrajo la misma enfermedad; se vió atormentada por una calentura continua violenta, por dolores de cabeza, náuseas molestas, mucha dificultad para respirar y acostarse del lado derecho, por una tos continua y fatigosa que le hacía expectorar esputos amarillos y purulentos con mezcla de sangre, y arrojar además abscesos llenos de materia, que hacían temer la ahogasen. No se podía dudar que la tisis aumentaba todos los días viendo la extinción de su voz, el sudor frío que nunca se le quitaba y el enflaquecimiento de todo su cuerpo; sus fuerzas la abandonaron después en tales términos, que el cura que le había administrado ya to-

dos los Sacramentos, creyó no sólo que iba á morir al instante, sino que la hubiera creído realmente muerta, á no haber hecho la experiencia acostumbrada, con una vela encendida que arrimó á su boca para ver si respiraba; sin embargo, esta joven, que hacía nueve meses estaba desahuciada de los médicos, y á las puertas del sepulcro, invoca á la venerable sierva de Dios y le hace una novena, según la costumbre. Toda la fuerza de su mal se disipó desde el tercero ó cuarto día hasta el noveno; la calentura, el sudor, la tos, los insomnios y esputos purulentos cesaron. Recobró el color, el apetito y las fuerzas, hasta el punto de salir de su casa perfectamente curada, á vista de todo el mundo.

La cuarta curación milagrosa sucedió en la persona de Eugenia Trochon, religiosa profesa de la dicha Orden de la Visitación, en la ciudad de Saumur, diócesis de Anjou. Tres años después de haber entrado en la adolescencia, fué atacada de una calenturita diaria y de una tos con vulsiva.

Estando más adelantada en edad, fué acometida de un asma violenta que le quitaba la respiración, hasta el punto de que hubiera muerto sin el socorro de las sangrías que se le hicieron muy á menudo, durante ocho años, y varias veces en un mismo día. Los remedios que le dieron fueron del todo inútiles, y sobre todo, los vómitos que le produjo el emético que tomó, en lugar de aliviarla hicieron empeorarse su mal, porque el humor maligno, que era la causa, le cayó sobre el lado derecho y le ocasionó una parálisis, que habiendo durado muchos meses le dejó, en fin, el brazo y la pierna sin movimiento alguno, y aun le quitó en parte la sensibilidad. Esta religiosa pasó cuarenta días, por lo menos, en este deplorable estado, sin que se le hiciese ningún remedio, encontrándose tan enervada, que para transportarla las religiosas de un lado á otro le tiraban de la pierna, que estaba colgando, con un cordón que le habían atado. Viéndose reducida á este extremo, implora el socorro de la venerable sierva de Dios, haciéndole una novena, y el último día se levanta, anda, se pone de rodillas y ejecuta todas las demás acciones que no había podido hacer durante largo tiempo.

Antes de reunir la dicha Congregación general á que tenemos costumbre de asistir, examinamos todas las pruebas del proceso, todos los escritos, tanto de los postuladores como del Promotor de la fe, y las consultas de los peritos; oímos también las informaciones que nos fueron hechas de viva voz por las partes, y leímos los votos escritos por los consultores. Se reunió, en fin, dicha Congregación y oímos los pareceres de los Cardenales sobre las dichas curaciones; y aunque el número de votos afirmativos fué suficiente para poder aprobarlas como milagrosas, creímos, no obstante, deber suspender aún nuestro juicio, á fin de implorar el socorro del Padre de las luces para descubrir la verdad con más seguridad, y á fin de tomar nuevas medidas, que no dejaran nada que

desear en el examen y en la discusión de las cosas que se habían hecho hasta entonces.

En nuestra obra de la *Canonización de los Santos*, que Nos hemos alegado muchas veces, y que citaremos todavía, porque hemos tenido un especial cuidado de compilar en ella todo lo concerniente á la beatificación de los siervos de Dios y á la canonización de los bienaventurados, hemos demostrado en el libro IV, parte I, capítulo VIII, conforme al dictamen de la Santa Sede y á la práctica de la Congregación de Ritos, apoyada en los más graves autores, que sólo la curación de una enfermedad grave puede ser mirada como milagrosa, y que no puede dar motivo para un milagro una enfermedad ligera, que puede ser curada fácilmente; lo que fué causa de que tuviésemos alguna duda respecto al cuarto de dichos milagros, tratándose de una parálisis que no había durado más que cuarenta días en un grado completo.

Además, siguiendo lo que Nos hemos probado en el mismo lugar de nuestra obra, la sola gravedad del mal no basta para que la curación sea milagrosa, á no ser que concurren otras circunstancias. Es menester, entre otras cosas, que la curación sea instantánea, y que la recuperación de las fuerzas perdidas lo sea igualmente, sin excluir, no obstante, la instantaneidad moral que se verifica cuando la curación del mal y la recuperación de las fuerzas sucede en el espacio de pocos días, con tal que conste que una curación de esta especie del modo con que se ha efectuado y en el tiempo en que se ha obrado, no ha podido ser efecto de la naturaleza ó del arte, y que no ha sido alcanzada del modo y en el tiempo dicho, sino por la intercesión de algún siervo de Dios. Puede verse sobre esto el capítulo VIII, núm. 17 del libro IV, parte I de nuestra obra. Todas estas consideraciones dieron lugar á otras dificultades respecto á la primera y tercera de las referidas curaciones, las cuales, si bien se habían verificado durante la novena hecha en honor de la Sierva de Dios, no habían sido completas, sino por grados y después de muchos días.

Por lo cual, para poder en una causa tan grave emitir un juicio exento de error, en cuanto es posible al espíritu humano con la ayuda del Señor, preguntamos de nuevo á los dichos peritos, que habiendo sido consultados para saber la verdad, habían creído que las dichas cuatro curaciones eran milagrosas, y les propusimos para que lo examinasen: primero, si teniendo presente la regla dicha que las enfermedades ligeras no pueden ser motivo suficiente para un milagro, creían que la enfermedad de que se hace mención en la cuarta de las curaciones aducidas era bastante grave, y de una curación difícil para el efecto de que se trata; y en segundo lugar, si poniendo aparte todas las conjeturas y raciocinios propios sacados de su arte, de los cuales están llenos sus escritos sobre la primera y tercera de dichas curaciones, y examinando sencillamente la naturaleza de las enfermedades tal cual parece á la vista, y su

duración, y atendiendo al mismo tiempo á la falta de remedios en el primer caso, y á su inutilidad en el segundo, juzgaban que realmente las dichas curaciones excedían enteramente las fuerzas de la naturaleza, aunque obradas en una instantaneidad moral y no matemática. No quisimos que nos diesen su respuesta de viva voz, sino por escrito, señalándoles un tiempo conveniente para que examinasen maduramente el asunto. Además de esto, estando persuadidos de las luces y de la ciencia de nuestro primer médico, no solamente porque ha enseñado largo tiempo y con grande aplauso la medicina en nuestra Universidad de Bolonia, sino también por su mucha experiencia, adquirida en el ejercicio de su profesión por espacio de cuarenta años, y tratando con buen éxito toda clase de enfermedades, aun las más dificultosas, le dimos también á examinar las cuatro referidas curaciones, de las cuales le mandamos hacer una descripción exacta, y sin comunicarle la opinión de los otros peritos, le ordenamos emitiese la suya por escrito. Y estando todos acordes en creer que las cuatro curaciones dichas, si no en cuanto á la substancia, á lo menos en cuanto al modo y al tiempo en que han sido obradas, excedían las fuerzas de la naturaleza; Nos, habiendo examinado bien todas las cosas, y después de haber invocado de nuevo el socorro de las divinas luces, hemos creído que podían aprobarse como milagrosas. Por lo cual, y por el tenor del presente decreto, Nos aprobamos las cuatro curaciones, y permitimos, y respectivamente mandamos, que se publiquen como milagros del tercer género, siguiendo la doctrina del Angélico Doctor Santo Tomás, parte I, cuestión CV, artículo 8 y libro III, *contra los Gentiles*, capítulo CI, seguido comunmente por los teólogos y los canonistas, y á la cual la Congregación de Sagrados Ritos se conforma todos los días en sus decisiones, como puede verse en nuestra citada obra, libro IV, parte I, capítulo I, número 6 y siguientes.

Hemos probado también en la misma obra, tanto por las autoridades como por los ejemplos referidos en el libro I, capítulo XXVI, número 1, y capítulo XXXII, número 3, y en el libro IV, parte I, capítulo VI, número 5, que los milagros del tercer género bastan para la beatificación de los siervos de Dios y para la canonización de los bienaventurados.

Mientras que los referidos milagros propuestos por los postuladores eran examinados en la Congregación de Sagrados Ritos, recibimos una carta de nuestro venerable hermano el Obispo de Orleans, en que nos decía que la omnipotencia de Dios acababa de obrar otro milagro por intercesión de la misma sierva de Dios, Juana Francisca de Chantal, en la persona de nuestra muy amada hija Susana Bienfait, religiosa profesa en el convento de la Visitación de Santa María de Orleans, respecto al cual había el citado Obispo mandado instruir un proceso jurídico, haciendo examinar á la dicha religiosa, que había estado largo tiempo enferma, á los médicos y cirujanos que habían asistido á su cura, así como á las

otras religiosas del monasterio que habían estado presentes á cuanto había pasado; y prometía enviarnos el dicho proceso, como en efecto le tuvimos auténtico ante nuestros ojos por la diligencia y cuidado del mencionado Obispo.

El hecho expuesto en este proceso, y atestiguado por los expresados testigos jurados, todos los cuales le consideran como milagroso, pasó del modo siguiente: Susana Bienfait, religiosa profesa de la Visitación de Santa María, tenía hacía tres años un tumor escirroso en el lado derecho, cerca del hígado, que aparecía en el exterior más grueso que un puño. Nueve meses antes de su curación este tumor se extendió al lado izquierdo, y apenas se le tocaba, sentía la enferma dolores agudísimos, que la atormentaban de ordinario. A esto se juntaron dolores de cabeza, insomnios, falta de apetito, vómitos frecuentes, y dolores en las entrañas. Para colmo de males cayó en una parálisis que la privó de toda sensibilidad y movimiento en las piernas, las cuales habían llegado á tan grande frialdad, que los fomentos de agua hirviendo que les aplicaban no disminuían su entorpecimiento, y no le causaban sensación ninguna. Su pierna derecha, sobre todo, se había puesto tan árida y seca, que no se la veía más que la piel y los huesos. Agravándose cada día más sus males, estuvo dos meses sin hacer ningún remedio; pero habiendo implorado el socorro de la sierva de Dios y habiéndole hecho una novena, recobró enteramente su salud al noveno día, porque ya no tuvo más dolores de cabeza ni cólicos; su parálisis se disipó; su pierna, que estaba seca y árida, se puso en un instante más carnosa, y restableciéndose sus fuerzas en un momento, hizo en seguida todo lo que hacían las otras religiosas que gozaban de salud, siguiendo su instituto y método de vida. En cuanto á la continuación del estado de salud no ofrece duda ninguna, pues que diecisiete meses después, habiendo ido el mismo Sr. Obispo á verla, la encontró buena y lo mismo atestiguaron las demás religiosas del dicho monasterio, á quienes el Obispo no dejó de examinar al efecto.

Todos los requisitos necesarios para un milagro concurren en este hecho, y están atestiguados por las declaraciones uniformes de los testigos, que, como ya hemos dicho, han sido examinados bajo juramento; por lo cual, si se miran las pruebas de este milagro según las reglas naturales de la fe humana, y aun tomando la cosa en abstracto, si se desea una prueba, en cierto modo jurídica, parece que nada falta de lo que puede asegurarnos de la verdad. Pero hay otra razón que hace el dicho procedimiento enteramente nulo é inválido, de manera que si quisiéramos seguir el rigor de las leyes, no deberíamos atenderlo de modo alguno.

Porque los Obispos y los demás Ordinarios tienen ciertamente la facultad de instruir procesos acerca de los milagros que obra Dios por la intercesión de los Santos que están ya en el canon, y á quienes honra la

Iglesia, como también les es permitido formar procesos en las causas de los siervos de Dios que no están todavía ni beatificados ni canonizados, con tal que la Santa Sede no haya puesto aún la mano para proceder á su beatificación ó canonización. Pero cuando se instruyó el proceso de que aquí se trata, hacía largo tiempo que el Soberano Pontífice había firmado la comisión de la causa de la beatificación de la sierva de Dios Juana Francisca Fremiot de Chantal. Ahora bien, en la firma de esta comisión es en lo que precisamente consiste el poner la mano la Santa Sede, de suerte que ya no era permitido á ninguno de los Ordinarios ingerirse por sí en esta causa, é instruir procesos, fuese acerca de las virtudes, fuese respecto á los milagros: y en el caso de que los dichos Ordinarios hiciesen formar alguno de este modo, sería mirado como nulo é inútil para la beatificación y canonización, á causa del decreto irritante que, á lo menos, está virtualmente incluído en el hecho de poner las manos el Superior. Hemos examinado más extensamente estas reglas del derecho en nuestra repetida obra de la *Canonización de los Santos*, libro II, capítulo I, y capítulo XXXV, número 12, y libro IV, parte II, capítulo último, y hemos hecho ver que se apoyan en las sanciones canónicas, en los Decretos del Concilio de Trento, y en las constituciones y rescriptos de los soberanos Pontífices.

Pero como este proceso, lejos de haber sido hecho en desprecio de la Santa Sede por nuestro venerable hermano el Obispo de Orleans, ha sido más bien formado por respeto á ella, como aparece por lo que acabamos de decir; y por otra parte, todo lo que está prescrito por el derecho común ha sido exactamente observado, hemos tomado voluntariamente la determinación de dispensar esta nulidad, nacida de haber ya puesto la mano la Santa Sede en la causa de que se trata; y mandamos, por la plenitud de nuestro poder apostólico y por el presente decreto, que no sirva de obstáculo por esta vez. En consecuencia, no rehusamos reconocer el dicho proceso por válido, á fin de hacer uso de él, como diremos después, conformándonos en esto con los ejemplos de nuestros predecesores, que por justas causas se han servido del mismo poder, no solamente para dispensar esta clase de nulidad, sino también para consolidar otros procedimientos, como puede verse en nuestra mencionada obra de la *Canonización de los Santos*, libro II, cap. LIII, núm. 8, en donde hemos referido el ejemplo del Papa Benedicto XIII, nuestro predecesor, que dispensó una nulidad semejante en las causas de Santo Toribio y de Santa Juliana de Falconieri. Puede verse también el cap. V, núm. 12, y el capítulo XXXVIII, núm. 14 del libro II, en los cuales referimos lo que el mismo Soberano Pontífice hizo en la causa de Santa Inés de Monte-Pulciano y otras varias.

Convalidado dicho proceso hecho en Orleans, como hemos dicho arriba, y habiendo leído con atención las declaraciones de los testigos y de

los peritos que acerca de ello han sido examinados, hemos visto que concurren todas las circunstancias necesarias para constituir un verdadero milagro en la curación de la Hermana Susana Bienfait, conforme á lo que Nos hemos enseñado en nuestra referida obra, libro IV, parte I, capítulo VIII, núm. 2 y siguientes. Por lo cual, después de haber oído á nuestro muy amado hijo el Promotor de la fe, y después de haber leído su dictamen por escrito, aprobamos la dicha curación como milagro de tercera clase; pero mandamos que no se tenga por aprobado sino en calidad de *supernumerario*, con el fin de que no se abuse en lo sucesivo de este ejemplo para proceder á la beatificación de algún siervo de Dios ó á la canonización de algún bienaventurado, sobre milagros cuyos procesos pudiesen haber sido hechos por la sola autoridad de los Ordinarios, aunque convalidada después por la autoridad apostólica, siendo esto contrario á lo que hemos enseñado en nuestra dicha obra, libro II, cap. VI, número 9. Por lo demás, esta aprobación de milagros como supernumerarios no es nueva ó inusitada cuando se trata de milagros plenamente probados, á los cuales, no obstante, falta alguna cosa que impide sean tenidos en cuenta para el efecto de la beatificación ó de la canonización. Hemos referido un ejemplo de esta clase de aprobación en la causa de San Estanislao de Kostka, en el libro II, cap. XXVI, núm. 8 de nuestra repetida obra de la *Canonización de los Santos*. Porque siendo necesario, á fin de pasar de la beatificación de algún siervo de Dios á su canonización, que la Santa Sede apruebe dos milagros que deban haberse obrado después que se ha concedido el culto, se proponía entre los milagros para alcanzar la canonización de dicho bienaventurado Estanislao, además de dos que habían tenido efecto después de su beatificación, otro también ocurrido antes de ella, y al cual no dieron, por consiguiente, ningún valor las Congregaciones en que se examinaron los milagros. Pero el Papa Clemente XI, nuestro predecesor, habiendo examinado maduramente las pruebas de este último milagro, y habiendo encontrado que concurrían en él todos los requisitos; y como entonces ocupábamos el cargo de Promotor de la fe, habiéndonos oído en este asunto y leído nuestro dictamen, que pusimos por escrito, según la orden que para ello nos fué dada por el mismo decreto de 13 de Noviembre del año de 1714, en el cual aprobó los otros milagros sucedidos después que el bienaventurado Estanislao había sido propuesto á la veneración de los fieles, aprobó también en calidad de *supernumerario* el que se había verificado antes, como puede verse leyendo entero el decreto que hemos insertado en el lugar arriba citado.

Después de haber aprobado, como decimos arriba, los cuatro milagros necesarios para la beatificación de la sierva de Dios en el caso que se trata, y un quinto milagro en calidad de supernumerario, nos restaba hacer proponer á la Congregación general de sagrados Ritos, reunida de

nuevo en nuestra presencia, la duda siguiente: *si atendida la aprobación de los cuatro milagros, se podía proceder con seguridad á la beatificación de la sierva de Dios*. Pero como se trata de una causa cuyos artículos han sido largo tiempo discutidos muy exactamente, en la cual se han tenido dos Congregaciones más que las acostumbradas para examinar las principales dificultades respecto á las virtudes y milagros, creemos que es justo y equitativo mandar y declarar desde ahora que, atendida la aprobación de las virtudes de la venerable sierva de Dios Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora de la Orden de religiosas llamada de la Visitación de Santa María, en un grado heroico, y atendida la aprobación de los milagros que ha querido Dios obrar por su intercesión, como se dice arriba, se puede proceder sin dilación alguna á la beatificación de la misma sierva de Dios. Nuestros venerables predecesores los Soberanos Pontífices, nos han dejado ejemplos de esta equidad, y ya los seguimos en la causa del bienaventurado Jerónimo Emiliani, fundador de la Congregación de Clérigos regulares de Somasca, mandando, después de haber dispensado de la proposición de la duda arriba dicha á la Congregación general, que se podía proceder en seguida á su beatificación, como consta por el decreto que dimos con este motivo el 5 de Agosto del año de 1747, y que se insertará muy pronto en el tomo V de nuestra obra de la *Canonización de los Santos*, de la edición romana, en la cual se trabaja actualmente con toda la diligencia posible.

Conviene, pues, conforme á los deseos del pueblo cristiano, á las instancias reiteradas de reyes y príncipes católicos, y á los ruegos de los venerables pastores de la Iglesia, que la Santa Sede conceda, en fin, los honores de la beatificación á esta venerable sierva de Dios, Madre de una Orden de religiosas muy edificante, modelo de perfección cristiana en el estado conyugal, en el recogimiento de la viudez, en la santidad del estado religioso y en la solicitud que exige el cuidado de la fundación de una Orden y de su gobierno, en quien resplandecen igualmente en grado heroico las virtudes propias de cada uno de estos cuatro estados, y cuya santidad ha sido atestiguada por tan excelente Maestro de perfección como era San Francisco de Sales, quien después de haberla tratado mucho tiempo, y dirigido su conciencia, no temió decir en una de sus cartas, escrita en 3 de Arbil de 1611 (la cual puede verse en la edición de París del año 1669), que aparecería delante de Dios tan santa como Santa Paula, Santa Angela y Santa Catalina de Génova. Y puesto que la venerable Juana Francisca trabajó tanto y empleó tanta diligencia para la canonización de San Francisco de Sales como se ve en la historia de su vida, escrita muy fielmente por el Obispo de Puy, llamado Maupas de la Tour, página 360, capítulo XVII, y página 381, capítulo XIX, era muy justo que esta predestinación del santo Obispo contribuyese á la beatificación de la sierva de Dios. En efecto, no se puede dudar que el aconte-

cimiento no haya justificado esta predicción, no solamente por los demás testimonios jurídicos que se han recogido respecto á las virtudes heroicas de la sierva de Dios, sino también por todo lo que el mismo San Francisco de Sales dejó atestiguado en muchos de sus escritos, en lo cual es secundado en un todo por el respetable testimonio de San Vicente de Paúl. Estos testimonios no deben tener menos peso en este caso que en la causa de la beatificación y canonización de Santa Catalina Fieschi Adorni, llamada vulgarmente Hermana Catalina de Génova, donde se hizo mucho caso de los elogios del mismo San Francisco de Sales, como lo hemos dicho en nuestra citada obra de la *Canonización de los Santos*, libro II, capítulo XXIV, número 37.

Si en la extensión de este decreto hemos referido menudamente todo lo que pertenece á la causa con más amplitud de lo que se acostumbra, ha sido porque estando ausente de Roma nuestro muy amado hijo Pedro de Tencin, Cardenal presbítero de la Santa Iglesia romana, Arzobispo de Lyon y protector, por nuestra concesión y dispensación apostólica, de toda la Orden de religiosas de la Visitación, y relator al mismo tiempo de esta causa, y habiéndonos encargado de suplir lo que hubiera debido hacer como tal, hemos creído que era deber nuestro exponer y dar á luz el hecho que se llama Concordado, que contiene toda la serie de esta causa; y no habiéndolo verificado antes, hemos juzgado oportuno poner en el presente decreto todo lo que debía haber sido narrado en el hecho concordado.

Cuanto á las demás cosas que hubieran debido pasar por el Cardenal relator de la causa, han sido hechas con mucho cuidado y celo por nuestro muy amado hijo Próspero Colonna de Sciarra, Cardenal diácono de la Santa Iglesia romana á quien hemos comisionado al efecto.

Este decreto, que hemos dictado y firmado de nuestra mano después de haber celebrado el Santo Sacrificio de la Misa, hoy 21 de Agosto, día aniversario de nuestra coronación y del nacimiento del dicho San Francisco de Sales, el cual nació en el mismo día del año de 1567 (como atestigua Carlos Augusto de Sales, su sobrino, en su vida, libro I, capítulo II), ha sido entregado por Nos á nuestro muy amado hijo el secretario de la Congregación de sagrados Ritos, para que sea conservado en las actas de la misma Congregación con las últimas consultas hechas de nuestra orden, para esclarecer la verdad por los citados peritos, respecto á los cuatro milagros aprobados arriba para el efecto de la beatificación, con el proceso hecho por el Obispo de Orleans, referente al quinto milagro, por Nos aprobado como supernumerario de la manera dicha, y con el dictamen del Promotor de la fe, por Nos requerido acerca del dicho milagro; y hemos mandado que todo se junte y se guarde con cuidado para que su memoria se conserve perpetuamente.

La ceremonia de la beatificación de la Madre de Chantal se verificó en San Pedro de Roma el 21 de Noviembre de 1751, con un esplendor y pompa no acostumbrados. La imagen de la santa había sido colocada en el centro de la gloria magnífica que sirve de remate y corona á la cátedra de San Pedro, en el ábside de la Iglesia. Dos grandes cuadros que representaban, uno á San Francisco de Sales y el otro á San Vicente de Paúl, fueron colocados á derecha é izquierda, como para hacer sensible la alegría de estos dos grandes Santos, que durante su vida mortal habían tenido la dirección de la bienaventurada, y á cuyo testimonio debía en gran parte los honores de su triunfo. Encima del pórtico principal de la Basílica se había colocado un gran lienzo, pintado á la aguada, representando el más célebre, y sobre todo el más popular de los milagros de la Santa, la curación de Clara de Rossi, obrado en la misma Roma, algunos años antes. Desde por la mañana se manifestó el entusiasmo por la multitud de gente que acudió á la Basílica. El rey de Inglaterra Jacobo III, un gran número de Príncipes y los embajadores de todas las naciones católicas asistían á la ceremonia, á la cual asistían también los Cardenales, los Prelados y los Generales de las Órdenes. Al concluir la Misa Benedicto XIV fué también, acompañado de toda su corte, por medio de la muchedumbre del pueblo, á postrarse á los pies de esta mujer admirable, á quien profesaba la más tierna devoción (1).

Estos honores se repitieron en todos los países del mundo católico, en Francia, en Saboya, en Italia, en Alemania, en Polonia, en España y en América, pero en ninguna parte tan magníficamente como en las ciu-

(1) Relación de la solemnidad de la beatificación de la venerable sierva de Dios Juana Francisca Fremiot de Chantal, Fundadora de la Orden de la Visitación de Santa María, celebrada en Roma en la Basílica del Vaticano el 21 de Noviembre de 1751.

dades en que había monasterios de la Visitación. Sería menester haber leído las *Circulares* del año 1752 para formarse una idea de la alegría y del entusiasmo con que fué celebrada en todas partes la beatificación de la santa Madre de Chantal. Las oraciones, los cantos, las procesiones, los emblemas, las pinturas, las composiciones poéticas, nada podía satisfacer la necesidad que tenían las hijas de la bienaventurada de rendir á su santa Madre los honores que deseaban para ella hacía tan largo tiempo.

El clero de Francia se reunió poco después en junta general. De común acuerdo, y como por aclamación, quedó decidido que se escribiría al Soberano Pontífice para darle gracias y solicitar la pronta canonización de la bienaventurada Madre de Chantal.

«Nuestros deseos podrán parecerá primera vista algo precipitados—decían los Obispos á Benedicto XIV,—pero las razones que nos mueven y su equidad justificarán nuestro empeño. Nuestros ruegos son demasiado justos para ser prematuros.» «Tal fué—añadían—el heroísmo de esta ilustre mujer; tal fué el resplandor de sus ejemplos y la fama de sus virtudes que todos los franceses no han cesado constante y unánimemente durante casi un siglo entero, de suspirar por su triunfo. Aún no estaba permitido darle un culto público y ya este culto reinaba en el fondo de todos los corazones, siendo cada día más nuevo y fervoroso. En fin, bajo vuestros auspicios, Santísimo Padre, aparece este culto tan largo tiempo y tan impacientemente deseado, y triunfa en medio de los aplausos de los pueblos. Lo único que ya deseamos es que la misma mano que tan felizmente ha empezado esta obra, se digne completarla y coronarla... Porque si la beatificación de esta venerable sierva de Dios ha excitado en el pueblo cristiano una piedad tan viva y tan grande, y una alegría tan singular, ¿qué no debemos esperar de un título más au-

gusto, de un culto más célebre, de un nombre más glorioso?»

Los Obispos de Francia concluían su carta con estas hermosas palabras: «No dudamos, Santísimo Padre, que los deseos y los votos unánimes de todo el universo cristiano se unirán para apoyar y secundar nuestros deseos. Pero la Francia tiene en esto una ventaja, cuya propiedad nos pertenece, y debe ser tanto más querida y preciosa cuanto es más natural: entre nosotros nació, entre nosotros ha sido cultivado ese árbol feliz que ha extendido sus ramas por todo el universo, que presenta á la inocencia y á la piedad un abrigo tan favorable, y que no cesa de dar á Jesucristo y á su Iglesia los frutos más hermosos y más dulces. Conciudadanos, amigos y parientes de esta ilustre mujer, alegamos estos títulos para hacer nuestra su gloria, y de este modo el amor de la patria viene á coronar el amor de la religión» (1).

Pero por más grandes que fuesen los deseos del Papa Benedicto XIV, por más que trabajase con celo y actividad, no pudo concluir esta obra. Había ya entregado á Dios su grande alma cuando se concluyeron los procedimientos relativos á la canonización de la bienaventurada Madre de Chantal. Su sucesor, Clemente XIII, fué quien, en 1767, tuvo la alegría de publicar la Bula y presidir la fiesta de la canonización de la venerable Madre de Chantal. El júbilo de los corazones católicos fué en esta ocasión más vivo aún que en 1751, y los homenajes más ardientes y entusiastas. Durante un año entero todas las iglesias y monasterios de la Visitación manifestaron su alegría, y saludaron con las demostraciones del más tierno amor á esta santa é ilustre mujer que era cada vez más su gloria y su apoyo.

¡Ay! eran las últimas alegrías de la Iglesia de Fran-

(1) Carta del clero de Francia á nuestro Santísimo Padre el Papa Benedicto XIV, pidiéndole la canonización de la bienaventurada Madre de Chantal.

cia. Ya se advertían en el horizonte las señales precursoras de una tempestad que, cerniéndose sobre la Europa católica, iba dentro de algunos años á estallar sobre la Iglesia de Francia, amontonando allí sus ruinas. La tranquila Saboya está muy cerca de la incendiada Francia para no participar de sus desgracias. No se había celebrado aún el aniversario XXIII de la santa Madre de Chantal, cuando las religiosas del primero y segundo monasterio de Annecy fueron echadas por el ejército republicano de 1793, el clero católico desterrado ó encarcelado, y un clero cismático instalado en las iglesias y encargado, por consecuencia, de custodiar los cuerpos sagrados de San Francisco de Sales y de la Santa Madre de Chantal. ¿Qué iba á ser de estas reliquias preciosas en una época en que las iglesias de Francia eran asoladas, y los huesos de nuestros apóstoles, de nuestros mártires, de nuestras vírgenes, echados á los muladares? Cuatro piadosos habitantes de Annecy, cuyos nombres merecen pasar á la posteridad más lejana, los Sres. Burquier, Amblet, Rochette y Belleydier, resolvieron librar estas santas reliquias de la profanación que les esperaba. Sacaron, pues, durante la noche dos cuerpos de la bóveda de las religiosas de Santa Clara y los pusieron en lugar de los de San Francisco de Sales y de la santa Madre de Chantal, con tanta habilidad que el clero cismático no conoció mudanza ninguna en las cajas, que sabían era el mayor tesoro de Annecy (1). De este modo los cuerpos de los dos santos se salvaron de la profanación, y se conservaron durante la revolución debajo de un entarimado de la casa del Sr. de Amblet.

Sus dos corazones no fueron menos milagrosamente protegidos. El de San Francisco de Sales estaba en

(1) *Relación de la traslación de las reliquias de San Francisco de Sales y de la santa Madre de Chantal.* Annecy, Burdet, 1826.

Lyon; el de la santa Madre de Chantal en Moulins. Cuando murió San Francisco de Sales y se trató de trasladar su santo cuerpo á la ciudad de Annecy, fué preciso dejar su santo corazón en Lyon, sin lo cual nunca hubiera permitido la ciudad que se le despojase de tan precioso tesoro. Lo mismo había sucedido en Moulins cuando la santa fundadora exhaló el último suspiro; y como las Hermanas de París reclamaban justamente este corazón, porque la santa se lo había concedido, la duquesa de Montmorency había dado pasos muy activos para conservar este precioso tesoro con la protección del Rey, y, en efecto, lo consiguió. El mismo obispo de Autun le escribió con este motivo una carta muy caballerosa, en la cual declaraba que semejante reliquia valía bien una batalla, y que se haría matar á la puerta del monasterio antes que consentir que se llevasen el corazón de la fundadora, fuese quien fuese el que lo pretendiera (1).

Cuando la revolución estalló las Hermanas de Lyon se retiraron á Venecia, y protegidas por la libertad de esta pequeña república, construyeron allí su monasterio, edificaron su capilla, y el corazón de San Francisco de Sales fué colocado bajo un dosel, en un relicario de cristal adornado de pedrería. Las Hermanas de Moulins, dispersas un instante por la misma tempestad, se reunieron muy pronto en la Charité-sur-Loire, y de allí fueron á Nevers, llevando con ellas el corazón de la bienaventurada, colocado también en un relicario de cristal engastado en oro.

En Venecia y en Nevers existen hoy estas dos reli-

(1) He aquí la carta. Se siente latir en ella, bajo el hábito de un Obispo, el corazón de un caballero. «Señora: el interés que tengo en la conservación del corazón de la señora de Chantal en vuestra casa, me obliga á que os asegure que no mediando una orden del Rey, iré con todos mis amigos á perecer á vuestra puerta antes que lo arrebaten; porque, ciertamente, es una prenda que bien merece una batalla para conservarla.» (*Vida de la duquesa de Montmorency*, pág. 188.)

quias inmortales. El tiempo ha desecado los cuerpos de los dos Santos, pero puede decirse que nada ha podido sobre sus corazones. Aunque han pasado dos siglos desde que murieron los santos, sus corazones parece que son sensibles todavía. Del de San Francisco de Sales, de aquel corazón tan bueno, tan dulce, tan compasivo para toda clase de males, sale un aceite tan perfumado, que se recoge con respeto, y que endulza todos los dolores, y sobre todo los del alma. En cuanto al corazón de la santa Madre de Chantal, Dios le ha honrado de otro modo; aquel corazón que amó y sufrió tanto, que latió por tan grandes cosas y fué quebrantado con tan grandes dolores; el corazón de aquella mujer tan fuerte y tan tierna al mismo tiempo, se hincha á veces como un corazón que sufre, y se le ha visto, en visperas de las grandes crisis que han desolado á la Iglesia, hincharse é inflarse á la manera de un corazón que va á estallar en sollozos (1). ¡Santas é inmortales reliquias! ¡Quedad para siempre en los monasterios que os poseen, y derramad sobre Francia é Italia, sobre el mundo y sobre la Iglesia, los perfumes y las luces de que estuvisteis llenos!

Mientras tanto, la piedad de los fieles sufría viendo separados los cuerpos de los dos Santos fundadores, y colocados en iglesias diferentes. El 29 de Septiembre de 1804, los reconocía el Ilmo. Sr. de Mirinville, antiguo Obispo de Dijón y entonces Obispo de Chambery y de Ginebra, y dos años después, el 26 de Mayo de 1806, el Ilmo. Sr. de Sales, su sucesor, habiéndose asegurado de nuevo de su incontestable autenticidad, expuso los cuerpos de los dos Santos á la veneración de los fieles, el de San Francisco de Sales en la Catedral de Annecy, y el de la santa Madre de Chantal en la ige-

(1) Véase al fin de este volumen la nota 3.^a Con el corazón posee también el monasterio de Nevers los dos ojos de la santa fundadora.

sia de San Mauricio. Esto era ya alguna cosa, pero no era lo bastante. Así, que dieciocho años después, habiéndose restablecido el primer monasterio de la Visitación en 1824, por los cuidados del Ilmo. Sr. de Thioillaz, Obispo de Annecy, y edificada su capilla en 1826 por munificencia de la reina de Cerdeña María Cristina, pareció conveniente que los dos Santos fuesen devueltos á sus Hijas. Se les trasladó, pues, solemnemente en presencia del Rey y de la Reina, de nueve Arzobispos y Obispos, de más de quinientos eclesiásticos y de un gentío inmenso, á la Capilla de la Visitación. El cuerpo de San Francisco de Sales se colocó sobre el altar mayor; el de la santa Madre de Chantal en la primera capilla á la derecha, pegada al coro de las religiosas, que comunica con él por una rejita.

Allí es donde, en magníficas cajas, regalo de la piedad de los reyes de Cerdeña, sobre un lecho de oro y terciopelo, y bajo un cristal que no quita la vista al peregrino, descansan intactos, y parecen dormir estos dos grandes Santos, demasiado unidos en la santidad de su vida para que la piedad de los pueblos no los hubiese unido también en la tumba.

¡Ah! ¡Ojalá que siempre sea así! ¡Ojalá que el cuerpo de la santa Madre de Chantal, aquel cuerpo santificado por la penitencia, el trabajo y el sacrificio, gastado con tantos trabajos por la gloria de Dios, quede para siempre al lado del cuerpo sagrado de San Francisco de Sales en la humilde capilla de la Visitación de Annecy!

¡Ojalá que la revolución, que da la vuelta al mundo llevando por todas partes su tea sangrienta, respete esos huesos preciosos! ¡Y que nunca ¡oh Dios mío! manos sacrílegas se atrevan á profanar tan santas tumbas!

Y si fuese necesario experimentar este dolor después de tantos otros, ¡ah, que al menos el espíritu de aquel grande Obispo y de aquella mujer heroica sub-

sista siempre entre nosotros! Pueda este precioso espíritu inspirarnos sin cesar la fortaleza, la generosidad, la abnegación y virtudes, grandes como nuestras desgracias, continuando en suscitar almas generosas que, á pesar de la falta de valor y del rebajamiento de caracteres que hoy se advierte, y de la corrupción universal de costumbres, nos hagan admirar aún alguna sombra de lo que la lengua de los libros santos ha llamado con tanta exactitud y oportunidad UNA MUJER FUERTE.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ULTIMO



NOTAS

Y

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS DEL TOMO SEGUNDO

I

**Nota sobre las relaciones de la Madre de Chantal con la Madre
Angélica Arnauld y con el Abate de Saint-Cyran.**

(Véase la pág. 68.)

He dilatado hasta el fin de este volumen, para poderlas examinar más despacio y más á fondo, el tratar de las relaciones de la santa Madre de Chantal con la Madre Angélica Arnauld y con el Abate de Saint-Cyran, en el momento en que aquélla se inclinaba al jansenismo, y en que éste, arrojando la máscara, hacia que se fijase en él la inquieta mirada de Richelieu, y le encerrase en el castillo de Vincennes. Estas relaciones, y sobre todo las nueve cartas que se dice escribió la santa Madre de Chantal á la Madre Angélica desde 1636 á 1641, ocuparon mucho tiempo á los examinadores del proceso de beatificación de la santa Madre de Chantal, dando por resultado largos debates contradictorios, que duraron muchos meses, y que llenan en el proceso más de cien páginas en folio. Habiendo tenido entre manos este legajo, titulado *Colección de las dificultades ocurridas al proseguir el proceso de la beatificación de nuestra santa Madre de Chantal, un vol. en folio*, he creído que debía, para honra de la Santa y en obsequio á la verdad, y con el fin de aclarar este curioso punto, muy obscuro hasta ahora, resumir dichos debates, después de los cuales se dió un decreto de *pasar adelante*, aprobado por Clemente XII el 6 de Marzo de 1735.

Los jansenistas han metido mucho ruido con las relaciones entre la santa Madre de Chantal y la Madre Angélica y el Abate de Saint-Cyran, insinuando de mil maneras que la Santa Madre de Chantal tenía la más absoluta confianza en la Madre Angélica y en el Abate de Saint-Cyran, y

que en el fondo participaba de sus principios. En apoyo de estas afirmaciones presentan los jansenistas nueve cartas, que dicen escribió la Madre Chantal á la Madre Angélica desde 1636 á 1641, y una esquelita dirigida al Abate de Saint-Cyrán el 28 de Octubre de 1641. Es preciso, por lo tanto, demostrar, como lo hicieron los postuladores de la causa de la beatificación, que aun admitiendo la perfecta autenticidad de estas cartas, únicos documentos que los jansenistas han podido presentar, nada puede deducirse de ellas contra los sentimientos y virtudes de la venerable Madre de Chantal. Después de esto, veremos lo que se debe pensar de la autenticidad de estas cartas, inventadas ó falsificadas, evidentemente, por los jansenistas para defender su causa.

En cuanto á lo primero, respecto al abate de Saint Cyrán, es de todo punto falso, como quieren hacer creer, que fuese nunca director de la santa Madre de Chantal. Él mismo confiesa que nunca la escribió, exceptuando una esquelita que la dirigió el 21 de Octubre de 1641; que jamás la había visto; que ignoraba la naturaleza de sus penas interiores; que Dios no había querido permitir que él fuese su consolador; y que sólo á instancias de la Madre María Angélica, y no á petición de la venerable sierva de Dios, le escribió la esquelita cuando estaba en París, algunas semanas antes de su muerte.

Por su parte, la santa Madre de Chantal, por confesión de sus mismos adversarios, no había tampoco escrito más que una esquela al Abate de Saint-Cyrán, el 28 de Octubre de 1641, tres días después de la supuesta carta de éste, y basta leer esta esquela para conocer que no había ninguna intimidad entre ellos. Se ve en dicha esquela que la Madre de Chantal no escribe al Abate de Saint Cyrán sino por haberlo solicitado la Madre María Angélica: que le da, política, pero friamente, las gracias de las oraciones que hacía por ella; que no entra en ningún detalle respecto á sus penas interiores, ni le pide consejo alguno. No le da más título que el de Señor, y no de Padre, como acostumbraba hacerlo con los sacerdotes con quienes tenía confianza. En una palabra, no son más que algunos renglones de política y de pésame á una persona extraña, pero desgraciada.

Es verdad que, en sus cartas á la Madre María Angélica, la santa Madre de Chantal habla en otros términos del Abate de Saint-Cyrán; se recomienda eficazmente á sus oraciones, le da mil testimonios de estimación, y esto en 1640, cuando ya estaba en la cárcel. Pero la opinión más universalmente extendida acerca de los motivos de esta prisión, era que había sido preso por razón de Estado. Fué—decían—por no haber querido suscribir á la disolución del matrimonio del Duque de Orleans, Gastón, hermano de Luis XIII, con la Princesa Margarita de Lorena; matrimonio que el Cardenal de Richelieu hizo declarar nulo por el Parlamento de París en 1633, y en seguida por la Asamblea del clero de Francia en 1635,

con la mira de casar á este Príncipe con la Duquesa de Aiguillon, su sobrina. Se decía también que el arresto había sido motivado por negarse Saint-Cyran á aceptar un obispado que el Cardenal Richelieu le había ofrecido, con el fin de ganarle para sus proyectos; porque este último, añadían, tenía intención de establecer en Francia un patriarcado que haría se proveyera en él, y por cuyo medio hubiera molestado mucho al Papa Urbano VIII. Verdaderos ó falsos corrían entonces estos rumores, y todas las *Memorias* de aquel tiempo lo dicen. Las circunstancias del encarcelamiento no eran, por otra parte, propias para hacer sospechoso al Abate de Saint-Cyran en materia de religión. El poder secolar era el que había procedido contra él, tribunal incompetente en cuestiones de fe. Estaba encerrado en Vincennes, fortaleza real destinada á los prisioneros de Estado, como lo nota Moreri, etc., etc. Se concibe, pues, fácilmente que la santa Madre de Chantal pudiera engañarse, como tantos Obispos de Francia y personas piadosas, acerca de los motivos de dicho arresto.

Pero, dicen, San Vicente de Paúl conocía perfectamente al Abate de Saint-Cyran, le había desenmascarado y parece que las declaraciones de aquel santo sacerdote, contribuyeron no poco para arrestar al sectario. ¿Cómo, pues, admitir que San Vicente de Paúl, que trataba tan íntimamente á la Madre de Chantal y la dirigía, no la hubiese prevenido y advertido? Sin duda lo hubiese hecho si hubiera habido entre la venerable Madre de Chantal y el Abate de Saint-Cyran relaciones peligrosas para esta última; pero como jamás se habían visto, y no se habían escrito más que una vez, y en el momento de cambiar las dos cartas la santa Madre de Chantal estaba en París haciendo ejercicios y confesión general de toda su vida con San Vicente de Paúl, éste creyó inútil el advertirla. Por otra parte, San Vicente de Paúl estaba lejos de desesperar del Abate de Saint-Cyran; aun después de su salida de la cárcel, San Vicente de Paúl fué á verle, y como murió con los socorros exteriores de la religión, asistió á sus funerales en compañía de muchos Obispos. Largo tiempo después de la muerte de la santa Madre de Chantal, la reputación del Abate de Saint-Cyran era aún excelente. Sólo en 1656 fué cuando el clero de Francia, reunido en Asamblea, reprobó el elogio que los señores de Santa Marta habían hecho de Saint-Cyran; lo que prueba que antes de esto su doctrina no había sido públicamente mirada como sospechosa, ni mancillada su reputación. Se concibe, pues, que habiendo muerto la santa Madre de Chantal en 1641, no tuviera ninguna sospechosa respecto á las peligrosas doctrinas de Saint-Cyran, tan hábil para disimular y que imbuyó en sus errores á tantas personas piadosas con las cuales trataba diariamente.

Esto, en cuanto á las relaciones de la santa Madre de Chantal con el Abate de Saint-Cyran. Respecto á sus relaciones con la Madre Angélica, es aún mucho más fácil demostrar que la Santa no creyó nunca que fuese

Sospechosa de error alguno. De diecinueve años menos que la Santa, la Madre María Angélica murió veinte años después que aquélla, el 6 de Agosto de 1661; y sobre todo, en los últimos años de su vida fué cuando se declaró abiertamente sectaria; pero hasta entonces era tenida por una persona de virtud y mérito singular. No sólo en 1627 la colmó de elogios Urbano VIII, alabando en un breve, que se hizo público, su celo, su experiencia, su capacidad y su singular piedad, sino que en 1616, cinco años después de la muerte de la santa Madre de Chantal, Inocencio X, en una bula fechada en el segundo año de su pontificado, concedía á su monasterio los mayores privilegios espirituales, lo que prueba que aún no se sospechaba de ella en materia de religión; y aun suponiendo que en Roma hubieran podido engañarse, es de notar que la Madre Angélica no era tenida en menos estimación por todo el clero de Francia. En efecto, no solamente el Arzobispo de París dió el *exequatur* al breve de Inocencio X, sino que en 1656, quince años después de la muerte de la Madre de Chantal, el clero de Francia aprobó el tomo I de la *Gallia christiana*, en que se hace un magnífico elogio de la Madre Angélica, y no exigió se suprimiese nada, como había hecho respecto á lo que tocaba al Abate de Sain-Cyran.

La venerable sierva de Dios no pudo, ni debió en consecuencia, pensar mal de las religiosas de Port-Royal, ni evitar amistad con ellas; tenía, por el contrario, justos motivos para quererlas, principalmente á la Madre Angélica, con quien había tenido cuando era más joven, relaciones tan íntimas y santas.

Así, para resumir toda la parte primera de esta nota, aun admitiendo la perfecta autenticidad de las cartas cambiadas entre la santa Madre de Chantal y el Abate de Saint-Cyran, y las nueve cartas dirigidas por ésta á la Madre María Angélica, no se puede sacar ninguna consecuencia contra los sentimientos y virtudes de la venerable Sierva de Dios. Pero me apresuro á decir que la perfecta autenticidad de estos documentos está lejos de haber sido probada; y que, por el contrario, hay razones muy graves para creer que son inventadas ó falsificadas.

En efecto, estas cartas se insertan por primera vez en una colección de ellas dada al público en 1645, con el nombre del *Abate de Saint-Cyran*, por Roberto Arnauld de Andilly, conocido por uno de los más pertinaces defensores de los errores de Jansenio, lo cual es bastante para sospechar de su autenticidad. Además, esta colección aparece en 1645, poco tiempo después de la condenación de Jansenio (1642), y con el fin evidente y apenas disimulado de cubrir á su amigo el Abate de Saint-Cyran, con la autoridad y amistad de cierto número de personajes eminentes en virtud. Así que, apenas aparecieron estas cartas, cuando en todas partes se dudó de su autenticidad. Por último, se mandó á Roberto Arnauld de Andilly que presentase los originales, y á pesar de haberlo prometido expresamente, no lo hizo. Después de él, sus amigos concluyen por decir que se

habían extraviado. Los originales de las nueve cartas de la Madre de Chantal son aún más difíciles de encontrar. Se buscaron por todas partes con el mayor cuidado, y por orden de la Sagrada Congregación en 1737, pero sin resultado alguno.

Debemos confesar, no obstante, que estas nueve cartas que aparecen por primera vez en una colección jansenista publicada en 1645, se encuentran también impresas al fin del *Compendio de la vida de la venerable Madre de Chantal*, escrita por Bussy Rabutín, lo cual hará creer que no son supuestas, porque no es probable que aquel quisiera insertar cartas falsas en su colección. Pero hay que advertir que no se encuentran en la primera edición, impresa en París en 1696, ni en ninguna otra, excepto en la de Bruselas, impresa en 1698, después de la muerte del Conde de Rabutín; de todo lo cual se deduce evidentemente que el origen de dichas cartas es absolutamente sospechoso; debiendo añadir, que la Orden de la Visitación nunca ha querido reconocerlas. Apenas aparecieron, cuando en 1722 la Superiora del monasterio de Annecy negaba fuesen de su santa Madre de Chantal, y ella misma las denunciaba ante el tribunal de los Notarios apostólicos. Después, en 1823, habiendo publicado el librero Blaise una nueva edición de las obras de San Francisco de Sales, en las cuales insertó estas nueve cartas de Santa Juana á la Madre Angélica, empezaron á llover protestas de todas partes. El primer monasterio de París, especialmente, no contento con dirigir á toda la Orden una circular con fecha 31 de Enero de 1825, para que desconfiasen de una edición que atribuía, creo que sin razón, á manejos ocultos de los jansenistas, creyó deber insertar en los diarios de aquella época una reclamación pública; y poco después, habiendo dado Blaise una nueva edición en que mantenía estas nueve cartas, corrieron nuevas circulares por toda la Orden, llevando á todas partes la expresión de la inquietud general. Citaré en particular la circular del monasterio de Venecia, que no es otro que el antiguo monasterio de Lyon, trasladado por la revolución á Italia.

Tiene la fecha del 2 de Abril de 1834, y declara francamente y con toda claridad, que se debe desconfiar de esas cartas dadas á luz por los jansenistas, y en las que han escondido su veneno.

Basta, por lo demás, leer estas nueve cartas para comprender el asombro de toda la Orden de la Visitación, y para decir con ella que estas cartas no son de la santa Madre de Chantal. No, no las escribió; ó si las escribió, no eran dirigidas á la Madre Angélica; ó si absolutamente las dirigió á la Madre Angélica, se puede entonces afirmar con seguridad que han sido falsificadas. Cuando se conoce á la Madre de Chantal, su espíritu, su santidad, su atención en dar ejemplo en todo; cuando se sabe lo que son las reglas de la Visitación y se recuerda la historia de sus principios, se siente, en presencia de estas cartas, la impresión que produce siempre todo lo que es falso.

¿Es acaso, por ejemplo, la Madre de Chantal la que, escribiendo á la Madre Angélica, no solamente la llama su única Madre, sino que le dice: «No tengo persona alguna en quien pueda poner mi confianza sino en vos», cuando tenia entonces á su lado á la Madre de la Roche, á la Madre de Beaumont, á la Madre Angélica L'Huillier y á tantas otras, y cuando en aquellos mismos momentos la vemos abandonarse como un niño, con tanta alegría y señales de tan viva estimación en manos de la Madre de Blonay?

¿Es la Madre de Chantal la que, escribiendo á la Madre Angélica la expone, no solamente sus más secretas penas, sino la dirección que recibe de sus Superiores, y le dice: «¿Puedo yo dejar de continuar?» Y también: «Continúo con mis Comuniones diarias, pero con muchas penas y á veces tentaciones, lo mismo que los demás ejercicios. ¿No debo hacerlo? Nuestra buena Madre me dice que sí.»

¿Y á quién se quiere que la Madre de Chantal haya escrito cartas semejantes! ¡A una persona extraña, cuando precisamente la regla recomienda tan expresamente á las religiosas no buscar fuera, sino en sus Superiores la dirección que necesiten, y cuando la Madre de Chantal lo recomendaba con tanta eficacia y lo practicaba también! Tenía la Santa por directores á San Francisco de Sales, al Sr. D. Miguel Favre, al señor Marchez y á San Vicente de Paúl, y por Superiores á la Madre de Chatel, á la Madre Favre y á la Madre de Blonay, por cuya dirección se guiaba. Y, ¿vamos á suponer que escribía cartas para decir á una persona extraña, á una persona de fuera, «no tengo confianza más que en vos; mis Superiores y mis Confesores me dan tal y tal consejo; ¿podré yo atenerme á ello con seguridad?» Esto es una monstruosidad.

¿Y á qué persona se pretende que la Madre de Chantal haya dirigido estas cartas? ¿A la Madre Angélica Arnauld? Verdaderamente esto no es discurrir. La Madre de Chantal tenía veinte años más que la Madre Angélica. Se habían conocido en 1619, y ya hemos visto cuáles eran sus relaciones. Se querían mucho, pero en esta intimidad la santa Madre de Chantal era la madre, la hija la Madre Angélica. Esta era la que se acusaba de sus faltas é imperfecciones; aquélla la que aconsejaba. Pasan veinte años; las dos religiosas no se vuelven á ver, y cesan sus relaciones; al menos no existe ninguna carta que atestigüe que continuaron escribiéndose. Al cabo de este tiempo vuelve á París la Madre de Chantal, de edad de setenta años, fundadora de ochenta monasterios, tan venerada, que es menester que pase días enteros en el locutorio ocupada en dar á besar su mano á la mucha gente que lo desea. ¿Y en este momento se cambian los papeles? ¿La santa Madre de Chantal es la hija de la Madre Angélica, la que pide permisos y le somete la dirección que recibe de sus Superiores, la que dice: «No tengo nadie en el mundo en quien pueda tener confianza más que vos?» ¡Ah! Esto es falso é inventado para favorecer una causa ó un partido.

Y en este último caso, ¿quién es «ese gran siervo de Dios» que aparece en todas las páginas de esta correspondencia, en vista del cual, sin duda, aquella ha sido arreglada? Es, se dice, el Abate de Saint-Cyran. Al menos así lo han puesto al margen de la edición de 1698, hecha en Bruselas, porque en la de 1643 no se hubieran atrevido, por ser todavía demasiado pronto. Pero sea así; él es á quien la Santa llama «gran siervo de Dios,» «virtuoso Prelado,» «verdadero» y «buen siervo de Dios,» del que «espera consejos, á quien tiene gran deseo de darse á conocer,» y de quien dice: «Dios sabe mi dolor por verme privada del único bien que estimo y deseo.» ¡Y no le conoce, jamás le ha visto y jamás se han escrito! Detalla todas sus penas á la Madre Angélica para que entere de ellas al gran siervo de Dios, y cuando el Abate de Saint-Cyran escribe algunas líneas á la Madre de Chantal, es para declararle que no tiene ninguna idea de sus penas interiores. Y cuando la Madre de Chantal, después de haber escrito nueve veces á la Madre Angélica para llegar por medio de ella hasta ese gran siervo de Dios á quien tanto respeta, al cual desea tanto darse á conocer, se decide, en fin, á escribirle, no traza su pluma más que algunos renglones fríos, políticos, reservados, concedidos (así lo dice expresamente) á los ruegos de la Madre Angélica, y lo que es más notable, sin ninguna alusión á una supuesta carta que dicen haberle escrito tres días antes el Abate de Saint-Cyran. Con el dedo se tocan las inverosimilitudes y las contradicciones.

Ciertamente sería temerario, á la distancia en que nos hallamos y con la falta de documentos originales, querer coger en el hecho la mano del falsario é indicar el trabajo de su alteración, pero al menos se me permitirá decir lo que pienso. De las nueve cartas atribuidas á la Madre de Chantal, unas son inventadas y otras falsificadas. Las cartas CDX, CDXI, CDXII, CDXV (edición de Blaise), son verdaderamente de la Madre de Chantal. ¿Qué falsario hubiera inventado nunca la pintura tan verdadera de las penas de la Santa, la bella exposición de los profundos principios de dirección de la Madre de Chatel? Estas cartas son verdaderas. Solamente que no fueron dirigidas á la Madre Angélica, sino que fueron escritas á una Superiora de la Visitación, tal vez á la Madre de Blonay; no veo á otra á quien la Santa hubiera podido hablar así en este tiempo; quizá también porque la Madre de Blonay nunca fué á París, á la Madre Angélica L'Huillier, á la cual vemos que escribe la Santa para las cosas más delicadas, y por medio de la cual consulta algunas veces á San Vicente de Paúl y al Ilmo. Sr. Arzobispo de Sens. Se ha borrado la dirección de estas cartas para que no se pudiera demostrar que no iban dirigidas á la misma persona, y se ha puesto el nombre de la Madre Angélica de Port Royal; esta es la primera alteración.

En estas cartas se trata de un gran siervo de Dios, que probablemente era San Vicente de Paúl, á quien la santa Madre de Chantal con-

sultaba sin cesar desde 1622, ó tal vez era el Ilmo. Sr. de Bellegarde, Arzobispo de Sens, en quien tenía mucha confianza. Quizá se trataba de uno y otro, según las diferentes cartas, llamando al uno «el buen siervo de Dios,» y al otro «nuestro virtuoso Prelado.» Los jansenistas se han apoderado de esta designación vaga, y para hacerlo más creíble la han rodeado de algunas palabras que excluían á San Vicente de Paúl é indicaban á Saint-Cyran, por ejemplo, en el pasaje siguiente: «Me parece—dice la Madre de Chantal—que no hay más que un corazón entre nosotras, y que vuestras oraciones y las de este digno siervo *que me habéis adquirido por la misericordia de Dios.*» Se ve lo que ha podido añadirse, con qué facilidad y á qué fin.

Sospecho también que han multiplicado con idea esta palabra: «este buen siervo de Dios», ingiriéndola en los encabezamientos de las cartas, en los saludos finales y en cuantas partes han podido ponerlo. «Os suplico que encomendéis á Dios, etc.. etc., *y que el buen siervo de Dios haga lo mismo.*» «Saludo á nuestras queridas Hermanas y al *buen siervo de Dios.*» «Me consuelo diciéndoos algo de mi pena y á *este buen siervo de Dios,* etc., etc.» Se ve el procedimiento, que no es difícil y que, para decirlo de paso, es absolutamente opuesto á la costumbre de la Santa.

Para multiplicar así en estas nueve cartas las alusiones y los recuerdos del buen siervo de Dios, se va algunas veces muy de prisa y se escribe un contrasentido. Una de estas cartas, no publicada íntegramente por los jansenistas, sino en fragmentos, es la CDXII de la edición de Blaise, que ha sido publicada *por entero* por las religiosas de la Visitación. Pues bien; en la versión jansenista se ve una alteración y un contrasentido, con el fin de hacer creer que se trataba en esta carta del Abate de Saint-Cyran, siendo así que era de San Francisco de Sales de quien se hablaba. Véase el hecho, que tiene su importancia, pues tenemos aquí la mano del falsario. La santa Madre de Chantal tuvo una gran pena interior, nueva, según le parece, porque no recuerda haber tenido otra semejante. De repente encuentra una carta antigua entre las de San Francisco de Sales, «en la cual se describe admirablemente esta pena.» Se admira y no puede creer lo que ve delante de sus ojos. Apela á una persona amiga, á la Madre Angélica, si queréis, para asegurarse de que no se engaña, y le dice: «Leed la carta LXV del libro IV; me da algún pequeño alivio y luz, viendo que el bienaventurado me entendía... Si me decís que conocéis bien que este gran siervo de Dios (San Francisco de Sales) habla de mi sufrimiento, sentiré una grande fortaleza. He admirado mucho esta carta, porque no recuerdo haber tenido nunca semejante pena. En otro tiempo, lo que yo tenía eran tentaciones contra la fe, como se ve en sus epístolas; pero lo que siento ahora es diferente. Así, esta carta es diferente de las primeras, y esto me hace creer que Dios permitió que tuviese en otro tiempo algún corto ataque de lo que siento

ahora, para hacer que el bienaventurado escribiese acerca de este punto.» Esto está perfectamente claro; pero el deseo de hacer creer que la santa Madre de Chantal consultaba á Saint-Cyran, ciega á los jansenistas. En lugar de esta frase, tan bien explicada por lo que antecede y sigue: «Si me decís que conocéis bien que este gran siervo de Dios (San Francisco de Sales, de quien se acababa de hablar) habla (en la carta que os cito) de mi padecimiento, me da esto mucha fortaleza;» escriben, alterando ligeramente el texto: «Si me dijérais que este gran siervo de Dios y vos veis y conocéis bien lo que es mi padecimiento, etc.» Esto parece nada, pero por esta palabrita: «Este gran siervo de Dios y vos,» se excluye á San Francisco de Sales, y reuniendo esta frase á la que sigue: «Tengo gran deseo de dar me á conocer á vos y á ese digno siervo de Dios,» se sustituye á Saint-Cyran en lugar del santo Obispo de Ginebra.

Después de haber indicado en compendio este trabajo de falsificación, nombraré las cartas inventadas. La CDXIII lo es probablemente, y probablemente también el primer párrafo de la CDXV, y tal vez lo mismo la CDXIV, donde se imita, y en algún modo se calca, la primera de las cartas de la Madre de Chantal á San Francisco de Sales; y puede ser suceda lo mismo con la CDXVII. Sospecho que todas esas esquilas, que nada contienen original, han sido inventadas para acompañar, corroborar y explicar las verdaderas cartas falsificadas. Pero no insisto más, siendo muy difícil, como lo he notado al principio, precisar nada con exactitud, careciendo de documentos originales. He dicho bastante, por lo demás, para manifestar en general el poco valor de estas cartas y hacer ver sólidamente que están envueltas en demasiada obscuridad, para que puedan aceptarse nunca como testimonios auténticos. Y aunque, por otra parte, lo fuesen por algunos, hemos probado que nada puede deducirse de ellas en contra de los sentimientos y virtudes de la venerable sierva de Dios, y esto es bastante para nuestro objeto.

II

Proceso verbal de la erección de la Visitación en Orden religiosa (1).

(Véase pág. 49.)

«Francisco de Sales, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo y Príncipe de Ginebra, y Comisario delegado de la Santa Sede Apostólica, por el tenor del breve dado en Roma en Santa María la Mayor, bajo el anillo del Pescador, el 23 de Abril del año corriente, po-

(1) *Archivos de la Visitación de Annecy*.—Registros del Obispado de Ginebra.

niendo el dicho breve en ejecución, habiendo visto y considerado todas las cosas, hemos erigido y erigimos esta casa de la Congregación de la Visitación de la bienaventurada Virgen María en monasterio bajo la regla de San Agustín, declarando por la misma autoridad Apostólica, que todas las Hermanas ó Religiosas de esta dicha casa ó monasterio, deben usar y gozar de aquí en adelante de todas y cada una de las inmunidades, privilegios, indultos y concesiones de que gozan las demás Religiosas que viven bajo la misma regla. Mandamos también é imponemos á las dichas Hermanas observar de aquí en adelante la clausura, según el decreto del Santo Concilio de Trento, con todas las leyes de la solemnidad de los votos; y porque nuestras muy amadas Hermanas en Jesucristo Juana Francisca Fremiot, Superiora, y Maria Magdalena de Mouxy, nos han declarado que tenían aún en el siglo la propiedad de algunos bienes, de los cuales no han podido hasta ahora disponer cómodamente, y á los que quieren renunciar, cediéndolos antes de ser obligadas á ello por la solemnidad de votos, fijamos á las dos el término de seis meses, que deberán contar desde el día de la fecha de las presentes, á fin de que puedan disponer de los referidos bienes en este intervalo de tiempo, pasado el cual estarán obligadas á declarar si quieren someterse á la dicha solemnidad de los votos; y Nos, pasado dicho tiempo y recibida su declaración, proveeremos á su estado, según lo juzguemos conveniente.

»Dado en Annecy el domingo 16 de Octubre de 1618, en presencia de los Reverendos Juan Francisco de Sales, Chantre y Canónigo de la iglesia de Ginebra, vicario y provisor del obispado, y Filiberto Roger, doctor en sagrada Teología; Estéban Decombaz, Gallois de Régard, Francisco Roux, Canónigos de la dicha iglesia de Ginebra; el Sr. D. Miguel Favre, presbítero, y los Sres. Francisco Favre y Guichard Rosset, testigos.»

III

V. J. — Escrito concerniente al corazón de la Santa Madre de Chantal.

(Lo que sigue es copia fiel de un escrito de nuestra respetable Madre María Agustina de Damas, que era Superiora cuando la Revolución de 1793.)

El corazón de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora de la Orden de la Visitación, se conserva en el monasterio de Moulins, en el Borgoñés (1), encerrado en un relicario de plata sobredorada, con dobles cristales, y colocado en un pequeño tabernáculo del retablo del altar ú oratorio erigido en la celda en que la santa fundadora exhaló su último suspiro. Hacía mucho tiempo que las Religiosas notaban que esta

(1) Hoy en el de Nevers.

preciosa reliquia tenía un color muy oscuro y estaba seca y aplastada, habiendo perdido la forma de corazón, y parecía que disminuía notablemente, cuando el 13 de Diciembre de 1789, aniversario de la muerte de la Santa, su confesor les sugirió la idea de hacerle algunos homenajes particulares, á fin de interesarla en aquellos momentos de aflicción por la conservación de su Orden, y rogar por la Iglesia y el Estado. En consecuencia, desde por la mañana se le colocó en el sitio de la Superiora, adornado de guirnaldas de flores, con dos velas encendidas, estando en oración á su lado algunas religiosas durante todo el día. Una de ellas, orando delante de esta santa reliquia antes de la Misa conventual, se quejaba amorosamente á la Santa de la disminución de su corazón, y habló de ello en la recreación. La Superiora dió el relicario al confesor para que le colocara en el altar durante la Misa y pudiera satisfacer su piedad, el cual se lo trajo al concluir el santo sacrificio, é hizo en aquel momento una tierna plática á la comunidad. Durante las Vísperas, la Superiora fué la primera que advirtió el cambio de este santo corazón, lo cual le causó tal sorpresa, creyendo que la engañaban sus ojos por efecto de la luz del día, que tomó todas las precauciones posibles para asegurarse de que no era una ilusión, no hablando de ello á nadie, sin embargo, hasta después de la oración de la tarde, que habiéndole llevado otra vez al oratorio acompañada de la mayor parte de las Religiosas, y habiéndole colocado sobre el altar, les rogó se acercasen á mirarle, sin decirles por qué. No hubo una que no diese un grito de sorpresa y de alegría al observar el cambio obrado en aquel precioso tesoro. Toca de alto abajo las dos extremidades del relicario; la punta está doblada como si estuviese forzada. Antes de este acontecimiento había un vacío marcado en lo alto del relicario. Las aurículas se han ensanchado, y todo él se ha hinchado, y ha vuelto á tomar la forma y el color de un corazón embalsamado, que ya casi no tenía. Esta maravilla produjo un movimiento repentino de alegría, de admiración y de reconocimiento, que se aumentó cuando la Hermana asistente fué á preguntar al confesor cómo había encontrado el corazón, sin decirle el motivo. «Hermosísimo — respondió, — no podía desviar mis ojos de él; lo que me dió tanto más gusto, cuanto que en el mes de Mayo último, cuando pasé por aquí para ir á Septfonds, y la Superiora me lo dió á venerar, según yo deseaba, me pareció pequeño y disecado. Nada quise decir de lo que pensaba, por temor de causarle tristeza, como á su comunidad; pero hoy está muy diferente de como yo lo había visto.»

Es cosa cierta que durante el augusto sacrificio de nuestros altares se obró esta maravilla. Desde entonces ha seguido en el mismo estado de belleza y dilatación. Y hoy 24 de Marzo, en que hace casi tres meses y medio de este acontecimiento, ha sido reconocido por un hábil cirujano anatómico.

He aquí lo que ha hecho escribir bajo su dictado:

«El corazón está reducido á poco más de la mitad de su grueso natural; los dos ventrículos se ven muy bien, y en el estado natural; las dos aurículas se distinguen perfectamente, sobre todo la izquierda. La salida de los vasos gruesos y la aorta á su salida del ventrículo izquierdo, se distinguen también perfectamente, así como la arteria pulmonal y su salida del ventrículo derecho. Puede asegurarse que está en un estado en que puede quedar siempre lo mismo. Se ha experimentado que las preparaciones anatómicas que han llegado á cierto estado de desecación, aun expuestas á la humedad del aire, no adquieren más volumen, y están sujetas á ser atacadas por los insectos, si no se toman las mayores precauciones para impedirlo; de donde resulta que si hubieran sucedido estos incidentes, hubiera entrado en putrefacción. Este corazón está actualmente en el mejor estado; y si, como se asegura, estaba antes del 13 de Diciembre de 1793 pequeño y desecado, el grueso y la consistencia que hoy tiene no puede ser sino un efecto sobrenatural; habiendo enseñado la experiencia, como todo el mundo sabe, que las partes embalsamadas hace mucho tiempo, ó desecadas, sea por el calor del sol ó por otras causas, no vuelven nunca á tomar ni un grado de consistencia, de extensión y dilatación.»

Cuanto más lo ha examinado el cirujano, tanto más ha visto ser imposible que haya habido fermentaciones que hubiesen podido producir más expansión en todas sus partes.

Hoy 3 de Junio de 1793, este santo corazón permanece siempre en el mismo estado de hermosura.—*Hermana María Agustina de Damas, Superiora.*

Proceso verbal extendido con motivo de los diversos cambios obrados en el corazón de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.

(Véase la pág. 511.)

Hoy día cuatro del mes de Mayo del año mil ochocientos treinta y uno, Nos el infrascrito Superior del Seminario mayor de Nevers y Vicario general de la diócesis, habiendo sido invitado por la señora Superiora del monasterio de la Visitación de Santa María de la Charité-sur-Loire, á que viniésemos á certificar los cambios obrados en el corazón de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, conservado en el dicho monasterio, hemos venido á él; y habiéndonos hecho presentar el santo corazón, encerrado en un relicario de plata sobredorada, le hemos venerado. En seguida hemos preguntado á la Superiora y Consiliarias de la comunidad, respecto á los diferentes cambios que han advertido en el estado del santo corazón, y todas unánimemente han afirmado:

1.º Que ellas y todas las Hermanas de la Comunidad, notaron en los

últimos días del mes de Julio, ó en los primeros días del mes de Agosto del año de mil ochocientos veintiocho, que el corazón de la santa Madre de Chantal había disminuido un poco más de la tercera parte, de tal modo, que por ningún lado tocaba á los bordes interiores del relicario, hecho en forma de corazón.

2.º Que no habiendo vuelto á examinar atentamente esta preciosa reliquia desde la época de su disminución, no han advertido positivamente un cambio notable en este corazón santo, sino el dos de Junio de mil ochocientos veintinueve, habiéndole visto desde este día tomar un desarrollo notable, sobre todo al principio de Octubre de mil ochocientos treinta. En esta época, la parte superior y la parte inferior del santo corazón tocaban de un modo muy visible las dos extremidades del relicario.

3.º Que este presente día cuatro del mes de Mayo, notaban que la parte superior del santo corazón había sido notablemente aplastada, perdido algo de su anchura, y que la parte inferior se había hinchado y extendido por los dos lados, sobre todo el izquierdo del corazón, de modo que se apretaba contra el borde inferior del relicario.

Después de haber oído los mencionados testimonios de las dichas Religiosas de la Visitación, hemos leído el escrito de un célebre médico, que examinó atentamente el santo corazón el doce de Abril de mil ochocientos treinta y uno, del cual creemos un deber extractar el párrafo siguiente.

Después de referir lo que le contaron las Religiosas respecto á los cambios que había tenido el santo corazón, relación que por otra parte concuerda en un todo con lo que Nos mismo les hemos oído contar, añade: «Habiéndome hecho presentar esta inapreciable reliquia, declaro haberla encontrado bien engastada y exenta de toda acción exterior, no menos bien embalsamada, y del modo que esta clase de operaciones se practican en la escuela de Medicina de París para la conservación de piezas anatómicas. Confieso, y puedo declarar, no haber oído decir nunca que se haya observado fenómeno semejante en las piezas conservadas del mismo modo en la escuela de Medicina de París. Estas piezas de anatomía de que hablo, están, no obstante, sometidas á la acción de todos los agentes exteriores, tales como la humedad, el calor, el frío, etcétera, etc., que tienden con el tiempo á destruirlo todo; y después de siglos no han experimentado ningún cambio. Los hechos contados por las Religiosas, que los han observado con cuidado, son inexplicables por la física y por la química; y no teniendo ejemplos de semejantes observaciones, puede, en consecuencia, asegurarse que son resultado de fenómenos sobrenaturales, que sobrepujan los conocimientos adquiridos hasta el día.»

En cuanto á Nos, certificamos: 1.º Que habiendo examinado atenta-

mente el santo corazón en los últimos días del mes de Septiembre de mil ochocientos treinta, le encontramos en muy buen estado, sin que pudiésemos afirmar que tuviera un aumento notable. 2.º Que el veintuno de Marzo de mil ochocientos treinta y uno nos fué de nuevo presentado y que nuestra primera sensación al verle fué un sentimiento de sorpresa y de admiración. Afirmamos entonces que no se podía dudar de ningún modo que había tenido un aumento notable. La parte superior del santo corazón está hinchada de una manera muy marcada, y nos pareció muy semejante á un labio grueso doblado sobre sí mismo. 3.º Que el día de hoy, cuatro del mes de Mayo, lo hemos examinado con grandísima atención, y hemos reconocido que la parte superior se había aplastado y que la inferior se había desarrollado mucho, sobre todo del lado izquierdo del corazón, apretándose por este lado contra el borde interior del relicario.

Tal es el testimonio que creemos deber rendir á la verdad sobre los cambios que hemos notado Nos mismo en el santo corazón. Hemos tenido cuidado de apartar de nuestra memoria lo que no es rigurosamente cierto, á fin de no garantizar con 'nuestro testimonio sino aquello de que tenemos entera convicción. Lo que hemos observado con nuestros propios ojos, junto con lo que ha sido notado muchas veces por todas las Religiosas de la comunidad, no deja en nuestro espíritu ninguna duda sobre la realidad de los diferentes cambios mencionados arriba. En cuanto á la causa de estos cambios, creemos con el sabio médico cuyas propias palabras hemos copiado arriba, que no son del orden natural, y que por lo tanto pertenecen al orden sobrenatural; lo que debe reanimar nuestra fe y sostener nuestra esperanza en los tiempos difíciles en que vivimos. Pues que sólo Dios ha podido obrar un prodigio semejante, Nos aseguramos de nuevo con este admirable acontecimiento, de que la religión de que Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal fué en su siglo uno de los más bellos ornamentos por sus heroicas virtudes, es verdaderamente divina. Encontramos igualmente en este milagro un motivo muy fuerte para esperar que Dios nos proteja, porque no acostumbra obrar tales maravillas en favor de aquellos que está decidido á castigar con su abandono.

Hecho en Charité-sur-Loire el día cuatro del mes de Mayo del año de mil ochocientos treinta y uno.

Frain

Superior del Seminario, Vicario general.

Hermana María Magdalena Nantier, Superiora. = Hermana María Agustina Rigaud, Asistenta. = Hermana Josefina Manuela de Royer, Consiliaria. = Hermana María Ana Narcou, Consiliaria. = Hermana María Teresa Leonor Olivier, Consiliaria. = Hermana María de Chan-

tal Andrieu. = Hermana María Serafina Senly. = Hermana María Angélica Morizot. = Hermana María Josefa Desgranges. = Hermana María Teodora Quenouille. = Hermana María de Sales Charlet.

CERTIFICADO

Yo el infrascrito, doctor en medicina, domiciliado en la ciudad de la Charité-sur-Loire, habiendo sido preguntado por las Religiosas de la Visitación de Santa María establecidas en dicha ciudad, respecto á si era posible explicar por la física ó la química hechos que habian tenido ocasión de observar muchas veces, y en épocas muy lejanas, en el corazón de la santa Madre de Chantal su fundadora, que tienen á su disposición desde el bienaventurado tránsito de esta Santa, sucedido el trece de Diciembre de mil seiscientos cuarenta y uno, declaro: Que este corazón está bien embalsamado y bien engastado, con todo el cuidado con que se podia hacer esta operación en la época del fallecimiento de la santa Madre de Chantal. Las Religiosas mencionadas arriba, aseguran haberle visto disminuir dos veces y tomar un color pálido, lo que les ha dado la idea y el temor de ver caer y hacerse polvo este santo corazón. La primera vez se redujo esta reliquia á la mitad de su ordinario volumen, y la segunda ha disminuido un poco más de una tercera parte solamente. La primera disminución se verificó en el año de mil setecientos ochenta y ocho, y existía aún así el trece de Diciembre de mil setecientos ochenta y nueve. La segunda se notó el último día de Julio ó el primero de Agosto del año mil ochocientos veintiocho; y las Religiosas protestan, que cada vez le han visto volver á tomar su estado natural. La primera vez se obró el milagro de repente y durante su exposición sobre el altar en el momento del santo sacrificio de la Misa, el trece de Diciembre de mil setecientos noventa y uno.

En cuanto á la repetición de este milagro, las Religiosas no pueden asegurar cuál ha sido la época: habiendo estado algún tiempo después de la disminución de la reliquia sin examinarla atentamente, no han advertido positivamente el feliz cambio sino el dos de Junio de mil ochocientos veintinueve. Este corazón ha vuelto á tomar su antiguo esplendor, su color y su verdadero volumen.

Habiendo hecho que me trajesen esta inapreciable reliquia, declaro haberla encontrado bien engastada y exenta de toda acción exterior; no menos bien embalsamada, y del modo que se practica esta clase de operaciones en la escuela de Medicina de París para la conservación de las piezas anatómicas.

Confieso y puedo declarar no haber oído decir jamás que semejante fenómeno haya sido observado en las piezas conservadas del mismo

modo en la escuela de Medicina de París. Estas piezas de anatomía de que hablo, están, no obstante, sometidas á la acción de todos los agentes exteriores, tales como la humedad, el calor, el frío, etc., etc., que tienden con el tiempo á destruirlo todo, y desde hace siglos no han sufrido ningún cambio.

Los hechos contados por las Religiosas que los han observado con cuidado, no son explicables ni por la física ni por la química; y no teniendo ejemplo de observaciones semejantes, puede concluirse que son el resultado de fenómenos sobrenaturales y superiores á los conocimientos adquiridos hasta el día de hoy.

Hoy doce de Abril de mil ochocientos treinta y uno.

Mathieu, Médico.

IV

Lista de los monasterios de la Visitación.

(Sacada de los libros de la Orden.)

1. El primer monasterio de ANNECY, en Saboya, establecido el 6 de Junio de 1610; restablecido el 2 de Julio de 1821.

2. El primer monasterio de LYON, arzobispado, procedente de Annecy, establecido por nuestra santa Madre de Chantal el 2 de Febrero de 1613, trasladado á Mantua en 1793, y después á Venecia en 1801.

3. MOULINS, en el Borbonés, procedente de Annecy; establecido el 23 de Agosto de 1616, restablecido después en la Charité-sur-Loire, y por último en Nevers.

4. El primer monasterio de GRENOBLE, obispado, en el Delfinado, procedente de Annecy; establecido el 8 de Abril de 1618. (*Suprimido.*)

5. BOURGES, arzobispado, en Berry, procedente de Annecy; establecido el 13 de Noviembre de 1618 (*Suprimido.*)

6. El primer monasterio de PARIS, arzobispado, procedente de Annecy; establecido por nuestra santa Madre, que fué la primera Superiora de él, en 1.º de Mayo de 1619; restablecido en 1807.

7. MONTFERRAND, en Auvernia, en la diócesis de Clermont; la Superiora y una Hermana eran del monasterio de Annecy, las otras Hermanas del de Lyon; establecido el 7 de Junio de 1620. (*Suprimido.*)

8. NEVERS, obispado, en el Nivernés, la Superiora y la Asistente eran del monasterio de Annecy y las otras Hermanas del de Moulins; establecido el 21 de Julio de 1620. (*Suprimido.*)

9. ORLEANS, obispado, en Beauce, procedente de Annecy; establecido el 9 de Septiembre de 1620; restablecido el 1.º de Enero de 1803.

10. VALENCIA, obispado, en el Delfinado, procedente de Lyon; esta-

blecido el 8 de Junio de 1621; restablecido el 21 de Noviembre de 1815.

11. DIJÓN, obispado, en Borgoña, procedente de Annecy; establecido el 8 de Mayo de 1622; restablecido en 1822.

12. BELLEY, obispado, en Bugey, procedente de Annecy; establecido el 20 de Agosto de 1622. (*Suprimido.*)

13. SAN ESTEBAN, en Forez, en la diócesis de Lyon, procedente de Lyon; establecido el 14 de Mayo de 1623; restablecido el 17 de Agosto de 1806.

14. El primer monasterio de MARSELLA, obispado, en Provenza, procedente de Annecy; una Hermana era del primer monasterio de Lyon; establecido el 14 de Mayo de 1623; restablecido el 17 de Agosto de 1806.

15. RIOM, en Auvernia, diócesis de Clermont; la Superiora era de Annecy, y las otras Hermanas de Moulins; establecido el 8 de Diciembre de 1623, y restablecido en 1818.

16. CHAMBERT, en Saboya (en otro tiempo de la diócesis de Grenoble, hoy arzobispado), procedente de Annecy; establecido el 17 de Enero de 1624, y restablecido el 30 de Septiembre de 1806.

17. El primer monasterio de AVIGNÓN, arzobispado, en el Condado de Provenza, procedente de Lyon; establecido el 10 de Marzo de 1624, y restablecido el 15 de Julio de 1821.

18. El primer monasterio de AIX, arzobispado, en Provenza, procedente de Grenoble; establecido el 2 de Agosto de 1624, y restablecido por el monasterio de Tarascón en Octubre de 1858.

19. AUTUN, obispado, en Borgoña, procedente de Moulins; establecido el 8 de Septiembre de 1624, y restablecido el 16 de Julio de 1836.

20. EMBRUN, arzobispado, en el Delfinado, procedente de Grenoble; establecido el 25 de Abril de 1625. (*Suprimido.*)

21. THONON, en Chablais (en otro tiempo diócesis de Ginebra, hoy de Annecy), procedente de Annecy; establecido el primero en Evian, el 6 de Agosto de 1625, trasladado después á Thonon el 22 de Julio de 1627, y restablecido el 6 de Junio de 1837.

22. RUMILLY, en Saboya (en otro tiempo diócesis de Ginebra), procedente de Annecy; establecido el 29 de Septiembre de 1625. (*Suprimido.*)

23. Blois, obispado, en Turena; la Superiora era de Annecy, y las Hermanas del monasterio de Nevers; establecido el 4 de Noviembre de 1625. Esta comunidad, aunque expulsada durante la revolucion de 1792, quedó unida bajo la regla y la obediencia. Fué trasladada á Mans el 12 de Noviembre de 1822.

24. PONT-A MOUSSON, en Lorena, en la diócesis de Toul, procedente de Annecy; establecido el 6 de Mayo de 1626. (*Suprimido.*)

25. El segundo monasterio de PARIS, procedente del primero; la Superiora y una Hermana eran de Annecy; establecido el 13 de Agosto

de 1626, y restablecido en 1800. Esta comunidad se mantuvo unida durante la revolución de 1792.

26. PARAY, en Charolais, en la diócesis de Autun, procedente de Lyon; establecido el 4 de Septiembre de 1626, y restablecido el 4 de Junio de 1823.

27. BOURG-EN-BRESSE (en otro tiempo de la diócesis de Lyon, hoy de la de Belley). procedente de Annecy; establecido el 19 de Marzo de 1627, y restablecido en 1806.

28. CREMIEUX, en el Delfinado (en otro tiempo diócesis de Viena), procedente de Annecy; establecido el 21 de Septiembre de 1627. (*Suprimido.*)

29. CAEN, en Normandía, diócesis de Bayeux, procedente del primer monasterio de París; establecido primeramente en Dol el 21 de Octubre de 1627, después trasladado á Caen el 16 de Noviembre de 1631, y restablecido el 21 de Noviembre de 1806.

30. El segundo monasterio de LYON, procedente del primero; establecido el 21 de Diciembre de 1627, y restablecido el 4 de Noviembre de 1809 por antiguas profesas de Chalon-sur-Saone.

31. CREST, en el Delfinado, en la diócesis de Die, procedente de Valencia; la Superiora era del primer monasterio de Lyon; establecido en 8 de Mayo de 1628. (*Suprimido.*)

32. SAINT FLOUR, obispado, en Auvernia, procedente de Montferrat; establecido el 8 de Septiembre de 1628, y restablecido en 1804.

33. MONTARGES, en el Gatinés, en la diócesis de Sens, procedente de Orleans; establecido el 5 de Octubre de 1628. (*Suprimido.*)

34. El primer monasterio de RENNES, Obispado, en Bretaña, procedente de Orleans; establecido el 27 Octubre de 1628, y restablecido en 1815.

35. ARLÉS, arzobispado, en Provenza; la Superiora era del monasterio de Grenoble, dos Hermanas del de Aviñón, y las otras Hermanas del de Aix; establecido el 6 de Julio de 1629. (*Suprimido.*)

36. CONDRIEU, en el Delfinado (en otro tiempo diócesis de Viena, hoy día de Lyon), procedente del primer monasterio de Lyon; establecido el 1.º de Enero de 1630, y restablecido el 8 de Octubre de 1821.

37. DIGNE, obispado, en Provenza; la Superiora era del primer monasterio de Grenoble, y las Hermanas del de Embrun; establecido el 25 de Marzo de 1630. (*Suprimido.*)

38. LE PUY, obispado, en Auvernia, procedente del primer monasterio de Lyon; establecido el 14 de Julio de 1630, y restablecido el 24 de Marzo de 1808.

39. BESANCON, arzobispado, en el Franco-Condado, procedente de Dijón; la Superiora era de Annecy, establecido el 25 de Agosto de 1630. (*Suprimido.*)

40. NANTES, obispado, en Bretaña; la Superiora era del monasterio de Grenoble, y las Hermanas del de Moulins; establecido el 15 de Septiembre de 1630, y restablecido el 9 de Julio de 1810.

41. El primer monasterio de ROUEN, arzobispado, en Normandía, procedente del primer monasterio de París; establecido el 27 de Octubre de 1630, y restablecido en 1806.

42. MEAUX, obispado, en Brie, procedente del primer monasterio de París; establecido el 14 de Junio de 1631, y restablecido el 1.º de Mayo de 1802.

43. MONTPELLIER, obispado, en el Languedoc, procedente de Annecy; establecido el 19 de Junio de 1631, y restablecido en 1818.

44. SISTERON, obispado, en Provenza; la Superiora y una Hermana eran de Annecy, dos Hermanas del primer monasterio de Grenoble, y dos del de Chambéry; establecido el 20 de Junio de 1631. (*Suprimido.*)

45. TROYES, obispado, en Champagne, procedente del segundo monasterio de París; establecido el 6 de Julio de 1631. Esta comunidad, aunque expulsada durante la revolución de 1792, quedó unida bajo la regla y la obediencia, y volvió á su monasterio el 26 de Octubre de 1807.

46. APT, obispado, en Provenza; la Superiora y cuatro Hermanas eran del monasterio de Grenoble, una de Annecy y otra de Thonon; establecido el 6 de Julio de 1631. (*Suprimido.*)

47. BEAUNE, diócesis de Autun, procedente de Dijón; una Hermana era de Annecy y otra del monasterio de Belley; establecido el 17 de Enero de 1632. (*Suprimido.*)

48. FORCALQUIER, diócesis de Frejus, en Provenza, procedente de Annecy; establecido primeramente en Rié el 17 de Agosto de 1631, y después trasladado á Forcalquier el 9 de Marzo de 1632. (*Suprimido.*)

49. ROMANS (en otro tiempo diócesis de Viena, en el Delfinado, hoy de la de Valencia); la Superiora era del primer monasterio de Lyon, y las Hermanas del de Valencia; establecido el 10 de Junio de 1632, y restablecido el 4 de Agosto de 1801.

50. DRAGUIGNAN, obispado, en Provenza, procedente de Aix; la Superiora era de Annecy, establecido el 2 de Julio de 1632. (*Suprimido.*)

51. MACÓN, procedente del primer monasterio de Lyon; establecido el 2 de Julio de 1632, restablecido en 24 de Septiembre de 1805.

52. VILLE-FRANCHE, en Beaujolais, diócesis de Lyon; la Superiora era del primer monasterio de Lyon, y las Hermanas del segundo; establecido el 21 de Septiembre de 1632. (*Suprimido.*)

53. VANNES, obispado de Bretaña, procedente de Moulins; establecido primeramente en Croisic el 28 de Septiembre de 1632, y trasladado después á Vannes el 8 de Septiembre de 1838. (*Suprimido.*)

54. LA VALDOTTE, obispado, en Saboya, procedente de Chambéry;

una Hermana era de Annecy; establecido el 15 de Octubre de 1632. (*Suprimido.*)

55. NANCY, obispado, en Lorena; la Superiora y una Hermana eran de Annecy, y la otra Hermana de Pont-à-Mousson; establecido el 24 de Diciembre de 1632. y restablecido el 21 de Noviembre de 1817.

56. METZ, obispado, en Lorena; la Superiora era del monasterio de Moulins, y las Hermanas del de Riom; establecido el 24 de Abril de 1633 y restablecido el 5 de Octubre de 1817.

57. TOURS, arzobispado, en Turena, procedente de Orleans; establecido el 5 de Mayo de 1633. (*Suprimido.*)

58. MONTLUEL, diócesis de Belley; establecido primeramente en Saint-Amour el 22 de Mayo de 1633, y después trasladado á Montluel en el mes de Octubre de 1640; la Superiora era de Annecy, y las Hermanas de Borg-en-Bresse; restablecido el 19 de Abril de 1820.

59. PONT-SAINT-ESPRIT, en Languedoc, diócesis de Viviers, procedente de Annecy; la Superiora era del primer monasterio de Lyon; establecido el 14 de Junio de 1633. (*Suprimido.*)

60. SEMUR, procedente de Dijón; establecido el 27 de Agosto de 1633. (*Suprimido*)

61. POITIERS, obispado, en Poitou, procedente de Bourges; establecido el 6 de Noviembre de 1802.

62. MAMERS, diócesis de Chartres, procedente de Blois; la Superiora era del monasterio de Nevers; establecido el 29 de Noviembre de 1633. (*Suprimido.*)

63. GRAY, diócesis de Besanzon, procedente de Besanzon; establecido primeramente en Champitte el 13 de Marzo de 1634, y después trasladado á Gray en 1637. La Superiora era del monasterio de Dijón. (*Suprimido.*)

64. TOULON, obispado, en Provenza, procedente de Aix; establecido el 25 de Marzo de 1634. (*Suprimido.*)

65. El segundo monasterio de ANNECY, procedente del primero; establecido el 11 de Junio, día de la Santísima Trinidad, de 1634. (*Suprimido.*)

66. EL MANS, obispado, en el ducado de Maine, procedente del primer monasterio de París; establecido en últimos de Julio de 1634 y restablecido en 1822 por la traslación de la comunidad de Blois. (Véase Blois, núm. 23.)

67. PIGNEROL, hoy día obispado; la Superiora y dos Hermanas eran de Annecy, y las otras Hermanas del monasterio de Embrun; establecido el 27 de Septiembre de 1634. Esta comunidad, obligada á salir de su monasterio el 7 de Octubre de 1802, quedó unida bajo las reglas y la obediencia, y volvió á entrar el 20 de Diciembre de 1803 en su monasterio, cuya posesión había conservado.

68. GRASSE, (en otro tiempo obispado), en Provenza (hoy día diócesis de Frejus), procedente de Chambéry; una Hermana era de Annecy, otra del monasterio de Thonon y otra del de Aix; establecido el 28 de Octubre de 1634, y restablecido en 1807.

69. MELUN (isla de Francia), diócesis de Sens, procedente de Montargis; la Superiora era de Annecy; establecido el 23 de Marzo de 1635. (*Suprimido.*)

70. El primer monasterio de NIZA, obispado, en Piamonte, procedente de Marsella; la Superiora era del primer monasterio de Lyon, y dos Hermanas del de Annecy; establecido el 29 de Julio de 1635, y restablecido el 11 de Septiembre de 1819.

71. ANGERS, obispado, en Anjou, procedente del segundo monasterio de París; establecido el 6 de Enero de 1646.

72. CHALON SUR SAONE, obispado, procedente de Dijón; la Superiora era del primero de Lyon; establecido el 22 de Febrero de 1636. (*Suprimido.*)

73. FRIBOURG, (en otro tiempo obispado), en Suiza, hoy día diócesis de Lausanne; la Superiora era del primer monasterio de Annecy, y las Hermanas del de Besanzon; establecido el 16 de Julio de 1636.

74. PERIGUEUX, obispado, capital de Perigord; primeramente establecido en Gueret el día 10 de Agosto de 1636, y trasladado á Perigueux el 24 de Marzo de 1641; la Superiora era del monasterio de Moulins, y las Hermanas del de Riom; restablecido el 21 de Noviembre de 1809.

75. CHAROLLES, en la diócesis de Autun, procedente de Autun; la Superiora era de Moulins; establecido el 25 de Mayo de 1637. (*Suprimido.*)

76. ALBY, capital y arzobispado de Albigeois, procedente de Saint-Flour, la Superiora era de Montferrand; establecido el 25 de Mayo de 1638. (*Suprimido.*)

77. TURIN, arzobispado, en Piamonte; establecido por nuestra santa Madre el 21 de Noviembre de 1638; la Superiora y algunas Hermanas eran del primer monasterio de Annecy, y las otras del segundo; restablecido en 1825.

78. LA CHATRE, diócesis de Bourges, en Berri; la Superiora y las Hermanas eran del monasterio de Nevers, y la Asistente del de Moulins; establecido el 25 de Marzo de 1639. (*Suprimido.*)

79. SAINT DENIS (isla de Francia), procedente del primer monasterio de París; establecido el 30 de Junio de 1639. (*Suprimido.*)

80. DIEPPE, diócesis de Rouen; la Superiora y las Hermanas eran del monasterio de Rouen, y la Asistente del primero de París; establecido el 25 de Abril de 1640. (*Suprimido.*)

81. BORDEAUX, arzobispado, procedente del primer monasterio de Lyon; establecido el 2 de Julio de 1640. (*Suprimido.*)

82. AMIENS, obispado, en Picardía, procedente del segundo de París; la Superiora era del primero; establecido el 14 de Septiembre de 1640, y restablecido en 1803. Esta comunidad fué reunida en 1797, pero la fecha de su restablecimiento es de 1803, época de la elección.

83. BAYONA, obispado, procedente del primer monasterio de París; establecido el 21 de Septiembre de 1641. *(Suprimido.)*

84. El segundo monasterio de RENNES, procedente del primero, establecido el 16 de Julio de 1641. *(Suprimido.)*

85. El tercer monasterio de LION, procedente del primero; establecido el 27 de Septiembre de 1641. *(Suprimido.)*

86. TARASCÓN (en otro tiempo diócesis de Aviñon; hoy día de Aix), procedente del primer monasterio de Aviñon; establecido el 14 de Octubre de 1641, y restablecido el 23 de Noviembre de 1813.

87. VILLEFRANCHE, en Rouergue, diócesis de Rhodéz, procedente de Montferrand; establecido el 23 de Mayo de 1642. *(Suprimido.)*

88. El segundo monasterio de ROUEN, procedente del primero; establecido el 6 de Junio de 1642, y restablecido el 25 de Diciembre de 1806.

89. VERCELLI, obispado, en el Milanesado, procedente de la Valdotté; establecido el 1.º de Julio de 1642. *(Suprimido.)*

90. MONTEBRISON, diócesis de Lyon, procedente de San Esteban, en Forez; establecido el 13 de Agosto de 1642. *(Suprimido.)*

91. AGEN, obispado, en Guienne, procedente de Bordeaux; la Superiora y algunas Hermanas eran del primer monasterio de Lyon; establecido el 4 de Noviembre de 1642. *(Suprimido.)*

92. El segundo monasterio de AVIÑON, procedente del primero; establecido el 22 de Noviembre de 1642. *(Suprimido.)*

93. SALINS, diócesis de Besanzon, procedente de Gray; la Superiora era del primer monasterio de Annecy, una Hermana del de Besanzon, y las otras de Gray; establecido el 21 de Agosto de 1643. *(Suprimido.)*

94. MONTELMART, diócesis de Valence; la Superiora y las Hermanas eran de los monasterios de Crest y Valence; establecido el 5 de Septiembre de 1643, y restablecido el 15 de Octubre de 1806.

95. LIMOGES, capital y obispado del Limousin, procedente de la Chatre; la Superiora era del monasterio de Nevers, dos Hermanas del de Bourges, y las otras dos de la Chatre; establecido el 29 de Diciembre de 1643; restablecido el 20 de Mayo de 1813.

96. ISSOUDUN, diócesis de Bourges, en Berri, procedente de Bourges; establecido el 10 de Julio de 1644. *(Suprimido.)*

97. CASTELLANE, diócesis de Senes, procedente de Apt; la Superiora y una Hermana eran del monasterio de Grasse; establecido el 15 de Agosto de 1644. *(Suprimido.)*

98. VIENNE, arzobispado, en el Delfinado, procedente de Condreu; establecido el 8 de Septiembre de 1644. *(Suprimido.)*

99. TULLE, obispado, en el bajo Limousin, procedente de Perigueux; la Superiora era del monasterio de Riom; establecido el 21 de Noviembre de 1644. (*Suprimido.*)

100. SAINT-MARCELIN (en otro tiempo diócesis de Vienne, hoy día de Grenoble), procedente de Romans; establecido el 28 de Abril de 1645; restablecido el 24 de Julio de 1817.

101. SOLEURE, diócesis de Laussanne, procedente de Fribourg; la Superiora era de Annecy; establecido el 1.º de Noviembre de 1645.

102. LA FLECHE, diócesis de Angers, procedente de Nantes; establecido el 18 de Marzo de 1646. (*Suprimido.*)

103. AVALLON, en Borgoña, diócesis de Autun; la Superiora era del monasterio de Moulins, tres Hermanas del de Semur, y dos de Chalon; establecido el 17 de Abril de 1646. (*Suprimido.*)

104. DOLE, en Franco Condado (en otro tiempo diócesis de Besanzon, hoy día de la de Saint Claude), procedente de Annecy; una Hermana era del monasterio de Gray, y otra del de Fribourg; establecido el 6 de Junio de 1646, y restablecido el 26 de Julio de 1826. (Véase *Polygny*, número 182.)

105. TOULOUSE, arzobispado, en Languedoc, procedente de Montpelier; establecido el 1.º de Enero de 1647, y restablecido en Mayo de 1807.

106. CHARTRES, obispado, en Beauce procedente de Orleans; establecido el 15 de Abril de 1647, y restablecido en 1814.

107. SAUMER, diócesis de Angers, procedente de Angers; la Superiora y cuatro Hermanas eran del segundo monasterio de París; establecido el 25 de Julio de 1647. (*Suprimido.*)

108. LOUDUN, diócesis de Poitiers, procedente de Blois; la Superiora y cuatro Hermanas eran del monasterio de Blois, y tres del de Limoges; establecido el 12 de Enero de 1648. (*Suprimido.*)

109. BOURBON LANCY, diócesis de Autun, procedente de Riom; establecido el 25 de Enero de 1648. (*Suprimido.*)

110. El segundo monasterio de GRENOBLE, procedente del primero; establecido el 7 de Junio de 1648, día de la Santísima Trinidad. (*Suprimido.*)

111. COMPIEGNE, en Picardía, diócesis de Soissons, procedente del primero de París, establecido el 13 de Junio de 1649. (*Suprimido.*)

112. CLERMONT, obispado, en Auvernia, procedente de Montferrand; establecido el de Septiembre de 1649, y restablecido en 1824.

113. BILLON, en Auvernia, diócesis de Clermont, procedente del primer monasterio de París; establecido el 11 de Junio de 1650. (*Suprimido.*)

114. MONS, en Hainaut, diócesis de Namur, procedente del segundo de París; establecido el 15 de Agosto de 1650. (*Suprimido.*)

115. ABREVILLE, diócesis de Amiens, procedente de Amiens; establecido el 16 de Agosto de 1650. (*Suprimido.*)

116. CHAILLOT, diócesis de París, procedente del primero de París; establecido el 28 de Junio de 1651. (*Suprimido.*)

117. SEYSEL, en la diócesis de Ginebra, procedente de Annecy; establecido el 2 de Julio de 1651. (*Suprimido.*)

118. AURILLAC, diócesis de Saint-Flour, en Auvernia, procedente de Saint-Flour; establecido el 2 de Julio de 1651, y restablecido el 30 de Septiembre de 1822.

119. LA-ROCHEFOUCAULT, diócesis de Angulema, procedente de Limoges; la Superiora y dos Hermanas eran del monasterio de Bourges; establecido el 12 de Julio de 1651. (*Suprimido.*)

120. El segundo de MARSELLA, procedente del primero; establecido el 22 de Mayo de 1652, y restablecido el 10 de Agosto de 1808.

121. El segundo monasterio de AIX, en Provenza, procedente del primero; establecido el 28 de Octubre de 1652. (*Suprimido.*)

122. SAINT-AMOUR, diócesis de Lyon; había sido establecido en 1633; fué trasladado á Montluel, por causa de la guerra, en 1640, y restablecido después por el dicho monasterio de Montluel el 15 de Agosto de 1653. (*Suprimido.*)

123. LANGRES, obispado, en Champagne, procedente del primer monasterio de Annecy; establecido el 19 de Noviembre de 1653. (*Suprimido.*)

124. VARSOVIA, capital y obispado de Polonia; la Superiora y algunas Hermanas eran de Lyon y las otras del monasterio de Troyes; establecido el 9 de Agosto de 1654.

125. ARONA, diócesis de Novara, procedente de Vercelli; establecido el 8 de Agosto de 1657.

126. AUXERRE, obispado, en Borgoña, procedente de Orleans; establecido el 12 de Febrero de 1659. (*Suprimido.*)

127. ALENZON, diócesis de Mans, procedente de Mamers; establecido el 8 de Junio de 1659; restablecido poco después de la revolución de 1792, y disuelto en 1826.

128. BRIOUBE, diócesis de Puy, procedente de Saint-Flour; establecido el 21 de Diciembre de 1659, y restablecido en 1804.

129. THIERS, diócesis de Clermont, en Auvernia, procedente de Montferrant; establecido el 4 de Febrero de 1660. (*Suprimido.*)

130. El tercer monasterio de PARÍS, procedente del segundo; establecido el 31 de Julio de 1660, restablecido el 1.º de Octubre de 1803, y trasladado á Boulogne-sur-Mer el 12 de Septiembre de 1841.

131. BOURG-SAINT ANDEOL, diócesis de Viviers, procedente de Tolosa; la Superiora y una Hermana eran del primer monasterio de Grenoble; establecido el 15 de Julio de 1663. (*Suprimido.*)

132. MONACO, diócesis de Niza, procedente del primer monasterio de Aix; establecido el 25 de Noviembre de 1663. (*Suprimido.*)

133. NIMES, obispado de Languedoc, procedente de Montpellier; establecido el 12 de Julio de 1664. (*Suprimido.*)

134. SAINT-REMÈ, diócesis de Génova; la Superiora y una Hermana eran de Niza y dos Hermanas del primer monasterio de Annecy; establecido el 29 de Octubre de 1666.

135. BRUSELAS, capital del Condado de Brabante, diócesis de Malinas, procedente de Mons, en Hainaut; establecido el 12 de Febrero de 1667, y restablecido el 21 de Noviembre de 1815.

136. MUNICH, obispado de Baviera, procedente de Vercelli; establecido el 29 de Septiembre de 1667, y trasladado a Indursdorff en 1783, y a Dietramszell en 1831.

137. El segundo monasterio de NIZA, procedente del primero; establecido el 5 de Abril de 1659. (*Suprimido.*)

138. MÓDENA, obispado, en Italia, procedente del primer monasterio de Ais; establecido el 23 de Abril de 1669.

139. ROMA, en Italia, procedente de Turín, establecido el 9 de Abril de 1671, y restablecido en 1814.

140. CARPENTRAS, obispado, en Aviñón, procedente del primer monasterio de Annecy; establecido el 21 de Agosto de 1673. (*Suprimido.*)

141. CRACOVIA, arzobispado, en Polonia, procedente de Varsovia; establecido el 21 de Diciembre de 1681.

142. STRASBOURG, obispado, en Alsacia, procedente de Besanzon; establecido el 8 de Septiembre de 1683. (*Suprimido.*)

143. SAINT CÉRÈ, diócesis de Cahors; la Superiora y algunas Hermanas eran del monasterio de Aurillac, y las otras del de Tulle; establecido el 23 de Enero de 1684, y restablecido el 9 de Junio de 1807.

144. NÁPOLES, arzobispado, en Italia, procedente de Roma; habia dos Hermanas del monasterio de Turín; establecido el 12 de Julio de 1691. Esta comunidad fué conservada como casa de educación, autorizada como monasterio en 1828 y enteramente restablecida el 23 de Abril de 1829.

145. AMBERG, obispado, en Alemania, procedente de Munich; establecido el 24 de Mayo de 1692. (*Suprimido.*)

146. WILNA, obispado, en Polonia, procedente de Varsovia; establecido el 22 de Julio de 1694.

147. SAINT-VITOS, en Frioul, Estados de Venecia, procedente del primero de Annecy; establecido el 23 de Septiembre de 1708.

148. SALÒ, diócesis de Brescia, en Italia, procedente de Arona; establecido el 20 de Diciembre de 1712.

149. MILÁN, en Santa Sofia, arzobispado, en Italia; procedente de Arona; establecido el 13 de Julio de 1713.

150. MASSA, de Valdinievole, diócesis de Pescia, procedente de Turín; establecido el 10 de Julio de 1714.

151. VIENA, en Austria, procedente de Bruselas; establecido el 3 de Agosto de 1717.

152. PÉSCIA, obispado, en Toscana, procedente de Massa; establecido el 10 de Diciembre de 1720.

153. SQUILACE, obispado, en Calabria, procedente de Roma; establecido el 31 de Mayo de 1722. (*Suprimido.*)

154. LUBLIN, diócesis de Cracovia, procedente de Cracovia; establecido el 20 de Junio de 1723.

155. DARF, en la Valcomonique, procedente de Salo, establecido en 1729. (*Suprimido.*)

156. PALERMO, arzobispado, en Sicilia, procedente del primer monasterio de Annecy; establecido el 5 de Agosto de 1731.

157. PISTOYA, obispado, en Toscana, procedente de Massa; establecido el 28 de Febrero de 1737.

158. ALZANO, en los Estados de Venecia, diócesis de Bergamo, procedente de Arona; establecido el 25 de Marzo de 1737.

159. SAINT GEORGES, diócesis de Benevento, en el Estado Napolitano, procedente de Roma; establecido el 13 de Junio de 1737.

160. ANTOURA, en la jurisdicción del Patriarca maronita, en el monte Líbano, Asia; establecido en 1744.

161. ROYEREDO, diócesis de Trento, en Italia, procedente de Munich; establecido el 9 de Mayo de 1747. (*Suprimido.*)

162. El primer monasterio de MADRID, arzobispado de Toledo, en España, procedente del primer monasterio de Annecy; establecido el 18 de Febrero de 1719.

163. MIAZINO, diócesis de Novara, en Italia, procedente de Darf, establecido el 19 de Noviembre de 1749. (*Suprimido.*)

164. SULZ-BACH, en Baviera; establecido en el año 1753. (*Suprimido.*)

165. GÉNOVA, arzobispado, procedente de los monasterios de Saint-Remo y del primero de Niza; establecido en 1768.

166. OFFAGNA, diócesis de Asimo, procedente de Pescia; establecido el 7 de Diciembre de 1772.

167. LISBOA, arzobispado, en Portugal, procedente del primer monasterio de Annecy, establecido el 30 de Enero de 1784.

168. El segundo monasterio de MADRID, procedente de Lisboa; establecido el 21 de Febrero de 1798.

169. VENECIA, arzobispado en el Véneto; establecido en 1801. (Véase *Lyon*, núm. 2.)

170. WESTBURY, distrito occidental de Inglaterra; establecido en Shepton-Mallet en 1803, y trasladado á Westbury en 1831.

171. MARVEJOLS, diócesis de Mende; establecido en Saint-Flour en 1804, y trasladado á Marvejols en 1812.

172. CALATAYUD, obispado de Tarazona, en España; establecido el 6 de Octubre de 1806 por Hermanas francesas emigradas.

173. QUIMPER, establecido en 1807, y disuelto en 1817.

174. COTE-SAINT ANDRÉ, diócesis de Grenoble; establecido en 1808 por antiguas profesas de Saint-Marcellin y una Superiora de Romans.

175. SORESINE, obispado, en Italia, procedente de Alzano; establecido el 24 de Abril de 1816.

176. GEORGETOWN, diócesis de Baltimore; establecido en 1829 por una Superiora de Fribourg y dos Hermanas del Mans y de Valence. Las religiosas de este monasterio vivían bajo nuestra regla desde el año 1779.

177. LA CHARITÉ, diócesis de Nevers; establecido en 1818 por antiguas profesas de Moulins y de Paray.

178. MAYENNE, diócesis del Mins, procedente de Alenzon; establecido el 6 de Septiembre de 1818.

179. BRESCIA, obispado, procedente de Alzano; establecido el 18 de Septiembre de 1818.

180. COMO, obispado, en la Lombardía; establecido en el mes de Abril del año 1819 por las Hermanas de Nilán. Esta casa, de la orden de San Francisco de Asís, siguió nuestras reglas desde el año 1782.

181. BOLONIA, arzobispado en los Estados de la Iglesia, procedente de Módena; establecido el 13 de Octubre de 1819.

182. POLIGNY, establecido en 1822, y trasladado á Dola el 26 de Julio de 1826.

183. GEX, diócesis de Belley, procedente de Bourg; establecido el 13 de Octubre de 1824.

184. LUCA, obispado, en Toscana, procedente de Poligny; establecido el 9 de Diciembre de 1824.

185. REIMS, arzobispado; establecido el 25 de Enero de 1826 por las Hermanas de los monasterios de Paris y de Lyon.

186. ORIHUELA, obispado, en España; procedente del primer monasterio de Madrid; establecido el 10 de Abril de 1826.

187. PISA, arzobispado, en Italia, procedente de Pistoya; establecido el 13 de Diciembre de 1827.

188. HAMINIEK, obispado, en Podolie (Rusia); fundado por Wilna en Romanow en 1823, y trasladado á Haminiek en 1830.

189. DIETRAMSZELL, en Baviera; establecido en 1831. (Véase *Munich*, núm. 136.)

190. GLENIK, diócesis de Lintz, en Austria, procedente del monasterio de Viena; establecido el de Agosto de 1832.

191. MOBILE, obispado, en los Estados Unidos, procedente de Georgetown; establecido el 29 de Enero de 1833.

192. KASKASKIA, diócesis de Saint-Louis, procedente de George-

town; establecido en 1833, trasladado á Saint Louis en 1844, y reunido al primer monasterio de esta ciudad en 1846.

193. VOIRÓN, diócesis de Grenoble, procedente de la Côte-Saint-André; establecido el 15 de Junio de 1834.

194. TOUCH-MICHAEL, bajo la jurisdicción del Patriarca maronita, en el monte Líbano (Asia), procedente de Antoura; establecido el 16 de Julio de 1836.

195. BALTIMORE, arzobispado, en el Maryland, procedente de Georgetown; establecido el 13 de Noviembre de 1847.

196. PIELENHOFEN, diócesis de Ratisbona, en Baviera, procedente de Dietramszell; establecido el 29 de Enero de 1838.

197. REGGIO, arzobispado, en la Calabria, procedente de Nápoles; establecido el 14 de Octubre de 1839.

198. PADUA, obispado, en Lombardía, procedente de Módena; establecido el 16 de Octubre de 1839.

199. ORNANS, diócesis de Besançon, procedente de Gex; establecido el 8 de Noviembre de 1840.

200. BOULOGNE SUR MER, diócesis de Arras; establecido el 12 de Septiembre de 1841. (Véase *Paris*, núm. 130.)

201. SAINT-LOUIS, obispado, en la América septentrional (Missouri), procedente de Kaskaskia; establecido en 1844.

202. FREDERIK, en el Maryland, procedente de Georgetown; establecido el 11 de Septiembre de 1846.

203. BENXERBERG, diócesis de Munich, en Baviera; procedente de Dietramszell.

204. FILADELFIA, obispado, en Pensilvania, procedente de George town; establecido el 15 de Febrero de 1848.

205. WHEELING, obispado, en la Virginia, procedente de Baltimore; establecido en Abril de 1848.

206. VALLADOLID, En España; establecido en 1860.

Permítaseme añadir al catálogo de los monasterios de la Orden de la Visitación que pone el autor de esta *Historia*, la fundación del de Valladolid, hecha por Religiosas del primer Real monasterio de Madrid. Estas se establecieron á su llegada en el convento de Santa Clara, dando principio á los actos de comunidad el día 13 de Diciembre de 1860, aniversario del tránsito de nuestra Santa Madre, y permanecieron allí hasta el 23 de Abril de 1862, en que se trasladaron al convento de Comendadoras de Santiago, titulado de Santa Cruz, en donde subsisten á esta fecha, 26 de Marzo de 1872.

Después del monasterio de Valladolid, han sido establecidos otros dos monasterios en España, á saber: el de Barcelona y el de Vitoria.

FIN



ÍNDICE DE MATERIAS

CAPÍTULO XIX

Siendo Madre según la gracia, no deja Santa Juana Francisca de serlo según la naturaleza. Sus hijos y sus nietos.

<u>Años.</u>	<u>Págs.</u>
1617. Estado de los hijos de la Santa Madre de Chantal en el momento en que ésta deja el mundo.	6
Su brillante fortuna, la cual se aumenta sin cesar bajo la dirección de la Madre de Chantal.	7
27 de Mayo.—Muerte del Barón de Thorens.....	8
Dolor de su joven esposa María Amada —Sus esfuerzos para reprimirle	10
La Madre de Chantal cae desmayada de dolor	11
7 de Septiembre.—Parto prematuro de María Amada.....	12
Su admirable muerte.....	13
La Madre de Chantal aniquilada bajo el golpe que la hiere.	18
Expresión contenida, pero admirable, de su dolor.....	19
1618. Cae enferma á causa de los esfuerzos que hace para reprimirlo	20
1.º de Febrero.—Recibe la Extremaunción y el santo Viático.....	20
Sana milagrosamente.....	21
La Santa Madre de Chantal no manifiesta menos cariño á su segunda hija Francisca.....	21
La educa á su lado.....	21
Retrato de esta joven.....	22
No la deja nunca, ni aun durante sus viajes.....	23
1619. San Francisco de Sales y la Santa Madre de Chantal piensan en casarla	25
Primer proyecto de casamiento con el Sr. de Foras.. . . .	26
1620. La señora de Chantal escoge para su hija al conde de Toulangeón.—Carta de la Santa á su hija, llena de autoridad y buen juicio, como las madres sabían escribirlas todavía en el siglo XVII.....	28

<u>Años.</u>	<u>Págs.</u>
Admirables consejos de la santa Madre á su hija al ir á casarse ésta.....	29
San Francisco de Sales bendice el matrimonio.....	33
Al mismo tiempo que casaba á su hija, trata la santa Madre de casar á su hijo.....	33
Cualidades y defectos de Celso Benigno.....	34
1624. La Santa hace que se case con María de Coulanges.—Palabras memorables de Celso Benigno con este motivo.....	37
Santa Juana Francisca, patrona de las madres y de los huórfanos.....	39

CAPÍTULO XX

La Visitación se erige en Orden religiosa bajo la regla de San Agustín. Fundación de los Monasterios de Moulins, de Grenoble, de Bourges y de París. La Madre Angélica Arnauld de Port-Royal pide entrar en la Visitación.

1617. Historia de la fundación laboriosa de la Visitación de Moulins por la Madre de Brechard	41
Vocación de Elena de Chastelluz.....	43
1618. Fundación de Grenoble.....	46
16 de Octubre.—San Francisco de Sales erige la Visitación en Orden religiosa bajo la regla de San Agustín.	49
17 de Octubre.—La santa Madre de Chantal sale para Bourges, donde establece un monasterio	50
1619. De Bourges sale para París.....	52
Alarmas de las comunidades religiosas. Secreto de estas alarmas.....	53
1.º de Mayo.—Fundación del monasterio de París en medio de inmensos obstáculos.....	54
10 de Agosto.—Ejercicios hechos por la Madre de Chantal, durante los cuales siente un extraordinario deseo de morir á sí misma, y de despojarse de todo.....	58
Vocación de la señorita Elena Angélica L'Hullier.....	60
La Madre de Chantal compra una casa con la dote de la señorita de L'Hullier. Gracioso dicho de San Francisco de Sales.....	61
1619. La llegada á París de los dos santos Fundadores excita el más vivo entusiasmo entre las personas piadosas.....	62
Los mismos claustros se conmueven. La Madre Angélica Arnauld contrae relaciones de amistad con la Madre de Chantal.....	64
Retrato de esta joven Abadesa.....	64
Progresos que hace bajo la dirección de San Francisco de Sales.....	65

<u>Años.</u>	<u>Págs.</u>
Su entusiasmo por la Santa Madre de Chantal	67
Sus deseos de entrar en la Visitación	67
San Francisco de Sales duda en recibirla	68
La Santa Madre de Chantal insta para que se la reciba....	69
Este proyecto no se realiza; cómo y por qué	70
¿Quién se engañaba, San Francisco de Sales creyendo que la Madre Angélica no era llamada á la Visitación, ó la santa Madre de Chantal, que era de parecer de que entrase?	71

CAPÍTULO XXI

Nuevas fundaciones. La Santa Madre de Chantal sale de París para ir á Lyon, y en el camino funda el monasterio de Dijón. Ultima entrevista de San Francisco de Sales y de la Madre de Chantal.

7 de Junio de 1620.—Fundación del Monasterio de Montferrand.	73
21 de Julio.—Idem de Nevers	76
Heroismo de la Madre de Monthouz	78
19 de Septiembre.—Fundación de la Visitación de Orleans....	79
1621. Idem de Valence (Valencia del Definado)	82
San Francisco de Sales escribe á la Madre de Chantal que salga de París	83
Despedida de la Madre de Chantal á sus religiosas reunidas en capítulo	84
1622. Al salir de París la Madre de Chantal, visita en Maubisson á la Madre Angélica	87
Visita en Pontoise el sepulcro de la bienaventurada María de la Encarnación....	87
3 de Marzo.—Llega á Orleans	88
Va á Bourges. Humildad admirable de la Hermana Ana María Rosset	89
Visita el Monasterio de Nevers	90
Idem el de Moulins	91
Llega al castillo de Alonne. Éxtasis de la Hermana Rosset.	91
Sale para Dijón. Fundación de la Visitación de esta ciudad.	92
9 de Noviembre.—San Francisco de Sales sale de Annecy por última vez	97
En Belley le predice una Hermana su muerte	98
Visita en Valence á la buena Hermana María de Valence.	100
Vuelven á Lyon. Ultima entrevista con la Madre de Chantal	100
Durante los últimos días de su vida, San Francisco de Sales manifiesta más lo mucho que ama á su querida Visitación	102
28 de Diciembre.—Su muerte	104

La Santa Madre de Chantal recibe milagrosamente esta noticia. Su dolor.....	105
Sus diligencias para que el cuerpo de su santo director sea llevado á la ciudad de Annecy.....	107

CAPITULO XXII

La venerable Madre de Chantal queda sola á la cabeza de la Orden y se muestra digna de esta sublime misión. Organización definitiva del Instituto.

1623. Inmediatamente después de la muerte de su santo director, la Madre de Chantal fija sus resoluciones con exactitud y firmeza.....	109
27 de Mayo.—Su primer acto es deponer su autoridad conforme á las reglas.....	112
1.º de Junio.—Es reelegida Superiora perpetua.....	113
Rehusa y no acepta el serlo sino por tres años.....	114
Sus grandes trabajos para organizar definitivamente el Instituto. Junta general de las primeras Madres.....	115
Redacción del <i>Costumbrero</i>	116
Comentario de las reglas de la Visitación, titulado <i>Respuestas de nuestra Santa Madre de Chantal</i> . Cómo se escribió este libro. Su utilidad.....	119
La Santa Madre de Chantal rehusa que se impriman sus <i>Respuestas</i> . Acto admirable de humildad.....	122
Discursos de la Santa Madre de Chantal en el capítulo. Carácter de estos discursos y su diferencia de los de San Francisco de Sales.....	124
Vigilancia y energía de la Santa respecto á los abusos....	132
Dos ó tres ejemplos instructivos.....	132
Reelección de la Madre de Chatel en Grenoble, anulada por ser contraria á las reglas.....	133
Conducta culpable de una bienhechora en Moulins. Cartas de la Santa Madre de Chantal, que producen la conversión de aquélla.	134
Separación de una Superiora que violaba las reglas.....	139
La Madre de Chantal, digna de ocupar un lugar entre los más grandes personajes que la Iglesia venera con el nombre de fundadores de Órdenes.....	144

CAPITULO XXIII

La Orden de la Visitación se difunde por todas partes. Viaje de la Santa Madre de Chantal á Lorena. Dios manifiesta más y más la santidad de la venerable Fundadora.

<u>Años.</u>	<u>Págs.</u>
1623. Orden que se seguía en las fundaciones.....	145
11 de Mayo.—Fundación de Marsella.....	146
8 de Diciembre.—Idem de Riom, en Auvernia.....	147
Inmensos obstáculos que los consejeros y magistrados municipales oponen á la energía de la Madre de Brechard.	147
Vocación de la Condesa de Dalet.....	153
1624. 14 de Enero.—Fundación de Chambéry.....	157
8 de Marzo.—Id. de Aviñón.....	159
20 de Agosto.—Id. de Aix.....	162
8 de Noviembre.—Id. de Autun.....	163
1625. 6 de Agosto.—Id. Evian.....	165
Id. de Rumilly.....	166
1626. La Madre de Chantal parte para la Lorena.....	167
Rasgo notable de obediencia en el instante de la partida...	167
Es recibida con entusiasmo en Beçanzon.....	170
Encuentra en esta ciudad á Magdalena Adeleine. Historia de esta humilde y santa doncella.....	171
El Arzobispo no permite á la Madre de Chantal fundar un monasterio en Beçanzon.....	174
Llegada de la Santa á Nancy.....	175
Va al palacio de los Duques de Lorena. Cómo decide á la señorita de Auvaines á la vida religiosa.....	176
6 de Mayo.—Fundación del monasterio de Pont-Mousson. La Madre de Chantal y el bienaventurado Pedro Fourrier.	177
Humildad de la santa Fundadora en medio de los honores que le dispensan en Lorena.....	178

CAPÍTULO XXIV

Viaje de la santa Madre de Chantal á Orleans y á París. Admirables virtudes que florecían en la Visitación en sus primeros tiempos.

1626. Depone la santa Madre de Chantal el cargo de Superiora..	179
Es reemplazada en Annecy por la Madre de Chatel.....	179
Las Hermanas de Orleans eligen á la Madre de Chantal para Superiora de su monasterio.....	179
1627. Parte para Orleans.....	180
18 de Septiembre.—En el camino funda el monasterio de Cre-mieux. Milagro brillante.....	180

<u>Años.</u>	<u>Págs.</u>
Visita los monasterios de Paray y de Autun. Humildad creciente.....	182
En Orleans declara que no puede aceptar el cargo de Superiora.....	185
Sale para París.....	185
En París depone á la Madre de Beaumont. Noble obediencia de ésta.....	186
Fundación de muchas casas en Embrun, Blois, Bourg-en-Bresse, Dol, Bretaña y Lyon.....	187
Grandes virtudes en todos los monasterios.....	188
Obediencia.....	189
Pobreza.....	191
1627. Mortificaciones y sacrificios.....	195
Amor divino. Extasis. Raptos.....	196
Humildad igual al amor.....	201
Caridad y tierna unión entre las Hermanas.....	203
Admirable espectáculo que en general presentan los principios de la vida religiosa.....	207

CAPITULO XXV

Peste general en Francia y en Saboya. Estado de los monasterios durante la peste.

1628. Idea general de la peste, que fué más horrible que los azotes y estragos que hemos sufrido en nuestro siglo.....	209
La peste en el monasterio de Autun.....	210
— en Moulins.....	211
— en Paray.....	212
— en Montferrand.....	213
— en Lyon.....	214
— en Valence.....	217
— en Grenoble.....	217
— en Nevers.....	218
— en Cremieux.....	219
— en Crest.....	220
Emociones dolorosas de la Madre de Chantal al saber estas noticias.....	222
Su actividad, humildad y caridad.....	223
Recibe orden de volver á la ciudad de Annecy, sin detenerse en ninguna de las casas apestadas.....	223
Su viaje.....	224
Su bella conducta al pasar cerca de Autun.....	225
1629. La peste se desarrolla en Annecy poco después del regreso de la Santa.....	229

<u>Años.</u>	<u>Págs.</u>
31 de Mayo.—Es reelegida Superiora.....	229
Carta-circular escrita por la santa Madre de Chantal, por si la atacaba la peste y moria.....	230
Su caridad durante la peste.....	231
Su amor á Dios y su serenidad.....	232
Su sentimiento por no ver religiosas á la cabecera de la cama de los moribundos.....	234
Contribuye indirectamente á la fundación del Instituto de las Hijas de la Caridad.....	235

CAPÍTULO XXVI

La Madre de Chantal trabaja activamente en la canonización de San Francisco de Sales. Publicación general de sus escritos. Reconocimiento de su sepulcro.

1630. La confianza de los pueblos en San Francisco de Sales se manifiesta durante la peste.....	238
De este modo se revela su poderoso valimiento.....	239
San Francisco de Sales no había esperado hasta este momento para manifestar su gloria. Visiones, milagros, revelaciones numerosas.....	240
La Madre de Chantal hace trabajar en la primera edición de las obras de San Francisco de Sales.....	244
Se ocupa en hacer escribir su vida.....	247
Primeras diligencias de la Santa para su canonización....	248
Primera información. Declaraciones admirables de la Madre de Chantal, sobre las virtudes de San Francisco de Sales.....	249
Segunda información.....	250
Apertura del Sepulcro de San Francisco de Sales.....	251
Estado en que se encuentra el santo cuerpo.....	253
El pueblo, impaciente por ver los restos de su Santo Obispo, rompe las puertas de la iglesia.....	254
En qué estado se encontraba la santa Madre durante la ceremonia.....	255
Milagro brillante de San Francisco de Sales cuando pone su mano sobre la cabeza de la Santa.....	255
Numerosos panegíricos del Santo. La venerable Madre de Chantal habla de San Francisco de Sales mejor que Bossuet y Bourdaloue, etc.....	256

CAPITULO XXVII

Nuevas y más numerosas fundaciones en Francia. El Instituto penetra en Italia y Suiza. Muerte del Sr. D. Miguel Favre, primer confesor de la Visitación.

<u>Años.</u>	<u>Págs.</u>
Inmenso afán en Francia, desde 1630 á 1640, para fundaciones religiosas. Las de la Visitación en particular se multiplican de un modo prodigioso.....	259
1631. Propagación del Instituto en Saboya.....	259
— en Borgoña.....	260
— en Franco-Condado.....	260
— en Lorena.....	263
— en Champagne.....	264
— en Normandía.....	266
— en Bretaña.....	268
— en Anjou y en Turena.....	269
— en Poitou.....	272
— en Auvernia.....	272
— en Languedoc y Provenza.....	273
Entusiasmo que prepara, acoge y hace prosperar todas las fundaciones.....	274
1632. 27 de Mayo.—Reelección de la Madre de Chantal en Annecy.....	276
1633. Sus temores al ver el gran desarrollo de la Orden.....	277
Sus hermosos y sabios consejos.....	277
Fundación de la Visitación en el Valle de Aosta.....	278
Idem de la de Fribourg, en Suiza.....	281
1634. Gran luto en el Instituto por la muerte del Sr. D. Miguel Favre, primer confesor de la Visitación.....	284
Lo que era este santo sacerdote.....	284
25 de Marzo.—Su admirable muerte.....	288
11 de Junio.—Fundación del segundo monasterio de la Visitación en Annecy, que el Sr. Favre había deseado siempre....	289

CAPÍTULO XXVIII

Servicio que hace la Visitación á la sociedad y á las almas. Vocación de la Madre de Chaugy.

¿Para qué sirven los claustros? Errores de la gente del mundo sobre este asunto.....	293
Principales servicios que hace la Visitación á las almas y á la sociedad.....	293
Predicación elocuente de la fragilidad de las cosas de este mundo.....	294

<i>A os.</i>	<i>Pags.</i>
Oración perpetua y expiación.....	295
Caridad con los pobres.....	301
Caridad aún más grande con los ricos.....	304
Los Reyes y las Reinas en las rejas de los locutorios de la Visitación.....	305
Vocación de la Señorita de Lafayette.....	306
Los afligidos van en tropel á buscar un refugio en la Visitación.....	309
Reformas de muchos monasterios por las Hermanas de la Visitación.....	314
A todos estos servicios es menester añadir la correspondencia de cartas que las religiosas sostenían con la gente del mundo.....	316
La Madre de Chantal, abrumada con la suya, busca una secretaria.....	317
Vocación de la Madre de Chaugy.....	317

CAPÍTULO XXXIX

Los pensionados de la Visitación.

Singular origen de los pensionados.....	325
Diversos motivos que traen niñas á la Visitación.....	326
San Francisco de Sales titubea un instante en recibir las, y al fin se decide á ello... ..	328
Primeras educandas de la Visitación, Francisca de Chantal y Ana Colín.....	329
Traje medio religioso y medio seglar.....	330
Se conocen las ventajas de los pensionados. La santa Madre de Chantal da su pleno consentimiento.....	332
Primeros frutos de la educación de la Visitación.....	333
No sólo se forma el corazón sino también el espíritu.....	335
Progreso de los pensionados....	337
Cómo la religiosa consagrada á Dios es á propósito para educar á las niñas.....	341
Y cómo los silenciosos claustros de un monasterio están hechos para ser teatro de una educación grave y santa..	341
Espíritu de suavidad y sencillez que preside á la educación en la Visitación.....	343
Educando á sus hijos, dió la venerable Madre de Chantal el modelo de esta verdadera y buena educación.....	344

CAPÍTULO XXXI

Viaje de la santa Madre de Chantal á París. Visita casi todos los monasterios de Francia. Estado general de la Orden.

<u>Años.</u>	<u>Págs.</u>
1635. La propagación creciente de la Orden inspira inquietudes, y hace desear que después de la muerte de la Madre de Chantal haya una Superiora general.....	373
El asunto es sometido al examen de los Obispos reunidos en París con motivo de la asamblea del clero.....	374
19 de Mayo.—La santa Madre de Chantal asiste á este examen después de haber dejado su autoridad como superiora...	374
26 de Julio.—Reunión de los Obispos en el locutorio de la Visitación.....	375
Humildad y firmeza de la Santa explicando las Constituciones hechas por San Francisco de Sales.....	376
Todos los Obispos se rinden á su parecer.....	376
Concluido este negocio emprende la Madre de Chantal la visita general de su instituto.....	377
Septiembre.—Visita primero á Melun, Montargis, Blois, Orleans y Tours.....	378
La enfermedad y el invierno la obligan á detenerse, y vuelve á París.....	378
Sus hermosas palabras sobre la unión con Annecy.....	379
Las Hermanas de París se aprovechan de estos sentimientos para alcanzar el tener su corazón después de su muerte.....	379
Abril de 1636.—En la primavera vuelve á ponerse en camino la santa Madre, y visita sucesivamente la Champagne.....	380
La Borgoña.....	382
El Lyonnays.....	385
El Condado de Aviñón.....	386
La Provenza.....	387
No pudiendo visitar todos los monasterios de Provenza, convoca en Aix á las Superiores de ellos.....	389
Avisos de la Santa á las Superiores.....	390
Emoción de éstas al ver á su fundadora.....	390
La santa Madre de Chantal va á Languedoc para visitar la casa de Montpellier.....	391
Agosto.—Descansa un momento en Aviñón.....	392
Su actividad y virtud durante este largo viaje.....	392
Su humildad y mortificación.....	394
Su unión con Dios.....	395
Sus vivos é inflamados discursos sobre la obediencia, la pobreza y el amor divino.....	396

Su maternal bondad para con todas sus hijas presentes y ausentes.....	397
Recibe la orden de volver á su monasterio de Annecy.....	398

CAPITULO XXXII

Ultimas pruebas de la santa Madre de Chantal. Sus penas interiores. Muerte de la Madre de Chatel, de la Madre de Favre y de la Madre Brechard. Fundación de la Visitación en Turín.

Principia la agonía de la santa Madre de Chantal, y dura nueve años.....	399
La Santa Madre entrevé en un éxtasis el sentido, duración y utilidad del martirio que le aguardaba.....	400
Descripción de estas penas interiores.....	401
Se mantiene alegre y afable en medio de este martirio.....	404
No encuentra más remedio que la obediencia.....	405
Grande experiencia de la Madre de Chatel, Superiora de la Madre de Chantal.....	405
A estas penas de espíritu se juntan grandes penas de Corazón.....	406
14 de Junio — Muerte de la Madre Favre.....	407
22 de Octubre.—Idem de la Madre de Chatel.....	408
18 de Noviembre.—Idem de la Madre de Brechard.....	411
La santa Madre de Chantal reelegida Superiora.....	412
Graves y fuertes palabras que dirige al capítulo después de su reelección.....	412
La Reina Ana de Austria, embarazada de Luis XIV, le escribe recomendándose á sus oraciones. Humildad de la Santa.....	413
Continúa la propagación de la Visitación. Fundaciones de Amiens, Burdeos, Bayona, Alby, Pignerol y Niza.....	414
1638. Fundación de Turín, proyectada veinte años hacia y siempre dilatada.....	414
La Santa Madre sale, por fin, para acabar esta obra.....	415
Su viaje. Entusiasmo extraordinario con que se la recibe en todas partes.....	416
30 de Septiembre de 1638.—Entra en Turín y funda la Visitación.	419
1639. Estalla la guerra. La Santa Madre es llamada para volver á su Monasterio de Annecy.....	420
Peligros que corren los Monasterios de Turín y de Pignerol. Temores de la Santa.....	421
Virtud heroica de la Hermana Juana Benigna Gojos.....	422
1640. Fundación de una casa de Lazaristas en Annecy.....	423
Muerte del Ilmo. Sr. Andrés Fremiot.....	423

<u>Años.</u>	<u>Págs.</u>
11 de Mayo de 1641.—La santa Madre de Chantal depone para siempre la superioridad. Su despedida.....	424
La Madre de Blonay elegida para reemplazarla.....	424
Lucha de humildad entre la Madre de Blonay y la Madre de Chantal.....	425
El Obispo interviene, y manda que se deje á la Madre de Chantal entera libertad para abatirse y humillarse.....	428
La santidad de la bienaventurada Madre se aumenta de un modo tan brillante, que todo el mundo teme sea su último resplandor.....	428

CAPÍTULO XXXIII

Retrato de la Madre de Chantal.

1641. Retrato auténtico de la santa Madre de Chantal.....	429
Comparación con el de Santa Teresa.....	430
En qué se parecen y se diferencian esas dos grandes Santas.	430
El talento de la santa Madre de Chantal es de un orden muy elevado.....	430
Su alma es de la familia de las almas grandes.....	431
Las virtudes más altas se unen en la santa Madre de Chantal con las más raras cualidades.....	433
Su fe.....	433
Su esperanza.....	434
Su amor á Dios.....	435
Este amor tan fuerte y tan sólido se une en ella á la piedad más tierna.....	437
Su devoción al Santísimo Sacramento.....	439
Su amor á la Santísima Virgen.....	440
Su ardiente afecto á la Iglesia.....	442
Su humildad encantadora aun en medio de los ultrajes....	442
Más encantadora aun en medio de los honores.....	443
Su mortificación y su pobreza.....	446
Su amabilidad y su alegría.....	447
Sus continuos progresos en todas las virtudes.....	448
Algo del fuego divino que consumía su corazón sube á su rostro y lo ilumina.....	450
Elogios entusiastas que su virtud arranca á todos sus contemporáneos.....	450
San Francisco de Sales ve la aurora de este bello astro y se llena de admiración.....	451
San Vicente de Paúl contempla su ocaso, y se admira aún mucho más.....	452

CAPÍTULO XXXIV

Muerte de la santa Madre de Chantal. La señora de Montmorency recoge su último suspiro.

<u>Años.</u>	<u>Págs.</u>
1641. Dios reserva á la señora de Montmorency el honor de cerrar los ojos á la santa Madre de Chantal.....	455
Lo que era la Duquesa de Montmorency.....	456
Su amargo dolor por la muerte de su esposo.....	456
Su virtud creciente. Se decide á tomar el velo de la Visitación.....	459
Quiere recibirle de mano de la santa Madre de Chantal...	460
28 ^{da} de Julio.—Despedida de la Madre de Chantal al dejar á Annecy por última vez.....	460
9 de Agosto.—Llega á Moulins. Sus consejos admirables á la señora de Montmorency.....	462
Sabiendo la Reina Ana de Austria que la Madre de Chantal está en Moulins, quiere verla.....	463
La Santa llega á San Germán, bendice á Luis XIV, niño, y sale para París.....	464
Entusiasmo con que se la recibe en París; todo el mundo quiere hacerla tocar sus rosarios.....	464
Su entrevista con San Vicente de Paúl.....	465
Aquí concluye su agonía. Su alma embriagada de delicias en los tres últimos meses de su vida.....	466
Visita á la Madre Angélica en Port-Royal.....	466
11 ^{da} de Noviembre.—Su despedida al dejar á París. Pasa por Melun y Montargis. Bellas palabras de la Santa.....	466
En Nevers se siente algo mala.....	467
8 de Diciembre.—En Moulins se ve precisada á quedarse en cama.....	468
Inquietud general sabiendo la gravedad de su enfermedad.	468
La Duquesa de Montmorency ofrece su vida por salvar la de la Madre de Chantal.....	468
12 de Diciembre.—La santa Madre de Chantal recibe el Santo Viático.....	469
Dicta su despedida y sus últimas instrucciones al Instituto.	470
Recibe la Extremaunción y después bendice á sus hijas....	472
13 ^{da} de Diciembre.—Sus últimas palabras. Muere pronunciando tres veces el nombre de Jesús.....	474
Visión de San Vicente de Paúl. Ve el alma de la Madre de Chantal subir al cielo bajo la forma de un globo de fuego.	475
Dolor de las Hermanas de Moulins y de la Duquesa de Montmorency.....	476
Por obediencia envía al instante el cuerpo de la Santa al monasterio de Annecy, pero guarda su corazón.....	477

La Duquesa de Montmorency transforma en capilla el cuarto donde murió la Santa.....	477
Dónde está hoy el lecho de muerte de la santa Madre de Chantal.....	477

CAPÍTULO XXXV

Canonización de la santa Madre de Chantal.

30 de Diciembre.—Cómo fué recibido el cuerpo de la santa Madre de Chantal en Annecy.....	480
Un milagro brillante, manifiesta el mismo día de los funerales la santidad de la bienaventurada.....	480
La gloria de la santa Madre de Chantal se propaga con el Instituto en todas las partes del mundo.....	483
No obstante, el siglo XVII se concluye sin que se trate de su canonización. Á qué debe atribuirse esto, y por qué.....	483
Error singular de los teólogos y canonistas.....	484
1715. Empiezan, por fin, los procedimientos jurídicos.....	485
Dificultades inmensas que encuentra este proceso.....	486
1722. La serie de las informaciones exige la apertura del sepulcro de la santa Madre de Chantal.....	487
En qué estado se encontró el santo cuerpo.....	488
Gozo de las Hermanas. Su sentimiento de no poder colocarle sobre los altares.....	489
El proceso no adelanta, y se empieza á temer que no se acabe nunca.....	489
1741. Benedicto XIV sube al trono pontificio.....	489
Sus luces y sus grandes trabajos en la cuestión de canonización de los Santos.....	490
Reanuda el proceso de la santa Madre de Chantal, y le concluye.....	490
1751. Su Bula, célebre por los principios de derecho que contiene. Cinco milagros de la santa Madre de Chantal examinados y certificados en esta Bula.....	491
Ceremonia de la beatificación, verificada en Roma y en todo el mundo católico.....	496
El clero de Francia reunido en asamblea general en París, pide la canonización inmediata.....	507
1767. La Bula de canonización no puede publicarse sino después de la muerte de Benedicto XIV, por Clemente XIII.....	508
Impulso de los corazones, aún más vivo que en 1751, y últimas alegrías de las iglesias de Francia.....	508
1793. La revolución echa á las religiosas de Annecy.....	509

<i>Años.</i>	<i>Págs.</i>
Los cuerpos de San Francisco de Sales y de la santa Madre de Chantal ocultos durante la revolución.....	509
Los dos corazones milagrosamente conservados.....	509
1804. Los dos cuerpos reconocidos después de la tormenta, y vueltos á colocar solemnemente en el monasterio restablecido de la Visitación de Annecy.....	511
1860. Veneración que hoy inspiran.....	512

APÉNDICE

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS

I.— Nota sobre las relaciones de la Madre de Chantal con la Madre Angélica Arnauld de Port-Royal y con el Abate de Saint-Cyran.....	515
II.— Acto canónico por el cual San Francisco de Sales erige la Visitación en Orden religiosa.....	523
III.— Procesos verbales relativos al corazón de la Madre de Chantal.....	524
VI.— Lista de los monasterios de la Visitación.....	530